1905

León Trotsky





Lectulandia

El presente trabajo del gran revolucionario ruso León Trotsky, presidente del Sóviet de San Petersburgo en 1905 y uno de los principales actores de este tremendo drama histórico, es con mucho la obra más importante sobre la revolución rusa de 1905.

Leon Trotsky

1905 Resultados y perspectivas

ePub r1.0
Titivillus 29.07.18

Leon Trotsky, 1906

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905. EL ENSAYO GENERAL DE OCTUBRE

Lenin escribió que la Revolución de Octubre de 1917 nunca habría tenido lugar sin la experiencia previa de la Comuna de París, la revolución de 1905 y la revolución de febrero de 1917. Todas estas revoluciones nos proporcionan un rico tesoro de experiencia y merecen ser estudiadas minuciosamente. El presente trabajo del gran revolucionario ruso León Trotsky, presidente del Sóviet de San Petersburgo en 1905 y uno de los principales actores de este tremendo drama histórico, es con mucho la obra más importante sobre la revolución rusa de 1905.

En mi libro *Bolchevismo, el camino a la revolución* escribía lo siguiente:

> «(…) La primera revolución rusa se reveló a una escala épica. En ella participaron todas las capas del proletariado y el resto de capas oprimidas de la sociedad, pasando por todas las fases imaginables de lucha y utilizando todos los métodos de combate concebibles, desde las huelgas económicas a las peticiones a las autoridades, desde la huelga general política a las manifestaciones de masas… hasta la insurrección armada. La Revolución de 1905 ya reveló, aunque de una forma embrionaria, todos los procesos básicos que se repetirían, a una escala mayor, doce años más tarde. Fue un ensayo general, sin el cual, habría sido imposible la victoria final del proletariado en octubre de 1917. Durante 1905, todas las ideas, todos los programas, partidos y dirigentes fueron sometidos a prueba. La experiencia de la primera revolución fue decisiva para la futura evolución de todas las tendencias de la socialdemocracia rusa» (Alan Woods, *Bolchevismo, el camino a la revolución*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2003, págs. 205-6).

El estudio de este período extraordinario tiene por lo tanto una gran importancia para todo aquel que desea comprender la dinámica de la revolución tanto en la particular como en lo general. Sobra decir que tal comprensión sólo es posible para aquellos que han comprendido a fondo el método del marxismo conocido como materialismo histórico.

El aspecto más llamativo de una revolución es la velocidad con la que aprenden las masas. En general, la clase obrera no aprende de los libros sino de la vida misma. Los acontecimientos, especialmente los grandes acontecimientos, son necesarios para que las masas se liberen de la pesada carga de la tradición, el hábito, la rutina y para que abracen nuevas ideas. Ésta es la posición adoptada por la concepción materialista de la historia, que fue expresada de manera brillante por Carlos Marx en la célebre

frase: «el ser social determina la conciencia». Los idealistas siempre ha presentado la conciencia como la fuerza motriz de todo progreso humano. Pero incluso el estudio más superficial de la historia demuestra que la conciencia humana siempre tienden a ir por detrás de los acontecimientos. Lejos de ser revolucionaria es profunda e innatamente conservadora.

A la mayoría de las personas no les gusta la idea del cambio y aún menos de una agitación violenta que transforme las condiciones existentes. Tienden a aferrarse a las ideas familiares, a las instituciones conocidas, a la moralidad tradicional y a la religión. Aquellos que hacen un llamamiento para cuestionar el orden existente nunca son populares entre sus contemporáneos. Carlos Marx, Sócrates, Jesucristo, Mahoma, Copérnico y Galileo, todos fueron rechazados y perseguidos, fueron considerados herejes, hasta que los acontecimientos posteriores demostraron los defectos del viejo orden que le llevan a un callejón sin salida y finalmente a su derrocamiento. Vemos gráficamente este proceso dialéctico en los acontecimientos de 1905, que fueron descritos por Lenin como el ensayo general para la Revolución de Octubre de 1917.

Guerra y revolución

Los tormentosos acontecimientos de ese período estaban directamente relacionados con la guerra ruso-japonesa de 1905-6. Las ambiciones del zarismo ruso en Asia chocaban con el empuje hacia occidente del joven y vigoroso imperialismo japonés, que le llevaron a invadir Manchuria y topar con las fronteras de Rusia en el Lejano Oriente y Siberia. La guerra desenmascaró rápidamente la podredumbre interna del zarismo que sufrió una serie de derrotas humillantes que culminaron con la caída de Port Arthur. En este caso, no fue la primera vez ni será la última que la guerra actuó como catalizador de la revolución.

Los pacifistas siempre se lamentan de los males de la guerra. Desde el punto de vista del humanitarismo abstracto ninguna persona sana negaría que son la causa de un inmenso sufrimiento humano, muerte y destrucción. Las quejas lastimeras de los pacifistas (que existían ya incluso en la antigua Grecia) no parecen haber tenido un efecto destacable a la hora de cambiar la situación. Además, a menudo, aquellos que proclaman en voz más alta la causa de la paz, se convierten en los mayores belicistas. Sólo basta con citar en este contexto los nombres de George W. Bush y Tony Blair.

Tampoco todas las guerras tienen un carácter reaccionario. Pocas personas hoy pueden negar el significado progresista de la Guerra de Independencia Americana o la Guerra Civil Americana en los siglos XVIII y XIX, aunque muchos de los admiradores de estos sangrientos acontecimientos se nieguen a aceptar la validez de la Revolución Rusa y la Guerra Civil Rusa, o la guerra de liberación nacional contra el imperialismo estadounidense que llevaron a cabo los pueblos de Vietnam, Cuba o Iraq en nuestra época.

La guerra entre Rusia y Japón no tenía ningún contenido progresista, como todas las demás guerras luchadas entre las diferentes bandas de ladrones imperialistas para decidir quién tomará posesión de los mercados mundiales, de las materias primas y esferas de influencia. Pero las guerras, incluso cuando tienen un carácter reaccionario, sirven para descubrir de manera despiadada la debilidad del orden existente, saca al descubierto los fallos ocultos que están debajo de la superficie de la fibra social y hasta cierto punto, hace que las grandes masas entren en movimiento. Ése fue el caso de 1905, y de nuevo en 1917, cuando la guerra imperialista llevó a la mayor revolución social de la historia. Eso ocurrió en las etapas finales de la guerra de Vietnam y ocurrirá de nuevo en el caso de Iraq que, inevitablemente y en determinado momento, provocará además una explosión, no sólo en Europa, sino también en los propios Estados Unidos.

En las primeras etapas de la revolución rusa las masas mostraron una cierta ingenuidad. Era una fase inevitable que se repite en cada gran revolución. Lo vimos en las etapas iniciales de la Guerra Civil inglesa en el siglo XVII. En la Revolución Francesa de 1789-93. En la Revolución de Febrero de 1917. De nuevo en España en 1931 con la caída de la monarquía y la proclamación de la República. Y lo vemos ahora en Venezuela.

Una revolución hace que millones de personas inexpertas y sin formación política entren en la escena de la vida política activa. En realidad, la esencia de una revolución consiste precisamente en esta participación activa de las masas En las primeras etapas sufren todo tipo de ilusiones; no saben exactamente donde van y qué quieren, aunque ciertamente sí saben lo que no quieren. Es inevitable una cierta cantidad de confusión. ¿De dónde se supone que las masas consiguen la claridad? Las condiciones normales de los trabajadores en la sociedad capitalista les excluyen de la adquisición de las herramientas ideológicas necesarias para llevar a cabo la revolución.

Las masas aprenden lentamente de los acontecimientos. Proceden de una manera empírica, a partir de una serie de aproximaciones sucesivas. Además, este proceso no sigue una línea recta: dos pasos adelante van acompañados de otro atrás. Este proceso concede grandes oportunidades a la tendencia más revolucionaria, que puede crecer rápidamente a condición de que sepa cómo combinar la audacia revolucionaria con la necesidad de la flexibilidad táctica y mantener en cada momento sus vínculos con las masas.

La debilidad del partido

Las tareas del proletariado en la revolución habrían sido más fáciles de conseguir si hubiera existido un partido marxista revolucionario fuerte antes de enero de 1905. Pero no existía. El partido socialdemócrata Ruso (POSDR), que se basaba en el

programa del marxismo, se había dividido sólo dos años antes, en su II congreso. Las dos fracciones que surgieron de la escisión, los bolcheviques y los mencheviques, eran débiles en San Petersburgo. Sus vínculos con la clase obrera eran pequeños. Representaban sólo a una minoría de una minoría de los activistas, y casi completamente aislada. Esta situación no es desconocida en la historia del movimiento. En realidad es la normal. Como comentaba el viejo Engels al final de su vida: «Marx y yo siempre estuvimos en minoría y estábamos orgullos de estar en minoría».

Las viejas historias estalinistas presentan una imagen del Partido Bolchevique al mando del timón y guiando cada una de las etapas de la revolución. La realidad es que el principio de la revolución encontró al partido en un estado lamentable. La lucha interna fraccional había paralizado sus actividades. Esto se reflejó en el número de panfletos bolcheviques publicados en San Petersburgo en 1904: 11 en todo el año, frente a los 55 de 1903 y a los 117 de 1905.

Con frecuencia ocurre que los trabajadores más avanzados políticamente se pueden divorciar de las masas y perder la confianza en ellas. Años de aislamiento, de defender posiciones revolucionarias y no obtener respuesta, de golpearse la cabeza contra un muro de ladrillos, puede provocar ambientes de escepticismo que pueden jugar un papel muy dañino cuando comienzan a cambiar las condiciones. Por eso ha ocurrido en más de una ocasión que los sectores más militantes y revolucionarios de los activistas han quedado por detrás de las masas, que han saltado sobre sus confiadas cabezas. Incluso es posible que los «revolucionarios» puedan transformarse en el momento crucial en una barrera conservadora en el camino de la clase.

Antes de los acontecimientos de enero, los dirigentes bolcheviques locales en San Petersburgo mostraron una actitud pesimista y una arraigada falta de confianza en los trabajadores. Los «hombres del comité» (y mujeres) mostraron sus quejas a Lenin. No veían ninguna prueba de la existencia de ambiente revolucionario entre las masas, sólo atraso e ignorancia. Como prueba de la desesperación de la situación citaron el hecho de que la aplastante mayoría de los trabajadores estaban apoyando al «sindicato» reaccionario creado por el padre Gapón con el apoyo del jefe de la policía zarista, Zubátov.

El menchevique S. Somov (I. A. Pushkin) describió así la situación de su organización de San Petersburgo a principios de año: «Surgió una imagen muy triste. Sólo se podían encontrar organizaciones que funcionasen bien en el sector Narva, con sus 30 000 trabajadores; toda la organización socialdemócrata consistía en seis o siete círculos de trabajadores de Putílov y de las plantas de Construcción de Automóviles y Ferrocarriles (de cinco a seis trabajadores en cada círculo) y el trabajo se realizaba de acuerdo con métodos anticuados, con largos cursos de economía política y cultura primaria. Había también una organización sectorial de representantes de los círculos, pero que era difícil determinar. La vida en la fábrica no encontraba en absoluto eco en los círculos. El difuso malestar… que encontró una expresión en el poderoso

desarrollo del movimiento de Gapón —en el cual se manifestaba claramente el ansia de las masas obreras de una organización más amplia y la unidad de clase— era ignorado como zubatovismo. Además, la mayoría de los trabajadores que pertenecían a nuestro círculo eran muy jóvenes, aprendices y sin influencia en su entorno fabril».

Años después, tras la victoria de la Revolución de octubre, cuando Lenin estaba intentando explicar a los cuadros jóvenes e inexpertos de la Internacional Comunista lo básico de las tácticas bolcheviques, citó el caso del sindicato de Gapón. En su clásico del marxismo, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Lenin explicaba que los comunistas siempre deben hacer trabajo incluso en las organizaciones obreras más reaccionarias. Dijo que los bolcheviques habían trabajado incluso en los sindicatos policiales. Esta afirmación, que muchas personas no entienden, hace referencia al sindicato de Gapón, la llamada «Asamblea de Trabajadores de Fábricas y Talleres Rusos».

En realidad, esto no es totalmente exacto. Los bolcheviques en San Petersburgo habían abandonado el trabajo en esta organización, a la que boicotearon basándose en que era un sindicato policial reaccionario. Así era, pero como explica Lenin, es necesario trabajar incluso en esa organización reaccionaria para arrancar a los trabajadores de la dirección. Si los bolcheviques petersburgueses hubieran seguido en serio este consejo habrían estado en una posición más fuerte cuando comenzó la revolución. Pero sufrieron de la conocida enfermedad de todos los ultraizquierdistas sectarios, que imaginan que todo lo que hace falta para construir un partido revolucionario de masas es proclamarlo. Desgraciadamente, toda la historia demuestra que la tarea es un poco más complicada que eso.

En *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo* Lenin escribía: «Bajo el régimen zarista, hasta 1905, no tuvimos ninguna “posibilidad legal”; pero cuando el policía Zubátov organizó sus asambleas y asociaciones obreras ultrarreaccionarias con objetivo de cazar a los revolucionarios y luchar contra ellos, enviamos allí a miembros de nuestro partido (recuerdo entre ellos al camarada Bábushkin, destacado obrero petersburgués fusilado en 1906 por los generales zaristas), que establecieron contacto con la masa, consiguieron realizar su agitación y arrancar a los obreros de la influencia de los agentes de Zubátov» (Lenin, *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, Madrid, Fundación Federico Engels, 1998, pág. 62).

Respondiendo a los ultraizquierdistas escribía: «No actuar en el seno de los sindicatos reaccionarios, significa abandonar a las masas obreras insuficientemente desarrolladas o atrasadas a la influencia de los líderes reaccionarios, de los agentes de la burguesía, de los obreros aristócratas u “obreros aburguesados”…

»Precisamente la absurda “teoría” de la no participación de los comunistas en los sindicatos reaccionarios demuestra con la mayor evidencia con qué ligereza estos comunistas “de izquierda” consideran la cuestión de la influencia sobre las “masas” y de qué modo abusan de su griterío acerca de las “masas”. Para saber ayudar a la

“masa”, para adquirir su simpatía, su adhesión y su apoyo, no hay que temer las dificultades, las zancadillas, los insultos, los ataques, las persecuciones de los “jefes” (que, siendo oportunistas y socialchovinistas, están en la mayor parte de los casos en relación directa o indirecta con la burguesía y la policía) y trabajar sin falta allí donde estén las masas. Hay que saber hacer toda clase de sacrificios, vencer los mayores obstáculos para entregarse a una propaganda y agitación sistemática, tenaz, perseverante, paciente, precisamente en las instituciones, sociedades, sindicatos, por reaccionarios que sean, donde se halle la masa proletaria o semiproletaria. Y los sindicatos y las cooperativas obreras (éstas últimas, por lo menos, en algunos casos) son precisamente las organizaciones donde están las masas» (*Ibíd*.).

Lenin señaló en más de una ocasión que la clase obrera siempre es más revolucionaria que el partido más revolucionario. Esta afirmación a primera vista no parece corresponder con los hechos, al menos en la víspera de la revolución de 1905. La gran mayoría de los trabajadores tenía una perspectiva conservadora. Eran aplastantemente religiosos y eso explica en parte su fe ilimitada en el padre Gapón. Bebían vodka. Muchos eran monárquicos que creían incuestionablemente en el zar. Cuando los bolcheviques se acercaban a los huelguistas con panfletos revolucionarios que agitaban a favor de la república democrática, a menudo se los rompían y algunas veces pegaban a quienes los distribuían. Todo esto se transformó en su contrario en el espacio de 24 horas.

Todos los esfuerzos de la policía y sus títeres sindicales para confinar el movimiento obrero en una camisa de fuerza de restricciones legales, estaban condenados al fracaso. La ascendente marea de descontento que afectó a todas las capas de la sociedad en el transcurso de la guerra ruso-japonesa, comenzó a afectar incluso al estrato más atrasado de la clase obrera. Hasta este momento, la oposición al zarismo provenía sólo de la intelectualidad liberal y de los estudiantes. Esto también es una ley. La intelectualidad no puede jugar un papel independiente en la revolución, pero sí es un barómetro sensible de las tensiones acumuladas dentro de los rincones profundos de la sociedad.

«El viento sopla primero en las copas de los árboles». El fermento de la sociedad se reflejaba en la oposición existente entre los intelectuales. Las universidades se convirtieron en bastiones de la protesta revolucionaria y en determinado momento se abrieron a los trabajadores. Se convirtieron en el centro de acalorados debates de ideas y programas, una parte importante de la revolución que es descrita vivamente en este libro.

Domingo sangriento

La clase obrera de Rusia hizo su primera entrada decisiva en la escena de la historia en una procesión pacífica, con una petición al Zar y un sacerdote a la cabeza. En sus

manos llevaban, no banderas rojas, sino iconos religiosos. El objetivo de la manifestación era hacer un llamamiento al zar, el *batyushka* (el «Padrecito») para que mejorara sus intolerables condiciones de vida.

Estos trabajadores no entendían de política. Muchos de ellos apenas leían o escribían. Eran antiguos campesinos que acababan de emigrar a las ciudades en busca de una vida mejor, un fenómeno que es demasiado familiar para las masas de América Latina y que ahora se está reproduciendo a una escala mayor en las atestadas ciudades de China.

Este proceso de rápido desarrollo tuvo consecuencias muy revolucionarias. Arrancó a millones de personas de las condiciones del atraso rural que habían permanecido inalterables a lo largo de mil años. El capitalismo ruso destruyó la base social que, durante siglos, había proporcionado cierta estabilidad e identidad al campesinado ruso. Desarraigado de su entorno natural, el antiguo campesino fue lanzado al caldero hirviente de la vida fabril. Bajo el ojo vigilante del capataz aprendió disciplina y organización de fábrica. Aprendió a someterse a las reglas despiadadas de la producción en masa. Por lo tanto, aprendió a deshacerse de la antigua tradición campesina del individualismo y el egoísmo, las estrechas lealtades a la familia, la aldea y el clan. Comenzó a pensar por sí mismo como parte de una comunidad más amplia, la clase obrera, con lazos comunes de interés y solidaridad frente a los explotadores.

Pero esta conciencia de clase sólo tenía aún un carácter embrionario. El proletariado ruso todavía era una clase «en sí» pero no «para sí». Para dar el salto cualitativo a la conciencia de clase revolucionaria, la clase obrera debía pasar a través de una escuela muy dura, un bautismo de fuego. Esto ocurrió el 9 de enero (en el viejo calendario prerrevolucionario) de 1905, conocido por la historia como el Domingo sangriento.

La conciencia confusa de las masas se expresó claramente en su fervoroso apoyo al padre Grigori Gapón. Figuras como éstas siempre surgen en el primer período de la revolución. Con su mezcla curiosa de militancia y religión, lucha de clases y monarquía, corresponden a los inicios, a la conciencia confusa de los millones que forman las capas más oprimidas de la sociedad que buscan a tientas una alternativa. Hijo de un campesino, expresó fielmente la lucha aún imprecisa de esta capa, donde el deseo de luchar por una vida mejor en este mundo todavía se entrelazaba con las ideas religiosas y la creencia en el zar.

La manifestación pacífica del 9 de enero se encontró con el saludo de las balas procedentes de las prietas filas de la policía y los soldados. Hombres, mujeres y niños desarmados fueron derribados sin piedad por los cosacos. Nadie sabe cuántos murieron, pero la cifra total probablemente no baje de los mil. Ésta fue la obra del zar, que se ganó el apodo de Nicolás el sangriento, pero que ahora es presentado a la opinión pública mundial como una especie de mártir santo de los despiadados bolcheviques.

cada revolución se caracteriza por cambios luminosos en la psicología de las masas, donde las cosas se transforman en su contrario. La noche del Domingo sangriento, los mismos trabajadores que anteriormente rompían los panfletos bolcheviques fueron a buscarles (sabían quiénes eran) y les exhortaron con una apremiante reivindicación: «*¡Dadnos armas!*».

Las personas pueden cambiar. Vemos esto en cada huelga, cuando trabajadores anteriormente atrasados y apáticos se convierten en los más militantes y enérgicos paladines de la huelga. Una revolución es como una huelga pero a una escala inmensamente mayor. El padre Gapón fue una figura accidental y contradictoria. Después de los acontecimientos del 9 de enero defendió la insurrección armada e incluso durante un tiempo se acercó a los bolcheviques.

LOS SOVIETS Y LA HUELGA DE OCTUBRE

En los siguientes once meses la revolución se desarrolló a través de toda una serie de etapas. Nuevas capas de la clase entraban continuamente en la lucha. Los sóviets —esos maravillosos órganos de poder obrero— fueron creados por la clase obrera como órganos de lucha flexibles y democráticos. En su comienzo simplemente eran comités de huelga ampliados.

Una vez más, los dirigentes bolcheviques locales no consiguieron comprender el significado de los sóviets. Mostraron la misma actitud sectaria que habían demostrado hacia el sindicato de Gapón. Se dirigieron al Sóviet de San Petersburgo con un ultimátum: o los trabajadores aceptan el programa y la política del partido o deberían disolverse. Como escribió Trotsky, los trabajadores presentes simplemente se encogieron de hombros y siguieron con el siguiente punto del orden del día, con lo cual, los bolcheviques abandonaron la reunión.

Desde el extranjero Lenin observaba la conducta de sus compañeros con una mezcla de frustración y consternación. A diferencia de ellos, comprendía muy bien el verdadero significado de los sóviets, a los que caracterizó correctamente como órganos embrionarios de poder obrero. Pidió a los bolcheviques que participaran en el movimiento real de las masas y finalmente corrigieron su error. Pero el daño ya estaba hecho. Los bolcheviques habían perdido mucho terreno debido a su sectarismo.

La figura clave en el Sóviet de San Petersburgo en 1905 fue sin duda León Trotsky, que en ese momento estaba fuera tanto de la fracción bolchevique como de la menchevique, pero políticamente estaba más próximo a la primera. En otoño la oleada revolucionaria había alcanzado su punto álgido con una avalancha de huelgas sin precedentes. Al frente del movimiento estaba el proletariado, manejando su arma de lucha clásica: la huelga general. «En su alcance y agudeza», como recordaba más tarde Lenin, «la lucha huelguística no tenía paralelos en ninguna parte del mundo. La

huelga económica se convirtió en huelga política y, más tarde, en insurrección».

Durante la huelga general de octubre y el cierre empresarial de noviembre todos los ojos estaban puestos en el Sóviet de San Petersburgo. Aquí había un órgano de lucha extremadamente amplio y democrático. En el transcurso de la lucha, los soviets poco a poco aumentaron sus funciones y su representación. A través del sóviet los trabajadores hacían uso de la recién conquistada libertad de prensa con el simple trámite de tomar las imprentas. Obligaron a introducir la jornada laboral de ocho horas diarias e incluso instituyeron el control obrero de la producción en algunas fábricas. Formaron una milicia obrera e incluso arrestaron a oficiales de la policía poco populares. Además de otras numerosas tareas, el sóviet publicaba *Izvestiya Sovieta Rabochikh Deputatov* como su principal órgano público. A lo largo de estos dramáticos acontecimientos, el autor de la mayoría de las declaraciones y manifiestos del sóviet de San Petersburgo fue Trotsky.

La descripción de la huelga de octubre, escrita por uno de sus dirigentes clave, constituye uno de los capítulos más importantes del libro. Mientras que en 1917 no hubo huelga general, en 1905 la huelga general fue una de las armas más importantes de la clase obrera. Fue el método a través del cual la revolución medía su propia fuerza, se organizaba y desorganizaba al enemigo, mientras que al mismo tiempo movilizaba en la lucha a nuevas capas de la clase obrera.

La insurrección de diciembre

La principal debilidad de la revolución de 1905 fue el hecho de que el movimiento de los trabajadores en las ciudades no recibió la ayuda del campesinado hasta que fue demasiado tarde. A finales de diciembre los trabajadores de San Petersburgo, que habían estado en una lucha continua desde enero, estaban agotados. Los trabajadores de Moscú ocupaban ahora la escena central. Se movieron en dirección a la insurrección armada, pero desgraciadamente, el proletariado de San Petersburgo ya no estaba en posición de llegar en su ayuda.

La derrota sangrienta de la insurrección de diciembre en Moscú marcó efectivamente el final de la marea revolucionaria en las ciudades. Pero la revolución continuó hasta extenderse más tarde en las aldeas. Hubo insurrecciones campesinas en todas partes, acompañadas con estallidos de guerra de guerrillas. Pero sin la victoria de los trabajadores en los centros urbanos, el movimiento campesino estaba condenado al fracaso. Conscientes finalmente de que ya no estaba en el orden del día, Lenin pidió detener las acciones guerrilleras y preparó al partido para enfrentarse a un período de reacción.

La derrota de la revolución de 1905 fue dura. Miles de revolucionarios fueron ejecutados, torturados, encarcelados y exiliados. El partido, que había crecido desde un puñado a una fuerza de masas de cientos de miles, de nuevo quedó reducido a una

pequeña organización perseguida y clandestina. Hubo discusiones y escisiones. Lenin estaba en minoría de uno cuando se oponía a la política ultraizquierdista de los dirigentes bolcheviques que deseaban boicotear el parlamento y se negaban a hacer un trabajo legal en los sindicatos.

Tan desoladora era la situación que muchos jóvenes camaradas se suicidaron, creyendo que la revolución estaba condenada para siempre. Pero en 1911-12 la reacción había alcanzado sus límites y comenzó una nueva oleada revolucionaria. Fue en ese momento cuando Lenin y los bolcheviques ganaron la dirección de la clase obrera organizada en Rusia.

¿Cómo fue posible que Lenin y los bolcheviques salieran ilesos de esta terrible derrota? Napoleón dijo en una ocasión que los ejércitos derrotados aprenden bien. Lenin se negó a cambiar de rumbo ante la victoria temporal de la reacción. Defendió tercamente el programa fundamental, los métodos, las ideas y las tradiciones del marxismo en un contexto de revisionismo y apostasía. Incluso estaba dispuesto a romper con todos sus antiguos camaradas —personas como Bogdánov, Gorki y Lunacharski— para defender la filosofía marxista. Sólo de esta forma fue posible preservar el partido marxista y garantizar su victoria final.

En el último período hemos vivido un período de reacción —aunque nada comparado con la reacción de 1907-11—. En todas partes vemos la misma tendencia a la retirada, a abandonar las posiciones del marxismo y el leninismo. En todas partes vemos el mismo ambiente de escepticismo y cinismo entre los intelectuales de clase media, ex comunistas y ex militantes de izquierda. Nuestra respuesta es la misma que Lenin y Trotsky dieron en un período mucho más difícil. Estamos firmemente a favor de la defensa de las ideas, el programa y los métodos del marxismo, la única ideología socialista y científica. Los acontecimientos a escala mundial están demostrando que tenemos razón al hacerlo.

Dicen que la hora más oscura llega justo antes del amanecer. Debajo de la superficie de negra reacción, de guerras imperialistas y barbarie, están madurando nuevas fuerzas y haciéndose más fuertes según pasan los días. Se están preparando nuevos movimientos revolucionarios, como la revolución en Venezuela, y como ha ocurrido en cada una de las revoluciones anteriores, atravesará muchas fases, con muchas ideas confusas y contradicciones. Eso no es sorprendente. ¿Acaso la vida misma no está llena de contradicciones?

Sobre la base de su experiencia, las masas buscarán las ideas y el programa que más fielmente conecte con sus aspiraciones y deseos, el que más acertadamente exprese, no sólo lo que es, *sino lo que debe ser*. Sólo las ideas y el programa del marxismo revolucionario puede ofrecer a las masas el camino que están buscando.

En la lucha por la ideología revolucionaria, los maravillosos escritos de León Trotsky ocupan un lugar de honor. Y entre éstos, uno de los más importantes es *1905*, por eso se lo recomiendo al lector con el mayor entusiasmo posible.

Alan Woods
Londres, 10 de abril de 2005

1905

primera parte

PREFACIO A LA EDICIÓN RUSA DE 1922

Los acontecimientos de 1905 se presentan como el grandioso prólogo del drama revolucionario de 1917. Durante los largos años de reacción triunfante que le siguieron, 1905 permaneció siempre ante nuestras miradas como un todo acabado, como el año de la revolución rusa. En la actualidad, ya no tiene 1905 ese carácter individual y esencial, sin haber perdido por ello su importancia histórica. La revolución de 1905 surgió directamente de la guerra rusojaponesa y, del mismo modo, la revolución de 1917 ha sido el resultado inmediato de la gran matanza imperialista. Así, por sus orígenes corno por su desarrollo, el prólogo contenía todos los elementos del drama histórico del que hoy somos espectadores y autores. Pero estos elementos se ofrecían en el prólogo en forma abreviada, todavía sin desarrollar. Todas las fuerzas componentes que entraron en escena en 1905, se hallan hoy iluminadas con una luz más viva por el reflejo de los acontecimientos de 1917. El Octubre rojo, como le llamábamos ya entonces, creció convirtiéndose, doce años más tarde, en un Octubre incomparablemente más grandioso y verdaderamente triunfante.

Nuestra gran ventaja en 1905, en la época del prólogo revolucionario, consistió en que los marxistas estábamos armados con un método científico para el estudio de la evolución histórica y ello nos permitía establecer una explicación teórica de las relaciones sociales que el movimiento de la historia no nos presentaba más que por indicios y alusiones. Muy pronto, la caótica huelga de julio de 1903, en el mediodía de Rusia, nos había proporcionado la ocasión de apreciar que el método esencial de la revolución rusa sería una huelga general del proletariado, transformada inmediatamente en insurrección. Los acontecimientos del 9 de enero, confirmando de forma asombrosa estas previsiones, nos llevaron a plantear en términos concretos la cuestión del poder revolucionario. A partir de ese momento, en las filas de la socialdemocracia rusa, se busca y se investiga activamente cuál es la naturaleza de la revolución rusa y cuál su dinámica interna de clase. Fue precisamente en el intervalo que separa el 9 de enero y la huelga de octubre de 1905, cuando el autor llegó a concebir el desarrollo revolucionario de Rusia bajo la perspectiva fijada a continuación por la teoría llamada «de la revolución permanente». Esta designación, ciertamente algo abstrusa, quería expresar que la revolución rusa, obligada en primer término a considerar en su porvenir más inmediato determinados fines burgueses, no podría sin embargo detenerse ahí. La revolución no resolvería los problemas burgueses que se presentaban ante ella en primer plano más que llevando el proletariado al poder y, una vez que éste se hubiera apoderado del poder, no podría limitarse el marco burgués de la revolución. Bien al contrario, y precisamente para asegurar su victoria definitiva, la vanguardia proletaria debería, desde los primeros días de su dominación, penetrar profundamente en los dominios prohibidos de la propiedad, tanto burguesa como feudal. En estas condiciones, era inevitable el encuentro con manifestaciones hostiles por parte de los grupos burgueses que la

sostuvieran en el comienzo de su lucha revolucionaria y por parte, asimismo, de las masas campesinas cuya cooperación la habría empujado hacia el poder. Los intereses contradictorios que dominaban la situación de un gobierno obrero, en un país atrasado en que la inmensa mayoría de la población se componía de campesinos, no podían conducir a una solución sino en el plano internacional, sobre el fondo de una revolución proletaria mundial. Cuando, en virtud de la necesidad histórica, hubiera desbordado la revolución rusa los estrechos límites que le fijaba la democracia burguesa, el proletariado triunfante se vería obligado a quebrar igualmente el marco de la nacionalidad, es decir, debería dirigir conscientemente su esfuerzo de manera que la revolución rusa se convirtiese en el prólogo de la revolución mundial.

Aunque exista un intervalo de doce años entre este juicio y los hechos, la apreciación que acabamos de exponer ha sido plenamente confirmada. La revolución rusa no ha podido limitarse a un régimen de democracia burguesa; ha tenido que transmitir el poder a la clase obrera. Y si ésta se mostró en 1905 demasiado débil para conquistar el lugar que le correspondía, ha podido afirmarse y madurar, no en la república de la democracia burguesa, sino en los ocultos refugios en que la confinaba el zarismo del 3 de junio. El proletariado alcanzó el poder en 1917 gracias a la experiencia adquirida por sus mayores en 1905. Los jóvenes obreros necesitan poseer esta experiencia, necesitan conocer la historia de 1905.

He decidido añadir a la primera parte de este libro dos artículos de los que uno (relativo al libro de Cherevanin) se imprimió en 1908 en la revista de Kautsky *Neue Zeit* y otro, consagrado a establecer la teoría de «la revolución permanente», y en el que el autor polemiza con los representantes de la opinión que entonces dominaba a este respecto en la socialdemocracia rusa, se publicó (creo que en 1909) en una revista del partido polaco, cuyos inspiradores eran Rosa Luxemburgo y Leo Joguiches. Estos artículos permitirán, a mi juicio, al lector orientarse con mayor claridad en el conflicto de ideas que tuvo lugar en el seno de la socialdemocracia rusa, durante el período que siguió inmediatamente a la primera revolución, y arrojarán asimismo alguna luz sobre ciertas cuestiones extremadamente graves que se discuten en la actualidad. La conquista del poder no fue en modo alguno improvisada en octubre de 1917, como tantos se imaginan; la nacionalización de las fábricas y de las factorías por la clase obrera triunfante, no fue tampoco un «error» del gobierno obrero que se habría negado a escuchar las advertencias de los mencheviques. Estas cuestiones se discutieron, recibiendo una solución de principio, a lo largo de un período de quince años.

Los conflictos de ideas relativos al carácter de la revolución rusa rebasaron desde un comienzo los límites de la socialdemocracia rusa, alcanzando a los elementos avanzados del socialismo mundial. La forma en que los mencheviques concebían la revolución fue expuesta a conciencia, es decir, con toda su vulgaridad, por el libro de Cherevanin. En seguida, apresuradamente, los oportunistas alemanes adoptaron esta perspectiva. A propuesta de Kautsky, hice la crítica de este libro en *Neue Zeit*.

Entonces Kautsky se mostró totalmente de acuerdo con mi apreciación. También él, como el fallecido Mehring, se adhería al punto de vista de «la revolución permanente». Ahora, un poco tarde, Kautsky pretende unirse en el pasado a los mencheviques. Pretende disminuir y tragarse de nuevo su ayer al nivel de su hoy. Pero esta falsificación exigida por las inquietudes de una conciencia que, ante sus propias teorías, no se encuentra demasiado pura, está al descubierto gracias a los documentos que subsisten en la prensa. Lo que en aquella época escribía Kautsky, lo mejor de su actividad literaria y científica (la respuesta al socialista polaco Lusnia, los estudios sobre los obreros americanos y rusos, la respuesta a la encuesta de Plejánov sobre el carácter de la revolución rusa, etc.), todo lo cual fue y sigue siendo una implacable refutación del menchevismo y justifica completamente, desde el punto de vista teórico, la táctica revolucionaria adoptada más tarde por los bolcheviques, a los que estúpidos y renegados, con el Kautsky de hoy a su cabeza, acusan ahora de ser aventureros, demagogos, sectarios de Bakunin.

Figura como tercer suplemento un artículo titulado *La lucha por el poder*, publicado en 1915 en París por el periódico ruso *Nache Slovo* y que trata de demostrar que las relaciones políticas, esbozadas de forma bastante nítida en la primera revolución, deben encontrar su confirmación definitiva en la segunda.

En lo que concierne a las formas de la democracia, el presente libro se halla lejos de ofrecer la claridad necesaria, claridad que igualmente falta en el movimiento cuyo aspecto general se ha pretendido fijar. Es fácil de comprender: sobre esta cuestión, nuestro partido no había logrado aún hacerse una opinión plenamente motivada diez años más tarde, en 1917. Pero esta insuficiencia de luz o de expresión no procedía de una actitud preconcebida. Desde 1905 nos habíamos alejado infinitamente del misticismo de la democracia; nos representábamos la marcha de la revolución, no como una realización de las normas absolutas de la democracia, sino como una lucha de clases, durante la cual serían utilizados provisionalmente los principios y las instituciones de la democracia. En aquella época poníamos por delante, de forma determinada, la idea de la conquista del poder por la clase obrera; estimábamos que esta conquista era inevitable y, para llegar a esta deducción, lejos de basarnos en las probabilidades que presentara una estadística electoral según «el espíritu democrático», considerábamos únicamente las relaciones de clase a clase. Los obreros de San Petersburgo, desde 1905, llamaban a su sóviet «gobierno proletario». Esta denominación circuló entonces y se hizo de uso familiar, pues entraba perfectamente en el programa de la lucha para la conquista del poder por la clase obrera. Pero, al mismo tiempo, oponíamos al zarismo el programa político de la democracia en toda su extensión (sufragio universal, república, milicias, etc.). No podíamos obrar de otro modo. La política de la democracia es una etapa indispensable para el desarrollo de las masas obreras, siempre a condición de que se admita una reserva esencial: saber que, en ciertos casos, hacen falta decenas de años para recorrer esta etapa, mientras que en otras circunstancias la situación

revolucionaria permite a las masas liberarse de los prejuicios democráticos incluso antes de que las instituciones de la democracia hayan tenido tiempo de establecerse y realizarse. El régimen gubernamental de los socialistas revolucionarios y de los mencheviques rusos (de marzo a octubre de 1917) comprometió integralmente a la democracia antes de que ésta hubiera podido fundirse y solidificarse en las formas de la república burguesa. Pero, incluso a lo largo de este período que precedió inmediatamente al golpe de Estado proletario, nosotros, que habíamos escrito en nuestro estandarte «Todo el poder a los sóviets», marchábamos aún bajo las enseñas de la democracia, sin poder ofrecer ni a las masas populares ni a nosotros mismos una respuesta definitiva a la pregunta: ¿Qué sucedería si el engranaje de la democracia no se ajustase a la rueda del sistema socialista? Cuando escribíamos nuestro libro, así como mucho más tarde, bajo Kerensky, se trataba para nosotros esencialmente de preparar la conquista del poder por la clase obrera; la cuestión jurídica permanecía en un plano secundario y no nos preocupábamos en absoluto de hallar solución a cuestiones embarazosas por sus aspectos contradictorios, cuando debíamos ocuparnos de la lucha por superar obstáculos materiales.

La disolución de la Asamblea constituyente fue la realización revolucionaria brutal de un designio que hubiera podido ser realizado de otro modo, con aplazamientos, con una preparación electoral conforme a las necesidades revolucionarias. Pero se desdeñó precisamente este aspecto jurídico de la lucha y el problema del poder revolucionario se planteó abiertamente; por otra parte, la dispersión de la Asamblea constituyente por las fuerzas armadas del proletariado exigió a su vez una revisión completa de las relaciones que podían existir entre la democracia y la dictadura. La Internacional proletaria, a fin de cuentas, no podía sino ganar con esta situación, tanto en la teoría como en la práctica.

La historia de este libro se presenta en dos palabras, como sigue: la obra fue escrita en 1908-1909, en Viena, para una edición alemana que apareció en Dresde. El fondo del libro alemán estuvo constituido por varios capítulos del libro ruso *Nuestra Revolución* (1907) pero con considerables modificaciones, introducidas a fin de adaptar la obra a los hábitos del lector extranjero. La mayor parte del libro tuvo que ser escrita de nuevo. Para publicar esta nueva edición rusa ha sido preciso reconstruir el texto, en parte siguiendo los manuscritos que se habían conservado, en parte traduciendo otra vez del alemán. Recurrí para ello a la colaboración del camarada Rumer, que ha ejecutado el trabajo con notable cuidado. Todo el texto ha sido revisado por mí.

L. Trotsky
Moscú, 12 de enero de 1922

PREFACIO A LA EDICIÓN ALEMANA DE 1909

Todavía no ha llegado el momento de apreciar históricamente, en su conjunto y de una forma definitiva, la revolución rusa; la situación de las diferentes fuerzas presentes todavía no está suficientemente definida; la revolución continúa, dando lugar a nuevas circunstancias, no puede comprenderse su pleno significado de un solo vistazo. Este libro no pretende ser un trabajo histórico; se aporta el testimonio de un espectador y actor, se camina sobre las mismas huellas de los acontecimientos, a la luz de una opinión que es la del partido del autor: socialdemócrata[1] en política y marxista desde el punto de vista científico. Ante todo, el autor se ha esforzado por explicar al lector la lucha revolucionaria del proletariado ruso, lucha cuyo apogeo residió en la actividad del Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo, al tiempo que allí mismo encontraba su desenlace trágico. Si el autor ha logrado recomponer estos acontecimientos de una manera satisfactoria, habrá cumplido con lo mejor de su tarea.

En la *Introducción* son analizadas las bases económicas de la revolución rusa. El zarismo, el capitalismo ruso, la estructura agraria de Rusia, las formas y las relaciones de su producción, las clases de la sociedad, la nobleza agraria, el campesinado, los grandes capitalistas, la pequeña burguesía, los intelectuales, el proletariado —presentados en sus relaciones mutuas y en su situación respecto al Estado—, tal es el contenido de esta introducción, que tiene por objeto mostrar al lector, en sus agrupamientos estáticos, las fuerzas sociales que entrarán en acción bajo la influencia de la dinámica revolucionaria.

Nuestro libro no pretende tampoco exponer la totalidad de los hechos materiales.

Hemos renunciado deliberadamente a la idea de proporcionar una representación detallada de la revolución en toda la extensión del país; dentro de los límites fijados a esta obra, no hubiéramos podido establecer más que una nomenclatura de los hechos, útil quizás para informar, pero que no hubiese explicado nada de la lógica interna de los acontecimientos, ni de su aspecto vivo. Preferimos seguir otro camino: resaltando los acontecimientos y las instituciones en que se resumía en cierto modo el sentido de la revolución, hemos situado en el centro de nuestro cuadro al centro del movimiento mismo: San Petersburgo. No abandonamos el suelo de la capital septentrional más que cuando la revolución se traslada a otro lugar, sean las costas del Mar Negro (*La flota roja*), sea el campo (*El mujik se rebela*), sea Moscú (*Diciembre*).

Puesto que nos limitamos en el espacio, debemos también acotarnos en el tiempo.

Asignamos un lugar destacado a los tres últimos meses de 1905 —octubre, noviembre y diciembre—, período culminante de la revolución, que comienza con la gran huelga general de toda Rusia, en octubre, y termina con el aplastamiento de la insurrección de diciembre en Moscú.

En lo que concierne al período preparatorio, nos hemos fijado en dos momentos que son indispensables para la comprensión de la marcha general de los

acontecimientos. Fue primero la era, tan breve, del príncipe Sviatopolk-Mirski, aquella luna de miel de acercamiento entre el gobierno y «la sociedad», cuando todo no respiraba sino confianza y cordialidad, cuando las comunicaciones oficiales del gobierno y los artículos de fondo de los periódicos liberales presentaban una odiosa mezcla de anilina y de melaza. En segundo lugar, el 9 de enero, el Domingo rojo, de incomparable grandeza dramática, cuando, en una atmósfera de paz y de confianza, silbaron de repente las balas de la guardia imperial y tronaron las maldiciones de las masas proletarias. La comedia de la primavera liberal terminaba; lo que se abría era la tragedia de la revolución.

Hemos silenciado casi por completo los ocho meses que separan abril de octubre. Por interesante que sea esta época, no nos ofrece nada nuevo, nada sin lo cual la historia de los tres meses decisivos de 1905 pueda parecer ininteligible. La huelga de octubre es la consecuencia inmediata de la manifestación de enero ante el Palacio de Invierno, así como la insurrección de diciembre surge de la huelga de octubre.

El capítulo que cierra la parte histórica establece el balance del año revolucionario, analiza los métodos de lucha y ofrece un cuadro resumen del desarrollo político de los tres años siguientes. Lo que hay que deducir de este capítulo puede expresarse así: *La révolution est morte, vive la révolution*[2]*!*

El capítulo consagrado a la huelga de octubre está fechado en noviembre de 1905. Este artículo fue escrito durante las últimas horas de la gran huelga que sumió en la confusión a la banda de gobernantes y forzó a Nicolás II a firmar con temblorosa mano el manifiesto del 17 de octubre. Entonces, el artículo se publicó en dos números del periódico socialdemócrata *Natchalo [El comienzo]* que aparecía en San Petersburgo; está reproducido aquí casi sin modificaciones, no sólo porque reconstruye de manera suficiente para nuestros propósitos el cuadro general de la huelga, sino también porque el estado de ánimo que expresa y el tono que se ha empleado en él caracterizan hasta cierto punto el estilo de los publicistas de aquella época.

La segunda parte del libro constituye un todo independiente: es la historia del proceso incoado al Sóviet de Diputados obreros, más tarde de la deportación a Siberia y la evasión del autor de la presente obra. Sin embargo, las dos partes del libro están íntimamente unidas. El Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo, a finales de 1905, se mantenía en el centro de los acontecimientos revolucionarios; además, y esto es lo importante, la detención de los miembros del sóviet abre la época de la contrarrevolución. Son sus víctimas, unas tras otras, todas las organizaciones revolucionarias del país. Sistemáticamente, paso a paso, con una perseverancia encarnizada y una sed de venganza incomparable, los vencedores borran todas las huellas del gran movimiento. Cuanto menos se sienten en peligro, más sanguinario se hace su bajo rencor. El Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo fue sometido a causa en 1906; la mayor pena aplicada fue la privación de todos los derechos y la deportación en Siberia a perpetuidad. El Sóviet de Diputados Obreros de

Ekaterinoslav no fue juzgado hasta 1909, y el resultado fue diferente: algunas decenas de acusados fueron condenados a trabajos forzados; hubo treinta y dos sentencias de muerte, de las que ocho fueron ejecutadas.

Después de una lucha digna de titanes y la victoria efímera de la revolución, sobreviene la época de la liquidación: son las detenciones, las deportaciones, los intentos de evasión, la dispersión de los revolucionarios por el mundo entero… Tal es el nexo que une las dos partes de este libro.

L. Trotsky
Viena, octubre de 1909

I. El desarrollo social de Rusia y el zarismo

Nuestra revolución[3] acabó con nuestro *particularismo*, mostrando que la historia no había creado para nosotros leyes de excepción. Y, al mismo tiempo, la revolución rusa tiene precisamente un carácter particular que es la suma de los rasgos distintivos de nuestro desarrollo social e histórico y que abre, a su vez, perspectivas históricas totalmente nuevas.

Resulta inútil preguntarse si, en comparación con Europa occidental, los rusos diferimos de ella en *calidad* o en *cantidad* pero es indudable que el desarrollo social de Rusia tiene por rasgos esencialmente distintivos su lentitud y su naturaleza primitiva. El Estado ruso, de hecho, es sólo un poco más joven que los otros Estados europeos: las crónicas sitúan en el año 862 el comienzo de su existencia. Sin embargo, la marcha extremadamente lenta del desarrollo económico, a consecuencia de las condiciones desfavorables que le creaban la naturaleza del país y la dispersión de la población, obstaculizaba el proceso de cristalización social y colocaba a toda nuestra historia en un extremo atraso.

Es difícil decir cuál sería la existencia del Estado ruso si hubiera debido discurrir en el aislamiento, bajo el influjo de tendencias exclusivamente interiores. Nos es suficiente con que no haya sido así. La vida social rusa se encontró desde un principio, y cada vez más, sometida a la incesante presión de las fuerzas de Europa occidental, de las relaciones sociales y gubernamentales de una civilización más desarrollada. Al ser relativamente poco considerable el comercio internacional, la función principal corresponde a las relaciones militares que existían entre Estados. La influencia social de Europa se tradujo primero en la introducción del arte militar.

El Estado ruso, que se alzó sobre bases económicas totalmente primitivas, tropezó en su camino con organizaciones nacionales cuyos orígenes tenían bases económicas más elevadas. Dos posibilidades se abrían entonces: el Estado ruso debía, o sucumbir en la lucha contra estas organizaciones —como sucedió con la Horda de Oro[4] en su conflicto con Moscú— o bien sobrepasar el desarrollo de sus propias condiciones económicas absorbiendo, bajo la presión exterior, una parte inmensa de las energías de la nación. Estaba ya demasiado alejada de su situación primitiva la economía popular rusa para adoptar el primer partido. El Estado no fue destruido, antes bien, creció bajo la presión monstruosa de las fuerzas económicas de la nación.

Hasta cierto punto, lo que se acaba de decir puede aplicarse a cualquier otro Estado europeo. Si bien se encontrará la diferencia de que, en la lucha por la existencia que llevaron entre sí, estos Estados se apoyaban sobre bases económicas más o menos del mismo valor y que, por consiguiente, el desarrollo de sus funciones políticas no experimentaba una presión exterior tan aplastante desde el punto de vista económico.

La lucha contra los tártaros de Crimea y de Nogai[5] exigió una extrema tensión

de energía pero el esfuerzo no fue ciertamente más considerable que el que impulsó la lucha secular de Francia contra Inglaterra. No fueron los tártaros quienes obligaron a Rusia a adoptar las armas de fuego y a crear regimientos permanentes de *strelitz*[6]; ni los que la obligaron más tarde a constituir una caballería de mercenarios y una infantería. La presión procedió de Lituania, Polonia y Suecia. Para sostenerse contra enemigos mejor armados, el Estado ruso se vio forzado a crearse una industria y una técnica, contratando a su servicio especialistas del arte militar, hacendistas, arbitristas y fabricantes de pólvora; procurándose manuales de fortificación; instituyendo escuelas navales, manufacturas y consejeros secretos e íntimos de la corte. Si fue posible hacer venir del extranjero instructores militares y consejeros secretos, no menos fue obligado extraer los medios materiales, al precio que fuese, del propio país.

La historia de la economía política rusa constituye una cadena ininterrumpida de esfuerzos heroicos en su género, destinados todos a garantizar los recursos indispensables de la organización militar. Todo el aparato gubernamental fue construido y, de vez en cuando, reconstruido en interés del Tesoro. La función de los gobernantes consistía en apoderarse de las menores parcelas del trabajo nacional y utilizarlas para los fines en cuestión.

En su búsqueda de los fondos indispensables, el gobierno no retrocedía ante nada: imponía a los campesinos cargas fiscales arbitrarias y siempre excesivas, a las que la población no podía amoldarse. Estableció la responsabilidad solidaria del municipio. Mediante ruegos y amenazas, exhortaciones y violencias, extrajo el dinero a mercaderes y monasterios. Los campesinos huían en todas direcciones, los mercaderes emigraban: los censos del siglo XVIII dan testimonio de una reducción progresiva de la población. Sobre un presupuesto de un millón y medio, alrededor del 85% se consignaba al sostenimiento de las tropas. A comienzos del siglo XVIII, el zar Pedro, a consecuencia de los reveses que había sufrido, se vio obligado a reorganizar la infantería sobre una nueva planta y a crear una flota. En la segunda mitad del mismo siglo, el presupuesto se situaba ya entre los 16 y los 20 millones, de los cuales, entre el 60 y el 70% servían las necesidades del ejército y la flota. Estos gastos nunca bajaron del 50%, ni siquiera con Nicolás I. Mediado el siglo XIX, la guerra de Crimea enfrentó la autocracia de los zares con los Estados de Europa más poderosos en el plano económico, Inglaterra y Francia, resultando la necesitad de reorganizar el ejército sobre la base del servicio militar universal. Cuando tuvo lugar la semiemancipación de los campesinos en 1861, las exigencias del fisco y de la guerra desempeñaban en el Estado un papel decisivo.

Pero los recursos interiores no eran suficientes. Ya bajo catalina II, el gobierno había hallado la posibilidad de lanzar empréstitos exteriores. En adelante, y progresivamente, la bolsa europea pasa a ser la fuente que alimenta las finanzas del zarismo. La acumulación de enormes capitales en los mercados financieros de Europa occidental ejerce, desde aquel momento, una influencia fatal en el desarrollo político

de Rusia. El crecimiento de la organización política se traduce ahora no sólo en un aumento desmesurado de los impuestos indirectos, sino también en una inflación febril de la deuda pública. En diez años, de 1898 a 1908, esta deuda crece en un 19% y al final de este período alcanza ya los nueve mil millones de rublos. Puede apreciarse hasta qué punto el aparato gubernamental de la autocracia era dependiente de los Rothschild y de los Mendelssohn por el hecho de que sólo los intereses de la deuda absorbiesen entonces alrededor de un tercio de los ingresos netos del Tesoro. En el presupuesto de 1908, los gastos previstos para el ejército y la flota, con los intereses de la deuda pública y los gastos ocasionados por el término de la guerra, se elevaban a 1018 millones de rublos, es decir, al 40,5% de todo el presupuesto.

Como consecuencia de la presión que ejercía así la Europa occidental, el Estado autócrata absorbía una porción desmesurada del excedente de producción, es decir, vivía a expensas de las clases privilegiadas que se formaban entonces y obstaculizaba así su desarrollo, ya muy lento de por sí. Pero esto no es todo. El Estado puso sus miras en los productos indispensables de la agricultura; arrancaba al labrador aquello que debía nutrir su existencia, le expulsaba de los lugares en que apenas había tenido tiempo de instalarse y entorpecía así el crecimiento de la población, retrasando el desarrollo de las fuerzas productivas. De esta suerte, en la medida en que el Estado absorbía una porción exagerada del excedente de producción, frenaba el proceso de por sí lento de la diferenciación de clases, y arrebatando a la agricultura una parte considerable de los productos que la misma precisaba absolutamente, el Estado destruía incluso las bases primitivas de producción sobre las cuales hubiera debido apoyarse.

No obstante, para existir y dominar, el propio Estado necesitaba una organización jerárquica de clases. Ésta es la razón de que, aun minando las bases económicas que hubiesen permitido el crecimiento de esta organización, el Estado intentara forzar el desarrollo con medidas de orden gubernamental y, como cualquier otro gobierno, tratase de dirigir este movimiento de formación de clases de una manera conforme a sus intereses.

En el juego de fuerzas sociales, el equilibrio se inclinaba mucho más del lado del poder estatal que lo que se aprecia en la historia de la Europa occidental. El intercambio de servicios —en perjuicio del pueblo trabajador— entre el Estado y los grupos superiores de la sociedad, intercambio que se traduce en la distribución de derechos y obligaciones, cargas y privilegios, se efectuaba entre nosotros de forma mucho menos ventajosa para la nobleza y el clero que en los Estados occidentales de la Europa medieval. Y, sin embargo, sería demasiado exagerado —pues significaría destruir toda perspectiva histórica— afirmar, como hace Milyukov en su historia de la cultura rusa, que en aquella época, mientras que en occidente las clases creaban el Estado, en Rusia el poder del Estado creaba las clases en su propio interés.

Las clases no pueden ser constituidas por vía legislativa o administrativa. Antes de que tal o cual grupo de la sociedad pueda, con la ayuda del poder gubernamental,

configurarse como clase privilegiada, tiene que adquirir por sí mismo todas sus ventajas económicas. No se fabrican las clases siguiendo listas jerárquicas o por medio de estatutos similares a los de la Legión de Honor.

Solamente está fuera de duda que, en relación con las clases privilegiadas rusas, el zarismo gozaba de una independencia incomparablemente mayor que la que disfrutó el absolutismo europeo, surgido de una monarquía de clase.

El absolutismo alcanzó el apogeo de su poder cuando la burguesía, que se había alzado a hombros del Tercer Estado, se afirmó hasta el punto de servir de contrapeso suficiente frente a la sociedad feudal. Una situación en la que las clases privilegiadas y poseedoras se equilibraban, luchando entre sí, garantizaba a la organización gubernamental el máximo de independencia. Luis XIV podía decir: «El Estado soy yo». La monarquía absoluta de Prusia aparecía ante Hegel como un fin en sí, como la realización de la idea del Estado en general.

En su esfuerzo por crear un aparato estatal centralizado, el zarismo tuvo que reprimir las pretensiones de las clases privilegiadas y, sobre todo, luchar contra la indigencia, el carácter salvaje y la falta de cohesión del país, cuyas diferentes partes vivían una existencia económica totalmente independiente. No fue el equilibrio de las clases dirigentes desde el punto de vista económico, como en occidente, sino por el contrario su debilidad social y su nulidad política las que hicieron de la autocracia burocrática un poder absoluto. Desde esta perspectiva, el zarismo es una forma intermedia entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, y tal vez se acerca más a este último.

Pero, mientras que unas condiciones sociales que en parte correspondían a Asia transformaban al zarismo en una organización autocrática, la técnica y el capital europeos proveían a esta organización con todos los recursos propios de las grandes potencias europeas. Esta circunstancia dio al zarismo la posibilidad de intervenir en todas las relaciones políticas de Europa y su pesado puño desempeñó un papel decisivo en todos los conflictos. En 1815, Alejandro I aparece en París, restablece a los Borbones en el trono y se convierte en el propagador de la idea de la Santa Alianza. En 1848, Nicolás I concede un maravilloso empréstito para aplastar la revolución europea y envía a soldados rusos a combatir contra los insurgentes húngaros. La burguesía europea esperaba que las tropas del zar le sirvieran un día para luchar contra el proletariado socialista, así como habían servido con anterioridad al despotismo europeo contra la propia burguesía.

No obstante, el desarrollo histórico siguió otro camino. El absolutismo se hundió ante el capitalismo que con tanto celo suscitara.

En la época precapitalista, la influencia de la economía europea sobre la economía rusa era necesariamente limitada. El carácter natural y, por consiguiente, independiente y absoluto de la economía popular rusa la protegía contra la influencia de las formas superiores de producción. La estructura de nuestras clases, según hemos dicho, nunca alcanzó su completo desarrollo pero cuando las relaciones

capitalistas se establecieron definitivamente en Europa, cuando las finanzas crearon una nueva economía y el absolutismo, en su lucha por la existencia, se hizo el aliado del capitalismo europeo, la situación cambió de medio a medio.

Los socialistas de pura «crítica», que habían dejado de comprender la importancia del poder estatal para la revolución socialista, hubieran podido constatar, con el ejemplo de la autocracia rusa, por bárbara y desprovista de sistema que fuese su actividad, el papel inmenso que corresponde desempeñar al Estado en el terreno puramente económico, cuando la obra del Estado se realiza en el sentido general del desarrollo histórico.

Al convertirse en instrumento de capitalización en la economía rusa, el zarismo buscaba ante todo su propia consolidación. Hacia la época en que la sociedad burguesa que se desarrollaba sintió la necesidad de tener instituciones políticas como las de occidente, la autocracia, con ayuda de la técnica y del capital europeos, tomó el carácter de un gran empresario capitalista, banquero, propietario del monopolio de los ferrocarriles y de los alcoholes. Se apoyaba en un aparato burocrático centralizado que resultaba inservible para regular las nuevas relaciones pero que era muy capaz de emplearse con energía cuando se trataba de una represión sistemática. El inconveniente de la extensión del imperio se vio corregido con el telégrafo. El ejército de que disponía el absolutismo era una fuerza colosal y, si se mostró por debajo de su cometido en las serias pruebas de la guerra rusojaponesa, todavía era suficiente para asegurar la dominación del poder en el interior. El gobierno de la antigua Francia, como cualquier gobierno europeo en vísperas de 1848, nunca dispuso de un instrumento análogo al que constituye actualmente el ejército ruso.

El poder financiero y militar del absolutismo aplastaba y cegaba, no solamente a la burguesía europea, sino incluso al liberalismo ruso, arrebatándole toda esperanza de ser capaz de luchar con el absolutismo en igualdad de fuerzas y abiertamente. Este poder financiero y militar excluía, en apariencia, toda posibilidad de revolución rusa.

Sucedió todo lo contrario.

Cuanto más centralizado e independiente de las clases dirigentes es el Estado, más se transforma rápidamente en organización absoluta, alzada por encima de la sociedad. Cuanto mayor son las fuerzas militares y financieras de una organización de este género, más puede prolongar con éxito su lucha por la existencia. El Estado centralizado, con un presupuesto de dos mil millones, una deuda de ocho mil millones y un ejército permanente de un millón de hombres, podía subsistir mucho tiempo después de haber dejado de satisfacer las exigencias más elementales del desarrollo social, e incluso, en particular, las exigencias de la seguridad militar, para cuya salvaguarda había sido constituido.

De esta manera, el poder administrativo, militar y financiero del absolutismo, que le daba la posibilidad de subsistir a pesar del desarrollo social, lejos de impedir toda revolución como pensaba el liberalismo, hacía por el contrario de la revolución la única salida admisible, y esta revolución tenía que tener un carácter tanto más radical

cuanto que el poder del absolutismo abría progresivamente el precipicio entre el poder y las masas populares arrastradas en el nuevo movimiento económico.

El marxismo ruso puede verdaderamente enorgullecerse de haber sido el único en esclarecer el sentido de este movimiento, ya que sólo él ha previsto las formas generales[7], en un período en que el liberalismo se nutría de las inspiraciones de un «realismo» plenamente utópico, mientras que los «populistas» revolucionarios [*narodniki*] vivían de fantasmagorías y creencia en los milagros.

II. El capitalismo ruso

El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en razón de la rapacidad del Estado, era demasiado bajo para permitir la acumulación del excedente, o bien una extensión de la división social del trabajo o, en fin, el crecimiento de las ciudades. Los oficios no se separaban de la agricultura, no estaban concentrados en las ciudades, quedando dispersos con la población rural, entre las manos de los artesanos rurales, en toda la extensión del país. A causa también de la dispersión de las industrias, los artesanos se veían obligados a trabajar no por encargo, como lo hacen los de las ciudades europeas, sino para la venta al por mayor. El intermediario entre los productores aislados y los consumidores no menos aislados, era el mercader (en ruso *gost*: el huésped, el viajero). De esta suerte, el desperdigamiento y la penuria de la población y, por consiguiente, la escasa importancia de las ciudades, hacían extremadamente importante el papel del capital comercial en la organización económica de la antigua Moscovia. Pero este capital permanecía fragmentado y no alcanzaba a crear grandes centros comerciales.

No fue el artesano rural, ni tampoco el gran comerciante, quien sintió la necesidad de crear una industria fuerte y vasta, sino el Estado. Los suecos obligaron al zar Pedro a construir una flota y a reconstituir sobre nueva planta su ejército pero, al complicar su organización militar, el Estado de Pedro el Grande caía bajo la dependencia directa de la industria de las ciudades hanseáticas, Holanda e Inglaterra. La creación de manufacturas nacionales afectas al servicio del ejército y de la flota se convierte así en el punto esencial de la defensa del Estado. Antes de Pedro, nunca había sido preciso ocuparse de la producción industrial. Después de él, pueden contarse ya 233 empresas públicas o privadas de gran envergadura: minas y arsenales, fábricas de paños, de tela, de velas, etc. La base económica de las nuevas formaciones industriales estaba constituida, de una parte, por los recursos del Estado; de otra, por el capital comercial. Por último, con bastante frecuencia, se importaba una nueva rama industrial al mismo tiempo que el capital europeo, que se había asegurado los privilegios necesarios para un determinado número de años.

El capital de los mercaderes desempeñó un papel importante en la creación de la gran industria en Europa occidental pero allí la manufactura había crecido en perjuicio del pequeño oficio en vías de descomposición y el artesano de antaño había perdido su independencia para convertirse en el asalariado del fabricante. La manufactura, al pasar de occidente a Moscovia, no encontró artesanos libres, teniendo que emplear el trabajo de los siervos.

De esta manera, la manufactura rusa, en el siglo XVIII, se encontró desde un principio libre de toda competencia por parte de las ciudades. Tampoco rivalizaba con ella el artesano rural, el cual trabajaba para el consumidor al por mayor, mientras que la manufactura, regida por un reglamento de la cima a la base, se hallaba

principalmente al servicio del Estado y, en parte, de las clases altas de la sociedad.

En la primera mitad del siglo XIX la industria textil rompe el círculo del trabajo servil y de los reglamentos estatales. La manufactura, basada en el trabajo de asalariados libres, era, como es lógico, radicalmente hostil a las normas sociales de Rusia bajo Nicolás I. En consecuencia, los nobles poseedores de esclavos figuraban entre los partidarios de la libertad de industria. Todas las simpatías de Nicolás se inclinaban de su lado. Sin embargo, las necesidades del Estado, los intereses del fisco en particular, le obligaron a aplicar una política de aranceles prohibitivos y de subvenciones financieras a los fabricantes. Cuando finalmente fue autorizada la exportación de máquinas de Inglaterra, toda la industria textil rusa se construyó según modelos ingleses. El alemán Knopp, de 1840 a 1850 aproximadamente, transportó de Inglaterra a Rusia hasta el último clavo de la maquinaria de 122 hilaturas. En las diversas regiones de la industria textil llegó a circular el dicho: «En la iglesia, es el pope; en la fábrica, Knopp». Y como la industria textil trabajaba para el mercado, a pesar de la constante escasez de obreros libres y experimentados, logró colocar a Rusia, antes de la abolición de la servidumbre, en el quinto lugar por el número de oficios. Pero las otras ramas industriales, sobre todo la metalurgia, apenas se habían desarrollado después del zar Pedro. La causa principal de este marasmo era la servidumbre, que no permitía la aplicación de la nueva técnica. Si la fabricación de indianas respondía a una necesidad de los campesinos esclavos, el hierro suponía una industria desarrollada, la existencia de grandes ciudades, de ferrocarriles, de barcos a vapor. Era imposible crear todo eso sobre la base de la servidumbre. Ésta retrasaba al mismo tiempo el desarrollo de la economía rural, que trabajaba cada vez más para los mercados extranjeros. La abolición de la servidumbre se imponía, pues, sin demora, siendo la condición previa al desarrollo económico. Pero ¿quién podía realizarla? La nobleza no quería oír hablar de ella. La clase capitalista era todavía demasiado insignificante para obtener mediante presión una reforma tan considerable. Las agitaciones que frecuentemente se producían entre los campesinos no podían en modo alguno compararse, por su extensión, a la guerra de los campesinos que tuvo lugar en Alemania o a la *jacquerie* francesa; fueron explosiones parciales que no encontraron dirección en las ciudades y eran demasiado débiles para destruir el poder de los propietarios. El zarismo tuvo que sufrir los desastres militares de Crimea para decidirse, en su propio interés, a abrir ante el capital la vía del progreso con una reforma a medias, por la semiemancipación de 1861.

A partir de este momento se abre el nuevo período de desarrollo económico del país; lo que le caracteriza es la rápida formación de una reserva de trabajo «libre», el febril crecimiento de la red ferroviaria, la creación de puertos, el incesante aflujo de capitales europeos, la europeización de la técnica industrial, el incremento de las facilidades y el buen mercado del crédito, un mayor número de compañías por acciones, la aparición del oro en el mercado, un furioso proteccionismo y la inflación de la deuda pública que se acumula como un alud. El reinado de Alejandro III (1881-

1894), época en que una ideología de nacionalismo específico y absoluto dominaba todos los pensamientos imponiéndose a todos los espíritus, tanto en la vivienda del conspirador revolucionario (populista) como en la cancillería imperial (populismo oficial), fue también la época de una revolución despiadada en todas las relaciones que regían la producción; con la implantación de la gran industria y la proletarización del *mujik*[8], el capital europeo minaba las más profundas bases de la autonomía moscovita y asiática.

Los ferrocarriles fueron el poderoso instrumento de industrialización del país. La iniciativa de su creación perteneció, lógicamente, al Estado. La primera vía férrea, entre Moscú y San Petersburgo, fue inaugurada en 1851. Tras los desastres de Crimea, el gobierno cede su puesto a las empresas privadas en lo que concierne a la construcción de ferrocarriles. Pero el propio gobierno, incansable ángel de la guarda, permanece detrás de los empresarios; concurre a la formación de capitales por acciones y obligaciones, se encarga de garantizar las rentas del capital y cubre el camino de los accionistas de toda clase de privilegios y ventajas estimulantes. Durante los diez primeros años que siguieron a la abolición de la servidumbre se construyeron 7000 *verstas*[9] de vías férreas, en los diez siguientes 12 000, más tarde, en un tercer período de diez años, 7000 verstas y, por último, en los diez años que siguieron, más de 20 000 verstas en la Rusia europea y alrededor de 30 000 en todo el imperio.

Desde 1880 hasta fin de siglo, cuando Witte se convirtió en el heraldo de la idea de un capitalismo autocrático y policial, el Estado vuelve a concentrar entre sus manos todas las empresas ferroviarias. El desarrollo del crédito, para Witte, era un medio, puesto en manos del ministro de Hacienda, «para encauzar la economía nacional en éste o en aquel sentido»; los ferrocarriles del Estado se presentaban a su espíritu de burócrata como «un poderoso instrumento que permitirá dirigir el desarrollo económico del país». Como hombre de la bolsa e ignorante político, era incapaz de comprender que reunía fuerzas y preparaba armas para la revolución. Hacia 1894, la longitud de las vías férreas alcanzaba 31 800 verstas, de las que 17 000 pertenecían al Estado. En 1905, año de la primera revolución, el personal de los ferrocarriles, que desempeñó un papel político tan considerable, contaba en sus filas 667 000 trabajadores.

La política arancelaria del gobierno ruso, combinando estrechamente la rapacidad del fisco con un ciego proteccionismo, cerraba casi completamente el camino a las mercancías europeas. Privado de la posibilidad de arrojar sus productos sobre nuestro mercado, el capital europeo franqueó la frontera occidental en forma menos vulnerable y más seductora: fue para nosotros dinero. La animación del mercado financiero ruso dependía siempre de nuevos empréstitos susceptibles de acordarse con el extranjero. Paralelamente, los empresarios europeos se apoderaban directamente de las ramas más importantes de la industria rusa. El capital financiero de Europa, llevándose la parte del león del presupuesto del Estado ruso, regresaba en

parte a territorio ruso bajo la forma de capital industrial. Esto le proporcionaba la posibilidad, no sólo de agotar, por medio del fisco gubernamental, las fuerzas productivas del *mujik*, sino también de explotar directamente la energía obrera de nuestros proletarios. Solamente en la última década del siglo precedente, sobre todo tras el lanzamiento de la moneda de oro (1897), no se introdujo menos de millón y medio de rublos de capital industrial en Rusia. Mientras que durante los cuarenta años anteriores a 1892 los fondos de las empresas por acciones, en capital enteramente desembolsado, no sobrepasaban los 919 millones, en los diez años siguientes se elevaron bruscamente a 2100 millones de rublos. La importancia adquirida por este torrente de oro que desde occidente se vertía sobre la industria rusa es visible por el hecho de que el valor de la producción de todas nuestras fábricas y manufacturas, que se elevaba a 1500 millones de rublos en 1890, alcanzó en 1900 de 2500 a 3000 millones. Al mismo tiempo, el número de obreros de fábricas y manufacturas ascendía de 1,4 a 2,4 millones.

Si la economía rusa, así como su política, se desarrollaba siempre bajo la influencia inmediata o, por decir mejor, bajo la presión de la economía europea, la forma y la profundidad de esta influencia cambiaban sin cesar como vemos. En la época de la producción por oficios y las manufacturas en occidente, Rusia había importado de Europa técnicos, arquitectos, capataces y artesanos experimentados en general. Cuando la manufactura fue reemplazada por la fábrica, Rusia se ocupó sobre todo de adquirir e importar maquinaria. Y, por último, cuando bajo la influencia inmediata de las necesidades del Estado, la servidumbre fue abolida y cedió su puesto al trabajo «libre», Rusia se abrió a la acción directa del capital industrial, al que habían desembarazado el camino los empréstitos exteriores.

Las crónicas relatan que en el siglo IX llamamos de ultramar a los váregos, para establecer con su ayuda nuestro Estado nacional. Vinieron más tarde los suecos, que nos enseñaron el arte de la guerra siguiendo métodos europeos. Thomas y Knopp nos trajeron la industria textil. El inglés Hughes implantó en el mediodía de nuestro país la metalurgia. Nobel y Rothschild transformaron la Transcaucasia en una fuente de rentas (yacimientos petrolíferos). Y, al mismo tiempo, el gran vikingo, el internacional Mendelssohn, hacía de Rusia una dependencia de la bolsa.

Mientras que nuestro nexo económico con Europa se limitó a la introducción de obreros expertos y a la importación de máquinas, o incluso a empréstitos destinados a la producción, no se trataba, en suma, para la economía nacional de Rusia, más que de incorporar tales o cuales elementos de la producción europea. Pero cuando los capitales libres del extranjero, persiguiendo beneficios cada vez más elevados, se arrojaron sobre el territorio ruso al que rodeaba la gran muralla china de los derechos aduaneros, la historia determinó inmediatamente que toda la economía rusa se confundiese con el organismo del capital industrial europeo. Tal es el programa cuya ejecución ocupa los últimos decenios de nuestra historia económica.

En 1861 no existía más que el 15% del número total de empresas industriales

rusas; de 1861 a 1880 esta proporción es del 23,5% y de 1881 a 1900 asciende por encima del 61%; en los diez últimos años del siglo precedente hacían su aparición el 40% de todas las empresas existentes.

En 1767, Rusia producía 10 millones de *puds*[10] de acero. En 1886, cien años más tarde, esta producción sólo había llegado a los 19 millones. En 1896 alcanzaba ya 98 millones y en 1904, los 180; hay que añadir que si en 1890 el sur de Rusia no proporcionaba todavía más que 1/5 de todo el acero, diez años más tarde daba ya la mitad. El desarrollo de la industria petrolífera en el Cáucaso siguió el mismo camino. Entre 1860 y 1870 la extracción no daba aún más que un millón escaso de *puds* de petróleo; en 1870 la producción alcanzó 21,5 millones de *puds*. Desde 1885 aproximadamente, el capital extranjero se pone manos a la obra, apoderándose de Transcaucasia, de Bakú hasta Batum, y trabajando para el mercado mundial. En 1890 la producción de petróleo asciende a 242,9 millones de *puds* y en 1896, a 429,9 millones.

Así, la explotación de las vías férreas, el carbón y el petróleo en el sur, hacia el cual se precipita el centro de gravedad económico del país, no cuenta más que de veinte a treinta años. El desarrollo de la producción tomó allí, desde un principio, un carácter puramente americano y, en unos cuantos años, los capitales francobelgas cambiaron radicalmente el aspecto de estas provincias meridionales, de estepas inmensas, cubriéndolas de empresas monstruosas, casi desconocidas en Europa. Fueron precisas dos condiciones: la técnica europeoamericana y las subvenciones del Estado ruso. Todas las fábricas metalúrgicas del sur —y muchas de ellas fueron compradas hasta el último tornillo en América y transportadas a través del océano—, reciben, desde su aparición, pedidos anticipados del Estado para varios años. El ural, con sus costumbres patriarcales que le acercan todavía a la época de la servidumbre y con su capital «nacional», quedó muy atrás; sólo en estos últimos tiempos el capital inglés ha comenzado a extirpar de este país la barbarie y las viejas costumbres.

Las condiciones históricas del desarrollo de la industria rusa explican suficientemente por qué, a pesar de su relativa juventud, ni la producción pequeña ni la media desempeñan aquí un papel considerable. La gran industria de las fábricas y de las factorías no creció entre nosotros «naturalmente», orgánicamente, pasando progresivamente por el pequeño oficio y la manufactura, pues los mismos oficios no tuvieron tiempo de separarse del trabajo de los campos y se vieron condenados, por el capital y la técnica extranjeros, a perecer económicamente antes de que hubieran podido nacer. Las fábricas de tejidos de algodón no tuvieron que luchar contra la competencia del artesano; fueron, por el contrario, las que hicieron aparecer pequeños fabricantes de telas en los pueblos. La industria metalúrgica del sur o la petrolífera del Cáucaso no tuvieron que preocuparse tampoco de la absorción de las pequeñas empresas; antes bien, fue preciso suscitarlas y animarlas en gran número de ramas secundarias y auxiliares de la economía.

Es absolutamente imposible expresar con cifras exactas las relaciones

proporcionales de la pequeña y la gran producción en Rusia, a consecuencia del lamentable estado en que se encuentra nuestra estadística industrial. El cuadro siguiente no proporciona más que una idea aproximada de la situación real, pues las informaciones que conciernen a las dos primeras categorías de empresas, ocupando hasta 50 obreros, están basadas en datos muy imperfectos o, por decir mejor, sin garantía alguna:

Grupos de empresas mineras, fábricas y manufacturas	Empresas	Obreros	
Menos de 10 obreros	17.436	65.000	2,5%
De 10 a 49 obreros	10.586	236.500	9,2%
De 50 a 99 obreros	2.551	175.200	6,8%
De 100 a 499 obreros	2.779	608.000	23,8%
De 500 a 999 obreros	556	381.100	14,9%
Con 1.000 y más obreros	453	1.097.000	42,8%
Total	34.361	2.562.800	100,0%

Puede verse con mayor claridad la misma cuestión comparando los beneficios obtenidos en las diversas categorías de empresas comerciales e industriales de Rusia:

Beneficios	Nº de empresas		Beneficios (en millones)	
De 1.000 a 2.000 rublos	37.000	44,5%	56	8,6%
Por encima de 50.000 rublos	1.400	1,7%	291	45,0%

Dicho en otros términos: aproximadamente la mitad del número total de empresas (44,5%) realiza menos de la décima parte del beneficio total (8,6%), mientras que 1/60 de las empresas (1,7%) obtienen casi la mitad de estos beneficios (45%). Y está fuera de duda que los beneficios de las grandes empresas, representados por las cifras anteriores, están muy por debajo de la realidad. Para mostrar hasta qué punto se halla centralizada la industria rusa, citaremos los datos paralelos que conciernen a Alemania y a Bélgica, con exclusión de las empresas mineras:

I.

	Alemania (1895)				Rusia (1902)			
	Empresas	Obreros			Empresas	Obreros		
Obreros		miles	%	por empresa		miles	%	por empresa
De 6 a 50	191.101	2.454,3	44	13	14.189	234,5	12,5	16,5
De 51 a 1.000	18.698	2.595,5	46	139	4.722	918,5	49,0	195,0
Más de 1.000	296	562,6	10	1.900	302	710,2	38,5	2.351,0
Total	210.095	5.612,4	100	—	19.213	1.863,2	100,0	—

II.

	Bélgica (1895)				Rusia (1902)			
	Empresas	Obreros			Empresas	Obreros		
Obreros		miles	%	por empresa		miles	%	por empresa
De 5 a 49	13.000	162	28,3	12,5	14.189	234,5	12,6	16,5
De 50 a 499	1.446	250	43,7	170,0	4.298	628,9	33,8	146,3
500 y más	184	160	28,0	869,0	726	999,8	53,6	1.337,0
Total	14.650	572	100,0	—	19.213	1.863,2	100	—

El primer cuadro, aunque los datos no sean completos, permite afirmar que: 1) en grupos de la misma especie, una empresa rusa cuenta por término medio con muchos más obreros que una empresa alemana; 2) los grupos de empresas grandes (de 51 a 1000 obreros) y muy grandes (más de 1000) concentran en Rusia una proporción mayor de obreros que en Alemania. En el último grupo, este exceso tiene un carácter no solamente relativo, sino absoluto. El segundo cuadro muestra que pueden formularse las mismas conclusiones cuando se comparan Rusia y Bélgica.

Veremos más tarde la considerable importancia que presenta esta concentración de la industria rusa para la marcha de nuestra revolución, como en general para el desarrollo político del país.

Al mismo tiempo, debemos tener en cuenta otra circunstancia no menos capital: esta industria muy moderna, del tipo capitalista más elevado, sólo engloba directamente a la minoría de la población, mientras que la mayoría, compuesta de campesinos, se debate en las redes de la opresión y la miseria que les impone la constitución de las clases. Esta circunstancia, a su vez, señala estrechos límites al desarrollo de la industria capitalista.

He aquí la distribución de la población industrial, en relación a los trabajadores de la agricultura o de otras profesiones, en Rusia y en los Estados unidos de América.

	Rusia (1897)		Estados Unidos (1900)	
Agricultura, silvicultura y empresas análogas	18.653.000	60,8%	... 10.450.000	35,9%
Minas, industria de fabricación, comercio, transportes, profesiones liberales, criados	12.040.000	39,2%	... 18.623.000	64,1%
Total	30.693.000	100,0%	....29.073.000	100,0%

Sobre 128 millones de habitantes en Rusia, no se cuentan más trabajadores de la industria (30,6 millones) que en Norteamérica (29 millones), donde la población no es sino de 76 millones. La razón es que el país se halla, desde todos los puntos de vista, económicamente atrasado, por lo cual la enorme mayoría constituida por la población agrícola frente a las restantes profesiones (60,8% contra 39,2%) es un hecho que domina todos los ámbitos de la economía pública.

En 1900, las fábricas y grandes manufacturas de los Estados Unidos producían mercancías por un valor de 25 000 millones de rublos, mientras que Rusia no daba sino 2500 millones, es decir, la décima parte, lo que muestra hasta qué punto el trabajo era entre nosotros poco productivo por término medio. En el mismo año, la extracción de carbón alcanzó: en Rusia, 1000 millones de *puds*; en Francia, 1000 millones; en Alemania, 5000 millones; en Inglaterra, 13 000 millones. La producción de hierro arrojó una proporción de 1,4 *puds* por cabeza en Rusia, 4,3 en Francia, 9 en Alemania, y 13,5 en Inglaterra. «Y sin embargo» dice Mendeleev, «seríamos capaces de aprovisionar al mundo de hierro y acero, que resultan en nuestro país a buenos precios. Nuestros yacimientos petrolíferos, nuestras riquezas en carbón y en otros productos de la tierra apenas son explotados». Pero es imposible obtener un desarrollo de la industria en relación con tantas riquezas sin ampliar el mercado interior, sin elevar la capacidad adquisitiva de la población, en pocas palabras: sin asegurar la recuperación económica de las masas campesinas.

Ésta es la razón de la decisiva importancia que para los destinos capitalistas de Rusia tiene la cuestión agraria.

III. El campesinado y la cuestión agraria

Según cálculos que, por lo demás, no brillan por su exactitud, la renta económica de Rusia, en la industria de extracción y transformación, alcanza de 6000 a 7000 millones de rublos por año, de los cuales aproximadamente 1500 son absorbidos por el Estado. De esta forma, Rusia es de tres a cuatro veces más pobre que los estados europeos. El número de trabajadores de producción económica, en relación al volumen total de población, es muy restringido, como hemos visto; y a su vez, la productividad de estos elementos es poco considerable. Esto concierne a la industria, cuya producción anual está lejos de corresponder al número de brazos empleados; pero las fuerzas productivas de la agricultura se encuentran en un nivel incomparablemente más bajo: emplea, en efecto, aproximadamente el 61% de las fuerzas obreras del país y, a pesar de ello, su renta no sobrepasa los 2800 millones, siendo por tanto inferior a la mitad de la renta total de la nación.

Las condiciones de la economía rural rusa, representadas por el campesinado en su enorme mayoría, han sido predeterminadas en sus rasgos esenciales por el carácter de «la emancipación» de 1861. Esta reforma, realizada en interés del Estado, se llevó a cabo tratando de satisfacer las exigencias de la nobleza y no sólo se vio perjudicado el *mujik* en el reparto de la tierra, sino además sometido a intolerables gravámenes.

El cuadro siguiente muestra las cantidades de tierra que fueron afectadas, con ocasión del reparto de liquidación, a las tres principales categorías de campesinos[11]:

Campesinos	(1)	(2)	(3)
Antes pertenecientes a nobles	11.907.000	37.758.000	3,17
Antes pertenecientes al Estado	10.347.000	69.712.000	6,74
Propietarios de tierras	870.000	4.260.000	4,90
Total	23.124.000	111.730.000	4,83

Si se admite que la porción de tierra concedida a los antiguos siervos del Estado (6,7 desiatinas por hombre) era, en las condiciones económicas de entonces, suficiente para ocupar los brazos de toda una familia —lo que poco más o menos corresponde a la realidad—, se verá que los liberados de antiguos propietarios y los campesinos de la tercera categoría hubieran debido recibir alrededor de 44 millones de desiatinas más para obtener lo justo. Los lotes que, en tiempo de la servidumbre, eran explotados por los campesinos para sus propias necesidades, no exigían más que la mitad del trabajo del que los campesinos eran capaces, porque éstos debían tres días semanales de trabajo a su propietario. Sin embargo, de estos lotes insuficientes, se retiró en conjunto —con grandes diferencias de modalidad según las regiones— un 2% de las mejores tierras en provecho de los señores. De esta manera, la superpoblación de la explotación agraria, que había sido una de las condiciones del sistema de servidumbres personales, era agravada aún más en sus consecuencias por

la rapiña de las tierras de campesinos efectuada en beneficio de la nobleza.

Los cincuenta años que siguieron a la reforma ocasionaron cambios considerables en la propiedad de las tierras, que pasaron de manos de la nobleza a las de los comerciantes y burguesía campesina, por un valor de 750 000 millones de rublos pero esta modificación apenas supuso ventaja alguna para la masa campesina.

En los cincuenta gobiernos de la Rusia europea, la distribución de la tierra se presentaba en 1905 como sigue:

	Millones de desiatinas
1. Lotes	112
De los cuales pertenecían:	
A antiguos siervos del Estado	66,3
A antiguos siervos de particulares	38,4
2. Tierras pertenecientes a particulares	101,7
De las cuales pertenecían:	
A sociedades y compañías	15,7
(De ellos 11,4 a asociaciones de campesinos)	
Propiedades individuales:	
Menores de 20 desiatinas	3,2
(De las que 2,3 a campesinos)	
De 20 a 50 desiatinas	3,3
Mayores de 50 desiatinas	79,4
3. Tierras de la Corona y explotaciones libres [*udieli*]	145
De ellas desbrozadas y cultivables aproximadamente de 4 a 6	
4. Tierras pertenecientes a iglesias, monasterios, municipios y otras instituciones	8,8

Como hemos visto, el resultado de la reforma fue proporcionar 4,8 desiatinas por campesino como media, contando sólo los hombres; cuarenta y cinco años más tarde, en 1905, el campesino no poseía por cabeza sino 3,1 desiatinas, comprendidos los lotes por ellos adquiridos. En otras palabras: la superficie de tierras poseídas por el campesinado se había reducido en un 36%.

El desarrollo de la actividad comercial e industrial, que no atraía hacia sí más que un tercio del crecimiento anual de la población campesina; el movimiento de emigración hacia las provincias de la periferia, que hasta cierto punto hacía escasear esta población en el centro; en fin, la acción del Banco Rural, que dio la posibilidad a los labradores acomodados de adquirir entre 1882 y 1905 7,3 millones de desiatinas de tierra, fueron factores incapaces de provocar una reacción que restableciese el equilibrio en relación al crecimiento natural de la población e impidiese la agravación

de la crisis ocasionada por la falta de tierra.

Según cálculos aproximados, alrededor de siete millones de hombres adultos no encuentran en el país empleo para sus fuerzas. Sólo una minoría entre ellos constituye las reservas del ejército industrial o se compone de vagabundos profesionales, mendigos y similares. La aplastante mayoría de esos millones de «hombres inútiles» pertenece a la clase campesina de las provincias en que la tierra es más fértil, las provincias de la *tierra negra [chernozem]*. No son proletarios, son campesinos adscritos a la gleba. Aplicando sus fuerzas a una tierra que podría muy bien ser trabajada sin ellos, reducen en un 30% la productividad del trabajo agrícola y, confundidos con la masa de cultivadores, no escapan a la proletarización sino implantando el pauperismo entre ella.

La única solución que puede pensarse, en teoría, hubiera consistido en intensificar la economía agrícola pero, para eso, necesitarían los campesinos conocimientos, iniciativa; tendrían que ser liberados de la tutela en que se les mantiene y gozar de un estatuto jurídico suficientemente estable, condiciones que no existían y no podían existir en la Rusia autocrática. Además, y ése es el obstáculo principal y esencial que dificulta el perfeccionamiento de la economía rural, se carecía y se carece aún de recursos materiales. La crisis de la economía campesina, en este aspecto como en relación a la falta de tierra, se remonta a la reforma de 1861.

Por insuficientes que fuesen los lotes atribuidos, los campesinos no los recibieron a título gratuito. Las tierras que les habían alimentado durante el período de servidumbre, es decir, que les pertenecían en propiedad y que la reforma había, además, alcanzado, tuvieron los campesinos que adquirirlas de nuevo y el dinero que entregaron a sus antiguos amos fue recogido por el Estado como intermediario. Agentes del gobierno, que estaban de acuerdo con los propietarios, procedieron a la estimación y, en lugar de los 648 millones de rublos que representaba la renta capitalizada de la tierra, cargaron sobre los hombros de los campesinos una deuda de 867 millones. Sin contar el dinero que entregaron los campesinos para readquirir sus propios bienes, dieron de más a sus antiguos amos otros 219 millones como rescate de su liberación. A éstos habría que añadir los exorbitantes derechos de arrendamiento, como resultado de la falta de tierra, y la monstruosa actividad del fisco gubernamental. Es así como los impuestos directos sobre la tierra gravan a cada desiatina perteneciente a un campesino en 1,56 rublos, mientras que la desiatina perteneciente a cualquier otro particular no paga más que 0,23 rublos. El presupuesto del Estado recae, pues, con todo su peso sobre la clase campesina. Llevándose la parte del león en las rentas que da la tierra al agricultor, el Estado no ofrece apenas nada a cambio al pueblo para elevar su nivel intelectual y desarrollar sus fuerzas productivas.

Las comisiones de economía rural, que el gobierno había organizado en 1902, comprobaron que los impuestos directos e indirectos absorbían del 50 al 100%, y más, del ingreso neto de una familia de agricultores. Esta circunstancia, por una parte

conducía a la acumulación de deudas atrasadas de las que no cabía esperanza de salir; por otra, causaba el marasmo e incluso la decadencia completa de la economía rural. En los inmensos territorios de la Rusia central, la técnica de trabajo y el volumen de las cosechas se hallan todavía al nivel en que se encontraban hace mil años. La cosecha de trigo en Inglaterra es de una media de 26,9 hectolitros por hectárea; en Alemania, de 17,0; en Rusia, de 6,7. Conviene añadir que la productividad de los campos que pertenecen a los campesinos es en un 46% inferior a la de las tierras de los propietarios nobles y esta diferencia es tanto mayor cuanto peor es la cosecha; el labrador ha dejado hace mucho tiempo de soñar en acumular reservas de trigo para los malos años. Las nuevas aportaciones comerciales, basadas en la moneda por una parte y en el fisco por otra, le obligan a transformar todas sus reservas en grano y todo el excedente de la producción en dinero contante y sonante, que son inmediatamente absorbidos por los derechos de granjería y el Tesoro público. La apetencia febril del rublo obliga al agricultor a forzar despiadadamente el suelo, que carece de abono y no es trabajado según métodos racionales. La privación viene pronto a vengar a la tierra esquilmada, asolando al pueblo desprovisto de reservas y siendo para él un cataclismo devastador.

Pero incluso durante los años «normales», la masa campesina no escapa nunca a un cierto grado de hambre. Veamos el presupuesto del *mujik*, que convendría grabar sobre los dorados vientres de los banqueros europeos acreedores del zarismo: para su alimentación, una familia de campesinos gasta, por persona y año, 19,5 rublos; para alojamiento, 3,8; para vestido, 5,5; para otras necesidades materiales, 1,4; para necesidades intelectuales, 2,5 (!). Un solo obrero cualificado en América consume, directa e indirectamente, tanto como dos familias de campesinos rusos de seis personas cada una pero para cubrir estos gastos, que ni un solo moralista político se atrevería a llamar exagerados, el agricultor ruso termina con un déficit de más de 1000 millones de rublos por año. Las pequeñas industrias rurales suponen para los campos alrededor de 200 millones de rublos. Descontando esta suma, la economía rural se encuentra todavía frente a un déficit anual de 850 millones de rublos; precisamente la suma que el fisco arranca anualmente a la clase campesina.

Al caracterizar así la economía rural, hemos marginado deliberadamente hasta ahora las diferencias regionales que existen y, que de hecho, tienen una importancia considerable que se ha traducido de manera muy expresiva en los movimientos agrarios. Si nos limitamos a considerar los cincuenta gobiernos de la Rusia europea, y si se deja aparte la zona septentrional de bosques, el resto del país puede dividirse, desde el punto de vista de la economía rural y del desarrollo económico en general, en tres grandes cuencas:

I. La zona industrial en que están comprendidos el gobierno de San Petersburgo en el norte y el de Moscú en el sur. Las fábricas —sobre todo textiles—, los pequeños oficios rurales, el cultivo del lino, la agricultura comercial y los cultivos de huerta en particular, caracterizan a esta cuenca capitalista septentrional, dominada por San

Petersburgo y Moscú. Como cualquier otro país industrial, esta región no tiene suficiente con el trigo que produce y recurre a la importación de granos del sur.

II. La región del sudeste, que confina con el Mar Negro y el Bajo Volga, «la América rusa». Esta zona, que apenas conoció la servidumbre, ha desempeñado un papel colonial en relación a la Rusia central. En las libres estepas, que atraían a masas de emigrantes, se instalaron rápidamente «fábricas de trigo» que empleaban maquinaria agrícola perfeccionada y expedían el grano hacia el norte, a la región industrial, y hacia el oeste, al extranjero. Al mismo tiempo, la mano de obra era atraída hacia la industria de fabricación, la industria pesada florecía y las ciudades crecían con actividad febril. Las diferencias de aplicación de la mano de obra en el núcleo rural se acusan aquí con gran fuerza. Frente al granjero se alza el proletario de la agricultura que, con mucha frecuencia, procede de los gobiernos de «la tierra negra».

III. Entre el norte de la vieja industria y el mediodía de la nueva, se extiende la amplia zona de la «tierra negra», «la india rusa». Su población, relativamente densa ya en la época de la servidumbre y enteramente vinculada a la agricultura, ha perdido, con la reforma de 1861, el 24% de las tierras de que disponía; fueron los mejores lotes, los más indispensables, los que fueron arrebatados a los campesinos para satisfacer a los propietarios. El valor de la tierra aumentó rápidamente, los propietarios adoptaron un sistema de economía puramente parasitario, haciendo trabajar sus tierras con los instrumentos y las bestias de carga comunales, o arrendándolas a campesinos incapaces de salir de las condiciones de una penosa aparcería. La mano de obra abandona esta región por millares y millares de hombres y emigra hacia el norte, a la zona industrial, o hacia las estepas del mediodía, en que necesariamente se deprecia el valor de su trabajo. En la zona de la «tierra negra» no hay ni gran industria, ni agricultura capitalista. El agricultor-capitalista es incapaz de competir aquí con el agricultor-indigente y la maquinaria agrícola a vapor es vencida en su lucha contra la agilidad psicológica del *mujik* que, después de haber pagado como arrendamiento no sólo toda la renta de su «capital», sino también la mayor parte de su salario, se alimenta con un pan hecho de harina mezclada con raspaduras de madera o con corteza molida. En algunos lugares, la miseria de los campesinos toma tales proporciones que la presencia de cucarachas y chinches en la isba[12] está considerada como elocuente síntoma de bienestar. Y, en efecto, Chingarev, médico de un *zemstvo*[13] y actualmente diputado liberal en la tercera Duma[14], constató que entre los campesinos desprovistos de tierra, en los distritos del gobierno de Voronej por él explorados, nunca se encuentran chinches, mientras que, para las restantes categorías de la población rural, la cantidad de chinches en las isbas está en proporción con el bienestar de las familias. La cucaracha tiene, al parecer, un carácter menos aristocrático, pero también requiere unas comodidades mayores que las que exige el mísero habitante de Voronej: entre el 9,3% de los campesinos no se encuentran cucarachas, en razón del hambre y del frío que reinan en las viviendas.

En estas condiciones, resulta inútil hablar del desarrollo de la técnica. El equipo de labranza, comprendidas las bestias de arrastre, es vendido con frecuencia para pagar el arrendamiento y los impuestos, o la alimentación del trabajador. Pero allí donde falta el desarrollo de las fuerzas productivas, no hay lugar para una diferenciación social. En la comunidad de la «tierra negra» reina la igualdad en la miseria. En comparación con el norte y el mediodía, las distinciones sociales entre los campesinos son sólo superficiales. Por encima de los contrastes embrionarios de las clases no puede señalarse sino el gravísimo antagonismo entre los campesinos empobrecidos y la nobleza parásita.

Los tres tipos económicos que acabamos de caracterizar no corresponden exactamente, como es lógico, a los límites geográficos de las regiones. La unidad nacional y la ausencia de barreras aduaneras interiores no permiten la formación de organismos económicos individuales. Hacia 1880, la situación de semiservidumbre agrícola que reinaba en los doce gobiernos de la tierra negra se extendía además a otros cinco gobiernos. Las bases capitalistas predominaban en la situación rural de nueve gobiernos de la «tierra negra» y en diez extraños a esta zona. Por último, en siete gobiernos se equilibraban ambos sistemas.

Proseguíase, y se prosigue aún, una lucha en la que no se ha vertido la sangre, aunque no falten las víctimas, entre el arrendamiento y la economía capitalista, y ésta se halla lejos de poder cantar victoria. Encerrado en la ratonera de su lote y carente de toda otra forma de vida, el campesino se ve obligado, como hemos visto, a tomar en arrendamiento la tierra del propietario al precio pedido. No sólo renuncia a cualquier beneficio, no sólo reduce al máximo su consumo personal, sino que vende por un lado y por otro sus aperos de labranza, rebajando así el ya poco notable nivel de su técnica. Ante estas «ventajas» decisivas de la pequeña producción, el gran capital retrocede desarmado: el propietario liquida una economía racional y arrienda su tierra, en pequeñas parcelas, a los campesinos. Aumentando sin cesar los precios de arrendamiento y el valor de la tierra, la superpoblación del centro contribuye a disminuir los salarios en todo el país. Suprime así las ventajas que sería dado esperar de la introducción de la maquinaria y del perfeccionamiento de la técnica, no sólo en la agricultura, sino en todo el ámbito industrial. Durante los diez últimos años del siglo XIX, una profunda decadencia económica alcanzó a una parte considerable de las regiones meridionales, observándose, con el crecimiento de los precios de arrendamiento, una disminución progresiva de la cabaña rural. La crisis de la economía agrícola y el empobrecimiento de los pueblos estrechan más y más la base del capitalismo industrial ruso, que debe fundar sus cálculos en primer término sobre el mercado interior. En la medida en que la gran industria vive de los pedidos del Estado, la creciente miseria del *mujik* se ha convertido para ella en un peligro no menos amenazador, pues esta indigencia ha atacado las bases mismas del presupuesto público.

Estas circunstancias explican suficientemente por qué la cuestión agraria se ha

convertido en el eje de la vida política en Rusia. Al tropezar con los múltiples filos de este problema, todos los partidos de oposición y revolucionarios han recibido hasta ahora profundas heridas; así sucedió, en diciembre de 1905, en la primera y en la segunda Duma. La tercera Duma gira en la actualidad en torno a la cuestión agraria como una ardilla en su jaula. Y es sobre esta cuestión donde el zarismo tiene un gran riesgo de romperse su criminal cabeza.

El presente gobierno de nobleza y burocracia —incluso con las mejores intenciones— es incapaz de efectuar una reforma radical en un dominio en que los paliativos han perdido desde hace tiempo toda eficacia. Los 6 o 7 millones de desiatinas de tierra utilizable de que dispone el Estado son absolutamente insuficientes para dar ocupación a un excedente de mano de obra masculina que se estima en 5 millones. El gobierno no podría, por lo demás, sino vender estas tierras a los campesinos y aun esto, según los precios que él mismo habría consentido a los propietarios; es decir, que incluso llegando a suponer la transmisión rápida y completa de aquellos millones de desiatinas a los campesinos, ahora como en 1861, el *mujik*, en lugar de encontrar su empleo productivo, caería una vez más en los pozos sin fondo de la nobleza y el gobierno.

El campesinado no puede saltar directamente desde su estado de miseria y de hambre al paraíso de una agricultura intensiva y racional; para que este tránsito sea posible, el campesino tendría, en las condiciones de trabajo actuales, que recibir de modo inmediato una base suficiente para el empleo de su mano de obra. La primera e indispensable condición de toda reforma agraria sería colocar nuevamente todas las propiedades agrícolas, grandes y medias, a disposición del propio pueblo. Además, frente a las decenas de millones de desiatinas que no son para los propietarios más que un medio de extirpar rentas usurarias, hay que dejar en segundo plano a las 1840 explotaciones, con 7 millones de desiatinas, en que el gran cultivo se presenta bajo un aspecto relativamente modernizado. La venta de estas explotaciones privadas a los campesinos apenas alteraría la situación; lo que el *mujik* paga ahora como arrendamiento, tendría que pagarlo como derecho de rescate. Sólo cabe contemplar un procedimiento: la confiscación.

Pero no es difícil demostrar que la confiscación, incluso la de las grandes explotaciones, no sería suficiente para salvar a los campesinos. La renta total de la economía rural se eleva a 2800 millones de rublos; de esta cifra, 2300 millones corresponden a los campesinos y obreros agrícolas y aproximadamente 450 millones a los propietarios nobles. Hemos señalado antes que el déficit anual del campesinado es de 850 millones. Por consiguiente, la renta alcanzable con las tierras confiscadas a los propietarios no llegaría a cubrir el déficit.

Los adversarios de la expropiación de la nobleza han empleado más de una vez cálculos de este tipo pero marginan el principal aspecto de la cuestión: la expropiación presentará todo su valor cuando, sobre los bienes raíces arrancados a las manos de los ociosos, pueda desarrollarse libremente una economía rural de alto

cultivo que aumente considerablemente la renta agraria. El cultivo a la manera de las granjas americanas no es a su ver posible en territorio ruso más que tras la abolición definitiva del absolutismo, del zarismo, de su fisco, de su tutela burocrática, de su militarismo devorador, de sus compromisos financieros ante la bolsa europea. La fórmula de la cuestión agraria, en toda su amplitud, sería: expropiación de la nobleza, abolición del zarismo, democracia.

Sólo así cabe hacer avanzar a la economía rural. De esta forma podría elevar sus fuerzas productivas y, al mismo tiempo, intensificar la demanda de productos industriales. La industria recibiría un poderoso impulso, tomando para sí una parte considerable de la mano de obra hoy inútil en los campos. Aunque con ello no se encuentre todavía «la solución» de la cuestión agraria: bajo el régimen capitalista no puede ser resuelta. Pero, en todo caso, la liquidación revolucionaria de la autocracia y del régimen feudal debe preceder a esta solución.

La cuestión agraria en Rusia es un peso enorme atado a los pies del capitalismo, un apoyo y al mismo tiempo la dificultad principal para el partido revolucionario, el obstáculo mayor para el liberalismo, un *memento mori* para la contrarrevolución.

IV. Las fuerzas motrices de la revolución rusa

Rusia cuenta con 5,4 millones de kilómetros cuadrados en Europa, 17,5 millones en Asia y 150 millones de habitantes. Sobre estos inmensos espacios, todas las épocas de la cultura humana: desde la barbarie primitiva de los bosques septentrionales, en que se come pescado crudo y se ora ante un trozo de madera, hasta las nuevas condiciones sociales de la vida capitalista, en que el obrero socialista se considera como participante activo de la política mundial y sigue atentamente los acontecimientos de los Balcanes o los debates del Reichstag. La industria más concentrada de Europa sobre la base de la agricultura más atrasada. La máquina estatal más poderosa del mundo, que emplea todas las conquistas del progreso técnico para obstaculizar el progreso histórico en su país… En los capítulos precedentes, hemos intentado, dejando a un lado detalles, proporcionar un cuadro general de las relaciones económicas y los contrastes sociales de Rusia. Ése es el suelo sobre el que crecen, viven y luchan entre sí las clases. La revolución nos mostrará estas clases en el período de la lucha más encarnizada. Pero, en la vida política, actúan directamente los grupos constituidos conscientemente: partidos, asociaciones, ejército, burocracia, prensa y, por encima de todo ello, los ministros, los dirigentes, los demagogos y los verdugos. Resulta imposible discernir las clases a primera vista; ordinariamente permanecen entre bastidores. Lo cual no excluye que los partidos, sus jefes, los ministros y sus verdugos, sean los órganos de las clases. Ciertamente, importa que estos órganos sean buenos o malos para la marcha y resultado de los acontecimientos. Si los ministros no son más que jornaleros «de una razón de Estado objetiva», eso no los libera de la necesidad de tener un poco de cerebro en el cráneo (circunstancia que olvidan con frecuencia). Por otra parte, la lógica de la lucha de clases no nos dispensa de emplear nuestra lógica subjetiva. El que no es capaz de encontrar espacio para su iniciativa, su energía, su talento y un cierto heroísmo en el marco de la necesidad económica, no posee el secreto filosófico del marxismo. Por otro lado, si queremos comprender el proceso político —en la presente circunstancia la revolución en su conjunto—, debemos ser capaces, por debajo del abigarramiento de los partidos y de los programas, de la perfidia y los apetitos sanguinarios de unos, el valor y el idealismo de otros, de descubrir los contornos reales de las clases sociales, cuyas raíces se hunden en las entrañas profundas de la producción y cuyas flores se abren en las esferas superiores de la ideología.

La ciudad moderna

El carácter de las clases capitalistas se halla estrechamente unido a la historia del desarrollo de la industria y de la ciudad. Es cierto que el mundo industrial está menos

ligado en Rusia que fuera de ella a la población de las ciudades. Al margen de los suburbios poblados de fábricas, que no están excluidos de la ciudad más que desde el punto de vista administrativo, existen varias decenas de centros industriales considerables en los pueblos grandes: fuera de las ciudades se localiza el 57% de las empresas, con un 58% del número total de obreros. Y, a pesar de ello, la ciudad capitalista sigue siendo la expresión más acabada de la nueva sociedad.

Las ciudades modernas de Rusia son la obra de unos cuantos decenios. En el primer cuarto del siglo XVIII, la población de las ciudades se elevaba en Rusia a 328 000 almas, esto es, alrededor de un 3% de la del país. En 1812 había en las ciudades 1,6 millones de almas, lo que no suponía aún sino el 4,4%. Mediado el siglo XIX, las ciudades cuentan con 3,5 millones de habitantes, es decir, el 7,8%. Por fin, según el censo de 1897, la población de las ciudades se compone ya de 17,3 millones, un 13% del total del país. De 1885 a 1897, la población ha aumentado en las ciudades en un 33,8% y en los pueblos sólo el 12,7%. Determinadas ciudades han crecido con rapidez todavía mayor. La población de Moscú se elevó de 604 000 a 1 359 000 en los últimos treinta y cinco años, lo que representa un 123%. Este crecimiento fue aún más activo en las ciudades del mediodía: Odesa, Rostov, Ekaterinoslav, Bakú, etc.

Paralelamente al aumento del número y la extensión de las ciudades, se producía en la segunda mitad del siglo XIX una transformación completa de su papel económico y de la estructura interior de las clases.

En oposición a las ciudades corporativas europeas, que habían luchado enérgicamente y con éxito en numerosos casos por llegar a concentrar en sus muros toda la industria de fabricación, las antiguas ciudades rusas, como las de los déspotas asiáticos, no cumplían casi ninguna de las funciones de la producción. Eran centros militares y administrativos, fortalezas de campaña y, en algunos casos, centros comerciales que vivían de lo que se les proveía. Componíase la población de estas ciudades de funcionarios y empleados —mantenidos a costa de los fondos públicos —, de comerciantes y, por último, de agricultores que habían buscado refugio en sus murallas. Incluso Moscú, la mayor ciudad de la antigua Rusia, no era a fin de cuentas más que un gran pueblo agregado a la casa del zar.

Los oficios en las ciudades sólo ocupaban un lugar insignificante: la industria de producción se hallaba entonces dispersa, como hemos visto, entre los artesanos del campo. Los antepasados de los cuatro millones de artesanos rurales que contaba el censo de 1897 habían desempeñado las funciones productivas de los oficios urbanos, como en Europa, pero, diferentes en eso de los maestros-obreros europeos, no tomaron parte alguna en la creación de las manufacturas y las fábricas. Cuando estas últimas hicieron su aparición, proletarizaron a más de la mitad de los pequeños artesanos y sometieron a los restantes a su acción directa o indirecta.

Así como la industria rusa no había pasado por la etapa medieval del pequeño oficio, las ciudades rusas no conocieron el crecimiento progresivo de un tercer estado en las corporaciones, los gremios, las comunas y los municipios. El capital europeo,

en unas cuantas décadas, creó la industria rusa que, a su vez, creó las ciudades modernas, en las que las funciones esenciales de la producción son aseguradas por el proletariado.

LA GRAN BURGUESÍA CAPITALISTA

El predominio económico fue, pues, entregado al gran capital pero el papel inmenso que desempeñó, en esta circunstancia, el capital extranjero tuvo consecuencias fatales para la influencia política de la burguesía rusa. En razón de las deudas contraídas por el Estado, una parte considerable de la renta nacional pasaba cada año al extranjero, enriqueciendo y reforzando a la burguesía financiera de Europa. La aristocracia de la bolsa, que en los países europeos detenta la hegemonía y que ha transformado sin esfuerzo al gobierno del zar en su vasallo financiero, no podía y no quería unirse a la oposición burguesa que se encontraba en Rusia por la sencilla razón de que ningún otro gobierno nacional le hubiese asegurado los beneficios usurarios que obtenía del zarismo. Pero no sólo el capital financiero; también el capital industrial extranjero, al explotar las riquezas naturales y la mano de obra de nuestro país, daba realidad a su poder político fuera de las fronteras de Rusia, en los parlamentos francés, inglés o belga.

Por otra parte, el capital del país no podía ponerse a la cabeza de la lucha nacional contra el zarismo porque se encontró desde el primer momento en estado de hostilidad frente a las masas populares: el proletariado al que explota directamente y la clase campesina a la que despoja por medio del Estado. Esto es válido en particular para la gran industria, la cual depende en la actualidad en todas partes de las medidas gubernamentales y principalmente del militarismo. Es cierto que se halla interesada en obtener «un firme estatuto de orden civil» pero todavía tiene mayor necesidad de un poder estatal fuertemente centralizado, gran dispensador de todas las ventajas y privilegios. En sus fábricas, los empresarios de la metalurgia se encuentran frente a frente con la parte más avanzada y más activa de la clase obrera, que aprovecha cada desfallecimiento del zarismo para hacer incursiones en los dominios del capital.

La industria textil conserva más independencia respecto al Estado; además, está directamente interesada en el crecimiento de la capacidad de compra de las masas, mejora que no puede alcanzarse sin una vasta reforma agraria. Por esta razón, el centro de la industria, Moscú, desplegó en 1905 una oposición mucho más violenta, si no más enérgica, ante la burocracia autocrática que San Petersburgo, sede de la metalurgia. La municipalidad moscovita consideraba con indudable benevolencia la ola creciente de la rebelión. Si bien repentinamente se mostró tanto más resuelta y fiel al «principio» de un firme poder gubernamental cuando la revolución le fue descubriendo todo el contenido social de sus pretensiones, impulsando al propio tiempo a los obreros textiles a seguir la ruta que habían marcado los metalúrgicos. La

capital de la contrarrevolución se alió con la propiedad contrarrevolucionaria y encontró su jefe en Guchkov, comerciante de Moscú, líder de la mayoría en la tercera Duma.

LA DEMOCRACIA BURGUESA

Al matar en embrión al pequeño oficio ruso, el capital europeo destruyó el terreno social sobre el que hubiera podido apoyarse la democracia burguesa. ¿Es posible comparar el Moscú o el San Petersburgo de hoy con el Berlín o la Viena de 1848, o mejor aún con el París de 1789, que desconocía los ferrocarriles, el telégrafo y consideraba una manufactura de 300 obreros como una gran empresa? No hay ni huellas entre nosotros de la sólida pequeña burguesía que pasara por la escuela secular de la administración autónoma y de la lucha política y que, más tarde, uniendo sus fuerzas a las de un joven proletariado no constituido definitivamente, tomó por asalto las bastillas de la feudalidad. ¿Quién la remplazó? una «nueva clase media», compuesta por los profesionales de la *intelligentsia*: abogados, periodistas, médicos, ingenieros, profesores, maestros de escuela. Esta capa social que carecía por sí misma de valor en la producción general y era poco numerosa y desprovista de independencia desde el punto de vista económico, sintiendo perfectamente su debilidad, no cesa de buscar la gran clase a la cual podría ligarse. Y aquí surge el hecho notable: su primer apoyo no fueron los capitalistas, sino los agricultores.

El partido constitucional-demócrata [*cadete*[15]], que dirigió las dos primeras dumas, se formó en 1905 por la unión de la Asociación constitucional de los *zemstvos* con la Asociación denominada «de la emancipación». La fronda liberal de los miembros de los *zemstvos* expresaba, por una parte, el descontento envidioso de los agrarios frente al monstruoso proteccionismo industrial que manifestaba la política gubernamental y traducía, por otra parte, la oposición de los propietarios más amantes del progreso, a quienes la barbarie agraria del campo ruso impedía alzar su economía particular sobre un pie capitalista. La Asociación de la emancipación agrupaba elementos intelectuales a los que una situación social «conveniente» y el bienestar resultante de la misma impedían entrar en la vía revolucionaria. La oposición de los *zemstvos* tuvo siempre un carácter de impotencia cobarde y el muy augusto heredero expresaba una amarga verdad cuando declaró, en 1894, que las aspiraciones políticas de este grupo no eran más que «absurdos ensueños». Por otra parte, los privilegiados de la *intelligentsia*, grupo que, por lo demás, dependía materialmente del Estado, de forma directa o indirecta, o del gran capital, al que protegía el gobierno o, en fin, de la propiedad liberal censitaria, eran incapaces de desplegar una oposición política de una cierta entidad.

Por sus orígenes, el partido cadete confundía la debilidad de la oposición de los *zemstvos* con la debilidad general de la *intelligentsia* diplomada. Hasta qué punto el

liberalismo de los *zemstvos* era superficial pudo verse claramente desde finales de 1905, cuando los propietarios —influidos por las agitaciones agrarias— se volvieron bruscamente hacia el viejo poder. La *intelligentsia* liberal se enterneció al tener que abandonar la casa solariega del propietario en que, a fin de cuentas, sólo era un hijo adoptivo e intentó hacerse reconocer en su patria histórica, en las ciudades. ¿Y qué encontró allí fuera de ella misma? El gran capital conservador, el proletariado revolucionario y un irreductible antagonismo de clase entre ambos.

Fue este antagonismo el que escindió hasta la base la pequeña producción allí donde había conservado alguna importancia. El proletariado de los pequeños oficios se desarrolla en la atmósfera de la gran industria y se distingue poco del proletariado de las fábricas. Atrapados entre la gran industria y el movimiento obrero, los artesanos rusos constituyen una clase oscura, famélica y amargada que, junto al *lumpenproletariat*, proporciona el personal de combate a las manifestaciones de los Centurias Negras y a los pogromos[16]…

Como resultado, el grupo intelectual de la burguesía, deplorablemente atrasado, engendrado bajo las maldiciones socialistas, permanece al borde de un abismo ante los conflictos de clase; abrumado por las tradiciones de la antigua propiedad y obstaculizado por prejuicios profesorales, carece de iniciativa, de influencia sobre las masas y de confianza en el mañana.

El proletariado

Las causas históricas y mundiales que habían hecho de la democracia en Rusia una cabeza (muy poco clara) sin cuerpo determinaron, por otra parte, la importancia del papel que debía desempeñar el joven proletariado ruso. Ahora bien, ¿qué fuerzas reunía?

Las cifras, muy incompletas, de 1897, nos dan la respuesta siguiente:

A. Industrias mineras, fabricación, vías de comunicación, construcciones y empresas comerciales	3.332.000
B. Agricultura, silvicultura, caza y pesca	2.723.000
C. Jornaleros y artesanos	1.195.000
D. Criados, porteros, ordenanzas, etc.	2.132.000
Total (hombres y mujeres)	9.382.000

Contando los miembros de la familia que viven en dependencia del trabajador, el proletariado representaba, en 1897, el 27,6% de la población, es decir, algo más de la cuarta parte. La actividad política es muy diversa en las diferentes capas de que esta masa se compone y el papel de los dirigentes en la revolución pertenece casi exclusivamente a los obreros comprendidos en el primer grupo del cuadro anterior.

Sería no obstante erróneo medir la importancia efectiva y virtual del proletariado ruso respecto a la revolución basándose en su cuantía relativa; semejante perspectiva significaría no querer ver, por debajo de las cifras, las relaciones sociales.

La importancia del proletariado se determina por su papel en la economía moderna. Los medios de producción más poderosos de la nación se encuentran bajo la acción directa o indirecta de los obreros: ¡3,3 millones de fuerzas obreras (grupo A) producen como mínimo la mitad de la renta anual del país! Los más importantes medios de comunicación, los ferrocarriles, que por sí solos transforman un inmenso país en un todo económico, como lo han demostrado los acontecimientos, sitúan al proletariado en una posición económica y política de alcance inapreciable. Es preciso añadir a esto los correos y telégrafos que, sin depender directamente del proletariado, se encuentran sin embargo bajo su influencia efectiva.

Mientras que el campesinado se encuentra disperso por todo el país, el proletariado se moviliza en grandes masas en las manufacturas y en los centros fabriles. Constituye el núcleo de la población urbana en toda ciudad que goce de importancia económica y política; todas las ventajas que posee la ciudad en un país capitalista —concentración de las fuerzas y los medios de producción, unión de los elementos más activos de la población y agrupamiento de los bienes de la civilización —, se convierten de forma natural en ventajas de clase para el proletariado. Esta clase se ha dibujado y constituido con una rapidez inaudita en la historia. Apenas salido de la cuna se encontró el proletariado ruso ante el poder estatal más centralizado y un capital cuyas fuerzas no estaban menos concentradas. Las tradiciones corporativas y los prejuicios del pequeño oficio no tuvieron influencia alguna sobre él. Desde sus primeros pasos, optó por la vía de la lucha sin piedad.

De esta manera, la insignificancia del pequeño oficio y, en general, de la pequeña producción y el carácter muy desarrollado de la gran industria rusa han tenido por resultado, en política, rechazar la democracia burguesa en beneficio de la democracia proletaria. La clase obrera, al asumir las funciones productivas de la pequeña burguesía, se encargó igualmente del papel político que esta burguesía detentaba antaño y de las pretensiones históricas que tuviera de dirigir a las masas campesinas, en el momento en que éstas se emancipaban del yugo de la nobleza y el fisco.

El lugar político sobre el cual la historia puso a prueba a los partidos urbanos fue la cuestión agraria.

LA NOBLEZA Y LOS PROPIETARIOS TERRATENIENTES

El programa de los cadetes, o por mejor decir su antiguo programa, que contemplaba la expropiación forzosa de la media y gran propiedad según una «justa» estimación, constituye, según la opinión de los miembros del partido, el máximo que cabe obtener «por los procedimientos creadores de un trabajo legislativo». De hecho, la tentativa

liberal de expropiación de las grandes propiedades condujo solamente a la expropiación por el gobierno del derecho electoral y al golpe de Estado del 3 de junio de 1907. Los cadetes consideraban la liquidación de los bienes raíces de la nobleza como una operación puramente financiera y se esforzaban con plena conciencia en hacer su «justa estimación» tan aceptable como fuera posible para los propietarios. Pero la nobleza consideraba las cosas de manera totalmente diversa. Con su infalible instinto había comprendido inmediatamente que no se trataba simplemente de vender 50 millones de desiatinas, incluso a un alto precio, sino de la liquidación de su papel social de clase dirigente y rehusó lisa y llanamente dejarse subastar. En la primera Duma, el conde Saltikov exclamaba, dirigiéndose a los propietarios: «Vuestra divisa y vuestro lema deben ser: "¡Ni una pulgada de nuestras tierras, ni un grano de arena de nuestros campos, ni una brizna de hierba de nuestros prados, ni una rama de nuestros bosques!"». Y esta voz no clamaba en el desierto; no, los años de la revolución son justamente para la nobleza rusa un período de concentración de clase y consolidación política. Durante la reacción más sombría, bajo Alejandro III, la nobleza no era más que una casta, aunque fuese la primera de ellas. La autocracia, que velaba para conservar su independencia, no dejaba escapar ni un segundo a la nobleza de una estrecha vigilancia policiaca y llegaba a emplear su control en modelar su codicia. Mientras que, en la actualidad, la nobleza es, en el pleno sentido de la palabra, la casta que manda: obliga a los gobernadores de provincia a bailar al son de su música, amenaza a los ministros y abiertamente los destituye, dirige al gobierno ultimátum tras ultimátum y siempre obtiene su cumplimiento. Su lema es: ¡ni una pulgada de nuestras tierras, ni una parcela de nuestros privilegios!

Entre las manos de 60 000 particulares propietarios de tierras, con una renta anual superior a mil rublos, se encuentran concentrados alrededor de 75 millones de *desiatinas*, evaluadas en el mercado en 56 000 millones de rublos; producen a sus poseedores más de 450 millones de renta neta anual. Por lo menos los dos tercios de esta suma revierten a la nobleza. La burocracia se halla estrechamente ligada a la propiedad. Para el mantenimiento de 30 000 funcionarios, que reciben más de mil rublos de ingresos, se gastan anualmente casi 200 millones de rublos y es justamente entre estos funcionarios altos y medios donde predomina la nobleza. Por último, dispone sólo para sí de los órganos del *zemstvo* autónomo y de las rentas derivadas del mismo.

Si antes de la revolución una mitad larga de los *zemstvos* tenían a su cabeza propietarios «liberales», que se habían señalado por un trabajo puramente «civilizador», los años revolucionarios cambiaron esta situación de medio a medio; en estos grupos fueron reclutados los representantes menos conciliadores de la reacción. El todopoderoso Consejo unificado de la nobleza ahoga desde un principio las tentativas que hace el gobierno, en interés de la industria capitalista, por «democratizar» los *zemstvos* o aflojar las esposas del campesinado.

En presencia de hechos semejantes, el programa agrario de los cadetes como base

de un acuerdo por vía legislativa, no es sino una miserable utopía y no resulta extraño que los cadetes renunciasen a él tácitamente.

La socialdemocracia ha llevado a cabo la crítica del programa cadete, principalmente sobre la línea de la «justa estimación», y a fin de cuentas ha acertado. Ya desde el punto de vista financiero, el rescate de todas las explotaciones, que supondría para los propietarios más de mil rublos anuales, añadiría a nuestra deuda pública de 9000 millones una suma aproximada de 5 a 6000 millones, lo que significa que solamente los intereses de la deuda devorarían anualmente 750 millones. Pero no es sólo el aspecto financiero; es el punto de vista político el que tiene, en este asunto, un valor decisivo.

Las condiciones de la reforma supuestamente emancipadora de 1861, al comprender una suma exagerada de rescate para las tierras campesinas, indemnizaban de hecho a los propietarios por la emancipación de sus siervos (en la medida aproximada de 250 millones, es decir, del 25% del precio total de rescate). Por consiguiente, la «justa estimación» contribuía a liquidar los grandes derechos históricos y los privilegios de la nobleza, y si ésta había en su día podido otorgar su adhesión a la reforma semiemancipadora, es que podía resignarse a ello. Hacía gala entonces de un seguro instinto, así como hoy cuando rehúsa resueltamente cerrar su existencia de clase con un suicidio —aun cuando fuese según una «justa estimación»—. ¡Ni una pulgada de nuestras tierras, ni una parcela de nuestros privilegios!: bajo el estandarte que lleva esta divisa, la nobleza se apoderó definitivamente del aparato estatal desarticulado por la revolución y ha mostrado que lucharía, con todo el encarnizamiento de que es capaz una clase dirigente, cuando se trata para ella de la vida o la muerte.

No será por medio de un acuerdo parlamentario como podrá ser resuelta la cuestión agraria, sino por el empuje y la presión revolucionaria de las masas.

EL CAMPESINADO Y LA CIUDAD

La barbarie social y política de Rusia tiene sus raíces en los campos; pero esto no significa que el campo haya sido incapaz de formar una clase que con sus propias fuerzas pudiera romper esas ligaduras. Diseminado sobre una extensión de cinco millones de verstas cuadradas, en la Rusia europea —en 500 000 localidades—, el campesinado no extrajo de su pasado experiencia alguna de unión para la lucha política. Durante las revueltas agrarias de 1905-1906, los campesinos sublevados no pensaban sino en expulsar a los propietarios de los límites del pueblo, el distrito o el cantón. Contra la revolución campesina, los nobles propietarios disponían de un aparato estatal completo y centralizado. Para vencerlo, los campesinos hubieran tenido que operar mediante una insurrección simultánea y resuelta pero fueron incapaces de ello, en razón misma de todas las condiciones de existencia que les eran

impuestas. El cretinismo local es una maldición que pesa sobre todas las revueltas campesinas. Los hombres del campo no se emancipan sino cuando dejan de pensar en sus intereses puramente campesinos y se adhieren a los movimientos revolucionarios de las nuevas clases sociales.

Ya a lo largo de la revolución de los campesinos alemanes, en el primer cuarto del siglo XVI, a pesar de la debilidad económica y la insignificante política de las ciudades en la Alemania de aquel tiempo, el campesinado se colocaba con toda naturalidad bajo la dirección inmediata de los partidos urbanos. Revolucionaria desde el punto de vista social y por el objetivo que perseguía, pero desunida e impotente en política, esta clase no hubiera sabido constituir su propio partido y, de acuerdo con las circunstancias locales, tendía su mano, unas veces al partido burgués de oposición, otras a la plebe revolucionaria de la ciudad. Ésta, única fuerza capaz de asegurar la victoria a la revolución de entonces, el embrión del proletariado contemporáneo, se hallaba a su vez completamente desprovista de lazos nacionales y carecía de una conciencia clara de los fines revolucionarios. Todos estos impedimentos dependían en cierto modo del desarrollo económico del país, del estado primitivo de las vías de comunicación y del particularismo nacional. De esta manera, no pudo obtenerse la colaboración revolucionaria del campo en rebelión y la plebe urbana. El movimiento campesino fue aplastado…

Pasados más de tres siglos, la misma situación volvió a presentarse con la revolución de 1848. La burguesía liberal no sólo no tenía interés en sublevar a los campesinos y unirlos en torno a sí, sino que temía por encima de todo la extensión de un movimiento rural que habría contribuido principalmente a reforzar los elementos radicales de la plebe urbana contra la misma burguesía. La plebe, por otra parte, no había llegado aún a tomar figura social y política, superando su desunión, y no hubiese podido, por consiguiente, postergar a la burguesía liberal para ponerse a la cabeza de las masas campesinas. La revolución de 1848 sufre una total derrota…

Pero sesenta años antes, vemos en Francia la triunfal realización de los problemas revolucionarios, gracias precisamente a la cooperación entre los campesinos y la plebe urbana, es decir, los proletarios, semiproletarios y *lumpenproletariat* de la época; presentóse esta cooperación bajo el aspecto de la dictadura de la Convención, ésta es, de la dictadura de la ciudad sobre el campo, la capital sobre la provincia y los *sans-culottes* sobre París.

En la Rusia moderna, la supremacía social de la población industrial respecto al mundo rural es incomparablemente mayor que en la época de las antiguas revoluciones europeas y, al mismo tiempo, en las ciudades rusas de hoy, el caos de la plebe ha sido sustituido por un proletariado perfectamente definido. Una sola circunstancia no ha cambiado: el campesinado, en tiempo de revolución, no puede servir de apoyo más que al partido que tenga tras de sí a las masas urbanas más revolucionarias y que no tema acabar con la propiedad feudal por veneración hacia los bienes de la burguesía. Este partido es ahora y no puede ser otro que la

socialdemocracia.

El carácter de la revolución rusa

Por el propósito directo e inmediato que a sí misma se impone, la revolución rusa es propiamente «burguesa», pues tiene por objeto emancipar a la sociedad burguesa de los grillos y las cadenas del absolutismo y la propiedad feudal. Ahora bien, la principal fuerza motriz de esta revolución se halla constituida por el proletariado, y por esta razón, por su método, la revolución es proletaria. Este contraste ha parecido inaceptable, inconcebible a numerosos pedantes que definen el papel histórico del proletariado por medio de cálculos estadísticos o aparentes analogías históricas. Para ellos, el jefe providencial de la revolución rusa debe ser la democracia burguesa, mientras que el proletariado que, de hecho, ha marchado en cabeza de los acontecimientos a lo largo de todo el período de empuje revolucionario, debería aceptar el dejarse envolver en los pañales de una teoría mal fundada y pedante. Para ellos, la historia de una nación capitalista repite, con modificaciones más o menos importantes, la historia de otra. No perciben el proceso, propio de nuestros días, del desarrollo capitalista mundial que engloba a todos los países a los que se extiende y que, por la unión de las condiciones locales con las generales, crea una amalgama social cuya naturaleza no puede ser definida rebuscando lugares comunes históricos, sino solamente por medio de un análisis de base materialista.

Entre Inglaterra, pionera del desarrollo capitalista, que a través de una larga sucesión de siglos creó nuevas formas sociales y una poderosa burguesía que es su expresión, y, por otra parte, las colonias actuales, a las que el capital europeo lleva, sobre buques totalmente montados, raíles ya hechos, traviesas, pernos, coches-salón para la administración colonial, al tiempo que, con ayuda de la carabina y la bayoneta, obliga a los indígenas a salir de su estado primitivo para adaptarse a la civilización capitalista, no hay analogía alguna en cuanto al desarrollo histórico, aunque pueda descubrirse un nexo profundo e íntimo entre fenómenos de tan diferente aspecto.

La nueva Rusia ha tomado un carácter peculiar por cuanto que ha recibido el bautismo capitalista, en la segunda mitad del siglo XIX, del capital europeo que se presentó bajo su forma más concentrada y abstracta, como capital financiero. La historia anterior de este capital no se halla en modo alguno relacionada con la historia de la Rusia antigua. Para alcanzar en su propio país las alturas inaccesibles de la bolsa moderna, el capital tuvo que salir de las calles estrechas, de las callejas de la ciudad medieval y el pequeño oficio por las que aprendiera a andar y a trepar. En su lucha incesante con la iglesia, se vio obligada a desarrollar la técnica y la ciencia, agrupar estrechamente en torno a sí a toda la nación, a apoderarse del poder rebelándose contra los privilegios feudales y dinásticos. Tuvo que abrirse un camino

libre, poniendo fuera de combate a los pequeños oficios que fueron su origen para, a continuación, desgajarse de la carne misma de la nación, de las influencias ancestrales, los prejuicios políticos, las simpatías de la raza, las longitudes y latitudes geográficas, a fin de cernerse, como gran ave carnívora, sobre el globo terrestre, envenenando hoy con opio al artesano chino que previamente ha arruinado, enriqueciendo mañana con un nuevo acorazado las aguas rusas, apoderándose después de las minas diamantíferas del África meridional.

Sin embargo, cuando el capital inglés o francés, extracto concentrado de una obra histórica de siglos, es transportado a las estepas del Donetz, resulta absolutamente incapaz de manifestar las fuerzas sociales, las pasiones, los valores relativos que previamente absorbiera. Sobre un territorio nuevo, no puede renovar el desarrollo ya realizado, sino que reanuda su obra en el punto en que la había dejado en su país. En torno a las máquinas que ha traído consigo a través de mares y aduanas, agrupa en seguida, sin etapas intermedias, a las masas proletarias e infunde a esta clase las energías revolucionarias de las viejas generaciones burguesas, aquella energía que se había reunido en él.

En la época heroica de la historia de Francia contemplamos una burguesía que todavía no es consciente de los contrastes de que está llena su situación, tomando la dirección de la lucha por un nuevo orden de cosas, no solamente contra las instituciones anticuadas de Francia, sino incluso contra las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Progresivamente, la burguesía, representada por sus élites, se considera como el jefe de la nación y de hecho se convierte en ello, arrastra a las masas a la lucha, les da un lema, les enseña una táctica de combate. La democracia introduce en la nación el lazo de una ideología política. El pueblo —pequeños burgueses, campesinos y obreros— elige como diputados a burgueses y las instrucciones que entregan los municipios a sus representantes están escritas en el lenguaje de la burguesía, que toma conciencia de su papel de mesías. En la misma revolución, aun cuando ya sean visibles los antagonismos de clase, la poderosa corriente de la lucha revolucionaria expulsa, uno tras otro, de la vida política a los elementos más estacionarios de la burguesía. Ninguna capa es arrastrada antes de transmitir su energía a las capas siguientes. La nación, en su conjunto, sigue combatiendo por los fines que se había asignado, por medios cada vez más violentos y decisivos. Cuando la masa nacional se pone en movimiento y se separan de ella las esferas superiores de la burguesía propietaria para formar alianza con Luis XVI, las exigencias democráticas de la nación, dirigidas ahora contra esta burguesía, conducen al sufragio universal y a la república, formas lógicamente indispensables de la democracia.

La gran revolución francesa es realmente una revolución nacional. Todavía más. En ella, dentro de los marcos nacionales, encuentra su expresión clásica la lucha mundial de la clase burguesa por la dominación, por el poder, por un triunfo indiscutible.

En 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel de este género. No quería,

ni se atrevía tampoco, a tomar sobre sí la responsabilidad de la liquidación revolucionaria de un régimen social que entorpecía su dominación. Su propósito se reducía —y se daba cuenta de ello— a introducir en el antiguo régimen las garantías indispensables para asegurar, no su dominio político, sino el reparto del poder con las fuerzas del pasado. No sólo se negaba a llevar las masas al asalto del antiguo orden, sino que se adhería al viejo régimen para rechazar a las masas que trataban de arrastrarla. Conscientemente retrocedía ante las condiciones objetivas que hubieran hecho posible su dominación. Las instituciones democráticas se le presentaban no como el objeto de la lucha, sino como una amenaza para su bienestar. La revolución no se haría por ella, sino contra ella. De aquí que, en 1848, para el éxito de la revolución, se precisaba una clase que fuese capaz de ponerse a la cabeza de los acontecimientos, dejando de lado a la burguesía, obrando a pesar suyo, que pudiese no sólo impulsarla hacia adelante por medio de una violenta presión, sino, en el momento decisivo, arrojar del camino su cadáver político.

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de desempeñar este papel.

La *pequeña burguesía* era hostil, no sólo a las cosas de la víspera, sino a las del día siguiente. Todavía se encontraba atada por los grillos creados por las relaciones sociales de la Edad Media pero ya carecía de fuerza para resistir al desarrollo de la industria «libre»; sin llegar a marcar a las ciudades con su influencia, ya había cedido su dominio a la media y gran burguesía; plagada de prejuicios, ensordecida por el fragor de los acontecimientos, explotadora y explotada, codiciosa e impotente en su codicia, la atrasada pequeña burguesía no podía tomar la dirección de la historia mundial.

El *campesinado* carecía aún más de iniciativa. Diseminado, alejado de las ciudades, centros nerviosos de la política y de la cultura, obtusos, limitando sus miradas a un estrecho horizonte, indiferente a todo lo que la ciudad había concebido, esta clase no podía ejercer una acción dirigente. Sus aspiraciones se colmaron al desembarazar sus hombros del peso de las servidumbres feudales y habiendo pagado a la ciudad que combatiera por su derecho con una negra ingratitud, los campesinos emancipados se habían convertido en fanáticos del «orden».

La *intelligentsia democrática*, desprovista de toda fuerza como clase, se arrastraba en pos de su hermana mayor, la burguesía liberal, sirviéndole de cola política, o bien se separaba de ella en los momentos críticos para manifestar su impotencia. Sumida en contradicciones y contrastes mal definidos todavía, esparcía por doquier esta oscuridad.

El proletariado era demasiado débil, carecía de organización, experiencia y conocimientos. El desarrollo capitalista había ido lo bastante lejos como para hacer necesaria la abolición de las antiguas condiciones feudales pero no lo suficiente para proyectar a la clase obrera, producto de las nuevas condiciones de producción, como fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se hallaba

demasiado afirmado para que ésta pudiese asumir sin temor la función de dirigente nacional; pero este antagonismo no era aún tan fuerte como para permitir al proletariado hacerse cargo de ese papel.

Austria ofreció un ejemplo particularmente significativo y trágico de esta situación, mostrando que las relaciones políticas no estaban suficientemente definidas en el período revolucionario.

El proletariado de Viena manifestó, en 1848, un heroísmo sublime y una gran energía revolucionaria. Iba y volvía sin cesar al fuego, impulsado solamente por un oscuro instinto de clase, sin darse cuenta del objeto final de la lucha, tanteando y adoptando una divisa tras otra. La dirección del proletariado fue tomada de forma sorprendente por los estudiantes, el único grupo democrático que gozara entonces, gracias a su actividad, de una gran influencia sobre las masas, y por consiguiente sobre los acontecimientos. Pero aunque los estudiantes fuesen capaces de batirse con bravura en las barricadas y de fraternizar sinceramente con los obreros, no podían asegurar la dirección general de la revolución que les había confiado «la dictadura de la calle». Cuando el 26 de mayo todos los obreros de Viena se sublevaron ante el llamamiento de los estudiantes para oponerse al desarme de «la legión académica», cuando la población de la capital se apoderó de la ciudad, cuando la monarquía huida perdió toda influencia sobre los acontecimientos, cuando, bajo la presión popular, las últimas tropas fueron evacuadas y el poder estatal de Austria quedó reducido a una sombra, no se encontró una fuerza política para hacerse con las riendas del gobierno. La burguesía liberal se negaba conscientemente a utilizar un poder obtenido por medios de bandidaje sólo soñaba con el regreso del emperador, que se había retirado al Tirol dejando huérfana a Viena. Los obreros tuvieron suficiente valor como para aplastar la reacción pero no poseían la organización necesaria para recibir su herencia. Incapaz de actuar como piloto, el proletariado no puede obligar a desempeñar este gran papel histórico a la democracia burguesa que, como hace con frecuencia, se había escondido en el momento en que más se la necesitaba. La situación resultante ha sido muy bien caracterizada por un contemporáneo en estos términos: «De hecho, la república está establecida en Viena pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta…». De los acontecimientos de 18 481 849, Lassalle extrajo esta lección irrefutable: ninguna lucha en Europa puede alcanzar el éxito si, desde un principio, no se afirma como puramente socialista, no obteniéndose nunca ventaja alguna de una lucha en la que las cuestiones sociales entren sólo como un oscuro elemento y permanezcan en segundo plano de una lucha llevada bajo la enseña engañosa de un renacimiento nacional o de un republicanismo burgués…

En la revolución cuyo comienzo fijará la historia en el año 1905, el proletariado avanzó por vez primera, bajo un estandarte que le pertenecía en propiedad, hacia un fin realmente suyo. Y, al mismo tiempo, está fuera de duda que ninguna de las antiguas revoluciones ha absorbido tanta energía popular y ha arrojado tan escasas conquistas positivas como la revolución rusa hasta la hora presente. Estamos lejos de

querer profetizar, no creemos poder anunciar los acontecimientos que se producirán en las semanas o en los meses venideros. Pero, para nosotros, una cosa está clara: la victoria sólo es posible por la vía indicada, formulada en 1849 por Lassalle. De la lucha de clases a la unidad de la nación burguesa, no hay posible regreso.

La «ausencia de resultados» de la revolución rusa muestra solamente un aspecto pasajero de su carácter social más profundo. En esta revolución «burguesa» sin burguesía revolucionaria, el proletariado, por el desenvolvimiento interior de los hechos, es llevado a tomar la hegemonía sobre la clase campesina y a luchar por la conquista del poder soberano. La primera ola de la revolución rusa vino a romperse contra la grosera incapacidad política del *mujik* que, en su pueblo, devastaba la explotación del señor a fin de hacerse con sus tierras y que, a continuación, vestido con el uniforme de los cuarteles, fusilaba a los obreros. Todos los acontecimientos de esta revolución pueden considerarse como una serie de despiadadas lecciones de cosas, por medio de las cuales la historia inculca violentamente al campesino la conciencia del nexo que indefectiblemente existe entre sus necesidades locales y el problema central del poder. En la escuela histórica de los conflictos violentos y de las derrotas crueles se elaboran los primeros principios cuya adopción ha de determinar la victoria revolucionaria.

«Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII —escribía Marx en 1852—, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!
¡Aquí está la rosa, baila aquí!»[17].

V. La «primavera»

I

El difunto general Dragomirov, en una carta particular, juzgaba así al ministro del Interior Sipiaguin: «¿Cuál puede ser su política interior? Es sencillamente el montero mayor de la Corte y, además, un imbécil». Esta opinión es tan justa que puede excusarse el giro groseramente amanerado del militar que la formuló. Tras Sipiaguin, vimos en el mismo puesto a Pleve, después al príncipe Sviatopolk-Mirski, después a Bulygin, después a Witte y Durnovo… Unos se distinguían de Sipiaguin solamente en que no eran monteros mayores de Su Majestad o en que a su manera eran inteligentes pero todos, uno tras otro, salían del escenario dejando tras de sí la perplejidad inquieta de los amos de arriba, el odio y el desprecio del público. El montero mayor de la triste figura o el delator profesional, el señor brutalmente benévolo o el especulador sin fe ni ley, todos se presentaban con la firme intención de acabar con las perturbaciones, restituir el prestigio perdido del poder, salvaguardar las bases del Estado y todos, cada uno a su modo, abrían las esclusas de la revolución y eran arrastrados en su corriente. Las perturbaciones se desarrollaban con una poderosa regularidad, ensanchaban inexorablemente su alcance, fortalecían sus posiciones y arrancaban los obstáculos que se oponían a su paso; y, sobre el fondo de esta gran obra, ante su ritmo interior, ante su inconsciente genialidad, aparecían los hombrecillos del poder que promulgaban leyes, contrataban nuevas deudas, disparaban sobre los obreros, arruinaban a los campesinos y, como resultado, sumían cada vez más al poder que querían salvar en una furiosa impotencia.

Crecidos en la atmósfera de las pequeñas conspiraciones de cancillería y de las intrigas de despacho, donde la ignorancia impúdica rivaliza con la perfidia, sin idea alguna de la marcha y del sentido de la historia contemporánea, del movimiento de las masas, de las leyes de la revolución, provistos de dos o tres pobres ideas, de miserables programas destinados a informar sobre todo a los bolsistas de París, estos hombres se esfuerzan por unir a procedimientos dignos de los grandes favoritos de la corte en el siglo XVIII las formas propias de los «hombres de Estado» del occidente parlamentario. Con humillantes coqueteos, satisfacen mediante entrevistas a los corresponsales de la bolsa europea, exponen ante ellos sus «planes», sus «objetivos», sus «programas», y cada uno de ellos expresa la esperanza de poder resolver finalmente el problema que ha agotado sin resultados los esfuerzos de sus predecesores. ¡Si solamente fuera posible apaciguar la sedición! Comienzan de forma diferente, pero terminan todos por dar la orden de disparar sobre los sediciosos. Lo que les espanta, es que la sedición no muere, que es inmortal… Y todos terminan en un hundimiento ignominioso y, cuando un terrorista no les hace el servicio de

liberarles de una prensa existencia, son condenados a sobrevivir a su descrédito y a ver la sedición, poderosa y genial como las fuerzas de la naturaleza, emplear sus planes y sus objetivos para alcanzar la victoria.

Si Piaguin fue muerto por un disparo de revólver. Pleve, destrozado por una bomba. Sviatopolk-Mirski no fue más que un cadáver político tras el 9 de enero. Bulygin fue arrumbado, como un trapo viejo, por la huelga de octubre. El conde Witte, totalmente extenuado por las revueltas militares y obreras, cayó sin pena ni gloria, trompicando en el umbral de la Duma que él mismo había creado…

En determinados círculos de oposición, especialmente entre los liberales de los *zemstvos* y los demócratas de la *intelligentsia*, las transformaciones ministeriales traían siempre esperanzas imprecisas, una nueva confianza, nuevos planes. Y, en efecto, para la agitación que trataban de suscitar las gacetas liberales, para la política de los propietarios partidarios de una constitución, no resultaba indiferente ver a la cabeza de los asuntos a un viejo perro policía como Pleve o a un ministro de confianza como Sviatopolk-Mirski. Pleve fue, bien entendido, tan impotente ante la sedición popular como su sucesor; pero también se presentaba amenazador para los periodistas liberales y los pequeños conspiradores de los *zemstvos*. Detestaba la revolución con un odio furioso de viejo delator al que espera la bomba en todas las esquinas de la calle, perseguía a los sediciosos con los ojos inyectados en sangre, pero en vano… Y su odio insatisfecho se extendía a los profesores, a los miembros de los *zemstvos*, a los periodistas a quienes quería considerar como «instigadores» legales de la revolución. Redujo la prensa liberal al último grado de envilecimiento. Trataba a los periodistas como canallas: no sólo les exilaba o encerraba, sino que, en las entrevistas que tenía con ellos, los amenazaba como a chiquillos. Castigaba a los más moderados representantes de los comités de economía rural, organizados por iniciativa de Witte, como a turbulentos estudiantes y no «venerables miembros de *zemstvos*». Alcanzó sus fines: la sociedad liberal temblaba ante él y le odiaba con el ferviente rencor de la impotencia. Gran número de estos fariseos liberales que claman infatigablemente tanto contra «la violencia de las izquierdas» como «contra la violencia de las derechas», acogieron la bomba del 15 de julio como una enviada del Mesías.

Pleve fue terrible y detestable para los liberales pero, frente a la sedición, no era ni más ni menos que cualquier otro. El movimiento de masas ignoraba necesariamente el marco de lo que estaba permitido o prohibido. En estas condiciones importaba poco que este marco fuese más ancho o más estrecho.

II

Los panegiristas oficiales de la reacción se han esforzado por representar la regencia de Pleve como un instante, si no de felicidad, al menos de calma universal. En

realidad, el favorito fue incapaz de crear incluso lo que podría llamarse tranquilidad policiaca. Apenas llegado al poder, manifestó su celo ortodoxo de neófito dos veces convertido por la intención que tuvo de visitar las santas reliquias de Laura; pero se vio obligado a partir a toda velocidad hacia el sur, donde acababan de estallar grandes agitaciones agrarias, en los gobiernos de Jarkov y Poltava. Las sublevaciones y los desórdenes entre los campesinos se renovaron pronto sin descanso en diversos puntos del territorio. La famosa huelga de Rostov, en noviembre de 1902, y las jornadas de julio de 1903, en toda la extensión del mediodía industrial, fueron los signos precursores de todas las manifestaciones ulteriores del proletariado. Sin cesar salían las multitudes a la calle. Los debates y las decisiones de los comités, relativas a las necesidades de la economía rural, sirvieron de apertura a una vasta campaña de los *zemstvos*. Las universidades con anterioridad al ministerio de Pleve, eran focos de violenta agitación política; bajo su administración conservaron este papel. Los dos congresos de San Petersburgo en enero de 1904 —el de técnicos y el de médicos— fueron las avanzadas de la reunión de los intelectuales demócratas. De suerte que el prólogo de la «primavera» social fue representado bajo Pleve. Furiosas represalias, encarcelamientos, investigaciones judiciales, registros y medidas de deportación que provocaron el terror, no pudieron, a fin de cuentas, paralizar completamente ni siquiera la movilización de la sociedad liberal.

El último semestre del ministerio Pleve coincidió con el comienzo de la guerra. La sedición se apaciguó o, por decir mejor, se recogió. Es posible hacerse una idea del estado de ánimo que reinaba en las esferas burocráticas y en la alta sociedad liberal de San Petersburgo durante los primeros meses de la guerra, siguiendo el libro del periodista vienés Hugo Hantz, *Vor der Katastrophe* [Antes de la catástrofe]. Se observaba un enloquecimiento cercano a la desesperación. «¡Esto no puede seguir así!» ¿Cuál era la posible salida? Nadie lo sabía; ni los altos funcionarios retirados, ni los célebres abogados liberales, ni los famosos periodistas igualmente liberales. «La sociedad es del todo impotente. Es inútil pensar en un movimiento revolucionario procedente del pueblo, e incluso si este movimiento se produjese, estaría dirigido no contra el poder, sino contra los amos en general». ¿Cuál era, pues, la posible salvación? Estábamos ante la bancarrota financiera y el desastre militar. Hugo Hantz, que pasó en San Petersburgo los tres primeros meses de la guerra, afirma que la rogativa común de liberales moderados y numerosos conservadores se formulaba así: «*Gott, hilf uns, damit wir geschlagen werden*» [Dios, ayúdanos, para que seamos derrotados]. Lo cual naturalmente no impedía que la sociedad liberal adoptase el tono del patriotismo oficial. En múltiples declaraciones, todos los *zemstvos*, todas las dumas, sin excepción, juraron fidelidad al trono y se comprometieron a sacrificar su existencia y sus bienes —bien sabían que las cosas no irían tan lejos— para salvaguardar el honor y el poder del zar y de *zemstvos* y dumas. Uno tras otro, los maestros de la universidad se hicieron eco de la declaración de guerra mediante alocuciones en que las florituras del estilo armonizaban con la bizantina necedad de

fondo. No fue una pifia, ni un malentendido. Fue una táctica basada siempre sobre un único principio: el acercamiento cueste lo que cueste. De ahí todos los esfuerzos que se hicieron para ayudar al absolutismo a atravesar las angustias de la reconciliación. Se organizaron, no para combatir a la autocracia, sino para servirla; no se trataba de vencer al gobierno, sino de seducirle. Se aspiraba a merecer su gratitud y su confianza, convirtiéndose en indispensable para él. Esta táctica es tan vieja como el liberalismo ruso y no ha ganado con los años ni en inteligencia, ni en dignidad. Así, desde el comienzo de la guerra, la oposición liberal hizo todo lo necesario para corromper definitivamente la situación. Pero la lógica revolucionaria de los acontecimientos no conocía el descanso. La flota de Port Arthur había sido derrotada, muerto el almirante Makarov, la guerra proseguía ahora en tierra firme —Yalu, Kin-chou, Dachi-chao, Vafangou, Liaoian, Chahe—, nombres todos que decretaron el oprobio de la autocracia. La posición del gobierno era más difícil que nunca. La desmoralización de los gobernantes hacía imposibles toda continuidad de ideas y toda firmeza en la política interior. Las vacilaciones, los intentos de acomodación y de apaciguamiento se hacían inevitables. La muerte de Pleve fue una ocasión favorable para modificar el curso de la política

III

La «primavera[18]» gubernamental debía ser obra del príncipe Sviatopolk-Mirski, antiguo jefe de la gendarmería. ¿Por qué? Él mismo hubiera sido sin duda él último en explicar esta designación.

La figura política de este «hombre de Estado» se dibuja nítidamente en las entrevistas concedidas a los corresponsales de la prensa extranjera para comunicarles su programa:

—«¿Cuál es la opinión del príncipe —pregunta el colaborador de *L'Echo de Paris* — respecto a la opinión pública que reclama para Rusia ministros responsables?

El príncipe sonríe:

—Toda responsabilidad seria artificial y nominal.

—¿Cuál es su punto de vista, príncipe, sobre las cuestiones confesionales?

—Soy enemigo de las persecuciones religiosas, pero con ciertas reservas…

—¿Es cierto que estaría dispuesto a conceder más libertades a los judíos?

—Se alcanzan excelentes resultados con la bondad.

—En general, señor ministro, ¿se declara partidario del progreso?».

Respuesta: el ministro tiene la intención de «conformar sus actos con el espíritu de un progreso amplio y verdadero, *en la medida, al menos, en que ello no contraríe el régimen existente*». ¡Son palabras textuales!

Por otra parte, el príncipe no tomaba en serio ni su propio programa. Es cierto que el cometido «inmediato» de la administración consistiría en asegurar el bien de la

población «confiada a nuestro cuidado»; pero el ministro confesaba al corresponsal americano Thomson que, de hecho, no sabía todavía en qué había de emplear su poder.

«No sería exacto que dijese —declaraba el ministro— que tengo un programa determinado. ¿La cuestión agraria? Sí, sí, sin duda existe sobre este problema una enorme documentación pero no la conozco, por el momento, más que a través de los periódicos».

El príncipe tranquilizaba a Peterhof[19], consolaba a los liberales y concedía a los corresponsales extranjeros seguridades que honraban su corazón, pero comprometían definitivamente su reputación de genio político.

Y esta débil figura de señor, de *barin*, ornada con los cordones de gendarme, estaba llamada —no sólo por Nicolás, sino por la imaginación de los liberales— a costar los grilletes seculares, tan profundamente arraigados en la carne del país.

IV

Todo el mundo parecía haber acogido a Sviatopolk-Mirski con entusiasmo. El príncipe Mescherski, redactor del periódico *Grajdanin* [El ciudadano], escribía que había llegado un día de fiesta para «la inmensa familia de las gentes de bien en Rusia». «La independencia es pariente de la nobleza de carácter —escribía el venerable Suvorin—, y la nobleza de carácter nos es muy necesaria». El príncipe Ujtomski, en *Petersburgskia Viedomosti* [La Información de San Petersburgo], atraía la atención sobre el hecho de que el nuevo ministro «procedía de una antigua línea de príncipes que se remontaba a Rurik por el Monómaco». La *Neue Freie Presse* de Viena señala con satisfacción las cualidades esenciales del príncipe: «humanidad, justicia, objetividad, simpatía hacía las luces de la instrucción». *Birievyia Viedomosti* [La Información de la Bolsa] recuerda que el príncipe sólo tiene cuarenta y siete años y que, por consiguiente, no ha tenido aún tiempo de impregnarse de la rutina burocrática.

Aparecieron entonces relatos en prosa y en verso donde se decía que «estábamos sumidos en un profundo sueño» y que el antiguo comandante del cuerpo de gendarmes nos había despertado con su gesto liberal y nos había indicado las vías «de un acercamiento entre el poder y el pueblo». Cuando se leen todas estas declaraciones, cuando se consideran todas estas efusiones, parece que se respira la estupidez a una presión de veinte atmósferas.

La extrema derecha era la única que no perdía la cabeza en medio de esta «bacanal de entusiasmos liberales». *Moskovskia Viedomosti* [La Información de Moscú] recordaba despiadadamente al príncipe que con la cartera de Pleve había asumido toda la tarea del difunto ministro. «Si nuestros enemigos interiores, en sus imprentas clandestinas, en diversas organizaciones, en las escuelas, en la prensa y en

la calle, con la bomba en las manos, han levantado tan alto la cabeza para marchar al asalto de nuestro Port Arthur interior, eso sólo ha sido posible porque desorientaban a la sociedad y a una determinada fracción de las esferas dirigentes con teorías absolutamente falaces sobre la necesidad de abolir los más sólidos fundamentos del Estado ruso: la autocracia de sus zares, la ortodoxia de su iglesia y el sentimiento nacional de su pueblo».

El príncipe Sviatopolk intentó conservar el justo medio: la autocracia, pero suavizada por la legalidad; la burocracia, pero apoyada sobre las fuerzas sociales. *Novoie Vremia*, que apoyaba al príncipe porque el príncipe estaba en el poder, tomó oficiosamente a su cuenta el papel de mediador político. Las circunstancias eran evidentemente favorables para que eligiese esta actitud.

El ministro, cuyas buenas intenciones no encontraban eco alguno entre la camarilla que dominaba al zar, intentó tímidamente apoyarse sobre los miembros de los *zemstvos*: a este objeto tenía la intención de utilizar la conferencia que se anunciaba y que debía reunir a los representantes de las administraciones locales. *Novoie Vremia* invitaba a los miembros de los *zemstvos* a ejercer una prudente presión desde la izquierda. La animación que se manifestaba entonces en la sociedad y el tono exaltado de la prensa inspiraban, sin embargo, grandes aprensiones en cuanto a los reputados de la conferencia. El 30 de octubre, *Novoie Vremia* se batía resueltamente en retirada. «Por interesantes y constructivas que sean las decisiones que tomen los miembros de la conferencia, no conviene olvidar que, en razón de la composición de esta asamblea y de los medios empleados para reunirla, es perfectamente razonable considerarla oficialmente corno una asamblea privada; sus decisiones no pueden tener sino un carácter puramente académico y no constituyen más que una obligación moral».

A fin de cuentas, la conferencia de los *zemstvos*, que debía ser un punto de apoyo para el ministro «del progreso», fue prohibida por él y se reunió de forma semiclandestina, semilegal, en una residencia privada.

V

Un centenar de miembros reputados de los *zemstvos* —por una mayoría de setenta votos contra treinta—, reclamaba, el 6 y el 8 de noviembre de 1904, las libertades públicas, la inviolabilidad del individuo y una representación popular con participación en el poder legislativo, sin pronunciar empero la palabra sagrada de constitución.

La prensa liberal de Europa elogió con deferencia la discreción llena de tacto de los *zemstvos*: los liberales habían sabido expresar lo que querían decir evitando las palabras que hubieran hecho imposible para el príncipe Sviatopolk la aceptación de sus mociones.

En ello encuentra su verdadera explicación la nueva figura retórica inventada por los *zemstvos*: el silencio. Al formular sus exigencias, los miembros de los *zemstvos* se dirigían exclusivamente a un gobierno con el que tendrían que entenderse; no pensaban para nada en las masas populares a las que hubieran podido llamar en su apoyo.

Elaboraron los diferentes puntos de un compromiso político pero no lemas destinados a conmover a las multitudes, en lo cual permanecían fieles a sí mismos.

«¡La sociedad ha terminado su labor, ahora es al gobierno a quien corresponde actuar!», exclamaba la prensa en tono insinuante y, al mismo tiempo, obsequiosa. El gobierno del príncipe Sviatopolk-Mirski aceptó este llamamiento, este «desafío», y precisamente en razón a la obsequiosa invitación, creyó su deber llamar al orden a la revista liberal *Pravo* [El derecho]. Se prohibió a los periódicos imprimir y discutir las resoluciones de la conferencia de los *zemstvos*. Una modesta suplica del *zemstvo* de Chernigov fue declarada «insolente y desprovista de tacto». La «primavera» gubernamental tocaba a su fin. La «primavera» del liberalismo apenas había comenzado.

La conferencia de los *zemstvos* dio fuerzas al espíritu de oposición «de la sociedad cultivada». El congreso, es cierto, no se hallaba compuesto de representantes oficiales de todos los *zemstvos*; pero se había visto en él a representantes de las administraciones locales y a gran número de hombres «autorizados» a quienes su inercia rutinaria debía justamente conferir peso e importancia. Es cierto también que el congreso no había sido legalizado por la burocracia pero había tenido lugar a la vista y presencia de las autoridades. No es pues extraño que los intelectuales, reducidos por las fuertes lecciones que habían recibido al último grado de timidez, creyeran entonces que sus aspiraciones de constitución, los sueños secretos de sus insomnios, habían recibido, gracias a las resoluciones de este congreso semioficial, una sanción semilegal. Y nada podía dar más ánimos a la humillada sociedad liberal que la idea, por ilusoria que fuese, de apoyarse en la legalidad para sus gestiones. Fue aquél un período de banquetes, mociones, declaraciones, protestas, memorias y peticiones. Todas las corporaciones imaginables, todas las asambleas, partiendo de sus necesidades profesionales, de incidentes regionales, solemnidades o jubileos, terminaban por formular las exigencias constitucionales que contenían «los 11 puntos» ya famosos de la resolución adoptada por la conferencia de los *zemstvos*. ¡La democracia se apresuraba a formar un coro en torno a los corifeos del *zemstvo* para resaltar mejor la importancia de sus decisiones y reforzar su acción sobre la burocracia! Toda la tarea política del momento, para la sociedad liberal, consistía en presionar sobre el gobierno, colocándose a espaldas de los miembros del *zemstvo*. En los primeros tiempos, se creyó que las mociones bastarían para, como un torpedo, hacer saltar por el aire la burocracia. Pero nada semejante sucedió. Nos acostumbramos a las mociones; los mismos que las escribían y aquellos contra quienes estaban dirigidas

dejaron de prestarles atención. La voz de la prensa, a la que el ministerio de la confianza interior ahogaba más y más, manifestaba una irritación sin objeto… Al mismo tiempo la oposición comienza a dividirse. En los banquetes se ve aparecer con frecuencia cada vez mayor a figuras inquietas, rudas, intolerantes, radicales: esta vez es un intelectual, otra un obrero. Denuncian la actitud equívoca de los *zemstvos* y exigen de la sociedad cultivada consignas claras y una táctica determinada. Se les hacen señales para imponerles silencio, para calmarles, se les adula, se les ataca, se les tapa la boca, son acariciados y, finalmente, expulsados; pero realizan su labor, empujan a los elementos intelectuales de izquierda en la vía revolucionaria.

Mientras que el ala derecha de la «sociedad», vinculada, por intereses materiales o por las ideas, al liberalismo censitario, se encargaba de mostrar la moderación y el carácter leal de las mociones del congreso y apelaba al sentido político del príncipe Sviatopolk, los intelectuales radicales y principalmente los estudiantes, se unían a la campaña de noviembre con el fin de sacarla del atolladero en que estaba atascada, darle un carácter más combativo y vincularla al movimiento revolucionario de los obreros en las ciudades. Es así como se produjeron dos grandes manifestaciones en la calle: la de San Petersburgo, el 28 de noviembre, y la de Moscú, los días 5 y 6 de diciembre. Estas demostraciones eran para los «hijos» radicales la conclusión directa y necesaria de las consignas lanzadas por los «padres» liberales: puesto que se había decidido reclamar un régimen constitucional, había que comprometerse en la lucha. Pero los «padres» no mostraban intención alguna de seguir las ideas políticas con tanta perseverancia. Bien al contrario, creyeron su deber mostrarse asustados: demasiada prisa, demasiada fogosidad, podrían romper la frágil tela de araña de la confianza. Los «padres» no apoyaron a los «hijos»; los abandonaron a los cosacos y a la gendarmería del príncipe liberal.

Los estudiantes no fueron apoyados tampoco por los obreros. En esto se reveló claramente el carácter estrecho de la campaña de los banquetes de noviembre y diciembre de 1904; el proletariado no se unió a ella más que a través de su poco considerable élite; los «verdaderos obreros», cuya aparición engendraba a un tiempo temores hostiles y curiosidad, no se mostraron en las reuniones de este período sino en corto número. La profunda evolución que se efectuaba entonces en la conciencia de las masas no tenía, lógicamente, nada en común con las demostraciones apresuradas de la juventud revolucionaria. Así los estudiantes fueron, a fin de cuentas, abandonados casi exclusivamente a sus propias fuerzas.

Sin embargo todas estas manifestaciones, tras el largo silencio político que la guerra había causado, en la grave situación interior que había sido consecuencia del desastre militar, estas demostraciones puramente políticas en las capitales, cuya noticia se transmitía por el telégrafo al mundo entero, produjeron, en tanto que síntoma, una impresión mucho más fuerte sobre el gobierno que lo hubieran podido hacer las sesudas amonestaciones de la prensa liberal… El gobierno se desperezó, volvió en sí y se apresuró a tomar posición.

VI

A la campaña constitucional que se iniciara con la reunión de unas decenas de miembros de los *zemstvos* en la residencia suntuosa de Korsakov y que se había cerrado con el envío de unas decenas de estudiantes a las comisarías de policía de San Petersburgo y Moscú, el gobierno respondió de dos maneras con un ukase de reforma y con una «comunicación» policial. El ukase imperial del 12 de diciembre de 1904, que ha quedado como el fruto más maduro de la política primaveral «de confianza», plantea como condición *sine qua non* de las reformas ulteriores la intangibilidad de las leyes fundamentales del imperio. En su conjunto, el ukase reproducía las entrevistas plenas de benevolencia y reservas del príncipe Sviatopolk con los corresponsales extranjeros. Esto es bastante para fijar su valor. Había una claridad política mucho mayor en la comunicación gubernamental que apareció dos días después del ukase. Este documento caracteriza al congreso de noviembre como la fuente original de un movimiento extraño al pueblo ruso y hace observar a las municipalidades y a los *zemstvos* que al deliberar sobre las resoluciones de la conferencia de noviembre contravienen la ley. El gobierno recuerda además que su deber legal consiste en defender el orden en el Estado y garantizar la seguridad pública; por consiguiente, todas las reuniones de carácter antigubernamental serán disueltas por todos los medios legales de que disponen las autoridades. Si el príncipe tuvo poco éxito en regenerar pacíficamente el país, realizaba con notable fortuna el encargo más general para el que la historia le había colocado a la cabeza del gobierno: la destrucción de las ilusiones políticas y los prejuicios de la clase media.

El período de Sviatopolk-Mirski, que se abrió a los sones alegres de la trompeta y fue clausurado con el silbido de la *nagaika* [látigo de los cosacos], tuvo por resultado final excitar el odio del absolutismo hasta un grado desconocido entre todos los elementos más o menos conscientes de la población. Los intereses políticos tomaron una forma más determinada, el descontento ganó en profundidad y se convirtió en una especie de principio. El pensamiento de ayer, todavía primitivo, se vierte hoy con avidez sobre el trabajo de análisis político. Todos los fenómenos del mal público y de la arbitrariedad gubernamental son por fin considerados en sus causas originales. Las enseñas revolucionarias no asustan ya a nadie; por el contrario, encuentran el eco de miles de voces, se transforman en dichos populares. Como una esponja absorbe un líquido, la conciencia social se impregna de toda palabra de negación, de acusación o de maldición dirigida al absolutismo. El gobierno no puede ya hacer nada impunemente. Cada torpeza es cargada rápidamente en su cuenta. Sus coqueteos con la opinión sólo incitan a la burla, sus amenazas engendran odio. Es cierto que el ministerio del príncipe Sviatopolk había concedido algunas facilidades a la prensa pero los intereses de ésta sobrepasaban ya con mucho la condescendencia de la Dirección de Asuntos de prensa. Otro tanto sucedía en los restantes dominios: la semilibertad otorgada por gracia no irritaba menos que la esclavitud absoluta. Tal es,

en general, la suerte de las concesiones en las épocas revolucionarías: no pueden satisfacer pero suscitan nuevas exigencias. Estas pretensiones eran formuladas altivamente en prensa, en las asambleas, en los congresos, e irritaban, a vez, al poder que perdía rápidamente toda «confianza» y recurría a la represión. Por la fuerza se disolvían reuniones y congresos, llovían los golpes sobre la prensa, eran perseguidas manifestaciones con brutalidad despiadada. Finalmente, como para ayudar a todos a conocer definitivamente el peso especifico del ukase del 12 de diciembre, el príncipe Sviatopolk publicó, el 31 de diciembre, una circular en la que explicaba que la revisión del reglamento sobre los campesinos, anunciado por el ukase liberal, se efectuaría según el proyecto de Pleve. Fue el último acto gubernamental de 1904. 1905 se abrió con acontecimientos que establecieron un corte fatal entre el pasado el presente. Subrayaron con un trazo sangriento la época de la «primavera», período en que la conciencia política del país había vivido su infancia. El príncipe Sviatopolk, su bondad, sus planes, su confianza, sus circulares, todo fue echado atrás, todo olvidado.

VI. El 9 de enero

El jefe de los *Strelitz*
—Gran Soberano,
No podemos retener al pueblo.
Fuerza las puertas, grita:
«Queremos hablar con el zar Boris».
«Queremos ver al zar Boris».
Boris
—Ábranse las puertas de par en par:
Entre el pueblo ruso y su zar
no hay barrera alguna.

L. Tolstoi, *El zar Boris*

I

«Soberano, nosotros, los obreros, nuestras mujeres y nuestros débiles ancianos, nuestros padres, hemos venido a ti, soberano, para pedir justicia y protección. Estamos reducidos a la miseria, somos oprimidos, abrumados con un trabajo superior a nuestras fuerzas, injuriados, no se quiere reconocer en nosotros a hombres, somos tratados como esclavos que deben sufrir su suerte y callar. Hemos esperado con paciencia, pero se nos precipita cada vez más en el abismo de la indigencia, la servidumbre y la ignorancia. El despotismo y la arbitrariedad nos aplastan, nos ahogamos. ¡Las fuerzas nos faltan, soberano! Se ha alcanzado el límite de la paciencia; para nosotros, éste es el terrible momento en que la muerte vale más que la prolongación de insoportables tormentos».

Tales son los acentos solemnes en los que resuena la amenaza de los proletarios a través de la súplica de los súbditos; tal es el comienzo de la famosa petición de los obreros de San Petersburgo. Relataba todas las persecuciones y todas las injurias que el pueblo sufría. Enumeraba todo: desde las corrientes de aire que atravesaban las fábricas hasta la servidumbre política del país. Solicitaba la amnistía, las libertades públicas, la separación de la Iglesia y el Estado, la jornada de ocho horas, el salario normal y la cesión progresiva de la tierra al pueblo. Pero, ante todo, exigía la convocatoria de una Asamblea constituyente, elegida por sufragio universal no censitario.

«Éstas son, soberano —concluía la petición— las principales necesidades que te sometemos. Ordena y jura satisfacerlas y harás a Rusia fuerte y gloriosa, grabarás tu nombre en nuestros corazones, en los corazones de nuestros hijos y nietos, para siempre. Si rehúsas escuchar nuestra súplica, moriremos aquí, en esta plaza, delante

de tu palacio. No existe otra salida para nosotros, carecemos de motivo alguno para buscarla en otro lugar. Ante nosotros sólo quedan dos caminos: o hacia la libertad y la felicidad, o hacia la tumba. Muéstranos, soberano, el que debemos elegir; lo seguiremos sin replicar, aun cuando fuera el camino de la muerte. Sacrifíquese nuestra vida por la Rusia agotada en los tormentos. No lamentaremos este sacrificio; lo ofreceremos voluntariamente».

Y efectivamente lo ofrecieron.

La petición de los obreros oponía a la fraseología confusa de las resoluciones liberales los términos precisos de la democracia política; además, introducía el espíritu de clase al exigir el derecho de huelga y la jornada de ocho horas. Su significación política no reside empero en el texto, sino en el hecho. La petición servía de prólogo a una acción que había de unir a las masas obreras ante el fantasma de una monarquía idealizada, con el resultado de oponer inmediatamente al proletariado y la monarquía real como enemigos mortales.

La marcha de los acontecimientos ha quedado en todas las memorias. Los incidentes se sucedieron, durante algunos días, con una notable moderación, persiguiendo siempre el mismo objetivo. El 3 de enero, estalló la huelga en la fábrica Putílov. El 7 de enero, el número de huelguistas se elevaba a 140 000. La huelga alcanzó su apogeo el 10 de enero. El 13 se volvió al trabajo. De suerte que estamos en presencia de un movimiento antes que nada económico que tiene por causa un motivo ocasional. El movimiento se extiende, arrastra a decenas de millares de obreros y se transforma por consiguiente en un acontecimiento político. A la cabeza del movimiento se encuentra la «sociedad de obreros de talleres y fábricas», organización de origen policial. Los radicales, cuya política de banquetes ha entrado en un callejón sin salida, arden de impaciencia. Se hallan descontentos por el carácter puramente económico de la huelga y empujan hacia adelante al conductor del movimiento, Gapón. El cual se compromete en la vía política y encuentra, en las masas obreras, tal desbordamiento de descontento, irritación y energía revolucionaria que los planes de sus inspiradores se pierden y ahogan en él. La socialdemocracia pasa a primer plano. Es acogida con manifestaciones hostiles, pero pronto se adapta a su auditorio y le subyuga. Sus enseñas se convierten en las de la masa y quedan fijadas en la petición.

El gobierno se oculta. ¿Por qué razón? ¿Perfidia? ¿Provocación? ¿O bien miserable confusión? Una cosa y otra. Los burócratas, en torno al príncipe Sviatopolsk, permanecen estúpidos, sin saber qué hacer. La banda de Trépov, que se había apresurado a poner fin a la «primavera» y que, por consiguiente, había preparado conscientemente una matanza, permite a los acontecimientos desarrollarse hasta su final lógico. El telégrafo tuvo plena libertad de informar al mundo entero respecto a etapas recorridas por la huelga de enero. El último portero de París sabía con tres días de antelación que en San Petersburgo, el domingo 9 de enero, a las dos de la tarde, debía estallar la revolución. Y el gobierno ruso no hizo nada para impedir la efusión de sangre.

En las once secciones de la «Sociedad» obrera, las reuniones proseguían sin interrupción. Se elaboraba, se redactaba la petición y se deliberaba sobre el plan de un cortejo que avanzaría hacia el palacio. Gapón corría en coche de una sección a otra, los agitadores de la socialdemocracia habían perdido la voz a fuerza de hablar y caían extenuados. La policía no se mezclaba en nada. No existía.

De acuerdo con la resolución adoptada en común, el avance hacia el palacio fue pacífico: no se cantaba, ni se llevaban banderas, ni se pronunciaban discursos. Los manifestantes iban endomingados. En algunas partes de la ciudad llevaban iconos y oriflamas. En todas partes tropezaron con las tropas. Suplicaron al ejército que concediese el paso, imploraron, intentando rodear los destacamentos o atravesarlos. Los soldados dispararon durante toda la jornada. Los muertos se contaron por cientos, los heridos por miles. No pudo establecerse su número exacto pues la policía retiraba los cadáveres durante la noche, haciéndolos desaparecer secretamente.

A medianoche, el 9 de enero, escribía Grigory Gapón: «A los soldados y a los oficiales que asesinan a nuestros hermanos inocentes, a sus mujeres y a sus hijos, a todos los opresores del pueblo: mi maldición pastoral. A los soldados que ayuden al pueblo a obtener la libertad, mi bendición. Les eximo de su juramento de soldados hacia el zar traidor que ha ordenado verter sangre inocente…»

La historia se sirvió del plan fantástico de Gapón para llegar a sus fines y no le quedaba al clérigo sino sancionar con la autoridad sacerdotal sus conclusiones revolucionarias.

El 11 de enero, en la sesión del consejo de ministros, Witte, que no disfrutaba entonces de poder real alguno, propuso una deliberación sobre los acontecimientos del 9 de enero y la adopción de medidas «para prevenir en el futuro tan deplorables incidentes». La propuesta de Witte fue rechazada por «no entrar en la competencia del consejo y no estar inscrita en el orden del día de la sesión». El consejo de ministros pasó por encima del comienzo de la revolución rusa porque esta revolución no estaba inscrita en el orden del día de su sesión.

II

La histórica manifestación del 9 de enero se presentó bajo un aspecto que nadie, lógicamente, hubiera podido prever. El sacerdote a quien la historia había puesto a la cabeza de la masa obrera, durante algunos días, de manera tan inesperada, marcó los acontecimientos con el sello de su personalidad, de sus opiniones, de su dignidad eclesiástica. Y estas apariencias disimularon, ante los ojos de muchas personas, el sentido real de los acontecimientos. Pero la significación esencial del 9 de enero no reside en el cortejo simbólico que avanzó hacia el palacio de invierno. La sotana de Gapón era algo accesorio. El verdadero actor fue el proletariado. Comienza por una huelga, se unifica, formula exigencias políticas, baja a la calle, atrae hacia sí todas las

simpatías, todo el entusiasmo de la población, choca con la fuerza armada y abre la revolución rusa. Gapón no creó la energía revolucionaria de los obreros petersburgueses, se limitó a descubrirla, sin haberla sospechado. Hijo de un clérigo, seminarista más tarde, estudiante de la academia eclesiástica, capellán de una prisión, agitador entre los obreros con la autorización benévola de la policía, se encontró de pronto a la cabeza de una multitud cuyos componentes eran cientos de miles. Su situación oficial, su sotana, la exaltación de las masas poco conscientes y la rapidez fabulosa de los acontecimientos habían hecho de Gapón «un líder».

Hombre de imaginación desordenada, con visos de aventurero, meridional sanguíneo con un sesgo de bribón, completamente ignaro en las cuestiones sociales, Gapón era tan poco capaz de regular los acontecimientos como de preverlos. Los acontecimientos le arrastraban.

Durante mucho tiempo la sociedad liberal creyó que en la personalidad de Gapón se escondía todo el misterio del 9 de enero. Se le oponía a la socialdemocracia como jefe político que poseyera el secreto de seducir a las masas, mientras que los socialdemócratas no formaban, según se decía, más que una secta de doctrinarios. Olvidábase por lo demás que el 9 de enero no hubiera llegado de no haber encontrado Gapón en su camino varios miles de obreros conscientes que pasaron antes por la escuela socialista, los cuales le cercaron enseguida en un anillo de hierro del que no hubiera logrado escapar de haberlo pretendido. Pero ni siquiera lo intentó. Hipnotizado por su propio éxito, se dejó llevar por la marea creciente.

Sin embargo, si desde el día siguiente al Domingo sangriento comprendíamos que el papel político de Gapón se subordinaba absolutamente a los hechos, sobrestimábamos todavía sus cualidades personales. En la aureola de su cólera pastoral, con la maldición en los labios, se nos aparecía de lejos como una figura de estilo casi bíblico. Hubiérase dicho que las poderosas pasiones revolucionarias se habían despertado en el pecho de un joven sacerdote, capellán de la prisión central de San Petersburgo. ¿Qué es lo que vimos después? Cuando la llama descendió, Gapón quedó al descubierto ante nosotros, en su nulidad política y moral. Las actitudes que afectó ante la Europa socialista, sus enclenques escritos «revolucionarios», fechados en el extranjero, simples y groseros, su llegada a Rusia, sus relaciones clandestinas con el gobierno, los denarios de Witte, sus entrevistas pretenciosas y absurdas con los representantes de los periódicos conservadores, su conducta ruidosa, sus fanfarronadas y, finalmente, la miserable traición que fue causa de su pérdida, todo destruyó definitivamente la idea que nos habíamos formado de Gapón el 9 de enero. Involuntariamente recordamos las penetrantes palabras de Víctor Adler, jefe de la socialdemocracia austriaca, quien, al recibir el primer telegrama sobre la estancia de Gapón en el extranjero, declaró: «Lástima… Para su fama en la historia hubiese sido mejor que desapareciera misteriosamente como había venido. Se conservaría la hermosa leyenda romántica de un sacerdote que abrió las esclusas de la revolución rusa… Hay hombres —añadía Adler, con la fina ironía que le caracteriza— que están

mejor entre los mártires que entre los camaradas de partido…».

III

«No existe todavía un pueblo revolucionario en Rusia». Eso escribía Struve, en el órgano que publicaba en el extranjero bajo el título de *Emancipación*, el 7 de enero de 1905, es decir, dos días antes de que los regimientos de la guardia aplastasen la manifestación de los obreros petersburgueses.

«No existe un pueblo revolucionario en Rusia», declaraba por la boca de un renegado socialista el liberalismo ruso que, durante un período de tres meses, en sus banquetes, había adquirido la convicción de ser el principal personaje en el escenario político. Y esta declaración no había tenido tiempo de llegar hasta Rusia cuando ya el telégrafo transmitía a todos los puntos del mundo la gran noticia del comienzo de la revolución rusa…

La esperábamos, no dudábamos de ella. Había sido para nosotros, durante largos años, una simple deducción de nuestra «doctrina» que excitaba las burlas de todos los cretinos de todos los matices políticos. No creían en la eficacia de las peticiones de los *zemstvos*, en Witte, en Sviatopolsk-Mirski, en cajas de dinamita… No había prejuicio político que no aceptasen a ojos cerrados. Sólo la fe en el proletariado les parecía un prejuicio.

No solamente Struve, sino toda «la sociedad cultivada» al servicio de la cual había pasado, se encontraron sorprendidos de improviso. Fue con miradas de espanto y de impotencia como observaron, desde sus ventanas, el drama histórico que se desarrollaba. La intervención de los intelectuales en los acontecimientos tuvo un carácter verdaderamente lastimoso y nulo. Una diputación, compuesta de unos cuantos literatos y profesores, visitó al príncipe Sviatopolsk-Mirski y al conde Witte, «con la esperanza —explicaba la prensa liberal— de esclarecer la cuestión de tal manera que no fuese preciso el empleo de la fuerza armada». Una montaña marchaba contra otra montaña y un puñado de demócratas creía que sería suficiente con pudrirse en las antecámaras de dos ministerios para eludir lo inevitable. Sviatopolsk se negó a recibir la diputación; Witte abrió los brazos en señal de angustia. A continuación, como si se hubiese querido, con una frescura digna de Shakespeare, introducir los elementos de la farsa en la mayor de las tragedias, la policía declaró que la desgraciada diputación era «un gobierno provisional» y la envió a la fortaleza de pedro y pablo. Pero, en la conciencia de los intelectuales, en esta informe mancha de niebla, las jornadas de enero dejaron un surco bien marcado. Para un tiempo indeterminado, archivaron nuestro liberalismo tradicional con su única ventaja: la fe en un feliz cambio de las figuras gubernamentales. El estúpido reinado de Sviatopolsk-Mirski fue, para tal liberalismo, la época de apogeo. El ukase de reforma del 12 de diciembre fue su fruto más maduro. Pero el 9 de enero barrió «la

primavera», a la que sustituyó por la dictadura militar y la omnipotencia del inolvidable general Trépov, a quien la oposición liberal acababa justamente de descolgar del puesto de jefe de policía en Moscú. Al mismo tiempo se dibujaba nítidamente, en la sociedad liberal, la escisión entre la democracia y la oposición censitaria. La manifestación de los obreros dio más peso a los elementos radicales de la *intelligentsia*, así como, anteriormente, la manifestación de los *zemstvos* había sido una baza en manos de los elementos oportunistas. Para el ala izquierda de la oposición, la cuestión de la libertad política se presentó finalmente bajo su aspecto real, como una cuestión de lucha, de preponderancia de fuerzas, de ímpetu por parte de las robustas masas populares. Y, al mismo tiempo, el proletariado revolucionario, todavía ayer «ficción política» de los marxistas, se convertía hoy en una poderosa realidad.

«¿Es ahora —escribía el influyente semanario liberal *Pravo* [El Derecho]—, después de las sangrientas jornadas de enero, cuando puede ponerse en duda la idea de la misión histórica del proletariado urbano de Rusia? Evidentemente, esta cuestión, al menos para el momento histórico actual, está resuelta y, no para nosotros, sino para los obreros, que en estas memorables jornadas de horror sangriento, han inscrito sus nombres en el libro de oro del movimiento social ruso». Entre el artículo de Struve y las líneas que acabamos de citar había un intervalo de una semana, y, sin embargo, es toda una época histórica la que los separa.

IV

El 9 de enero marca un giro en la conciencia política de la burguesía capitalista.

Si, en los últimos años anteriores a la revolución, a despecho del capital, se creó toda una escuela de demagogia gubernamental (por los procedimientos del célebre Zubátov) que provocaba a los obreros a conflictos económicos con los fabricantes, con el objeto de desviarlos de todo conflicto con el poder gubernamental, en adelante, a partir del Domingo Sangriento, la marcha normal de la vida industrial se interrumpió completamente. La producción sólo se efectuaba a saltos, en los intervalos que subsistían entre las perturbaciones. Los fantásticos beneficios realizados sobre los aprovisionamientos de guerra, en lugar de volver a la industria que sufría una crisis, enriquecían a un pequeño número de aves de rapiña privilegiadas, en situación de monopolio; el capital no podía pues resignarse a ver el crecimiento progresivo de la anarquía interior. Las diferentes ramas de la industria pasan a la oposición una tras otra. Las sociedades de agentes de bolsa, los congresos industriales, los llamados «despachos de consulta», que no son sino sindicatos disfrazados, y las restantes organizaciones del capital que, todavía ayer, conservaban su virginidad política, votaban hoy órdenes del día de desafío frente a la autocracia policiaca y se expresaban con el lenguaje del liberalismo. El comerciante de la ciudad

mostraba bien que, estando en la oposición, no cedería en nada al propietario «instruido». Las dumas, no contentas con unirse a los *zemstvos*, se adelantaban a ellos; la Duma de Moscú, compuesta en efecto de comerciantes, ocupó en esta época la posición más avanzada.

La lucha entre las diferentes ramas del capital que tratan de atraerse las gracias y los favores del Ministerio de Hacienda, retrocede provisionalmente ante la necesidad que se siente en general de renovar el régimen gubernamental y el derecho civil. En lugar de las sencillas nociones de concesión y subvención, o bien a su lado, aparecen ideas más complejas: desarrollo de las fuerzas productivas, ampliación del mercado interior. Al lado de estos pensamientos esenciales, todas las peticiones, las notas y las resoluciones de los empresarios organizados expresan la grave preocupación que tienen de apaciguar a las masas obreras y campesinas. El capital ha perdido la ilusión respecto a las virtudes curativas de la represión policiaca que, al golpear al obrero, alcanza el bolsillo del industrial; el capital llega a la solemne conclusión de que la marcha pacífica de la explotación capitalista exige un régimen liberal. «¡Tú también, Bruto!», exclama la prensa reaccionaria, cuando ve a los comerciantes de Moscú, a los Antiguos Creyentes, conservadores de la antigua piedad, trabajar con sus manos en el apuntalamiento de las plataformas constitucionales. Pero este clamor no detiene al Bruto de la industria textil. Ha de seguir la curva de su evolución política para, a final de año, en el momento en que alcance su cenit el movimiento proletario, volver a refugiarse bajo la égida secular, una e indivisible, de la *nagaika*.

V

Pero la matanza de enero tuvo una influencia especialmente notable y profunda sobre el proletariado de toda Rusia. De un extremo a otro del país corrió una oleada grandiosa de huelgas que estremecieron el cuerpo de la nación. Según un cálculo aproximado, la huelga se extendió a 122 ciudades y localidades, a varias minas del Donetz y a diez compañías de ferrocarriles. Las masas proletarias fueron removidas hasta sus cimientos. El movimiento arrastró a un millón de almas. Sin tener un plan determinado, incluso frecuentemente sin formular exigencia alguna, interrumpiéndose y comenzando de nuevo, guiada sólo por el instinto de solidaridad, la huelga reinó en el país por espacio de unos dos meses.

En lo más fuerte de esta tempestad, en febrero de 1905, escribíamos: «Después del 9 de enero, la revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo, oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos; ha llegado a hacer abiertamente, con prisa, el llamamiento de sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa se halla constituida por el proletariado; por eso la revolución procede al llamamiento de sus soldados mediante la huelga.

»Una tras otra, las profesiones, las fábricas, las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento, las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Son formuladas exigencias económicas, satisfechas casi de inmediato, en todo o en parte. Pero ni el comienzo de la huelga, ni su término dependen exclusivamente de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen. La huelga comienza, no porque la lucha económica haya llegado a exigencias determinadas, sino, por el contrario, al hacerse una selección de exigencias que se formulan porque se tiene necesidad de la huelga. Existe la necesidad de comprobar por sí mismo, por el proletariado de otros lugares y, en fin, por el pueblo entero, las fuerzas que se han acumulado, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución. Los propios huelguistas y quienes los apoyan, y quienes por ellos sienten simpatía, y los que les temen, y los que les odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta furiosa huelga que corre locamente de un lugar a otro, recupera su impulso y pasa como un torbellino; todos comprenden o sienten que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía. Sobre el campo de operaciones de la huelga, es decir, sobre toda la extensión del país, está suspendida una fuerza amenazadora, siniestra, cargada de una insolente temeridad.

»Tras el 9 de enero, la revolución no conoce descanso. Sin preocuparse ya de guardar los secretos de su estrategia, abierta y ruidosamente, echando por tierra las rutinas habituales, desembarazándose de toda hipnosis, nos conduce hacia su apogeo».

VII. La huelga de octubre

—¿Así que usted piensa que la revolución avanza?
—¡Avanza!

Novoie Vremia, 5 de mayo de 1905

¡*Aquí está*!

Novoie Vremia, 14 de octubre de 1905

I

Asambleas populares absolutamente libres entre los muros de las universidades, mientras que en la calle reina sin límites Trépov: he ahí una de las paradojas más sorprendentes de la evolución política y revolucionaria durante el otoño de 1905. Un general viejo e ignorante, Glazov, nombrado no se sabe por qué ministro de Instrucción Pública, creó —para su propia sorpresa— estas islas de libertad de palabra. Los profesores liberales elevaban protestas: la universidad pertenece a la ciencia, la calle no tienen nada que hacer en los claustros universitarios. El príncipe Serguei Trubetskoi murió con esta verdad en los labios, pero las puertas de la universidad permanecieron abiertas de par en par durante varias semanas. «El pueblo» llenaba los pasillos, las aulas y las salas. Los obreros iban directamente de la fábrica a la universidad. Las autoridades estaban desconcertadas. Podían detener, arrastrar y fusilar a los obreros en tanto que éstos se encontraban en la calle o en sus casas pero en cuanto el obrero había traspasado el umbral de la universidad su persona se convertía en inviolable. Así, las masas recibieron una lección de experiencia que les demostraba las ventajas del derecho constitucional sobre el derecho autocrático.

El 30 de septiembre tuvieron lugar las primeras asambleas populares en las universidades de San Petersburgo y Kiev. La agencia telegráfica describe con horror el público que se había amontonado en el paraninfo de la universidad de San Vladimiro. Según los telegramas, se veía en esta multitud, entre los estudiantes, gran número «de personas de ambos sexos venidas del exterior, alumnos de enseñanza secundaria, adolescentes de las escuelas privadas, obreros, un amasijo de gentes de toda especie y pordioseros».

La palabra revolucionaria había salido de los subterráneos y resonaba en las salas de conferencias, en los pasillos y los patios de la universidad. La masa se impregnaba con avidez de las divisas de la revolución, tan hermosas en su sencillez. Una multitud no organizada, reunida por azar, que, para los imbéciles de la burocracia y los

aventureros del periodismo reaccionario, no era más que «un amasijo de gentes de toda especie», manifestaba una disciplina moral y un instinto político que arrancaron exclamaciones admirativas incluso a los publicistas burgueses.

«¿Saben lo que más me ha sorprendido en la reunión de la universidad?, escribía un cronista del periódico *Russ* [Rusia]. El orden maravilloso, ejemplar, que reinaba. Se había anunciado una suspensión en la sala de sesiones y me fui a merodear al pasillo. El pasillo de la universidad es ahora toda la calle. Todas las aulas que daban al pasillo estaban llenas de gente; se celebraban en ellas reuniones particulares, por fracciones. El propio corredor estaba atestado, la multitud iba y venía. Algunos estaban sentados en los bordes de las ventanas, en los bancos, en los arcones. Se fumaba. Se charlaba a media voz. Hubiera creído estar asistiendo a una "reunión" pero la asamblea era más numerosa y más seria que en las recepciones al uso. Y sin embargo, allí estaba el pueblo, el verdadero pueblo, el pueblo de manos rojas y totalmente agrietadas por el trabajo, con el color terroso que tienen quienes pasan su vida en locales cerrados y malsanos. Y todos los ojos brillaban, hundidos en las órbitas… Para estos hombres de talla pequeña, delgados, mal nutridos, que habían llegado de la fábrica o de la factoría, del taller en que se templa el acero, donde se derrite el arrabio, donde sofocan el calor y el humo, para todos ellos la universidad era un templo, de altas murallas, amplios espacios, donde resplandecía el color blanco. Y toda palabra que se pronunciase aquí tenía los acentos de una oración… La curiosidad despertada, como una esponja, absorbe cualquier [?] doctrina».

No, la multitud inspirada no absorbía en sí cualquier doctrina. Hubiéramos querido ver tomar la palabra ante ella a estos atrevidos de la reacción que pretenden que entre los partidos extremistas y la masa no hay solidaridad alguna. No se atrevieron. Permanecieron confinados en sus madrigueras, esperando una tregua para calumniar lo pasado. Pero no sólo ellos se abstuvieron: los políticos y los oradores del liberalismo no se mostraron tampoco ante el inmenso y moviente auditorio. Los oradores de la revolución reinaban aquí sin competencia. La socialdemocracia reunía a los innumerables átomos del pueblo mediante la fusión viva, la conjunción indestructible de las ideas políticas. Traducía las grandes pasiones sociales de las masas en el lenguaje acabado de los lemas revolucionarios. La multitud que salía de la universidad no se parecía ya a la que antes entraba en ella… Tenían lugar reuniones todos los días. Entre los obreros los espíritus se exaltaban cada vez más pero el partido no lanzaba llamamiento alguno. Contábase con hacer una manifestación general mucho más tarde, para el aniversario del 9 de enero y la convocatoria de la Duma de Estado que debía reunirse el 10. El sindicato de ferroviarios amenazaba con detener el paso a los diputados reaccionarios que quisieran dirigirse a San Petersburgo. Pero los acontecimientos se precipitaron, adelantándose a toda previsión.

II

El 19 de septiembre, los cajistas de la imprenta Sitin, en Moscú, se pusieron en huelga. Exigían una disminución de las horas de trabajo y un aumento del salario a destajo basado en mil caracteres, incluidos los signos de puntuación: este pequeño acontecimiento no tuvo otro resultado, ni más ni menos, que abrir la huelga política general de toda Rusia; se comenzaba por los signos de puntuación y se debía, a fin de cuentas, echar abajo el absolutismo.

La huelga de Sitin fue aprovechada, como se lamenta en su informe el departamento de policía, por una asociación no autorizada que se titulada «Unión de obreros tipolitógrafos de Moscú». En la tarde del 24, cincuenta imprentas se hallaban ya en huelga. El 25 de septiembre, en una reunión autorizada por el *gradonatchalnik* [prefecto de policía de la ciudad], se elaboró un programa de reivindicaciones. El *gradonatchalnik* atribuyó este programa a «la arbitrariedad del Consejo [Sóviet] de diputados de los tipógrafos» y, en nombre de la «independencia» individual de los obreros, a la que amenazaba la voluntad proletaria, el sátrapa intentó aplastar la huelga con todos sus medios.

Pero el movimiento que había comenzado por una cuestión de puntuación ganaba ya a otras ramas de la industria. Los panaderos de Moscú dejaron las artesas y se obstinaron en su resistencia, hasta el punto que dos escuadrones [*sotnias*] del Primer Regimiento de cosacos del Don se vieron obligados, con la bravura aventurera que caracteriza a este arma insigne, a tomar por asalto la panificadora Filipov. El primero de octubre se telegrafiaba de Moscú que la huelga estaba en declive en las fábricas y factorías pero no era más que un descanso.

El 2 de octubre, los cajistas de las imprentas de San Petersburgo decidieron probar su solidaridad con los camaradas de Moscú mediante una huelga de tres días. Se telegrafía de Moscú que «la huelga continúa» en las fábricas. No hubo desórdenes en las calles: el mejor aliado de la policía fue, en esta ocasión, una lluvia torrencial.

Los ferrocarriles, que habían de desempeñar un papel tan considerable en la lucha de octubre, dan entonces un primer aviso. El 30 de septiembre comenzó la agitación en los talleres de las líneas de Kursk y de Kazán. Estas dos vías estaban preparadas para abrir la campaña el primero de octubre. El sindicato las retuvo. Fundándose en la experiencia de las huelgas de empalmes de febrero, abril y julio, preparaba la huelga general de los ferrocarriles para el momento de convocatoria de la Duma; en aquel momento se oponía a toda acción separada pero la fermentación no se apaciguaba. El 20 de septiembre se había inaugurado en San Petersburgo la «conferencia» oficial de los representantes ferroviarios, en relación a las cajas de retiro. La conferencia tomó sobre sí la ampliación de sus poderes y, con el aplauso de todos los ferroviarios, se transformó en un congreso independiente, sindical y político. De todas partes llegaron felicitaciones al congreso. La agitación crecía. La idea de una huelga general inmediata sobre los ferrocarriles comenzaba a abrirse paso en el radio de Moscú.

El 3 de octubre, el teléfono nos anuncia de Moscú que la huelga en las fábricas y las factorías disminuye poco a poco. En la línea de Moscú-Brest, donde los talleres habían dejado de trabajar, se aprecia un movimiento en favor de la vuelta al trabajo. La huelga no era todavía decidida. Reflexionaba, vacilaba.

La asamblea de diputados obreros de las corporaciones de la imprenta, de la mecánica, de la carpintería, el tabaco y otras ramas, adoptó la resolución de constituir un consejo [sóviet] general de los obreros de Moscú.

En las jornadas que siguieron, todo parece ir hacia el apaciguamiento. La huelga de Riga había concluido. En los días 4 y 5 volvieron al trabajo en todas las imprentas de Moscú. Salieron los periódicos. Un día más tarde aparecían los periódicos de Saratov, después de una semana; nada pues parecía anunciar los acontecimientos.

En la reunión universitaria de San Petersburgo, el 5, una resolución invita a los obreros a dejar las huelgas, «por espíritu de solidaridad», en una fecha fijada. Desde el 6 de octubre, los cajistas de Moscú regresan a sus cajas después de una manifestación de tres días. En la misma fecha, el *gradonatchalnik* de San Petersburgo anuncia que el orden reina en la dirección de schlusselburg y que los trabajos, interrumpidos por las órdenes venidas de Moscú, se han reanudado en todas partes. El 7, la mitad de los obreros del astillero de construcciones navales del Neva regresaban a sus puestos. En el distrito del Neva todas las fábricas trabajaban, con excepción de la de Obujov, que había declarado la huelga política hasta el 10 de octubre.

Evidentemente, las jornadas iban a recuperar su ritmo acostumbrado, naturalmente su ritmo revolucionario. Parecía que la huelga hubiese querido hacer unas cuantas experiencias al azar para abandonarlas pronto e irse. Pero no era sino una apariencia.

III

En realidad, la huelga iba a desplegarse en toda su amplitud. Resolvió realizar su obra con la mayor brevedad y se volvió de inmediato a los ferrocarriles.

En razón a la efervescencia que se hacía sentir en todas las líneas, particularmente en el radio de Moscú, la oficina central del sindicato de ferroviarios decidió declarar la huelga general. El propósito no era por lo demás sino ensayar una movilización de todas las fuerzas disponibles; la batalla seguía siempre aplazada hasta enero.

El 7 de octubre fue un día decisivo. «El corazón tuvo espasmos», escribía *Novoie Vremia*: las locomotoras en los ferrocarriles de Moscú se apagaban una tras otra. El telégrafo lanzaba partes de alarma: Nizhni-Nóvgorod, Arzamas, Kachira, Riazan, Venev, unas tras otras o al unísono, se quejaban de haber sido traicionadas por los ferrocarriles.

El 7, la línea de Moscú-Kazán se puso en huelga. En Nizhni-Nóvgorod, el empalme de Romodanovo cesó también el trabajo. Al día siguiente, la huelga se

extendió a las líneas de Moscú-Yaroslav, Moscú-Nizhni y Moscú-Kursk pero los otros centros no respondieron de inmediato al llamamiento.

El 8 de octubre, en la conferencia de los ferroviarios del radio de San Petersburgo, fue acordado ocuparse inmediatamente de la organización de un sindicato panruso de los ferrocarriles, cuya creación había sido decidida en el congreso de abril en Moscú; y esto, para presentar a continuación un ultimátum al gobierno y apoyar las reivindicaciones para una huelga de toda la red. No se hablaba pues de huelga más que para un futuro indeterminado.

El 9 de octubre se detuvieron los trenes de Moscú-Kiev Voronej, de Moscú-Brest y de otras direcciones. La huelga domina la situación y, sintiéndose en terreno seguro, anula todas las decisiones tomadas hasta entonces por espíritu de moderación, bien para dominar, bien para entorpecer el movimiento.

El 9 de octubre igualmente, en una sesión extraordinaria del congreso de delegados ferroviarios en San Petersburgo, se formula y expide inmediatamente por telégrafo a todas las líneas el lema de la huelga de los ferrocarriles: la jornada de ocho horas, las libertades cívicas, la amnistía, la Asamblea constituyente.

La huelga extiende ahora una mano dominadora sobre toda la extensión del país. Se deshace de todas sus vacilaciones. A medida que el número de huelguistas aumenta, su seguridad se hace mayor. Por encima de las necesidades económicas de las profesiones, se elevan las reivindicaciones revolucionarias de la clase. Despegándose de los marcos corporativos y locales, comienza a sentir que es ella misma la revolución, y esto la confiere una audacia inesperada.

Corre sobre los raíles y, con gesto autoritario, cierra el camino tras de sí. Advierte de su paso por el hilo telegráfico del ferrocarril. «¡La huelga! ¡Haced la huelga!», exclama en todas las direcciones. El 9, los periódicos anunciaban a toda Rusia que en la dirección de Kazán había sido detenido un cierto Bednov, electrotécnico, que estaba cargado de proclamas. Pensaban así detener aún la huelga confiscando un paquete de proclamas. ¡Insensatos! La huelga seguía…

Persiguió un plan colosal: detener la vida industrial y comercial del país, sin omitir ningún detalle. Cuando el telégrafo se niega a servirla, por una resolución enteramente militar, corta los hilos o derriba los postes. Detiene las locomotoras inquietas y les arrebata el vapor. Corta igualmente las centrales de electricidad o bien, si eso presenta dificultades, destruye los cables y sume las estaciones en la noche. Cuando una oposición tenaz estorba sus designios, no duda en arrancar los raíles, demoler un semáforo, poner de costado una locomotora, obstruir la vía, atravesar vagones en un puente. Penetra en el elevador y detiene el funcionamiento de la maquinaria. Detiene los trenes de mercancías allí donde los encuentra; en cuanto a los de viajeros, los conduce hasta la estación más cercana o hasta su destino, si es preciso.

No deroga su acuerdo de paro sino para alcanzar mejor sus fines. Abre una imprenta cuando tiene necesidad de publicar los boletines de la revolución, se sirve

del telégrafo para enviar sus instrucciones, deja pasar los trenes que conducen a los delegados de los huelguistas.

Para el resto, no hace excepción alguna: cierra las fábricas, las farmacias, las tiendas, los tribunales.

A veces, su atención decae, se debilita su vigilancia en un lugar o en otro. A veces un tren aventurado logra franquear las barreras de la huelga y huir; organiza entonces la persecución. Se desliza como un criminal, atravesando estaciones tenebrosas y desiertas, sin que el telégrafo prevenga de su llegada, acompañado por el temor, abandonado a lo desconocido. Pero, finalmente, la huelga le atrapa, detiene la locomotora, obliga al mecánico a descender y abre el tubo de escape.

Pone en acción todos los medios: llama, exhorta, conjura, suplica de rodillas —en Moscú una mujer oradora se arrodilló sobre el andén de la estación de Kursk—, amenaza, asusta, lapida y llega a lanzar disparos de revólver. Tiene que alcanzar sus fines, cueste lo que cueste. La apuesta es demasiado considerable: se trata de la sangre de los padres, del pan de los hijos, de la reputación misma de las fuerzas revolucionarias. Toda una clase la obedece y, si una ínfima porción del mundo obrero, desviada por aquellos contra los que se ha entablado la lucha, se atraviesa en el camino, ¿hay que extrañarse de que la huelga, con un rudo empellón, aparte los recalcitrantes?

IV

Los nervios motores del país se insensibilizan cada vez más. El organismo económico se anquilosa. Smolensko, Kirsanov, Tula, Lujoianov se quejan de sufrir la huelga completa. Los batallones de guardia de los ferrocarriles no tienen ni la fuerza ni la habilidad para obrar cuando toda la línea, toda la red se vuelve contra ellos. El 10, el tráfico había cesado en casi todas las líneas de Moscú, en la de Nicolás (Moscú-San Petersburgo), en particular hasta Tver, y Moscú se encontraba completamente perdida en el centro del inmenso territorio. La última línea de la red, la de Savelovo, se puso en huelga el 16.

El 10 por la noche, los ferroviarios en huelga se reunieron en una sala de la Universidad de Moscú y decidieron continuar el movimiento hasta completa satisfacción.

La huelga se había extendido desde el centro hasta las extremidades. Alcanzaba, el 8, la línea de Riazán al Ural, el 9, las de Briansk-Polesie y de Smolensko-Dankov. El 10, la de Kursk-Jarkov-Sebastopol y la de Ekaterinoslav, todas las vías de la red de Jarkov. Los productos de consumo corriente aumentaban rápidamente de precio. El 11 se quejaban en Moscú de carecer de leche.

En el mismo día, la huelga hizo nuevas conquistas. El tráfico se detuvo en la vía de Samara-Zlatoust. La red de Orel se inmovilizó. Sobre las líneas del sudoeste,

hicieron paro a su vez las estaciones más importantes: Kazatin, Birzula y Odesa; en la vía de Jarkov fueron Nicolaev y Krementchug. Todos los caminos de Polesie fueron cortados. No llegaron en el día más que tres trenes a Saratov y traían delegados de la huelga. Los trenes de delegados, según anunciaba el telégrafo, eran acogidos con ovaciones a lo largo de todo el recorrido.

La huelga de los ferrocarriles se extiende inevitablemente, arrastrando una línea tras otra, un tren tras otro. El 11 de octubre, el general gobernador de Curlandia emitía la suspensión del trabajo en las vías férreas. Este desafío recibió inmediata respuesta. El 12 no había ya un solo tren entre Moscú y Kreuzburg, toda la línea estaba en huelga, el tren de Windau no llegaba. El 15, en Windau, el elevador y la agencia comercial de los ferrocarriles interrumpían sus actividades.

En la noche del 11 al 12, el movimiento se detuvo en todos los empalmes del Vístula. Por la mañana, ningún tren salió de Varsovia para San Petersburgo. En el mismo día, el 12, la huelga se extendió a San Petersburgo. El instinto revolucionario le había indicado la buena táctica: primero había sublevado toda la provincia, inundando San Petersburgo con miles de telegramas de alarma, había creado así el «momento psicológico», aterrorizado al poder central y, a continuación, llegaba en persona para dar el golpe final. En la mañana del 12, con una completa unanimidad, se abandonaron los trabajos en toda la red de San Petersburgo. Sólo la línea de Finlandia funcionaba aún, esperando la movilización revolucionaria de este país; la vía no debía cerrarse hasta cuatro días más tarde, el 16. El 13 de octubre, la huelga alcanzó Reval, Libau, Riga y Brest. Los trabajos cesan en la estación de Perm. El movimiento se detiene en una parte del camino de Tachkent. El 14, se ponen en huelga la red de Brest, la línea de Transcaucasia y las estaciones de Asjabad y de Novaia-Bujara, en las líneas del Asia central. El mismo día comenzaba la huelga en la línea de Siberia; comenzaba por Chita e Irkutsk y, ganando de oriente a occidente, llegaba, el 17 de octubre, a Cheliabinsk y Kurgan. El 15 de octubre estaba en Bakú, el 17 en la estación de Odesa.

A la parálisis de los nervios motores se unió, por cierto tiempo, la de los nervios sensoriales: las comunicaciones telegráficas fueron suspendidas: el 11 de octubre en Jarkov, el 13 en Cheliabinsk e Irkutsk, el 14 en Moscú, el 15 en San Petersburgo.

En razón de la huelga de los ferrocarriles, el correo rehusó aceptar la correspondencia interurbana.

Pudo verse, sobre la vieja *trakt* [carretera nacional] troikas a la antigua usanza.

No sólo todos los caminos de Rusia y de Polonia, sino también los de Vladicáucaso, Transcaucasia y Siberia estaban bloqueados. Todo el ejército de ferroviarios estaba en huelga: 750 000 hombres.

V

Sonó la alarma en los boletines de la bolsa del trigo, de las mercancías al por mayor, de las carnes, de las verduras, del pescado, etc. El precio de los víveres, sobre todo el de la carne, subió rápidamente. La bolsa del dinero temblaba. La revolución había sido siempre su mortal enemiga. Cuando ambas se encontraron cara a cara, la bolsa perdió la cabeza. Se precipitó hacia el telégrafo pero éste guardaba un silencio hostil. El correo se negaba igualmente a servirla. La bolsa fue a llamar a la puerta del Banco del Estado pero éste no respondía ya de la ejecución de los giros. Las acciones de los ferrocarriles y de las empresas industriales abandonaron el lugar, como una nidada de pájaros asustados, y volaron, no para ascender al cielo, sino para caer lo más bajo posible. En el sombrío reino del agio, sobrevino el pánico, el rechinar de dientes. La circulación de dinero se vio obstaculizada. Los ingresos no llegaban de la provincia a las capitales. Las firmas que pagan al contado cerraban sus ventanillas. El número de efectos protestados aumentaba con rapidez. Los signatarios de billetes y cheques, los avaladores, los deudores y los endosantes se agitaron, corrieron a derecha e izquierda, exigiendo la violación de las leyes que habían sido hechas para ellos porque la enemiga, la huelga, que personificaba la revolución, había violado todas las leyes del cambio y el movimiento económico.

La huelga no se limita ya a los ferrocarriles, tiende a hacerse general.

Después de haber descargado las locomotoras y apagado las luces de las estaciones, se dirige, con la muchedumbre de ferroviarios, a las ciudades, detiene el tranvía, coge por la brida al caballo del cochero y hace descender al cliente, cierra los almacenes, los restaurantes, los cafés, las tabernas y se aproxima audazmente a las puertas de la fábrica. Era esperada. Resuena el silbido de alarma, cesa el trabajo, aumenta la multitud inmediatamente en la calle. Va más lejos y lleva ya la bandera roja. Sobre la bandera se lee que solicita una Asamblea constituyente y la República, que lucha por el socialismo. Pasa por delante de la redacción de un periódico reaccionario. Considera con aversión tal foco de epidemia ideológica y si encuentra una piedra en su camino la lanza contra la ventana. La prensa liberal, que se imagina servir al pueblo, envía hacia la muchedumbre una diputación, prometiendo aportar «la reconciliación» en estas terribles jornadas y solicitando gracia y perdón. La iniciativa es dejada sin respuesta. En las imprentas, las cajas son alineadas y los cajistas bajan a la calle. Los despachos, los Bancos cierran… La huelga reina como dueña de todo.

El 10 de octubre, se abre la huelga política general en Moscú, Jarkov y Reval. El 11, en Smolensko, Kozlov, Ekaterinoslav y Lodz. El 12, en Kursk, Belgorod, Samara, Saratov y Poltava. El 13, en San Petersburgo, Orcha, Minsk, Krementchug, Simferopol. El 14, en Gomel, Kalisz, Rostov del Don, Tiflis, Irkutsk. El 15, en Vilna, Odesa, Batum. El 16, en Orenburg. El 17, en Derpt, Vitebsk, Tomsk. La huelga llegó a extenderse a Riga, Libau, Varsovia, Plotsk, Belostok, Kovno, Dvinsk, Pskov, Poltava, Nicolaev, Mariupol, Kazán, Czenstochowo, Zlatoust, etc. En todas partes la vida industrial se detiene, así como en muchos lugares el movimiento comercial.

Cierran los establecimientos de enseñanza. A la huelga del proletariado se adhieren las «uniones» de intelectuales. En numerosos casos, los jurados se niegan a juzgar, los abogados a alegar, los médicos a tratar sus enfermos. Los jueces de paz cierran sus salas de audiencia.

VI

La huelga organiza grandiosos mítines. La animación intensa de las masas y el enloquecimiento del poder crecen paralelamente, se fomentan entre sí. Calles y plazas están cubiertas de patrullas a pie y a caballo. Los cosacos provocan la huelga al desorden: se lanzan sobre la multitud, dan latigazos, golpean con el sable, disparan sin advertencia, desde sus lugares de emboscada. Entonces la huelga demuestra, siempre que puede, que no consiste simplemente en una interrupción del trabajo para esperar los acontecimientos, que no es una protesta pasiva de brazos cruzados. Se defiende, y de la defensa pasa a la ofensiva.

En diversas ciudades del mediodía levanta barricadas, asalta las tiendas de los armeros, se arma y ofrece una resistencia, si no victoriosa, al menos heroica.

En Jarkov, el 10 de octubre, después de un mitin, la multitud se apoderó de un depósito de armas. El 11, cerca de la universidad, obreros y estudiantes levantaron barricadas. Postes telegráficos fueron tumbados atravesando las calles; les fueron añadidas planchas de hierro procedentes de las puertas cocheras, postigos, verjas, cajas de embalaje, planchas y vigas, unido todo con alambre. Varias barricadas se sujetaron sobre bases de piedra; fueron arrojados pesados adoquines arrancados de la acera sobre las vigas. Hacia la una de la tarde, gracias a esta arquitectura sencilla pero noble, habían sido levantadas diez barricadas. Igualmente habían sido obstruidas las ventanas y las entradas de la universidad. El sector fue declarado en estado de sitio… Los poderes sobre el lugar se confiaron a un cierto teniente general, Mau, sobre cuya bravura no cabía duda alguna. Sin embargo el gobernador trató de parlamentar. Usando como intermediario a la burguesía liberal, se elaboraron las condiciones de una capitulación honrosa. La milicia que se organizó fue saludada por los aplausos entusiastas de los ciudadanos. Restableció el orden. San Petersburgo exigía empero que el orden fuese aplastado por la fuerza. La milicia, apenas constituida, fue dispersada; la ciudad se encontró de nuevo en poder de los bribones a pie y a caballo.

En Ekaterinoslav, el 11 de octubre, los cosacos dispararon traidoramente sobre una multitud pacífica; en seguida se alzaron las primeras barricadas. Hubo seis. La mayor, la madre barricada, se encontraba en la plaza de Briansk. Vehículos, raíles, postes, un gran número de objetos menudos, todo lo que la revolución, según la expresión de Víctor Hugo, puede arrojar a la cabeza del antiguo régimen, sirvió para la construcción. El propio esqueleto de la barricada fue recubierto con una espesa capa de tierra. Se cavaron fosos a los lados y fueron dispuestas alambradas ante ellos.

Desde la mañana, varios centenares de hombres se encontraban en cada barricada. El primer asalto dado por las tropas fue fallido; los soldados no se apoderaron del primer obstáculo hasta las tres y media. En el momento en que avanzaban, dos bombas fueron arrojadas desde lo alto de los tejados, una tras otra; hubo muertos y heridos entre los soldados. Hacia el atardecer, el ejército era dueño de todas las barricadas. El 12, una calma sepulcral reinó en la ciudad. Los soldados limpiaban sus carabinas y la revolución sepultaba sus muertos.

El 16 fue día de barricadas en Odesa. Desde la mañana, en las calles de la Transfiguración y de Richelieu, eran volcados los vagones del tranvía, arrancadas las banderas, cortados los árboles, amontonados los bancos. Rodeadas de alambre de púas cuatro barricadas cerraban la calle en toda su longitud. Fueron tomadas por los soldados después de un combate y barridas por sirvientes.

En muchas otras ciudades hubo escaramuzas entre la multitud y las tropas, se trató de construir barricadas pero, en su conjunto, las jornadas de octubre no fueron más que una huelga política, una gran maniobra para la revolución, una revista simultánea de todas las fuerzas; no fue una verdadera insurrección.

VII

Y sin embargo, el absolutismo cedió. La terrible sobrexcitación que se hizo sentir en todo el país, el azoramiento que delataban los informes venidos de la provincia y cuya profusión era aplastante por sí misma, la incertidumbre absoluta respecto al día siguiente, todo vino a producir un increíble pánico en las filas del gobierno. No podía contar de forma absolutamente segura con el ejército: los soldados se dejaban ver en los mítines, oficiales tomaban la palabra para afirmar que un tercio del ejército estaba «con el pueblo». La huelga de los ferrocarriles creaba por lo demás obstáculos insuperables para la represión militar. Y, en fin, había que pensar en la bolsa europea. Ésta había comprendido que se encontraba ante la revolución y declaraba que no deseaba tolerarla más. Exigía orden y garantías constitucionales.

Habiendo perdido así la cabeza, agobiado, el absolutismo otorgó concesiones. Se promulgó el manifiesto del 17 de octubre. El conde Witte se convirtió en primer ministro y —que intente negarlo— gracias a la victoria de la huelga revolucionaria o, mejor aún, gracias a la insuficiencia de esta victoria. En la noche del 17 al 18, el pueblo recorría las calles con banderas rojas, reclamaba la amnistía, cantaba *Memoria eterna* [el *Réquiem* ruso] en los puntos de la ciudad donde habían tenido lugar las carnicerías de enero y gritaba «anatema» bajo las ventanas de Pobedonóstsev y del *Novoie Vremia…* En la mañana del 18 tuvo lugar la primera matanza de la era constitucional.

El enemigo no estaba aplastado. Solamente se había batido en retirada cierto tiempo, ante la manifestación repentina de una fuerza imprevista. La huelga de

octubre mostró que la revolución podía en adelante levantar simultáneamente todas las ciudades de Rusia. Este paso adelante era inmenso y la reacción dirigente mostró que comprendía su importancia cuando respondió al intento de octubre mediante el manifiesto, por una parte, y por otra, con la convocatoria de todos sus efectivos para organizar el terror negro.

VIII

Hace diez años[20], Plejánov declaraba al Congreso socialista de Londres: «El movimiento revolucionario ruso triunfará en tanto que movimiento obrero, o no triunfará».

El 7 de enero de 1905, Struve escribía: «No existe un pueblo revolucionario en Rusia».

El 17 de octubre, el gobierno autocrático contrafirmó la primera victoria seria de la revolución, y tal victoria la había conseguido el proletariado. Plejánov tenía razón: el movimiento revolucionario había triunfado en tanto que movimiento obrero.

Es cierto que la huelga obrera de octubre tuvo lugar no sólo con la ayuda material de la burguesía, sino con su apoyo, en razón de la huelga de las profesiones liberales. Esto no cambia sin embargo nada. Una huelga de ingenieros, de abogados y de médicos no podía tener importancia alguna por sí misma. Acrecentó sólo en un grado muy modesto la significación política de la huelga general de los trabajadores. Por el contrario, subrayó la hegemonía indiscutible, ilimitada, del proletariado en la lucha revolucionaria; las profesiones liberales que, después del 9 de enero, adoptaron los lemas fundamentales de la democracia, preconizados por los obreros de San Petersburgo, se sometieron en octubre al método de lucha que constituye la fuerza específica del proletariado: declararon la huelga. De todos los intelectuales, el grupo más revolucionario, el de los estudiantes, había introducido desde tiempo atrás en las universidades el procedimiento de lucha por la huelga, tomado de las fábricas, y eso a pesar de las solemnes protestas de todo el profesorado liberal. La hegemonía revolucionaria del proletariado se afirmó a continuación por la extensión de la huelga a los tribunales, a las farmacias, a las administraciones de los *zemstvos* y a las dumas municipales.

La huelga de octubre fue la demostración de la hegemonía proletaria en la revolución burguesa y, al mismo tiempo, la de la hegemonía de la ciudad sobre un país de campesinos.

El viejo poder de la tierra, divinizado por la escuela populista, fue reemplazado por la autoridad despótica de la ciudad capitalista.

La ciudad se había hecho dueña de la situación. Había concentrado riquezas inmensas, había logrado la vinculación del campo mediante el ferrocarril; por este camino había asimilado las mejores fuerzas de iniciativa y de creación en todos los

dominios de la vida; había sojuzgado material y moralmente todo el país. En vano la reacción intenta evaluar la importancia proporcional de la población urbana y se consuela pensando que Rusia es todavía una nación de campesinos. El papel político de la ciudad moderna no puede medirse con la simple cifra de sus habitantes, así como tampoco su papel económico. El retroceso de la reacción ante la huelga de la ciudad, a pesar del silencio del campo, es la mejor prueba que pueda ofrecerse de la dictadura ejercida por aquélla.

Las jornadas de octubre mostraron que si, en la revolución, la hegemonía pertenece a las ciudades, en las ciudades corresponde al proletariado. Pero, al mismo tiempo, los acontecimientos descubrieron que la ciudad conscientemente revolucionaria carecía de política común con el campo, del que sólo el instinto estaba desencadenado.

Las jornadas de octubre plantearon en la práctica y en toda su amplitud la cuestión: ¿de qué lado se encuentra el ejército? Y han mostrado que de la solución de esta interrogante dependía la suerte de la libertad rusa.

Las jornadas de octubre suscitaron una orgía de reacción a partir de finales de mes. La fuerza tenebrosa aprovechó el momento en que la marea revolucionaria descendía para lanzarse al ataque con toda la furia sanguinaria que la caracteriza. Su éxito fue debido al hecho de que la huelga revolucionaria, abandonando el martillo, aún no había empuñado la espada. Las jornadas de octubre probaron a la revolución, de manera hiriente, que precisaba estar armada.

Organizar el campo y vincularlo a la ciudad; conseguir la estrecha adhesión del ejército; tomar las armas, tales son las simples y considerables deducciones que impusieron al proletariado la lucha y la victoria de octubre.

Sobre estas deducciones se apoya en adelante la revolución.

En el estudio que escribimos en la época de la «primavera» liberal, bajo el título *Antes del 9 de enero*, intentamos señalar las vías que debería seguir más tarde el desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Aplicamos toda nuestra energía a resaltar la importancia de una huelga política de las masas, como método indispensable de la revolución rusa. Ciertos políticos perspicaces, hombres por lo demás respetables bajo todos los aspectos, nos reprochaban la búsqueda de una receta de la revolución. Estos críticos nos explicaban que la huelga, medio específico de lucha para la clase proletaria, no puede jugar en las circunstancias de una revolución nacional y burguesa el papel que pretendíamos «imponerle». Los acontecimientos que se produjeron, a pesar de tantas previsiones basadas sobre la rutina, a pesar de las teorías más «sensatas», nos ahorran la necesidad de replicar a estos honrados críticos[21]. La huelga general de San Petersburgo, ocasión del drama del 9 de enero, estalló antes de que el estudio hubiese sido publicado: evidentemente, nuestra «receta» no era más que un simple plagio, una copia de la verdad del movimiento revolucionario.

En febrero de 1905, durante las huelgas parciales y caóticas que suscitó el Domingo Sangriento de San Petersburgo, escribíamos: «Después del 9 de enero, la

revolución no conocerá descanso. No se limita ya a un trabajo subterráneo, oculto a la vista, para sublevar incesantemente nuevos estratos; ha llegado a hacer abiertamente, con prisa, el llamamiento de sus compañías, sus batallones, sus regimientos y sus cuerpos de ejército. La fuerza principal de esta inmensa tropa está constituida por el proletariado; por eso la revolución procede al llamamiento de sus soldados mediante la *huelga*.

»Una tras otra, las profesiones, las fábricas, las ciudades abandonan el trabajo. Los ferroviarios son los iniciadores del movimiento, las vías férreas sirven de transmisor a esta epidemia. Son formuladas exigencias económicas, satisfechas casi de inmediato, en todo o en parte. Pero ni el comienzo de la huelga, ni su término dependen por completo de las reivindicaciones presentadas, ni de las satisfacciones que se obtienen. Cada huelga parcial comienza no porque la lucha económica cotidiana haya llegado a exigencias determinadas: por el contrario, se hace una selección de exigencias y se las formula porque hace falta la huelga. Existe la necesidad de comprobar por sí mismo, por el proletariado de otros lugares y, en fin, por el pueblo entero, las fuerzas que han sido acumuladas, la solidaridad de la clase, su ardor combativo; es preciso pasar una revista general de la revolución. Los propios huelguistas y quienes les apoyan, y quienes sienten por ellos simpatía, y los que los temen, y los que los odian, todos comprenden o sienten confusamente que esta furiosa huelga que corre locamente de un lugar a otro, recupera su impulso y pasa como un torbellino; todos comprenden o sienten que no obra por sí misma, que se limita a cumplir la voluntad de la revolución que la envía».

No nos engañamos: sobre el terreno preparado por una campaña de huelgas de nueve meses, surgió la gran huelga de octubre.

Para el liberalismo, cuyas ideas son orgánicamente superficiales, los acontecimientos del otoño fueron tan imprevistos como lo había sido el 9 de enero. Esto no entraba en el esquema histórico previo del pensamiento liberal; la huelga era una intrusa y los liberales no la aceptaron más que *a posteriori*. Aun más, si antes de la huelga de octubre el liberalismo, apoyado sobre los congresos de *zemstvos*, desdeñó la idea de una huelga general, este mismo liberalismo, representado por su ala izquierda, tras el 17 de octubre, habiendo comprobado el triunfo de la huelga, se alzó contra cualquier otra forma de lucha revolucionaria.

«Esta huelga pacífica —escribía Procopovich en la revista *Pravo* [El Derecho]—, huelga que ha ocasionado un número mucho menos considerable de víctimas que lo hiciera el movimiento de enero, y que se ha cerrado con un golpe de Estado, ha sido una revolución, puesto que *ha transformado radicalmente el régimen gubernamental de Rusia*.

»La historia, prosigue, que había privado al proletariado de uno de sus medios de lucha por los derechos populares, la insurrección y las barricadas en la calle, le dio otro mucho más poderoso, la huelga política general[22]».

Las citas que acabamos de hacer muestran la enorme importancia que

concedíamos entonces a una huelga política de las masas, considerada como indispensable método de la revolución rusa, mientras que los radicales como Procopovich se nutrían de vagas esperanzas fundadas en la oposición de los *zemstvos*. Pero no podemos admitir en modo alguno que la huelga general haya abolido y reemplazado los antiguos métodos revolucionarios. No podemos tampoco reconocer que la huelga de octubre, por mucha estima en que la tengamos, haya «radicalmente transformado el régimen gubernamental de Rusia». Por el contrario, todos los acontecimientos políticos ulteriores no se explican más que en razón del hecho que la huelga de octubre no ha cambiado en nada el régimen gubernamental.

Sin duda alguna, la huelga de los ferrocarriles y del telégrafo desorganizó hasta el último grado el mecanismo gubernamental. Y la desorganización se agravó con la duración de la huelga. Pero, al prolongarse, la propia huelga trastornaba las funciones de la vida económica y social y debilitaba necesariamente a los obreros. Y, finalmente, debía tener un término. Pero, desde que la primera locomotora estuvo a presión, desde que el primer aparato Morse produjo su tac-tac, el poder que subsistía encontró la posibilidad de reemplazar todas las palancas rotas y renovar todas las piezas averiadas de la vieja máquina gubernamental.

En la lucha, es extremadamente importante debilitar al adversario; es la función de la huelga. Al mismo tiempo, pone en pie el ejército de la revolución. Pero ni este resultado ni aquél constituyen por sí mismos un golpe de Estado.

Es preciso además arrancar el poder a quienes lo detentan y traspasarlo a la revolución. Ésa es la tarea esencial. La huelga general crea las condiciones necesarias para que este trabajo sea ejecutado pero es, por sí misma, insuficiente para llevarlo a término.

VIII. Formación del Soviet de Diputados Obreros

Octubre, noviembre y diciembre de 1905: es la época culminante de la revolución. Comenzó por la modesta huelga de los tipógrafos moscovitas y se cerró con el saqueo de la antigua capital de los zares, entregada a las tropas del gobierno pero con la excepción de la hora final —la de la insurrección moscovita— el primer lugar en los acontecimientos de este período no corresponde a Moscú.

El papel de San Petersburgo en la revolución rusa no puede compararse con el de París en la revolución que cierra el siglo XVIII. Las condiciones generales de la economía aún primitiva de Francia, el estado rudimentario de sus medios de comunicación por una parte y por otra su centralización administrativa, permitían a París localizar de hecho la revolución entre sus murallas. Todo lo contrario sucedió entre nosotros. El desarrollo capitalista suscitó en Rusia otros tantos focos revolucionarios separados como centros industriales existían, y éstos, aun conservando la independencia y espontaneidad de sus movimientos, seguían estando estrechamente ligados entre sí. El ferrocarril y el telégrafo descentralizaban la revolución, a pesar del carácter centralizado del Estado y, sin embargo, los mismos medios de comunicación daban unidad a todas las manifestaciones locales de fuerza revolucionaria. Si, a fin de cuentas, puede admitirse que la voz de San Petersburgo haya tenido una influencia preponderante, esto no quiere decir que toda la revolución estuviera concentrada en la Avenida Nevski o delante del Palacio de Invierno; significa simplemente que las consignas y los métodos de lucha que preconizaba San Petersburgo encontraron un poderoso eco revolucionario en todo el país. La organización de San Petersburgo, la prensa de San Petersburgo proporcionaban modelos rápidamente adoptados por las provincias. Los acontecimientos que se produjeron en los diversos rincones del país, con excepción de las rebeliones de la flota y de las fortalezas, nunca presentaron un valor independiente.

Por tanto, si tenemos derecho a colocar la capital del Neva en el centro de todos los acontecimientos con que acaba 1905, en el propio San Petersburgo hemos de conceder el lugar más alto al consejo o sóviet de Diputados obreros. En realidad es la organización obrera más importante que haya conocido Rusia hasta hoy. Además, el Sóviet de San Petersburgo fue un ejemplo y un modelo para Moscú, Odesa y varias ciudades más pero hay que señalar sobre todo que esta organización, que verdaderamente emanaba de la clase de los proletarios, fue la organización tipo de la revolución. Todos los acontecimientos giraron en torno al sóviet, todos los hilos se anudaron a él, todos los llamamientos procedieron de él.

¿Qué era el sóviet?

El sóviet de Diputados obreros se formó para responder a una necesidad objetiva, suscitada por la coyuntura de entonces: era preciso tener una organización que gozase de una autoridad indiscutible, libre de toda tradición, que agrupara desde el primer

momento a las multitudes diseminadas y desprovistas de enlace; esta organización debía ser la confluencia para todas las corrientes revolucionarias en el interior del proletariado; tenía que ser capaz de tener iniciativa y de controlarse a sí misma automáticamente; lo esencial, en fin, era poder ponerla en marcha en veinticuatro horas. La organización socialdemócrata que vinculaba estrechamente, en sus retiros clandestinos, a varios cientos y, mediante la circulación de las ideas, a miles de obreros en San Petersburgo, estaba en condiciones de dar a las masas una consigna que iluminase su experiencia natural a la luz fulgurante del pensamiento político; pero el partido no hubiera sido capaz de unificar por un nexo vivo, en una sola organización, a los miles y miles de hombres de que se componía la multitud: en efecto, el partido siempre había realizado lo esencial de su trabajo en laboratorios secretos, en los antros de la conspiración que las masas ignoraban. La organización de los socialistas revolucionarios sufría de las mismas enfermedades de la vida subterránea, agravadas incluso por su impotencia e inestabilidad. Las dificultades existentes entre las dos fracciones igualmente fuertes de la socialdemocracia, por una parte, y su lucha con los socialistas revolucionarios por otra, hacían absolutamente indispensable la creación de una organización imparcial. Para tener autoridad ante las masas, desde el día de su formación, tenía que instituirse sobre la base de una representación muy amplia. ¿Qué principio había de adoptarse? La respuesta era obvia. Puesto que el proceso de producción era el único lazo entre las masas proletarias, desprovistas de experiencia organizativa, la representación tenía que adaptarse a las fábricas y talleres. Se tenía como ejemplo y precedente la comisión del senador Shidlovski[23].

Una de las dos organizaciones socialdemócratas de San Petersburgo tomó la iniciativa de la creación de una administración autónoma revolucionaria obrera el 10 de octubre, en el momento en que se anunciaba la mayor de las huelgas. El 13 por la noche, en el edificio del Instituto Tecnológico, tuvo lugar la primera sesión del futuro sóviet. Sólo estaban unos treinta o cuarenta delegados. Se decidió llamar inmediatamente al proletariado de la capital a la huelga política general y a la elección de delegados. «La clase obrera —decía el llamamiento redactado en la primera sesión— se ha visto obligada a recurrir a la última medida de que dispone el movimiento obrero mundial: la huelga general… En el plazo de unos días, deben producirse acontecimientos decisivos en Rusia. Determinarán para muchos años la suerte de la clase obrera; tenemos pues que ir por delante de los hechos con todas las fuerzas disponibles, unificadas bajo la égida de nuestro sóviet común…».

Esta decisión de importancia incalculable fue adoptada por unanimidad; ni siquiera hubo debate sobre el principio de la huelga general, sobre los métodos que convenían, sobre los fines y las posibilidades que podían contemplarse, y fueron sin embargo estas cuestiones las que suscitaron, poco tiempo después, una lucha ideológica apasionada en las filas de nuestro partido alemán. No existe necesidad alguna de explicar este hecho por las diferencias psicológicas de las nacionalidades;

por el contrario, es a nosotros, los rusos, a quienes podría reprocharse una predilección enfermiza por las filigranas de la táctica y el abuso de las sutilezas en el detalle. La razón verdadera de la conducta adoptada se encuentra en el carácter revolucionario del período. El sóviet, desde el momento en que fue instituido hasta el de su pérdida, permaneció bajo la poderosa presión del elemento revolucionario, el cual, sin perderse en consideraciones vanas, desbordó el trabajo de la *intelligentsia* política.

Cada uno de los niveles de la representación obrera estaba predeterminado, «la táctica» a seguir se imponía de manera evidente. No había que examinar los métodos de lucha, apenas se contaba con el tiempo de formularlos…

La huelga de octubre caminaba con paso seguro hacia su apogeo. A la cabeza del cortejo, avanzaban los obreros del metal y la imprenta. Fueron los primeros en entrar en combate y formularon de forma neta y precisa, el 13 de octubre, sus lemas políticos.

«Declaramos la huelga política —articulaba la fábrica de Obujov, ciudadela de la revolución— y lucharemos hasta el fin por la convocatoria de la Asamblea constituyente sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto, con el fin de instaurar en Rusia la república democrática».

Al promulgar los mismos lemas, los obreros de las plantas eléctricas declaraban: «Unidos con la socialdemocracia, lucharemos por nuestras reivindicaciones hasta el fin y afirmamos ante toda la clase obrera que estamos dispuestos a combatir con las armas en la mano por la liberación total del pueblo».

La exigencia del momento era definida de manera aún más atrevida por los obreros tipógrafos que enviaban, el 14 de octubre, sus diputados al sóviet: «Reconociendo que la lucha pasiva es por sí misma insuficiente, que no basta con abandonar el trabajo, decidimos: que es preciso transformar las tropas de la clase obrera en huelga en un ejército revolucionario, es decir, organizar inmediatamente compañías de combate. Que estas compañías se ocupen de armar al resto de las masas obreras, si es preciso mediante el saqueo de las armerías y arrebatando sus armas a la policía y el ejército allí donde se pueda». Esta resolución no se quedó en meras palabras. Las compañías de tipógrafos armados alcanzaron un éxito notable al apoderarse de las grandes imprentas que sirvieron para la publicación de las *Noticias del Sóviet de Diputados Obreros [Izvestia];* rindieron servicios inapreciables con ocasión de la huelga de correos y telégrafos.

El 15 de octubre todavía trabajaban en su mayor parte las fábricas textiles. Con el fin de arrastrar a la huelga a los abstencionistas, el sóviet elaboró toda una serie de medios graduales, desde las exhortaciones hasta el empleo de la violencia. No se vio obligado, empero, a recurrir a este extremo. Si los llamamientos impresos permanecían sin efecto, bastaba con la aparición de una multitud de huelguistas, a veces incluso de unos cuantos hombres, para que cesase el trabajo.

«Yo pasaba delante de la fábrica Pecquelieu, informa al sóviet uno de los

diputados. Veo que trabajan dentro. Llamo. —"Diga que es un diputado del sóviet obrero". —"¿Y qué quiere usted?", pregunta el gerente. —"En nombre del sóviet, exijo que su fábrica cierre inmediatamente". —"Bien, a las tres abandonaremos el trabajo"».

El 16 de octubre, todas las fábricas textiles estaban ya en huelga. Sólo en el centro de la ciudad estaban abiertas las tiendas. En los barrios obreros, todo comercio había cesado. Al ampliar la huelga, el sóviet se ampliaba y afirmaba a sí mismo. Toda fábrica que abandonaba el trabajo nombraba un representante y lo enviaba, provisto de los papeles necesarios, al sóviet. En la segunda sesión, 40 grandes factorías estaban ya representadas, así como dos fábricas y tres sindicatos: los de los tipógrafos, empleados de almacén y contables. A esta sesión, que tuvo lugar en el anfiteatro de física del Instituto Tecnológico, asistía por primera vez el autor del presente artículo.

Era el 14 de octubre: la huelga por una parte, la división en las filas del gobierno por otra, todo afirmaba la proximidad de una crisis. En aquel día apareció el célebre decreto de Trépov: «No disparar al aire y no ahorrar munición». Al día siguiente, el 15 de octubre, el mismo Trépov reconocía de repente que «entre el pueblo, se hacía sentir la necesidad de reuniones» y, aun prohibiendo los mítines en los establecimientos de enseñanza superior, prometía poner tres edificios de la ciudad a la disposición de las asambleas. «Qué cambio en veinticuatro horas —escribíamos entonces en *Izvestia*—: ayer sólo estábamos maduros para la munición y hoy lo estamos para las reuniones públicas. Este truhán sanguinario tiene razón: en las grandes jornadas de lucha, el pueblo gana madurez de hora en hora». A pesar de la prohibición, las escuelas superiores estaban atestadas en la noche del 14. Las reuniones se celebraban en todas partes. «Nosotros, reunidos aquí, declaramos —tal fue la respuesta que se dio al gobierno— que el pueblo revolucionario de San Petersburgo por nosotros representado, se encontraría apretado en las ratoneras que nos ofrece el general Trépov. Declaramos nuestro propósito de continuar nuestras asambleas en las universidades, en las fábricas, en las calles y allí donde nos convenga». De la sala de actos del Instituto Tecnológico, donde tuvimos ocasión de hablar sobre la necesidad de reclamar de la Duma municipal el armamento de la milicia obrera, nos trasladamos al anfiteatro de física. Allí vimos por vez primera el Sóviet de Diputados que sólo existía desde la víspera. Había, sobre los escalones, un centenar de delegados obreros y miembros de los partidos revolucionarios. El presidente y los secretarios estaban sentados en la mesa de demostraciones. La asamblea tenía más aire de consejo de guerra que de parlamento. ¡Ni rastro de verbosidad, esa plaga de las instituciones representativas! Las cuestiones sobre las que se deliberaba —la extensión de la huelga y las exigencias a presentar a la Duma — eran de carácter puramente práctico y los debates se proseguían sin frases inútiles, en términos breves, enérgicos. Se sentía que cada segundo valía un siglo. La menor veleidad de retórica tropezaba con una resuelta protesta del presidente, apoyada por

todas las simpatías de la austera asamblea. Fue encargada una diputación especial de formular ante la Duma municipal las reivindicaciones siguientes: 1.º adoptar medidas inmediatas para reglamentar el aprovisionamiento de la masa obrera; 2.º abrir locales para las reuniones; 3.º suspender toda distribución de provisiones, locales, fondos a la policía, a la gendarmería, etc.; 4.º asignar las sumas necesarias para el armamento del proletariado de San Petersburgo que lucha por la libertad.

Era bien sabido que la Duma estaba compuesta de burócratas y propietarios; exigencias de naturaleza tan radical no tenían otro objeto que producir la agitación. El sóviet, naturalmente, no se hacía ilusión alguna sobre este punto. No esperaba resultados prácticos; tampoco los hubo.

El 16 de octubre, tras una serie de incidentes, varios intentos de arresto de miembros del sóviet, etc. —recordamos que todo esto sucedía antes de la promulgación del manifiesto constitucional—, una diputación del sóviet fue recibida en «consulta privada» por la Duma municipal de San Petersburgo. Ante todo, a demanda formal de la diputación, enérgicamente apoyada por un grupo de consejeros, la Duma decidió que si eran detenidos los diputados obreros, enviaría ante el *gradonatchalnik* [jefe superior de policía] al alcalde de la ciudad con el encargo de declarar que los consejeros consideraban el arresto de los diputados como un insulto a la Duma. Sólo después pasó la diputación a formular sus exigencias.

«El golpe de Estado que tiene lugar en Rusia —decía al terminar su discurso el camarada Radin (el hoy fallecido Knuniantz), portavoz de la diputación— es una transformación burguesa que apunta al interés de las clases poseedoras. Os interesa, pues, señores, acelerar su realización. Y si sois capaces de ver un poco lejos, si comprendéis de forma verdaderamente amplia los intereses de vuestra clase, debéis ayudar con todas vuestras fuerzas al pueblo para vencer lo antes posible al absolutismo. No tenemos necesidad de la expresión de vuestra simpatía ni del apoyo platónico que podríais conceder a nuestras reivindicaciones. Exigimos que nos deis vuestro apoyo mediante una serie de gestos prácticos.

»El monstruoso sistema de elecciones ha querido que los bienes de una ciudad que cuenta con millón y medio de habitantes se encuentren entre las manos de representantes de unos miles de propietarios. El sóviet de Diputados Obreros exige —tiene derecho a exigir, no a solicitar, pues representa a varios cientos de miles de obreros, habitantes de esta capital, mientras que vuestra voz es sólo la de un puñado de electores—, el Sóviet de Diputados Obreros exige que los bienes municipales sean puestos a disposición de todos los habitantes de la ciudad para sus necesidades. Y como, en este momento, la lucha contra el absolutismo es la tarea más importante que se impone a la sociedad, y como nosotros necesitamos para proseguir esta lucha lugares de reunión, ¡abridnos nuestros edificios municipales!

»Necesitamos recursos para continuar la huelga, ¡asignad los fondos de la municipalidad para este objeto, y no para mantener a la policía y a los gendarmes!

»Necesitamos armas para conquistar y guardar la libertad, ¡asignad los fondos

necesarios para la organización de una milicia de proletarios!».

Bajo la guardia de un grupo de consejeros, la diputación abandonó el salón de sesiones. La Duma se negó a satisfacer las exigencias esenciales del sóviet y expresó su confianza en la policía, protectora del orden.

A medida que se desarrollaba la huelga de octubre, el sóviet se convertía naturalmente en el centro que atraía la atención general de los políticos. Su importancia crecía literalmente de hora en hora. El proletariado industrial había sido el primero en cerrar filas en torno a él. La unión de los sindicatos que se había adherido a la huelga a partir del 14 de octubre, tuvo casi inmediatamente que reconocer el protectorado del sóviet. Numerosos comités de huelga —los de ingenieros, abogados, funcionarios del gobierno— regulaban sus actos por las decisiones del sóviet. Sometiendo a las organizaciones independientes, el sóviet unificó en torno suyo la revolución.

Al mismo tiempo, la división se hacía sentir cada vez más en las filas del gobierno.

Trépov no escatimaba nada y acariciaba con la mano sus ametralladoras. El 12, se hizo colocar por Nicolás a la cabeza de todas las tropas de la guarnición de San Petersburgo. El 14, daba órdenes de no ahorrar munición. Dividió la capital en cuatro sectores militares, mandado cada uno de ellos por un general. En calidad de general-gobernador, amenaza a todos los vendedores de comestibles con hacerlos deportar en el plazo de veinticuatro horas si cierran sus tiendas. El 16, custodia las puertas de todas las escuelas superiores de San Petersburgo, que son ocupadas por las tropas. Sin que la ley marcial haya sido proclamada, de hecho está en vigor. Patrullas a caballo siembran el terror en la calle. Por todas partes están acantonadas las tropas: en los edificios públicos, en los establecimientos del Estado, en los patios de las casas particulares. Mientras los mismos artistas del *ballet* imperial se unían a la huelga, Trépov, incansable, llenaba de soldados los teatros vacíos. Gruñía y se frotaba las manos, presintiendo algo importante.

Se equivocaba en sus cálculos. Sus adversarios políticos, representados por una corriente burocrática que buscaba un compromiso fraudulento con la historia, se impusieron. Witte, jefe de este partido, fue llamado al poder.

El 17 de octubre, los esbirros de Trépov dispersaron la reunión del Sóviet de Diputados obreros pero éste encontró la posibilidad de reunirse una vez más. Decidió que se proseguiría la huelga con redoblada energía. Recomendó a los obreros que no pagasen ni sus alquileres, ni las mercancías que tomaban a crédito antes de la vuelta al trabajo e invitó a propietarios y comerciantes a no mostrarse exigentes hacia los obreros. Ese mismo 17 de octubre, apareció el primer número de las *Noticias del Sóviet de Diputados Obreros [Izvestia]*.

Y, el mismo día, firmaba el zar el manifiesto de la constitución.

IX. El 18 de octubre

El 18 de octubre fue un día de gran confusión. Multitudes inmensas iban y venían, con aspecto extraviado, por las calles de San Petersburgo. Se había obtenido una constitución. ¿Qué iba a pasar? ¿Qué es lo que estaba permitido y prohibido?

En la inseguridad de los días anteriores, yo dormía en casa de un amigo que estaba empleado al servicio del Estado[24]. El 18 por la mañana se acercó a mí, con la última hoja del *Praviteltsvenni Vestnik* [Monitor]. Una sonrisa de alegría y entusiasmo, que por lo demás trataba de reprimir su escepticismo habitual, se dibujaba sobre su fino rostro.

—¡Ha sido publicado el manifiesto constitucional!

—¡No es posible!

—Lea.

Nos pusimos a leer en voz alta. El documento expresaba primero la aflicción de un corazón paternal a la vista de los trastornos; afirmaba a continuación que «el dolor del pueblo es también nuestro dolor»; finalmente prometía de modo categórico todas las libertades, el derecho de legislar para la Duma y la extensión del derecho electoral.

Nos miramos en silencio. Resultaba difícil expresar los pensamientos y los sentimientos contradictorios que despertaba el manifiesto. La libertad de reuniones, la inviolabilidad de las personas, el control sobre la administración… Naturalmente, allí sólo estaban las palabras. Pero, en fin, ¿no eran las palabras mismas del zar? ¡Era Nicolás Romanov, el muy augusto patrón de los pogromistas, el Telémaco de Trépov, el autor de estas palabras! Y este milagro se había obtenido mediante la huelga general. Cuando los liberales, once años antes, solicitaron modestamente que existiese comunión entre el monarca autócrata y su pueblo, el *junker*[25] coronado les había tirado de las orejas como a niños traviesos, por sus «sueños absurdos». ¡También estas palabras eran suyas! Y ahora, se cuadraba bien estirado, con las manos siguiendo la costura del pantalón, ante el proletariado en huelga.

—¿Y usted qué piensa? pregunté a mi amigo.

—¡Los muy imbéciles han tenido miedo! respondió. Era una frase clásica en su género. Leímos el «muy respetuoso» informe de Witte, contrafirmado por el zar con esta observación: «A tomar en consideración».

—Tiene usted razón, dije, los imbéciles han tenido verdaderamente miedo.

Cinco minutos más tarde estaba en la calle. La primera persona que crucé era un estudiante sin aliento que tenía su gorra en la mano. Era un camarada del partido[26]. Me reconoció.

—Esta noche, las tropas han disparado sobre el Instituto Tecnológico. Dicen que les lanzaron una bomba desde el instituto… Es evidentemente una provocación… Hace un momento, una patrulla acaba de dispersar a sablazos una pequeña reunión en

la Avenida Zabalkanski. El profesor Tarlé, que había tomado la palabra, ha sido gravemente herido. Dicen que ha muerto…

—Vaya, vaya… No es un mal comienzo.

—Hay masas de gente que deambulan por todos lados. Se espera a los oradores. Me voy corriendo a la reunión de los agitadores del partido. ¿Qué piensas? ¿De qué será mejor hablar? ¿Debe ser ahora la amnistia el tema central?

—Ya se encargarán todos de hablar sin nosotros de la amnistia. Exigid que las tropas sean alejadas de San Petersburgo. Ni un soldado en veinticinco verstas a la redonda…

El estudiante prosiguió su camino corriendo y agitando su gorra. Una patrulla a caballo pasó por delante de mí. Trépov aún no se había apeado. La descarga dirigida sobre el instituto era el comentario que añadía al manifiesto. Estos mozos se habían encargado inmediatamente de destruir las ilusiones constitucionales.

Pasé delante del instituto Tecnológico. Seguía cerrado y custodiado por soldados. Sobre el muro estaba aún fijada la promesa de Trépov de «no ahorrar munición». Al lado de esta declaración, alguien había pegado el manifiesto del zar. En las aceras, la gente formaba pequeños grupos.

—¡A la Universidad!, clamó una voz. Allí se hablará.

Seguí a los demás. La marcha era rápida y en silencio. La multitud aumentaba de minuto en minuto. No se apreciaba alegría alguna; más bien incertidumbre e inquietud… Las patrullas no se dejaban ver y los agentes de policía se apartaban tímidamente de la muchedumbre. Las calles estaban engalanadas con banderas nacionales.

—¡Ah! ¡Ah! el Herodes, exclamó un obrero. El tío tiene miedo, ahora…

Risas de asentimiento le respondieron. La animación crecía visiblemente. Un adolescente arrancó de una puerta cochera la bandera tricolor con su asta, desgarró las bandas azul y blanca y esgrimió bien alto el pedazo rojo que quedaba del estandarte «nacional» por encima de la multitud. Decenas de personas le imitaron. Minutos después, una multitud de banderas rojas flotaban sobre la masa. Los jirones azules y blancos eran arrastrados, pisoteados… Atravesamos el puente y entramos en Vasilievski Ostrov. Sobre el muelle se había formado un inmenso embudo a través del cual la innumerable muchedumbre discurría pacientemente. Todo el mundo intentaba aproximarse al balcón desde el cual iban a hablar los oradores. El balcón, las ventanas y la flecha de la Universidad estaban adornados con banderas rojas. Me costó trabajo penetrar en el edificio. Tomé la palabra en tercer o en cuarto lugar. Desde el balcón se descubría un espectáculo asombroso. La calle estaba totalmente cubierta por el pueblo apretujado. Las gorras azules de los estudiantes y las banderas rojas ponían manchas claras sobre esta multitud de cien mil almas. Reinaba un silencio absoluto, todos querían escuchar a los oradores.

—¡Ciudadanos! Ahora que hemos puesto el pie sobre el pecho de los bandidos que nos gobiernan, se nos promete la libertad. Se nos prometen los derechos

electorales, el poder legislativo. ¿Y quién nos lo promete? Nicolás II. ¿De buena gana, por buena voluntad? Nadie se atrevería a pretenderlo. Comenzó su reinado felicitando a los cosacos por haber disparado sobre los obreros de Iaroslavl y, de cadáveres en cadáveres, llegó al Domingo sangriento del 9 de enero. Hemos obligado al infatigable verdugo que tenemos sobre el trono a prometernos la libertad. ¡Buen triunfo! Pero no os apresuréis a cantar victoria: no es completa. Una promesa de pago no vale lo que una moneda de oro. ¿Creéis que una promesa de libertad sea ya la libertad? Aquel de vosotros que crea en las promesas del zar, que venga a decirlo aquí arriba: nos gustará contemplar a este ser extraño. Mirad en derredor vuestro, ciudadanos, ¿ha cambiado algo desde ayer? ¿Se han abierto las puertas de nuestras prisiones? ¿No escucháis, como antes, los gemidos y rechinar de dientes que resuenan en sus muros malditos? ¿Han regresado a sus hogares nuestros hermanos, desde el fondo de los desiertos de Siberia?…

—¡Amnistía! ¡Amnistía! ¡Amnistía!, gritaron desde abajo.

—… Si el gobierno hubiese querido sinceramente reconciliarse con el pueblo, habría comenzado por conceder la amnistía. Pero, ciudadanos, ¿creéis que la amnistía lo es todo? Se dejará salir hoy un centenar de militantes políticos para detener mil mañana. ¿No habéis visto, al lado del manifiesto sobre las libertades, la orden de no escatimar munición? ¿No se ha disparado esta noche sobre el Instituto Tecnológico? ¿No se han ejecutado hoy cargas sobre el pueblo que escuchaba tranquilamente un orador? ¿No sigue siendo ese verdugo de Trépov el amo de San Petersburgo?

—¡Abajo Trépov!, gritaron nuevamente desde abajo.

—… ¡Abajo Trépov! Pero ¿creéis que es el único? ¿No hay en las reservas de la burocracia muchos otros truhanes que pueden remplazarle? Trépov nos gobierna con la ayuda de las tropas. Los soldados de la guardia, cubiertos con la sangre del 9 de enero: ahí está su apoyo y su fuerza. Es a ellos a quienes ordena que no ahorren la munición para vuestras cabezas y vuestros pechos. ¡No podemos, no queremos, no debemos seguir viviendo bajo el régimen del fusil! ¡Ciudadanos, exijamos ahora que las tropas sean alejadas de San Petersburgo! Que no quede un soldado en veinticinco verstas a la redonda. Los ciudadanos libres se encargarán de mantener el orden. Nadie tendrá que sufrir ni arbitrariedad ni violencia. El pueblo tomará a todos y a cada uno bajo su protección.

—¡Que se aleje a las tropas de San Petersburgo!

—… ¡Ciudadanos! Nuestra fuerza reside en nosotros mismos. Con la espada en la mano, hemos de tomar la guardia de la libertad. En cuanto al manifiesto del zar, ved: no es más que una hoja de papel. ¡Aquí está delante de vosotros y mirad: hago con ella un guiñapo! Nos la ha dado hoy, nos la quitaría mañana para hacerla pedazos, como yo desgarro en este momento, ante vuestras miradas, este papelucho de libertad…

Dos o tres oradores hablaron después y todos terminaron sus discursos invitando a la multitud a reunirse, a las cuatro, en la Avenida Nevski, frente a la Catedral de

Kazán, para ir desde allí a las prisiones a reclamar la amnistía.

X. El ministerio de Witte

El 17 de octubre, el gobierno del zar, cubierto por la sangre y las maldiciones de los siglos, capituló ante la sublevación de las masas obreras en huelga. Ningún intento de restauración podría nunca borrar de la historia este acontecimiento. Sobre la corona sagrada del absolutismo, la bota del proletario había aplicado su marca imborrable.

El mensajero de la capitulación, tanto en la guerra interior como en la extranjera, fue el conde Witte. Era un plebeyo, un advenedizo, un intruso en la alta burocracia; como las gentes de este medio, era inaccesible a la influencia de las ideas generales, de los principios morales y políticos; pero en comparación con sus rivales, tenía la ventaja de no estar vinculado por ninguna de las tradiciones de la nobleza, de la corte y de sus caballerizas. Esto le había permitido progresar, convertirse en un burócrata ideal, libre de compromisos no sólo hacia la necesidad, la religión, la conciencia y el honor, sino también hacia los prejuicios de su clase. Se adaptaba así con mayor facilidad a las exigencias elementales.

El mensajero de la capitulación, en la guerra interior de los monteros mayores, tenía el aire de un genio político.

La carrera constitucional del conde Witte descansa enteramente sobre la revolución. Durante diez años tenedor de libros no controlado y cajero de la autocracia, había sido, en 1902, absorbido por su adversario Pleve en el puesto sin importancia de presidente del Consejo de ministros. Cuando el propio Pleve hubo «pasado a la reserva» por la bomba de un terrorista, Witte logró hacerse valer, con el concurso de celosos periodistas, en el papel de salvador de Rusia. Se contaba con tono significativo que apoyaba todas las medidas liberales del conde Sviatopolsk-Mirski. Con ocasión de las derrotas que sufrimos en oriente, este hombre perspicaz meneaba la cabeza. En vísperas del 9 de enero respondió a los liberales asustados: «Sabéis que no dispongo del poder».

Así, los atentados terroristas, las victorias japonesas y los acontecimientos revolucionarios le abrieron el camino. Regresó triunfador de Portsmouth, donde había añadido su rúbrica a un tratado dictado por la bolsa mundial y sus agentes políticos. Hubiera podido creerse que era él, Witte, y no el mariscal Oyama, quien había alcanzado todas las victorias del Lejano Oriente. Sobre este hombre providencial se concentraba la atención del mundo burgués en su totalidad. En París, el periódico *Le Matin* había expuesto en vitrina un trozo de secante que Witte aplicara sobre su firma en Portsmouth. Todo en él excitaba el interés de los papanatas: su estatura colosal, su descuidado pantalón e incluso su nariz medio aplastada. La audiencia que obtuvo del emperador Guillermo fijó aún más sólidamente sobre su cabeza la aureola de gran hombre político. Por otra parte, su entrevista secreta con el emigrado Struve mostraba que podría lograr la adhesión del liberalismo más «sedicioso». Los banqueros se sentían transportados de alegría: este hombre sabría asegurarles el pago regular de sus intereses. Witte recuperó con un aire satisfecho y seguro de sí mismo su puesta sin

autoridad; pronunció discursos liberales en el comité y, especulando visiblemente sobre las perturbaciones, declaró que la diputación de los ferroviarios en huelga representaba «las mejores fuerzas del país». No se había equivocado en sus cálculos: la huelga de octubre le elevó al rango de ministro autócrata de la Rusia constitucional.

Witte dio su nota más liberal en el «muy respetuoso informe» en que exponía su programa. Intenta en él elevarse desde el punto de vista de la antecámara y del cortesano, desde el punto de vista de las covachuelas y del fisco, a la altura de las ideas políticas más generales. El informe reconoce en efecto que la agitación que se ha apoderada del país no es simplemente la obra de agitadores; que proviene de haberse roto el equilibrio entre las tendencias de la «sociedad» pensante y las formas exteriores de su existencia. Si, no obstante, se deja de lado el medio para el cual este informe estaba escrito, si se le considera como el programa de «un hombre de Estado», uno se sorprende por la indigencia del pensamiento, el sesgo evasivo y cobarde de la forma, la falta de precisión del lenguaje, hecho en realidad para las covachuelas. La declaración sobre las libertades públicas es presentada bajo un aspecto confuso, que subraya tanto más la energía de los comentarios por los que son limitadas estas libertades. Cuando se atreve a tomar la iniciativa de una reforma constitucional, Witte ni siquiera pronuncia el nombre de constitución. Espera realizarla insensiblemente en la práctica apoyándose sobre personas que ni su nombre pueden tolerar. Pero, para eso, requiere la tranquilidad. Declara pues que, de ahora en adelante, los arrestos, las confiscaciones y las ejecuciones tendrán lugar, aunque sobre la base de las antiguas leyes, «en el espíritu» del manifiesto del 17 de octubre. En su truhanesca simplicidad, esperaba que la revolución capitulara inmediatamente ante su liberalismo como el día anterior la autocracia había capitulado ante la revolución. Cometía un grosero error.

Si Witte recibió el poder gracias a la victoria o, por mejor decir, gracias a la semivictoria de la huelga de octubre, las propias circunstancias que le procuraron el ascenso vinieron a colocarle en una situación sin salida. La revolución no se mostró lo bastante fuerte como para demoler la vieja maquinaria gubernamental y construir una nueva con los elementos de su propia organización. El ejército permanecía en las mismas manos. Todos los viejos administradores, desde los gobernadores de provincia hasta los jefes de policía, elegidos para el servicio de la autocracia, conservaron sus puestos. Las antiguas leyes siguieron igualmente en vigor, en espera de la promulgación de otras nuevas. De esta manera, el absolutismo, en tanto que hecho material, subsistía íntegramente. Permanecía el mismo título, pues el nombre de autócrata siguió adherido al de zar. Es cierto que las autoridades recibieron la orden de aplicar las leyes del absolutismo «en el espíritu» del manifiesto de 17 de octubre pero era como si le hubieran propuesto a Falstaff entregarse a la orgía «con un espíritu de castidad». Como resultado, los autócratas locales de las sesenta satrapías rusas perdieron completamente la cabeza. Tanto se ponían a la cola de las

manifestaciones revolucionarias y saludaban militarmente la bandera roja, como parodiaban a Gessler, exigiendo que la población se descubriese ante ellos, en tanto que representantes de la persona sagrada de Su Majestad, ora autorizaban a los socialdemócratas a solicitar de las trepas que prestasen juramento, ora organizaban abiertamente matanzas contrarrevolucionarias. El resultado fue una anarquía completa. No existía el poder legislativo. Ni siquiera se sabía en qué momento y cómo serían convocados los representantes de este poder.

Cada vez eran mayores las dudas sobre si alguna vez llegaría a reunirse la Asamblea. Por encima de este caos, el conde Witte conservaba su equilibrio, esforzándose en mistificar Peterhof y la revolución y, posiblemente, mistificándose a sí mismo más que a nadie. Recibía innumerables diputaciones, radicales y reaccionarias, se mostraba igualmente prevenido con las unas como con las otras, exponía confusamente sus planes ante los corresponsales de Europa, redactaba todos los días comunicaciones gubernamentales en las que suplicaba con tono lacrimoso a los alumnos de los institutos que no participasen en las manifestaciones organizadas contra el poder y recomendaba a todas las clases de los institutos y a todas las clases de la sociedad el autodominio y el regreso a un trabajo regular; en pocas palabras, hacía todas las estupideces imaginables.

Como contrapartida, los elementos contrarrevolucionarios de la burocracia no perdían su tiempo. Habían aprendido a sus propias expensas a apreciar la ayuda de las «fuerzas sociales»: en todas partes suscitaban organizaciones de pogromistas y, sin cuidarse de la jerarquía burocrática, oficial, se unían estrechamente, teniendo además un hombre propio en el mismo ministerio, un hombre llamado Durnovo. Se trataba de uno de los más viles representantes de la vil burocracia rusa, un canalla a quien el inolvidable Alejandro III se había visto obligado a expulsar diciendo: «¡Quitadme ese cerdo de mi vista!» Se sacó a Durnovo del cubo de basura para servirse de él, en calidad de ministro del Interior, como contrapeso del jefe «liberal» del gabinete. Witte aceptó esta colaboración deshonrosa incluso para él y vio así su propio papel reducido a una ficción, así como el manifiesto había sido reducido por la práctica burocrática. Tras haber publicado toda una serie de escritos confusos, redactados según el espíritu liberal de las covachuelas y fatigosos para todo el mundo, Witte llegó a la conclusión de que la sociedad rusa carecía del más rudimentario sentido político, de toda fuerza moral y de instintos sociales. Constató su propio fracaso y previó que una sangrienta política de represión sería inevitable como medida preparatoria para la instauración del nuevo régimen pero no se juzgaba llamado a cumplir esta obra, creía carecer de «las capacidades necesarias» y prometió ceder su lugar a otro. Mentía una vez más en esta ocasión. Primer ministro sin autoridad, despreciado de todos, conservó su puesto durante todo el período de diciembre y enero, mientras que el dueño de la situación, Durnovo, con las mangas remangadas, realizaba su trabajo de carnicero contrarrevolucionario.

XI. Los primeros días de «libertad»

El mismo día de la publicación, el sóviet dijo clara y limpiamente lo que pensaba. Los representantes del proletariado exigieron la amnistía, la dimisión de la policía de arriba abajo, el alejamiento de las tropas y la creación de una milicia popular. Comentando esta resolución en un artículo de fondo de *Izvestia* escribíamos: «De manera que se nos da una constitución. Nos es concedida la libertad de reunión pero las reuniones son acosadas por la tropa. Se nos ha dado la libertad de palabra y no ha sido tocada la censura. Se nos ha dado la libertad de la ciencia pero las universidades están ocupadas por los soldados. Se nos ha dado la inviolabilidad de la persona pero las prisiones están atestadas. Se nos ha dado a Witte pero se ha dejado a Trépov. Se nos ha dado una constitución pero la autocracia permanece. Se nos ha dado todo y no tenemos nada». ¿Y esperan aún un apaciguamiento? Se verán decepcionados. «El proletariado sabe lo que quiere y lo que no quiere. No quiere a ese bribón de policía que se llama Trépov, ni a ese cortesano liberal que se llama Witte; no quiere ni al lobo, ni a la zorra. No quiere la *nagaika* envuelta en el pergamino de la constitución».

El sóviet emite entonces esta decisión: la huelga general continúa.

Las masas obreras ejecutan la voluntad del sóviet con una unanimidad sorprendente. Ningún humo sale de las chimeneas de las fábricas; son aquéllas como los testigos mudos de la incredulidad de los barrios obreros en que no ha penetrado la ilusión constitucional. Sin embargo, a partir del 18, la huelga pierde su carácter combativo. Se transforma en una grandiosa manifestación de desconfianza. Pero he aquí que la provincia, a la que ha desbordado la capital en su lucha, vuelve al trabajo. El 19 termina la huelga en Moscú. El Sóviet de San Petersburgo fija la vuelta al trabajo para el 21 de octubre a mediodía. Abandonando el último el campo de batalla, organiza una admirable demostración de disciplina proletaria: invita a miles y miles de obreros a dejar sus herramientas el mismo día y a la misma hora.

Antes de que concluyese la huelga de octubre pudo apreciar el sóviet la enorme influencia que había adquirido en una semana: lo vio el día en que, a petición de las multitudes, se puso a su cabeza y pasó con ellas en cortejo por las calles de San Petersburgo.

El 18, hacia las cuatro de la tarde, cientos y miles de personas se habían reunido ante la catedral de Kazán. El lema era «amnistía». La muchedumbre quería ir a las prisiones, solicitaba ser dirigida y avanzó hacia el lugar en que tenían su sesión los diputados obreros. A las seis de la tarde, el sóviet designa tres de sus miembros para conducir la manifestación. Ostentando vendas blancas sobre la cabeza y en el brazo, se asoman en la ventana del tercer piso. Abajo, el océano humano respira y se agita. Las banderas rojas flotan sobre la negra superficie como las velas de la revolución. Fuertes clamores acogen a los elegidos. El sóviet en pleno baja a la calle y se sumerge en la multitud. «¡Un orador!». Decenas de brazos se tienden hacia el orador; un instante más y se encuentra en pie sobre los hombros de un desconocido.

«¡Amnistía! ¡A las cárceles!». Himnos revolucionarios, gritos sin fin… Sobre la plaza de Kazán y cerca de la de Alejandro, las cabezas se descubren: aquí se unen a los manifestantes las sombras de las víctimas del 9 de enero. Se canta en su honor *Memoria eterna* y *Caísteis en sacrificio…* Las banderas rojas pasan delante de la casa de Pobedonóstsev. Se elevan silbidos y maldiciones. ¿Las escucha el viejo buitre? Podría asomarse sin miedo: en este momento, nadie le tocaría. ¡Contemple con sus propios ojos el viejo criminal al pueblo revolucionario que se ha hecho amo de San Petersburgo! ¡Y adelante!

Dos o tres manzanas de casas más y la multitud se encuentra ante la prisión de detención preventiva. Llegan noticias de que un fuerte destacamento de soldados se halla emboscado en la misma. Los guías de la manifestación deciden adelantarse para un reconocimiento. En este momento se acerca una diputación de la Unión de Ingenieros —más tarde se supo que la mitad de los miembros de esta diputación habían usurpado su título— y anuncia que el ukase de amnistía está ya firmado. Todas las casas de detención están ocupadas por tropas y la Unión puede afirmar, de fuente segura, que de aproximarse la multitud a las prisiones, Trépov tiene las manos libres y por consiguiente se hace inevitable la efusión de sangre. Tras ponerse rápidamente de acuerdo, los representantes del sóviet dispersan la multitud. Los manifestantes juran que si el ukase no se promulga, se reunirán ante el llamamiento del sóviet y marcharán sobre las prisiones.

La lucha por la amnistía tuvo lugar en todos los puntos del país. En Moscú, el 18 de octubre, una multitud enorme obtuvo del general gobernador la liberación inmediata de los prisioneros políticos cuya lista fue entregada a una diputación del Comité de huelga[27] —futuro Sóviet de Diputados Obreros de Moscú—; la liberación se efectuó bajo el control de esta diputación. El mismo día el pueblo rompía las puertas de las prisiones de Simferopol, sacando a los presos políticos en la impedimenta. En Odesa y Reval, los reclusos salieron igualmente de sus calabozos ante la petición formal de los manifestantes. En Bakú, un intento de asalto llevó a una escaramuza con las tropas: hubo tres muertos y dieciocho heridos. En Saratov, Windau, Tachkent, Poltava, Kovno… en todas partes, avanzaban las manifestaciones hacia las cárceles. «¡Amnistía!». No sólo las piedras de las calles, sino hasta la misma Duma municipal de San Petersburgo repetía este grito.

—«¡Vamos, gracias a Dios! ¡Les felicito, señores!», declaró Witte, colgando el teléfono y dirigiéndose a tres obreros que representaban al sóviet.

—«El zar ha firmado la amnistía».

—«¿Es una amnistía entera o parcial, conde?».

—«La amnistía es otorgada dentro de límites razonables pero aun con todo es bastante amplia».

El 22 de octubre el gobierno publicaba finalmente el ukase imperial «sobre el alivio de la suerte de las personas que, antes de la promulgación del manifiesto, se hubiesen mostrado culpables de actos criminales contra el Estado»; era un acto de

mezquino cambalache, redactado con toda una graduación de «misericordias». Era la obra lógica de un poder en el que Trépov encarnaba el Estado y Witte el liberalismo.

Pero hubo una categoría de «criminales de Estado» a quienes este ukase no alcanzó y no podía alcanzar. Eran aquéllos a los que se había torturado, decapitado, estrangulado, despedazado y fusilado, eran todos los que habían muerto por la causa popular. En estas horas de octubre en que las masas revolucionarias se inclinaban piadosamente sobre las plazas ensangrentadas de San Petersburgo, conmemorando las víctimas del 9 de enero, había ya en los depósitos de la ciudad nuevos cadáveres, los de los primeros muertos de la era constitucional. La revolución no podía devolver la vida a sus nuevos mártires, resolvió sencillamente adoptar el luto y hacerles funerales solemnes. El sóviet fija para el 23 de octubre la manifestación general de las exequias. Se propone informar de ello al gobierno por diputación, alegando ciertos precedentes: el conde Witte había dado orden, efectivamente, un día, de poner en libertad a dos agitadores detenidos en un mitin; en otra ocasión, había hecho abrir de nuevo la fábrica estatal del Báltico, cerrada durante la huelga de octubre. Después de escuchar las objeciones y advertencias de los representantes oficiales de la socialdemocracia, la asamblea decide hacer saber al conde Witte, mediante una delegación especial, que el sóviet toma sobre sí la responsabilidad del orden durante la manifestación y exige que sean alejadas la policía y las tropas.

El conde Witte está muy ocupado y acaba de rehusar una audiencia a dos generales; pero recibe sin discusión a la diputación del sóviet. ¿Un desfile? Nada tiene personalmente que objetar: «Los desfiles de este género son perfectamente tolerados en Europa occidental». Pero esto no le concierne. Es preciso dirigirse a Dmitri Fedorovich Trépov, puesto que la ciudad se halla confiada a su custodia.

—No podemos dirigirnos a Trépov; carecemos de los poderes necesarios.

—Lo siento. De otro modo, podrían comprobar por ustedes mismos que no es en modo alguno la bestia feroz que se pretende.

—¿Y qué dice de la famosa orden: «No ahorrar munición», conde?

—¡Oh! Es una frase que se le escapó en un momento de cólera…

Witte da un telefonazo a Trépov, le participa con deferencia su deseo de «que no se vierta sangre» y espera una decisión. Trépov, altivamente, le envía al *gradonatchalnik*. El conde escribe con toda rapidez unas palabras a este último y entrega la carta a la diputación.

—Tomamos su carta, conde, pero pretendemos conservar la libertad de nuestros actos. No estamos seguros de tener que utilizar esta nota.

—¡Ah! ¡Naturalmente, naturalmente! Nada tengo que objetar a eso[28].

Es un verdadero corte en la historia de octubre. El conde Witte felicita a los obreros revolucionarios por haber obtenido la amnistía. El conde Witte desea que el desfile tenga lugar sin efusión de sangre, «como en Europa». Poco seguro de poder derribar a Trépov, intenta entonces reconciliar con él al proletariado. Representante supremo del poder, se sirve de una diputación obrera para solicitar del jefe de policía

que tenga a bien tomar la constitución bajo su custodia. ¡Cobardía, bribonada, estupidez! Tal es la divisa del gobierno constitucional.

En contrapartida, Trépov camina recto hacia adelante. Declara que «en esta época de trastornos, en el momento en que una parte de la población está dispuesta a alzarse, con las armas en la mano, contra la otra, ninguna manifestación sobre el terreno político, en el interés mismo de los manifestantes, puede ser tolerada» e invita a los organizadores de la manifestación a renunciar a su designio… «en razón de las penosas consecuencias que podrían tener las medidas de firmeza que deberá tomar sin duda la autoridad policial». Era claro y nítido como un sablazo o un disparo de fusil. Armar la canalla de la ciudad en las comisarías, echarla sobre la manifestación, ocasionar la confusión y aprovecharla para hacer intervenir la policía y las tropas, atravesar la ciudad como un ciclón, dejando tras de sí la sangre, la devastación, el humo de los incendios y la rabia impotente de la multitud, era el invariable programa del bribón de policía a quien un bragazas coronado había confiado la suerte del país. Los platillos de la balanza gubernamental oscilaban en aquel momento: ¿Witte o Trépov? ¿Iba a ampliarse la experiencia constitucional o a ahogarla en un pogromo? Decenas de ciudades, durante esta luna de miel, se convirtieron en teatros de acontecimientos atroces cuyos hilos se encontraban en manos de Trépov. Pero Mendelssohn y Rothschild preferían la constitución: las leyes de Moisés, como las de la bolsa, les prohíben el consumo de sangre fresca. En eso residía la fuerza de Witte. La situación oficial de Trépov fue desmontada y San Petersburgo era su último reducto.

El momento estaba cargado de responsabilidades. El sóviet de Diputados no tenía interés alguno en apoyar a Witte y tampoco el deseo de hacerlo, cosa que demostró unos días más tarde. Y bajar a la calle era ir al encuentro de las miras del general. Naturalmente, la situación política no se resumía sólo en el conflicto que había surgido entre la bolsa y las cámaras de tortura. Era posible situarse por encima de los planes de Witte y de Trépov y buscar conscientemente un encuentro para barrer a ambos. Ésta era precisamente, en su dirección general, la política del sóviet: miraba bien de frente y marchaba hacia un conflicto. Sin embargo, no se creía autorizado a acelerar su llegada. Mejor sería más tarde. Buscar una batalla decisiva en una manifestación de duelo, en el momento en que la energía titánica desplegada por la huelga de octubre comenzaba a decaer, abriendo paso a una reacción psicológica temporal de cansancio y satisfacción, hubiera sido un error monstruoso.

El autor de este libro —creo necesario mencionar este hecho porque, más tarde, he incurrido frecuentemente en severos reproches a este respecto— propuso renunciar a la manifestación proyectada con ocasión de las exequias. El 22 de octubre, en una sesión extraordinaria del sóviet, a la una de la madrugada, después de debates apasionados, la moción que habíamos preconizado fue adoptada por aplastante mayoría. Éste era su texto: «El Sóviet de Diputados Obreros tenía la intención de organizar funerales solemnes a las víctimas de un gobierno criminal el

domingo 23 de octubre. Pero la intención pacífica de los obreros de San Petersburgo ha indignado a todos los representantes sanguinarios de un régimen que expira. El general Trépov, que se ha alzado sobre los cadáveres del 9 de enero y que nada tiene que perder en la estima de la revolución, ha lanzado hoy un desafío al proletariado de la capital. Trépov, en su insolente declaración, da a entender que dirigirá contra el pacífico cortejo las bandas negras armadas por la policía y que, a continuación, bajo el pretexto de apaciguamiento, ensangrentará una vez más las calles de San Petersburgo. A fin de deshacer este plan diabólico, el Sóviet de Diputados declara que el proletariado de la capital librará su última batalla al gobierno del zar, no en el día y la hora que escoja Trépov, sino cuando las circunstancias se presenten de manera ventajosa para el proletariado organizado y armado. En consecuencia, el Sóviet de Diputados decide sustituir las exequias solemnes por imponentes mítines que serán organizados en diversos lugares de la ciudad para honrar a las víctimas; se recuerda además que los militantes caídos en el campo de batalla nos han dejado, al morir, la consigna de multiplicar nuestros esfuerzos para armarnos y acelerar la proximidad del día en que Trépov, con toda su banda policial, sea arrojado al montón de inmundicias en que debe ser sepultada la monarquía».

XII. Los sicarios de Su Majestad

El sóviet liquidaba la huelga de octubre en días sombríos: los llantos de inocentes asesinados, las maldiciones furiosas de las madres, los estertores de los viejos y los rugidos de la desesperación subían hacia los cielos desde todos los puntos del país. Un gran número de ciudades y localidades se había transformado en un infierno. El humo de los incendios velaba los rayos del sol, las llamas devoraban calles enteras, sus casas y sus habitantes. El antiguo régimen se vengaba de las humillaciones que había sufrido.

Reunió por todas partes sus falanges, en todos los escondrijos, en todos los cuchitriles, en todas las madrigueras. Podía reconocerse en este ejército al pequeño tendero y al mendigo, al tabernero y a su cliente habitual, al dependiente y al soplón, al ladrón profesional y al ratero, al pequeño artesano y al portero de la casa de placer, al oscuro *mujik* hambriento y al recién llegado del campo a quien aturde el estruendo de la fábrica. La amarga pobreza, la desesperanzada ignorancia y la relajada se situaron bajo las órdenes de los intereses privilegiados y la anarquía de las clases dominantes.

Los malandrines se habían entrenado en las manifestaciones de masa, en los cortejos «patrióticos» que formaron al comienzo de la guerra ruso-japonesa. Es entonces cuando se vieron aparecer los accesorios indispensables: el retrato del emperador, una botella de vodka y la bandera tricolor. Desde entonces, la organización regular de los bajos fondos recibió un prodigioso desarrollo: si la masa de los fautores de pogromos —en tanto que pueda hablarse aquí de «masa»— se recluta casi al azar, el núcleo de este ejército siempre es disciplinado y organizado militarmente. Recibe desde arriba y transmite hacia abajo la consigna, fija la hora de la manifestación y la medida de las atrocidades a cometer. «Puede organizarse un pogromo a vuestra gusto —declaraba un funcionario del Departamento de Policía llamado Kommisarov—, tendremos diez hombres si lo desea y diez mil si los necesita[29]».

Cuando un pogromo debe tener lugar, todo el mundo lo sabe de antemano: se distribuyen llamamientos, artículos odiosos aparecen en el órgano oficial *Gubernskia Viedomisti* [La Información Provincial], en ocasiones incluso se publica una gaceta especial. El *gradonatchalnik* de Odesa firma y lanza una proclama para llamar a la matanza a las bandas negras. Cuando ha sido preparado el terreno, se ve venir a los especialistas de este género de asuntos como actores en gira. Esparcen rumores siniestros entre las masas ignorantes: los judíos se disponen, parece ser, a caer sobre los ortodoxos; los socialistas han profanado un verdadero icono; los estudiantes han hecho pedazos un retrato del zar. Si no hay universidad en la ciudad, se atribuye este sacrilegio a miembros del *zemstvo* liberal o incluso a alumnos del instituto. Son extrañas noticias que se transmiten de un extremo a otro del país por telégrafo, confirmadas incluso por personajes oficiales. Al mismo tiempo, los preparativos

continúan: se redactan listas de proscripción en las que son mencionadas las residencias y las personas que los bandidos deben atacar en primer lugar; un plan general es elaborado; se hace venir de los suburbios, para una fecha determinada, a los miserables, a los hambrientos. Al llegar el gran día, el oficio divino es celebrado en la catedral. El obispo pronuncia un sermón. En cabeza del cortejo patriótico marcha el clero, con el retrato del zar sacado de la jefatura de policía, con innumerables banderas nacionales. La música militar acompaña a la procesión y toca sin descanso. A los lados y en cola, la policía. Los gobernadores saludan al cortejo, los jefes de policía besan en público a los directores de la banda. Las campanas de las iglesias redoblan. «¡Descubrirse!». En medio de la multitud están diseminados instructores especiales, venidos de fuera, y miembros de la policía local, de civil, pero que a veces, por falta de tiempo, han conservado el pantalón del uniforme. Siguen atentamente todo lo que sucede, animan, exaltan a la multitud, la hacen comprender que todo está permitido y buscan la ocasión de abrir fuego. Al comienzo sólo se rompen cristales, se maltrata a los viandantes o se entra de paso en las tabernas donde se bebe gratis. La música militar repite incansablemente el himno ruso, «¡Dios guarde al emperador!», el himno de los pogromos. Si la ocasión se hace esperar demasiado, se la provoca: alguien escala un granero y, desde allí arriba, dispara sobre la multitud, casi siempre al aire. Las bandas armadas de pistolas por la policía cuidan de que el furor de la multitud no se paralice por el espanto. Al disparo del provocador, responden con una salva dirigida hacia las ventanas de un piso designado de antemano. Rompen todo en las tiendas y extienden delante del cortejo piezas de paño y de seda que proceden de un pillaje. Si se tropieza con medidas de defensa, las tropas regulares vienen en ayuda de los bandidos; todo retrocede ante los fusiles… Protegida en su vanguardia y en su retaguardia por patrullas de soldados, por un escuadrón de cosacos que se adelanta a un reconocimiento, dirigida por policías y provocadores, acompañada de mercenarios y merodeadores voluntarios que husmean la ganancia, la banda se precipita a través de la ciudad en una locura de embriaguez y de sangre[30]… El pordiosero es amo de la situación. Hace un momento todavía esclavo tembloroso, perseguido por la policía, muerto de hambre, siente que ahora ninguna barrera podría oponerse a su despotismo. Todo le está permitido, dispone del honor como de los bienes de los ciudadanos, tiene derecho de vida y muerte. Si le conviene, arrojará a la calle una anciana desde la ventana de un tercer piso, destrozará un piano, romperá a silletazos la cabeza de un lactante, violará una niña ante los ojos de la multitud, hundirá clavos en un cuerpo vivo… Asesina familias enteras; rocía de petróleo una casa, hace de ella un brasero y, con su garrote, termina con los que se arrojan al pavimento. Los miserables irrumpen en un hospicio armenio, decapitan ancianos, enfermos, mujeres, niños… No hay suplicio imaginado por un cerebro furioso de vino y de fanatismo que le sea prohibido. Lo puede todo, y a todo se atreve… ¡Dios guarde al emperador! ¡Un joven ha visto tan de cerca la muerte que sus cabellos, en unos minutos, han emblanquecido! ¡Un muchachito de diez años que

ha perdido la razón sobre los cadáveres mutilados de sus padres! ¡Un médico que ha conocido todos los horrores del sitio de Port Arthur sin vacilar pero que no ha podido soportar unas horas del pogromo de Odesa y se sume en las tinieblas eternas de la locura! ¡Dios guarde al emperador!… Ensangrentadas, quemadas, enloquecidas, las víctimas corren de un lado a otro en un pánico de pesadilla, buscando una sombra de salvación. Unos despojan a los muertos de sus vestidos sangrientos, se los ponen y se acuestan entre los montones de cadáveres, permaneciendo inmóviles en ellos durante horas, durante uno, dos o tres días… Otros caen de rodillas ante los oficiales, los policías, ante los asesinos, extienden los brazos, se arrastran en el polvo, besan las botas de los soldados, suplican, piden socorro. La respuesta son risas de borracho. «Habéis querido la libertad, ¡disfrutad de ella!». En estas palabras se resume la moral, la infernal política de los pogromos… Ebrio de sangre, el pordiosero prosigue su camino. Lo puede todo, se atreve a todo, es el amo. El «zar blanco» le ha permitido todo, ¡viva el zar blanco[31]!.

No se equivoca. Es el autócrata de toda Rusia, y no otro, quien sirve de protector supremo a esta camorra semigubernamental de bandidos y asesinos, apoyada por la burocracia oficial, que agrupa en las provincias más de cien representantes de la alta administración y tiene por Estado Mayor la camarilla de cortesanos. Limitado y atemorizado, todo poderoso y nulo de espíritu, presa de prejuicios dignos de un esquimal, envenenada la sangre con todos los vicios de la raza imperial, Nicolás Románov, como muchos de los de su oficio, alía la más crapulosa depravación con una ferocidad apática. La revolución, a partir del 9 de enero, le despojó de sus insignias sagradas y en adelante ha de imponer él mismo sin vergüenza su corrupción. Están lejos los días en que, permaneciendo él mismo en la sombra, se contentaba con los servicios de Trépov para la organización de los pogromos[32]. Ahora se muestra orgulloso del vínculo que le une a la insolente canalla de las tabernas y las compañías disciplinarias. Arrojando a los pies el principio tontamente convencional de «la monarquía fuera de los partidos», intercambia telegramas amistosos con bandidos reputados como tales, concede audiencias a «patriotas», a quienes el desprecio general ha cubierto de salivazos y, ante las exigencias de la Unión del Pueblo Ruso, otorga la gracia sin excepción a los asesinos y los saqueadores a los que sus propios tribunales han condenado. Es difícil imaginarse un sinvergüenza con menos respeto hacía el ideal místico de la monarquía: en no importa qué país, no importa qué tribunal se creería obligado a condenar a este verdadero y auténtico soberano a trabajos forzados a perpetuidad, a menos de reconocer en él un caso de locura completa.

Durante la sombría bacanal de octubre, comparada con la cual los horrores de la noche de San Bartolomé sólo parecen un inocente efecto teatral, hubo, en cien ciudades, de tres a cuatro mil personas asesinadas y diez mil mutiladas. Las pérdidas materiales, estimadas en decenas, si no en cientos de millones de rublos, sobrepasan con mucho los daños sufridos por los propietarios durante las agitaciones agrarias…

¡Así es como el antiguo régimen se vengaba de haber sido humillado!

¿Cuál fue el papel de los obreros en presencia de tantas atrocidades?

A finales de octubre, el presidente de la Federación de Sindicatos de los Estados Unidos envió, dirigido al conde Witte, un telegrama en el que invitaba enérgicamente a los obreros rusos a reaccionar contra los pogromos que amenazaban la libertad recientemente conquistada. «En nombre de tres millones de obreros organizados —terminaba el telegrama— y aun más, en nombre de todos los obreros de los Estados Unidos, os ruego, señor conde, transmitir este mensaje a vuestros conciudadanos, nuestros hermanos obreros». Pero el conde Witte, que se daba algún tiempo atrás aires de demócrata en América, proclamando que «la pluma es más fuerte que la espada», no encontró vergonzoso esconder el telegrama en el cajón más secreto de su despacho. El sóviet no fue informado a este respecto sino en noviembre, y por caminos desviados pero los obreros rusos —y ello les honra— no habían esperado las advertencias de sus amigos de ultramar para intervenir activamente en la aventura sangrienta. En gran número de ciudades organizaron compañías armadas que resistieron a veces heroicamente a los bandidos y si la tropa, por su parte, hubiera guardado al menos la neutralidad, las milicias obreras no hubiesen precisado esfuerzo alguno para reprimir los desbordamientos de los bribones.

«Al lado de esta pesadilla —escribía entonces Nemirovich-Danchenko, viejo escritor, absolutamente extraño al socialismo y al proletariado—, al lado de esta noche de Walpurgis del monstruo moribundo, considerad la asombrosa firmeza, el orden y la disciplina que presidieron el grandioso movimiento de la clase obrera. Éstos no se han deshonrado ni por asesinatos, ni por pillajes; por el contrario, en todas partes han venido en ayuda de la sociedad y, ciertamente, se han mostrado mucho más capaces que la policía, los cosacos y los gendarmes de defenderla contra la locura devastadora de los caínes sanguinarios. Las compañías obreras se han formado allí donde los bribones comenzaban a manifestar su locura furiosa. La fuerza nueva que entra en la arena de la historia ha aparecido tranquila en la consciencia de su derecho, moderada por el triunfo de su ideal de bien y de libertad, organizada y disciplinada como un verdadero ejército, sabiendo perfectamente que la victoria para ella es la victoria de todas las ideas generosas en cuyo nombre la humanidad existe, de todo lo que satisface al hombre, de todo aquello por lo que lucha y soporta mil tormentos».

No hubo pogromos en san Petersburgo. Sin embargo, los preparativos de la matanza se hicieron abiertamente. La población judía de la capital vivían en continua alarma. A partir del 18, en diversos barrios de la ciudad, fueron maltratados estudiantes, obreros agitadores, judíos. Las bandas no se muestran sólo en las afueras de la ciudad; avanzan sobre la avenida Nevski, se arrojan sobre los viandantes con abucheos y silbidos, empleando mazos, navajas automáticas y *nagaikas*. Varios diputados del sóviet se vieron atacados, proveyéndose entonces de revólveres los miembros de esta organización. Agentes de policía incitaban a los comerciantes y a

sus dependientes a atacar el cortejo fúnebre que debía atravesar la ciudad el 23 de octubre… Si las Centurias Negras fueron obligadas a contentarse con una guerra de guerrillas, no fue por culpa suya.

Los obreros se preparaban activamente para defender la ciudad. Algunos equipos se comprometieron a bajar a la calle en cuanto el teléfono les señalara el peligro. Las tiendas de armas vendían las *brownings* sin contar y sin preocuparse de los límites fijados a este comercio por la policía. Pero los revólveres cuestan caro, sus precios no son abordables para las gentes del pueblo: los partidos revolucionarios y el sóviet llegan difícilmente a proporcionar a sus compañías las armas indispensables. Sin embargo, los rumores que anuncian un pogromo se hacen cada vez más amenazadores. El 29 de octubre, un poderoso impulso arrastra a las masas proletarias de San Petersburgo: cada uno se arma como puede. Todas las fábricas, todos los talleres que trabajan el hierro o el acero comienzan a fabricar, por su propia iniciativa, armas blancas. Varios miles de martillos dan forma a puñales, picas, látigos de alambre y mazos. Por la noche, en la sesión del sóviet, los diputados suben a la tribuna uno tras otro, exhiben sus cuchillos, los blanden bien alto por encima de las cabezas y hacen público el juramento hecho por sus electores de aplastar el pogromo al primer intento. Semejante manifestación podía ya bastar para paralizar toda iniciativa de los bandidos de profesión pero los obreros no se limitaron a eso. En el arrabal del Neva, en los barrios de las fábricas, organizaron una verdadera milicia con servicios de noche regulares. Determinados grupos se encargaron además de montar guardia en los locales de la prensa revolucionaria. Era una medida indispensable en una época en que el periodista redactaba su artículo y el cajista de pie ante su caja, tenían cada uno su revólver en el bolsillo…

Armándose para la defensa contra las bandas negras, el proletariado se armaba necesariamente contra el poder imperial. El gobierno lo comprendía muy bien y manifestó su inquietud. El 8 de octubre, *Pravitelsvenni Vestnik* [El Monitor] hizo conocer al público lo que todo el mundo sabía muy bien sin él: «En estos últimos tiempos, los obreros se arman con revólveres, escopetas, puñales, cuchillos y picas. Entre los obreros de este modo armados, y cuyo número se eleva, según nuestras informaciones, a seis mil, se ha formado un grupo que ha tomado el nombre de milicia, o compañía de protección, y cuyo efectivo es de unos trescientos hombres; estos obreros recorren las calles por la noche, en destacamentos de diez, baja pretexto de mantener el orden; su objeto es en realidad proteger a los revolucionarios contra las medidas de la policía o contra el ejército».

Una campaña regular se abrió en San Petersburgo contra las milicias. Sus destacamentos fueron dispersados y sus armas confiscadas pero, en ese momento, había pasado todo riesgo de pogromo. En sentido contrario, otro peligro se anunciaba, mucho más grave. Si el gobierno concedía permiso a sus francotiradores, hacía entrar en escena a sus tropas regulares de *bachibuzuks*[33], sus cosacos y sus regimientos de la guardia; se preparaba a librar una batalla en toda línea.



XIII. El asalto a las bastillas de la censura

El Soviet de San Petersburgo condujo una hermosa campaña —bien regulada, conforme a todas las exigencias de la política y finalmente victoriosa— por la defensa de la libertad de prensa. Encontró un fiel compañero de lucha en una joven pero sólida organización profesional y política: el Sindicato de Obreros de la Prensa.

«La libertad de prensa —declaraba un orador obrero en una poblada reunión del Sindicato que precedió a la huelga de octubre—, no sólo nos es necesaria en tanto que ventaja política. Es para nosotros una reivindicación económica. La literatura, arrancada a las tenazas de la censura, permitirá la expansión del arte tipográfico y de las ramas industriales a él vinculadas». Desde entonces, los obreros de la prensa emprenden una lucha sistemática contra los reglamentos de la censura. Ya antes, durante todo el año 1905, las tipografías legalmente autorizadas habían imprimido literatura clandestina pero este trabajo se realizaba con toda clase de precauciones y en una medida muy limitada. A partir de octubre, gran número de cajistas se ocupan de componer escritos de naturaleza ilegal. Apenas se sienten molestias en las imprentas por efectuar semejante trabajo. Al mismo tiempo, los obreros ejercen una presión más fuerte sobre los editores. Los cajistas exigen que la publicación de los periódicos se haga sin tener en cuenta los reglamentos de la censura y amenazan, si no logran satisfacción, con abandonar el trabajo. El 13 de octubre, se reúne una conferencia de representantes de los periódicos. Los reptiles del *Novoie Vremia* se encuentran sentados al lado de los radicales de extrema izquierda y este arca de Noé de la prensa petersburguesa decide «no solicitar del gobierno la libertad de prensa, sino realizarla por su propia cuenta». ¡Cuánto valor cívico en esta decisión! Afortunadamente, la huelga general protege a los editores y su audacia no es puesta a prueba. La «constitución» viene después en su ayuda. Los peligros del martirio político son apartados, a la mirada se abren perspectivas más radiantes, puesto que se puede contemplar un acuerdo con el nuevo ministerio.

El manifiesto del 17 de octubre no decía nada acerca de la libertad de prensa. El conde Witte explicaba empero a las diputaciones liberales que este silencio era un signo de asentimiento, que la libertad de palabra, que era prometida, se extendía igualmente a la prensa. Pero, añadía el primer ministro, hasta la promulgación de una nueva ley sobre la prensa, la censura permanece en vigor. Se equivocaba: su censura constitucional fue tan impotente como él mismo. No fueron los editores, fueron los obreros quienes lo decidieron.

«El manifiesto del zar ha proclamado la "libertad" de la palabra en Rusia —declaró el sóviet el 19 de octubre— pero la Administración Principal de los Asuntos de Prensa subsiste todavía, el lápiz de la censura continúa sus hazañas… La libertad de la palabra impresa aguarda a ser conquistada por los obreros. El Sóviet de Diputados decide que sólo podrán salir los periódicos cuyos redactores conserven su independencia respecto al comité de la censura, sin someter sus números a la

aprobación, y procedan como el Sóviet de Diputados en la publicación de su periódico. Por consiguiente, los cajistas y restantes camaradas obreros de la prensa que concurren con su trabajo a la publicación de los periódicos, no se pondrán a la obra sino después de haber obtenido de los redactores la promesa formal de realizar la libertad de prensa. Hasta ese momento, los obreros de los periódicos continuarán la huelga y el sóviet de Diputados adoptará todas las medidas necesarias para que los camaradas en huelga disfruten de su salario. Los periódicos que no se sometan a la presente decisión serán confiscados en los lugares de venta y destruidos, las máquinas impresoras serán saboteadas y los obreros que hubiesen transgredido la interdicción del sóviet serán objeto de boicot».

Esta decisión que, unos días después, se extendía a todos los periódicos, libros y folletos, constituyó la nueva ley sobre la prensa. La huelga de la imprenta prosiguió con la huelga general hasta el 21 de octubre. El sindicato de obreros de la prensa decidió no quebrantar el paro ni siquiera para la impresión del manifiesto constitucional y su voluntad fue rigurosamente observada. El manifiesto no apareció más que en *Pravitelstvenni Vestnik* [Monitor], que era compuesto por soldados. Hay que añadir que un periódico reaccionario, *Sviet* [La Luz], editó un ejemplar clandestino de la proclama del zar y lo hizo escondiéndose de sus propios cajistas. *Sviet* pagó caro el gesto: su imprenta fue saqueada por los obreros de las fábricas.

¡Sólo nueve meses habían transcurrido desde el peregrinaje de enero hacia el Palacio de Invierno! ¡Era posible! ¡Diez meses antes, este mismo pueblo suplicaba al zar que le concediese la libertad de prensa! ¿Era cierto? No, en verdad nuestro viejo calendario mentía. La revolución estableció ella misma y para sí misma el cómputo de sus años: sus meses son lustros, sus años siglos.

El manifiesto del zar no encontró, entre veinte mil tipógrafos, un solo sujeto dispuesto a servirle con sus manos. Por el contrario, las proclamas de la socialdemocracia que comunicaban el manifiesto con los comentarios indispensables, se difundieron en enormes cantidades a partir del 18 de octubre y el segundo número de *Izvestia* [Las Noticias] del sóviet, que apareció ese mismo día, fue distribuido en todas las esquinas.

Todos los periódicos declararon tras la huelga que en adelante aparecerían sin preocuparse de la censura. Sin embargo, la mayoría no dijeron una sola palabra acerca del verdadero instigador de la medida. Sólo *Novoie Vreinia*, por la pluma de su Stolypin, hermano del futuro primer ministro, expresó una tímida indignación: estábamos totalmente dispuestos, afirmaba, a hacer este sacrificio sobre el altar de la libre prensa; pero han venido a nosotros para forzarnos, quitándonos el placer que nos hubiera dado tal acto de abnegación. Un tal Bachmakov, editor del reaccionario *Narodni Golos* [La Voz del Pueblo] y del *Diario de San Petersburgo*, órgano diplomático que se publicaba en francés, no manifestó ninguna disposición liberal, no quiso hacer al mal tiempo buena cara y sonreír cuando tenía la muerte en el alma. Solicitó del ministerio una dispensa de censura para sus pruebas y ejemplares e

imprimió una protesta furiosa en *Narodni Golos*:

«Violando la ley mediante coacción —escribía este caballero de la reacción policial—, aunque para mí, y es mi firme convicción, la ley, por mala que sea, debe siempre ser observada hasta su abrogación regular por el poder legítimo, publico *a pesar mío* el presente número sin haberlo presentado a la censura y reconozco que este derecho no me pertenece. Protesto con toda mi alma contra la violencia moral que se me hace y declaro que observaré la ley en cuanto se presente la menor posibilidad de ello, pues en esta época de perturbaciones consideraría como un deshonor ser puesto en el número de los huelguistas. Alejandro Bachmakov».

Esta declaración caracteriza de maravilla las verdaderas relaciones que existieron entonces entre la legalidad oficial y el derecho revolucionario. Y, para ser justo, creemos necesario añadir que la conducta de Bachmakov gana mucho en comparación con la del periódico *Slovo* [La Palabra], órgano de tendencia «octubrista», que solicita oficialmente del sóviet de Diputados Obreros que le entregue una orden escrita para no enviar más sus números a la censura. Para trastornar tímidamente el antiguo régimen, tales personas necesitaban ser autorizadas a ello por nuevos jefes.

El sindicato de obreros de la prensa se mantenía infatigablemente en guardia. Hoy, tenía que reaccionar contra el intento de un editor para infringir la decisión del sóviet y entrar en relaciones con la censura que se entumecía por falta de trabajo… Mañana, había que prevenir un intento de otro tipo: alguien quería servirse de la prensa para lanzar un llamamiento al pogromo. Casos de esta especie se presentaban con frecuencia cada vez mayor. La lucha contra la publicidad de los pogromos comenzó con la confiscación de cien mil ejemplares de una proclama, encargada y firmada por «un grupo de obreros»; el documento instaba a la población a rebelarse contra «los nuevos zares», es decir, contra los socialdemócratas. Sobre el texto original del llamamiento podían leerse las firmas del conde Orlov-Davidov y de la condesa Musina-Puchkina. Los cajistas solicitaron instrucciones del comité ejecutivo, que les envió la prescripción siguiente: detener las máquinas, destruir los estereotipos, confiscar las pruebas y los ejemplares. En cuanto al llamamiento mismo de aquellos bribones del gran mundo, el comité ejecutivo lo imprimió con los comentarios apropiados en un periódico socialdemócrata.

«Siempre que el texto no contenga un llamamiento directo a la violencia y a los pogromos, la impresión tendrá lugar sin impedimentos», tal fue el principio general establecido de concierto por el comité ejecutivo y por el sindicato de obreros de la prensa. Gracias a los esfuerzos conjugados de los cajistas y del comité, toda la publicidad de los pogromos fue definitivamente excluida de las imprentas privadas: sólo el departamento de policía y la dirección de la gendarmería, cerrando sus postigos y atrancando sus puertas, imprimían ahora los llamamientos sanguinarios en máquinas a brazo arrebatadas con anterioridad a los revolucionarios.

La prensa reaccionaria aparecía casi sin dificultades. Hubo, es verdad, en los

primeros días, algunas pequeñas excepciones. Sabemos que en San Petersburgo algunos cajistas intentaron un día añadir observaciones a un artículo reaccionario; hubo también cierto número de protestas contra los groseros despropósitos que cometían los enemigos de la revolución. En Moscú, los cajistas se negaron a imprimir el programa del grupo de octubristas que acababa de constituirse.

«¡Eso es, señores, lo que se llama la libertad de prensa!», gemía entonces Guchkov (que debía ser más tarde el jefe de la Unión del 17 de octubre) en un congreso de *zemstvos*. —«En verdad, es todavía el antiguo régimen, por el otro extremo. No nos queda más que utilizar los recursos de este régimen: haremos imprimir en el extranjero o bien organizaremos una imprenta clandestina».

Ciertamente, la indignación de los fariseos de la libertad capitalista no conocía límites… Creían tener razón en el sentido de que el cajista no es responsable del texto que compone pero, en esta época excepcional, las pasiones políticas alcanzaron tal grado que el obrero, incluso en la esfera de su profesión, no olvidaba nunca, un solo instante, su responsabilidad ante la revolución. Los cajistas de ciertas publicaciones reaccionarias llegaron a dejar sus puestos, condenándose así voluntariamente a la penuria. Sin duda, violaban así «la libertad de prensa», al negarse a poner en formas las calumnias de la reacción o de los liberales contra la clase obrera a la que pertenecían. Llegaron incluso hasta la violación de los compromisos de su contrato.

Pero el capital está hasta tal punto penetrado de la metafísica de la violencia que trae consigo la sedicente «libre contratación», que obliga a obreros a realizar las tareas más detestables, a construir prisiones y acorazados, a forjar cadenas y esposas, a imprimir las mentiras de la burguesía, que encuentra siempre acusaciones para aquellos que se niegan, en nombre de la moral de su clase, a ejecutar trabajos de ese tipo: el capital ve en ello una violación, ora de la «libertad de trabajo», ora de la «libertad de prensa».

El 22 de octubre, los periódicos rusos salían liberados de sus trabas seculares. Todo un enjambre de antiguos y nuevos periódicos burgueses seguía apareciendo: para ellos, la posibilidad de decirlo todo era una maldición y no una bendición, pues, en esa época, no tenían nada que decir; no encontraban, en su vocabulario, las palabras que les hubiesen permitido conversar con el nuevo lector; la desaparición del gendarme de la censura dejaba subsistir el gendarme que llevaban en su interior, su prudencia obsequiosa ante la autoridad; entre esta cofradía que cubría su impotencia política con la toga suntuosa que se denomina razón de Estado, o la adornaba con los cascabeles de un radicalismo de bazar, la voz de la prensa socialista resonó entonces clara y valerosa.

«Nuestro periódico es el órgano del proletariado revolucionario —declaraba entonces *Natchalo* [El Comienzo], socialdemócrata. El proletariado ruso, por su abnegación en la lucha, nos ha abierto el campo de la palabra libre; pondremos nuestra libre palabra al servicio del proletariado ruso». Publicistas del socialismo ruso, que durante mucho tiempo habíamos vivido como topos de la revolución,

conocimos entonces la alegría y el valor de una existencia a cielo abierto, al aire libre, el precio de la libertad de palabra; nosotros, que habíamos salido de las tinieblas de la reacción, cuando los vientos rugían, cuando por todas partes volaban lechuzas siniestras; nosotros, poco numerosos, débiles, dispersos, inexperimentados, casi unos niños, contra la espantosa bestia del Apocalipsis; nosotros, armados solamente con una inquebrantable fe en el evangelio del socialismo internacional, contra un enemigo poderoso, cubierto de pies a cabeza con la armadura del militarismo internacional. Encubiertos, disimulados en las fisuras de la sociedad «legal», habíamos declarado a la autocracia una guerra sin cuartel; era cuestión para nosotros de vida o muerte. ¿Cuál había sido nuestra arma? La palabra. Si se quisiese evaluar el número de horas de prisión y de lejanas deportaciones que tuvo que pagar nuestro partido por cada palabra revolucionaria, la lectura de las cifras sería terrible… ¡Espantosa estadística de nuestros recursos nerviosos y de la sangre de nuestros corazones!

Sobre el largo camino, sembrado de trampas y de emboscadas que se extiende entre el escritor «ilegal» y el lector no menos «ilegal», existe toda una serie de intermediarios «ilegales»: el cajista, el vendedor ambulante, el agente de propaganda… ¡Cuántas máquinas impresoras fueron confiscadas antes de haber tenido tiempo de ponerse a trabajar! ¡Cuánta literatura no lograron ni llegar al lector, siendo quemadas en los patios de las comisarías! ¡Cuánto trabajo a pura pérdida, fuerzas paralizadas, existencias rotas!

Nuestros miserables hectógrafos, las prensas a brazo que fabricábamos nosotros mismos en gran secreto, ¡ésos eran los instrumentos que oponíamos a las rotativas de la mentira gubernamental y el liberalismo autorizado! ¿No era como luchar con un hacha primitiva contra el cañón Krupp? se burlaban de nosotros, nos zaherían. Sin embargo, durante las jornadas de octubre, fue el hacha de sílex la vencedora. La palabra revolucionaria se abrió espacio, se embriagó con su propia fuerza.

El éxito de la prensa revolucionaria fue inmenso. En san petersburgo, aparecían dos grandes periódicos socialdemócratas; uno de ellos contó desde el primer día con más de cincuenta mil suscriptores; el otro, sin esfuerzo, elevó su tirada en dos o tres semanas a cien mil ejemplares. El gran periódico de los socialistas revolucionarios tuvo asimismo amplia difusión. Al mismo tiempo, la provincia, que rápidamente se había dado una prensa socialista, reclamaba a pesar de ello y con insistencia creciente las publicaciones revolucionarias de la capital.

La situación de la prensa, como en general todas las condiciones de la vida política, era muy variada y desigual en las diferentes regiones del país. Todo dependía de la fuerza que podía manifestar la reacción, del vigor que poseía la revolución. En la capital, la censura de hecho no existía. En provincias, se había mantenido, pero, bajo la influencia de los periódicos de San Petersburgo, había aflojado las riendas. La lucha de la policía contra la prensa revolucionaria proseguía al azar, carecía de todo principio, de toda idea directriz. Se decretaba la confiscación de determinadas publicaciones pero nadie se encargaba seriamente de ejecutar estas órdenes. Los

números de los periódicos socialdemócratas sedicentes confiscados se vendían abiertamente, no sólo en los barrios obreros, sino en la Avenida Nevski. La provincia devoraba la prensa de la capital como el maná. A la llegada de los trenes-correo, se alineaban, en las estaciones, largas filas de compradores de periódicos. Las noticias eran discutidas. Alguien desgarraba con mano impaciente el envoltorio de *Ruskaia Gazeta* [La Gaceta de Rusia] y leía en voz alta los principales artículos. Los locales de la estación estaban abarrotados y parecían más bien una tumultuosa sala de conferencias. Esto se repetía un día tras otro y se convertía en sistema pero a veces, incluso con bastante frecuencia, la actitud pasiva de la policía dejaba paso a la arbitrariedad y a violencias desenfrenadas. Los suboficiales de la gendarmería confiscaban la prensa «sediciosa» de la capital, en los mismos vagones, y la destruían por paquetes enteros. La policía perseguía con encarnizamiento particular las revistas satíricas. Era Durnovo quien dirigía la caza y el que más tarde propuso el restablecimiento de la censura previa de los dibujos. Tenía razones para ello: la caricatura, autorizándose con la opinión expresada tiempo atrás por Alejandro III, fijaba invariablemente la cabeza estúpida del ministro del Interior sobre el cuerpo de un cerdo… Durnovo, sin embargo, no estaba solo en sus rencores; todos los ayudantes de campo, chambelanes, maestros de Corte, monteros mayores, caballerizos mayores, sentían como él una sed de venganza.

Esta pandilla había logrado echar mano sobre el proyecto de ley concerniente a la prensa, que el ministro había elaborado con el objeto, se decía, «de realizar la libertad de prensa desde ahora, en espera de la sanción legislativa de la Duma de Estado»; en realidad, el ministerio venía a refrenar la libertad que, gracias al proletariado de San Petersburgo, existía ya de hecho. El reglamento provisional del 24 de noviembre que mantenía la prensa, como antes, en manos de la administración, preveía penas no sólo para todo llamamiento a la huelga y para toda manifestación, sino también para los insultos al ejército, la difusión de falsas noticias relacionadas con los actos del gobierno y para toda información errónea en general. En Rusia, es costumbre que todo «reglamento provisional» se convierta en una especie de ley de las más duraderas. Así sucedió con el reglamento provisional sobre la prensa. Fue decretado en espera de la convocatoria de la Duma de Estado; pero todos los interesados lo boicotearon y fue un reglamento en el aire como el propio ministerio de Witte. No obstante, la victoria de la contrarrevolución en diciembre abrió el camino para la ley de Witte sobre la prensa. Entró en vigor acompañada de nuevas penas previstas para todo elogio dirigido a un criminal; la utilización de la ley era entregada a la discreción de los gobernadores y jefes de policía. Presentada así, la ley subsistió durante la primera Duma, durante la segunda y sobrevivirá a la tercera…

Para terminar de describir la lucha desarrollada en nombre de la libertad de prensa, nos queda por relatar mediante qué procedimientos *Izvestia*, del Sóviet de Diputados Obreros, veía la luz, pues la historia de la publicación de estos boletines de la revolución ilustra con una página interesante el relato de la lucha emprendida por

el proletariado ruso para la emancipación de la palabra.

El primer número se imprimió antes del manifiesto de la «Constitución»; fue tirado en pequeño formato, con muy pocos ejemplares, en una imprenta particular, secretamente, mediante pago de dinero. El segundo número se imprimió el 18 de octubre[34]. Un grupo de voluntarios se dirigió a la imprenta de *Sin Otetchestva* [El Hijo de la Patria], órgano radical que, algo más tarde, pasó a manos de los socialistas revolucionarios. La administración quedó perpleja. La situación era confusa y todavía no se conocía qué consecuencias podría tener la impresión de una publicación revolucionaria.

—Las cosas podrían arreglarse si nos pusieseis en estado de arresto, declaró uno de los miembros de la administración.

—Estás arrestado, se le respondió.

—Por la fuerza armada, añadió otro sacando de su bolsillo un revólver.

—¡Arrestado! ¡Arrestado! ¡Arrestado!, sonaban voces en la imprenta y en las salas de la redacción.

—Dejad entrar a todos los que vengan pero que no salga nadie.

—¿Dónde está el teléfono?… ¡Quédese cerca del teléfono!, se ordenaba.

El trabajo comenzó; cada momento aparecían nuevas figuras en la imprenta. Llegaban los colaboradores, los cajistas pedían su sueldo. Fueron llamados los cajistas al taller y colocados delante de sus cajas; los colaboradores del periódico fueron encargados de escribir los sueltos. El trabajo iba a todo ritmo.

La imprenta de *Obchestvennaia Polza* [El Bienestar Público] es ocupada. Todas las salidas son cerradas y colocados centinelas. En las sala de estereotipia se ve llegar al obrero. Son desmontadas las cubiertas y encendida la estufa. Figuras desconocidas aparecen en derredor suyo.

—¿Quién da órdenes aquí? ¿Quién os ha permitido?… exclama un recién llegado y se cree en el deber de apagar el fuego. Es rechazado y amenazado con el encierro en un cuarto trastero. —Pero, a fin de cuentas, ¿qué sucede aquí?

Se le explica que está imprimiéndose el número tres de *Izvestia*.

—Podíais haberlo dicho antes… ¿Es que yo…? Siempre estoy dispuesto… Y el trabajo prosigue enérgicamente bajo la dirección experimentada del patrono.

—¿cómo vais a hacer para imprimir? ¡La electricidad no funciona!, exclama el gerente a quien se acaba de detener.

¿De qué estación la recibís? La tendremos en media hora.

El gerente da el nombre de la estación pero permanece escéptico sobre la declaración que se le ha hecho. Hace ya varios días que reclama, sin poder obtenerla, electricidad al menos para iluminar los locales; en la central los marineros han reemplazado a los obreros en huelga y sólo se proporciona electricidad a los establecimientos del Estado.

Exactamente media hora más tarde, la electricidad brilla en las lámparas y los motores pueden funcionar. Los personajes de la administración muestran entonces

una extrañeza mezclada con una singular deferencia. Unos minutos más y el obrero que había sido enviado regresa con una nota del oficial que está al mando de la central de electricidad. «A petición del Sóviet de Diputados Obreros, será proporcionada la corriente eléctrica a la casa número 39 de la calle Bolchaia Podiacheskaia para los talleres de *Obchestvennaia Polza*. Firmado».

Los agresores y las personas detenidas trabajan en común y con gran alegría; el número tres es tirado con una enorme cantidad de ejemplares.

Finalmente, el lugar donde se imprime *Izvestia* es conocido por la policía. Se presenta en la imprenta, pero demasiado tarde: *Izvestia* ha sido retirado y desmontadas las formas. Sucedió empero en una ocasión, la noche del 4 de noviembre, durante la segunda huelga, que la policía logró encontrar y aprehender en flagrante delito a la compañía volante de *Izvestia*. El hecho se produjo en la imprenta del periódico *Nacha Jisn* [Nuestra Vida], donde la tarea se desarrollaba desde hacía casi dos días. Al negarse los compañeros a abrir las puertas, la policía las forzó. «Apoyados por una compañía de infantería, con la bayoneta calada —relata Simanovski—, los comisarios y los agentes de policía hicieron irrupción en el taller pero se detuvieron desconcertados ante el pacífico cuadro que descubrían: los cajistas continuaban su trabajo con toda tranquilidad sin inquietarse de las amenazadoras bayonetas».

— Todos estamos aquí por orden del Sóviet de Diputados Obreros, declararon los trabajadores, y exigimos el alejamiento de la policía; si se niega a salir, no podremos responder de la conservación de los instrumentos y mobiliario de la imprenta.

Mientras proseguían las conversaciones con la policía, mientras que ésta recogía los manuscritos originales y las pruebas y las sellaba a las mesas de trabajo, los obreros no perdían su tiempo y hacían propaganda entre los soldados y los agentes de policía: les leían a media voz el llamamiento que el sóviet dirigiera a los soldados, distribuyéndoles números de *Izvestia*. Los nombres de los cajistas fueron anotados a continuación en una lista y los obreros puestos en libertad; las puertas de la imprenta fueron cerradas y selladas, colocándose policías como centinelas pero cuando al día siguiente el juez de instrucción se presentó, no encontró nada de lo que buscaba. Las puertas estaban cerradas, los sellos intactos pero las formas, las pruebas y los manuscritos habían desaparecido. Todo había sido transportado a la imprenta de *Birjevyia Vedomosti* [La Información de la Bolsa], donde la impresión del número seis de *Izvestia* se hacía en ese momento preciso sin dificultades. En la noche del 6 de noviembre tuvo lugar el más arriesgado y asombroso de los actos de este género: nos apoderamos de la inmensa imprenta de *Novoie Vremia*. El importante periódico reaccionario consagró al día siguiente dos artículos al acontecimiento, uno de los cuales se titulaba: «Cómo se imprime el diario oficial del proletariado».

Veamos de qué manera «la víctima» relata este asunto:

«Hacia las seis de la tarde, tres jóvenes se presentaron en la imprenta del periódico… El gerente acababa de llegar. Le fueron anunciados los recién llegados a

quienes hizo entrar en su despacho.

»—Haga salir a todo el mundo, dijo uno de los jóvenes al gerente; necesitamos charlar con usted sin testigos.

»—Sois tres y yo uno, respondió el gerente. Prefiero que esté aquí alguien para escucharnos.

»—Le invitamos a hacer salir a todo el mundo. Que se queden si le parece en la habitación de al lado: sólo tenemos que decirle dos palabras.

»El gerente dio su asentimiento. Los desconocidos le declararon que estaban allí por orden del comité ejecutivo y que tenían instrucciones de tomar la imprenta de *Novoie Vremia* e imprimir el número siete de *Izvestia*.

»—No puedo decirles nada sobre eso, replicó el gerente. La imprenta no me pertenece; tendré que hablar con el patrono.

»—Le está prohibido a usted salir de la imprenta; si necesita a su patrono, hágale venir aquí, respondieron los diputados.

»—Puedo comunicarle su propuesta por teléfono.

»—Bien…

»El gerente se dirigió hacia el teléfono, acompañado por los dos diputados, y llamó a Suvorin (hijo). Éste se negó a venir por razones de salud pero envió en su lugar a un miembro de la redacción, llamado Goldstein».

Goldstein describió los acontecimientos que siguieron de forma bastante verídica, añadiendo sólo algunos pequeños detalles destinados a resaltar de manera ventajosa el valor cívico que creyó desplegar en esta ocasión. «Al acercarme a la imprenta —relata— los mecheros de gas estaban apagados. Delante del establecimiento y en las inmediaciones, vi unos grupos poco numerosos y, delante de la puerta, ocho o diez hombres. En el patio, cerca de la entrada, había tres o cuatro. Encontré allí al jefe de los empleados, que me condujo al despacho de la administración. Allí estaba el gerente con tres jóvenes que tenían aspecto de obreros. Al entrar yo, se levantaron.

»—¿Qué tienen ustedes que decirme, señores?, pregunté.

»Por toda respuesta, uno de los jóvenes me puso ante los ojos un papel que contenía el mandato del sóviet de Diputados obreros para imprimir el próximo número de *Izvestia* en la imprenta de *Novoie Vremia*. Esta orden había sido escrita sobre un pedazo de papel y estaba marcada con yo no sé qué sellos.

»—Es ahora el turno de su imprenta, me declaró uno de los enviados.

»—¿Qué entiende usted por eso de “es ahora el turno”?, pregunté yo.

»—Hemos tirado nuestros números en *La Rusia*, en *Nuestra Vida*, en *El Hijo de la Patria*, en *La Información de la Bolsa*; ahora será en el suyo… Hace falta que nos dé su palabra de honor, en nombre suyo y en el de Suvorin, de no denunciarnos antes de que hayamos terminado el trabajo.

»—No puedo responder por Suvorin y yo no tengo ninguna gana, personalmente, de darles mi palabra de honor.

»—En ese caso, no le permitiremos salir.

»—Saldré por la fuerza. Se lo advierto, estoy armado…

»—Nosotros estamos armados igualmente, respondieron los diputados sacando sus revólveres.

»—Haga venir al guardián y al jefe de los empleados, dijo entonces uno de los diputados al gerente.

»Éste me interrogó con la mirada. Hice un gesto de impotencia. Se hizo venir al guardián, obligándosele a despojarse de su pelliza. El jefe de los dependientes vino también a la oficina. Fuimos todos puestos en estado de arresto. Un minuto más tarde sonaban numerosos pasos en la escalera; en la puerta de la oficina, en el vestíbulo, se reunían desconocidos.

»Tenía lugar la ocupación.

»Los tres diputados salían continuamente, volvían, desplegaban una gran actividad.

»—Permítame, dije a uno de ellos, que le pregunte sobre qué máquina tienen ustedes intención de trabajar.

»—En la rotativa.

»—¿Y si se la cargan?

»—Tenemos un excelente maquinista.

»—Y el papel, ¿de dónde lo van a coger?

»—Del suyo.

»—¡Pero esto es un pillaje en regla, un robo calificado!

»—¿Qué le vamos a hacer?…”».

A fin de cuentas, el señor Goldstein se resignó, prometió guardar un silencio religioso y fue puesto en libertad.

«Bajé —relata de nuevo el mismo—. En la puerta cochera, las tinieblas eran absolutas. Cerca de la entrada, enfundado en la pelliza tomada del guardián, un “proletario” montaba guardia, provisto de un revólver. Un segundo hizo brillar una cerilla, un tercero puso la llave en la cerradura. Corrió el pestillo, se abrió el postigo y salí…».

La noche transcurrió tranquilamente. El gerente de la imprenta, a quien se había propuesto dejarle salir bajo palabra, se negó a dejar el lugar. Los «proletarios» le dejaron tranquilo… La composición avanzaba con relativa lentitud, dado que los manuscritos se hacían esperar. La copia concerniente a los asuntos del día aún no había sido enviada. Si el gerente aconsejaba activar el trabajo, se le respondía: «Tenemos tiempo; nada nos reclama fuera». Finalmente, hacia las cinco de la mañana, se hicieron ver el compaginador y el corrector. Pronto se pudo apreciar que eran gentes con experiencia…

«La composición fue terminada a las seis de la mañana. A continuación nos ocupamos de preparar las formas y fundir el estereotipo. El gas que debía servir para calentar el horno de la estereotipia faltaba a causa de la huelga. Fueron enviados dos obreros en misión y se obtuvo el gas. Todas las tiendas estaban cerradas pero, durante

toda la noche, llegaron sin dificultad provisiones. Las tiendas se abrían cuando lo querían los proletarios. A las siete de la mañana, se procedió a la impresión del diario oficial del proletariado. Se trabajaba en la rotativa y la tarea se realizaba sin entorpecimientos. Duró hasta las once de la mañana. Entonces, los obreros abandonaron la imprenta llevando los paquetes del periódico impreso. El transporte se hizo en coches de alquiler, reclutados en número suficiente, desde diversos puntos de la ciudad… La policía no fue informada sino al día siguiente y se quedó helada…»

Una hora después de concluirse el trabajo, un fuerte destacamento de policía, apoyado por una compañía de infantería, cosacos y empleados, hacía irrupción en el local del sindicato de obreros de la prensa para confiscar el número siete de *Izvestia*. La policía tropezó con una resistencia de las más enérgicas. Se le hizo saber que los números que quedaban aún (153, de los 35 000 que habían sido impresos) no le serían entregados por las buenas. En numerosas imprentas de la ciudad los cajistas, al saber la intrusión de la policía en el local de su sindicato, detuvieron inmediatamente el trabajo al que acababan de regresar después de la huelga de octubre para esperar acontecimientos. La policía ofreció un compromiso: las personas presentes se volverían y fingirían no ver nada, la policía robaría los ejemplares de *Izvestia* y haría constar en su proceso verbal que la confiscación había tenido lugar por la fuerza. Pero el compromiso fue resueltamente rechazado. La policía no se atrevió a emplear la violencia y se retiró en buen orden sin haber recogido un solo ejemplar.

Después de la ocupación de la imprenta de *Novoie Vremia*, el prefecto de policía declaró en un orden del día que los policías que tolerasen en su distrito semejantes atentados serían hechos responsables de los mismos e incurrirían en penas severas. El comité ejecutivo respondió que *Izvestia*, que no se publicaba más que durante las huelgas generales, continuaría apareciendo en el futuro como antes, siempre que hubiera necesidad de ello; y, en efecto, durante la huelga de diciembre, el segundo Sóviet de Diputados Obreros (tras la detención del primero) publicó cuatro números más de *Izvestia*.

La relación detallada que dio *Novoie Vremia* de la incursión que se había hecho en su imprenta tuvo resultados del todo inesperados. Los revolucionarios de provincias siguieron el ejemplo de San Petersburgo y, desde entonces, las ocupaciones operadas sobre las imprentas para las exigencias de la literatura revolucionaria, se multiplicaron en toda Rusia… Es preciso por lo demás formular ciertas reservas sobre la naturaleza de estas operaciones. Dejemos de lado las imprentas de las periódicos de izquierda, cuya administración sólo pedía ser descargada de toda responsabilidad y por consiguiente se declaraba deseosa de ser puesta en estado de arresto. Pero el episodio resonante de *Novoie Vremia* no hubiera sido posible sin el concurso activo o pasivo de todo el personal. Cuando el que dirigía las operaciones proclamaba en la imprenta «el estado de sitio» y relevaba así de toda responsabilidad al personal, pronto desaparecía toda diferencia entre los sitiadores y los sitiados; el cajista bajo arresto tomaba en sus manos el texto revolucionario, el

obrero especialista ocupaba su puesto delante de su máquina y el gerente exhortaba tanto a sus asalariados como a los obreros de fuera a acelerar el trabajo. Los procedimientos de ocupación no habían sido rigurosamente calculados y la violencia física nunca hubiera asegurado el éxito; hay que descontar aquí la atmósfera de simpatía revolucionaria que sólo la actividad del sóviet podía hacer eficaz.

Será posible preguntarse con extrañeza por qué el sóviet tuvo que recurrir al peligroso procedimiento de los atentados nocturnos para imprimir su periódico. La prensa socialdemócrata se publicaba entonces abiertamente. Por el tono, difería poco de *Izvestia*. Imprimía íntegramente las decisiones del sóviet, resúmenes de sus sesiones. Es cierto también que *Izvestia* aparecía casi exclusivamente durante las huelgas generales, cuando el resto de la prensa guardaba silencio, pero hubiera dependido del sóviet hacer una excepción para los periódicos socialdemócratas, cuya publicación era absolutamente legal, y dispensarse así de la necesidad de cometer atentados sobre imprentas de la prensa burguesa. Sin embargo, no lo hizo. ¿Por qué?

Esta cuestión, planteada aisladamente, quedaría sin respuesta pero se comprenderá todo si se considera al sóviet en su conjunto, desde su formación, en toda su táctica, como la expresión organizada del derecho supremo de la revolución en el momento de su esfuerzo más intenso, cuando no quiere ni puede aceptar transacción alguna con el enemigo, cuando camina rompiendo todo lo que encuentra ante sí, ensanchando mediante un empuje heroico su territorio y arrastrando todos los obstáculos. Durante las huelgas generales, cuando toda la vida social estaba suspendida, el antiguo régimen se atribuía un punto de honor imprimiendo sin interrupción su *Pravitelsvenni Viestnik* [Monitor], y lo hacía bajo la protección de las tropas. El sóviet oponía a este procedimiento el de sus compañías obreras y publicaba el órgano de la revolución.

XIV. La oposición y la revolución

Así, el manifiesto, en lugar de restablecer el orden, había contribuido a revelar en toda su amplitud el antagonismo que existía entre los polos sociales: por un lado, la reacción pogromista de la nobleza y de la burocracia, por otro la revolución obrera. Durante los primeros días, o por decir mejor durante las primeras horas, pareció incluso que el manifiesto no había traído cambio alguno en el estado de espíritu de los elementos más moderados de la oposición. Sin embargo, sólo era una apariencia. El 18 de octubre una de las más poderosas organizaciones capitalistas, la «Oficina Consultiva de Metalúrgicos», escribía al conde Witte: «Debemos declararlo sin reservas: Rusia sólo confía en los hechos; su sangre y su miseria no le permiten dar crédito ya a simples palabras». Al reclamar una amnistía completa, la Oficina Consultiva «comprueba, con un placer particular, que por parte de las masas revolucionarias la violencia no se ha manifestado más que dentro de límites muy estrechos y que estas masas han sabido observar una disciplina verdaderamente increíble». La Oficina declara que «en teoría» es poco dada a afirmar la necesidad de un sufragio universal; pero ha tenido que reconocer que «la clase obrera, que con tanta fuerza había manifestado su conciencia política y su disciplina de partido, debe tomar parte en la administración de los asuntos públicos». Todo ello era expresado en términos amplios y generosos pero no iba a durar mucho tiempo. Sería demasiado simple afirmar que estamos aquí en presencia de una política exclusivamente decorativa. Sin duda alguna, ciertas ilusiones jugaban un gran papel en este asunto: el capital esperaba aún que una amplia reforma política desencadenase inmediatamente el mecanismo de la industria, liberada de todo obstáculo. Es lo que explica que una parte considerable de los empresarios —si no fue la mayoría— guardaron frente a la huelga de octubre una actitud de amistosa neutralidad. Apenas se recurrió al *lockout*. Los propietarios de las fábricas metalúrgicas del sector de Moscú decidieron rehusar los servicios de los cosacos.

Pero la mayor muestra de aprobación que se dio a las intenciones políticas de la lucha fue el pago a los obreros de sus salarios por todo el tiempo de la huelga de octubre: esperando una expansión de la industria bajo «el régimen de la legalidad», los empresarios liberales inscribieron sin discutir este gasto bajo la rúbrica de gastos extraordinarios de producción. Pero, al pagar a los obreros su permiso, el capital declaró secamente: ¡es la última vez! La fuerza del ataque conducido por los obreros le hacía comprender la necesidad de la prudencia. Las esperanzas más queridas del capital no se vieron justificadas: el movimiento de las masas, tras la promulgación del manifiesto, no se apaciguó; por el contrario, de día en día manifestaba una fuerza mayor, una independencia más absoluta, un carácter de revolución social mejor marcado. Mientras que los plantadores de la producción azucarera se veían amenazados de una confiscación de tierras, toda la burguesía capitalista, en su conjunto, tenía que retroceder paso a paso ante los obreros, aumentando los salarios y

disminuyendo las horas de trabajo.

Independientemente del temor inspirado por el proletariado revolucionario, que se había incrementado febrilmente durante los dos últimos meses de 1905, ciertos intereses más estrechos pero no menos serios impulsaban al capital hacia una alianza inmediata con el gobierno. En primer plano, estaba una necesidad prosaica pero imperiosa, la necesidad de dinero; las ansias de los empresarios y sus anhelos tenían todos por objeto el Banco del Estado. Esta institución servía de prensa hidráulica a la «política económica» de la autocracia, de la que Witte fue el gran maestre durante diez años. De las operaciones del banco y, al mismo tiempo, de la opinión y las simpatías del ministro dependía el ser o no ser de las grandes empresas. Entre otras causas, ciertos préstamos concedidos a pesar de los estatutos, el descuento de fantásticas letras de cambio y, en general, el favoritismo en el sector de la economía política contribuían al viraje de la oposición capitalista. Cuando bajo la triple influencia de la guerra, de la revolución y de la crisis general, el banco redujo sus operaciones al mínimo, gran número de capitalistas se encontraron arruinados. No se preocuparon ya de las perspectivas políticas generales, necesitaban dinero costase lo que costase. «No creemos ya en las palabras —declararon al conde Witte a las dos de la mañana, en la noche del 18 al 19 de octubre—, dadnos hechos». El conde Witte metió la mano en la caja del Banco del Estado y les distribuyó «hechos»… Gran cantidad de hechos. El descuento se elevó bruscamente. Fue de 138,5 millones de rublos en noviembre y diciembre de 1905, contra 83,1 millones de rublos para el mismo período en 1904. El crédito de los Bancos privados aumentó de manera aún más considerable: 148,2 millones de rublos a primeros de diciembre de 1905, contra 39 millones en 1904. Todos los tipos de operaciones se vieron igualmente incrementados. «La sangre y la miseria de Rusia» que comprobaba, como hemos visto antes, el sindicato capitalista, fueron descontadas por el gobierno de Witte, y el resultado de esta operación se tradujo en la formación de la «Unión del 17 de octubre». Así, encontramos en la cabecera de este partido, no un fervor político, sino una simple gratificación. En la persona de estos empresarios, organizados en uniones «profesionales» o políticas, el Sóviet de Diputados Obreros encontró desde sus primeros pasos un enemigo resuelto y consciente.

Pero si los octubristas tuvieron al menos la audacia de tomar claramente posición contra la revolución, es preciso reconocer el papel verdaderamente digno de lástima que desempeñó entonces el partido del radicalismo intelectual y pequeñoburgués que debía, seis meses más tarde, ejercer su facundia sobre las tarimas del Palacio de Táurida. Hablamos de los cadetes.

En lo más fuerte de la huelga de octubre, tenía sus sesiones el congreso fundador de este partido. Faltaban la mitad de los delegados: la huelga de los ferrocarriles les había cortado el camino. El 14 de octubre, el nuevo partido definió su actitud ante los acontecimientos: «El partido, al dar su entero asentimiento a las reivindicaciones, cree su deber declararse enteramente solidario con el movimiento huelguista.

Renuncia resueltamente (¡resueltamente!) al pensamiento de llegar a sus fines por medio de conversaciones con los representantes del poder». Hará todo lo posible para impedir una colisión pero si no lo logra, declara de antemano que sus simpatías y su apoyo irán al pueblo. Tres días más tarde, el manifiesto de la constitución era firmado. Los partidos revolucionarios salieron bruscamente de los escondrijos de maldición donde estaban enterrados y, sin haber tenido tiempo de enjugar el sudor de sangre de que estaban cubiertos, se sumieron en cuerpo y alma en las masas populares, llamándolas y agrupándolas para la lucha. Fue una gran época: el martillo de la revolución forjaba nuevas almas.

Pero ¿qué podían hacer en esta circunstancia los cadetes, políticos de frac, oradores de foro, tribunos de los *zemstvos*? Esperaron pasivamente el movimiento del estanque constitucional. El manifiesto existía pero todavía faltaba el parlamento. No sabían cuándo y cómo vendría el parlamento y ni siquiera si iba a venir. El gobierno no les inspiraba confianza alguna, la revolución aún menos. Su sueño hubiera sido salvar la revolución de sí misma pero no veían cómo. No se atrevían a aparecer en las reuniones populares. Su prensa era la expresión de su debilidad y de su cobardía. Se leía poco lo que imprimían. Así, en este período de la revolución rusa, el más cargado de responsabilidades, los cadetes sólo sabían cruzarse de brazos. Un año más tarde, Milyukov, que no discutía el hecho, se esforzó en justificar su partido, no de haber negado sus fuerzas a la revolución, sino de no haber hecho nada por obstaculizarla. «Toda manifestación de un partido como el de los constitucionales-demócratas, escribió durante las elecciones de la segunda Duma, era absolutamente imposible en los últimos meses de 1905. Aquellos que reprochan ahora al partido por no haber protestado entonces, mediante la organización de mítines, contra las ilusiones revolucionarias del trotskismo… no comprenden o no se acuerdan de cuál era entonces el estado de ánimo del público democrático que se reunía en los mítines». Tal es la justificación de un partido «popular»: ¡no se atrevió a aparecer ante el pueblo, por miedo de asustarle!

En este período, la Unión de las Uniones desempeñó un papel más ventajoso. La huelga de octubre se generalizó con el concurso activo de los intelectuales radicales. Organizando comités de huelga, nombrando diputaciones, suspendieron el funcionamiento de instituciones sobre las que los obreros apenas tenían influencia. Es así como se detuvieron los trabajos en las administraciones de los *zemstvos*, en los municipios, los bancos, en toda clase de oficinas, los tribunales, las escuelas e incluso en el senado. Hay que señalar también la importancia verdaderamente considerable de los socorros en dinero que el ala izquierda de los intelectuales destinó al Sóviet de Diputados Obreros. Sin embargo, la idea del papel gigantesco que habría desempeñado la Unión de las Uniones, de creer a la prensa burguesa de Rusia y de Europa occidental, aparece como absolutamente fantástica cuando se considera lo que esta Unión hizo realmente a sabiendas de todo el mundo. La Unión de las Uniones sirvió de intendencia a la revolución y a veces, cuando más, de auxiliar en el combate

pero nunca pretendió tomar la dirección del movimiento.

Por lo demás, ¿hubiera podido hacerlo? El elemento original de la agrupación era aún y siempre el filisteo cultivado a quien las vicisitudes históricas habían roído las alas. La revolución le sacudió y elevó por encima de sí mismo. Una mañana, al despertarse, había pedido inútilmente su periódico. Al llegar la noche, esa misma revolución había apagado la luz en el apartamento del intelectual y, sobre el muro tenebroso, había trazado caracteres de fuego anunciando jornadas de perturbación pero, al fin, grandes jornadas. El filisteo quería creer y no se atrevía. Quería tomar impulso y no podía. Tal vez comprendamos mejor el drama que se desarrollaba en él si lo contemplamos en el momento en que redacta una moción radical, si consideramos su actitud en su casa, a la mesa, a la hora del té.

Al día siguiente de la vuelta al trabajo, después de la huelga, fui a visitar a una familia conocida donde reinaba la atmósfera habitual del radicalismo pequeñoburgués. En la pared del comedor estaba fijado el programa de nuestro partido que se acababa de imprimir en gran formato: era el suplemento del primer periódico socialdemócrata aparecido después de la huelga. Toda la familia estaba sobreexcitada.

—No está mal… no está nada mal…

—¿De qué se trata?

—¡Y lo pregunta! Su programa: ¡échele una ojeada!

—He tenido ocasión de leerlo más de una vez.

—No, pero ¿cómo encuentra usted esto?… Escriben literalmente: «El partido se da como objetivo político inmediato la demolición de la autocracia zarista» —comprende, *la demolición*— «y quiere reemplazarla por la república democrática…» ¡La re-pú-bli-ca! ¿Comprende usted?

—Creo comprenderlo.

—Y eso se imprime en condiciones legales, la hoja se vende ante la mirada de la policía, puede comprarse por cinco copecs no lejos del Palacio de Invierno, ¿no? ¡Pero es cierto!

—¿Entonces le parece bien?

—«¡Le parece bien… le parece bien!», ¿es cuestión ahora de eso? ¿Se trata de mí? Le hablo de *ellos*, en Peterhof, de aquéllos a quienes les ponen esto delante de las narices. Dígame, se lo ruego: ¿puede esto agradarles?

—¡Lo dudo!

El *pater familias* se mostraba especialmente excitado. Dos o tres semanas antes, aún detestaba a la socialdemocracia con el estúpido odio que caracteriza al pequeñoburgués radical, infectado desde su juventud de prejuicios populistas. Hoy un sentimiento nuevo le embargaba: sentimiento de veneración mezclado con inquietud.

—Esta mañana, leímos el programa en la dirección de la Biblioteca Imperial, pues el número les ha sido enviado… ¡Ah! ¡Si les hubiese oído! El director ha hecho venir a sus dos adjuntos y a mí, ha cerrado la puerta con llave y nos ha leído el

programa desde la primera hasta la última letra. Palabra, todo el mundo estaba sofocado.

«¿Qué dice usted de esto, Nicolás Nicolaievich?», me preguntó el director.

«No, *usted, usted,* Simón Petrovich, ¿qué dice usted?

»Yo, respondió, sabe, he perdido la facultad de hablar. Todavía ayer, no estaba permitido a un periódico decir la menor cosa de un comisario de policía. Hoy, se declara así, por las buenas, francamente, a Su Majestad el Emperador: ¡lárguese! Estas gentes no tienen ninguna preocupación por la etiqueta, ninguna, ninguna… Pensado y dicho…

»Entonces uno de sus adjuntos dijo:

»El documento está redactado de una forma un poco pesada, haría falta un poco más de ligereza en el estilo…

»Simón Petrovich le mira por encima de sus gafas:

»Querido, no es un folletón dominical, es un programa, ¿comprende? El programa de un partido…».

—¿Y sabe lo que han dicho para terminar, estos señores de la Biblioteca Imperial? ¿Cómo, han preguntado, de qué manera es admitido uno como miembro del partido socialdemócrata? ¿Qué le parece?

—Muy bien.

—Hum… Pero, en realidad, ¿cómo entrar en su partido?, me pregunta mi interlocutor después de una ligera duda.

—Nada más sencillo. La condición esencial es reconocer, admitir el programa. Después, hay que hacerse inscribir en una sección y pagar regularmente su cotización. ¿El programa le gusta, no?

—Que el diablo le lleve, no está mal, es indiscutible… Pero ¿qué piensa usted de la situación presente? sólo qué sabe, dígame, no como redactor de un diario socialdemócrata, sino con toda franqueza… Estamos lejos aún de la república democrática, ciertamente, pero al menos, tenemos la constitución.

—No, en mi opinión, la república democrática está mucho más cerca y la constitución mucho más alejada de lo que usted piensa.

—¡Que el diablo le lleve! ¿Qué tenemos pues en este momento? ¿No es la constitución?

—No, sólo el prólogo de la ley marcial.

—¿Qué…? ¡Usted bromea! Habla en su jerga de periodista. Ni usted mismo se lo cree. ¡Fantasías! ¡Bobadas!…

—No, es el más puro realismo. La revolución crece en fuerza y en audacia. Vea lo que sucede en las fábricas y los talleres, en las calles… Considere finalmente la hoja de papel fijada sobre su pared. Hace quince días no se hubiera atrevido a ponerla ahí. En cuanto a ellos, allí, en Peterhof, ¿lo que piensan?, le preguntaría yo a mi vez. Viven todavía, se agarran a la existencia. Todavía disponen del ejército. ¿Cree usted que van a ceder sus posiciones y rendirse sin combate? ¡En modo alguno! Antes de

dejar libre el lugar, pondrán en obra todas las fuerzas de que disponen, hasta la última bayoneta.

—Pero ¿el manifiesto? ¿La amnistía? ¡Son hechos, hechos!

—El manifiesto no es más que la declaración de una tregua momentánea para respirar un poco. ¿La amnistía?… Desde sus ventanas, ve usted la flecha de la fortaleza de Pedro y Pablo: no se ha movido. La prisión de las Cruces tampoco. El servicio de seguridad tampoco… Duda usted de mi sinceridad, Nicolás Nicolaievich. Pues bien, puedo decirle esto: personalmente, estoy en las condiciones requeridas para beneficiarme de la amnistía pero no tengo prisa alguna para hacer mi declaración legal. Vivo y seguiré viviendo hasta el desenlace con papeles falsos. El manifiesto no ha cambiado nada en mi situación desde el punto de vista jurídico, ni en mi conducta.

—En este caso, ustedes debían quizá observar un poco más de prudencia en su política.

—¿Cómo es eso?

—No hablar de la demolición de la autocracia.

—¿De forma que se imagina usted que si nos expresamos más cortésmente, Peterhof nos concederá la república y la confiscación de las tierras?

—Hum… Yo me digo que de todas formas exageran un poco…

—Eso lo veremos… Por el momento, adiós: es la hora para mí de ir a la sesión del sóviet. A propósito, para su entrada en el partido: sólo tiene usted que decir una palabra y le ingresaremos; es cuestión de dos minutos.

—Gracias, muchas gracias… No tengo prisa… La situación es todavía tan incierta… Volveremos a hablar de ello… ¡Adiós, adiós!…

XV. La huelga de noviembre

De peligro en peligro, de escollo en escollo, el ministerio de octubre cubría lentamente su camino. ¿Adónde iba? Él mismo lo ignoraba.

En los días 26 y 27 de octubre, estalló en Kronstadt, a tres disparos de cañón de San Petersburgo, un motín militar. Cierto número de soldados conscientes de la situación política trataban de contener a la masa pero el furor de la multitud hizo explosión. Los mejores elementos del ejército, viendo que no podían detener el movimiento, se pusieron a su cabeza. No tuvieron sin embargo la suerte de impedir los pogromos incitados por las autoridades en los cuales el papel principal correspondió a las bandas del famoso taumaturgo Juan de Kronstadt, que arrastraron tras de sí una oscura multitud de marineros. El 28 Kronstadt fue declarada en estado de sitio y el desgraciado motín aplastado. Los mejores soldados y marineros se veían amenazados por la pena capital.

El día de la toma de la fortaleza de Kronstadt, el gobierno quiso dar una seria advertencia al país; declaró el estado de sitio en toda Polonia: era un gran hueso que el ministerio del manifiesto se decidía por vez primera a arrojar a los perros de Peterhof, después de once días de existencia. El conde Witte asumió toda la responsabilidad de esta medida: en la comunicación gubernamental, mentía descaradamente, haciendo alusión a una tentativa temeraria (!) de separatismo por parte de los polacos y previniéndoles que se comprometían en una vía peligrosa «de la que habían conocido más de una vez las duras pruebas». Al día siguiente, para no encontrarse cautivo de Trépov, se vio obligado a batirse en retirada: reconoció que el gobierno se refería no tanto a los acontecimientos reales como a las consecuencias posibles de su desarrollo, «a causa de la excesiva impresionabilidad de los polacos». Así, el estado de sitio era, a su modo, un tributo constitucional que se concedía al temperamento político del pueblo polaco.

El 29 de octubre, cierto número de comarcas de los gobiernos de Chernigov, de Saratov y de Tambov donde se habían declarado perturbaciones agrarias, fueron proclamadas en estado de sitio. Según parecía, los *mujiks* de Tambov se distinguían igualmente por «una excesiva impresionabilidad».

De terror, castañetearon los dientes en la sociedad liberal. Este sector respondía mediante gestos desdeñosos a los coqueteos de Witte pero en el fondo de su alma tenía firme esperanza en él. Y ahora, tras la espalda de Witte, se mostraba con seguridad Durnovo, que tuvo suficiente espíritu como para adoptar para su uso el aforismo de Cavour: «El estado de sitio es un medio de gobierno del que se sirven los imbéciles».

El instinto revolucionario sugirió a los obreros que dejando impune el ataque abierto de la contrarrevolución daban fuerzas a su descaro. El 29, el 30 de octubre y el 1 de noviembre hubo en la mayoría de las fábricas de San Petersburgo grandes mítines en los que se reclamaba del sóviet enérgicas medidas de protesta.

El primero de noviembre, después de violentos debates, en una reunión numerosa y tumultuosa, el sóviet adoptó, por aplastante mayoría, la decisión siguiente:

«El gobierno sigue caminando sobre cadáveres. Entrega a sus consejos de guerra a los valerosos soldados del ejército y de la flota de Kronstadt que se han alzado para defender sus derechos y la libertad del pueblo. El gobierno echa al cuello de la polonia oprimida la soga del estado de sitio.

»El sóviet de Diputados obreros invita al proletariado revolucionario a manifestar por medio de la huelga política general, de la que ya ha constatado la fuerza amenazadora, y por mítines de protesta, su solidaridad fraternal con los soldados revolucionarios de Kronstadt y el proletariado revolucionario de Polonia.

»Mañana, 2 de noviembre, a mediodía, los obreros de San Petersburgo dejarán el trabajo a los gritos de: ¡Abajo la pena de muerte! ¡Abajo la ley marcial en Polonia y en toda Rusia!».

El éxito del llamamiento sobrepasó todas las esperanzas. La huelga de octubre sólo había terminado quince días antes, había consumido mucha energía y, no obstante, los obreros de San Petersburgo abandonaron los talleres con una unanimidad sorprendente. Antes de mediodía, el 2 de noviembre, todas las grandes fábricas y factorías que tenían representantes en el sóviet hacían ya paro. Gran número de empresas industriales, medias y pequeñas, que no habían participado aún en la lucha política, se adherían ahora a la huelga, elegían diputados y los enviaban al sóviet. El comité regional de la red de vías férreas de San Petersburgo adoptó la decisión del sóviet y todos los ferrocarriles, salvo el de Finlandia, interrumpieron su tráfico. En total, el número de los huelguistas de noviembre sobrepasó el de enero e incluso el de octubre. Sin embargo, los correos y telégrafos, los coches de alquiler, los tranvías de caballos y la mayoría de los dependientes de comercio no se unieron al movimiento. Entre los periódicos, sólo aparecían: *Pravitelstvenni Viestnik* [Monitor], *Viedomosti Peterburgskavo Gradonatchalstva* [La Información de la Prefectura de San Petersburgo] e *Izvestia*; los dos primeros bajo la protección de las tropas; el último bajo la guardia de las compañías obreras armadas.

El conde Witte fue cogido absolutamente de improviso. Quince días antes creía que, estando el poder entre sus manos, sólo tendría que exhortar, guiar, detener, amenazar, llevar, en pocas palabras, las cosas como quisiera… La huelga de noviembre, protesta indignada del proletariado contra la hipocresía gubernamental, desconcertó totalmente al gran estadista. Nada caracteriza mejor su falta de comprensión de las cosas de la revolución, su azoramiento pueril ante los hechos y, al mismo tiempo, su altiva suficiencia, que el telegrama mediante el cual se imaginaba apaciguar al proletariado. Éste es su texto íntegro:

«Hermanos obreros, poneos al trabajo, renunciad al motín, tened piedad de vuestras mujeres y de vuestros hijos. El Soberano nos ha ordenado aplicar nuestra solicitud a la cuestión obrera. Con este objeto, Su Majestad Imperial ha constituido un Ministerio del Comercio y la Industria, cuya función será establecer relaciones

equitativas entre obreros y patronos. Dadnos el tiempo necesario y se hará por vosotros todo lo posible. Seguid los consejos de un hombre que os quiere bien, que siente simpatía por vosotros. Conde Witte».

Este impúdico telegrama, en el que una cobarde cólera que disimula su cuchillo toma aires de altiva benevolencia, fue recibido y leído en la sesión del sóviet, el 3 de noviembre, y sublevó una tempestad de indignación. Con resonante unanimidad, fue adoptado de inmediato el texto de respuesta que propusimos y que fue publicado al día siguiente en *Izvestia*:

«El Sóviet de Diputados Obreros, después de haber escuchado la lectura del telegrama del conde Witte a sus "hermanos obreros", expresa en primer término la extrema extrañeza que le causa la osadía de un favorito del zar que se permite llamar "hermanos" a los obreros de San Petersburgo. Los proletarios no tienen ningún vínculo de parentesco con el conde Witte.

»Sobre el fondo de la cuestión, el sóviet declara:

»1. El conde Witte nos invita a apiadarnos de nuestras mujeres y de nuestros hijos. El Sóviet de Diputados Obreros invita como respuesta a todos los obreros a contar cuántas nuevas viudas y cuántos nuevos huérfanos figuran en las filas de la clase obrera desde el día en que el conde Witte ha tomado el poder.

»2. El conde Witte señala la graciosa solicitud del soberano respecto al pueblo obrero. El Sóviet de Diputados Obreros recuerda al proletariado de San Petersburgo el Domingo sangriento del 9 de enero.

»3. El conde Witte nos ruega que le demos "el tiempo necesario" y nos promete hacer por los obreros "todo lo posible". El Sóviet de Diputados Obreros sabe que Witte ha encontrado ya el tiempo para entregar Polonia a los verdugos militares y el mismo sóviet no duda que el conde Witte hará todo lo posible para ahogar al proletariado revolucionario.

»4. El conde Witte declara ser un hombre que nos quiere bien y que siente simpatía por nosotros. El Sóviet de Diputados Obreros declara que no tiene ninguna necesidad de la simpatía de los favoritos del zar. Exige un gobierno popular sobre la base del sufragio universal, igualitario, directo y secreto».

Personas bien informadas afirmaban que el conde tuvo un sofoco al recibir la respuesta de sus «hermanos» en huelga.

El 5 de noviembre, la agencia telegráfica de San Petersburgo comunicaba: «En razón de los rumores que se han extendido en provincias respecto a la institución de un consejo de guerra sumarísimo y de la aplicación de la pena de muerte a los simples soldados y marineros que han participado en los desórdenes de Kronstadt, estamos autorizados para declarar que todos los rumores de este género son prematuros (?) y desprovistos de todo fundamento… Ningún consejo de guerra sumarísimo ha juzgado ni juzgará a los culpables de los acontecimientos de Kronstadt». Esta declaración categórica no indicaba otra cosa que la capitulación del gobierno ante la huelga y este hecho no podía, ciertamente, ser disimulado por la

aserción infantil relativa a «rumores en provincias» mientras el proletariado de San Petersburgo, con su protesta, había suspendido la vida comercial e industrial de la capital. En cuanto a Polonia, el gobierno había entrado aún antes en la vía de las concesiones al declarar que tenía intención de suspender la ley marcial en los gobiernos del reino de Polonia en cuanto «la agitación hubiese decaído[35]».

En la noche del 5 de noviembre, el comité ejecutivo, estimando que había alcanzado su apogeo el momento psicológico, presentó, en la sesión del sóviet, una moción destinada a terminar la huelga. Para caracterizar la situación política de entonces, citaremos el texto del discurso leído por el portavoz del comité ejecutivo:

«Acaba de publicarse un telegrama del gobierno que declara que los marineros de Kronstadt serán juzgados, no por un consejo de guerra sumarísimo, sino por el consejo de guerra de la región.

»Este telegrama no es otra cosa que la prueba de la debilidad del gobierno zarista y la prueba de nuestra fuerza. De nuevo podemos felicitar al proletariado de San Petersburgo por haber alcanzado una inmensa victoria moral. Pero hablemos con franqueza: de no haberse hecho esta declaración gubernamental, hubiéramos tenido, a pesar de todo, que invitar a los obreros de San Petersburgo a suspender la huelga. Según los telegramas de hoy, es visible que en todas las partes de Rusia nuestra manifestación política está en declive. Nuestra huelga actual no tenía más que el carácter de una demostración. No es sino desde este punto de vista corno podremos apreciar su éxito o su fracaso. Nuestro objetivo directo e inmediato ha sido mostrar al ejército que se despierta que la clase obrera está con él, que no le abandonará a los ultrajes y a las violencias sin decir una palabra. ¿No hemos ganado el corazón de todo buen soldado? ¿Quién podría negarlo? En estas condiciones, ¿es posible afirmar que no hayamos obtenido nada? ¿Puede considerarse el cese de la huelga como una derrota para nosotros? ¿No hemos mostrado a toda Rusia que, unos días después de la gran lucha de octubre, mientras que los obreros no habían tenido aún tiempo de restañar sus heridas, la disciplina de las masas era tan grande que bastaba con una palabra del sóviet para que todos los proletarios abandonasen su trabajo como un solo hombre? ¡Mirad! Esta vez las fábricas más atrasadas, que nunca habían dejado el trabajo, se adhirieron a la huelga y sus diputados se encuentran entre nosotros, en el sóviet. Los elementos avanzados del ejército han organizado mítines de protesta y participado de esta manera en nuestra manifestación. ¿No es una victoria? ¿No es un brillante resultado? Camaradas, hemos hecho lo que teníamos que hacer. La bolsa europea ha rendido nuevamente los honores del saludo a nuestra fuerza, a nuestra energía. Ha sido suficiente con conocer la decisión del Sóviet de Diputados obreros para que esta información fuera seguida de una notable baja de nuestros valores en el extranjero. Así, cada una de nuestras decisiones, sea una respuesta al conde Witte, o al gobierno en su conjunto, ha supuesto un golpe decisivo al absolutismo.

»Algunos camaradas exigen que la huelga continúe hasta que los marineros de Kronstadt sean llevados ante un jurado de la sala de lo criminal y hasta la abrogación

de la ley marcial en Polonia. En otros términos, quieren que la huelga se sostenga hasta la caída del gobierno actual pues —hay que darse cuenta de ello, camaradas— contra nuestra huelga el zarismo empleará todas sus fuerzas. Si se estima que el fin de nuestra manifestación era derribar la autocracia, es claro que no lo hemos alcanzado. Desde este punto de vista, hubiéramos debido ahogar la indignación en nuestros pechos y renunciar a la manifestación que hemos hecho para protestar pero nuestra táctica, camaradas, no está establecida sobre ese plano. Las manifestaciones que organizamos son batallas sucesivas. El fin perseguido es desorganizar al enemigo y conquistar las simpatías de nuevos amigos. Y, ¿qué simpatía puede ser más importante para nosotros que la del ejército? Comprendedlo bien: cuando discutimos la cuestión de saber si es preciso continuar, sí o no, la huelga, de hecho preguntamos si la huelga debe conservar su carácter de demostración o transformarse en batalla decisiva, es decir, conducirnos a la victoria completa o a la derrota. No tememos ni las batallas, ni las derrotas. Nuestras derrotas no son más que peldaños que nos conducen a la victoria. Se lo hemos probado ya más de una vez a nuestros enemigos. Pero, para cada batalla, buscamos las condiciones más favorables. Los acontecimientos trabajan para nosotros y nosotros no tenemos razón alguna para forzar su marcha. Decidme, si os parece, a quién resulta ventajoso retrasar la hora del combate decisivo: ¿a nosotros o al gobierno? ¡La ventaja es para nosotros, camaradas! Pues mañana seremos más fuertes que hoy y pasado mañana más fuertes que mañana. No olvidéis, camaradas, que las circunstancias sólo desde hace poco nos permiten organizar mítines para miles de personas, unificar las masas del proletariado y dirigirnos mediante la palabra revolucionaria impresa a toda la población del país. Es necesario aprovechar lo mejor posible estas circunstancias para una amplia propaganda, para la organización de las filas del proletariado. El período de preparación de las masas, la acción decisiva debe prolongarse todo lo que podamos, quizá uno o dos meses, a fin de que luego marchemos como un ejército bien agrupado, bien organizado. Sería ciertamente más ventajoso para el gobierno fusilarnos inmediatamente, puesto que todavía no estamos dispuestos para el combate final. Algunos camaradas experimentan hoy, como en el día en que renunciamos a la manifestación de los funerales, la siguiente duda: si nos batimos en retirada en este momento, ¿sabremos levantar una vez más a las masas? ¿No se apaciguará la multitud? os respondo: ¿creéis que el régimen actual pueda hacer lo necesario para el apaciguamiento? ¿Tenemos razones para inquietarnos, para temer que en el futuro no haya acontecimientos que obliguen al pueblo a levantarse? Creedme, estos acontecimientos no faltarán, serán demasiado numerosos: el zarismo se encargará de ello. No olvidéis además que todavía tenemos ante nosotros una campaña electoral que debe poner en pie a todo el proletariado revolucionario. ¿Y quién sabe si la campaña electoral no ha de terminar con una explosión, si el proletariado no hará saltar por el aire el poder existente? Dominemos, pues, nuestros nervios y no intentemos ir por delante de los acontecimientos. Tenemos que confiar en el

proletariado revolucionario. ¿Se ha calmado después del 9 de enero? ¿Después de la comisión de Shidlovski? ¿Después de los acontecimientos del mar Negro? No, la ola revolucionaria sube sin cesar y no está lejos el momento en que se romperá sobre el régimen de la autocracia.

»Lo que nos espera es una lucha decisiva y sin cuartel. Detengamos por el momento la huelga, satisfechos con la victoria moral que ha alcanzado, y apliquemos todas nuestras fuerzas a crear y asegurar aquello que más necesitamos: la organización, de nuevo la organización, siempre la organización. Sólo hace falta mirar en torno a sí para ver que, en este dominio, cada día nos trae nuevas conquistas.

»En este momento, los ferroviarios y los funcionarios de correos y telégrafos se organizan. Por el acero de los raíles y por el hilo del telégrafo, harán una sola hoguera con todos los hogares revolucionarios del país. Nos darán la posibilidad de levantar, llegado el momento, a toda Rusia en veinticuatro horas. Es necesario prepararse para ese momento y elevar al más alto nivel la disciplina y la organización. ¡Al trabajo, camaradas!

»Por ahora es indispensable pasar a la organización militar de los obreros, a su armamento. Constitúyanse en cada fábrica grupos de combatientes, de diez hombres, con un jefe elegido, de centenas con un centurión, y que un comandante tome la autoridad sobre estos batallones. Impúlsese la disciplina en estos grupos hasta tal punto que toda la fábrica pueda ponerse en marcha al primer llamamiento. No olvidéis que en la hora del compromiso decisivo sólo podemos contar con nosotros mismos. La burguesía liberal comienza ya a considerarnos con desconfianza y hostilidad. Los intelectuales demócratas dudan. La Unión de las Uniones que se ha sumado de tan buena gana a nosotros durante la primera huelga, siente mucha menor simpatía por la segunda. Uno de sus miembros me decía uno de estos días: “Con vuestras huelgas, indisponéis a la sociedad contra vosotros. ¿Es posible que esperéis vencer al enemigo con vuestras propias fuerzas?”. Le recordé el momento de la revolución francesa en que la Convención decretó: “El pueblo francés no tratará con un enemigo que ocupa su territorio”. Uno de los miembros de la Convención exclamó: “¿Es que habéis concluido un tratado con la victoria?”. Se le respondió: “No, hemos concluido un tratado con la muerte”.

»Camaradas, cuando la burguesía liberal, se diría que orgullosa por haber traicionado, nos pregunta: “Solos, sin nosotros, ¿pensáis poder luchar? ¿Habéis concluido un tratado con la victoria?”, le arrojamos a la cara nuestra respuesta: “No, hemos concluido un tratado con la muerte”».

Por aplastante mayoría, el sóviet adoptó la decisión siguiente: «Suspender la manifestación de huelga el lunes 7 de noviembre a mediodía». Fueron repartidos en las fábricas carteles con la resolución del sóviet y pegados en la ciudad. En el día y la hora fijados, la huelga se detuvo al unísono, como había comenzado. Había durado ciento veinte horas, tres veces menos que la ley marcial en Polonia.

La importancia de la huelga de noviembre no consiste ciertamente en haber

salvado del nudo corredizo unas decenas de marineros; sería poca cosa en una revolución que devora las existencias por decenas de miles. Su importancia no reside tampoco en que obligase al gobierno a suprimir lo antes posible la ley marcial en Polonia; un mes más o menos bajo el régimen de las leyes de excepción no es nada para un país que tanto ha sufrido. La huelga de octubre fue un grito de alarma dirigido al país entero. ¿Quién sabe si una furiosa bacanal de reacción no se hubiera desencadenado en todo el país, en el caso de haber tenido éxito la experiencia lanzada en Polonia? Pero el proletariado estaba ahí, demostró que «existía, vigilaba y está dispuesto para devolver golpe por golpe[36]». En esta revolución que, por la solidaridad que manifestaron las razas tan diversas del país, hace un contraste magnífico con los acontecimientos de 1848 en Austria, el proletariado de San Petersburgo, en nombre de la propia revolución, no podía abandonar en silencio a las manos de la impaciente reacción a sus hermanos de Polonia, no tenía derecho a hacerlo. Y, desde el momento en que se cuidaba de su propio futuro, no podía ignorar, no tenía derecho a ignorar la rebelión de Kronstadt. La huelga de noviembre fue un grito de solidaridad lanzado por el proletariado, por encima de las cabezas del gobierno y de la oposición burguesa, a los prisioneros del cuartel. Y el grito fue escuchado.

El corresponsal del *Times*, en el relato que hizo de la huelga de noviembre, recogía estas palabras de un coronel de la guardia: «Por desgracia, no puede negarse que la intervención de los obreros que han tomado la defensa de los amotinados de Kronstadt ha tenido una influencia moral muy lamentable sobre nuestros soldados». En esta «lamentable influencia moral» está contenido lo esencial de la huelga de noviembre. De un solo golpe removió las masas del ejército y, en el curso de los días que siguieron, ocasionó una serie de mítines en los cuarteles de la guarnición de San Petersburgo. En el comité ejecutivo, e incluso en las sesiones del sóviet, se vio aparecer no sólo a soldados aislados, sino a delegados de la tropa que pronunciaron discursos y solicitaron ser apoyados; el vínculo revolucionario se afirmó entre ellos, las proclamas se difundieron con profusión en ese medio.

En aquellos días, la efervescencia ganó las filas más aristocráticas del ejército. El autor del presente libro tuvo, durante la huelga de noviembre, la ocasión de participar como «orador hablando en nombre de los obreros» en una asamblea de militares, única en su género. El hecho merece la pena de ser contado.

Había recibido una tarjeta de invitación de la baronesa Ikskul von Hildebrand; me presenté a las nueve de la noche en una de las más ricas residencias particulares de san Petersburgo. El portero, que tenía el aspecto de un hombre resuelto a no extrañarse ya de nada, me quitó el abrigo y lo colgó en una larga hilera de capotes de oficiales. El lacayo esperaba para presentarme, tener mi tarjeta de visita. ¡En fin! Un hombre que se oculta de la policía no podía tener tarjeta de visita. Para sacarle del apuro, le entregué la nota de invitación de la dueña de la casa. Un estudiante se acercó a mí en el vestíbulo, después un *privatdozent* radical, redactor de una «gran»

revista y, finalmente, la misma baronesa. Esperaban sin duda encontrar en mí, «enviado de los obreros», una fisonomía más avinagrada. Di mi nombre. Fui invitado amablemente a entrar. Al levantarse el cortinón pude ver una agrupación de sesenta o setenta personas. Sobre sillas dispuestas en líneas regulares estaban sentados, a un lado del pasillo, treinta o cuarenta oficiales, entre ellos brillantes militares de la guardia; al otro lado, las damas. En un rincón, delante, se apercibía un grupo de levitas negras: eran publicistas y abogados radicales. Delante de una pequeña mesa que servía de cátedra, un anciano hacía funciones de presidente. A su lado, reconocí a Ródichev, el futuro «tribuno» de los constitucionales demócratas. Hablaba de la aplicación de la ley marcial en Polonia, de las obligaciones de la sociedad liberal y de la parte pensante del ejército frente a la situación polaca; hablaba con tono aburrido y monótono, sus pensamientos eran cortos y vulgares y cuando concluyó su discurso se escucharon aplausos impregnados de cansancio. Tras él, Struve tomó la palabra; ayer todavía era «el exilado de Stuttgart», a quien la huelga de octubre había abierto de nuevo el camino de Rusia y que había aprovechado la ocasión para tomar posiciones en la extrema derecha del liberalismo de los *zemstvos* y para desde allí emprender una campaña desvergonzada contra la socialdemocracia. Orador penoso, mascullando y comiéndose las palabras, demostraba que el ejército debía mantenerse en el terreno del manifiesto del 17 de octubre y defenderlo contra todo ataque, tanto de la derecha como de la izquierda. Esta sabiduría de víbora conservadora resultaba muy divertida en los labios del antiguo socialdemócrata. Escuché su discurso y me acordé que, siete años antes, este hombre había escrito: «Cuanto más se avanza hacia el oriente de Europa, más aparece la burguesía débil, cobarde y vil en su actitud política». Desde entonces, sobre las muletas del revisionismo alemán, el mismo hombre había pasado al campo de la burguesía liberal a fin de demostrar, por ejemplo, la justeza del aforismo que acabamos de citar… Después de Struve, el publicista radical Procopovich habló del motín de Kronstadt; escuchamos a continuación a un desgraciado profesor cuya elección dudaba entre el liberalismo y la socialdemocracia y que habló de todo y de nada. Por fin, un famoso abogado (Sokolov) invitó a los oficiales a tolerar la propaganda en los cuarteles. Los discursos tomaban un tono cada vez más resuelto, la atmósfera se caldeaba, los aplausos del público se hacían cada vez más sonoros. Llegado mi turno, señalé que los obreros estaban desarmados, que con ellos la libertad se hallaba desguarnecida, que en manos de los oficiales se encontraban las llaves de los arsenales de la nación, que en el minuto decisivo estas llaves deberían ser transmitidas a aquéllos a quienes pertenecían por derecho, es decir, al pueblo. Fue la primera y, sin duda, la última vez en mi vida que tuve ocasión de hablar ante un auditorio de este género…

«La lamentable influencia moral» del proletariado sobre los soldados indujo al gobierno a ejercer actos de represión. Se procedió a detenciones en uno de los regimientos de la guardia; una parte de los marineros fueron enviados bajo escolta de San Petersburgo a Kronstadt. De todas partes, se dirigían al Sóviet soldados

preguntando qué se podía hacer. A estas preguntas respondimos con un llamamiento hecho famoso bajo el nombre de *Manifiesto a los soldados*. Éste es su texto:

«El Sóviet de Diputados Obreros responde a los soldados: "¡Hermanos soldados del ejército y de la flota!".

»Os dirigís frecuentemente a nosotros, Sóviet de Diputados Obreros, para obtener un consejo o un apoyo. Al efectuarse la detención de hombres del regimiento Preobrazhenski, nos habéis solicitado socorro. Al ser detenidos alumnos de la escuela militar electrotécnica, nos habéis pedido asistencia. Al ser enviadas bajo escolta las tripulaciones de la flota de San Petersburgo a Kronstadt, han buscado nuestra protección.

»Gran número de regimientos nos envían sus diputados.

»Hermanos soldados, tenéis razón. Sólo tenéis para defenderos al pueblo obrero. Si los obreros no vienen en socorro vuestro, no hay salvación para vosotros. El maldito cuartel os ahogará.

»Los obreros están siempre al lado de los buenos soldados. En Kronstadt y en Sebastopol los obreros han luchado y han muerto con los marineros. El gobierno había decidido que los marineros y los soldados de Kronstadt pasasen ante consejo de guerra; los obreros de San Petersburgo suspendieron inmediatamente todo trabajo.

»Consienten en sufrir las torturas del hambre pero no quieren considerar en silencio los tormentos que se inflige a los soldados.

»Nosotros, Sóviet de Diputados Obreros, nosotros os decimos, soldados, en nombre de todos los obreros de San Petersburgo: "Vuestras penas son nuestras penas, vuestras necesidades son nuestras necesidades; la lucha que lleváis a cabo, es la misma que hemos emprendido. Nuestra victoria será vuestra victoria. Estamos ligados a la misma cadena. Solamente uniendo sus esfuerzos el pueblo y el ejército la romperán".

»¿Cómo obtener la libertad de los soldados de Preobrazhenski? ¿Cómo salvar a los de Kronstadt y Sebastopol?

»Para eso hay que limpiar el país de todas las prisiones zaristas, de todos los consejos de guerra. Mediante golpes aislados no obtendremos nada en favor de los de Preobrazhenski, Sebastopol y Kronstadt. Solamente por un poderoso impulso de toda la masa barreremos la arbitrariedad y la autocracia del suelo de nuestra patria.

»¿Quién puede encargarse de esta gran tarea?

»El pueblo obrero unido con el ejército fraterno.

»¡Hermanos soldados: despertaos, levantaos, venid a nosotros! ¡Buenos y valerosos soldados, agrupaos en asociaciones!

»¡Despertad a los que duermen! ¡Llevad por la fuerza a los remolones! ¡Poneos de acuerdo con los obreros! ¡Constituid un vínculo con el Sóviet de Diputados Obreros!

»¡Y adelante, por la justicia, por el pueblo, por la libertad, por nuestras mujeres y nuestros hijos!

»Una mano fraterna os es tendida, ¡la del Sóviet de Diputados Obreros!».
Este manifiesto corresponde a los últimos días del sóviet.

XVI. ¡Las ocho horas y un fusil!

El proletariado estaba solo en la lucha. Nadie quería ni podía apoyarle. Esta vez, no se trataba ya de la libertad de prensa, ni de combatir la arbitrariedad de los de uniforme, ni siquiera del sufragio universal. El obrero pedía garantías para sus músculos, para sus nervios, para su cerebro. Había decidido reconquistar una parte de su propia existencia. No podía esperar por más tiempo y tampoco quería. En los acontecimientos de la revolución había tomado conocimiento de su fuerza, había descubierto una vida nueva, una vida superior. Acababa en cierto modo de renacer para la vida del espíritu. Todos sus sentimientos se encontraban tensos como las cuerdas de un instrumento. Nuevos mundos inmensos y radiantes se habían abierto ante él… ¿Será preciso esperar aún por mucho tiempo al gran poeta que reproduzca el cuadro de la resurrección revolucionaria de las masas obreras?

Después de la huelga de octubre, que había hecho de las fábricas ennegrecidas por el humo los templos de la palabra revolucionaria, después de una victoria que había llenado de orgullo a los corazones más pesimistas, el obrero recayó en el engranaje maldito de la máquina. Todavía presa del adormecimiento del alba tenebrosa, tenía que arrojarse a la garganta infernal de la fábrica; avanzada la tarde cuando la máquina finalmente atracada daba la señal con su sirena, el obrero, presa aún y siempre del adormecimiento, arrastrando su cuerpo agotado, regresaba al alojamiento en la noche morosa y lúgubre. Sin embargo, en derredor suyo ardían llamas claras, cercanas e inaccesibles, las llamas que él mismo había encendido. La prensa socialista, las reuniones políticas, la lucha de los partidos, banquete inmenso y maravilloso de intereses y pasiones. ¿Cuál era entonces la salida? La jornada de ocho horas. Fue el programa entre todos los programas, el deseo entre todos los deseos. Sólo la jornada de ocho horas podía liberar inmediatamente la fuerza del proletariado para la política revolucionaria del día. ¡A las armas, proletarios de San Petersburgo! Un nuevo capítulo se abre en el libro austero de la lucha.

Ya durante la gran huelga habían declarado los delegados más de una vez que a la vuelta al trabajo las masas no consentirían por nada del mundo seguir en las antiguas condiciones. El 26 de octubre, los delegados de uno de los sectores de San Petersburgo deciden, independientemente del sóviet, realizar en sus fábricas la jornada de ocho horas por la vía revolucionaria. El 27, la propuesta de los delegados es adoptada por unanimidad en diversas reuniones obreras. En el taller mecánico Alexandrovski la cuestión es decidida por escrutinio secreto para evitar toda presión. Resultados: 1668 votos a favor, 14 en contra. Los grandes talleres metalúrgicos no trabajan más que ocho horas desde el 28. Un movimiento análogo se dibuja al mismo tiempo en el otro extremo de San Petersburgo. El 29 de octubre, el organizador de la campaña informa al sóviet que la jornada de ocho horas ha sido establecida «por la fuerza» en tres grandes fábricas. Truenos de aplausos. No hay lugar para la duda. ¿No es la violencia la que nos ha dado la libertad de reunión y la de prensa? ¿Son para

nosotros más sagrados los intereses del capital que los de la monarquía? Las tímidas voces del escepticismo se ahogan en las oleadas del entusiasmo general. El sóviet emite una decisión de la más alta importancia: invita a todas las fábricas y talleres a establecer por su propia cuenta la jornada de ocho horas. Este decreto es adoptado casi sin debates, como si la decisión se impusiese por sí misma. Da a los obreros veinticuatro horas para adoptar sus disposiciones al efecto. Fue suficiente. «La propuesta del sóviet ha sido acogida por nuestros obreros con entusiasmo —escribe mi amigo Nemtsov, delegado de un taller metalúrgico—. En octubre, hemos luchado en nombre de las exigencias del país entero, ahora ponemos por delante nuestras reivindicaciones exclusivamente proletarias que mostrarán claramente a nuestros patronos burgueses que no olvidamos un solo instante las necesidades de nuestra clase. Después de los debates, el comité de la fábrica (reunión de los representantes de los talleres; los delegados del sóviet desempeñaban un papel dirigente en estos comités) ha decidido por unanimidad establecer la jornada de ocho horas a partir del primero de noviembre. El mismo día los diputados han transmitido la decisión del comité de fábrica a todos los talleres… Han invitado a los obreros a traer sus alimentos a la fábrica, con el fin de no hacer la suspensión habitual de mediodía. El primero de noviembre los obreros han ido al trabajo a las siete menos cuarto de la mañana, como siempre. A mediodía, un golpe de silbato les llamó a la comida; fue la ocasión para numerosas bromas entre los compañeros, que no se concedían más que media hora de descanso en lugar de una hora y tres cuartos. A las tres y media, toda la fábrica dejaba el trabajo, que había durado exactamente ocho horas».

El lunes 31 de octubre leemos en el número 5 de *Izvestia*: «todos los obreros de las fábricas de nuestro sector, conforme a la decisión del sóviet, después de haber trabajado ocho horas, han dejado los talleres y han salido en manifestación por las calles con banderas rojas, al canto de *La Marsellesa*. En el curso del recorrido los manifestantes “sacaban” a los obreros que prolongaban el trabajo en los pequeños establecimientos». La decisión del sóviet fue aplicada en los otros sectores con la misma energía revolucionaria. El 1 de noviembre el movimiento se extiende a casi todos los talleres metalúrgicos y a las más importantes fábricas textiles. Los obreros de las fábricas de Schlusselburg preguntaban al sóviet a través del telégrafo: «¿Cuántas horas de trabajo debemos proporcionar a partir de hoy?». La campaña se desarrollaba con una fuerza invencible, con una grandiosa unanimidad pero la huelga de cinco días cortó esta campaña en sus comienzos. La situación se hacía cada vez más difícil. La reacción gubernamental realizaba esfuerzos desesperados, y no sin éxito, para recuperar terreno. Los capitalistas se unían enérgicamente para la resistencia bajo la protección de Witte. La democracia burguesa estaba «harta» de huelgas. Tenía sed de tranquilidad y reposo.

Antes de la huelga de octubre los capitalistas habían enjuiciado de diferente modo la reducción de trabajo por los obreros: unos amenazaban con cerrar inmediatamente las fábricas, otros se limitaban a operar retenciones sobre los salarios. En gran

número de fábricas y talleres, la administración entraba en la vía de las concesiones, consentía en reducir la jornada a nueve horas y media, e incluso a nueve horas. Esto es, por ejemplo, lo que decidió el sindicato de impresores. La incertidumbre reinaba en general entre los patronos. Hacia el final de la huelga de noviembre, el capital, agrupando sus fuerzas, logró dominar la situación y se mostró intratable: la jornada de ocho horas no sería concedida y en el caso de que los obreros insistieran, se procedería a un *lockout* en masa. Abriendo el camino a los patronos, el gobierno tomó la iniciativa de cerrar las fábricas del Estado. Las reuniones obreras eran cada vez con mayor frecuencia dispersadas por la policía y se esperaba evidentemente abatir así los espíritus. La situación se agravaba de día en día. Siguiendo a las fábricas del Estado, fueron cerrados los establecimientos privados. Varias decenas de miles de obreros fueron echados a la calle. El proletariado tropezaba con una muralla abrupta. Era absolutamente necesario batirse en retirada. Pero la masa obrera sabía lo que quería. No aceptaba ni siquiera oír hablar de un regreso al trabajo en las antiguas condiciones. El 6 de noviembre el sóviet recurre a un compromiso: declara que la prohibición deja de ser obligatoria para todos e invita a los trabajadores a no continuar la lucha más que en las empresas donde hubiese alguna esperanza de éxito. La solución no era evidentemente satisfactoria: no es un llamamiento formal y amenaza con dividir el movimiento en una serie de escaramuzas. Sin embargo, la situación sigue agravándose. En tanto que las fábricas del Estado se volvían a abrir, a instancias de los delegados, para un trabajo a realizar en las antiguas condiciones, los empresarios privados cerraban las puertas de trece nuevas fábricas y talleres. Eran 19 000 parados más. La preocupación de obtener la reapertura de las fábricas, incluso en las antiguas condiciones, no permitía pensar ya en realizar por un golpe de fuerza la jornada de ocho horas. Era necesario mostrar decisión; el 12 de noviembre el sóviet ordenó batirse en retirada. Fue la más dramática de todas las sesiones del parlamento obrero. Los votos se repartieron. Dos talleres metalúrgicos de los más avanzados insistían en que se continuase la lucha, siendo apoyados por los representantes de algunas fábricas textiles, de determinadas empresas del tabaco y del vidrio. La fábrica Putílov se declara enérgicamente contra esta actitud. Se levanta una mujer: es una tejedora de la fábrica Maxwell, ya de cierta edad. Su rostro es hermoso y abierto, el vestido de indiana ajado, aunque se acerca el invierno; su mano tiembla de emoción y sube nerviosamente hasta el cuello. Voz penetrante, profunda, vibrante, inolvidable: «Habéis acostumbrado, grita a los delegados de Putílov, a vuestras mujeres a comer bien y a dormir bien y por eso teméis perder vuestro ganapán. Pero a nosotras eso no nos asusta. Estamos dispuestas a morir por obtener la jornada de ocho horas. Lucharemos hasta el final. La victoria o la muerte. ¡Viva la jornada de ocho horas!».

Han pasado treinta meses desde que escuché ese grito y aquella voz de esperanza, de desesperación y de pasión resuena aún en mis oídos como un reproche vehemente, como un llamamiento irresistible. ¿Dónde estás ahora, camarada heroica, humildemente vestida con un traje ajado de indiana? ¡Oh! Seguramente nadie te

había enseñado a dormir bien, a comer bien, a vivir a gusto…

La vibrante voz se quiebra… Un instante de silencio doloroso. Y a continuación una tempestad de aplausos apasionados. Los delegados que se habían reunido bajo la penosa impresión de la violencia capitalista y de una inmutable fatalidad, se elevaron en este momento muy por encima de la vida cotidiana. Aplaudían a la victoria que tenían que alcanzar un día sobre el destino sanguinario.

Después de debates que duraron cuatro horas el sóviet adoptó por una aplastante mayoría la resolución de ceder. La resolución señalaba que la coalición del capital con el gobierno había, al primer golpe, transformado la cuestión de las ocho horas, aplicable a San Petersburgo, en una cuestión de interés general para todo el país; demostraba que los obreros de San Petersburgo no podían por consiguiente obtener esta ventaja sin el concurso del proletariado de la nación entera y decía: «por estas razones, el sóviet de Diputados Obreros estima necesario suspender provisionalmente las medidas directas que habían sido indicadas a todas las empresas para realizar la jornada de ocho horas». Hubo que hacer grandes esfuerzos para que la retirada se efectuase en buen orden. Numerosos obreros preferían entrar en la vía señalada por la tejedora de Maxwell. «Camaradas obreros de las restantes fábricas y talleres —escribían al sóviet los trabajadores de una gran fábrica que habían resuelto continuar la lucha por la jornada de nueve horas y media—, excusadnos por obrar así pero no podemos aceptar más esta sobrecarga que progresivamente agota nuestras fuerzas físicas y morales. Lucharemos hasta la última gota de sangre…».

Al abrirse la campaña por la jornada de ocho horas la prensa capitalista exclamaba, como es lógico, que el sóviet quería arruinar la industria nacional. El periodismo liberal democrático, que temblaba en esta época ante los amos de izquierda, parecía haberse tragado la lengua pero cuando la derrota de la revolución, en diciembre, le devolvió la libertad de su iniciativa, emprendió la traducción en su jerga liberal de todas las acusaciones lanzadas por los reaccionarios contra el sóviet. La lucha que éste había desarrollado por la jornada de ocho horas fue, a posteriori, el objeto de la acusación más rigurosa por parte de estos buenos señores. No obstante, es preciso anotar que la idea de realizar por la violencia la jornada de ocho horas, es decir, interrumpiendo simplemente el trabajo sin esperar el asentimiento de los empresarios, había nacido antes del mes de octubre y no entre los miembros del sóviet. Durante las huelgas épicas de 1905 habían tenido lugar más de una vez tentativas de este género. Y no habían sido seguidas por derrotas. En las fábricas del Estado, donde los motivos políticos desempeñan un papel más importante que las razones económicas, los obreros habían obtenido de esta manera la jornada de nueve horas. No obstante, la idea de establecer sólo por medios revolucionarios la jornada normal únicamente en San Petersburgo y en veinticuatro horas puede parecer fantástica. Un buen contable, afiliado a un sindicato de gentes graves y sesudas, la juzgaría sin duda absolutamente loca. Y lo era, en efecto, desde el punto de vista de las gentes razonables pero, en la «locura» revolucionaria, no carecía de razón.

Ciertamente, la jornada normal sólo para San Petersburgo es una pretensión absurda; pero el intento de la capital, en el ánimo del sóviet, debía levantar al proletariado del país entero. Naturalmente, la jornada de ocho horas no puede realizarse si no es con el concurso del poder gubernamental; pero el proletariado entonces luchaba precisamente por la conquista del poder. Si hubiese alcanzado una victoria política, el establecimiento de la jornada de ocho horas no habría sido más que el desarrollo natural de una «experiencia fantástica». Pero el proletariado no salió vencedor de este primer combate, y ésa es, sin duda alguna, su «falta» más grave.

A pesar de todo, creemos que el sóviet se condujo como podía y debía conducirse. En realidad, no tenía elección. Si, por razones de política «realista», hubiese gritado a las masas: «¡Retroceded!», no le habrían escuchado. El conflicto habría estallado pero sin que nadie dirigiera a los combatientes. Las huelgas se habrían producido pero el enlace entre ellas hubiera faltado. En estas condiciones, la derrota hubiese causado una total desmoralización. El sóviet comprendió su función de otra manera. Sus dirigentes no contaban en modo alguno con un éxito práctico, inmediato, absoluto; pero, para ellos, las poderosas fuerzas elementales que entraban en movimiento se imponían como un hecho esencial y, resolvieron transformar el movimiento en una manifestación grandiosa, inaudita hasta entonces en el mundo socialista, en favor de la jornada de ocho horas. Los resultados prácticos de esta campaña, es decir, una reducción considerable de las horas de trabajo en una serie de empresas, fueron pronto reducidas a la nada por los patronos pero los resultados políticos dejaron una huella imborrable en la conciencia de las masas. La idea de la jornada de ocho horas fue a partir de entonces popular entre los grupos obreros más atrasados y tuvo más influencia que la que habría obtenido una propaganda pacífica desarrollada durante largos años. Al mismo tiempo, la reivindicación era orgánicamente asimilada a las exigencias esenciales de la democracia política. Cuando tropezó con la resistencia organizada del capital, detrás de la cual se alzaba el poder del Estado, la masa obrera volvió a la idea del golpe de Estado revolucionario, de la inevitable insurrección, del armamento indispensable.

Al defender en el sóviet la moción que debía terminar la lucha, el portavoz del comité ejecutivo resumía de la manera siguiente los resultados de la campaña. «Si no hemos conquistado la jornada de ocho horas para las masas, al menos hemos conquistado a las masas para la jornada de ocho horas. En adelante, en el corazón de todo obrero petersburgués resonará el mismo grito de batalla: “¡Las ocho horas y un fusil!”».

XVII. El «mujik» se rebela

Era en las ciudades donde tenían lugar los acontecimientos decisivos de la revolución pero los campos no guardaban un silencio pasivo. Se agitaban ruidosamente, se levantaban con pesadez y daban traspiés como al salir de un sueño; y, apenas se dio cuenta de estos primeros signos de agitación, la clase dirigente entera tembló.

Durante los dos o tres años que habían precedido a la revolución, las relaciones entre campesinos y propietarios se fueron haciendo muy difíciles. Los «malentendidos» se multiplicaban. A partir de la primavera de 1905, la efervescencia en los campos se hace amenazadora; se manifiesta bajo aspectos variados a las diversas regiones del país. Esquemáticamente, se pueden señalar tres zonas de «revolución» campesina: 1) el norte, que se distingue por un desarrollo considerable de la industria de fabricación; 2) el sudeste, relativamente rico en tierras; 3) el centro, en que la tierra falta y donde esta cuestión se agrava aún más por el estado lamentable en que vegeta la industria. A su vez, el movimiento campesino elaboró cuatro procedimientos típicos de lucha: ocupación de las tierras de los propietarios, acompañada de expulsión de los amos y destrucción de sus mansiones, con el fin de asegurar al pueblo una utilización más amplia de las tierras; apropiación de los trigos, el ganado, el heno y tala de bosques con el fin de avituallar inmediatamente al pueblo hambriento y necesitado; huelga y boicot teniendo por objeto obtener una disminución del arrendamiento, o el elevar los salarios; y finalmente, negativa a proporcionar reclutas al ejército, a pagar los impuestos y las deudas. Diversamente combinados, estos procedimientos de lucha se propagaron en todo el país, adaptándose a las condiciones económicas de cada región. El movimiento campesino fue particularmente violento en el centro miserable. La devastación pasó por estas provincias como un ciclón. En el mediodía se recurrió principalmente a las huelgas y al boicot de las explotaciones. Finalmente, en el norte, donde el movimiento fue más débil, se pensó sobre todo en cortar madera para calefacción. Los campesinos se negaron a reconocer los poderes administrativos y a pagar los impuestos allí donde la revuelta económica tomaba un carácter político radical. En todo caso, el movimiento agrario no ganó a las masas profundas más que después de la huelga de octubre.

Veamos más de cerca cómo el *mujik* procede en la revolución. En el gobierno de Samara, los desórdenes se extendieron a cuatro comarcas. Al principio, sucedía así: los campesinos se presentaban en las explotaciones privadas y no se apoderaban más que de los forrajes; en el curso de esta operación, tenían en cuenta el ganado que se encontraba en la propiedad y dejaban al patrono el forraje necesario para alimentar el rebaño; se llevaban el resto en sus carretas. Obraban con calma, sin violencia, «en conciencia», esforzándose en entenderse con el propietario para evitar «todo escándalo». Explicaban al patrono que habían llegado tiempos nuevos, que hacía falta vivir ahora siguiendo una regla nueva, «según Dios»; el que poseía mucho debía dar a los que no tenían nada… A continuación, grupos de representantes, «provistos de

poder», se presentan en las estaciones de los ferrocarriles: hay allí importantes depósitos de grano perteneciente a los propietarios. Los delegados se informan primero sobre la procedencia del trigo almacenado, luego declaran que, por decisión del *mir* [municipio campesino], van a llevárselo. «De modo, pues, hermanitos, que queréis cogerlo —replica el jefe de estación—. Pero soy yo quien responderá de él… Deberíais al menos dejarme al margen…». «¿Qué quieres que te digamos?», declaran los «expropiadores», tan amenazantes hace un momento, ahora conciliadores. «No tenemos intención de causarte molestias… Hemos venido aquí porque la estación no está lejos… No teníamos ganas de ir a la granja; hay un buen trecho… Pero en fin, tanto peor. Nos veremos obligados a ir donde el patrono, cogeremos lo que necesitamos de su granero…». Así, el trigo amontonado en el depósito del ferrocarril permanece intacto; pero, en las haciendas, se hace el reparto «en buena justicia» con los propietarios. Sin embargo, los motivos aducidos, las alusiones al «tiempo nuevo» se hacen cada vez menos persuasivas: el propietario recobra valor, resiste. Entonces el *mujik* bonachón se enfada y pronto no quedan de la vieja casa solariega sino las piedras y los despojos.

En el gobierno de Jerson los campesinos, en muchedumbres inmensas, viajaban de hacienda en hacienda con sus carros para coger lo que les correspondiese del «reparto». No hubo violencias ni asesinatos: los propietarios aterrados y los administradores asustados habían huido, dejando todas las puertas abiertas, desde la primera reclamación de los campesinos. Una lucha enérgica es igualmente emprendida en esta provincia para obtener una reducción de los arrendamientos. Los precios son fijados por los municipios campesinos, conforme a la «justicia». Sin embargo, en el monasterio de Bezukov, los campesinos se apoderaron de 150 000 desiatinas sin consentir en pagar su valor, alegando que los monjes debían rogar a Dios y no ocuparse del tráfico de tierras.

Pero los acontecimientos más tumultuosos tuvieron lugar a finales de 1905 en el gobierno de Saratov. En los pueblos a los que se extendió el movimiento ningún campesino guardó una actitud pasiva. Todos se levantaron. Los propietarios con sus familias dejan sus casas; todos los bienes muebles son repartidos, se llevan fuera el ganado, reciben su pago los obreros y servidores y, como conclusión, «el gallo rojo» —el incendio— despliega sus alas sobre la hacienda. A la cabeza de las «columnas» campesinas que marchan al ataque se encuentran compañías armadas. Los suboficiales de la gendarmería y los guardias se esconden; en algunos lugares, son detenidos. Se queman las edificaciones del propietario para impedirle volver más tarde a sus dominios pero ninguna otra violencia es tolerada. Después de haber devastado completamente la casa solariega, los campesinos redactan en común un «juicio» según el cual, a partir de la primavera próxima, la tierra del propietario revertirá al mir. Las sumas de dinero cogidas en los «despachos» de los amos, en los depósitos de aguardiente del gobierno o en casa de los recaudadores del fisco comisionados de la venta de alcohol son inmediatamente entregadas a la comunidad.

La distribución de los bienes expropiados se efectúa por medio de comités locales o «cofradías». Cuando se destruye todo en una hacienda, no hay que ver en ello una manifestación de odio individual del campesino hacia el propietario: la devastación alcanza tanto a los liberales como a los reaccionarios. No hay matices políticos, es la aversión de la clase desheredada que se traduce así… Se destruyen de arriba abajo las mansiones de miembros liberales de los *zemstvos*, se queman viejos castillos con sus preciosas bibliotecas y sus galerías de cuadros. En determinadas comarcas, las casas solariegas que han escapado a la devastación son consideradas excepciones… El cuadro que ofrece la cruzada de los mujiks es en todas partes semejante. «El cielo nocturno se ilumina a la luz de los incendios, escribe uno de los corresponsales. El cuadro es espantoso: desde por la mañana pueden verse filas de carruajes enganchados a dos o tres caballos, llenos de fugitivos que abandonan sus dominios; al sobrevenir el crepúsculo, todo el horizonte es envuelto por un círculo de fuego. Durante ciertas noches, se han contado hasta dieciséis incendios simultáneos… Los propietarios huyen, con un pánico que comunican a todos aquéllos a quienes encuentran».

En poco tiempo fueron quemadas y destruidas en el país más de dos mil casas solariegas; sólo en el gobierno de Saratov, 272 sufrieron la venganza del campesino. Los daños causados a los propietarios en los diez gobiernos que más sufrieron son evaluados, según los datos oficiales, en 29 millones de rublos, de los que unos 10 millones representan las pérdidas del gobierno de Saratov.

Si es verdad que puede decirse en general que la ideología política no es lo que determina el desarrollo de la lucha de clases, ello es tres veces más cierto cuando se trata de los campesinos. El *mujik* de Saratov debía tener razones serias, en los límites de su huerto, de su granja y de su tierra, para decidirse a arrojar un puñado de paja encendida bajo el techo del noble propietario. Sería empero un error dejar absolutamente de lado, en la explicación de su conducta, la propaganda política. Por confuso y desordenado que haya sido el levantamiento de los campesinos, pueden discernirse en él intentos ciertos de generalización política. Es preciso reconocer el trabajo de los partidos. En el curso de 1905, los propios liberales de los *zemstvos* hicieron la experiencia de instruir a los campesinos en el espíritu de oposición. En diversas instituciones de *zemstvos* eran admitidos representantes del mundo rural a título semioficial y deliberaban sobre las cuestiones de interés general. Los empleados de los *zemstvos* desplegaron, al lado de los liberales censitarios, una actividad todavía mayor: estadísticos, maestros de escuela, agrónomos, enfermeras, etc… Una parte considerable de este personal pertenecía a los partidos socialdemócrata y socialista revolucionario; la mayoría se componía de radicales indecisos para quienes, en todo caso, la propiedad privada no tenía un carácter sagrado.

Durante varios años, los partidos socialistas, por medio de los empleados de los *zemstvos*, organizaron entre los campesinos círculos revolucionarios y propagaron las

publicaciones que la ley había prohibido. En 1903 la propaganda se dirigió a las masas y salió de sus retiros clandestinos. Un gran servicio fue prestado en este aspecto por el absurdo ukase del 18 de febrero que establecía una especie de derecho de petición. Apoyándose en este derecho o, por decir mejor, sobre el aturdimiento que había causado el ukase entre las autoridades locales, los agitadores convocaban las asambleas municipales y las llevaban a solicitar en sus mociones la abolición de la propiedad privada concerniente a la tierra y la convocatoria de los representantes del pueblo. En numerosos lugares, los *mujiks* que habían firmado mociones de este género se consideraban como miembros de un «sindicato campesino» y constituían comités que, frecuentemente, ponían en jaque a la autoridad legal del pueblo.

Así sucedió, por ejemplo, entre los cosacos del Don. Tenían lugar, en sus pueblos, reuniones de seiscientas a setecientas personas. «Es un extraño auditorio —escribía uno de los propagandistas—. En la mesa del presidente se encuentra un hetman [jefe cosaco] armado. Ante uno, permanecen de pie o sentados hombres que llevan el sable. Estamos acostumbrados a verlos en el último cuadro de nuestras reuniones y de nuestros mítines como figurantes de una apoteosis que no tiene para nosotros nada de agradable. Resulta extraño contemplar estos ojos, donde poco a poco se enciende el odio del señor y del *chinovnik*[37]. ¡Qué distancia, qué inverosímil diferencia entre el cosaco en filas y el cosaco en los campos!» Los propagandistas eran acogidos y acompañados con entusiasmo; se les iba a buscar muy lejos y se vigilaba para protegerlos contra la policía pero con mucha frecuencia, en los campos retirados, se hacían una idea muy oscura del papel que tenían que desempeñar. «Gracias a las buenas gentes —decía a veces el *mujik* que acababa de firmar una resolución— van a pedir un poco de tierra para nosotros».

En el mes de agosto se reunió cerca de Moscú el primer congreso de campesinos. Más de cien representantes de 22 gobiernos estuvieron reunidos durante dos días en un viejo cobertizo situado lejos de las carreteras. En este congreso tomó forma, por primera vez, la idea de una Unión Panrusa de Campesinos, idea a la cual dieron su asentimiento numerosos campesinos e intelectuales, miembros o no de los partidos políticos.

El manifiesto del 17 de octubre dio aún más amplitud a la propaganda en los campos. Uno de los miembros más moderados de los *zemstvos*, en el gobierno de Pskow, el conde Heiden, hoy fallecido, no permaneció extraño a ello: emprendió la organización en las comarcas de su provincia de mítines, con el objeto de explicar a sus frustrados auditores los principios del «nuevo régimen». Los campesinos contemplaron primero con indiferencia los esfuerzos del conde, luego se desataron y sintieron la necesidad de pasar de las palabras a los actos. Para comenzar, resolvieron «poner en huelga» los bosques[38]. Es entonces cuando el aristócrata liberal perdió el control. Pero si, en sus intentos por establecer la armonía de clases sobre la base del manifiesto imperial, los liberales censitarios tuvieron a menudo que morderse los dedos, en cambio, los intelectuales revolucionarios alcanzaron inmensos éxitos. En

los diversos gobiernos se reunían congresos de campesinos; tenía lugar una propaganda intensiva, febril; las ciudades inundaban los campos con publicaciones revolucionarias; las uniones de campesinos se consolidaban y ampliaban. En una provincia lejana y perdida, en el gobierno de Viatka, un congreso de campesinos reunió a doscientas personas. Tres compañías del batallón que estaba allí como guarnición enviaron sus delegados para expresar las simpatías de la tropa y prometer su apoyo. Los obreros se declararon en el mismo sentido por mediación de sus representantes. El congreso obtuvo de las autoridades extraviadas la autorización de organizar mítines en ciudades y pueblos. Durante quince días se multiplicaron las reuniones en la provincia. La decisión emitida por el congreso de suspender el pago de los impuestos fue rigurosamente aplicada… A pesar de la diversidad de estas manifestaciones, el movimiento campesino en toda la extensión del país logró agrupar a las masas. En los extremos del imperio adquirió desde el primer momento un carácter claramente revolucionario. En Lituania, el campesinado, por decisión del congreso de Vilna, que reunía a más de dos mil representantes, destituyó revolucionariamente a los escribanos de las comarcas, a los ediles [*starchini*], a los maestros de escuelas primarias, expulsó a los gendarmes, los inspectores rurales [*zemskie nachalniki*] y se dio a sí mismo jueces por vía de elección y comités ejecutivos para la administración comarcal… Los campesinos de Georgia, en el Cáucaso, se condujeron de manera aún más determinada.

El 6 de noviembre, a sabiendas de todo el mundo, se abrió en Moscú el II Congreso de la Unión Campesina; ciento ochenta y siete delegados representaban a veintisiete gobiernos. De este número, ciento uno habían sido provistos de sus poderes por las asambleas comarcales y municipales y los restantes hablaban en nombre de los comités de los gobiernos, de los departamentos y de los grupos locales de la Unión. Entre los delegados había ciento cuarenta y cinco campesinos; el resto se componía de intelectuales vinculados de cerca al campesinado: maestros y maestras de escuela, empleados de los *zemstvos*, médicos, etc. Para quien desease conocer el carácter del país, fue uno de los congresos más interesantes de la época revolucionaria. Pudo verse allí a buen número de figuras pintorescas, de hombres que se habían elevado por sus propias fuerzas por encima del nivel provincial; revolucionarios que no lo eran sino desde ayer y que ellos mismos, «por sus propios recursos», habían llegado a la comprensión de las cosas; políticos dotados de fuerte temperamento, animados de grandes esperanzas, pero cuyas ideas no eran suficientemente claras. He aquí unas siluetas bosquejadas por uno de los miembros del congreso: «Vemos un sacerdote de Sumi, Antón Cherbak, de alta talla, cabellos blancos, bigote corto, con mirada penetrante, que tenía el aspecto de acabar de salir de la tela de Repin, *Los cosacos zaporogos*. Cherbak, no obstante, decía que era granjero de los dos hemisferios porque había pasado veinte años en América y poseía en California una granja bien instalada, ocupada por su familia rusa… El cura Miretski, delegado del gobierno de Voronej, representaba a cinco comarcas. En uno

de sus discursos, el padre Miretski declaró que Cristo había sido el primer socialista. “si Cristo estuviese aquí, estaría con nosotros…” Dos campesinas con blusa de indiana, chal de lana y botines de piel de cabra, hablaban en nombre de la asamblea de mujeres de uno de los pueblos del mismo gobierno de Voronej… El capitán Perelechin representaba a los artesanos rurales de la misma provincia. Se presentó en el congreso de uniforme, con el sable al cinto, lo que ocasionó una seria perturbación en la asistencia. Una voz llegó a gritar en medio de la asamblea: “¡Abajo la policía!”. Entonces el oficial se levantó y ante los aplausos de todos los congresistas declaró: “Soy el capitán Perelechin, delegado del gobierno de Voronej, que nunca ha ocultado sus convicciones y siempre se ha conducido abierta y francamente; por esta misma razón vosotros me veis aquí de uniforme…”».

Las deliberaciones versaron preferentemente sobre cuestiones de táctica. Ciertos delegados preconizaban la lucha por medios pacíficos: mítines, decisiones de las asambleas municipales, boicot de las autoridades por el *mir*, creación de administraciones autónomas revolucionarias, laboreo de las tierras expropiadas por el *mir*, negativa por el *mir* de pagar los impuestos y proporcionar reclutas. Otros, sobre todo los que representaban al gobierno de Saratov, lanzaban llamamientos a la lucha armada, querían que se apoyase inmediatamente la rebelión iniciada en las provincias. En definitiva, se alcanzó un justo medio. «Para poner fin a las desgracias del pueblo, ocasionadas por la falta de tierras —decía la resolución—, no hay más que un único medio y es que todas las tierras se conviertan en propiedad común del pueblo entero y que no sean utilizadas más que por quienes trabajan la tierra ellos mismos, en familia o en asociación». El establecimiento de un sistema equitativo de explotación de las tierras era confiado a la Asamblea constituyente, que debía ser convocada sobre las bases más democráticas, «no más tarde (¡) del mes de febrero próximo». Para llegar a este resultado, «la Unión campesina se concertará con sus hermanos obreros, con los sindicatos de las ciudades, de las fábricas, de los talleres, de los ferrocarriles y restantes empresas, así como con las organizaciones que defienden los intereses de los trabajadores… En el caso de que las reivindicaciones del pueblo no fuesen satisfechas, la Unión campesina tendrá que recurrir a la huelga general de la tierra (¡), es decir, negará a los propietarios de toda clase de haciendas sus fuerzas obreras y mediante ese mismo hecho les obligará a suspender su explotación. Para la organización de la huelga general, la Unión se pondrá de acuerdo con la clase obrera». El congreso decidió a continuación renunciar al consumo del aguardiente y declaró al fin de su resolución que, «según los informes que se reciben de todos los puntos de Rusia, la negativa a satisfacer las reivindicaciones populares podría ser la causa de perturbaciones considerables en el país y suscitaría necesariamente una insurrección general, pues la paciencia del campesino ha llegado a su fin y no hace falta más que una gota para desbordar el vaso». Por ingenua que resulte esta resolución, en determinados pasajes muestra al menos que los elementos avanzados de la clase campesina se comprometían en el camino revolucionario. La

expropiación de las tierras de los propietarios aparecía inminente a los ojos del gobierno y de la nobleza, se anunciaba con un realismo riguroso en las sesiones de este parlamento de mujiks. La reacción lanzó un grito de alarma y tenía toda la razón para hacerlo.

El 3 de noviembre, es decir, unos días antes del congreso, el gobierno había publicado un manifiesto que anunciaba la abolición de las tasas de rescate sobre los lotes concedidos a los campesinos y el aumento de los recursos del Banco Rural. El manifiesto expresaba la esperanza de que el gobierno lograra, con el concurso de la Duma, satisfacer las necesidades esenciales del campesinado «sin causar daño alguno a los restantes propietarios». La resolución del congreso de campesinos no era de naturaleza que fortaleciese estas esperanzas. Las cosas fueron aún peor, en la práctica, en provincias, entre «la población campesina tan cara al corazón» del monarca. No sólo la devastación y los incendios, sino el laboreo de las haciendas por las fuerzas municipales, la fijación obligatoria de nuevos salarios y nuevos arrendamientos suscitaron, por parte de los propietarios, una resistencia encarnizada; presentaron al poder enérgicas reclamaciones. De todas partes, se exigía el envío de tropas. El gobierno se despertó, sintiendo que la época de las efusiones sentimentales había pasado y que era más que oportuno entrar en acción.

El 12 de noviembre, el congreso de campesinos llegaba a su clausura y el 14 era detenido el comité de la Unión en Moscú. Fue el comienzo. Dos o tres semanas más tarde, respondiendo a las solicitudes de instrucciones que le llegaban en relación con las perturbaciones en los campos, el ministro del Interior respondía literalmente esto: «Hay que exterminar por la fuerza armada a los revoltosos y, en caso de resistencia, quemar sus casas. En el momento presente es necesario terminar de una vez por todas con las facciones. Las detenciones no cumplen actualmente su objeto; es imposible llevar ante los tribunales a cientos y miles de hombres. El único punto indispensable en este momento es que las tropas se impregnen bien de las indicaciones que acabo de dar. P. Durnovo». Con este orden del día monstruoso abre la nueva era de las saturnales de la contrarrevolución. Esta época de horrores infernales comienza en las ciudades para extenderse desde ellas a los campos.

XVIII. La flota roja

«La revolución —escribía a fines de noviembre el viejo Suvorin, servidor emérito de la burocracia rusa— da un impulso extraordinario al individuo y atrae hacia sí una multitud de fanáticos de los más abnegados, siempre dispuestos a sacrificar su vida. Es difícil luchar contra esta revolución precisamente porque tiene en sus manos mucho ardor, temeridad, elocuencia sincera y ardientes entusiasmos. Cuanto más fuerte es el enemigo, más resuelta y valerosa se muestra y cada una de sus victorias le proporciona gran cantidad de adoradores. El que ignore esto, el que no vea que es seductora como una mujer hermosa y apasionada que abre sus brazos y da el ávido beso con sus labios inflamados, ese hombre no ha sido joven».

El espíritu de rebelión planeaba sobre la tierra de Rusia. Una transformación inmensa y misteriosa se realizaba en innumerables corazones: las trabas del temor se rompían, el individuo, que apenas había tenido tiempo de tomar conciencia de sí mismo, se disolvía en la masa y toda la masa se confundía en un mismo impulso. Liberada de los temores hereditarios y de los obstáculos imaginarios, esta masa no podía y no quería ver los obstáculos *reales*. Ahí residían su debilidad y su fuerza. Iba hacia adelante como una ola impulsada por la tempestad. Cada día levantaba nuevas profundidades y engendraba nuevas posibilidades. Era como si una fuerza gigantesca removiese el tejido social hasta el fondo.

Mientras que los *chinovniki* liberales seguían aún tomando las medidas del vestido nuevo de la nueva Duma, el país no se concedía un minuto de descanso. Huelgas obreras, mítines incesantes, manifestaciones en las calles, devastación de haciendas, huelgas de policías y de sirvientes se sucedían y finalmente se vio que los trastornos y la rebelión ganaban a los marineros y los soldados. Todo se descompuso, todo se convirtió en un caos. Y al mismo tiempo, en este caos, se despertaba la necesidad de un orden nuevo cuyos elementos cristalizaban ya. Los mítines que se repetían regularmente traían ya, en sí mismos, un principio organizador. De estas reuniones salían diputaciones que tomaban a su vez la forma más importante de representación. Pero como la agitación de las fuerzas elementales desbordaba el trabajo de la conciencia política, la necesidad de obrar dejaba muy atrás la febril elaboración organizadora.

En esto reside la debilidad de la revolución, de toda revolución, pero en lo mismo consiste igualmente su fuerza. Quien quiera poseer influencia en la revolución tiene que asumir su carga entera. Los tácticos demasiado razonadores, que se imaginan que es posible tratar la revolución como un espárrago, separando a su gusto la parte nutritiva del desperdicio, están condenados a un papel infructuoso. En efecto, *ni un solo* acontecimiento revolucionario crea condiciones «racionales» para el empleo de su táctica «racional»; así, fatalmente, quedan fuera y detrás de *todos* los acontecimientos y, a fin de cuentas, no les queda sino repetir la frase de Fígaro: «¡Ay! No tendremos otra representación para borrar el fracaso de la primera…».

No tenemos por objeto describir, ni siquiera enumerar todos los acontecimientos de 1905. Esbozamos en sus rasgos más generales la marcha de la revolución y nos encerramos además —si nos es permitido expresarnos así—, en los límites de San Petersburgo, aun cuando tengamos a la vista la historia del país entero. Mas, a pesar de los límites que nos hemos fijado para nuestro relato, no podemos dejar de lado uno de los mayores acontecimientos del gran año, entre la huelga de octubre y las barricadas de diciembre: queremos hablar de la rebelión militar de Sebastopol. Comenzó el 11 de noviembre y, el 17, el almirante Chujnin escribía en su informe al zar: «La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa».

En Sebastopol, las tradiciones del *Potemkin* no habían muerto. Chujnin había ejercido crueles represalias sobre los marineros del acorazado rojo: había fusilado a cuatro, colgado a dos y enviado a varias decenas a trabajos forzados. El *Potemkin* había sido rebautizado: *Panteleimon*. Pero en vez de inspirar el terror, había solamente atizado el espíritu de rebelión de la flota. La huelga de octubre abrió el período épico de grandiosos mítines, en los que marineros y soldados de infantería aparecían no sólo como auditores, sino como oradores. La banda de los marineros interpretaba *La Marsellesa* en cabeza de las manifestaciones revolucionarias. En una palabra, se observaba por todas partes una «desmoralización» completa.

La prohibición hecha a los militares de asistir a las reuniones populares tuvo como resultado ocasionar mítines puramente militares en los patios de las tripulaciones de la flota y de los cuarteles. Los oficiales no se atrevían a protestar y las puertas de los cuarteles estaban abiertas día y noche a los representantes del comité de nuestro partido en Sebastopol. Nuestro comité se veía obligado a contener constantemente la impaciencia de los marineros que querían pasar «a los hechos». El *Pruth*, que estaba anclado a cierta distancia, transformado en presidio, recordaba que unos hombres sufrían por haber participado en el motín del *Potemkin*, en junio. La nueva tripulación de este último se declaraba dispuesta a conducir el navío a Batum para apoyar la revuelta del crucero *Otchakov*, de reciente construcción pero la organización socialdemócrata insistía en contemporizar: su táctica consistía en crear un sóviet de diputados marineros y soldados, darle un enlace con la organización de los obreros y apoyar la huelga política del proletariado, que se anunciaba mediante una rebelión de la flota. La organización revolucionaria de los marineros adoptó este plan; pero fue desbordada por los acontecimientos.

Las reuniones eran cada vez más frecuentadas y numerosas. Se celebraban ahora en la plaza que separaba las tripulaciones de la flota y el cuartel de infantería ocupado por el regimiento de Brest. Como no se permitía a los militares ir a los mítines obreros, las masas obreras fueron a las reuniones de los soldados. Se reunían por decenas de miles. Las compañías más avanzadas elegían diputados. El mando militar resolvió tomar medidas. Los intentos de determinados oficiales que pronunciaron en los mítines discursos «patrióticos», dieron lastimosos resultados. Los marineros, ahora expertos en la discusión, derrotaban a sus ridiculizados jefes. Entonces se

decidió prohibir todas las reuniones en general. El 11 de noviembre, ante la puerta principal de las tripulaciones, se formó desde por la mañana a una compañía de fusileros. El contralmirante Pisarevski declaró en voz alta, dirigiéndose al destacamento: «No se dejará salir a nadie de los cuarteles. En caso de desobediencia, os ordeno disparar». De la compañía a la que era dada esta orden salió un marinero llamado Petrov: delante de todo el mundo, armó su carabina y de un primer disparo mató al teniente coronel del regimiento de Brest, Stein; de un segundo disparo, hirió a Pisarevski. Se escuchó la orden dada por un oficial: «¡Detenedlo!» Nadie se movió. Petrov dejó caer su carabina. «¿Qué esperáis? ¡Cogedme!». Fue detenido. Los marineros que acudían de todas partes exigieron su puesta en libertad, diciendo que respondían de él. La efervescencia estaba al máximo.

—Petrov, ¿tú no lo has hecho adrede?, preguntaba un oficial, intentando salir de la situación.

—¿Cómo que no adrede? Salí de la fila, armé mi carabina, apunté. ¿Es que eso se llama no hacer las cosas adrede?

—La tripulación solicita tu libertad…

Y Petrov fue puesto en libertad. Los marineros estaban impacientes por actuar inmediatamente. Todos los oficiales de servicio fueron detenidos, desarmados y enviados al local de la oficina. Finalmente, bajo la influencia de un orador socialdemócrata, se decidió esperar a la reunión de los diputados que debían celebrar sesión el día siguiente por la mañana. Los representantes de los marineros, unos cuarenta hombres, permanecieron reunidos toda la noche. Decidieron poner en libertad a los oficiales pero no dejarles entrar más en los cuarteles. Además, allí donde los marineros estimaban el servicio necesario, resolvieron asegurarlo como en el pasado. Por fin, quisieron dirigirse en manifestación, con la música a la cabeza, a los cuarteles de infantería para invitar a los soldados a unirse a ellos. Muy de mañana, se presentó una diputación de obreros para deliberar con ellos. Unas horas más tarde, todo el puerto estaba inmovilizado; los ferrocarriles interrumpían igualmente su tráfico. Los acontecimientos se precipitaban. «En los acuartelamientos de las tripulaciones —anunciaban telegramas oficiosos— reina un orden ejemplar. La conducta de los marineros es absolutamente correcta. No hay borrachos». Todos los marineros habían sido distribuidos en compañías, sin armas. Sólo estaba armada la compañía que permanecía como guardia de las tripulaciones, con objeto de rechazar todo ataque imprevisto. El jefe elegido por este destacamento era Petrov.

Una parte de los marineros, conducidos por dos oradores socialdemócratas, se dirigió hacia los cuarteles vecinos, ocupados por el regimiento de Brest. Existía mucha menos resolución entre los soldados. Fue necesaria una fuerte presión por parte de los marineros para llevarles a desarmar y expulsar a sus oficiales. Los mismos jefes que habían mandado en Mukden entregaban sin resistencia sus sables y sus revólveres diciendo: «¡Ahora, aquí estamos desarmados, no nos hagáis daño!» y humildemente pasaban entre las calles formadas por los soldados pero, entre éstos,

hubo vacilación desde el principio. Prefirieron conservar en los cuarteles algunos oficiales de servicio. Esta circunstancia influyó considerablemente en la marcha posterior de los acontecimientos.

Los soldados comenzaban por ponerse en formación para dirigirse, con los marineros, a través de toda la ciudad, hacia los cuarteles del regimiento de Belostok. Ponían un celoso cuidado para que «la gente de fuera» no se confundiese con ellos: querían marchar por separado. En el mismo momento en que realizaban estos preparativos, llega en su coche el comandante de la fortaleza, Nepluev, acompañado por el general Sedelnikov, jefe de la división. Los soldados exigen del comandante que haga retirar del Bulevar Histórico las ametralladoras que fueron emplazadas por la mañana. Nepluev responde que ésa no depende de él, sino de chujnin. Se le pide entonces que comprometa su honor en no hacer uso de las ametralladoras, en tanto que comandante de la fortaleza. El general tuvo el valor de negarse. Se decidió desarmarle y detenerle pero se negaba a entregar sus armas y los soldados dudaban en proceder con violencia. Unos cuantos marineros tuvieron entonces que saltar al coche: se llevaron a los generales a su cuartel. Allí, los oficiales fueron rápidamente desarmados, sin frases, y encerrados en la oficina, en estado de arresto. Más tarde, por lo demás, fueron liberados.

Los soldados salieron de sus acuartelamientos con la música a la cabeza. Los marineros aparecieron igualmente en la calle, en buen orden. En la plaza los esperaban las masas obreras. ¡Instante magnífico! Todos los entusiasmos se confundían en uno solo. Las manos se tendían, se besaban entre sí. Subía el estrépito de las fraternales aclamaciones. Había juramentos de mutuo apoyo hasta el fin. La multitud se alineó y se dirigió en orden perfecto hasta el otro extremo de la ciudad, hacia los cuarteles del regimiento de Belostok. Los soldados y los marineros enarbolaban el estandarte de San Jorge[39], los obreros blandían las banderas de la socialdemocracia. «Los manifestantes —decía entonces la agencia oficiosa— han organizado en la ciudad un cortejo que se ha desarrollado siguiendo un orden ejemplar, con banda a la cabeza y banderas rojas». La multitud se vio obligada a pasar ante el Bulevar Histórico, donde estaban dispuestas las ametralladoras. Los marineros se dirigieron a la compañía de ametralladoras, invitándoles a hacer desaparecer sus máquinas. Fueron satisfechos. Más tarde, sin embargo, las ametralladoras reaparecieron. «Las compañías armadas del regimiento de Belostok —prosigue la agencia—, que se encontraban bajo la vigilancia de sus oficiales, levantaron las armas y dejaron pasar a los manifestantes». El éxito, sin embargo, no fue completo, los soldados vacilaron: unos se declaraban solidarios con los marineros, otros prometían solamente no disparar. Finalmente, los oficiales lograron incluso retirar el regimiento de Belostok. En cuanto a la manifestación, sólo al atardecer regresó al cuartel de las tripulaciones.

Durante este tiempo, el *Potemkin* enarbolaba la bandera de la socialdemocracia. El *Rotislavl* respondía por señales: «Veo claramente». Los restantes navíos callaban.

Los reaccionarios que se encontraban entre los marineros protestaron al ver el estandarte revolucionario izado por encima del de San Andrés. Hubo que quitar la bandera roja. La situación permanecía aún indecisa. Sin embargo, ningún retroceso era posible.

En las oficinas de las tripulaciones tenía sesión permanente una comisión compuesta de marineros y soldados delegados por las diferentes armas (entre otros por siete navíos) y representantes del partido socialdemócrata invitados por los delegados. Un miembro de este partido había sido elegido para la presidencia de la comisión, a título permanente. Allí llegaban todos los informes y de allí salían todas las decisiones. En este lugar fueron elaboradas las reivindicaciones particulares de soldados y marineros que se unieron a las exigencias políticas generales. Para la gran masa, estas reclamaciones, que sólo podían interesar a los cuarteles, figuraban en primer término. La comisión se inquietaba sobre todo por la insuficiencia de municiones. Los fusiles no faltaban pero sólo había cartuchos en corto número. Después del asunto del *Potemkin*, las municiones de guerra se guardaban en lugar secreto. «Se sentía fuertemente también —escribe un hombre que tomó parte activa en los acontecimientos— la ausencia de un jefe que conociese suficientemente las cuestiones militares».

La comisión de diputados insistía enérgicamente en obtener de las tripulaciones el desarme de sus oficiales y que les hiciesen abandonar navíos y cuarteles. Era una medida indispensable. Los oficiales del regimiento de Brest, que permanecían aún en los acuartelamientos, habían desmoralizado completamente a sus hombres. Desarrollaban una intensa campaña contra los marineros, contra «las gentes de fuera» y los «yupins», propaganda a la que habían añadido la reacción del alcohol. Durante la noche, bajo su dirección, los soldados huyeron vergonzosamente hacia los campos situados fuera de la ciudad, sin pasar por las puertas, que custodiaban una compañía revolucionaria; se filtraron por una brecha abierta en la muralla. Hacia la mañana, volvieron empero a los cuarteles pero en adelante no participaron en la lucha. La indecisión de este regimiento tenía necesariamente que influenciar a las tripulaciones de la flota. Sin embargo, al siguiente día, el sol del éxito brillaba con nuevo esplendor: los zapadores se unían a la rebelión. Se presentaron en el depósito de los marineros en orden de combate y con las armas en la mano. Fueron acogidos con entusiasmo y alojados en los cuarteles. El estado de ánimo se elevó y se fortaleció. De todas partes llegaban diputaciones: la artillería de la fortaleza, el regimiento de Belostok y los guardias fronterizos prometían «no disparar». Al no contar ya con los regimientos de la guarnición, el mando emprendió el traslado de tropas de las ciudades vecinas: de Simferopol, Odesa, Teodosia. Entre los soldados que llegaban se desarrolló una activa propaganda revolucionaria que obtuvo éxito pero las relaciones de la comisión con los navíos eran de lo más difícil. Los marineros ignoraban, de hecho, el lenguaje de señales. Sin embargo, se recibieron declaraciones de completa solidaridad del crucero *Otchakov*, del acorazado *Potemkin*, de los contratorpederos

Volni y *Zavetni*. Los restantes buques vacilaban y no enviaban más que la promesa de «no disparar». El 13, un oficial de la flota se presentó en el depósito de las tripulaciones enseñando un telegrama: el zar les ordenaba deponer las armas en veinticuatro horas. El oficial fue abucheado y expulsado. Para impedir todo pogromo en la ciudad, circularon por ella patrullas de marineros. Esta medida tranquilizó inmediatamente a la población y conquistó sus simpatías. Los marineros custodiaban ellos mismos los almacenes del monopolio del aguardiente con el objeto de impedir la embriaguez. Durante todo el tiempo de la rebelión, el orden que reinó en la ciudad fue perfecto.

La noche del 13 de noviembre fue un momento decisivo en el curso de los acontecimientos: la comisión de diputados invitó a tomar la dirección militar al teniente Schmidt, oficial de marina retirado que había adquirido una gran popularidad en las asambleas populares de octubre. Aceptó valerosamente la invitación y, desde ese día, se encontró a la cabeza del movimiento. En la noche del día siguiente, Schmidt embarcó sobre el crucero *Otchakov*, donde permaneció hasta el último momento. Enarboló sobre el navío el pabellón de almirante y lanzó la señal: «Tomo el mando de la flota, Schmidt», contando así con atraer a toda la escuadra. Después dirigió su crucero hacia el *Pruth*, a fin de poner en libertad a los «amotinados del *Potemkin*». Ninguna resistencia le fue opuesta, el *Otchakov* tomó a bordo a los marineros forzados y dio con ellos la vuelta a la escuadra. Sobre todos los buques resonaban hurras, aclamaciones. Algunos navíos y, entre ellos, los acorazados *Potemkin* y *Rostislavl*, enarbolarán la bandera roja que, por lo demás, no flotó más que unos minutos sobre este último.

Cuando hubo asumido la dirección de la rebelión, Schmidt dio a conocer su conducta mediante la declaración siguiente:

«Al Señor alcalde de la ciudad: He enviado hoy a Su Majestad el Emperador un telegrama concebido en los siguientes términos: La gloriosa flota del Mar Negro, guardando sagradamente la fidelidad a su pueblo, exige de vos, Soberano, la convocatoria inmediata de una Asamblea constituyente y deja de obedecer a vuestros ministros. El comandante de la flota, ciudadano Schmidt».

La orden llegó de San Petersburgo por telégrafo: «Aplastad la rebelión». Chujnin fue reemplazado por Meller-Zakomelski, que se hizo después famoso como verdugo. La ciudad y la fortaleza fueron declaradas en estado de sitio, todas las calles ocupadas por las tropas. La hora decisiva había llegado. Los rebeldes esperaban que las tropas se negaran a disparar sobre sus hermanos y que los restantes buques se unieran a la escuadra revolucionaria. En varios navíos fueron, en efecto, detenidos los oficiales y conducidos al *Otchakov*, a disposición de Schmidt. Con esta medida se pensaba, entre otras cosas, proteger el crucero almirante contra el fuego del enemigo. Una multitud se amontonaba en la orilla, esperando el saludo que debía anunciar la adhesión de la escuadra pero la espera fue inútil. Los representantes del orden no permitieron al *Otchakov* dar por segunda vez la vuelta a los buques y abrieron el fuego. La

muchedumbre, ante la primera salva, creyó escuchar el esperado saludo pero pronto comprendió lo que sucedía y huyó del puerto asustada. Los disparos de cañón y de fusil tronaron por todas partes. Se disparaba desde los buques, se disparaba desde la fortaleza, también la artillería de campaña disparaba, las ametralladoras disparaban desde el Bulevar Histórico. Una de las primeras salvas destruyó la maquinaria eléctrica del *Otchakov*. Antes de seis andanadas, el *Otchakov* era reducido al silencio y tenía que izar la bandera blanca. A pesar de lo cual las descargas en dirección al crucero continuaron hasta el momento en que un incendio se declaró a bordo. La suerte del *Potemkin* fue todavía más triste. No se había tenido tiempo, en este navío, de adaptar a los cañones las culatas y los percutores y toda defensa se hizo imposible desde el comienzo de la batalla. Sin haber disparado una sola vez, el *Potemkin* enarboló la bandera blanca. Los cuarteles de las tripulaciones, en tierra, hicieron la más larga resistencia. No se rindieron más que después de haber quemado sus últimos cartuchos. La bandera roja flotó hasta el fin sobre los cuarteles en rebelión. Fueron definitivamente ocupados por las tropas del gobierno hacia las seis de la mañana.

Cuando pasó el primer espanto causado por el cañoneo, una parte de la multitud regresó a la orilla. «El cuadro era horroroso —escribe uno de los actores de la insurrección, testigo que ya hemos citado—. Bajo el fuego cruzado de las piezas, varios torpederos y chalupas habían sido hundidos. Pronto, el *Otchakov* se cubrió de llamas. Los marineros que huían nadando pedían socorro. Seguía disparándose sobre ellos en el agua. Las lanchas que se dirigían hacia ellos para recogerlos, caían bajo el fuego. Los marineros que alcanzaban la orilla donde estaban las tropas eran rematados en el sitio. Sólo se salvaron los que lograron esconderse entre la multitud, de cuyas simpatías gozaban». Schmidt intentó huir disfrazado de marinero pero fue apresado.

Hacia las tres de la mañana, el trabajo sangriento de los verdugos del «apaciguamiento» había terminado. Después tuvieron que desempeñar el mismo papel de verdugos «en el tribunal».

Los vencedores escribían en su informe: «Fueron hechos prisioneros o detenidos más de 2000 hombres… Fueron puestos en libertad: 19 oficiales o civiles, detenidos por los revolucionarios; han sido cogidas cuatro banderas, cajas fuertes y numeroso material perteneciente al Estado, cartuchos, armas, municiones, equipos y doce ametralladoras». El almirante Chujnin telegrafiaba por su parte a Tsarskoie-Selo: «La tempestad militar se ha apaciguado, la tempestad revolucionaria continúa».

¡Qué inmenso paso adelante, cuando se compara esta rebelión con el motín de Kronstadt! En éste no había habido más que una explosión de fuerzas elementales, cerrada por una salvaje represión. En Sebastopol la rebelión había crecido de forma regular, buscando conscientemente el orden y la unidad de acción. «En la ciudad rebelde —escribía *Natchalo* [El Comienzo], órgano de la socialdemocracia, en lo más fuerte de los acontecimientos de Sebastopol— nadie habla de hazañas que hubieran sido posibles por parte de bribones y merodeadores, habiendo debido hacerse más

raros los simples delitos de robo por la sencilla razón de que los ladrones del Tesoro público que pertenecen al ejército y a la flota, han sido expulsados de esta feliz ciudad. ¿Queréis saber, ciudadanos, qué es la democracia apoyada sobre la población armada? Contemplad Sebastopol. Contemplad esta ciudad republicana que no conoce otra autoridad que la de sus elegidos responsables…».

Y, sin embargo, la ciudad republicana no sostuvo la prueba más que cuatro o cinco días y se rindió sin haber agotado, ni mucho menos, los recursos de su fuerza militar. ¿Es que hubo errores de estrategia? ¿O bien indecisión de los líderes? No puede negarse ni esto ni aquello pero el resultado global de la lucha fue determinado por causas más profundas.

A la cabeza de la rebelión marchaban los marineros. Su oficio exige de ellos una mayor independencia de carácter y más ingenio que el servicio de tierra. El antagonismo entre los marineros rusos y la casta aristocrática de los oficiales de marina, cerrada a todo intruso, es más profundo que el que existe entre los soldados de infantería y el personal de sus oficiales, a medias plebeyo. Por fin, las vergüenzas de la última guerra, que habían pesado principalmente sobre la flota, mataron en el marinero toda estima por sus capitanes y sus almirantes, personajes apoltronados y codiciosos.

A los marineros, como hemos visto, se unen muy resueltamente los zapadores. Vienen con sus armas y se instalan en los cuarteles de la flota. En todos los movimientos revolucionarios de nuestro ejército de tierra observamos el mismo hecho: en primera fila marchan los zapadores, los minadores, los artilleros, en pocas palabras: los hombres que no son rústicos ignorantes, mozos de pueblo, sino soldados calificados, que saben leer y escribir convenientemente, con una instrucción técnica. A esta diferencia de nivel intelectual corresponde una diferencia de tipo social: el soldado de infantería es, en una aplastante mayoría, el joven campesino, mientras que las tropas de ingenieros y artillería se reclutan principalmente entre los obreros industriales.

Hemos comprobado la irresolución de los regimientos de infantería de Brest y de Belostok a lo largo de toda la rebelión. No se deciden a expulsar a todos sus oficiales. Primero, se unen a la flota, después la abandonan. Prometen no disparar pero, finalmente, se someten completamente a la influencia del mando y dirigen vergonzosamente su fuego de fusil sobre los cuarteles de la flota. Esta inestabilidad revolucionaria de la infantería campesina se manifestó más de una vez en las ocasiones siguientes, sobre la línea de ferrocarril de Siberia, así como en la fortaleza de Sveaborg.

No fue solamente en el ejército de tierra donde el papel revolucionario fue asumido por hombres provistos de una instrucción técnica, es decir, por el elemento proletario. Observaremos el mismo fenómeno en la flota. ¿Quién se encuentra a la cabeza de los «amotinados»? ¿Quién iza la bandera roja sobre el acorazado? El marinero técnico, los hombres de la sala de máquinas. Los obreros industriales, que

constituyen la minoría de la tripulación, la dominan, pues poseen la máquina, que es el corazón mismo del navío.

Los debates y las dificultades entre la minoría proletaria y la mayoría campesina del ejército se reproducen en todas nuestras rebeliones militares, a las que debilitan y paralizan. Los obreros traen al cuartel las ventajas particulares de su clase: una cierta instrucción general, conocimientos técnicos, decisión, sentido de unidad en la acción. El campesinado domina, en cambio, por el número, que es aplastante. Automáticamente el ejército, reclutado por el servicio obligatorio y universal, da a la clase de los *mujiks* la cohesión que le faltaba en la producción y, del mayor defecto político de esta clase, de su pasividad, surge una ventaja inapreciable. Si los regimientos de campesinos se dejan arrastrar a un movimiento revolucionario por haber experimentado con demasiada dureza las miserias del cuartel, están siempre inclinados a contemporizar y, al primer ataque decisivo del enemigo, abandonan a «los amotinados» y se dejan imponer de nuevo el yugo de la disciplina. Es preciso sacar de ello la consecuencia de que el buen método de rebelión militar consistirá en un ataque resuelto, llevado sin descanso, de forma que sea impedida toda vacilación y toda dispersión de las tropas; pero hay que concluir igualmente que la táctica del movimiento revolucionario encuentra su principal obstáculo en la pasividad desconfiada del inculto soldado, del *mujik*.

Esta dificultad se manifestó en toda su amplitud poco tiempo después, en el aplastamiento de la insurrección de diciembre que cerró el primer capítulo de la revolución rusa.

XIX. En el umbral de la contrarrevolución

«Para un mal gobierno —dice el astuto conservador Tocqueville—, el momento más peligroso es casi siempre aquél en que comienza a transformarse». Los acontecimientos reafirmaban cada vez más en esta opinión al conde Witte. Contra él se alzaba la revolución, inexorablemente. La oposición liberal no se decidía a marchar abiertamente con él y en su contra actuaba aún la camarilla. El aparato gubernamental se deshacía entre sus manos. Él mismo, en fin, se oponía a sí mismo, al no tener inteligencia alguna de los acontecimientos, ningún plan y no estar armado más que de intriga, en lugar de tener un programa de acción. Y, mientras que bregaba sin sentido, la reacción y la revolución caminaban hacia la batalla.

«… Los hechos, incluso los que se pueden extraer de los expedientes del departamento de policía —dice una nota secreta, redactada en noviembre de 1905 por orden del conde Witte para luchar contra "los partidarios de Trépov"—, los hechos demuestran con entera evidencia que una importante parte de las graves acusaciones lanzadas contra el gobierno por la sociedad y por el pueblo, en los días que siguieron al manifiesto, están basadas en motivos absolutamente serios: los altos dignatarios del gobierno habían creado partidas para "oponer una resistencia organizada a los elementos extremistas"; eran igualmente organizadas manifestaciones patrióticas por el gobierno, quien, al mismo tiempo, dispersaba las restantes manifestaciones; se disparaba sobre manifestantes pacíficos y se permitía a otros, ante los ojos de la policía y de las tropas, maltratar a determinadas personas y quemar la administración de un *zemstvo* en una cabeza de partido; no se tocaba a los autores de pogromos y se disparaba por salvas de pelotón sobre los que se permitían defenderse; consciente o inconscientemente [?] se empujaba a la muchedumbre a ejercer violencias por medio de bandos oficiales que el más alto representante del poder gubernamental había firmado en una gran ciudad y, cuando, a continuación, se produjeron los desórdenes, no se tomó ninguna medida para reprimirlos. Todo eso ha sucedido, en tres o cuatro días, en diversos puntos de Rusia y los incidentes han levantado entre la población una tempestad de cólera que ha borrado completamente la primera y tan feliz impresión que se había tenido del manifiesto del 17 de octubre.

»Además, la población ha llegado a la firme convicción de que todos los pogromos que han pasado, de manera tan imprevista, y sin embargo simultánea, por toda Rusia, han sido provocados y dirigidos por una sola mano, por una mano poderosa. Y desgraciadamente la población tenía motivos muy serios de pensar así».

Cuando el general gobernador de Curlandia apoyaba con un telegrama la resolución adoptada en un mitin de veinte mil personas, exigiendo la supresión de la ley marcial, cuando este gobernador afirmaba que «la ley marcial no era ya conforme a las nuevas circunstancias», Trépov le respondía con mano segura: «A su telegrama del 20 de octubre. Su conclusión, según la cual la ley marcial no está conforme con las circunstancias, no es la mía».

Witte se tragaba en silencio esta hermosa declaración de un hombre a él subordinado y que pretendía que la ley marcial no estaba en modo alguno en contradicción con el manifiesto del 17 de octubre; Witte se esforzaba incluso en persuadir a la diputación obrera que «Trépov no era de ningún modo la bestia feroz que se decía». Es cierto que ante la indignación general, Trépov fue obligado a abandonar su puesto pero el que le reemplazó en las funciones de ministro del Interior, Durnovo, no era mejor que él. Además, Trépov, que había sido nombrado comandante del palacio, conservó toda su influencia sobre la marcha de los asuntos. La conducta de la burocracia provincial dependía de él mucho más que de Witte.

«Los partidos extremistas —sigue diciendo la nota de Witte que acabamos de citar— han adquirido fuerza porque, en su violenta crítica de los actos del gobierno, han tenido razón con excesiva frecuencia. Estos partidos habrían perdido considerablemente prestigio si las masas, tras la publicación del manifiesto, hubiesen visto que el gobierno estaba efectivamente resuelto a marchar por la nueva vía trazada por aquel documento, y la seguía. Desgraciadamente sucedió lo contrario y los partidos extremistas tuvieron una vez más ocasión, cuya importancia es casi inapreciable, de enorgullecerse, pues habían comprendido justamente y sólo ellos habían estimado bien el valor de las promesas del gobierno».

En noviembre, como muestra la nota, Witte comenzaba a comprender esto pero no tenía la posibilidad de poner en obra lo que le sugería su inteligencia. La nota que había hecho escribir para el zar no fue utilizada[40].

Debatiéndose de pies y manos, Witte desde entonces se dejaría arrastrar por la contrarrevolución.

A partir del 6 de noviembre se reunió en Moscú un Congreso de los *zemstvos*, que había de definir la actitud de la oposición liberal respecto al gobierno. Los espíritus dudaban, oscilaban pero se inclinaban más bien, sin duda alguna, hacia la derecha. Es cierto que se dejaban oír voces radicales. Se dijo que «la burocracia era incapaz de crear, que no era buena más que para destruir»; que «no aceptamos que nos sea otorgada una constitución, no aceptaríamos ésta sino de las manos del pueblo ruso». Ródichev, que experimenta una predilección invencible por el falso estilo clásico, exclamaba: «¡O sufragio universal directo, o no habrá Duma!». Pero, por otra parte, se declaraba en el mismo congreso: «Los desórdenes agrarios, las huelgas, engendran el terror; el capital está asustado, las personas con fortuna han tomado miedo, retiran su dinero de los bancos y huyen al extranjero». «Nos burlamos de los que han instituido satrapías como medios de lucha contra las perturbaciones agrarias —se alzaban voces, voces de propietarios que hacían volver a los congresistas a un justo sentimiento de las cosas—; pero que se nos indique un medio constitucional para remediar estos desórdenes». «Más vale aceptar no importa qué compromiso antes de agravar el conflicto…». «Es hora de detenerse —exclamaba Guchkov, que hacía sus primeras armas en la arena política—; traemos con nuestras propias manos haces de leña a la pira que nos quemará a todos».

Las primeras noticias que se tuvieron de la rebelión de la flota en Sebastopol sometieron el valor de la oposición, en los *zemstvos*, a una prueba demasiado ruda. «No estamos ya en presencia de la revolución —declaró el Néstor del liberalismo, Petrunkevitch—, tenemos que vérnoslas con la anarquía». Bajo la influencia directa de los acontecimientos de Sebastopol se abre paso una tendencia que preconiza un acuerdo inmediato con el ministerio de Witte, y esta tendencia resulta vencedora. Milyukov intenta contener al congreso, impedir medidas que le comprometerían con demasiada evidencia. Para tranquilizar a los hombres de los *zemstvos*, les dice que «la rebelión de Sebastopol llega a su fin, que los principales revoltosos se hallan detenidos y que los temores experimentados son evidentemente prematuros». ¡En vano! El congreso decide enviar una diputación a Witte para entregarle una moción de confianza condicional, engastada en un cierto número de frases de oposición democrática. Durante este tiempo, el consejo de ministros, asistido por algunos «miembros influyentes de la sociedad», escogidos en el ala derecha liberal, examinaba la cuestión del sistema de elecciones a adoptar para la Duma de Estado. Los «personajes influyentes de la sociedad», como eran llamados, defendían el sufragio universal aun como triste necesidad. El conde demostraba las ventajas de un perfeccionamiento progresivo del sistema genial de Bulygin. No se llegó así a ningún resultado y, a partir del 21 de noviembre, el Consejo de ministros prescindía ya de los señores «personajes influyentes». El 22 de noviembre la diputación de los *zemstvos*, compuesta por Petrunkevich, Muromtsev y Kokochkin, entregó al conde Witte la nota de los *zemstvos* y, después de haber esperado una respuesta por espacio de siete días, volvió cubierta de vergüenza a Moscú. La alcanzó allí la respuesta del conde, redactada en el tono arrogante de la alta burocracia. La función del Consejo de ministros, decía, consiste, ante todo y sobre todo, en ejecutar la voluntad del monarca; todo lo que sobrepase los límites del manifiesto del 17 de octubre debe ser rechazado; la decisión no permite renunciar al empleo de medidas de excepción; en lo que concernía a los grupos de la sociedad que no querían dar su apoyo al gobierno, éste no veía otro interés que hacer sentir a semejantes grupos las consecuencias posibles de su conducta…

En contraste, y para servir de contrapeso al congreso de los *zemstvos* que, a pesar de toda su cobardía y de su debilidad, se alejaba no obstante muy a la izquierda de la corriente real de los *zemstvos* y de los municipios, el 24 de noviembre llegó a Tsarskoie-Selo una diputación del *zemstvo* central de Tula. El jefe de la diputación, conde Bobrinski, en su discurso de esclavo bizantino declaró, entre otras cosas: «No tenemos necesidad de derechos importantes, pues el poder del zar, por nuestro propio bien, debe ser fuerte y real… Soberano, conoceréis las necesidades del pueblo no mediante gritos y clamores surgidos al azar sino, según la verdad, por la Duma de Estado a la que habéis dado una existencia legal. Os suplicamos no diferir su convocatoria. El pueblo se ha hecho ya a la idea de la solución electoral y tiene sus miradas en el 6 de agosto…».

Los acontecimientos parecían combinados para acelerar el paso de las clases poseedoras al campo del orden. A primeros de noviembre una huelga espontánea e inesperada había estallado: la de correos y telégrafos. Era la respuesta dada por los esclavos del correo, que finalmente se despertaban, a una circular de Durnovo prohibiendo a los funcionarios formar sindicatos. El conde Witte recibió del sindicato de correos y telégrafos un ultimátum invitándole a anular la circular de Durnovo y a reintegrar a los funcionarios revocados por pertenecer a la organización. El 13 de noviembre, el congreso de correos y telégrafos, reunido con un número de setenta y tres delegados en Moscú, decide por unanimidad enviar por todas las líneas el siguiente telegrama: «Witte no ha contestado. Haced la huelga». El estado de los ánimos era tal que en Siberia la huelga comenzó antes del plazo fijado por el ultimátum. A día siguiente la huelga, ante los aplausos de los amplios grupos progresistas de los funcionarios, ganaba toda Rusia.

Witte explicaba a las diputaciones, con aire profundo, que el gobierno «no se había esperado» semejante peripecia. Los liberales estaban inquietos por el mal que podía hacer a «la cultura» la suspensión de las comunicaciones postales y, frunciendo el ceño, emprendían investigaciones para conocer «los límites de la libertad de coalición en Alemania y Francia». El Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo no dudó un minuto y, aunque la huelga de correos y telégrafos no hubiera sido debida en modo alguno a su iniciativa, fue seguida en San Petersburgo con su enérgico apoyo. La caja del sóviet entregó dos mil rublos a los huelguistas; el comité ejecutivo enviaba a sus reuniones oradores, imprimía sus llamamientos y organizaba patrullas contra los esquiroles. Es difícil apreciar hasta qué punto esta táctica perjudicó a «la cultura»; pero está fuera de duda que conquistó al proletariado las ardientes simpatías de los funcionarios desheredados. Desde el comienzo de la huelga, el congreso de correos y telégrafos había enviado al sóviet cinco delegados…

La suspensión de las comunicaciones postales, si no perjudicó mucho a «la cultura», ocasionaba en todo caso graves daños al comercio. Los comerciantes y los bolsistas, enloquecidos, iban de un lado para otro, entre el comité de huelga y el ministerio, ora suplicando a los funcionarios que volviesen al trabajo, ora exigiendo medidas de represión contra los huelguistas.

Alcanzada cada vez más en el lugar sensible, en el bolsillo, la clase capitalista se reafirmaba más y más en la reacción. Y de hora en hora crecía la impudicia reaccionaria de los conjurados de Tsarkoie-Selo. Si algo retenía aún a la reacción en su impulso, era el temor inspirado por la réplica inevitable que se esperaba de la revolución. Pudo apreciarse con maravillosa evidencia con ocasión de un incidente que se produjo en la fortaleza de Kuchka, en Asia central, donde el consejo de guerra acababa de juzgar a cierto número de ferroviarios. El hecho es tan significativo por sí mismo que lo narraremos en unas palabras.

El 23 de noviembre, en lo más fuerte de la huelga de correos y telégrafos, el comité de la red de ferrocarriles de San Petersburgo recibió de Kuchka un telegrama

haciendo saber que el comandante de la fortaleza, ingeniero Sokolov, y varios otros funcionarios, habían sido llevados por propaganda revolucionaria ante un consejo de guerra: el tribunal les había condenado a la pena de muerte y la sentencia debía ser ejecutada el 23 de noviembre, a medianoche. El telégrafo, volviendo inmediatamente a su servicio, restableció en unas horas las comunicaciones entre todas las redes de ferrocarril. El ejército de los ferroviarios exigía que se presentase con urgencia al gobierno un ultimátum. Se hizo. De acuerdo con el comité ejecutivo del Sóviet de Diputados, el congreso de los ferroviarios declaró al ministerio que si a las ocho de la tarde no era anulada la sentencia de muerte, todos los ferrocarriles suspenderían su tráfico.

El autor de este libro ha guardado un vivo recuerdo de la sesión memorable del comité ejecutivo en la que, en espera de la respuesta del gobierno, se elaboró un plan de acción. Las miradas no podían apartarse de la aguja que marcaba las horas. Uno tras otro, iban llegando los representantes de las diferentes vías férreas, anunciando que tal o cual línea daba su adhesión por telégrafo al ultimátum. Estaba claro que si el gobierno no cedía, tenía que entablarse una lucha encarnizada… ¿Qué sucedió en efecto? A las ocho y cinco —para salvar su prestigio, el gobierno del zar no se atrevió a diferir la respuesta más que trescientos segundos—, el ministro de vías de comunicación hizo saber urgentemente por telegrama al comité de ferroviarios que la ejecución de la sentencia era aplazada. Había recibido, decía, «el ruego [!] de anular la condena, acompañado por una declaración diciendo que en caso contrario se tenía la intención [!] de desencadenar la huelga». El gobierno afirmaba no haber recibido información alguna de las autoridades militares del lugar en cuestión, «lo cual se explicaba, probablemente, por la huelga del telégrafo del Estado». En todo caso, había enviado la orden «de suspender la ejecución de la sentencia, si tal sentencia había sido pronunciada, hasta más amplia información». La comunicación oficial no dice, sin embargo, que el ministro de la Guerra se vio obligado a enviar esta orden por mediación del sindicato de ferroviarios, pues el propio gobierno no tenía acceso al telégrafo en huelga.

No obstante, esta hermosa victoria fue la última de la revolución, que no conoció después más que derrotas. Las organizaciones revolucionarias sufrieron primero una descarga de fusil de avanzada. Se hizo evidente que se preparaba contra ellas un ataque furioso. A partir del 14 de noviembre se hallaba detenida en Moscú, conforme al reglamento «de protección reforzada», entonces en vigor, la presidencia de la Unión de los campesinos. Hacia la misma fecha se decidió en Tsarskoie-Selo operar la detención del presidente del sóviet de Diputados obreros de San Petersburgo. Sin embargo, la administración tardaba en ejecutar la resolución. No se sentía aún completamente segura del terreno, tanteaba, vacilaba. El ministro de Justicia se declaraba adversario de la conjura de Tsarskoie-Selo. Demostraba que el sóviet de Diputados no podía ser considerado como una sociedad secreta, pues obraba abiertamente, anunciaba sus sesiones, imprimía en los periódicos sus informes y

llegaba a entrar en relación con personajes de la administración. «Esta circunstancia —decía entonces la prensa informada sobre la intención del ministro de Justicia— de que ni el gobierno ni la administración hayan tomado medida alguna para romper la actividad de esta agrupación, que tiende no obstante a derribar al régimen; que la propia administración haya enviado con frecuencia al local de sesiones del sóviet patrullas para mantener el orden; que el prefecto de policía de San Petersburgo haya en persona recibido a Jrustalyov, presidente del sóviet, sabiendo bien quién era y con qué título se presentaba; todo esto da a los miembros del Sóviet de Diputados Obreros el derecho absoluto a considerar su actividad como no opuesta a la corriente que domina en las esferas gubernamentales y sin tener, por consiguiente, nada de criminal».

Pero, finalmente, el ministro de Justicia encontró el medio de salir de la duda que experimentaba como hombre de leyes y, el 26 de noviembre, Jrustalyov fue detenido en el local del comité ejecutivo.

Digamos dos palabras sobre la importancia de esta detención. En la segunda sesión del sóviet, el 14 de octubre, a propuesta del representante de la organización socialdemócrata, se había elegido presidente a un joven abogado, G. Nosar, que se hizo pronto muy popular bajo el nombre de Jrustalyov. Siguió de presidente hasta el día de su detención, el 29 de noviembre, y todos los hilos de la organización y de la actividad práctica del sóviet se encontraban reunidos en sus manos. La prensa radical vulgar, por una parte, y la prensa reaccionaria y policial por otra, lograron en pocas semanas crear en torno a su figura una leyenda histórica. Antes, el 9 de enero les había parecido el resultado de las profundas meditaciones y el genio demagógico de G. Gapón: ahora, el Sóviet de Diputados Obreros se les aparecía como un simple instrumento entre las manos titánicas de Nosar. El error, en el segundo caso, es todavía más grosero y estúpido que en el primero. Aunque el trabajo proporcionado por Jrustalyov como presidente haya sido infinitamente más fructífero y más significativo que la aventura de Gapón, la influencia personal del presidente del sóviet sobre la marcha y el resultado de los acontecimientos estuvo con mucho por debajo de la que ejerció el pope rebelde, afiliado al departamento de policía. Y no era falta de Jrustalyov, sino mérito de la revolución. De enero a octubre, hizo ésta pasar al proletariado por una gran escuela política. La fórmula que dice «el héroe y la masa», no se adaptaba ya a la práctica revolucionaria de las masas obreras. La personalidad del jefe se disolvía en la organización y, por otra parte, la masa unificada se convertía ella misma en una personalidad política.

Fértil en hallazgos prácticos, activo, presidente enérgico y capaz, si bien orador mediocre, de naturaleza impulsiva, sin pasado ni fisonomía políticas, Jrustalyov convenía mejor que nadie para el papel que desempeñó a fines de 1905. Las masas obreras, cuyo estado de ánimo era revolucionario y cuyo sentimiento de clase estaba claramente desarrollado, carecían empero, en su mayoría, de la determinación que proporciona la adhesión a un partido. Lo que hemos dicho antes del sóviet mismo

puede aplicarse a Jrustalyov. Todos los socialistas de carrera pertenecían a partidos; la candidatura de un hombre de partido habría suscitado dificultades en el seno mismo del sóviet desde el momento de su constitución. Por otra parte, la indeterminación política de Jrustalyov facilitaba al sóviet su relación con los grupos extraños al proletariado, en particular con las organizaciones intelectuales, que concedieron al sóviet una ayuda material considerable. Al confiar la presidencia a un sin partido, la socialdemocracia contaba con ejercer un control político. No se equivocaba. No habían transcurrido tres o cuatro semanas, cuando el crecimiento formidable de su influencia y de sus fuerzas se traducía en particular por la adhesión pública de Jrustalyov a la socialdemocracia (fracción de los mencheviques).

¿Qué resultado pensaba obtener el gobierno deteniendo a Jrustalyov? ¿Pensaba destruir la organización al detener a su presidente? Hubiera sido demasiado burdo, incluso para Durnovo. No obstante, es difícil representarse claramente los motivos que impulsaron al gobierno a este acto, primero por esta razón, de la que la propia reacción no se apercibió: los conjurados se habían reunido en Tsarskoie-Selo para resolver sobre la suerte de la revolución y dieron a luz una simple medida policiaca. En todo caso, la detención del presidente, en las condiciones en que se produjo, tomaba para el sóviet una importancia de las más sintomáticas. Si alguien dudaba aún, en aquel momento, del verdadero carácter de la situación, se le hizo ver nítidamente, claro como el día, que no había ya retirada posible, ni por parte de la reacción ni por la adversa, que el encuentro decisivo era inevitable y que tendría lugar, no dentro de unos meses o semanas, sino en el plazo de pocos días.

XX. Los últimos días del soviet

Tras la detención de Jrustalyov, el sóviet no podía abandonar el campo de batalla; el parlamento de la clase obrera, libremente elegido, obtenía su fuerza precisamente del carácter público de su actividad. Disolver la organización era tanto como abrir voluntariamente las puertas de la fortaleza al enemigo. No quedaba, pues, otra alternativa que seguir el camino en que se estaba comprometido: había que marchar al encuentro del conflicto. En la sesión del comité ejecutivo que tuvo lugar el 26 de noviembre, el representante del partido de los socialistas revolucionarios (Chernov «en persona») propuso declarar que a cada medida de represión del gobierno, respondería el sóviet con un atentado terrorista. Nos declaramos hostiles a esta medida: en el poco tiempo que quedaba hasta el comienzo de la batalla, el sóviet tenía que establecer un enlace, y el más estrecho posible, con las Uniones de campesinos, ferroviarios, correos y telégrafos, con el ejército; a este objeto, a mediados de noviembre, había enviado dos delegados, uno al sur y otro al Volga. La organización de una caza terrorista contra tal o cual ministro hubiera absorbido sin duda toda la atención y toda la energía del comité ejecutivo. Propusimos en consecuencia someter a deliberación la moción siguiente. «El 26 de noviembre, el gobierno del zar ha puesto en cautividad al presidente del Sóviet de Diputados Obreros, nuestro camarada Jrustalyov-Nosar. El Sóviet de Diputados Obreros elige una presidencia temporal y continúa sus preparativos para la insurrección armada». Se proponían tres candidatos para la presidencia: el del comité ejecutivo Ianovski (bajo este nombre figuraba en el sóviet el autor del presente libro), el cajero Vedenski (Sverchkov) y el obrero Zlidnev, diputado de la fábrica de Obujov.

La asamblea general del sóviet tuvo lugar al día siguiente, a puertas abiertas como siempre. Trescientos dos diputados se hallaban presentes. Se apreciaba un fuerte nerviosismo en la reunión, numerosos miembros del sóviet querían dar una respuesta inmediata y directa al golpe de mano del ministerio. Pero, tras breves debates, la asamblea adoptó por unanimidad la moción del comité ejecutivo y eligió por escrutinio secreto los candidatos que le fueron propuestos para la presidencia.

El representante del Comité principal de la Unión de campesinos, que asistía a la sesión, hizo conocer a la asamblea la decisión adoptada en noviembre por el congreso de esta Unión: se rehusaría la entrega de reclutas al gobierno y pagar los impuestos y se retirarían de los Bancos del Estado y de las cajas de ahorro todos los depósitos realizados. Dado que el comité ejecutivo, el 23 de noviembre, había adoptado una resolución invitando a los obreros a prever «la bancarrota inminente del Estado», a no aceptar, por consiguiente, el importe de sus salarios más que en oro y a retirar de las cajas de ahorro todas las sumas depositadas, fue adoptada una decisión para generalizar estas medidas de boicot financiero y se resolvió darlas a conocer al pueblo por medio de un manifiesto redactado en nombre del sóviet, de la Unión de campesinos y de los partidos socialistas.

¿Serían en adelante posibles las reuniones generales del parlamento proletario? No era seguro. La asamblea decidió que, en el caso de que no fuera posible convocar al sóviet, el ejercicio de sus funciones correspondería al comité ejecutivo ampliado. Tras la detención del sóviet, el 3 de diciembre, sus poderes, de acuerdo con esta decisión, pasaron al comité ejecutivo del segundo sóviet.

A continuación, la asamblea escuchó la lectura de comunicaciones de ardiente simpatía enviadas por los soldados conscientes de los batallones finlandeses, por el partido socialista polaco y por la Unión panrusa de campesinos. El delegado de esta unión prometió que en la hora decisiva no faltaría la ayuda fraterna del campo revolucionario. Despertando un entusiasmo indescriptible entre los diputados y toda la asistencia, bajo una tempestad creciente de aplausos y ovaciones, se estrecharon la mano el representante de la Unión de campesinos y el presidente del sóviet. La asamblea se dispersó muy avanzada la noche. El destacamento de policía que, como siempre, permanecía en la entrada por orden del *gradonatchalnik*, dejó su puesto el último. Para caracterizar la situación, es interesante señalar que en la misma noche un pequeño funcionario de la policía, por orden del mismo *gradonatchalnik*, había prohibido una reunión legal y pacífica de electores burgueses, a la cabeza de los cuales se encontraba Milyukov…

La mayoría de las fábricas de San Petersburgo dieron su adhesión a la resolución del sóviet, que obtuvo igualmente el asentimiento de los sóviets de Moscú y de Samara, asentimiento expresado en mociones particulares, así como el de los sindicatos de ferroviarios y de correos y telégrafos, y numerosas organizaciones provinciales. La oficina central de la Unión de sindicatos se adhirió a la decisión del sóviet y lanzó un llamamiento, invitando a «todas las fuerzas vivas del país» a prepararse enérgicamente para la huelga política próxima y «a la última colisión armada con los enemigos de la libertad popular». Sin embargo, entre la burguesía liberal y radical, las simpatías sentidas en octubre hacia el proletariado habían tenido tiempo de enfriarse. La situación se agravaba sin cesar y el liberalismo, exasperado por su propia inacción, gruñía contra el sóviet. La masa, que apenas participa en la política, consideraba al sóviet de forma entre benevolente y obsequiosa. El que temía ser sorprendido en viaje por una huelga de ferrocarriles iba a informarse a la oficina del sóviet. Otros, durante la huelga de correos y telégrafos, venían a someter un texto telegráfico al examen de la oficina y, si ésta reconocía la importancia del telegrama, le hacía salir. Por ejemplo, la viuda del senador B., después de haber recorrido en vano las cancillerías de los ministerios, se dirigió finalmente al sóviet, en una grave circunstancia familiar, solicitándole ayuda. Una orden escrita por este mismo sóviet dispensaba a las personas de someterse a las leyes. Un taller de grabadores no consintió en fabricar un sello para el sindicato de correos y telégrafos, cuya existencia no estaba sancionada por la ley, sino después de recibir «la autorización» escrita del sóviet. El Banco del Norte descontó un cheque caducado en beneficio del sóviet. La imprenta del Ministerio de Marina preguntaba al sóviet si tenía que hacer huelga. En

el peligro, se dirigían aún y siempre al sóviet, buscando junto a él protección contra particulares, contra funcionarios e incluso contra el gobierno. Al ser declarada la ley marcial en Livonia, los letones de San Petersburgo invitaron al sóviet «a decir su palabra» respecto a la nueva violencia del zarismo. El 30 de noviembre el sóviet tuvo que ocuparse del sindicato de enfermeros, a quienes la Cruz Roja había arrastrado a la guerra mediante falaces promesas, para dejarles después privados de todo; la detención del sóviet puso fin a las medidas enérgicas que había emprendido por correspondencia a este respecto ante la Dirección General de la Cruz Roja. En el local del sóviet siempre había una multitud de pedigüeños, solicitantes y querellantes; eran, casi siempre, obreros, criados, dependientes, campesinos, soldados, marineros… Algunos se formaban una idea absolutamente fantástica del poder del sóviet y de sus métodos. Un inválido ciego que había hecho la guerra ruso-turca, cubierto de cruces y de medallas, se quejaba de su miseria y pedía al sóviet «que empujara un poco al patrón», esto es, al zar… Se recibían declaraciones y solicitudes de localidades lejanas. Los habitantes de una comarca de una de las provincias polacas enviaron al sóviet, después de la huelga de noviembre, un telegrama de agradecimiento. Un viejo cosaco, del fondo del gobierno de Poltava, enviaba su queja al sóviet contra la injusticia de los príncipes Repnin. La dirección de esta curiosa súplica estaba redactada así: «San Petersburgo. Dirección Obrera»; y, sin embargo, el correo revolucionario, sin dudar, entregó el pliego en su destino. Desde el gobierno de Minsk llegó al sóviet, para obtener una información, un diputado especialmente enviado por una mutua de jornaleros a la que un propietario pretendía pagar tres mil rublos en acciones depreciadas. «¿Qué hacer?, preguntaba el enviado. Las cogeríamos de buena gana pero al mismo tiempo tenemos miedo. Hemos oído decir que vuestro gobierno quería que los obreros recibiesen sus salarios en moneda sonante: en oro o en plata». Se averiguó que las acciones del propietario no tenían casi ningún valor… Los campos no fueron informados de la existencia del sóviet sino muy tarde, cuando ya su actividad tocaba a su fin. Las instancias y los deseos de los campesinos nos llegaban con frecuencia cada vez mayor. Gentes de Chernigov pedían que se les pusiese en relación con la organización socialista local; campesinos de la provincia de Mohilev enviaron representantes encargados de hacer conocer las decisiones de varias asambleas comunales, expresando que en adelante obrarían en completo acuerdo con los obreros de las ciudades y el sóviet…

Un vasto campo de actividad se abría pues ante el sóviet; en su derredor se extendían inmensos baldíos políticos, que solamente hubiera sido preciso trabajar con el fuerte arado revolucionario pero faltaba el tiempo. La reacción, febrilmente, forjaba cadenas y podía esperarse, de hora en hora, un primer golpe. El comité ejecutivo, a pesar de la masa de trabajos que tenía que realizar cada día, se apresuraba en ejecutar la decisión adoptada por la asamblea el 27 de noviembre. Lanzó un llamamiento a los soldados (véase *La huelga de noviembre*) y en una conferencia con los representantes de los partidos revolucionarios aprobó el texto del manifiesto

«financiero» propuesto por Parvus.

El 2 de diciembre el manifiesto fue publicado en ocho periódicos de San Petersburgo, cuatro socialistas y cuatro liberales. He aquí el texto de este documento histórico:

«El gobierno llega a la bancarrota. Ha hecho del país un montón de ruinas, lo ha sembrado de cadáveres. Agotados, hambrientos, los campesinos ya no están en situación de pagar los impuestos. El gobierno se ha servido del dinero del pueblo para abrir créditos a los propietarios. Ahora no sabe qué hacer con las propiedades que le sirven de garantías. Ni los talleres ni las fábricas funcionan. Falta el trabajo. Por todas partes vemos el marasmo comercial. El gobierno ha empleado el capital de los empréstitos extranjeros en construir ferrocarriles, una flota, fortalezas, en hacer provisión de armas. Al agotarse las fuentes extranjeras, los pedidos del Estado no se reciben más. El comerciante, el gran proveedor, el empresario, el fabricante que ha cogido la costumbre de enriquecerse a expensas del Estado, son privados de sus beneficios y cierran sus despachos y sus fábricas. Las quiebras se suceden y se multiplican. Los bancos se derrumban. Todas las operaciones comerciales se han restringido hasta el último límite.

»La lucha del gobierno contra la revolución suscita perturbaciones incesantes. Nadie está seguro del día siguiente.

»El capital extranjero pasa en sentido contrario la frontera. El capital “puramente ruso” también se esconde en los bancos extranjeros. Los ricos venden sus bienes y emigran. Las aves de rapiña huyen del país, llevándose lo que es del pueblo.

»Desde hace tiempo el gobierno gasta todos los ingresos del Estado en mantener el ejército y la flota. No hay escuelas. Las carreteras están en un estado espantoso. A pesar de lo cual, falta el dinero, incluso para la alimentación del soldado. La guerra nos ha dado la derrota, en parte porque carecíamos de municiones. En todo el país son señaladas sublevaciones del ejército reducido a la miseria y hambriento.

»La economía de las vías férreas está obstaculizada por el fango; gran número de líneas han sido devastadas por el gobierno. Para reconstituir la economía de los ferrocarriles, serán precisos cientos y cientos de millones.

»El gobierno ha dilapidado las cajas de ahorro y ha hecho uso de los fondos depositados para el sostenimiento de los bancos privados y de empresas industriales que, con frecuencia, son absolutamente dudosas. Con el capital del pequeño ahorro, juega a la bolsa, exponiendo los fondos a riesgos cotidianos.

»La reserva de oro del Banco del Estado es insignificante en relación a las exigencias que crean los empréstitos gubernamentales y a las necesidades del movimiento comercial. Esta reserva será reducida a polvo si se exige en todas las operaciones que el papel sea cambiado contra moneda de oro.

»Aprovechando que las finanzas carecen de todo control, el gobierno acordó tiempo atrás empréstitos que sobrepasaban en mucho la solvencia del país. Mediante nuevos empréstitos, paga los intereses de los precedentes.

»El gobierno, de año en año, establece un presupuesto ficticio de ingresos y gastos, declarando éstos como aquéllos por debajo de su importe real, a su voluntad, acusando una plusvalía en lugar del déficit anual. Los funcionarios no controlados dilapidan el Tesoro, ya bastante agotado.

»Sólo una Asamblea Constituyente puede poner fin a este saqueo de la Hacienda, después de haber derribado a la autocracia. La Asamblea someterá a un investigación rigurosa las finanzas del Estado y establecerá un presupuesto detallado, claro, exacto y verificado de los ingresos y los gastos públicos.

»El temor del control popular que revelaría al mundo entero la incapacidad financiera del gobierno fuerza a éste a fijar siempre para más tarde la convocatoria de los representantes populares.

»La quiebra financiera del Estado procede de la autocracia, del mismo modo que su quiebra militar. Los representantes del pueblo no tendrán primero como tarea más que pagar lo antes posible las deudas.

»Tratando de defender su régimen con malversaciones, el gobierno fuerza al pueblo a llevar a cabo contra él una lucha a muerte. En esta guerra, cientos y miles de ciudadanos perecen o se arruinan; la producción, el comercio y las vías de comunicación son destruidos de arriba abajo.

»No hay más que una salida: es preciso derribar al gobierno, arrebatarle sus últimas fuerzas. Es necesario cerrar la última fuente de donde extrae su existencia: los ingresos fiscales. Esto es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, en particular, para la puesta en orden de la economía financiera del Estado.

»En consecuencia, decidimos que:

»No se efectuará ninguna entrega de dinero por rescate de tierras ni pago alguno a las cajas del Estado. Se exigirá, en todas las operaciones, como pago de salarios y contratos, moneda de oro y cuando se trate de una suma de menos de cinco rublos, se reclamará moneda sonante.

»Se retirarán los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco del Estado, exigiendo el reembolso íntegro.

»La autocracia nunca ha gozado de la confianza del pueblo y no estaba en modo alguno fundada en ella.

»Actualmente el gobierno se conduce en su propio Estado como en país conquistado.

»Por estas razones decidimos no tolerar el pago de las deudas sobre todos los empréstitos que el gobierno del zar ha concertado mientras llevaba a cabo una guerra abierta contra todo el pueblo.

»El sóviet de Diputados obreros, el comité principal de la unión panrusa de campesinos, el comité central y la comisión de organización del partido obrero socialdemócrata Ruso, el comité central del partido socialista Revolucionario, el comité central del partido socialista Polaco».

Lógicamente, este manifiesto no podía por sí mismo derribar al zarismo, ni a sus finanzas. Seis meses más tarde, la primera Duma de Estado contaba con un milagro de este género cuando lanzó el llamamiento de Vyborg, que pedía a la población que se negase pacíficamente a pagar impuestos, «a la inglesa». El manifiesto financiero del sóviet no podía servir más que de introducción a los levantamientos de diciembre. Apoyado por la huelga y por los combates que se libraron en las barricadas, encontró un poderoso eco en todo el país. Mientras que, para los tres años precedentes, los depósitos hechos en las cajas de ahorro en diciembre rebasaban los reembolsos en 4 millones de rublos, en diciembre de 1905 los reembolsos superaron a los depósitos en 90 millones: ¡El manifiesto había sacado de las reservas del Estado, en un mes, 94 millones de rublos! Cuando la insurrección fue aplastada por las hordas zaristas, el equilibrio se restableció en las cajas de ahorro…

Entre el 20 y el 30 de noviembre, la ley marcial fue proclamada en la comarca de Kiev y en la ciudad misma, en los gobiernos de Livonia, Chernigov, Saratov, Penza y Simbirsk, teatros principales de las perturbaciones agrarias.

El 24, día en que el reglamento «provisional» sobre la prensa entraba en vigor, se ampliaron hasta el máximo las atribuciones de los gobiernos y de los prefectos de policía.

El 28 se creó un puesto «provisional» de general gobernador de las provincias bálticas. El 29, los sátrapas provinciales fueron autorizados, en caso de huelga de ferrocarriles o de correos y telégrafos, a proclamar por propia cuenta «la ley de excepción» en sus gobiernos.

El 1 de diciembre, en Tsarskoie-Selo, Nicolás recibió una diputación reunida a toda prisa y muy heterogénea, de propietarios asustados, monjes y ciudadanos organizadores de pogromos. Esta pandilla exigía el castigo implacable de los fautores de la revolución y, al mismo tiempo, el de los dignatarios de todo rango que, con su debilidad, autorizasen el desorden; la diputación no se contentaba con hacer esta alusión a Witte, sino que lo explicaba más claramente: «¡Por un decreto autocrático, llama a otros ejecutores de tu voluntad soberana!». «Os recibo —respondió Nicolás al amasijo de esclavistas y saqueadores mercenarios— porque estoy seguro de ver en vosotros los verdaderos hijos de Rusia, cuya devoción nos está asegurada desde siempre, a mí y a la patria». A una señal del centro, los administradores de provincia expiden a san Petersburgo una multitud de mensajes de gratitud a su majestad, en nombre de campesinos y burgueses. «La unión del pueblo ruso» que acababa entonces de recibir, según toda probabilidad, un primer subsidio importante, organiza una serie de mítines y difunde publicaciones en el espíritu de los pogromos patrióticos.

El 2 de diciembre son confiscados y suspendidos los ocho periódicos que imprimieron el Manifiesto financiero del sóviet. El mismo día se promulga un reglamento draconiano sobre las huelgas y los sindicatos de ferroviarios, empleados de correos, telegrafistas y telefonistas, amenazándoles con un encarcelamiento que

puede llegar hasta cuatro años. Los periódicos revolucionarios publicaron, el 2 de diciembre, una orden del gobernador de Voronej que había sido interceptada y que estaba basada en una circular confidencial de Durnovo: «Absolutamente secreto… Investigar inmediatamente sobre todos los dirigentes de los movimientos antigubernamentales y agrarios y encerrarlos en la prisión del lugar, a efectos de que sean tratados conforme a las instrucciones del señor ministro del interior». Por primera vez, el gobierno publica un aviso amenazador: los partidos extremistas se han dado por objeto destruir las bases económicas, sociales y políticas del país; los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios son esencialmente anarquistas: declaran la guerra al gobierno, difaman a sus adversarios, impiden a la sociedad disfrutar de los beneficios del nuevo régimen; provocan huelgas para hacer de los obreros el material de la revolución. «La efusión de sangre obrera (¡por el gobierno!) ni siquiera excita en ellos (¡revolucionarios!) el menor remordimiento». Si contra tales delitos son insuficientes las medidas ordinarias, «será, sin duda alguna, necesario recurrir a medidas absolutamente excepcionales».

Los intereses de las clases privilegiadas, el espanto de los poseedores, el rencor de la burocracia, el servilismo de los vendidos, el tenebroso odio de los simples engañados, todo ello no formaba más que un asqueroso bloque de barro y sangre, todo ello constituía la reacción. Tsarskoie-Selo distribuía oro, Durnovo tejía la trama de la conjura, los sicarios a sueldo afilaban sus cuchillos…

Sin embargo, la revolución crecía invenciblemente. Al proletariado industrial que formaba el grueso de su ejército, se adherían sin cesar nuevos destacamentos. Había en las ciudades mítines de servidores, repartidores, cocineros, criados, enceradores, camareros, bañeros, lavanderas. En las reuniones y en la prensa aparecen tipos extraordinarios: cosacos «conscientes», guardias del servicio de estaciones, guardias municipales, comisarios e incluso soplones arrepentidos. El terreno social, desquiciado, arroja de sus misteriosas entrañas capas nuevas cuya existencia nadie sospechaba en tiempo de paz. Pequeños funcionarios, vigilantes de prisiones, furrieles, aparecían sucesivamente en las redacciones de los periódicos revolucionarios.

La huelga de noviembre influyó considerablemente en la moral del ejército. Por todos lados tenían lugar en el país mítines de militares. El espíritu de rebelión se manifestaba por doquier en los cuarteles. Las necesidades particulares del ejército y el soldado servían normalmente de ocasión para las manifestaciones de un descontento que crecía con rapidez y tomaba un cariz político. A partir del 2 de noviembre, aproximadamente, se producen desórdenes serios en San Petersburgo entre los marineros y entre los soldados, en Kiev, Ekaterinoslav, Elisavetpol, Proskurov, Kursk, Lomjé… En Varsovia, los soldados de la guardia exigen la libertad de los oficiales detenidos. De todas partes llegan informaciones diciendo que el ejército de Manchuria entera arde con el fuego de la rebelión. El 28 de noviembre, en Irkutsk, tiene lugar un mitin en el que toman parte todas las tropas de la guarnición,

unos cuatro mil soldados. Bajo la presidencia de un suboficial, la reunión decide unirse a todos los que reclaman la Asamblea constituyente. En numerosas ciudades los soldados, en sus mítines, fraternizan con los obreros.

Los días 2 y 3 de diciembre los desórdenes se producen en la guarnición de Moscú. Manifestaciones en las calles a los sones de *La Marsellesa*, oficiales expulsados de ciertos regimientos… y, finalmente, detrás del hervor revolucionario, puede verse el brasero de las revueltas campesinas en las provincias. A finales de octubre y principios de noviembre, las perturbaciones agrarias ganan gran número de comarcas: en el centro, en torno a Moscú, sobre el Volga, sobre el Don, en el reino de Polonia, se suceden continuamente huelgas de campesinos, saqueo de los almacenes del monopolio donde se vende el aguardiente, haciendas incendiadas, ocupación de tierras y bienes muebles. Todo el gobierno de Kovno sirve de teatro a la rebelión de los campesinos lituanos. De Livonia, las noticias recibidas son cada vez más alarmantes. Los propietarios huyen, los administradores de la provincia abandonan sus puestos…

Basta con representarse claramente el cuadro que ofrecía entonces Rusia, para comprender hasta qué punto el conflicto de noviembre era inevitable. «Hubiera hecho evitar la lucha», declaraban más tarde algunos sabios (Plejánov). ¡Como si se tratara de una partida de ajedrez y no de un movimiento cuyas fuerzas elementales se contaban por millones!…

«El Sóviet de Diputados Obreros —escribía *Novoie Vremia*— no se desanima, sigue obrando enérgicamente e imprime sus órdenes en un lenguaje verdaderamente lacónico, en términos breves, claros e inteligibles, lo que no se podría decir del gobierno del conde Witte, que prefiere los giros interminables y farragosos que emplearía en su lenguaje una anciana melancólica».

El 3 de diciembre el gobierno de Witte, a su vez, se puso a hablar «en términos breves, claros e inteligibles»: hizo cercar el edificio de la Sociedad Económica Libre por tropas de todas las armas e hizo detener al sóviet.

A las cuatro de la tarde, el comité ejecutivo se había reunido. El orden del día estaba señalado de antemano por la confiscación de los periódicos, por el reglamento draconiano sobre las huelgas que se acababa de decretar y por el telegrama donde se revelaba la conjura de Durnovo. El representante del comité central del partido socialdemócrata (bolcheviques) propone, en nombre del partido, las medidas siguientes: se aceptará el desafío del absolutismo, poniéndose de acuerdo inmediatamente con todas las organizaciones revolucionarias del país, para fijar el día de declaración de una huelga política general, el llamamiento a la acción de todas las fuerzas, todas las reservas y, apoyándose sobre los movimientos agrarios y las rebeliones militares, se irá en busca del desenlace…

El delegado del sindicato de ferroviarios afirma que sin ninguna duda el congreso de ferrocarriles, convocado para el 6 de diciembre, se pronunciará por la huelga.

El representante del sindicato de correos y telégrafos se declara a favor de la

moción propuesta por el partido y espera que una acción común dé vida nueva a la huelga de correos y telégrafos que amenaza decaer… Los debates son interrumpidos por un aviso que se transmite al comité: el sóviet debe ser detenido ese mismo día. Media hora más tarde, esta información es confirmada. En este momento la gran sala, iluminada por ambos lados por grandes ventanales, se ha llenado ya de delegados, representantes de los partidos, corresponsales e invitados. El comité ejecutivo, que celebra sesión en el primer piso, decide hacer salir a algunos de sus miembros para conservar al sóviet una línea de sucesión en el caso de ser detenido.

¡pero la decisión llega demasiado tarde! El edificio está acordonado por soldados del regimiento de la guardia Ismailovski, cosacos a caballo, guardias municipales, gendarmes… Se escuchan los pasos sordos, el chasquido de las espuelas, de los sables; estos ruidos llenan el edificio. Resuenan abajo las violentas protestas de algunos delegados. El presidente abre la ventana del primer piso, se asoma y grita: «¡Camaradas, no opongáis resistencia! Declaramos de antemano que, si alguien dispara, no puede ser más que un policía o un provocador…». Unos instantes después suben soldados al primer piso y se apostan a la entrada del local donde está reunido el comité ejecutivo.

El presidente (dirigiéndose al oficial): «Le ruego que cierre las puertas y no estorbe nuestros trabajos».

Los soldados permanecen en el corredor, pero no cierran las puertas.

El presidente: «La sesión continúa. ¿Quién pide la palabra?».

El representante del sindicato de contables: «por este acto de violencia brutal, el gobierno ha confirmado los motivos que teníamos para declarar la huelga general. Lo ha decidido de antemano… El resultado de la nueva y decisiva acción del proletariado dependerá de las tropas. ¡Que tomen ellas la defensa de la patria! (Un oficial se apresura a cerrar la puerta. El orador eleva la voz). ¡Incluso a través de las puertas cerradas, los soldados escucharán el fraternal llamamiento de los obreros, la voz del país agotado en los tormentos!…».

La puerta se abre de nuevo, un capitán de gendarmes se desliza en la cámara, pálido como la muerte (temía recibir una bala); tras él se adelantan dos decenas de agentes que se colocan detrás de las sillas de los delegados.

El presidente: «Levanto la sesión del comité ejecutivo».

Abajo, resuena un rumor enérgico y casi cadencioso de metal; se diría que son herreros que golpean el yunque: son los delegados que desmontan y rompen sus revólveres antes que entregarlos a la policía.

Comienzan las pesquisas. Nadie consiente en dar su nombre. Los delegados son cacheados, se toman sus señas, se les numera y son confiados a una escolta de soldados de la guardia medio borrachos.

El sóviet de Diputados obreros de San Petersburgo está en manos de los conspiradores de Tsarskoie-Selo.

XXI. Diciembre

El 4 de diciembre, el Sóviet de Moscú dio su adhesión a los firmantes del manifiesto financiero y el 6 de diciembre —bajo la influencia directa de graves desórdenes en la guarnición de Moscú— el sóviet, que representaba en esta época a 100 000 obreros, decidió, con los demás partidos revolucionarios, declarar en Moscú la huelga general para el día siguiente, 7 de diciembre, con la intención de transformarla en una insurrección armada. La conferencia de los disputados obreros de 29 líneas de ferrocarril, que se reunieron en Moscú los días 5 y 6 de diciembre, determinó dar su asentimiento a la decisión del sóviet. El Congreso de Correos y Telégrafos tomó la misma decisión.

En San Petersburgo, la huelga que se inició el día 8, alcanzó su apogeo al día siguiente, declinando ya el día 12. Fue mucho menos unitaria y general que la de noviembre y no reunió más que dos tercios de los obreros. La irresolución de San Petersburgo se explica por el hecho de que los obreros de la capital comprendían más claramente que en otros sitios que no se trataba esta vez de una simple manifestación, sino de una lucha a muerte. El día 9 de enero ya había quedado grabado este hecho en el espíritu de las masas. Frente a una numerosa guarnición cuyo núcleo estaba formado por los regimientos de la guardia, los obreros de San Petersburgo no podían tomar por sí mismos la iniciativa de una insurrección revolucionaria; su misión —como había demostrado la huelga de octubre— era dar el último golpe al absolutismo cuando éste estuviera suficientemente resquebrajado por el levantamiento del resto del país. Sólo una gran victoria en las provincias podía dar a San Petersburgo la posibilidad psicológica de una acción decisiva pero esta victoria no llegó y, tras muchas dudas, se batió por último en retirada.

Aparte de la actitud pasiva de San Petersburgo, hay que señalar además el mal papel que llevó a cabo, durante los acontecimientos, el grupo de ferroviarios que continuó trabajando en la línea de San Petersburgo a Moscú (ferrocarril Nicolás). El comité del sindicato de ferroviarios de San Petersburgo se resintió de la incertidumbre que se manifestaba en la capital y el gobierno, cuya atención estaba concentrada en esta importante vía de comunicación, aprovechando las vacilaciones, hizo ocupar la línea por sus tropas. Una parte de los talleres entró en huelga pero los jefes trabajaban en el telégrafo y el batallón de ferrocarriles en la vía. Hubo varios intentos de detener el movimiento, pero sin éxito. El 16 de diciembre, los obreros de Tver destruyeron una parte de la línea para evitar el envío de tropas de San Petersburgo a Moscú pero era demasiado tarde porque el regimiento de la guardia Semenovski había pasado ya. En conjunto, la huelga de ferrocarriles empezó con gran ímpetu y unidad; antes del día 10, la mayor parte de las líneas habían interrumpido el tráfico y las que faltaban se adhirieron al movimiento los días sucesivos. Al declarar la huelga, el congreso del sindicato de ferroviarios decía: «Podemos encargarnos de hacer volver a las tropas de Manchuria mucho más deprisa

que el gobierno… Tomaremos todas las medidas necesarias para el transporte del trigo destinado a los campesinos hambrientos y para la expedición de víveres a los camaradas que están en las líneas». No es la primera vez que comprobamos fenómenos de esta índole, sobre cuyo sentido deberían meditar los anarquistas que son aún capaces de reflexión: paralizando el poder del gobierno, la huelga general impone a su organización funciones públicas enormemente importantes. Hay que reconocer que el sindicato de ferroviarios cumplió con su tarea de maravilla. Los trenes que transportaban a los reservistas, a las compañías obreras y a los miembros de organizaciones revolucionarias, circulaban con una regularidad y una velocidad notables a pesar de la amenazadora proximidad de las tropas del gobierno en muchos puntos, numerosas estaciones estaban administradas por comandantes elegidos y las banderas rojas ondeaban en los edificios del ferrocarril. Moscú empezó la huelga el día 7 y, al día siguiente, San Petersburgo se adhirió, así como también Minsk y Taganrog; después, citando sólo los centros más importantes, se solidarizaron: el 10, Tiflis, el 11, Vilna, el 12, Jarkov, Kiev, Nizhni-Nóvgorod, el 13, Odesa y Riga, el 14, Lodz y el 15, Varsovia. En total había 33 ciudades en huelga, frente a 39 en octubre.

Moscú fue el centro del movimiento de diciembre. Ya a primeros de mes se había advertido un fuerte movimiento en ciertos regimientos de la guarnición de Moscú y, a pesar de todos los esfuerzos de la socialdemocracia por prevenir explosiones aisladas, la agitación crecía violentamente. Se decía entre los obreros: «Hay que apoyar a los soldados, no podemos desperdiciar la ocasión». Los soldados que estaban de guardia en las fábricas estaban totalmente influenciados por los obreros. «Cuando os levantéis —decían a menudo— haremos lo mismo y os abriremos el arsenal». Los soldados y los oficiales hablaban frecuentemente en los mítines. El 4 de diciembre se constituyó un Sóviet de Diputados Soldados y sus representantes se unieron al sóviet obrero. Rumores persistentes permitían pensar que en otras ciudades el ejército había hecho causa común con los obreros. Tal era el ambiente cuando comenzó la huelga de Moscú.

El primer día unas 100 000 personas abandonaron el trabajo. En una de las estaciones murieron dos mecánicos por haber querido conducir trenes sin autorización. Hubo escaramuzas en varios sitios de la ciudad y un destacamento de las compañías obreras entró en un almacén de armas. A partir de ese momento los agentes de policía no pudieron hacer su vigilancia más que por grupos. Al día siguiente el número de huelguistas se elevó a 150 000, la huelga se generalizó en la ciudad y llegó a las fábricas de los alrededores, habiendo mítines multitudinarios por todas partes; en la estación a la que llegan los trenes del Lejano Oriente la muchedumbre desarmó a los oficiales de Manchuria y los obreros sacaron de un vagón bastantes libras de cartuchos y, algo más tarde, se apoderaron de los pertrechos que venían en otro vagón.

El día 8 de diciembre, segundo de la huelga, el comité ejecutivo publicó la siguiente decisión: «Cuando aparezcan las tropas se procurará hablar con los soldados

y moverlos por la camaradería… Se evitará todo choque abierto y no se opondrá resistencia armada salvo en caso de que la conducta de las tropas sea particularmente provocativa». El ejército era quien tenía la palabra y todo el mundo lo comprendía así. El menor rumor favorable que aparecía sobre la buena voluntad de la guarnición volaba de boca en boca, al mismo tiempo la muchedumbre revolucionaria sostenía una lucha incesante contra las autoridades moscovitas para conseguir la adhesión del ejército. Al saber que los soldados de infantería avanzaban por las calles al son de *La Marsellesa*, los obreros tipógrafos enviaron una diputación a su encuentro pero ya era demasiado tarde. Los jefes militares hicieron rodear a los soldados revolucionarios por cosacos y dragones, que los llevaron a los cuarteles, e inmediatamente los mandos militares hicieron justicia a las reivindicaciones de esos mismos soldados. El mismo día 500 cosacos, dirigidos por un oficial de policía, recibieron la orden de disparar sobre los manifestantes pero los cosacos no obedecieron, poniéndose a hablar con la gente antes de volver lentamente a filas, a la llamada de un suboficial, acompañados por las aclamaciones de la multitud.

Una manifestación de 100 000 personas chocó con un grupo de cosacos y hubo un momento de peligro pero dos obreras se destacaron de la multitud, blandiendo banderas rojas y acercándose a los cosacos: «Tirad sobre nosotras —gritaban—, porque vivas, nunca os entregaremos la bandera». Los cosacos se detuvieron, asombrados e indecisos. Fue un momento decisivo. La multitud, al verlos vacilar, trataba de animarlos: «Cosacos, venimos con las manos vacías, ¿vais a tirar contra nosotros?». «No tiréis vosotros y tampoco lo haremos nosotros», contestaron los cosacos. Un oficial, furibundo y un tanto atemorizado, estalló en invectivas y groserías pero su voz fue ahogada por los gritos de indignación de la muchedumbre. Alguien pronunció un breve discurso y la multitud aplaudió. Un momento después los cosacos volvieron a los caballos y se alejaron al galope, con la carabina en bandolera.

Tras el cerco de un mitin popular, que terminó en violencia contra la masa desarmada, el nerviosismo empezó a aumentar en la ciudad. La gente estaba en la calle, en grupos cada vez más numerosos. Los más diversos rumores circulaban sin cesar para ser olvidados en seguida y en todos los rostros se pintaba una gran animación mezclada de inquietud. «Hay muchas personas que se imaginan —escribe Gorki, entonces en Moscú— que son los revolucionarios quienes han comenzado a construir barricadas. Es una opinión que nos honra, pero que no corresponde por completo a la verdad, porque en realidad fueron los simples habitantes, la gente, los sin partido, quienes emprendieron esas construcciones, y esto es lo más importante. En Tverskaia las primeras barricadas fueron levantadas alegremente, entre bromas y risas, y en este trabajo tomaron parte personas de las condiciones más dispares, desde el que lleva un elegante abrigo hasta la cocinera o el mozo de caballos, que pasaba por ser, hasta ahora, el más sólido sostén del régimen… Los dragones hicieron una salva contra la barricada, varias personas fueron heridas y dos o tres muertas;

inmediatamente se elevó un clamor de indignación, acompañado de un grito unánime de venganza y, en un momento, todo cambió. Tras estas muertes todo el mundo se puso a construir barricadas y ya no por juego, sino seriamente, para proteger su vida contra Dubasov y sus dragones».

Las compañías obreras, es decir, los combatientes de las organizaciones revolucionarias, agrupados militarmente, se hicieron más activos. Sistemáticamente desarmaban a los policías que les salían al paso. Por primera vez se practicó la maniobra de gritar: ¡Arriba las manos!, con el fin de proteger al asaltante contra un mal golpe. Al que no obedecía se le ejecutaba. Se procuraba no inquietar a los soldados para no tenerlos en contra. En una reunión se adoptó incluso la siguiente decisión: será pasado por las armas quien dispare sin la autorización del jefe de la compañía. Delante de las fábricas los obreros hacían propaganda entre los soldados. Sin embargo, el tercer día de huelga ya hay encuentros sangrientos entre la muchedumbre y el ejército. Los dragones dispersaron una reunión que había en una plaza, sin luz por la huelga. «Hermanos, no nos ataquéis: somos de los vuestros». Los soldados pasan pero un cuarto de hora más tarde vuelven, en número mucho mayor y atacan a la gente.

Tinieblas, pánico, gritos y maldiciones. Parte de la multitud intenta refugiarse en la estación del tranvía. Los dragones les exigen que se rindan y, ante la negativa, comienzan los disparos. Como resultado, un muchacho muerto y varias personas heridas. Inquietos por el remordimiento o, quizá, por temor de una venganza, los dragones se alejan al galope. «¡Asesinos!». La gente rodea a las primeras víctimas y levanta el puño, llena de furia. «¡Asesinos!». En un instante, el pabellón manchado de sangre es presa de las llamas. «¡Asesinos!». La multitud intenta encontrar una salida para sus sentimientos. En medio de la oscuridad y del peligro avanza, excitada, chocando con obstáculos, empujando. Se oyen nuevos disparos. «¡Asesinos!». La multitud comienza a levantar barricadas, tarea completamente nueva para ella, que no sabe cómo debe resolverse y que lleva a cabo sin ningún sistema. A dos pasos de allí, en la oscuridad, un grupo de 30 a 40 personas canta a coro: «Habéis caído víctimas…». Nuevos disparos, y más heridos y más muertos. Los patios de las casas vecinas se convierten en puestos de socorro y sus habitantes permanecen en las puertas cocheras recogiendo a los heridos.

Abiertas las hostilidades, la organización socialdemócrata de combate colocó sobre los muros de Moscú carteles en los que se daban instrucciones técnicas a los insurgentes:

Reglas esenciales: 1. No actuar en masa. Hay que realizar las operaciones en pequeños grupos de tres o cuatro hombres como máximo, multiplicar estos grupos lo más posible y que cada uno de ellos aprenda a atacar resueltamente y a desaparecer con prontitud. La policía trata de fusilar a miles de personas con sólo cien cosacos. A esos cien cosacos no deben enfrentarse más de dos o tres tiradores porque es más fácil alcanzar a un grupo que a un hombre solo, sobre todo si este último sabe

disparar inopinadamente y desaparecer en un instante.

2.Por otra parte, no se debe intentar nunca ocupar posiciones fortificadas porque la tropa siempre sabrá tomarlas o, simplemente, destruirlas con su artillería. Las mejores fortalezas son los lugares de paso y todos los sitios desde donde es fácil tirar y escapar. Si la tropa llegase a tomar un lugar de este tipo, no encontraría a nadie, habiendo perdido, sin embargo, muchos hombres en el empeño.

La táctica de los revolucionarios estuvo determinada, desde el principio, por la situación misma. Por el contrario, las tropas del gobierno se mostraron, durante cinco días enteros, absolutamente incapaces de adaptarse a la táctica del adversario, no pudiendo salir de su estupidez y de su perplejidad sino para caer en la barbarie más sanguinaria.

El siguiente relato dará una idea de lo que fueron los combates. Avanzaba una compañía de georgianos, que contaba con los hombres más intrépidos. Se componía su destacamento de veinticuatro tiradores, avanzando en perfecto orden, de dos en dos. Advertidos por la multitud de que dieciséis dragones, al mando de un oficial, venían a su encuentro, la compañía se desplegó empuñando los fusiles y, en cuanto apareció la patrulla, ejecutó unos disparos simultáneos. El oficial cayó herido y los caballos, situados en primera línea, también heridos, se encabritaron. Se apoderó de la tropa una confusión tal, que los soldados fueron incapaces de disparar. Así, la compañía obrera no había hecho más de cien disparos, mientras los dragones se daban a una fuga desordenada, dejando tras sí algunos heridos y muertos. «Marchaos ahora —decían apresuradamente los espectadores—, la artillería estará aquí en un instante». En efecto, no tardó en aparecer y, con sus primeras descargas, comenzaron a caer personas, heridas o muertas, en medio de aquella multitud desarmada que no se había imaginado que podría servir de blanco al ejército. Pero los georgianos se preparaban entretanto y volvieron a disparar contra las tropas. La compañía obrera era casi invulnerable, protegida por la coraza de la simpatía general.

Otro ejemplo, escogido entre miles. Un grupo de trece obreros armados, emboscados en un edificio, resistió durante cuatro horas a quinientos o seiscientos soldados que disponían de tres cañones y dos ametralladoras. Después de haber terminado sus cartuchos e infligido serias pérdidas al ejército, los francotiradores se alejaron sin un herido. Pero los soldados destruyeron a cañonazos varias manzanas de casas, quemaron otras y asesinaron buen número de personas inofensivas y aterradas, todo para dominar a una docena de revolucionarios…

Las barricadas no se defendían, servían sólo para estorbar la circulación de las tropas, sobre todo de los dragones. En el área de las barricadas, las casas quedaban fuera del alcance de la artillería. Así pues, el ejército no tenía más solución que disparar de un extremo al otro de la calle para «tomar» el obstáculo pero, cuando llegaba sobre la barricada, no encontraba a nadie. Y, cuando los soldados no habían hecho más que alejarse de la barricada, ya se encontraba ésta reconstruida, como por sí misma. El bombardeo sistemático de la ciudad por la artillería de Dubasov

comenzó el día 10 de diciembre. Los cañones y las ametralladoras funcionaban sin descanso, sembrando el pánico en las calles. Las víctimas caían, no ya de una en una, sino por docenas. La gente, desconcertada y furiosa, corría de un lado a otro, negándose a dar crédito a lo que veía: así, pues, los soldados tiraban, y no solamente contra los revolucionarios aislados sino contra un oscuro enemigo llamado Moscú, contra casas en las que viven ancianos y niños, contra las multitudes desarmadas… «¡Cobardes asesinos! Así es como recuperan su reputación, después de haberla perdido en Manchuria».

Tras el primer cañonazo, la construcción de barricadas se hizo de una manera febril porque se había atribuido al hecho un sentido más amplio, utilizándose entonces medios más atrevidos. No se vaciló ante la demolición de un enorme puesto de fruta, ni en volcar un quiosco de periódicos, al tiempo que se arrancaban letreros, se destrozaban las rejas y se abatían los cables del tranvía.

«A pesar de que la policía había dado orden de mantener las puertas cocheras cerradas —decían los periódicos reaccionarios— no se ha cumplido, sino todo lo contrario, ¡hasta han quitado las puertas de sus goznes y las han empleado para construir barricadas!». El 11 de diciembre toda la ciudad había quedado cubierta por una red de barricadas; calles enteras estaban rodeadas de alambradas.

Dubasov había declarado que toda reunión de «más de tres personas» correría el riesgo de un fusilamiento pero los dragones disparaban incluso contra los transeúntes aislados, a los que registraban primero y, si no les encontraban armas, los dejaban irse para pegarles luego un tiro por la espalda. Tiraban incluso sobre los mirones que se encontraban leyendo los carteles de Dubasov. Bastaba con que disparasen desde una ventana, normalmente por cuenta de agentes provocadores, para que la casa fuera bombardeada inmediatamente. Restos de sangre, de vísceras, mechas de cabellos aglutinados, pegado todo ello a los letreros o a los escaparates de las tiendas, tales eran las señales indicadoras de la ruta seguida por los proyectiles. En muchos sitios se veían casas con brechas u otras completamente destruidas. Ante uno de estos edificios destruidos se encontraba expuesto un plato con un pedazo de carne humana y una pancarta en que se leía: «Dad vuestro óbolo para las víctimas» (horrible reclamo de la insurrección).

En dos o tres días, la buena voluntad de la guarnición había sufrido un cambio radical; ahora estaban en contra de los revolucionarios. Desde el comienzo de los motines en los cuarteles, las autoridades militares habían tomado una serie de medidas: habían despedido a los reservistas, a los voluntarios, a todos aquéllos cuya fidelidad era dudosa, al tiempo que mejoraban el rancho. Cuando se trató de aplastar la insurrección, se utilizó primero a las tropas con las que se podía contar y en el cuartel se quedaban los regimientos que no inspiraban confianza o que se componían de elementos oscuros e ignorantes. Dubasov no los utilizaba más que para una segunda pasada y, en realidad, entraban en la lucha a pesar suyo y en medio de vacilaciones. Pero la influencia de una bala perdida, la propaganda realizada por los

oficiales, el hambre y la fatiga los indujeron a cometer las peores sevicias. Dubasov procuraba añadir a esos motivos de cólera la influencia del aguardiente. Durante todo este tiempo, los dragones estuvieron medio borrachos.

Sin embargo, esta guerra de sorpresas, aunque irritaba mucho, fatigaba también; la hostilidad general de la población dejaba a los soldados abatidos. El 13 y el 14 de diciembre fueron días críticos. Las tropas, mortalmente cansadas, murmuraban y se negaban a ir al combate contra un enemigo que no veían y cuya fuerza se exageraba. Esos días hubo también bastantes suicidios entre los oficiales…

Dubasov escribía a San Petersburgo diciendo que, de 15 000 hombres que había de guarnición en Moscú, no se podía «lanzar» más que a 5000; los otros no inspiraban confianza, por lo que pedía refuerzos. Se le respondió que una parte de la guarnición de San Petersburgo había sido enviada a las provincias bálticas, que otra era poco segura y que el resto era necesario allí. Los documentos donde constaban estas conversaciones fueron robados al Estado Mayor y conocidos en la ciudad al día siguiente; con lo que la esperanza volvió a renacer. Sin embargo, Dubasov consiguió sus fines, se puso en contacto con Tsarskoie-Selo y declaró que no respondía ya de «poder mantener la autocracia». Entonces fue enviado a Moscú el regimiento Semenovski.

El 15 de diciembre la situación cambió bruscamente. Como estaba asegurada la intervención de nuevas tropas, los grupos reaccionarios de Moscú recobraron el aliento. Se vio aparecer en las calles una «milicia» armada, reclutada en los bajos fondos por la Unión del Pueblo Ruso. La fuerza del gobierno crecía a medida que iban llegando tropas de las ciudades vecinas. Los francotiradores de las compañías obreras estaban extenuados y la gente cansada de temer por su vida y de vivir en la inseguridad. El entusiasmo de las masas revolucionarias decayó y, con él, la esperanza en la victoria. Los almacenes, los Bancos y la Bolsa abrieron y aumentó la circulación por las calles. Apareció un periódico. Todo el mundo comprendía que había terminado la vida de barricadas, ya no se escuchaban apenas tiros ni explosiones. El 16 de diciembre llegaron tropas de San Petersburgo y de Varsovia y Dubasov se hizo dueño de la situación. Se puso resueltamente a la ofensiva y acabó con todas las barricadas del centro de la ciudad. Reconociendo que ya no había esperanza, el sóviet y el partido decidieron acabar con la huelga el 19 de diciembre.

Durante la insurrección, el barrio de Presnia, el Montmartre moscovita, había vivido una existencia aparte. El 10 de diciembre, mientras que en el centro de la ciudad había ya disparos, la calma reinaba aún en Presnia, en donde no había más que mítines, que no satisfacían a unas masas deseosas de actuar y que incitaban a ello a sus diputados. Por fin, a las cuatro de la tarde se recibió la orden de levantar barricadas y todo se animó en el barrio, pero sin el desorden que reinaba en el centro de la ciudad. Los obreros se repartieron en grupos de diez, eligieron sus jefes, cogieron palas, picos y hachas y bajaron ordenadamente a la calle, como si se les enviara a arreglar el pavimento. Nadie quedó ocioso. Las mujeres llevaban los

trineos, transportaban madera y hojas de puertas; los obreros abatían los postes telegráficos y los de la luz. Se oían los golpes de las hachas en todo el barrio, como si se estuviera talando un bosque.

Presnia, separada de la ciudad por las tropas, y enteramente cubierta de barricadas, fue el cuartel general del proletariado. Por todas partes las compañías obreras establecían puestos de vigilancia; los centinelas armados iban y venían, por la noche, entre las barricadas, y pedían a los transeúntes la contraseña. Los obreros jóvenes se distinguían por su coraje, iban en misión de reconocimiento y charlaban con los policías, obteniendo así útiles informaciones. El número de obreros armados en Presnia no pasaba de doscientos, como máximo, y disponían solamente de ochenta carabinas o máuseres pero, a pesar de su reducido número, se producían a cada momento escaramuzas con las tropas. Los obreros desarmaban a los soldados o mataban a los que resistían y volvían a construir las barricadas destruidas. Las compañías obreras se atenían rigurosamente a la táctica de las guerrillas: los francotiradores iban en grupos de dos o tres y abrían fuego contra los cosacos o los artilleros desde las tejados de las casas, desde los depósitos de madera o desde los vagones vacíos, cambiando rápidamente de lugar y sin dejar de disparar desde lejos. El día 12 de diciembre, habiendo tomado los obreros un cañón a los dragones, pasaron un cuarto de hora dando vueltas en torno al artefacto, sin saber qué hacer con él, pero su perplejidad terminó en cuanto apareció un fuerte destacamento de cosacos y de dragones dispuestos a reconquistar la pieza.

El 16 de diciembre por la noche la compañía de Presnia llevó a una fábrica a seis artilleros que había hecho prisioneros. Durante la comida se pronunciaron discursos políticos, que los soldados escucharon atentamente y sin ocultar su simpatía. Tras la cena se les dejó ir sin haberlos registrado y dejándoles incluso sus armas: no se quería exasperar al ejército.

Durante la noche del 15 de diciembre la compañía obrera detuvo en la calle al jefe de policía Voilochnikov; se procedió a registrar su casa en la que encontraron las fotos de cierto número de personas a las que vigilaba y 600 rublos pertenecientes al Tesoro. Voilochnikov fue condenado a muerte y fusilado en el patio de la fábrica Projorov. Escuchó la sentencia con calma y murió valientemente, con más nobleza de la que tuvo en vida.

El día 16, la artillería disparó sobre Presnia pero no tuvo más remedio que retroceder ante el tiroteo continuo con que respondieron los francotiradores. Sin embargo, ese mismo día, habiendo llegado la noticia de que Dubasov había recibido refuerzos importantes desde San Petersburgo y Varsovia, declinó el entusiasmo. Comenzó a difundirse el pánico y los tejedores fueron los primeros en huir a sus pueblos. En todas las calles podían verse filas de peatones con paquetes.

Durante la noche del 16 al 17 Presnia fue cercada por las tropas del gobierno. Entre las seis y las siete de la mañana estalló un furioso cañoneo (la artillería efectuaba hasta siete descargas por minuto) que duró hasta las cuatro de la tarde, con

una interrupción de una hora. Gran número de casas y de fábricas fueron destruidas o quemadas y, al final, el barrio, rebosante de incendios y de humo, parecía un infierno, con casas y barricadas envueltas en llamas, mujeres y niños corriendo por las calles entre nubes negras de humo y en medio del estruendo y del chasquido seco de las detonaciones.

El resplandor del incendio era tan alto y tan fuerte que, incluso lejos de allí, se podía leer de noche, como en pleno día. La compañía obrera hizo frente hasta el mediodía a los soldados pero, bajo los incesantes cañonazos, se vio obligada a abandonar las hostilidades y desde entonces sólo un pequeño grupo de tiradores continuó por su cuenta. El día 18 por la mañana, las barricadas de Presnia fueron destruidas las autoridades permitieron a la población «pacífica» salir del barrio e incluso, por negligencia, omitieron registrar a los que salían. Los tiradores de las compañías obreras salieron los primeros, algunos hasta con sus armas. Las ejecuciones y las violencias de la soldadesca desenfrenada tuvieron lugar cuando ya no quedaba ni un solo francotirador en el barrio.

Los soldados enviados para «aplastar la revuelta» y que ya cometieron las primeras «hazañas» en el camino, habían recibido la siguiente orden: «No detener a la gente, actuar sin piedad». No encontraron resistencia en ninguna parte, no se disparó contra ellos ni una sola vez y, sin embargo, mataron en la vía férrea a más de cincuenta personas y fusilaron sin proceso. Arrastraban a los heridos fuera de las ambulancias y los remataban. Los cadáveres quedaban en tierra, sin sepultura. Entre los fusilados se encontraba el mecánico Ujtomski, que había llevado en su locomotora a una compañía obrera perseguida. Antes de la ejecución, contó su hazaña a los verdugos: «Se han salvado todos —dijo tranquila y orgullosamente— ya no podréis cogerlos».

En Moscú la insurrección había durado nueve días: del 9 al 17. Los cuadros de combate del levantamiento moscovita eran, en realidad, insignificantes. De 700 a 800 eran los hombres de las compañías formadas por los partidos: 500 socialdemócratas y de 250 a 300 socialistas revolucionarios; unos 500 ferroviarios provistos de armas de fuego, que actuaban en las estaciones y en las vías, y 400 francotiradores reclutados entre los obreros tipógrafos y los empleados de los almacenes que servían de destacamento auxiliar. A este respecto no hay que olvidarse de cuatro voluntarios de Montenegro que se hicieron famosos; excelentes tiradores, intrépidos e incansables, actuaban juntos y no mataban más que a policías y a oficiales. Dos de entre ellos cayeron y el tercero fue herido, el cuarto perdió su Winchester, cogió una carabina y partió solo a continuar su terrible caza. Cada mañana le daban 50 cartuchos y siempre se quejaba de no tener bastantes. Vivía en una especie de furiosa borrachera, llorando a los camaradas caídos y vengándolos terriblemente.

Es difícil explicarse cómo un pequeño batallón de obreros pudo luchar durante una semana contra una guarnición numerosa; quizá se encuentre la respuesta si se tiene en cuenta el estado de ánimo de las masas populares. Toda la ciudad, con sus

calles, sus casas, sus puertas y sus callejones se había transformado en un inmenso complot contra los soldados del gobierno. Una población de un millón de almas se había levantado como un muro viviente entre los francotiradores y las tropas regulares. Los obreros armados eran varios cientos, de la construcción y reconstrucción de las barricadas se encargaban las masas. Toda la población rodeaba a los revolucionarios de una atmósfera de simpatía eficaz y entorpecía cuanto podía los planes del gobierno.

Y, ¿quiénes eran esos simpatizantes, cuyo número llegó a ser de muchos miles? Pequeñoburgueses e intelectuales pero, sobre todo, obreros. Del lado del gobierno sólo quedaba, aparte de una chusma vendida, el grupo de los grandes capitalistas, y la municipalidad de Moscú, por su parte, si dos meses antes había brillado por su radicalismo, entonces se colocó al lado de Dubasov. No sólo el octubrista Guchkov, sino también el demócrata Golovin, futuro presidente de la segunda Duma, entraron en el consejo del general gobernador.

No se sabe con seguridad el número de víctimas de los disturbios de Moscú y quizá no se sepa nunca. Según datos proporcionados por 47 ambulancias y hospitales, se registraron 855 heridos y 174 muertos pero los cadáveres no se llevaban a los hospitales, salvo en casos excepcionales, y, por regla general, se los depositaba en las comisarías para enterrarlos luego en secreto. El cementerio recibió por aquellos días 454 personas; sin embargo, gran número de cadáveres fueron enviados por tren fuera de la ciudad. No debe estar muy lejos de la verdad la cifra de mil muertos y otros tantos heridos, entre los que hubo 86 niños, algunos de pecho. Estas cifras toman su verdadero sentido si tenemos en cuenta que, en Berlín, en la insurrección de marzo de 1848, que causó heridas incurables al absolutismo prusiano, no hubo más que 183 muertos… El número de pérdidas sufridas por las tropas fue mantenido en secreto por el gobierno, lo mismo que el número de víctimas: el informe oficial no habla más que de unas cuantas docenas de soldados muertos o heridos, aunque en realidad habría que hablar de unos cuantos centenares. Y este precio no les pareció muy alto, ya que lo que estaba en juego era nada menos que Moscú, el «corazón» de Rusia.

Dejando aparte las provincias fronterizas (el Cáucaso y la zona báltica), el movimiento de diciembre no alcanzó en ningún sitio la magnitud que en Moscú. En gran número de ciudades hubo, sin embargo, barricadas y encuentros con las tropas y con la artillería: en Jarkov, Alejandrovsk, Nizhni-Novgorod, Rostov, Tver…

Cuando se aplastó la revuelta, empezó la era de la represión, de las «expediciones correccionales». Coma indica el término oficial, su fin no era luchar contra los enemigos sino vengarse con los vencidos. En las provincias bálticas, donde la insurrección estalló quince días antes que en Moscú, estas expediciones se dividían en pequeños destacamentos que ejecutaban las órdenes de la ignominiosa casta de los barones de Ostsee, de la que salían los más feroces representantes de la burocracia zarista. Muchos letones, obreros y campesinos fueron fusilados, ahorcados o apaleados hasta la muerte, ejecutados al son del himno de los zares. En dos meses

hubo en las provincias bálticas, según informes no muy completos, 749 ejecuciones, más de cien granjas quemadas o destruidas e innumerables víctimas azotadas.

Así es como el «absolutismo por la gracia de Dios» luchaba por su existencia. Desde el 9 de enero de 1905 hasta la convocatoria de la primera Duma de Estado, que tuvo lugar el 27 de abril de 1906, el gobierno del zar hizo exterminar —según cálculos aproximados, pero que no sobrepasan a la realidad— a más de 14 000 personas, ejecutó a más de mil, hubo unos 20 000 heridos (muchos de los cuales murieron) y 70 000 personas fueron detenidas, deportadas o encarceladas. El precio no les parecía muy alto, pues lo que se jugaba era nada menos que la existencia misma del zarismo.

XXII. Conclusiones

La historia del Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo es la historia de cincuenta días.

El 13 de octubre la asamblea constituyente del sóviet se reunió por primera vez. El 3 de diciembre la sesión del sóviet fue interrumpida por los soldados del gobierno.

En la primera sesión no había más que varias docenas de hombres y a mediados de noviembre el número de diputados llegaba a 562, entre ellos 6 mujeres. Representaban a 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos. La mayor parte de los diputados —351— pertenecían a la industria del metal. Desempeñaron un papel decisivo en el sóviet, la industria textil envió 57 diputados, la del papel e imprenta 32, los empleados de comercio tenían 12 y los contables y farmacéuticos 7. Se eligió un comité ejecutivo el 17 de octubre, compuesto por 31 miembros: 22 diputados y 9 representantes de los partidos (6 para las dos fracciones de la socialdemocracia y 3 para los socialistas revolucionarios).

¿Cuál fue el carácter de esta institución que, en un corto período de tiempo, conquistó un lugar tan importante en la revolución a la que dieron rasgos distintivos?

El sóviet organizaba a las masas obreras, dirigía huelgas y manifestaciones, armaba a los obreros y protegía a la población contra los pogromos. Sin embargo, hubo otras organizaciones revolucionarias que hicieron lo mismo antes, al mismo tiempo y después de él, y nunca tuvieron la misma importancia. El secreto de esta importancia radica en que esta asamblea surgió orgánicamente del proletariado durante una lucha directa, determinada en cierto modo por los acontecimientos, que libró al mundo obrero «por la conquista del poder». Si los proletarios, por su parte, y la prensa reaccionaria por la suya dieron al sóviet el título de «gobierno proletario» fue porque, de hecho, esta organización no era otra cosa que el embrión de un gobierno revolucionario. El sóviet detentaba el poder en la medida en que la potencia revolucionaria de los barrios obreros se lo garantizaba; luchaba directamente por la conquista del poder, en la medida en que éste permanecía aún en manos de una monarquía militar y policiaca.

Antes de la aparición del sóviet encontramos entre los obreros de la industria numerosas organizaciones revolucionarias, dirigidas sobre todo por la socialdemocracia pero eran formaciones «dentro del proletariado» y su fin inmediato era luchar «por adquirir influencia sobre las masas». El sóviet, por el contrario, se transformó inmediatamente en «la organización misma del proletariado»; su fin era luchar por «la conquista del poder revolucionario».

Al ser el punto de concentración de todas las fuerzas revolucionarias del país, el sóviet no se disolvía en la democracia revolucionaria; era y continuaba siendo la expresión organizada de la voluntad de clase del proletariado. En su lucha por el poder, aplicaba métodos que procedían, naturalmente, del carácter del proletariado considerado como clase: estos métodos se refieren al papel del proletariado en la

producción, a la importancia de sus efectivos y a su homogeneidad social. Más aún, al combatir por el poder, a la cabeza de todas las fuerzas revolucionarias, el sóviet no dejaba ni un instante de guiar la acción espontánea de la clase obrera; no solamente contribuía a la organización de los sindicatos, sino que intervenía incluso en los conflictos particulares entre obreros y patronos. Y, precisamente porque el sóviet, en tanto que representación democrática del proletariado en la época revolucionaria, se mantenía en la encrucijada de todos sus intereses de clase, sufrió desde el principio la influencia todopoderosa de la socialdemocracia. Este partido tuvo entonces la posibilidad de utilizar las inmensas ventajas que le daba su iniciación al marxismo; este partido, por ser capaz de orientar su pensamiento político en el «caos» existente, no tuvo que esforzarse en absoluto para transformar al sóviet, que no pertenecía formalmente a ningún partido, en aparato organizador de su influencia.

El principal método de lucha aplicado por el sóviet fue la huelga general política. La eficacia revolucionaria de este tipo de huelga reside en que, aparte de su influencia sobre el capital, desorganiza el poder del gobierno. Cuanto mayor es la «anarquía» que lleva consigo, más cercana está la victoria. Tiene que darse, sin embargo, una condición indispensable: que la anarquía que se produzca no sea conseguida por métodos anárquicos. La clase que, al suspender momentáneamente todo trabajo, paraliza el aparato de la producción y, al mismo tiempo, el aparato centralizado del poder, aislando una a una las diversas regiones del país y creando un ambiente de incertidumbre general, tiene que estar suficientemente organizada para no ser la primera víctima de la anarquía que ella misma ha suscitado. En la medida en que la huelga destruye la actividad del gobierno, la organización misma de la huelga se ve empujada a asumir las funciones del gobierno. Las condiciones de la huelga general, en tanto que método proletario de lucha, eran las mismas condiciones que dieron al Sóviet de Diputados obreros su importancia ilimitada.

Gracias a la presión de la huelga, el sóviet puso en práctica la libertad de prensa, organizó un servicio regular de patrullas en las calles para la protección de los ciudadanos, se apoderó en mayor o menor medida de correos y telégrafos y de los ferrocarriles e intervino con autoridad en los conflictos económicos entre obreros y capitalistas intentando, por la presión directa de la revolución, establecer la jornada de ocho horas… Paralizando la actividad de la autocracia por la insurrección huelguística, instauró un orden nuevo, un régimen democrático entre la población trabajadora de las ciudades.

Después del 9 de enero la revolución había mostrado que era la que educaba la conciencia de las masas obreras.

El 14 de junio, con la revuelta del Potemkin, la revolución demostraba que podía transformarse en una fuerza material; con la huelga de octubre probó que era capaz de desorganizar al enemigo, de paralizar su voluntad y reducirlo al último grado de humillación. Por último, organizando por todas partes sóviets obreros, la revolución dejaba bien claro que sabía constituir un poder.

El poder revolucionario no puede apoyarse más que sobre una fuerza revolucionaria activa. Cualquiera que sea la opinión que tengamos del desarrollo ulterior de la revolución rusa, es un hecho que, hasta ahora, ninguna clase social, con excepción del proletariado, se ha mostrado capaz de servir de apoyo al poder revolucionario, ni siquiera dispuesta a hacerlo. El primer acto de la revolución fue un contacto en la calle entre el proletariado y la monarquía; la primera victoria seria de la revolución se consiguió con un medio que sólo pertenece al proletariado: la huelga general política; como primer embrión del poder revolucionario vemos aparecer una representación del proletariado. En la persona del sóviet encontramos por primera vez en la historia de la nueva Rusia un poder democrático; el sóviet es el poder organizado de la masa misma y domina a todas sus facciones: es la verdadera democracia, no falsificada, sin las dos cámaras, sin burocracia profesional, conservando los electores el derecho de remplazar cuando quieran a sus diputados. El sóviet, por medio de sus miembros, por medio de los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones sociales del proletariado en su conjunto o en grupos, organiza su acción y le da una consigna y una bandera.

Según el censo de 1897, San Petersburgo contaba con unos 820 000 habitantes de población «activa»; dentro de este número había 433 000 obreros y sirvientes; así, el proletariado de la capital era el 53% de la población. Si se consideran los elementos no activos, a causa de que las familias proletarias son relativamente poco importantes en número, obtendremos una cifra más baja (50,8%). En todo caso, el proletariado constituye más de la mitad de la población de San Petersburgo.

El sóviet de Diputados obreros no representaba oficialmente a toda la población obrera de la capital, que llegaba casi a medio millón de almas; en tanto que organización, unificaba unas 200 000 personas, sobre todo obreros de fábricas y, aunque su influencia política, directa e indirecta, se extendiese mucho más, grupos importantes del proletariado (obreros de la construcción, criados, cocheros…) estaban total o parcialmente fuera de su influencia. No cabe duda, sin embargo, que el sóviet expresaba los intereses de toda esta masa proletaria. Si en las fábricas ciertos elementos representaban lo que se ha dado en llamar «centurias negras», su número decrecía de día en día. Entre las masas proletarias, la dominación política del sóviet de San Petersburgo no podía encontrar sino aprobación, nunca adversarios. No había más excepción que la de los criados privilegiados, los lacayos de los grandes burócratas, los cocheros de los ministros, los bolsistas y las cortesanas, que son conservadores y monárquicos de profesión.

Entre los intelectuales, tan numerosos en San Petersburgo, el sóviet tenía más amigos que enemigos; los estudiantes reconocían la dirección política del sóviet y la sostenían ardientemente en todos sus actos. Los funcionarios, a excepción de los que se habían vendido totalmente, se pusieron, momentáneamente al menos, al lado del sóviet. El enérgico apoyo de éste a la huelga de correos y telégrafos le atrajo la atención y la simpatía de los funcionarios subalternos. Todos los oprimidos y

desheredados, la gente honrada y de espíritu consecuente —consciente o instintivamente— se pusieron al lado del sóviet.

¿Quiénes eran, pues, sus adversarios? Los representantes del pillaje capitalista, los alcistas de la Bolsa, los empresarios, los comerciantes y los exportadores, arruinados por la huelga, los proveedores de la chusma dorada, la cuadrilla municipal de San Petersburgo (verdadero sindicato de propietarios de inmuebles), la alta burocracia, las cortesanas inscritas en el presupuesto del Estado, los portadores de estrellas y condecoraciones, los hombres públicos oficialmente mantenidos, la policía, en fin, todas las avaricias, brutalidades y corrupciones que se sabían ya condenadas por la fortuna.

Entre el ejército del sóviet y sus enemigos había aún elementos políticamente indeterminados, dudosos o de los que se dudaba. Eran los grupos más atrasados de la pequeña burguesía, que todavía no habían sido atraídos por la política o que no habían comprendido bastante el papel y el sentido del sóviet, ni tomado posición respecto a él. Los artesanos estaban alarmados, asustados. La indignación del pequeño propietario ante unas huelgas ruinosas luchaba, en cada uno, con el deseo vago de un futuro mejor.

Entre la *intelligentsia*, los políticos profesionales a quienes los acontecimientos desorientaban, los periodistas radicales que no sabían lo que querían y los demócratas escépticos criticaban con indulgencia al sóviet, enumeraban una a una sus faltas y, en general, daban a entender que, si dirigiesen ellos esa institución, la felicidad del proletariado quedaría asegurada para siempre. La excusa de toda esta gente era su impotencia.

En todo caso, el sóviet, de hecho o virtualmente, era el órgano de la inmensa mayoría de la población. Los enemigos que podía tener en la capital no hubieran sido peligrosos para su dominación política si no hubiesen encontrado un protector en el absolutismo, todavía vivo, que se apoyaba sobre los elementos más retrógrados de un ejército de *mujiks*. La debilidad del sóviet no estaba en él mismo, era la debilidad de una revolución puramente urbana. Los cincuenta días marcaron el apogeo de esta revolución y el sóviet fue su órgano de lucha contra el poder. El carácter de clase del sóviet estaba determinado por el fraccionamiento de la población urbana y por el profundo antagonismo político que se manifestaba entre el proletariado y la burguesía capitalista, incluso dentro del estrecho marco histórico de la lucha contra la autocracia.

La burguesía capitalista, después de la huelga de octubre, trató conscientemente de frenar la revolución; la pequeña burguesía era demasiado insignificante para jugar un papel independiente; el proletariado ejercía una hegemonía indiscutible en la ciudad y su «organización» de clase era el órgano de la «lucha revolucionaria» por el poder.

El sóviet era tanto más fuerte cuanto que el gobierno estaba más desmoralizado. Concentraba en sí las simpatías de los grupos no proletarios a medida que el antiguo

poder se revelaba cada vez más impotente y enloquecido.

La huelga política de masa fue el arma principal del sóviet. Como unía a todos los grupos del proletariado con un lazo revolucionario directo, y como sostenía a los obreros y a cada empresa con toda la autoridad y toda la fuerza de la clase, tuvo la posibilidad de suspender, en el momento previsto, la vida económica del país. Aunque la propiedad de los medios de producción quedase en manos de los capitalistas, como antes, aunque el poder gubernamental permaneciese en manos de la burocracia, fue el sóviet quien dispuso de las fuentes nacionales de producción y de los medios de comunicación, al menos en la medida necesaria para interrumpir la marcha regular de la vida económica y política. Y esta capacidad del sóviet, manifestada en los hechos, de paralizar la economía e introducir la anarquía en la existencia del Estado, hizo de él precisamente lo que fue. En estas condiciones, buscar vías de coexistencia pacífica entre el sóviet y el antiguo régimen hubiese sido la más deplorable de las utopías. Y, sin embargo, el verdadero contenido de todas las objeciones hechas a la táctica del sóviet procede precisamente de la fantástica idea de que el sóviet hubiera debido preocuparse de la organización de las masas, absteniéndose de toda ofensiva, a partir de octubre y manteniéndose en el terreno conquistado al absolutismo.

Pero ¿en qué consistía la victoria de octubre?

Sin duda alguna, como resultado de los ataques y de la presión de octubre, el absolutismo había abdicado «en principio». Había renunciado a sí mismo pero, en realidad, no había perdido aún la batalla, la había rehuido simplemente. No había hecho intentos serios de oponer su ejército de campesinos a las ciudades revolucionarias. Desde luego que esta moderación no se debía a motivos humanitarios, el absolutismo estaba simplemente desmoralizado, sin coordinar, en aquel momento. Los elementos liberales de la burocracia vieron llegado su turno e hicieron publicar el manifiesto del 17 de octubre, que era una abdicación de principios del absolutismo. Pero toda la organización material del poder, la jerarquía de funcionarios, la policía, los tribunales y el ejército, todo eso quedó como antes, como propiedad no compartida de la monarquía. ¿Qué táctica podía y debía emplear el sóviet en tales condiciones? Su fuerza consistía en que, apoyándose sobre el proletariado productor, podía, en cierta medida, quitar al absolutismo la posibilidad de utilizar el aparato material de su poder. Desde este punto de vista, la actividad del sóviet significaba la organización de la «anarquía». Su existencia y desarrollo ulteriores marcaban una consolidación de la «anarquía». No era posible ningún tipo de coexistencia duradera. El próximo conflicto estaba anunciado por la casi victoria de octubre, estaba ya implícito en ella.

¿Qué podía hacer el sóviet? ¿Fingir que no veía la imposibilidad de evitar el conflicto? ¿Tenía acaso que hacer ver que organizaba a las masas para gozar de las alegrías del régimen constitucional? Nadie lo hubiera creído, ni el absolutismo ni la clase obrera.

Hasta qué punto los formalismos y las apariencias de lealtad son impotentes en la lucha contra la autocracia lo hemos comprobado más tarde en las dos Dumas. Para seguir la táctica de la hipocresía «constitucional» en este país autocrático, el sóviet hubiera tenido que ser algo muy distinto de lo que era y aun en el caso de que lo hubiera sido, no habría servido de nada. Habría tenido un fracaso semejante al de la Duma.

El sóviet no tenía más remedio que reconocer que el conflicto era inevitable dentro de un futuro muy próximo y que la única táctica de que disponía era preparar la insurrección.

Ahora bien, esta preparación radicaba esencialmente en el desarrollo y en el fortalecimiento de las facultades propias del sóviet, susceptibles de paralizar la vida del Estado y que constituían su misma fuerza. Así pues, todo lo que el sóviet emprendía para desarrollar y fortalecer esas facultades, precipitaba naturalmente el conflicto.

El sóviet se preocupaba cada vez más de extender su influencia al ejército y a la clase campesina. En noviembre hizo un llamamiento a los obreros para que manifestasen activamente sus sentimientos de fraternidad con respecto a la armada, cuya conciencia comenzaba a despuntar, en especial para con los marinos de Kronstadt. Si no lo hubiera hecho habría quedado probado que no se hacían esfuerzos por aumentar las fuerzas disponibles. Al hacerlo se adelantaban a los acontecimientos.

¿Había por ventura una tercera vía? ¿Es que el sóviet hubiera podido, junto con los liberales, recurrir al llamado sentido político del poder? ¿Hubiera sido quizá posible y preferible encontrar una línea que separase los derechos del pueblo de las prerrogativas de la monarquía, para detenerse en este límite sacrosanto? Pero, aun así, ¿quién hubiera podido garantizar que la monarquía iba a detenerse al otro lado de la línea de demarcación? ¿Quién hubiera podido encargarse de poner paz entre las dos partes o, al menos, de organizar una tregua? ¿El liberalismo, quizá…? Precisamente, una diputación liberal se dirigió al conde Witte el día 18 de octubre para proponerle que se alejasen las tropas de la capital, como señal de reconciliación con el pueblo, a lo que respondió el ministro: «Preferimos estar privados de agua y de electricidad que de nuestras tropas». Es obvio que el gobierno no había pensado siquiera en la eventualidad de un desarme.

¿Qué le quedaba al sóviet por hacer? No había más que una alternativa: o bien cedía, abandonando el asunto a un arbitraje externo, como la futura Duma de Estado, que era lo que exigía el liberalismo, o bien se disponía a mantener y a conservar por las armas lo que había conquistado en octubre, así como a preparar una nueva ofensiva, si fuera posible. Ahora ya sabemos que la Duma fue el escenario de un nuevo conflicto. Por consiguiente, el papel objetivo que desempeñaron las dos primeras Dumas no hizo más que confirmar la exactitud de las previsiones políticas sobre las que el proletariado basaba su táctica. Pero no hace falta ir tan lejos para

preguntarnos qué es lo que podía y debía garantizar la creación de esa «cámara de arbitraje» o «cámara de conciliación», que no podía reconciliar a nadie, en realidad. ¿Podía ser el tan traído y llevado sentido político de la monarquía o quizá un compromiso solemne por su parte? ¿La palabra de honor del conde Witte, tal vez? ¿Las visitas que hacían los *zemstvos* a Peterhof por la escalera de servicio? ¿Las advertencias del señor Mendelssohn? ¿O era, quizá, la «marcha natural de las cosas», a la que el liberalismo abandona todos los problemas, en cuanto la historia se los presenta, proponiéndoselos a su iniciativa, a sus fuerzas o a su sentido político?

Ya que el conflicto era inevitable en diciembre, podíamos buscar las causas de la derrota de entonces en la composición misma del sóviet. Se afirmaba que su defecto esencial residía en su carácter de clase, ya que para llegar a ser el órgano de una revolución «nacional» hubiera tenido que ensanchar sus cuadros y dar cabida en ellos a representantes de todos los estratos sociales. Pero ¿era esto realmente así?

La fuerza del sóviet estaba determinada por el papel del proletariado en la economía capitalista. La tarea del sóviet no era transformarse en una parodia de parlamento ni en organizar una representación proporcional de los intereses de los diferentes grupos sociales; su tarea era dar unidad a la lucha revolucionaria del proletariado, y el instrumento principal de lucha que encontró fue la huelga general política, método exclusivamente apropiado para el proletariado en tanto que clase asalariada. La homogeneidad de su composición suprimía todo roce en el interior del sóviet y le hacía capaz de una iniciativa revolucionaria.

Tampoco había manera de ensanchar la composición del sóviet, porque ¿se iba a llamar a los representantes de las uniones liberales? Esto habría proporcionado al sóviet dos docenas de intelectuales y su influencia hubiera sido parecida al papel de la unión de sindicatos en la revolución, es decir, ínfima.

Y ¿qué otros grupos había? ¿El congreso de los *zemstvos*? ¿Las organizaciones comerciales e industriales?

El congreso de los *zemstvos* tuvo sus sesiones en Moscú durante el mes de noviembre y examinó la cuestión de sus relaciones con el ministro Witte pero no se le ocurrió siquiera preguntarse cuál debía ser su postura con respecto al sóviet obrero.

Durante la sesión del congreso estalló la rebelión de Sebastopol que, como hemos visto, lanzó bruscamente a los *zemstvos* hacia la derecha, hasta tal punto que Milyukov tuvo que encargarse de tranquilizar a «la Convención» de *zemstvos* con un discurso que venía a significar, en definitiva, que la rebelión estaba aplastada, gracias a Dios. Así pues, ¿de qué manera hubiera podido realizarse una colaboración revolucionaria entre estos señores contrarrevolucionarios y los diputados obreros que, por el contrario, aclamaban a los insurrectos de Sebastopol? Hasta ahora nadie ha podido responder a esta pregunta. Uno de los dogmas, a medias sinceros e hipócritas del liberalismo, consistía en exigir que el ejército quedara al margen de la política mientras que el sóviet, en cambio, desplegaba una gran energía para atraer al ejército a su política revolucionaria. Si admitimos que el sóviet no podía permitir que el

ejército quedase a la entera disposición de Trépov, entonces, ¿a partir de qué programa hubiera podido concebirse una colaboración con los liberales en esta cuestión tan importante? ¿Qué hubieran aportado estos señores a la actividad del sóviet, a no ser una oposición sistemática, polémicas interminables y, en fin, la desmoralización interna? ¿Qué hubieran podido darnos, aparte de consejos e indicaciones como los que se encontraban en la prensa liberal en cantidad considerable? Aunque el verdadero «pensamiento político» hubiera estado a disposición de los constitucionales demócratas (cadetes) y de los octubristas, el sóviet no podía de ninguna manera convertirse en un club de polémicas y de enseñanzas recíprocas. El sóviet debía ser y seguía siendo un órgano de lucha.

No había nada que pudiesen dar los representantes del liberalismo y la democracia burguesas a «la fuerza» del sóviet. Basta con recordar el papel que tuvieron en octubre, noviembre y diciembre, basta con ver la resistencia de estos elementos a la disolución de la Duma para comprender que el sóviet tenía el derecho y el deber de continuar siendo una organización de clase, es decir, una organización de lucha. Los diputados burgueses habrían podido proporcionarle el «número» pero eran absolutamente incapaces de darle la «fuerza».

Estas constataciones destruyen las acusaciones puramente racionalistas y no justificadas por la historia, que han sido lanzadas contra la intransigente táctica de clase del sóviet, que mantuvo a la burguesía en el campo del orden. La huelga de trabajo, que fue el instrumento de la revolución, provocó la «anarquía» en la industria; esto fue suficiente para obligar a la «alta oposición» a colocar por encima de cualquier consigna liberal los principios del orden político y del mantenimiento de la explotación capitalista.

Los empresarios decidieron que la «gloriosa» huelga de octubre (como ellos la llamaban) tenía que ser la última y organizaron la unión antirrevolucionaria del 17 de octubre. Tenían razones suficientes, ya que cada uno de ellos había podido comprobar en su fábrica que las conquistas políticas de la revolución marchaban paralelamente a la radicalización de las posiciones obreras contra el capital. Ciertos políticos reprochaban a la lucha por la jornada de ocho horas haber operado una escisión definitiva en la oposición y haber hecho del capital una fuerza contrarrevolucionaria. Estas críticas habrían querido poner a disposición de la historia la energía de clase del proletariado pero evitando las consecuencias de la lucha de clases. Desde luego que el establecimiento de la jornada de ocho horas suscita una enérgica reacción por parte de los patronos pero es pueril pensar que ha sido necesaria esta campaña para que se realizase la unión de los capitalistas con el gobierno. La unión del proletariado, como fuerza revolucionaria independiente que se ponía en cabeza de las masas populares, era una amenaza constante para el «orden» y esta unión era, por sí misma, un argumento suficiente para que se realizase la coalición del capital con el poder.

Es verdad que durante el primer período de la revolución, cuando se manifestaba por explosiones aisladas, los liberales las toleraban porque veían claramente que el

movimiento revolucionario destruía el absolutismo y le empujaba a un acuerdo constitucional con las clases dirigentes. Se resignaban a ver huelgas y manifestaciones, trataban a los revolucionarios de manera amistosa y los criticaban sin acritud. Después del 17 de octubre, cuando las cláusulas del acuerdo constitucional ya habían sido firmadas y como ya no quedaba más que llevarlas a la práctica, la continuación de la obra revolucionaria comprometía, evidentemente, la posibilidad misma de un acuerdo entre los liberales y el poder. La masa proletaria, unida y radicalizada por la huelga de octubre, organizada desde dentro, por el hecho mismo de su existencia, separaba al liberalismo de la causa de la revolución. La opinión del liberal era que el esclavo había hecho lo que se esperaba de él y que ya no tenía más que volver tranquilamente al trabajo. El sóviet opinaba, por el contrario, que lo más difícil estaba aún por hacer. En estas condiciones, no era posible ningún tipo de colaboración revolucionaria entre la burguesía capitalista y el proletariado.

Los sucesos de diciembre son consecuencia de octubre como una conclusión es consecuencia de sus premisas. El resultado del conflicto de diciembre no se explica por errores tácticos sino por el decisivo hecho de que la reacción era mucho más rica en fuerzas materiales que la revolución. El proletariado chocó en su insurrección de diciembre, no con errores de estrategia, sino con algo mucho más real: las bayonetas del ejército campesino.

Es cierto que el liberalismo piensa que cuando no se es bastante fuerte siempre es posible salir del asunto huyendo. Considera como táctica valiente, madura y racional batirse en retirada en el momento decisivo. Esta filosofía liberal de la deserción produjo impacto incluso sobre algunos escritores de la socialdemocracia, que después plantearon la cuestión siguiente: si la derrota de diciembre tuvo por causa la insuficiencia de las fuerzas del proletariado, ¿no estaba el error precisamente en que, no disponiendo de la fuerza necesaria para la victoria, el proletariado hubiera aceptado la batalla? A esto puede responderse fácilmente que si las batallas no se hicieran más que estando seguros de la victoria, pocas batallas habría habido sobre la faz de la tierra. Un cálculo previo de las fuerzas disponibles no puede determinar la solución de los conflictos revolucionarios. Y si fuese de otra manera, hace tiempo que se habría sustituido la lucha de clases por una estadística de clases. No hace tanto tiempo aún que éste era el sueño de los sindicatos, que querían adaptar este método a la huelga. Sucedió, sin embargo, que los capitalistas, incluso en presencia de las más perfectas estadísticas, dignas de los tenedores de libros que las habían concebido, no se dejaron convencer, y que sólo comprendieron cuando los argumentos aritméticos se reforzaron con el argumento de la huelga.

Y, por mucho que se calcule, cada huelga suscita una multitud de hechos nuevos, materiales y morales, que es imposible prever y que, en definitiva, deciden el resultado de la lucha.

Apartad de vuestro pensamiento al sindicato, con sus precisos métodos de cálculo; extended la huelga a todo el país, fijadle un fin político, oponed al

proletariado el poder del Estado que será su enemigo más directo, que uno y otro partido tengan sus aliados reales, posibles e imaginarios; contad también con los grupos indiferentes, por los cuales se disputará con encarnizamiento, el ejército, del que se destacará, en el torbellino de los acontecimientos, un grupo revolucionario; contad con las esperanzas exageradas que nacerán en un lado y con los temores, también exagerados, que sentirán en el otro y sabed que esos temores y esas esperanzas, a su vez, serán factores esenciales en los acontecimientos; añadid, por último, la crisis de la Bolsa y las influencias entrecruzadas de las potencias extranjeras, entonces sabréis en qué circunstancias se desarrolla la revolución. En estas condiciones, la voluntad subjetiva del partido, incluso del partido «dirigente», no es más que una fuerza entre mil, y está lejos de ser la más importante.

En la revolución, más aún que en la guerra, el momento del combate está determinado mucho menos por la voluntad y el cálculo de uno de los adversarios que por las posiciones relativas de los dos ejércitos. Es verdad que en la guerra, gracias a la disciplina automática de la tropa, es posible a veces evitar el combate y retirar el ejército; en esos casos, el general se ve obligado a preguntarse si las maniobras de la retirada no desmoralizarán a los soldados y si, por evitar la derrota de hoy, no se predisponen a otra más penosa mañana. Kuropatkin hubiese podido decirnos muchas cosas sobre esto.

En el desarrollo de una revolución es inconcebible que se efectúe una retirada regular; que el día del ataque el partido lleve a las masas tras de sí no quiere decir que pueda luego detenerlas o hacerlas retroceder, según su conveniencia. No es sólo el partido el que mueve a las masas, éstas, a su vez, empujan al partido hacia adelante. Y este fenómeno se producirá en todas las revoluciones, por muy organizadas que estén. En estas condiciones, retroceder sin presentar batalla significa generalmente, para el partido, abandonar a las masas al fuego enemigo. Sin duda, la socialdemocracia, en tanto que partido dirigente, hubiese podido no responder al desafío lanzado por la reacción en diciembre; según la feliz expresión de Kuropatkin, hubiese podido retroceder a «posiciones preparadas de antemano», es decir, pasar a la clandestinidad. Pero, al obrar así, habría dado al gobierno la posibilidad de destrozar una a una a las organizaciones obreras más o menos abiertas que se habían constituido con el concurso inmediato del partido: no habría cabido, pues, una resistencia común. A este precio, la socialdemocracia habría comprado la dudosa ventaja de contemplar la revolución como espectadora, de poder razonar sus defectos y elaborar planes impecables, cuyo único fallo sería el de ser propuestos y ya no serían necesarios. Esto, evidentemente, no habría unido mucho al partido y a las masas.

Nadie puede decir que la socialdemocracia haya forzado el conflicto; por el contrario, el 22 de octubre, a iniciativa del partido, el Sóviet de Diputados obreros de San Petersburgo renunció a la manifestación de duelo proyectada para no provocar un conflicto antes de haber utilizado el «nuevo régimen» de perplejidad y de dudas para

una labor de propaganda y de organización de masas. Cuando el gobierno hizo un intento precipitado de dominar totalmente el país y, a título de ensayo, declaró la ley marcial en Polonia, el sóviet, siguiendo una táctica puramente defensiva, no trató siquiera de transformar la huelga de noviembre en lucha abierta, sino solamente en una gigantesca marcha de protesta, contentándose con la impresión moral enorme que ésta produjo en el ejército y en los obreros polacos.

Pero aunque el partido eludiese el conflicto en octubre y en noviembre porque tenía conciencia de la necesidad de una preparación en regla, esta razón perdió todo su valor en diciembre. Por supuesto, no porque los preparativos estuviesen terminados, sino porque el gobierno, que no podía elegir, abrió la lucha, destruyendo precisamente todas las organizaciones revolucionarias que habían sido creadas en octubre y noviembre. En estas condiciones, si el partido se hubiese negado a dar la batalla, o incluso si hubiese podido obligar a las masas revolucionarias a retirarse, lo único que habría conseguido sería, simplemente, precipitar la insurrección en condiciones más desfavorables aún porque la prensa y las grandes organizaciones no habrían prestado ningún apoyo y porque habría tenido que contar con la desmoralización general subsiguiente a toda retirada.

«… En la revolución, como en la guerra —dice Marx[41]— es absolutamente necesario, en el momento decisivo, arriesgarlo todo, cualesquiera que sean las posibilidades de la lucha. La historia no conoce una sola revolución triunfante que no sea una prueba más de la exactitud de este principio… La derrota después de una lucha encarnizada tiene una significación revolucionaria de tanto alcance como la que pueda tener una victoria conseguida fácilmente… En todo conflicto, inevitablemente, el que recoge el guante corre el riego de ser vencido; pero ésa no es una razón para declararse vencido desde el principio y someterse sin haber luchado».

«En una revolución, cualquiera que dirige una posición de valor decisivo y la entrega sin haber obligado al enemigo a luchar, merece ser considerado un traidor».

En su famosa *Introducción a la lucha de clases en Francia*, de Marx, Engels ha reconocido la posibilidad de graves contratiempos cuando contraponía a las dificultades militares y técnicas de la insurrección (la rapidez en el transporte de las tropas por ferrocarril, el poder destructor de la artillería moderna) con las nuevas posibilidades de victoria, que tienen por causa la evolución del ejército en su composición de clase. Por un lado, Engels ha considerado unilateralmente la importancia de la técnica moderna en los alzamientos revolucionarios; por otra, no ha creído necesario u oportuno explicar que la evolución del ejército en su composición de clase no podía ser apreciada, políticamente hablando, a no ser por medio de una «confrontación» del ejército con el pueblo.

Examinemos brevemente los dos aspectos de esta cuestión[42]. El carácter descentralizado de la revolución hace necesario un desplazamiento continuo de las fuerzas militares. Engels afirma que, gracias a los ferrocarriles, las guarniciones pueden doblarse en veinticuatro horas pero olvida que una verdadera insurrección de

masas supone primero la huelga de los ferrocarriles. Antes de que el gobierno haya pensado siquiera en transportar sus tropas, se ve obligado —en una lucha encarnizada con el personal en huelga— a tratar de apoderarse de la vía férrea y del material móvil; tiene que reorganizar los servicios, volver a construir los puentes volados y los tramos de línea destruidos. Para llevar a cabo este trabajo no basta con tener fusiles y bayonetas excelentes y el ejemplo de la revolución rusa nos dice que para obtener resultados mínimos en este sentido hacen falta mucho más de veinticuatro horas. Pero vayamos más lejos. Antes de emprender el traslado de tropas, el gobierno tiene que estar informado de la situación en todo el país y el telégrafo asegura el servicio de información mucho más rápidamente de lo que el ferrocarril puede asegurar el traslado de las tropas; pero la insurrección supone una huelga de correos y telégrafos. Si la insurrección no es capaz de atraer a su lado a los empleados de correos y telégrafos —hecho que prueba la debilidad del movimiento revolucionario— le queda aún la posibilidad de derribar los postes y cortar los hilos telegráficos. Sin embargo, esta medida constituye ciertamente una pérdida para ambas partes, pero la revolución, cuya fuerza principal no está en una organización sin fallos, pierde mucho menos. El telégrafo y el ferrocarril son potentes armas para el Estado moderno centralizado pero son armas de dos filos. Y si la existencia de la sociedad y del Estado depende en general de la continuidad del trabajo de los proletarios, esta dependencia se deja sentir especialmente en el trabajo de los ferrocarriles y de correos y telégrafos. En cuanto que los raíles y los hilos se niegan a funcionar, el aparato gubernamental queda dislocado en partes, entre las que no hay medios de comunicación. En estas condiciones, los acontecimientos pueden ir muy lejos antes de que las autoridades hayan logrado «doblar» una guarnición local.

Además de la necesidad de transportar las tropas, la insurrección plantea al gobierno el problema del transporte de municiones. Las dificultades crecen entonces, pues existe el riesgo importante de que las municiones caigan en manos de los insurrectos. Este peligro es tanto más real cuanto que la revolución se descentraliza y arrastra consigo a masas cada vez más numerosas. Hemos visto cómo, en las estaciones de Moscú, los obreros tomaban las armas enviadas desde el frente rusojaponés. Hechos de este tipo han tenido lugar en muchos sitios. En la región de Kuban, los cosacos interceptaron un cargamento de carabinas y los soldados revolucionarios daban cartuchos a los insurrectos, etc…

Desde luego, con todo esto no se trata de una victoria puramente militar de los insurrectos sobre las tropas del gobierno, que ganarán sin duda alguna, por la fuerza material, por lo que la cuestión principal en este aspecto se refiere al estado de espíritu y a la actitud del ejército. Si no hubiera una afinidad de clase entre los combatientes de ambos bandos, sería imposible la victoria de la revolución, teniendo en cuenta la técnica militar actual. Pero también sería un sueño pretender que «el paso del ejército al lado del pueblo» pueda llevarse a cabo como una manifestación pacífica y simultánea. Las clases dirigentes, para las que el problema es una cuestión

de vida o muerte, no cederían nunca sus posiciones en virtud de razonamientos teóricos respecto a la composición del ejército. La actitud política de la tropa, esa gran incógnita de todas las revoluciones, no se manifiesta claramente más que en el momento en que los soldados se encuentran cara a cara con el pueblo. El paso del ejército a la revolución es primero una transformación moral pero los medios morales por sí solos no servirían para nada. Hay, en el ejército, corrientes diversas que se entrecruzan y se cortan: sólo una minoría se declara conscientemente revolucionaria, la mayoría duda y se deja empujar; no es capaz de deponer las armas o de dirigir sus bayonetas contra la reacción más que cuando empieza a advertir la posibilidad de una victoria popular, y esta fe no puede proceder sólo de la propaganda. Es preciso que los soldados vean con toda claridad que el pueblo se ha echado a la calle para una lucha decisiva, que no se trata sólo de una manifestación contra la autoridad sino de derribar al gobierno. Entonces, y solamente entonces, se da el momento psicológico en que los soldados pueden «pasarse a la causa del pueblo». Así, la insurrección es, esencialmente, no una lucha «contra» el ejército, sino una lucha «por» el ejército. Si la insurrección continúa, aumenta y tiene posibilidades de éxito, la crisis de transformación en los soldados estará cada vez más cercana. Una lucha sin grandes proporciones, basada en la huelga revolucionaria —como la que hemos visto de Moscú— no puede por sí misma dar la victoria, pero permite, en cambio, probar a los soldados y, tras un primer éxito importante, es decir cuando una parte de la guarnición se ha unido al levantamiento, la lucha por pequeños destacamentos, la guerra de guerrillas, puede transformarse en el gran combate de masas, donde una parte de las tropas, sostenida por la población armada y desarmada, combatirá a la otra parte, rodeada del odio general. En virtud de las diferencias de origen y de las divergencias morales y políticas existentes entre los elementos de que se compone el ejército, el paso de ciertos saldados a la causa del pueblo significa ante todo un conflicto entre dos fracciones de la tropa, como hemos visto en el mar Negro, en Kronstadt, en Siberia y en la región de Kuban y, más tarde, en Sveaborg y en otros muchos lugares. En estas circunstancias diversas, los instrumentos más perfeccionados del militarismo, como fusiles, ametralladoras, artillería pesada y acorazados, pasaron con facilidad de las manos del gobierno al servicio de la revolución.

Tras la experiencia del Domingo Sangriento de enero de 1905, un periodista inglés, Arnold White, emitió el genial juicio de que, si Luis XVI hubiese tenido unas cuantas baterías de cañones Maxim, la revolución francesa habría fracasado. ¡Qué lamentable superstición! Este hombre se imagina que las posibilidades de la revolución pueden medirse por el calibre de los fusiles o por el diámetro de los cañones. La revolución rusa ha demostrado una vez más que no son los fusiles, los cañones y los acorazados los que, en último término, gobiernan a los hombres, sino todo lo contrario: son los hombres los que gobiernan a las máquinas.

El 11 de diciembre, el ministerio Witte-Durnovo que, en esta época, ya era el

ministerio Durnovo-Witte, promulgó la ley electoral. Mientras que Dubasov rehabilitaba en el suburbio de Presnia la bandera de la marina rusa, el gobierno se ocupaba de abrir una vía legal a la clase poseedora, que buscaba un acuerdo con la monarquía y con la burocracia. A partir de ese momento la lucha, revolucionaria en su esencia, por el poder, se desarrolló bajo el manto de la constitución.

En la primera Duma, los constitucionales demócratas (cadetes) se hacían pasar por líderes del pueblo. Como las masas populares, a excepción del proletariado urbano, tenían aún unas ideas caóticas, formando una oposición confusa e imprecisa y como, además, los partidos de extrema izquierda boicoteaban las elecciones, los cadetes pudieron hacerse dueños de la situación en la Duma. «Representaban» a todo el país: propietarios liberales, comerciantes, abogados, médicos, funcionarios, empleados e incluso parte del campesinado. La dirección del partido quedaba, como antes, en manos de los propietarios, los profesores y los abogados. Sin embargo, bajo la presión del campesinado, cuyos intereses y necesidades dejaban las otras cuestiones en segundo plano, una fracción del partido cadete viró a la izquierda, lo que condujo a la disolución de la Duma y al manifiesto de Vyborg que, más tarde, impediría dormir a los voceros del liberalismo.

En la segunda Duma los cadetes reaparecieron en menor número pero, en opinión de Milyukov, tenían la ventaja de contar no sólo con los pequeñoburgueses descontentos, sino también con los electores que se mantenían apartados de la izquierda y que votaban conscientemente por un programa antirrevolucionario. Mientras la mayor parte de los propietarios y los representantes del gran capital se pasaban al campo de la reacción activa, la pequeña burguesía de las ciudades, el proletariado del comercio y los intelectuales reservaban sus sufragios a los partidos de izquierda. Tras los cadetes marchaban las capas medias de la población urbana y cierto número de propietarios. A su izquierda estaban los representantes de los campesinos y de los obreros.

Los cadetes votaron el proyecto gubernamental sobre el reclutamiento y prometieron votar el presupuesto. No hubieran dudado tampoco en votar los nuevos préstamos para cubrir el déficit del Estado y hubieran asumido sin temor la responsabilidad de las antiguas deudas de la autocracia. Golavin, ese lastimoso personaje que encarnaba en el sillón presidencial toda la nulidad y la impotencia del liberalismo, dijo tras la disolución de la Duma que en la conducta de los cadetes, el gobierno había podido reconocer su victoria sobre la oposición. Y eso era totalmente cierto. En esas condiciones no era necesario disolver la Duma y, sin embargo, fue disuelta, lo que prueba que hay una fuerza más poderosa que los argumentos políticos del liberalismo, y esa fuerza es la lógica interna de la revolución.

En sus combates contra la Duma dirigida por los demócratas, el gobierno se daba cada vez más cuenta de su poder. En la tribuna del pretendido parlamento no vio problemas históricos que esperaban una solución sino adversarios políticos a los que había que reducir al silencio. En calidad de rivales del gobierno y pretendientes al

poder figuraba un grupito de abogados para los que la política era algo así como un torneo oratorio y cuya elocuencia política oscilaba entre el silogismo jurídico y el estilo clásico. En los debates que tuvieron lugar con motivo de los tribunales militares, los dos partidos se encontraron frente a frente.

Majlakov, abogado de Moscú, al que los liberales consideraban un hombre de porvenir, sometió la justicia de los tribunales militares y, con ella, toda la política del gobierno, a una crítica abrumadora.

«Pero los tribunales militares no son una institución jurídica —le contestó Stolypin— sino un instrumento de lucha. Usted nos demuestra que este instrumento no es conforme a los principios del derecho y de la ley pero sí es conforme al fin perseguido. El derecho no es un fin en sí mismo. Cuando está amenazada la existencia del Estado, el gobierno no sólo tiene el deber, sino también la obligación, de apoyarse en los medios materiales de su poder, dejando de lado el derecho».

Esta respuesta, que contiene tanto la filosofía del golpe de Estado como la de la insurrección popular, dejó al liberalismo en la más completa perplejidad. ¡Es una declaración inaudita!, exclamaban los publicistas liberales, proclamando por enésima vez que el derecho debe prevalecer sobre la fuerza.

Pero toda su política persuadió al gobierno de lo contrario. Sólo sabían retroceder. Para salvar la Duma, amenazada de disolución, iban renunciando a todas sus prerrogativas, probando así, irrefutablemente, que la fuerza prevalece sobre el derecho. En esas condiciones, el gobierno no podía por menos de estar tentado por la utilización de la fuerza hasta el final.

La segunda Duma fue disuelta y, como heredero de la revolución, se vio aparecer al liberalismo nacionalista conservador, representado por la Unión del 17 de octubre. Si los demócratas creyeron continuar la tarea de la revolución, los octubristas, por su parte, continuaron con la táctica de los cadetes, limitada a una colaboración con el gobierno. A este respecto, los cadetes pueden burlarse y criticar cuanto quieran a los octubristas pero la realidad es que estos últimos no hicieron más que sacar las conclusiones que se imponían a partir de las premisas establecidas por los cadetes: puesto que es imposible apoyarse en la revolución, lo único por hacer es apoyarse en el constitucionalismo de Stolypin.

La tercera Duma concedió al gobierno del zar 456 535 reclutas; y, sin embargo, hasta entonces, todas las grandes reformas del Ministerio de la Guerra, bajo la dirección de Kuropatkin y Stesel habían consistido en hacer nuevos modelos de charreteras y galones. Votó el presupuesto del Ministerio del Interior, gracias al cual el 70% del territorio estaba entregado a diversos sátrapas, armados con leyes de excepción, mientras que, en el resto del país, se aplastaba al pueblo por medio de leyes que rigen en tiempo normal. Esta cámara adoptó todos los puntos esenciales del famoso edicto del 9 de noviembre de 1906, dado por el gobierno en virtud del párrafo 87, y cuyo fin era dar un valor especial, entre los campesinos, a los propietarios más fuertes, mientras que la masa quedaba entregada a la ley de selección natural, en el

sentido biológico del término.

A la expropiación de las tierras de los nobles en beneficio de los campesinos, la reacción oponía la expropiación de las tierras comunales campesinas en beneficio de los *kulaks*. «La ley del 9 de noviembre —dijo uno de los reaccionarios en la tercera Duma— contiene el suficiente grisú para hacer saltar toda Rusia».

Empujados a un callejón sin salida por la irreductible actitud de la nobleza y de la burocracia, que eran de nuevo los amos de la situación, los partidos burgueses trataron de salir de las contradicciones económicas y políticas en las que se habían metido por medio del imperialismo… Buscaron compensaciones a los fracasos internos en países extranjeros: en el Lejano oriente (ruta del Amur), en Persia o en los Balcanes. Lo que se llamó «anexión» de Bosnia y Herzegovina despertó en San Petersburgo y en Moscú un verdadero escándalo patriotero. Además, el partido burgués que más se había opuesto al antiguo régimen —el constitucional demócrata — iba ahora en cabeza del belicoso «neoeslavismo». Los cadetes buscaban en el imperialismo capitalista una solución para los problemas que no habían podido ser liquidados por la revolución. Llevados por la marcha misma de esa revolución a rechazar, de hecho, la idea de la expropiación de los bienes raíces y de una democratización de todo el régimen social, e inducidos, por consiguiente, a rechazar la esperanza de crear un mercado interior suficientemente estable, representado por los pequeños campesinos, que favorecerían el desarrollo capitalista, los cadetes ponían ahora sus esperanzas en los mercados exteriores. Como para lograr buenos resultados en este sentido es imprescindible un Estado fuerte, los cadetes se ven obligados, además, a sostener el zarismo, detentador del poder real. El imperialismo de Milyukov, disfrazado de oposición, cubrió, pues, con una especie de velo ideológico, la repugnante combinación que era la tercera Duma, en la que hicieron alianza los burócratas de la autarquía, los feroces propietarios y el capitalismo parásito.

La situación creada podía dar lugar a las consecuencias más insólitas. Un gobierno cuya reputación de fuerza se había ahogado en las aguas de Tsuchima y que había quedado enterrada en los campos de Mukden, abrumado, además, por las terribles consecuencias de su política de aventuras, se dio cuenta de repente de que era el centro de la confianza patriótica de los representantes de «la nación». No solamente aceptó sin replicar medio millón de nuevos soldados y quinientos millones para los gastos del Ministerio de la Guerra sino que obtuvo el apoyo de la Duma cuando intentó nuevas experiencias en el Lejano Oriente. Más aún, tanto de la derecha como de la izquierda, entre «centurias negras» como entre los cadetes, llegaban hasta él violentos reproches porque se estimaba que su política exterior no era lo suficientemente activa.

Así, por la lógica misma de las cosas, el gobierno del zar se vio empujado hacia una vía peligrosa, luchando por restablecer su reputación mundial. Y, ¿quién sabe?, antes de que la suerte de la autocracia se haya fijado de manera definitiva y sin

posible solución en las calles de San Petersburgo y de Varsovia, quizá pasará por una segunda prueba en los campos del Amur o en las costas del Mar Negro.

1905

segunda parte

PREFACIO A LA SEGUNDA PARTE

En el Congreso de la socialdemocracia de Estocolmo se han hecho públicos ciertos datos estadísticos que caracterizan de manera bastante peculiar la actividad del partido proletario en Rusia:

Los 140 miembros del congreso han sufrido —entre todos— un encarcelamiento de 138 años, 3 meses y 15 días de duración. Además, sufrieron la deportación de un total de 148 años, 6 meses y 15 días.

Se han evadido 18 miembros del partido una sola vez y 4 miembros dos veces.

Se han fugado de los lugares de deportación: 23 miembros una sola vez; 5 miembros dos veces y uno de los delegados del congreso tres veces.

Si observamos que los delegados en el congreso trabajaron para la socialdemocracia durante 942 años en total, podemos constatar que sus estancias en prisión y en las regiones alejadas a las que fueron deportados, constituyen alrededor de un tercio de su trabajo. Pero estas cifras son más bien optimistas, porque cuando se habla de «942» años se quiere decir que la actividad política de los miembros del Congreso abarca esta duración; lo que no significa en absoluto que dichos 942 años hayan sido dedicados completamente a su trabajo político. La actividad «real y directa» de los miembros de la socialdemocracia, teniendo en cuenta su situación ilegal y su actividad clandestina, ocupa únicamente una quinta o, quizá, una décima parte de este tiempo. Mientras que la vida en prisión y en los lugares de deportación corresponde exactamente a las cifras citadas, el Congreso, efectivamente, ha pasado más de 50 000 días y noches bajo candado y ha vivido mucho más tiempo aún en las regiones más salvajes del país.

Se nos permitirá añadir a estas cifras algunas más que nos conciernen directamente. El autor de este libro, detenido por primera vez en enero de 1898 tras diez meses de actividad en los círculos obreros de Nikolaiev, pasó dos años y medio en prisión y se evadió de Siberia después de haber pasado allí dos de los cuatro años de deportación a que había sido condenado.

El autor fue detenido por segunda vez el 3 diciembre de 1905 en su calidad de miembro del Sóviet de Diputados Obreros. La actividad del citado sóviet había durado siete semanas. Los miembros de esta asamblea fueron condenados y pasaron cincuenta y siete semanas en la cárcel, siendo luego deportados a Obdorsk «a perpetuidad»… Todo socialdemócrata ruso que haya trabajado en el partido durante diez años podrá aportar sobre este tema datos más o menos del mismo género.

Nuestra situación no se modificó por el desorden gubernamental que siguió al 17 de octubre y que el *Almanaque de Gotha* caracterizaba, de una manera inconscientemente humorística, cuando lo llamaba «monarquía constitucional bajo un zar autócrata». Gozamos de cincuenta días de libertad y bebimos ampliamente en esta copa. En esos hermosos días, el zarismo comprendió lo que nosotros sabíamos desde hacía mucho tiempo: que nuestra existencia era incompatible con la suya. Entonces

sobrevinieron los terribles meses de represión… El zarismo, después del 17 de diciembre, cambió varias veces de Duma, como las serpientes cambian de piel, pero a pesar de esta muda continúa siendo lo que era: un monstruo… Los ingenuos y los hipócritas liberales que nos animaban desde hacía dos años a seguir el camino de la legalidad se parecían a María Antonieta cuando recomendaba al pueblo hambriento que comiese bizcochos. Estamos por creer que nuestro organismo ya no soporta el bizcocho, que tenemos necesidad de respirar el aire de las celdas de la fortaleza pedro y pablo y que no habríamos sabido ocupar mejor las horas que nos robaron nuestros carceleros.

Tenemos tantas ganas de permanecer escondidos como las que pueda tener un ahogado de quedarse en el fondo pero no tenemos posibilidad de elección —hay que confesarlo— como tampoco la tiene el absolutismo. Por esto, a pesar de todo, tenemos derecho a mantener nuestro optimismo, incluso cuando nos ahogamos en nuestros escondrijos. No nos moriremos por eso, estamos convencidos, sobreviviremos a todo y a todos. La mayor parte de los partidos de hoy estarán ya enterrados cuando la causa a la que servimos se imponga al mundo entero. Entonces, nuestro partido, que hoy vive en una total clandestinidad, será el gran partido de la humanidad y ésta dueña, por fin, de sus destinos.

La historia está al servicio de nuestro ideal, trabaja con una lentitud bárbara y con una crueldad impasible pero estamos seguros de ella. Y cuando devora la sangre de nuestros corazones para alimentar su movimiento, tenemos ganas de gritarle: ¡Lo que hagas, hazlo pronto!

Ogibu (cerca de Helsingfors)
8-21 de abril de 1907

I. Proceso al Soviet de Diputados Obreros

El 3 de diciembre se abrió la era del complot contrarrevolucionario con la detención del Sóviet de Diputados Obreros. La huelga de diciembre en San Petersburgo y otros levantamientos en diversas regiones del país no fueron más que heroicos esfuerzos para mantenerse en las posiciones conquistadas en octubre. La dirección de las masas obreras de San Petersburgo fue asumida entonces por el segundo sóviet, que quedó compuesto por los miembros del primero que estaban aún en libertad y por diputados nuevamente elegidos. Unos trescientos miembros del primer sóviet seguían encarcelados en las tres prisiones de San Petersburgo y su suerte fue durante mucho tiempo un enigma, no sólo para ellos mismos, sino incluso para la burocracia que gobernaba. El ministro de Justicia, según la prensa «bien informada», rechazaba totalmente la idea de enviar a los diputados obreros a los tribunales porque para él, si la actividad abierta del sóviet había sido criminal, el papel de la alta Administración lo era todavía más por haber entrado en relaciones con él. Mientras los ministros discutían entre sí y los policías llevaban la investigación por su cuenta, los diputados esperaban en sus celdas. En una época en que el gobierno enviaba «expediciones de represión» a todas partes, había razones para pensar que el sóviet sería enviado a un consejo de guerra que se encargaría de condenarlo pero a fines de abril, cuando empezó la primera Duma, todo el mundo esperaba una amnistía por lo cual, su suerte oscilaba entre la pena capital y la completa impunidad.

Pero por fin esta suerte fue determinada. El ministro Goremykin, que pertenecía a la Duma en el sentido de que luchaba contra ella, envió el expediente del sóviet al examen del Palacio de Justicia: en la composición del tribunal entrarían representantes «de clase» o «pares[43]».

El acta de acusación del sóviet, preparada por un grupo de fiscales-policías, puede interesar como documento de una gran época. La revolución se refleja en él como el sol en un charco de lodo. Los miembros del sóviet fueron acusados de haber preparado una insurrección armada y se les amenazó con aplicarles dos artículos del código, con pena de trabajos forzados durante 8 años uno de ellos y con 12 el otro. El valor de la acusación, desde el punto de vista jurídico —o, mejor dicho, su absoluta inconsistencia— ha sido demostrado por el autor de este libro en una breve exposición[44], remitida desde la prisión preventiva a la fracción socialdemócrata de la primera Duma para una interpelación que se pensaba hacer a propósito del proceso. La interpelación no tuvo ningún éxito, simplemente porque la primera Duma fue disuelta y la fracción socialdemócrata juzgada lo mismo que el sóviet.

El proceso debía tener lugar el 20 de junio y la causa sería pública. Hubo mítines de protesta en todas las fábricas de San Petersburgo. El tribunal trató de presentar al comité ejecutivo del sóviet como un grupo de conspiradores que inducían a las masas a tomar resoluciones innecesarias. La prensa liberal, desde los acontecimientos de

diciembre, no cesaba de repetir, día tras día, que los «métodos ingenuamente revolucionarios» del sóviet habían perdido desde hacía tiempo todo su prestigio a los ojos del pueblo, pues éste lo único que quería ya era entrar en la vía del nuevo derecho «constitucional». Las calumnias y las estupideces de la policía y de los liberales quedaron totalmente desmentidas cuando los obreros de San Petersburgo enviaron desde sus fábricas una protesta de solidaridad con sus representantes encarcelados, pidiendo ser juzgados ellos también como participantes activos en los acontecimientos revolucionarios, declarando que el sóviet no había hecho sino ejecutar su voluntad y jurando que llevarían hasta el final la obra que había comenzado el sóviet.

Las tropas acampaban en el patio del Palacio de Justicia y en las calles vecinas. Todas las fuerzas de policía estaban en pie y, a pesar de todos estos grandiosos preparativos, el juicio no pudo empezar. El presidente del tribunal, pretextando que unas formalidades no habían sido cumplimentadas y a pesar de la defensa, de la acusación y de las intenciones del ministro, hizo que el juicio se aplazara a tres meses más tarde, es decir, hasta el 19 de septiembre. Fue una jugada política, pues a fines de junio la situación contaba aún con una serie de «posibilidades»: un ministerio formado por constitucionalistas demócratas era una hipótesis tan plausible como la restauración del absolutismo y el proceso del sóviet exigía que el presidente del tribunal estuviese seguro de la política a seguir; por consiguiente, se concedieron tres meses de reflexión a la historia, que se estaba apresurando muy poco. Pero el presidente tuvo que abandonar su cargo unos días después. En el antro de Peterhof sabían perfectamente lo que querían, exigían decisión y una represión sin piedad.

El proceso se abrió el 19 de septiembre con un nuevo presidente y el asunto duró un mes entero. Era la época en que la primera Duma acababa de ser disuelta y aún no existía la segunda, por lo que los jueces militares actuaban a sus anchas y, a pesar de todo, se dio tal publicidad al asunto en casi todos sus detalles que la cosa parecería inconcebible si no se adivinara la intriga burocrática subyacente: el ministro Stolypin buscaba devolver de esta manera los ataques del conde Witte. Sabía lo que hacía puesto que, al desvelar el fondo del proceso, recordaba la humillación que el gobierno había sufrido a finales de 1905. La debilidad de Witte, sus coqueteos con la derecha y con la izquierda, su falsa seguridad en Peterhof y sus vulgares alabanzas a la revolución era lo que las altas esferas burocráticas querían poner en evidencia.

Los acusados podían, pues, aprovechar una situación tan ventajosa para sus designios políticos y para lo cual lo único que tenían que hacer era ensanchar lo más posible el marco del proceso.

Fueron citados cerca de 400 testigos, de los cuales acudieron a declarar más de 200[45]. Obreros, fabricantes, policías, ingenieros, criadas, simples habitantes de la ciudad, empleados de correos y telégrafos, alumnos de institutos, consejeros municipales, senadores, gentes sin oficio, diputados, profesores y soldados desfilaron durante un mes ante el tribunal y reconstituyeron, punto por punto y rasgo por rasgo,

la época de actividad del sóviet obrero, tan rica en resultados.

De esta manera, el tribunal se enteró de la gran huelga de octubre que se extendió por toda Rusia, de la huelga manifestación de noviembre en San Petersburgo, esta noble manifestación de protesta del proletariado contra el juicio militar que amenazaba a los marineros de Kronstadt, después de la lucha heroica de los obreros de San Petersburgo por la implantación de la jornada de ocho horas y, por último, del levantamiento de los sumisos obreros de correos y telégrafos, que fue organizado por el sóviet.

Los procesos verbales de las sesiones del sóviet y del comité ejecutivo, a los que los debates dieron una publicidad enorme, mostraron al país el inmenso trabajo cotidiano llevado a cabo por los representantes del proletariado cuando organizaron el apoyo a los parados, cuando intervinieron en los conflictos entre obreros y patronos o cuando dirigieron incesantes huelgas económicas.

La copia del proceso, que llenaría sin duda gruesos volúmenes, no ha sido publicada hasta ahora. Tendremos que esperar un cambio de régimen para que se saque a luz este inapreciable documento histórico. Si un magistrado alemán o un socialdemócrata alemán hubiese asistido a alguna de las sesiones del proceso habría quedado completamente confundido, pues al lado de una intransigente severidad se manifestaba un total relajamiento y estos dos modos de enfocar el proceso caracterizaban de forma clara la confusión que reinaba todavía en las esferas gubernamentales desde la huelga de octubre.

El palacio de Justicia fue sometido a la ley marcial y estaba ocupado por tropas; se podían contar varios centenares de soldados y de cosacos en el patio, en la puerta principal e, incluso, en las calles cercanas. Contingentes de policía vigilaban por todas partes con el sable desenvainado: se les veía en el corredor subterráneo que une la prisión con el tribunal, en todas las dependencias del palacio de Justicia, detrás de los acusados, en los lavabos y es posible que estuviesen también en los tubos de las chimeneas. Su labor era formar un muro viviente entre los acusados y el mundo exterior, entre los acusados y el público (de 100 a 120 personas) que había en la sala. Solamente los treinta o cuarenta abogados, vestidos de frac, atraviesan el muro de uniformes azules. En el banco de los acusados hay periódicos, cartas, caramelos y flores, ¡montones de flores! Unos las llevan en los ojales, otros en las manos, hay ramilletes por todas partes. El presidente no se atreve a prohibir este alarde de flores; al final son los mismos policías desmoralizados los que se encargan de pasar las flores a los acusados.

Habían sido citados muchos obreros a declarar; estaban en una sala reservada para ellos y, a veces, los himnos revolucionarios que cantaban llegaban a oídos del propio presidente del tribunal. Era un espectáculo impresionante, estos obreros nos traían la atmósfera de los suburbios y de las fábricas y profanaban con tan soberbio desprecio el místico ceremonial de la justicia que el presidente, amarillo como un pergamino, se agotaba dando órdenes que nadie cumplía y los testigos de la «buena

sociedad» y los periodistas de la prensa liberal contemplaban a estos trabajadores con el respeto y la envidia que los débiles sienten ante los fuertes.

El primer día del proceso estuvo señalado por una manifestación notable. De los 52 acusados, el presidente no citó más que a 51, callando el nombre de Ter-Mekertchiantz.

—¿Dónde está el acusado Ter-Mekertchiantz?, preguntó el abogado solokov.

—Ha sido excluido de la lista de los acusados.

—¿Por qué?

—Ha sido… ejecutado.

En efecto, entre el 20 de junio y el 19 de septiembre, Ter-Mekertchiantz, entregado a la autoridad militar por la magistratura civil, había sido fusilado en el foso de la fortaleza de Kronstadt por haber participado en la sublevación de la guarnición.

Los acusados, los testigos, los defensores y el público, todos se levantaron en silencio, rindiendo así homenaje a la memoria del mártir. Los oficiales de policía debían haber perdido la cabeza: ¡ellos también se levantaron!

Los testigos, en grupos de veinte o treinta, fueron introducidos para prestar juramento; muchos de ellos habían venido con sus ropas de trabajo, no habían tenido tiempo ni para lavarse las manos. Echaban una ojeada a los jueces y luego, muy deprisa, buscaban a los acusados y nos saludaban en voz alta: ¡Qué hay, camaradas! un viejo pope se acercó al pupitre y sacó sus bártulos, los testigos no se movieron; entonces el presidente repitió la invitación.

—¡No prestamos juramento!, contestaron todos. No admitimos esa clase de ceremonias.

—¿No son ortodoxos?

—La policía nos tiene inscritos como ortodoxos pero no creemos en nada de eso.

—En ese caso, reverendo, puede usted retirarse; no tendremos hoy necesidad de sus servicios.

Algunos obreros luteranos y católicos cumplieron esta formalidad con los policías; todos los ortodoxos se negaron a ello y se comprometieron simplemente a decir la verdad.

Estos incidentes se repitieron todos los días, pero algunas veces los hubo curiosos.

—Los que quieran prestar juramento que se acerquen al reverendo, los demás que retrocedan.

un viejo policía, guardián de fábrica, sale del grupo y avanza con paso marcial hacia la mesa; los demás retroceden pero a mitad de camino entre el policía y los obreros se encuentra el testigo o, un conocido abogado de san Petersburgo, liberal.

—¿Presta usted juramento, testigo o? pregunta el presidente.

—Bueno… sí… sí, presto juramento…

—En ese caso, acérquese al reverendo.

Bastante apurado, el testigo se acerca a la mesa; se vuelve y ve que nadie le sigue, que sólo hay a su lado una persona, el policía, y delante de él el pope.

—Levante el brazo.

El policía levanta el brazo bien alto, el testigo O lo levanta un poco y lo deja caer.

—Testigo O, ¿va usted a prestar juramento o no?, pregunta, ofendido, el presidente.

—Sí, ¿cómo no?… claro.

Y el testigo liberal, superando su confusión, levanta el brazo casi tanto como el policía y repite con su compañero la ingenua fórmula. Si un artista hubiese reproducido esta escena se habría dicho que al cuadro le faltaba naturalidad. El profundo simbolismo social del espectáculo fue captado por todos los asistentes: la gente bien se miraba, molesta; los obreros cambiaban miradas irónicas con los acusados y una maligna satisfacción traicionó el rostro jesuítico del presidente. La sala quedó en completo silencio.

Primero fue interrogado el senador conde Tiesenhausen, consejero municipal en la Duma por San Petersburgo; había estado presente en una sesión de la Duma a la que llegó una diputación del sóviet para presentar sus exigencias.

—¿Qué piensa el señor testigo de la organización de una milicia municipal armada?, preguntó uno de los defensores.

—Estimo que esta pregunta no tiene nada que ver con el asunto que nos trae aquí, contestó el conde.

—En el marco en que deben mantenerse los debates del proceso, replicó el presidente, la pregunta hecha por la defensa es legítima.

—En ese caso debo decir que, entonces, la idea de organizar una milicia municipal gozó de mis simpatías pero que después he cambiado completamente de opinión.

¡Cuántos no han tenido tiempo de cambiar de opinión sobre este asunto y sobre muchos otros en un año! La prensa liberal, que aseguraba su «entera simpatía» a los acusados, ahora no encuentra palabras suficientemente duras para criticarlos. Los periódicos liberales hacían gala de piadosa ironía al hablar de las «ilusiones» revolucionarias del sóviet. Por el contrario, los obreros seguían fieles a éste sin la menor reticencia.

Numerosas fábricas enviaron declaraciones colectivas por medio de testigos elegidos. A petición de los acusados, el tribunal añadió estos documentos al sumario y se dio lectura de ellos durante la sesión.

«Los abajo firmantes, obreros de la fábrica Obujov —decía uno de los documentos—, al saber que el gobierno pretende llevar ante un tribunal arbitrariamente constituido al sóviet de Diputados Obreros y profundamente indignados al ver que este gobierno trata de presentar al sóviet como un grupo de conspiradores que persiguen fines extraños por completo a la clase obrera, nosotros, obreros de la fábrica Obujov, declaramos que el sóviet no está compuesto por un

grupo de conspiradores sino por verdaderos representantes de todo el proletariado de San Petersburgo. Protestamos contra la arbitrariedad del gobierno, que acusa a los camaradas elegidos por nosotros y que no han hecho más que ejecutar nuestras voluntades, y declaramos al gobierno que, si nuestro camarada P. A. Zlidnev es culpable, nosotros lo somos también, lo cual certificamos con nuestras firmas».

Y a esta resolución iban unidas varias hojas cubiertas con más de dos mil firmas, hojas que estaban sucias y arrugadas de haber circulado de mano en mano por todos los talleres de la fábrica. Pero la declaración de los obreros de Obujov no era la más violenta ni mucho menos, hubo otras que el presidente se negó a leer, alegando que el tono era «profundamente irrespetuoso» para el tribunal.

En total, se hubieran podido reunir miles de firmas; las declaraciones de los testigos, la mayor parte de los cuales, al salir de la sala, fueron detenidos por la policía, ilustraron estos documentos con excelentes comentarios. Los conspiradores que el tribunal quería desenmascarar se convirtieron en una heroica multitud anónima. Incluso el fiscal, que, a pesar de su vergonzoso papel, quería aparecer como hombre correcto, se vio obligado a confesar, durante su requisitoria, que había dos hechos de los que no se podía prescindir: primero, que el proletariado, cuando llega a un cierto nivel de evolución política, «tiende» al socialismo; segundo, que durante la actividad del sóviet, el estado de espíritu de las masas era auténticamente revolucionario. Tuvo incluso que abandonar el fiscal otra importante posición, pues «la preparación de una insurrección armada» servía principalmente de base a la instrucción.

—¿El sóviet les invitó a la insurrección armada?

—No, contestaron los testigos. —El sóviet se había limitado a afirmar que la insurrección armada se hacía inevitable.

—El sóviet pedía una Asamblea constituyente. ¿Quién iba a crear esta Asamblea?

—¡El pueblo!

—¿Cómo?

—Por la violencia, desde luego. De otra manera no se consigue nada.

—Entonces, ¿el sóviet armaba a los obreros para la insurrección?

—No, lo hacía como legítima defensa.

El presidente del tribunal se encogía de hombros irónicamente pero, al final, las declaraciones de los testigos y de los acusados obligaron al tribunal a admitir «proposiciones contradictorias»: los obreros se habían armado para defenderse pero, al mismo tiempo, con el fin de preparar la insurrección contra un poder gubernamental que se había demostrado ser el principal organizador de los pogromos. Esta cuestión quedó dilucidada por el discurso que el autor del presente libro pronunció ante el tribunal[46].

El proceso despertó el más vivo interés cuando nuestros defensores transmitieron al tribunal la «Carta de Lopujim», que llegó a ser famosa.

Los acusados y la defensa decían:

—Señores jueces, ustedes piensan sin duda que hablamos sin sentido común cuando afirmamos que ciertos órganos del poder han tenido un papel decisivo en la preparación de los pogromos. Quizás para ustedes las declaraciones que acabamos de oír no son suficientes. ¿Es que ya han olvidado las revelaciones hechas por el príncipe Urusov, antiguo viceministro del Interior, en la Duma de Estado? Puede ser que el general de policía Ivanov les haya convencido cuando ha venido a decirles, bajo juramento, que los discursos pronunciados con motivo de los pogromos no eran más que un pretexto para armar a la multitud; o bien ha sido el testigo Statkovski, funcionario de la policía secreta, el que les ha convencido cuando ha declarado, bajo juramento, que jamás ha visto en Petersburgo un solo llamamiento al pogromo. Pues bien, aquí tienen la copia certificada de una carta de Lopujin, antiguo director del Departamento de Policía en el gabinete de Goremykin[47]. Tras una investigación hecha por encargo del conde Witte, Lopujin afirma que los llamamientos a los pogromos, que, según parece, el testigo Statkovski no ha visto nunca, habían sido impresos en la imprenta de esa policía secreta de la que Statkovski es funcionario; que estos llamamientos han sido repartidos por los agentes de la policía secreta y por los monárquicos de toda Rusia; que entre el Departamento de Policía y las Milicias Negras existen muchos lazos y que a la cabeza de esta organización criminal se encontraba, en la época de actuación del sóviet, el general Trépov, que, como comandante de palacio, gozaba de una enorme autoridad, presentaba él mismo al zar los informes sobre el trabajo de la policía e, independientemente de los ministros, disponía de sumas enormes, sacadas del Tesoro, para organizar los pogromos.

—¡Y aún hay otro hecho, señores jueces! Muchas hojas impresas por las Centurias Negras —que se encuentran en sus manos, en el auto de instrucción— acusaban a los miembros del sóviet de haber dilapidado el dinero de los obreros. El general de policía Ivanov, que supo estas calumnias, hizo una investigación especial en las manufacturas y en las fábricas de San Petersburgo, investigación que no ha dado, desde luego, ningún resultado. Nosotros, los revolucionarios, estamos acostumbrados a estos procedimientos de la autoridad. Pero, sin idealizar lo más mínimo a la policía —sabéis que somos incapaces de esto— estábamos lejos de sospechar la audacia de esta institución. Se sabe, en efecto, que las proclamas en las que se acusa al sóviet de haber dilapidado el dinero de los obreros han sido redactadas e impresas secretamente en la dirección de policía, donde el general Ivanov está de servicio. He aquí, señores jueces, una copia de la carta, que lleva la firma auténtica del autor. Pedimos que este documento sea leído integralmente en la audiencia de este tribunal y, además, que el consejero de Estado Lopujin sea citado a comparecer en calidad de testigo.

Esta declaración cayó como un rayo sobre los magistrados. Los debates estaban casi acabados ya y el presidente había creído, después de una tormentosa travesía, haber alcanzado el puerto; este incidente volvía a dejarlo en alta mar.

La carta de Lopujin contenía alusiones a los misteriosos informes que Trépov

presentaba al zar pero nadie podía prever de qué manera se explicaría el antiguo jefe de policía sobre estas alusiones cuando los acusados le interrogaran. El tribunal, presa de sagrado temor, retrocedió ante la posibilidad de nuevas revelaciones; tras una larga deliberación rechazó la carta y recusó el testimonio de Lopujin.

Los acusados declararon entonces que no tenían nada que hacer en la audiencia y pidieron que se les enviase de nuevo a sus celdas.

Nos sacaron e inmediatamente nuestros defensores abandonaron también la sala. En ausencia de los procesados, de los abogados defensores y del público, el fiscal pronunció su requisitoria, que fue seca y «correcta». En una sala casi vacía los magistrados pronunciaron el veredicto. La acusación de haber proporcionado armas a los obreros para una insurrección fue descartada. Quince de los acusados —y entre ellos el autor de estas líneas— fueron condenados a la privación de todos los derechos civiles y a deportación perpetua en Siberia; dos debían cumplir detenciones de poca duración y los demás fueron absueltos.

El proceso del sóviet de Diputados obreros produjo una enorme impresión en el país. Se puede afirmar que la social democracia, en las elecciones para la segunda Duma, debió su éxito a la propaganda que le había hecho el tribunal ante el proletariado de San Petersburgo.

Durante el proceso del sóviet tuvo lugar un episodio que merece ser mencionado. El 2 de noviembre, día en que fue publicada la sentencia en su forma definitiva, el *Novoia Vremia* publicó una carta del conde Witte, que volvía del extranjero. Hablaba en este escrito del proceso, defendiéndose contra los ataques de la derecha burocrática. No solamente afirmaba no haber tenido el honor de preparar, como instigador principal, la revolución rusa, en lo cual tenía bastante razón, sino que negaba categóricamente sus relaciones personales con el sóviet. En cuanto a los testimonios habidos en el proceso y a las declaraciones de los acusados, se atrevía a afirmar que «habían sido inventados para provecho de la defensa». No se esperaba, sin duda, ser desmentido por los prisioneros pero había calculado mal.

Una respuesta colectiva de los condenados, impresa en nuestro periódico *Tovarishch* [El Camarada] el 5 de noviembre, contenía lo siguiente: «Conocemos demasiado bien la diferencia de naturaleza que existe entre el conde Witte y nosotros, desde el punto de vista político; por lo tanto, no creemos tener el deber de explicar al ex primer ministro las razones que nos obligan a nosotros, representantes del proletariado, a decir siempre la verdad cuando hacemos política: pero opinamos que es perfectamente oportuno citar aquí la requisitoria del fiscal. Acusador de oficio y funcionario de un gobierno que nos detesta, ha reconocido que, con nuestras declaraciones y nuestros discursos, le habíamos proporcionado “in resistencia” todas las bases necesarias a la acusación —a la acusación, no a la defensa— y, ante nuestros jueces, ha afirmado que nuestras declaraciones eran verídicas y sinceras.

»Verdad, sinceridad, he aquí cualidades que los enemigos políticos del conde Witte no le han reconocido jamás, como tampoco sus aduladores».

A continuación, la respuesta colectiva demostraba, basándose en documentos, hasta qué punto las denegaciones del conde Witte eran aventuradas[48] y terminaba con algunas líneas que, en resumen, dan la apreciación definitiva del proceso intentado contra el parlamento revolucionario, contra los elegidos del proletariado de San Petersburgo.

«Cualesquiera que hayan sido los fines y los motivos del escrito publicado por el conde Witte, decía nuestra carta, por muy imprudente que este escrito parezca, llega a su hora y caracteriza, con un último rasgo indispensable, al poder frente al cual se encontró el sóviet en esos días de lucha. Nos permitiremos decir algo sobre este punto.

»El conde Witte hace notar que ha sido él quien nos ha entregado a la justicia. Esta histórica hazaña, como ya hemos dicho, se remonta al 3 de diciembre de 1905. Desde entonces, hemos pasado por la policía secreta, después por la gendarmería y por fin hemos comparecido ante un tribunal.

»En este proceso han figurado, como testigos, dos funcionarios de la policía secreta; se les ha preguntado si se había preparado un pogromo en San Petersburgo durante el otoño del pasado año y han respondido resueltamente que no, que jamás habían visto llamamientos al pogromo. Ahora bien, el antiguo director del departamento de policía, el consejero Lopujin, declara que los llamamientos al pogromo se imprimían justamente entonces en los locales de la seguridad. Ésta es la primera etapa de la “justicia” a la que nos ha entregado el conde Witte.

»En este mismo proceso han figurado oficiales de policía que habían llevado la instrucción del asunto del sóviet; según han dicho, el comienzo de la investigación que hicieron para saber si algunas sumas de dinero habían sido dilapidadas por los diputados, se encuentra en unas hojas anónimas impresas por las centurias Negras. El señor fiscal ha declarado que estas hojas no contenían más que mentiras y calumnias. ¿Qué ocurre, pues? El consejero Lopujin da fe de que estas hojas fueron impresas por esta misma policía que llevó la investigación sobre el asunto del sóviet. Ésta es la segunda etapa de la “justicia”.

»Y, cuando diez meses más tarde nos encontramos en presencia del tribunal, éste nos permitió explicar abiertamente lo que se conocía ya a grandes rasgos antes del proceso; pero cuando hemos tratado de probar que, ante nosotros, en aquel momento, no había ningún poder gubernamental, que los órganos más activos de este poder se habían transformado en asociaciones contrarrevolucionarias que despreciaban, no solamente las leyes escritas, sino todas las leyes de la moral humana; que los elementos más autorizados del personal del gobierno constituían una organización para llevar a cabo pogromos en toda Rusia, que el sóviet de Diputados obreros había, en suma, llevado a cabo una tarea de seguridad nacional; cuando hemos pedido que se añadiese al auto la carta de Lopujin, que nuestro proceso había hecho famosa, y, sobre todo, que se interrogase a Lopujin como testigo, el tribunal, sin turbarse por escrúpulos jurídicos, nos ha cerrado imperiosamente la boca. Ésta viene a ser la

tercera etapa de la “justicia”.

»Y, por fin, cuando el asunto ha terminado, cuando la sentencia ha sido pronunciada, el conde Witte trata de difamar a sus adversarios políticos, creyéndolos, sin duda, definitivamente vencidos. Tan resueltamente como los funcionarios de la seguridad, que afirmaban no haber visto ningún llamamiento a los pogromos, el conde Witte declara que no ha tenido ninguna relación con el Sóviet de Diputados Obreros. ¡Su audacia corre pareja con su franqueza!

»Consideramos con serenidad estas cuatro instancias de la justicia oficial que nos han sido aplicadas. Los representantes del poder nos han privado de “todos los derechos” y nos deportan pero hay un derecho del que no pueden privarnos: el derecho a la confianza del proletariado y de todos nuestros conciudadanos honrados. En nuestro caso, como en todas las demás cuestiones de nuestra existencia nacional, la última palabra será dicha por el pueblo.

»Con entera confianza hacemos a la conciencia popular, a pueblo, este llamamiento».

4 de noviembre de 1906
Prisión de detención preventiva

II. El soviet y los tribunales

El proceso del Sóviet de Diputados Obreros no es más que un episodio en la lucha de la revolución contra la conspiración gubernamental de Peterhof. En la magistratura de policía, ¿piensan en verdad que el juicio de los miembros del sóviet ha sido un acto jurídicamente motivado? ¿Han creído en algún momento que el proceso del sóviet empezaba y continuaba por iniciativa de un poder judicial independiente? ¿Opinan acaso que se trataba de una causa de derecho estricto?

Esto es más que dudoso, todo el mundo comprende muy bien que el arresto del sóviet ha sido un acto de arbitrariedad política y militar, que marca un momento de la sangrienta empresa organizada por un poder que el mismo pueblo rechaza y aborrece.

No preguntamos aquí —aunque la cuestión se plantea por sí sola— por qué, entre todos los métodos de represión de que se podía hacer uso, se ha escogido, con respecto a los representantes obreros, el medio relativamente difícil de un juicio ante un tribunal constituido por representantes de clase, de «pares».

La autoridad dispone de muchos otros medios que, siendo tan eficaces, son más simples. Sin contar con el rico arsenal de métodos administrativos, se puede indicar el consejo de guerra, o bien un procedimiento que no figura en los manuales de Derecho pero que se usa con éxito en muchos sitios: se ruega al acusado que se mantenga a varios pasos de sus jueces y que les vuelva la espalda y, una vez cumplida esta formalidad, el pelotón hace fuego; esa sentencia no permite ni recurso ni casación.

Es un hecho, sin embargo, que el gobierno, en vez de aplicar una medida de ese tipo a las 52 personas que sus agentes habían señalado, organizó un proceso y que el proceso no se hizo, en realidad, a esas 52 personas sino al Sóviet de Diputados Obreros.

Desde ese momento, el gobierno nos obliga a apreciar críticamente la postura jurídica que ha adoptado.

La requisitoria pretende establecer que estos 52 acusados «han entrado en una asociación […] que tiene por fin, en su opinión, atentar por la violencia contra el régimen que funciona en Rusia en virtud de las leyes fundamentales y reemplazarlo por una república democrática». Tal es el fondo de la acusación, que se basa en los artículos 101 y 102 del Código Penal.

Así, la requisitoria presenta al Sóviet de Diputados Obreros como una «asociación» revolucionaria constituida para llevar a cabo una tarea política determinada y formulada de antemano, como una organización, cuyos miembros, por el hecho de haberse adherido a ella, habían suscrito un programa político bien determinado. Esta calificación del sóviet se contradice totalmente con la historia de su formación, tal como se encuentra descrita en la misma acusación.

En la primera página de la acusación leemos, en efecto, que los iniciadores del futuro sóviet invitaban a los obreros a «elegir diputados para un Comité Obrero que diese al movimiento organización, unidad y fuerza» y «representase las necesidades

de los obreros de San Petersburgo ante el resto de la sociedad». Y, «efectivamente —continuaba la requisitoria—, hubo entonces, en numerosas fábricas, elecciones de diputados». ¿Cuál era, pues, el programa del sóviet así constituido? Ese programa no existía. Más aún, ese programa no podía existir, pues el sóviet —como ya hemos visto— en lugar de componerse de personas que compartían las mismas opiniones políticas (como un partido o una conspiración) se formaba de representantes elegidos (como una duma o un *zemstvo*). Las condiciones mismas de la formación del sóviet demuestran, sin lugar a dudas, que los hombres citados en la acusación, lo mismo que los demás miembros del sóviet, lejos de entrar en un complot que tuviese como fin, conscientemente, derribar por la fuerza el régimen y crear una república democrática, se constituían en colegio de representantes cuyos trabajos no tomarían una dirección definida más que por la ulterior colaboración de sus miembros.

Si el sóviet es una de las asociaciones previstas en los artículos 101 y 102, ¿dónde están los límites de esta asociación? Los diputados no entran por su propio deseo en el sóviet, son enviados allí por los electores. Por otra parte, el colegio electoral no se disuelve nunca, permanece constantemente en la fábrica y el diputado tiene que darle cuenta de sus actos. Por mediación del diputado, el colegio electoral influye de una manera decisiva en la actividad del sóviet. En las cuestiones esenciales —huelgas, lucha por la jornada de ocho horas, armamento de los obreros— la iniciativa venía de las fábricas más avanzadas, no del sóviet. Una reunión de obreros electores votaba determinada resolución y el diputado la transmitía al sóviet. Por tanto, este sóviet, este consejo, era la organización de la inmensa mayoría de los obreros de San Petersburgo. En la base de esta organización se encontraba el conjunto de los colegios electorales, con respecto a los cuales el sóviet representaba un papel análogo al del comité ejecutivo con respecto al mismo sóviet. Cierto pasaje de la requisitoria reconoce esta situación de la manera más categórica: «La tendencia del Comité obrero[49] a realizar el armamento de todos los obreros se expresó… en las decisiones y las resoluciones de las diversas organizaciones que formaban parte del Comité obrero». La acusación cita un poco después una decisión de este tipo tomada por una reunión de obreros de la prensa. Pero si el sindicato de obreros de la prensa, según la opinión de los tribunales, «formaba parte» del sóviet (o, más exactamente, formaba parte de las organizaciones del sóviet) es evidente que, desde ese momento, cada miembro del sindicato se transformaba en miembro de una asociación que tenía como fin derribar al régimen por la violencia. Pero no solamente el sindicato obrero de la Prensa, sino todos los obreros de las manufacturas y de las fábricas, al enviar diputados al sóviet, entraban, a título de colegio electoral, en la organización del proletariado de San Petersburgo. Y si los tribunales hubieran previsto una aplicación íntegra y lógica de los artículos 101 y 102, según la letra y el espíritu de la ley, hubiesen citado a comparecer en el banquillo de los acusados a los doscientos mil obreros de San Petersburgo. Éste era el punto de vista de los mismos obreros que, en junio, en una serie de resoluciones muy atrevidas, pidieron que se les juzgase a ellos

también. Y esto no era solamente una manifestación política, este paso quería hacer recordar a los tribunales sus obligaciones más elementales desde el punto de vista jurídico.

Pero los principios del derecho les importan muy poco a los tribunales. Saben que la autoridad reclama un grupo de víctimas para sentir mejor el precio de «su victoria» y limitan el número de los acusados, a pesar de la evidencia, por medio de groseros sofismas.

1.Cierran completamente los ojos ante el hecho de que el sóviet es una asamblea «elegida» y la consideran como una asociación de militantes revolucionarios.

2.El número de miembros del sóviet se eleva a 500 o 600; lo que es demasiado para el proceso de intención que se quiere hacer a algunos conjurados que dirigen a la multitud obrera. Entonces los tribunales se contentan con separar la causa del comité ejecutivo. Conscientemente, los tribunales quieren ignorar que el comité ejecutivo ha sido elegido, que su composición es variable; sin tener en cuenta los documentos, los tribunales atribuyen al comité ejecutivo las decisiones que han sido tomadas por el sóviet en asamblea plenaria.

3.Además de los miembros del comité ejecutivo, los tribunales escogen y llaman, de entre los miembros del sóviet, a los diputados que «han tomado parte activa y personal (?) en los trabajos del sóviet». Esta distinción es absolutamente arbitraria; el código no castiga solamente al que «toma parte activa y personal» en un complot, sino a todo hombre afiliado a una asociación criminal. El carácter de la participación determina simplemente el grado de la pena.

¿Cuál es entonces el criterio de los tribunales? La prueba de una participación activa y personal en una asociación, cuyo fin es derribar el régimen por la violencia, la acusación la encuentra, por ejemplo, en el hecho de haber controlado los carnés de entrada, de haberse unido a un grupo de huelguistas o, incluso, en la simple declaración de ser miembro del sóviet. Así, con respecto a los acusados Krasin, Lukanin, Ivanov y Marlotov, los tribunales no pueden usar más que un solo motivo de acusación: el reconocimiento de haber pertenecido al sóviet. De esta declaración, los tribunales deducen, por misteriosas razones, su «participación activa y personal».

4.Si se observa que ciertas personas «extrañas» al sóviet fueron detenidas el 3 de diciembre, durante una sesión a la cual asistían «por azar», si se reconoce que estas personas no entraron nunca en relaciones directas con el sóviet y no tomaron nunca la palabra, podremos hacernos una idea de la detestable arbitrariedad que guió a los tribunales en la elección de sus acusados.

5.pero esto no es todo. Después del 3 de diciembre, lo que quedaba del sóviet fue completado con nuevos miembros, el comité ejecutivo se reformó, *Izvestia* continuó apareciendo (el número 8 salió al día siguiente de nuestra detención) y el sóviet reconstituido llamó a los obreros a la huelga de diciembre. Algún tiempo después, el comité ejecutivo de este nuevo sóviet fue detenido y ¿qué ocurrió entonces? A pesar de que se había limitado a continuar la obra de sus predecesores, persiguiendo los

mismos fines y aplicando los mismos métodos de lucha, el nuevo sóviet, en vez de ser llamado a juicio fue entregado a la represión administrativa.

¿Se mantuvo el sóviet dentro del campo del derecho? No, desde luego, pero es que no podía mantenerse porque este campo no existía.

El sóviet de Diputados, aun cuando hubiera querido, no hubiera podido servirse del manifiesto del 17 de octubre para justificar su creación porque, cuando se constituyó, el manifiesto no existía aún. El sóviet salió del movimiento revolucionario que más tarde nos valió también el manifiesto.

La acusación reposa enteramente en la grosera ficción de suponer la persistencia integral de la legislación rusa durante el año pasado. Los tribunales expresan la fantástica hipótesis de que todos los artículos del Código criminal han conservado siempre su valor efectivo, que nunca se han dejado de aplicar, que nunca han sido abolidos, si no de derecho, al menos de hecho.

Ahora bien, la revolución había arrancado del viejo código, con el mudo consentimiento de las autoridades, un buen número de páginas.

¿Es que los congresos de los *zemstvos* se habían apoyado en el derecho? ¿Las manifestaciones se habían reglamentado según el derecho? ¿La prensa había observado los reglamentos de la censura? y, las sociedades de intelectuales, ¿no se habían constituido impunemente o, como se dice ahora, «espontáneamente», cosa que viene a decir «en nombre del derecho revolucionario»? Pero examinemos la suerte misma del sóviet. Suponiendo que los artículos 101 y 102 del código hayan estado siempre en vigor, los tribunales consideran al sóviet como una organización francamente criminal, y esto desde el día de su formación, por lo que el hecho de pertenecer al sóviet se transforma en un crimen. Pero entonces, ¿cómo explicar que un alto representante del poder haya iniciado conversaciones con una asociación criminal que tenía como fin establecer la república por medio de la revolución? si se admite que la legislación antigua continuaba en vigor, íntegramente, las conversaciones del conde Witte son un crimen que sería preciso juzgar. La inconsecuencia de los tribunales cuando intentan defender un derecho inexistente, es manifiesta en este punto.

La acusación cita la discusión que tuvo lugar a propósito del envío de una delegación al conde Witte con el fin de obtener la libertad de tres miembros del sóviet detenidos en un mitin ante la catedral de Kazán y el fiscal considera este paso como una «tentativa legítima para obtener la libertad de los detenidos».

Por lo tanto, los tribunales admiten que el conde Witte, representante del poder ejecutivo, haya tenido una entrevista con los miembros de una asociación revolucionaria cuyo fin es derribar al régimen que Witte está llamado a defender.

¿Cuál fue el resultado de «esta legítima tentativa»? La acusación reconoce perfectamente que el presidente del consejo de ministros, «después de haber hablado con el prefecto de policía, mandó liberar a las personas detenidas» (p. 6). Así es que el poder gubernamental cedía a las exigencias de hombres cuyo lugar, siguiendo los

artículos 101 y 102, era el presidio y no la antecámara del ministro.

¿Dónde estaba la «legalidad» en este asunto? ¿La reunión que tuvo lugar ante la catedral de Kazán (el 18 de octubre) estaba autorizada por la ley? No, sin duda, ya que los miembros del sóviet que presidieron este mitin fueron detenidos. ¿Era legal que una asociación antigubernamental enviase una delegación al gobierno? Los tribunales dicen que sí. ¿La ley aprobaba la puesta en libertad de tres criminales ante las instancias de otros cientos de criminales? La ley, parece ser, quería más bien la detención de los cómplices que habían quedado en libertad. Pero ¿es que el conde Witte concedía la amnistía a estos criminales? ¿De dónde le venía ese derecho de amnistía?

El Sóviet de Diputados Obreros no se mantenía en el derecho pero el poder gubernamental tampoco. Ese derecho no existía.

Las jornadas de octubre y de noviembre conmovieron a una inmensa cantidad de gente, desvelaron numerosas tendencias que habían permanecido siempre ignoradas, multiplicaron las jóvenes organizaciones y crearon nuevas relaciones políticas. Por el manifiesto del 17 de octubre, el antiguo régimen quedaba liquidado solemnemente en todo lo que se refiriera a su pasado pero el nuevo régimen no existía aún. Las viejas leyes que estaban en contradicción evidente con el manifiesto, no habían sido abolidas. Sin embargo, de hecho, se las violaba constantemente. Fenómenos nuevos, nuevas formas de vida, no podían encontrar sitio en los límites de la «legalidad» instituida por la autocracia. El poder no solamente toleraba que la ley fuese transgredida mil veces sino que cubría en cierta medida los crímenes y los delitos. Por otra parte, en buena lógica, el manifiesto del 17 de octubre abolía un gran número de leyes en vigor y suprimía el aparato legislativo del absolutismo.

Las nuevas formas de la vida social se constituían y vivían fuera de toda definición jurídica. El sóviet era una de estas formas.

La diferencia, enorme hasta el ridículo, que se ve entre los grupos definidos por el artículo 101 y la naturaleza real del sóviet se explica por el hecho de que el Sóviet de Diputados Obreros era una institución absolutamente nueva, una creación que las leyes de la antigua Rusia no habían previsto. Surgió en un momento en que el velo del antiguo derecho, muy usado ya, se rompía y el pueblo revolucionario pisoteaba los jirones. El sóviet se constituyó fuera del derecho, conforme a una necesidad real.

Cuando la reacción dirigente se consolidó, después de haber rechazado los primeros ataques, recurrió a las leyes caducas: en una riña se coge la primera piedra a mano para lanzarla al adversario. El artículo 101 del código criminal es una piedra de la que han creído poder servirse y los magistrados se han encargado de tirarla; los tribunales tenían orden de castigar a todos aquellos que les señalasen unos policías ignorantes y unos fiscales vendidos a la policía.

Desde el punto de vista jurídico, la acusación se encontraba en una situación poco envidiable; se vio muy bien cuando examinó la cuestión de la participación de los representantes oficiales de los partidos en las decisiones del sóviet.

Cualquiera que conozca el sóviet, no ignora que los representantes de los partidos no tenían, ni en el sóviet ni en su comité ejecutivo, el derecho al voto; participaban en los debates pero no en las votaciones. Esto se explica por el hecho de que el sóviet estaba organizado según el principio de representación de las empresas y profesiones obreras, no de partidos. Los representantes de los partidos podían ser útiles y se hacían útiles al sóviet por su experiencia política y por sus conocimientos pero no podían votar sin violar el principio de representación de las masas obreras. Eran, podríamos decir, expertos políticos en el seno del sóviet.

Este hecho indudable que no era difícil de entender creaba, sin embargo, un gran problema a los magistrados de la instrucción y la acusación.

La primera dificultad era de orden puramente jurídico. Si el sóviet era una asociación criminal con tal o cual fin, si los acusados eran miembros de esta asociación criminal y debían, precisamente por esto, comparecer ante el tribunal, ¿cómo tratar a los acusados cuyo sufragio era puramente consultivo, que podían defender una opinión pero no obrar a título de miembros de la asociación, que no podían votar, es decir, vincularse directamente a la voluntad colectiva de la asociación criminal? Lo mismo que las declaraciones de un experto en un tribunal pueden ejercer una enorme influencia sobre los jueces sin que, por eso, el experto responda de la sentencia, las declaraciones de los representantes de los partidos, aunque hayan influido en la actividad del sóviet, no hacen por eso jurídicamente responsables a los hombres que han dicho al sóviet: «Ésta es nuestra convicción, ésta es la opinión de nuestro partido pero la decisión depende de vosotros». Desde luego, los representantes de los partidos no tienen de ninguna manera la intención de eludir los tribunales invocando este motivo. La «justicia» intenta defender algo más que los artículos de la ley y el derecho, se preocupa de los intereses de una clase. Y como los representantes de los partidos, al igual que los miembros del sóviet, han atacado a esta clase, es natural que la venganza del gobierno, presentada bajo la apariencia de una sentencia del Palacio de Justicia, caiga sobre los representantes de los partidos, lo mismo que sobre los de las fábricas y manufacturas. Pero hay una cosa que es indudable: si se declara que los diputados del sóviet son miembros de una asociación criminal y si, para afirmar esto, se violenta la verdad y la significación jurídica de las palabras, la aplicación del artículo 101 a los representantes de los partidos es una cosa totalmente absurda. Al menos la lógica humana lo dice así y la lógica del derecho no puede ser más que una aplicación de la lógica general a un conjunto de nociones especiales.

La segunda dificultad que la «justicia» encontraba cuando examinó la situación de los delegados de los partidos en el sóviet, era de carácter político. El fin último perseguido por el general de policía Ivanov y, después, por el sustituto Baltz o por el que lo inspirase, era bastante simple: presentar al sóviet como una organización de conspiradores que, bajo la presión de un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, dirigía a las masas organizadas. Todo se oponía a esta imagen del

sóviet, su composición, su actividad abierta y pública, los procedimientos de discusión y deliberación que en él se aplicaban y, por último, el hecho de que los representantes de los partidos no tuviesen voto. Ahora bien, ¿qué es lo que se hizo durante la instrucción a pesar de todo?

Si la verdad material estaba contra ella, tanto peor para la verdad, que la magistratura corrigió con medios administrativos. Con los interrogatorios, y según los informes de sus agentes, la policía podía fácilmente establecer que los representantes de los partidos no tenían en el sóviet más que derecho a voz, pero no a voto. La policía lo sabía pero como este hecho estorbaba a sus combinaciones, hizo conscientemente todo lo necesario para engañar a la «justicia». Era muy importante saber cuál había sido la situación jurídica de los representantes de los partidos en el sóviet y la policía dejó de lado sistemáticamente esta cuestión. Para ella resultó muy importante decir en qué lugar estaba sentado tal o cual miembro del comité ejecutivo, cómo se entraba o cómo se salía pero se olvidó completamente de preguntarse si 70 socialdemócratas y 35 socialistas revolucionarios, en total 105 representantes, tuvieron voto a la hora de decidir la huelga general, la jornada de 8 horas, etc. No se interrogó a los acusados ni a los testigos sobre estas cuestiones, a fin de evitar todo tipo de aclaraciones[50]. Es un punto evidente e irrecusable.

Hemos dicho anteriormente que los jueces instructores se desviaban adrede de la acusación. ¿Es exacto esto? La «justicia», representada por uno de sus miembros, asistía a los interrogatorios o, por lo menos, los firmaba. Tenía, pues, la facultad de dilucidar si había algo de interés en ellos para el esclarecimiento de la verdad. Desde luego, de esto no se ocuparon para nada porque no solamente cubrían los «defectos» de la instrucción sino que se sirvieron de ellos para sacar conclusiones a todas luces falsas.

Esto aparece de una manera muy clara en la parte de la requisitoria que trata de las actividades del sóviet destinadas a conseguir armas para los obreros.

No estudiaremos aquí la cuestión de la insurrección armada y la actitud tomada a este respecto por el sóviet; este tema ha sido estudiado en otros artículos. Será suficiente decir que el levantamiento armado, en tanto que idea revolucionaria que inspira a las nasas y determina su organización, difiere tanto de la rebelión armada que se imaginan los jueces y la policía, como el sóviet de Diputados obreros de las asociaciones previstas por el artículo 101. Pero si la instrucción y la acusación, en su estupidez policiaca, son incapaces de comprender la significación y el espíritu del sóviet, si se pierden a la hora de ver sus ideas políticas, no buscan más que basar obstinadamente su requisitoria en un principio claro y simple como es la pistola automática.

La policía, como veremos, no podía proporcionar a la «justicia» más que modestas informaciones sobre este punto; y sin embargo, el autor de la requisitoria trató temerariamente de probar que el comité ejecutivo había armado a las masas obreras con el fin de provocar una insurrección. Nos vemos obligados a citar todo un

pasaje de la acusación a fin de examinarla en detalle.

«En esta época (es decir, en la segunda quincena de noviembre) —dijo el fiscal— se realizaron todos los planes mencionados antes, los planes formados por el comité ejecutivo para el armamento de los obreros de San Petersburgo; pues, según nos ha dicho Gregorio Levkin, diputado de la fábrica de tabaco Bogdánov, en una de las sesiones que tuvieron lugar a mediados de noviembre se decidió (¿por quién?) constituir, para sostener a los manifestantes, grupos de diez y cien obreros armados; entonces, el diputado Nemtsov hizo observar que a los obreros les faltaban armas y entre los asistentes (¿dónde fue esto?) se empezó una colecta cuyo producto sería utilizado para comprar armas».

Así pues, nos enteramos de que, a mediados de noviembre, el comité ejecutivo realizaba «todos» sus planes para armar al proletariado. ¿Cómo prueban esto? Por dos testimonios indiscutibles: en primer lugar Gregorio Levkin declara que, hacia esta época, se había decidido (probablemente por el sóviet) constituir grupos armados de 10 y 100 obreros. ¿No está claro que el sóviet, a mediados de noviembre, había realizado todos sus planes de armar a los obreros, desde el momento en que expresaba… la intención (o la decisión) de organizar grupos? Pero ¿había tomado el sóviet esta decisión realmente? De ninguna manera. La requisitoria se basa en este caso, no en una decisión del sóviet, que no fue tomada, sino en el discurso de uno de los miembros del sóviet (yo).

Así, para probar que «los planes» se habían realizado, la justicia cita una resolución que, incluso aunque hubiera sido tomada, no sería por sí misma más que un «plan».

Como segunda prueba del armamento de los obreros de San Petersburgo a mediados de noviembre, se nos citan las palabras de Nemtsov, que «precisamente entonces» hacía observar que a los obreros les faltaban armas. Es difícil comprender cómo, cuando Nemtsov señala que faltan armas, eso puede servir de prueba de la presencia de armas. Se dijo antes que «entre los asistentes se empezó una colecta cuyo producto serviría para comprar armas». Es indiscutible que los obreros han tratado de reunir fondos con destino a la compra de armas. Pongamos que, en el caso particular del que habla el fiscal, haya tenido lugar una colecta de este tipo; pero es imposible, sin embargo, admitir que, desde ese momento y a causa de este hecho, «se hayan realizado todos los planes del comité ejecutivo en lo que concierne al armamento de los obreros de San Petersburgo». Además, uno se pregunta ante quién creía útil Nemtsov señalar que faltaban armas. Evidentemente, ante la asamblea del sóviet, o bien del comité ejecutivo. Es preciso, pues, admitir que varios cientos de diputados recogían dinero entre ellos para armar a las masas; ¡y este hecho, inverosímil por sí mismo, tendría que ser la prueba de que las masas estaban ya armadas!

Como ya tienen probado que los obreros estaban armados, no queda más que desvelar el fin. La requisitoria se expresa también con respecto a este tema; «estas

armas, como certifica el diputado Chichkin, tenían como pretexto la posibilidad de pogromos pero, según él, estos pogromos no eran más que un pretexto y, en realidad, se preparaba una insurrección armada para el 9 de enero». «En efecto, continúa el fiscal, la distribución de armas, según la declaración del diputado Jajarev, de la fábrica Odner, fue empezada por Jrustalyov-Nosar en octubre, y Jajarev recibió de Jrustalyov una Browning "para defenderse de las Centurias Negras"».

Ahora bien, este fin defensivo del armamento ha sido desmentido no solamente por las decisiones del sóviet sino por el contenido de ciertos documentos descubiertos entre los papeles de Nosar; se ha encontrado el texto auténtico de una resolución del sóviet, no fechada, con un llamamiento a las armas, a la formación de compañías y de un ejército «dispuesto a resistir al gobierno de las Centurias Negras que desgarra a Rusia».

Detengámonos primero en este punto. La resistencia a las Centurias Negras no era más que un pretexto: el verdadero fin del armamento general realizado por el sóviet a mediados de noviembre sería una rebelión armada para el 9 de enero.

Es verdad que este fin no era conocido ni por aquéllos a los que se armaba, ni por quienes los armaban, de manera que, sin la declaración de Chichkin, se habría ignorado siempre que la organización de las masas obreras había fijado el levantamiento para una fecha determinada. Otra prueba de que hacia mediados de noviembre el comité ejecutivo armó a las masas para una insurrección en enero era que Jajarev recibió de Jrustalyov una Browning «para defenderse de las Centurias Negras».

El fin defensivo de las armas se ve desmentido, sin embargo, según el fiscal, por otros documentos encontrados en los papeles de Nosar, por ejemplo por el texto auténtico (?) de una resolución por la que se hacía un llamamiento a las armas, con el fin de oponer una resistencia al «gobierno de las Centurias Negras que desgarra a Rusia». El Sóviet de Diputados Obreros recordaba a las masas que era necesario armarse y que la insurrección se haría inevitable; esto está probado por medio de numerosas decisiones del sóviet, nadie puede negarlo, y el fiscal no tuvo ni que buscar pruebas para este hecho. La acusación trataba de demostrar simplemente que el comité ejecutivo, a mediados de noviembre, había «realizado todos sus planes» de armar a las masas y que este armamento había tenido como fin inmediato la rebelión armada. Como prueba, el fiscal cita una resolución que se distingue de las demás en que no se puede decir en qué fecha ha sido tomada e incluso ni siquiera si ha sido tomada por el sóviet. Y es precisamente esta dudosa resolución la que tiene que desmentir el carácter defensivo del armamento, puesto que habla de una resistencia (ésta es la palabra) al gobierno de las Centurias Negras que desgarra a Rusia.

Sin embargo, los descuidos de la acusación en la cuestión de los revólveres no terminan aquí. El fiscal sigue diciendo: «Entre los papeles de Nosar se ha encontrado una nota redactada por no se sabe quién, nota que prueba que Nosar había prometido distribuir, en la sesión que siguiera al 13 de noviembre, pistolas sistema Browning, o

bien Smith & Wesson, a precios reducidos, en favor de la organización; el autor de esta nota, que vive en Kolpino, pide que se le dé lo que se le ha prometido».

¿Por qué el autor de la nota, «que vive en Kolpino», no ha podido obtener pistolas «a precios reducidos» con fines de legítima defensa y no de levantamiento armado? Esto es tan difícil de comprender como el resto. Lo mismo podría decirse de otra petición de pistolas que se ha mencionado en el proceso.

A fin de cuentas, los informes proporcionados por la justicia en lo que se refiere al armamento de los obreros de san Petersburgo son verdaderamente lamentables. La propia requisitoria se da cuenta de ello: «Entre los documentos de Nosar —se dice— no se han encontrado más que gastos insignificantes para la compra de armas, pues no había más que un carné y una hoja arrancada, donde estaba anotada la entrega a los obreros de pistolas de diferentes sistemas y de cajas de cartuchos; además, estas notas probarían que no se habían distribuido más que 64 pistolas».

Sesenta y cuatro pistolas significan, pues, la realización de «todos los planes» del comité ejecutivo en lo referente al armamento de los obreros, en vista a un levantamiento en enero: el fiscal se ve cogido. Entonces se arriesga a dar un paso: si las pistolas no han sido compradas, tratará de probar que «podían haberlo sido».

Con este fin, el fiscal completa los pobres informes que acaba de proporcionar, dejando entrever grandes posibilidades financieras. Tras haber señalado que en la fábrica de la Sociedad de Wagons-Lits se había recogido dinero destinado a comprar armas, dice: «Las colectas de este género permitían comprar armas, el Sóviet de Diputados Obreros podía, en caso de necesidad, comprar armas en grandes cantidades ya que disponía de sumas considerables». El total de ingresos realizados por el comité ejecutivo ascendía a 30 063 rublos con 52 cópecs.

Esta forma de afirmar las cosas es la misma que la de un folletín, que no busca ni la verosimilitud. Se citan notas y «textos auténticos» de decisiones para dejarlos de lado en seguida y recurrir a simples suposiciones: el comité ejecutivo tenía mucho dinero, luego tenía muchas armas.

si se sigue el método de la justicia, se puede decir: la policía tenía mucho dinero, luego los autores de los pogromos tenían muchas armas. Esta conclusión no sería idéntica más que en apariencia a la de la requisitoria pues, mientras que hasta el último cópec estaba escrito en las cuentas del sóviet, lo que permite refutar fácilmente las audaces suposiciones del fiscal, los gastos de la policía permanecen en el mayor secreto, secreto que una verdadera justicia debería haber explorado hace mucho tiempo.

Para acabar con las razones y conclusiones de la requisitoria sobre las armas de los obreros, vamos a tratar de presentarlas en una forma concisa y lógica.

TESIS: Hacia mediados de noviembre, el comité ejecutivo ha armado al proletariado de San Petersburgo con el fin de hacer una insurrección armada.

PRUEBAS: a) Uno de los miembros del sóviet, en la reunión del 6 de noviembre, impulsó a la asamblea a organizar a los obreros en grupos de 10 y 100; b) Nicolás

Nemtsov, a mediados de noviembre, señalaba que faltaban armas; c) Alejo Chichkin sabía que el alzamiento había sido fijado para el 9 de enero; d) «Desde el mes de octubre», Jajarev tenía una pistola para defenderse de las Centurias Negras; e) Una resolución cuya fecha se ignora dice que es preciso procurarse armas; f) Un desconocido, «que vive en Kolpino», ha pedido que se le proporcionasen pistolas «a precios reducidos en favor de la organización»; g) Aunque no se pueda probar más que la distribución de 64 pistolas, el sóviet tenía dinero, y como el dinero permite comprarlo todo, el dinero del sóviet ha podido ser cambiado por armas.

Esta forma de razonar es tan estúpida, tan contraria al buen sentido, que no se la pondría ni siquiera como ejemplo de sofisma en un manual de lógica.

Con estos materiales y sobre este edificio jurídico el tribunal debía, sin embargo, erigir su sentencia.

III. Mi discurso ante el tribunal

(Sesión del 4 de octubre de 1906)

Señores jueces: el objeto de los debates y de la instrucción se refiere esencialmente a la cuestión de la insurrección armada, cuestión que, durante los cincuenta días de existencia del Sóviet de Diputados Obreros, no se ha planteado —por raro que pueda parecer el hecho al tribunal especial— en ninguna de las sesiones del sóviet. En ninguna de nuestras sesiones se ha formulado la cuestión de la insurrección armada; más aún, en ninguna de nuestras sesiones se han presentado ni discutido particularmente las cuestiones de la Asamblea Constituyente, de la república democrática, ni siquiera la de la huelga general y su significación como método de lucha revolucionaria. Estas cuestiones esenciales, que habían sido debatidas durante muchos años, primero en la prensa revolucionaria y después en los mítines y reuniones, el Sóviet de Diputados Obreros las ha dejado a un lado. Diré después cómo se explica esto y caracterizaré la actitud del sóviet con respecto a la insurrección armada. Pero antes de abordar esta cuestión esencial para el tribunal, me permito llamar la atención de los señores jueces hacia otro punto, que, en comparación con el primero, presenta un interés más general, aunque menos grave: es la cuestión del empleo de la violencia por el sóviet. ¿Se reconocía el sóviet el derecho, en la competencia de cualquiera de sus órganos, de aplicar, en ciertos casos, la violencia y las represalias? A esta pregunta, formulada en general, responderé: ¡Sí! Yo sé tan bien como el representante de la acusación que, en todo Estado que funciona «normalmente», cualquiera que sea la forma de este Estado, el monopolio de la violencia de la represión pertenece al poder gubernamental. Es su derecho «inalienable» y lo guarda celosamente, velando por que ningún grupo de particulares se lo quite. Así es como la organización gubernamental lucha por la existencia. Es preciso representarse de una manera concreta la sociedad actual, esta complicada cooperación de intereses contradictorios, en un inmenso país como Rusia, para comprender en seguida que, en el régimen social de hoy, desgarrado por los antagonismos, la represión y las represalias son inevitables. No somos anarquistas, somos socialistas. Los anarquistas nos llaman «estatistas» porque reconocemos la necesidad histórica del Estado y, por consiguiente, necesidad histórica de la violencia gubernamental. Pero en condiciones creadas por la huelga general política, cuyo interés esencial es paralizar el mecanismo gubernamental, en estas condiciones, el antiguo régimen que se sucede a sí mismo contra el cual iba dirigida la huelga se ha mostrado absolutamente incapaz de ninguna acción; el poder gubernamental no ha podido mantener el orden, ni siquiera con los medios bárbaros de que disponía. Ahora bien, la huelga lanzaba a miles y miles de obreros de la fábrica a la calle, llevándoles a la vida política y social.

¿Quién podía dirigirlos y poner disciplina en sus filas? ¿Algún órgano del antiguo

poder? ¿La policía? Me pregunto quién y no encuentro respuesta. ¡Nadie, salvo el Sóviet de Diputados Obreros! El sóviet, que conducía estas fuerzas inmensas, se había impuesto la tarea de disminuir en lo posible las dificultades interiores, de prevenir todo exceso y de reducir al mínimo el número de víctimas que, fatalmente, causaría la lucha. Y así, el sóviet que surgió en el conflicto político, no era otra cosa que el órgano del gobierno autónomo de las masas revolucionarias, el *órgano de un poder*. Mandaba sobre los partidos, en nombre de la voluntad de todos. Era un poder democrático al que todos se sometían de buen grado pero, en la medida en que el sóviet era el poder organizado de la inmensa mayoría, se veía obligado a aplicar procedimientos de represión contra aquellas fracciones de la masa que introdujeran la anarquía en sus filas. Oponer su fuerza a estos elementos era un derecho del Sóviet de Diputados Obreros, juzgaba así las cosas, se consideraba como un nuevo poder histórico, como el único poder en el momento de la bancarrota íntegra, tanto moral como política y técnica, del antiguo gobierno; era la única garantía de la inviolabilidad de las personas y del orden social en el mejor sentido de la palabra.

Los representantes de un viejo poder que se apoya completamente sobre una sangrienta represión, no tienen el derecho a indignarse cuando se habla de los métodos violentos del sóviet. El poder histórico en nombre del cual habla aquí el fiscal no es más que la violencia organizada de una minoría contra la mayoría. El nuevo poder del que es precursor el sóviet es la voluntad organizada de la mayoría que llama al orden a la minoría. Ahí está la diferencia, ahí es donde aparece el derecho revolucionario del sóviet a la existencia, derecho que pasa por encima de todas las dudas jurídicas y morales.

El sóviet se había reconocido el derecho a aplicar la represión pero ¿en qué ocasiones y en qué medida? cientos de testigos han venido a decíroslo. Antes de aplicar la violencia, el sóviet recurría a la exhortación; éste era su verdadero método y lo empleó infatigablemente. Por la propaganda revolucionaria, por la palabra, el sóviet levantaba y sometía a su autoridad a masas cada vez más numerosas. Si chocó con la resistencia de grupos ignorantes o apartados del proletariado, se pensó que siempre habría tiempo para impedirles molestar por la fuerza física. Se buscaron otros medios, como han demostrado las declaraciones de los testigos. Se empleó la razón con los directores de las fábricas, invitándoles a suspender los trabajos, se trabajó con los obreros ignorantes por medio de los técnicos e ingenieros que aprobaban la huelga general, se enviaron diputados a los obreros para animarlos a abandonar el trabajo y sólo en casos extremos se amenazó con la violencia a los que rompían la huelga. ¿Se ha empleado siquiera la violencia?

No se encontrarán ejemplos en los autos del sumario y, a pesar de todos los esfuerzos que se han hecho, ha sido imposible encontrarlos. Incluso tomando en serio los ejemplos, más bien cómicos que trágicos, de «violencia» que se han mencionada en el tribunal (alguien entró en un piso con la gorra puesta, un hombre detuvo a otro con consentimiento mutuo…), ¿qué significa esa gorra que se han olvidado de quitar

ante los cientos de cabezas que el antiguo régimen no cesa de hacer caer por su culpa? Si se piensa en ello, las violencias del Sóviet de Diputados Obreros adquieren su verdadero sentido. Y no tenemos necesidad de otra cosa.

Nuestra tarea es reconstituir los acontecimientos de ese momento bajo su auténtico aspecto y precisamente para cumplir esa tarea es para lo que nosotros, los acusados, resolvemos tener una participación activa en este proceso.

Voy a hacer al tribunal otra pregunta, importante en extremo: ¿Se mantuvo el Sóviet de Diputados Obreros, en sus actos y en sus declaraciones, en el campo del derecho y, particularmente, en el campo del manifiesto del 17 de octubre? ¿Qué relación podía existir entre las resoluciones adoptadas por el sóviet con respecto a la Asamblea constituyente o a la república democrática y el manifiesto de octubre? Ésta es una cuestión que entonces no nos interesaba pero que hoy adquiere una enorme importancia para la justicia. Hemos oído aquí, señores jueces, la declaración del testigo Lutchinin, que me ha parecido extraordinariamente interesante y, en algunas de sus conclusiones, muy justa y profunda. Ha dicho, entre otras cosas, que el Sóviet de Diputados Obreros, republicano en su forma, en sus principios y en su ideal, realizaba de hecho, concreta y directamente, las libertades que el manifiesto imperial había proclamado en principio y contra las cuales luchaban, con todos los medios a su alcance, los mismos que habían publicado el manifiesto. Sí, señores jueces, nosotros, el sóviet revolucionario y proletario, hemos llevado a la práctica la libertad de palabra, de reunión, la inviolabilidad de la persona, todo lo que había sido prometido al pueblo bajo la presión de la huelga de octubre. Por el contrario, el aparato del antiguo poder da la impresión de no haberse despertado, a no ser para romper las actas donde constaban las conquistas del pueblo. Señores jueces, he ahí un hecho indudable, objetivamente probado, que pasará a la Historia. No se puede negar porque es innegable.

Sin embargo, se me puede preguntar —se preguntará quizá a mis compañeros— si nos hemos apoyado subjetivamente, en nuestro fuero interno, en el manifiesto del 17 de octubre. Responderemos entonces con un no categórico. ¿Por qué? Porque estábamos convencidos —y no nos engañábamos— de que el manifiesto del 17 de octubre no constituía una base jurídica, de que no establecía un nuevo derecho. En efecto, un nuevo régimen jurídico, señores jueces, no se establece, a nuestro parecer, con manifiestos, sino que es necesario para ello la reorganización real de todo el aparato gubernamental. Y como nos manteníamos en este punto de vista materialista, el único acertado, creíamos tener derecho a dudar de las virtudes inmanentes del susodicho manifiesto y lo declarábamos abiertamente. Pero nuestra actitud personal, en tanto que miembros de un partido, en tanto que revolucionarios, no define todavía, me parece, para el tribunal, nuestra actitud objetiva, en tanto que ciudadanos del Estado, con respecto al manifiesto, considerado como la base formal del régimen, pues el tribunal, en la medida en que representa a la justicia, tiene que considerar al manifiesto como una base, o bien tiene que dejar de existir. Sabemos que en Italia, un

partido burgués republicano-parlamentario puede existir conforme a la constitución monárquica del país. En todos los Estados civilizados se ve la existencia legal, se ven las luchas de los partidos socialistas, que son esencialmente republicanos. Preguntemos ahora si el manifiesto del 17 de octubre nos comprende también a nosotros, socialistas-republicanos, en su régimen de libertad. Esta cuestión debe ser decidida por el tribunal.

Es el tribunal quien tiene que decir si tenemos razón nosotros, los socialdemócratas, cuando declaramos que el manifiesto constituyente no era más que una serie de promesas que no se cumplirían nunca de buen grado; dirá si teníamos razón al criticar, como revolucionarios, las garantías que se nos ofrecían sobre el papel, si la teníamos al llamar al pueblo a la lucha abierta para conseguir una libertad verdadera y completa. ¡O bien, que diga que nos hemos equivocado!

Que diga que el manifiesto del 17 de octubre era una verdadera base jurídica sobre la cual nosotros, los republicanos, obrábamos conforme a la ley, a pesar de nuestra desconfianza y de nuestras intenciones. Que el manifiesto del 17 de octubre nos diga por medio de vuestra sentencia: «Me habéis negado, pero existo para vosotros como para todo el país».

Ya he dicho que el Sóviet de Diputados Obreros, en sus sesiones, no había planteado ni una sola vez la cuestión de la Asamblea constituyente y de la república democrática. Sin embargo, su opinión sobre estos dos puntos, como habéis visto por las declaraciones de los testigos, estaba muy claramente definida. ¿Cómo hubiera podido ser de otro modo? El sóviet no había salido de la nada, había surgido en el momento en que el proletariado ruso acababa de pasar por el 9 de enero, por la orden del senador Shidlovski y, en general, por la larga, demasiado larga escuela del absolutismo ruso. Reivindicar una asamblea constituyente, el sufragio universal, la república democrática, eso entraba, antes de la existencia del sóviet, en las fórmulas esenciales del proletariado revolucionario, junto con la jornada de ocho horas. Por esto es por lo que el sóviet nunca tuvo que plantearse estas cuestiones de principio; las inscribió simplemente en sus resoluciones, como problemas resueltos de una vez y para siempre. Ocurrió lo mismo, en suma, con la idea de la insurrección.

Antes de llegar a la cuestión de la insurrección, tengo que advertir que, puesto que he comprendido la opinión de la acusación y, al menos parcialmente, la del tribunal sobre este punto, esta opinión difiere de la nuestra no solamente en el sentido político sino también en la significación que se le da, apreciación contra la cual sería inútil luchar: la noción misma de insurrección armada que posee el fiscal difiere radicalmente de la que tenía el sóviet y con él, todo el proletariado ruso.

¿Qué es una insurrección, señores jueces? ¿Un complot de palacio, un complot militar, o un levantamiento de las masas obreras? El presidente del tribunal ha preguntado a uno de los testigos si él estimaba que la huelga política era una insurrección. No me acuerdo de lo que ha contestado el testigo pero creo y afirmo que la huelga política, a pesar de las dudas del señor presidente, es esencialmente una

insurrección. No es una paradoja, aunque la acusación pueda juzgarlo así. Lo repito: para mí, la insurrección —y voy a demostrarlo— no tiene nada en común, salvo el nombre, con lo que se figuran los policías y los tribunales. La huelga política es una insurrección, he dicho. En efecto ¿qué es la huelga general política? No tiene nada en común con la huelga económica, aunque, en los dos casos, los obreros abandonen el trabajo. Por lo demás, las dos huelgas son absolutamente distintas. La huelga económica tiene como fin preciso y limitado actuar sobre un empresario, impidiéndole mantener su competencia con otras empresas. Esta huelga detiene el trabajo en una fábrica para obtener modificaciones internas en esta fábrica. La huelga política difiere profundamente de la anterior por su carácter. Por regla general, no ejerce ninguna presión sobre los capitalistas, no formula reivindicaciones económicas particulares: sus exigencias alcanzan, por encima de los patronos y de los consumidores, al poder gubernamental. ¿Cómo actúa entonces la huelga política sobre el poder? Paralizando sus funciones vitales. El Estado moderno, incluso en un país tan atrasado como Rusia, se apoya sobre un organismo económico centralizado cuya armadura general está constituida por los ferrocarriles y el telégrafo, que son, podríamos decir, su sistema nervioso. Y aunque el absolutismo ruso no utilice el telégrafo, los ferrocarriles y, en general, todas las conquistas de la técnica moderna para fines culturales y económicos, tiene gran necesidad de ellos para ejercer su represión. Para poder enviar tropas de un extremo al otro del país, para unificar y guiar la acción de la administración en su lucha contra la rebelión, los ferrocarriles y el telégrafo son instrumentos indispensables. ¿Y qué es lo que hace la huelga política? paraliza el aparato económico del Estado, rompe los lazos que existían entre las diferentes piezas de la máquina administrativa, aísla y priva de fuerza al gobierno. Por otra parte, da una cohesión política a la multitud de obreros de las fábricas y manufacturas y opone este ejército obrero al poder gubernamental. Ésta es, señores jueces, la naturaleza propia de la insurrección: unificar las masas proletarias en una misma protesta revolucionaria y oponerlas al poder gubernamental organizado, como un enemigo frente a otro; ésa es la insurrección, señores jueces, así es como la entendía el sóviet de Diputados obreros y así es como yo la entiendo. Esta colisión revolucionaria de los dos campos enemigos la hemos visto durante la huelga de octubre, que se desencadenó como una fuerza elemental, sin la ayuda del sóviet, que surgió antes de la existencia misma del sóviet, que dio lugar incluso al sóviet. La huelga de octubre produjo la «anarquía» en el Estado y el resultado de esta anarquía fue el manifiesto del 17 de octubre. Espero que el fiscal no lo negará: los políticos y los publicistas más conservadores se han visto obligados a reconocerlo, incluso el oficial *Novoie Vremia*, que sería muy feliz si pudiera borrar el manifiesto del 17 de octubre, arrancado por la revolución, del libro en que constan tantos otros manifiestos análogos u opuestos. Estos últimos días, *Novoie Vremia* publicaba un artículo en el que se reconocía que el manifiesto del 17 de octubre había sido producto de un pánico gubernamental, de resultas de la huelga política.

Pero, si ese manifiesto sirve ahora de base a todo el régimen actual, debemos reconocer, señores jueces, que nuestro sistema de gobierno proviene de un pánico y que este pánico tiene como origen la huelga política del proletariado. Como ven, la huelga general es algo más que una simple suspensión del trabajo.

He dicho que la huelga política, desde el momento en que deja de ser una manifestación, se convierte esencialmente en una insurrección. Sería más exacto decir que se convierte en el método esencial y más general de la insurrección proletaria. Método esencial, pero no único ni exclusivo. El método de la huelga política tiene sus límites naturales, como bien se ha visto desde que los obreros, siguiendo el llamamiento del sóviet, han vuelto al trabajo el 21 de octubre (3 de noviembre) al mediodía. El manifiesto del 17 de octubre ha sido acogido con desconfianza. Las masas tenían perfecta razón al prever que el gobierno no concedería las libertades anunciadas, y el proletariado veía con claridad que la lucha decisiva se haría inevitable y se agrupaba en torno al soviet, que era el centro de la fuerza revolucionaria. Por otra parte, el absolutismo, repuesto de su pánico, restauraba su aparato medio destruido y volvía a poner en orden sus regimientos. Como resultado, tras la colisión existían dos poderes: un poder nuevo, popular, que se apoyaba en las masas, el del Sóviet de Diputados obreros, y el antiguo poder oficial, que se apoyaba en el ejército.

Estas dos fuerzas no podían coexistir: el fortalecimiento de la una amenazaba con aniquilar a la otra.

La autocracia, que se apoyaba en las bayonetas, se esforzaba, naturalmente, en fomentar los problemas, el caos y la descomposición en el grandioso movimiento que agrupaba a las fuerzas populares y cuyo centro era el Sóviet de Diputados Obreros. Por otra parte, el sóviet, apoyándose en la confianza, la disciplina, la actividad y la unanimidad de las masas obreras, no podía ignorar la terrible amenaza que constituía para la libertad popular, para los derechos cívicos y la inviolabilidad individual, el hecho de que el ejército y, en general, todos los instrumentos materiales del poder, permaneciesen en las sangrientas manos que los habían detentado hasta el 17 de octubre. En ese momento comienza la lucha titánica de estos dos órganos de poder que quieren, ambos, asegurarse la ayuda del ejército, y ésa es la segunda etapa de la insurrección popular al crecer. En la base de la huelga de masas, que lanza al proletariado contra el absolutismo, aparece la voluntad firme de conseguir la colaboración del ejército, de fraternizar con él, de atraerlo a la causa. Esta voluntad se manifiesta naturalmente con un llamamiento a los soldados que sostienen el absolutismo. La segunda huelga de noviembre fue una poderosa manifestación de la solidaridad de las fábricas y los cuarteles. Efectivamente, si el ejército se hubiera puesto al lado del pueblo, la insurrección no habría sido necesaria pero ¿podía esperarse que el ejército se pusiese al lado del pueblo y de la revolución sin resistencia alguna y sin dificultades? ¡No, desde luego! El absolutismo no esperaría, con los brazos cruzados, a que el ejército, escapando a su influencia corruptora, se

hiciese amigo del pueblo. El absolutismo tenía que tomar la iniciativa del ataque antes de que todo estuviera perdido. ¿Comprendían esto los obreros de San Petersburgo? Sí, evidentemente. ¿Pensaba el proletariado, pensaba el sóviet que el asunto sería llevado necesariamente hasta un abierto conflicto entre las dos partes? Si, desde luego, sabían que tarde o temprano sonaría la hora fatal…

Está claro que si la organización de las fuerzas sociales no hubiera sido obstaculizada por ningún ataque de la contrarrevolución armada, si hubiese continuado por la vía en que había entrado bajo la dirección del Sóviet de Diputados Obreros, el antiguo régimen hubiera caído sin que hubiese sido necesaria la menor violencia. Porque, ¿qué más se ha visto? Hemos comprobado que los obreros se unían cada vez más al sóviet, que la Unión de Campesinos, que englobaba multitudes cada vez más numerosas, enviaba a este sóviet diputados, que los sindicatos de ferrocarriles y de telecomunicaciones se unían igualmente al sóviet. Hemos comprobado la existencia de una cierta tolerancia, e incluso de una especie de simpatía, por parte de los directores de las fábricas. Algo parecido ha ocurrido en las profesiones liberales, representadas por la Unión de Sindicatos. Parece como si toda la nación hubiese hecho un esfuerzo heroico para sacar de sí misma un órgano de poder que estableciese las bases reales y sólidas de un nuevo régimen antes de la convocatoria de la Asamblea constituyente. Si el antiguo poder gubernamental no se hubiera opuesto a este trabajo organizador, si no hubiese tratado por todos los medios de fomentar en la nación una verdadera anarquía, si este movimiento de organización de fuerzas hubiese podido desarrollarse con entera libertad, habríamos tenido, como resultado, una nueva Rusia regenerada, sin violencia y sin derramamientos de sangre.

Pero, evidentemente, no hemos creído ni por un momento que la libertad del pueblo pudiese producirse de esta manera. Sabíamos demasiado bien lo que era el antiguo régimen. Como socialdemócratas, estábamos seguros de que a pesar de un manifiesto que parecía romper con el pasado, el viejo aparato gubernamental no cedería su lugar de buen grado, no daría el poder al pueblo y no abandonaría ni una sola de sus principales posiciones; habíamos previsto que el absolutismo haría alguna tentativa aún por retener, entre sus manos convulsas, el poder que le quedaba y por retirar incluso el que había concedido solemnemente; y nosotros advertimos abiertamente al pueblo de esto. Precisamente por eso la insurrección, el levantamiento armado, señores jueces, era, para nosotros, inevitable: era y sigue siendo una necesidad histórica en la lucha del pueblo contra un régimen de autoridad militar y policiaca. En octubre y en noviembre esta idea dominaba todas las reuniones y toda la prensa revolucionaria, flotaba en la atmósfera política y, de una u otra manera, cristalizaba en la conciencia de cada uno de los diputados del sóviet. He ahí por qué no teníamos ni que discutirla.

La difícil situación que la huelga de octubre nos dejó como herencia fue, por una parte, una organización revolucionaria de las masas, luchando por su existencia, apoyándose, no sobre un derecho, que no existía, sino sobre la fuerza, en la medida

en que ésta se poseía y, por otra parte, una contrarrevolución armada que esperaba la hora de la venganza; ésta era, si es posible expresarla así, la fórmula algebraica de la insurrección. Los nuevos acontecimientos no podían introducir en ella nuevos coeficientes. La idea del levantamiento armado —a pesar de las conclusiones sacadas tan a la ligera por la acusación— ha dejado huellas no sólo en la resolución del sóviet con fecha del 27 de noviembre, es decir, ocho días antes de que fuéramos detenidos, resolución que expresa claramente esta idea, sino, desde el comienzo de la actividad del sóviet, en otra resolución que suprimía una manifestación de duelo y en otra más aún, que anunciaba el fin de la huelga de noviembre —y en muchas más—: en todos estos casos, el sóviet hablaba de un conflicto armado, de un último combate que consideraba como ineludible; bajo diversos aspectos, la misma idea de insurrección armada se manifiesta en todas las decisiones del sóviet de Diputados obreros.

Pero ¿qué sentido tenían estas decisiones para el sóviet? ¿Pensaba éste que la insurrección sería concebida y preparada en secreto y que sólo al final, ya preparada, sería propuesta a los hombres de la calle? ¿Suponía que este acto podría llevarse a cabo siguiendo un plan determinado? ¿Elaboraría el comité Ejecutivo un plan de batalla en la calle?

¡No, desde luego! Y va a serle difícil probarlo al autor de la requisitoria, que tiene sólo algunas docenas de pistolas como prueba de insurrección armada. Por otra parte, el fiscal se ajusta a un derecho criminal, que prevé complots, pero que no sabe nada de la organización de las masas, que prevé los atentados pero que no conoce ni puede conocer la revolución.

Las nociones jurídicas que sirven de base al actual proceso están superadas por el movimiento revolucionario. El movimiento obrero ruso de hoy no tiene nada que ver con la noción de complot, tal como está expuesta en nuestro Código penal, que no ha sido modificado desde Speranski, en la época de los carbonarios. Por eso precisamente, cuando se trata de entender la actividad del sóviet dentro del estrecho marco de los artículos 101 y 102, la tentativa es, desde el punto de vista de la jurisprudencia, absolutamente vana.

La insurrección de las masas, señores jueces, no se prepara, se lleva a cabo. Es el resultado de circunstancias sociales y no la realización de un plan. No se la puede suscitar, se la puede prever. En virtud de una serie de causas que no dependen ni de nosotros ni del gobierno imperial, el conflicto abierto se hacía inevitable. Se acercaba más cada día. Prepararnos para él significaba únicamente hacer todo lo necesario para limitar en lo posible el número de víctimas del inevitable choque. No pensábamos que fuese preciso preparar las armas, trazar un plan de operaciones militares, fijar puestas de combate o dividir la ciudad en secciones, es decir que fuese necesario, en pocas palabras, adoptar todas las medidas que suele tomar la autoridad militar cuando prevé «perturbaciones» (pues ellos sí dividen la capital en barrios, designan coroneles para dirigir cada una de estas secciones, entregan ametralladoras y pertrechos…). No, nosotros no entendíamos de esta manera nuestro papel. Nos preparábamos para la

inevitable insurrección; dense cuenta, señores jueces, nunca hemos preparado la insurrección, como dice el fiscal, nos hemos preparado para la insurrección. Prepararnos para ella significaba esclarecer la conciencia popular, explicar al pueblo que el conflicto era inevitable, que todo lo que se nos concedía nos sería arrebatado en seguida, que sólo la fuerza podía proteger el derecho, que teníamos necesidad de una poderosa organización de las fuerzas revolucionarias, que era preciso hacer frente al enemigo y estar dispuestos a entrar en la lucha hasta el fin, que no había otro camino. Esto es lo que nosotros considerábamos, esencialmente, como una preparación para el levantamiento.

¿En qué condiciones nos llevaría la insurrección a la victoria? pensábamos que en caso de que estuviéramos seguros de la simpatía de las tropas. Era preciso, ante todo, atraer a nuestro lado al ejército. Teníamos que hacer comprender a los soldados el vergonzoso papel que hacen actualmente y pedirles que trabajasen en unión del pueblo; ésta era la tarea que se nos imponía en primer lugar. He dicho ya que la huelga de noviembre, esta huelga que fue un intento desinteresado de manifestar nuestra fraternal simpatía a los marineros amenazados con la pena de muerte, tuvo a la vez un sentido político de la mayor importancia porque atrajo la simpatía y la atención del ejército hacia el proletariado revolucionario. En este punto, quizá, debiera el fiscal buscar huellas de preparación para una insurrección armada pero, desde luego, una manifestación de simpatía y de protesta no podía por sí sola resolver la cuestión. ¿En qué circunstancias y en qué momento se podía esperar el paso del ejército a la revolución? ¿Qué sería preciso para que eso ocurriera? ¿Ametralladoras y fusiles? sin duda, si las masas obreras dispusieran de ametralladoras y de fusiles, tendrían un poder considerable entre sus manos y no existiría siquiera la necesidad de la insurrección. El ejército, intimidado, depondría las armas ante el pueblo armado. Pero la masa no tenía armas, no las tiene y no podría tenerlas en grandes cantidades. ¿Quiere decir eso que la masa esté condenada al fracaso? ¡No! Aunque es muy interesante tener armas, ésa no es, señores jueces, la fuerza principal. ¡Ni mucho menos! *No es la posibilidad de matar, es la disposición del pueblo para morir la que asegurará, señores jueces, el triunfo final de la insurrección popular*.

Cuando salgan los soldados a la calle para la represión, cuando se encuentren frente a frente con la multitud, cuando comprendan que el pueblo no se irá sin haber obtenido lo que quiere; cuando vean que el pueblo está dispuesto a caer y comprendan que el pueblo va a una lucha seria y que luchará hasta el final, entonces, el corazón del soldado, como ha pasado siempre en las revoluciones, reaccionará, dudará de la solidez del régimen que defiende y creerá en la victoria del pueblo.

Se confunde habitualmente la insurrección con las barricadas. Si no se dice que las barricadas dan una idea un poco decorativa de la insurrección, no hay que olvidar que este elemento material tiene un papel más bien *moral* pues, en todas las revoluciones, las barricadas, en vez de ser lo que las fortalezas en tiempos de guerra, un obstáculo duradero, han servido simplemente para detener los movimientos de las

tropas y para ponerlas así en contacto con el pueblo. Delante de la barricada es donde el soldado oye, quizá por primera vez en su vida, un honrado discurso de hombre a hombre, una llamada fraternal —la voz de la conciencia popular— y gracias a esta unión imprevista de soldados y ciudadanos, en una atmósfera de entusiasmo revolucionario, la disciplina se relaja y desaparece. Eso y sólo eso es lo que asegura el triunfo de la insurrección popular. Por eso, según nosotros, la insurrección «está preparada», no cuando el pueblo está ya armado con ametralladoras y cañones —en este caso no habría nunca insurrecciones— sino cuando está dispuesto a morir en la batalla de las calles.

Evidentemente, el antiguo régimen, viendo crecer este noble sentimiento, esta disposición para morir por el bien de la patria, para entregar la vida por la felicidad de las generaciones futuras, viendo que las masas comenzaban a compartir unánimemente este entusiasmo que, para la autoridad, es un sentimiento desconocido y condenable, el régimen asediado no podía considerar serenamente la transformación moral que tenía lugar ante sus ojos. Esperar pasivamente era, para el gobierno del zar, condenarse a una caída segura. ¿Qué había que hacer entonces? Había que luchar con todas las fuerzas y por todos los medios contra la voluntad política del pueblo. Con este fin, le parecía bien emplear al mismo tiempo un ejército de soldados inconscientes, las bandas de las Centurias Negras, los agentes de la policía y la prensa vendida. Lanzar a las muchedumbres unas contra otras, regar las calles de sangre, saquear, violentar, provocar incendios, suscitar el pánico, mentir, calumniar, que son los únicos medios que le quedan a este viejo poder criminal. Y este viejo poder no obró de otra manera, ni ha obrado de otro modo hasta ahora. Si el conflicto era fatal, no hemos sido nosotros, en todo caso, sino nuestros mortales enemigos, los que han provocado el momento.

Se ha dicho aquí más de una vez que los obreros habían sido armados en octubre y noviembre contra las Centurias Negras. Si no se sabe nada de lo que pasa fuera de esta sala parecerá absolutamente incomprensible que, en un país revolucionario en el que la inmensa mayoría de la población comparte un ideal de libertad, en donde las masas populares se declaran resueltas a combatir hasta el fin, que, en este país, miles y miles de obreros tengan que armarse para combatir a las Centurias Negras, que no forman más que un reducido grupo, insignificante con respecto a la población. ¿Es que son tan peligrosos esos bajos fondos de todas las clases de la sociedad? ¡Claro que no! ¡Qué fácil sería nuestra tarea si sólo esas bandas se pusiesen en la ruta del pueblo! Pero sabemos por la declaración del abogado Bramsohn, testigo aquí, que según las declaraciones de otros testigos obreros, las Centurias Negras estaban sostenidas por numerosos altos funcionarios, hasta quizá por el poder gubernamental; tras esas bandas de granujas que no tienen nada que perder y a los que nada detiene, que no retroceden ante los cabellos blancos de un anciano, ni ante un niño, hay agentes del gobierno que arman y organizan las bandas, sin duda con los fondos del presupuesto nacional.

Sabíamos todo esto antes del actual proceso. Leíamos los periódicos, oíamos los relatos de los testigos oculares, recibíamos cartas y lo observábamos todo con nuestros propios ojos. ¿Es que se podían ignorar las escandalosas declaraciones del príncipe Urusov? Los tribunales se niegan a creer en todo esto. No pueden admitir estas cosas, es lógico, puesto que se verían obligados a dirigir la acusación contra aquéllos a los que actualmente protegen; se verían obligados a reconocer que un ciudadano ruso que emplea una pistola contra la policía, obra en legítima defensa. Pero, quiéralo o no el tribunal, el papel de las autoridades en los pogromos está claro. Para la justicia, es suficiente darse cuenta de que creemos en eso, que están convencidos de eso los millares y millares de obreros que se arman a nuestro llamamiento. Para nosotros, está claro que, tras las bandas decorativas de granujas que se llaman Centurias Negras, obra la poderosa mano de la banda dirigente. Señores jueces, seguiremos viendo esa siniestra mano.

La acusación les invita, señores jueces, a declarar que el Sóviet de Diputados obreros ha armado a los obreros para una lucha directa contra la «forma de gobierno» actualmente existente. Si se me pide que responda categóricamente a esta pregunta diré: ¡sí! Acepto esta acusación pero con una condición, y no sé si el fiscal aceptará esta condición ni si el tribunal la consentirá.

Pregunto: ¿Qué entiende la acusación cuando habla de una cierta «forma de gobierno»? ¿Es que tenemos alguna forma de gobierno? El gobierno hace tiempo que ha abandonado a la nación, que se ha retirado con sus fuerzas militares y policiacas y con las Centurias Negras. Lo que tenemos en Rusia no es un poder nacional sino una máquina automática que sirve para asesinar a la población. No puedo definir de otra manera a una máquina gubernamental que martiriza al cuerpo vivo de nuestro país, y si me dicen que los pogromos, los asesinatos, las violaciones…, si me dicen que todo lo que ha pasado en Tver, en Rostov, en Kursk, en Sedlitz…, si me dicen que los acontecimientos de Kichinev, de Odesa, de Belostok representan la forma de gobierno del imperio ruso, reconozco entonces, con el fiscal, que en octubre y en noviembre nos hemos armado para luchar contra la forma de gobierno que existe en este imperio ruso.

IV. Deportado

Cartas escritas durante el camino

3 DE ENERO DE 1907

Hace ya dos o tres días que hemos sido encerrados en la cárcel de los deportados. Confieso que dejé la celda de detención preventiva con cierta inquietud nerviosa porque ya estaba del todo acostumbrado a aquella celda minúscula en la que tenía posibilidad de trabajar, mientras que en la Casa de Deportación sabía que se nos pondría en una habitación común, lo que resulta bastante penoso. Pensaba, además, en el barro, las idas y venidas y en todas las complicaciones de un viaje por etapas. Nadie podía saber el tiempo que pasaría hasta llegar a nuestro destino y nadie hubiera podido decir cuándo volveríamos. Cuánto mejor hubiera sido, pues, quedarme encerrado en la celda 462, como antes, leyendo, escribiendo y… esperando. Si cambiar de casa supone siempre un esfuerzo sobrehumano para mí, lo es mucho más un cambio de prisión, que es mil veces peor. Nueva administración, nuevas dificultades y nuevos esfuerzos para tratar de entablar relaciones con las personas que no sean demasiado odiosas. Además, hay que pensar en un continuo cambio de jefes, desde la administración de San Petersburgo hasta el guardián del pueblo siberiano donde pasemos el tiempo de deportación. He pasado ya una vez por esta escuela y vuelvo a ella por segunda vez sin ningún entusiasmo.

Se nos ha enviado aquí súbitamente, sin prevenirnos. En el vestíbulo nos han obligado a ponernos el traje de los presidiarios. Hemos cumplido esta formalidad con curiosidad de escolares. Es divertido verse con pantalón gris, casacón gris y gorro gris. Sin embargo, no llevamos a la espalda el as de oros, el trozo de trapo, la insignia clásica. Se nos ha permitido guardar nuestra ropa interior y nuestros zapatos. Hemos entrado en grupo, bastante animados, vestidos con la nueva ropa, en la habitación que nos esperaba…

El trato que nos ha dado la administración, a pesar de la mala reputación de esta casa, ha sido relativamente pasable y hemos notado incluso ciertos agasajos. Hay razones para pensar que han debido recibir instrucciones especiales: «Vigilarnos rigurosamente, pero no provocar incidentes».

Como otras veces, mantienen en el mayor secreto la fecha de partida porque temen sin duda manifestaciones y, quizá, tentativas de liberarnos durante el camino. Temen eso y toman las medidas necesarias pero, en las actuales circunstancias, un intento de ese tipo sería verdaderamente absurdo.

10 DE ENERO

Os escribo desde el tren… Perdonad la letra… Son las nueve de la mañana.

El vigilante jefe nos ha despertado esta noche a las tres y media; la mayor parte de nosotros acabábamos de acostarnos, habíamos estado jugando al ajedrez. El vigilante ha dicho que nos pondríamos en camino a las seis. Hemos esperado tanto tiempo la partida que una vez fijada la hora nos ha sorprendido… resultaba inesperada. Después todo ocurrió como de costumbre. Hicimos rápidamente nuestros paquetes, embarullándolo todo, y bajamos al vestíbulo, donde nos esperaban las mujeres y los niños. Allí nos «entregaron» a la escolta, que examinó rápidamente nuestros equipajes. Un ayudante adormilado dio nuestro dinero al oficial. Después, se nos instaló en los coches y, bajo guardia reforzada, nos llevaron a la estación Nicolás.

No sabíamos aún a qué lugar íbamos. Es curioso que nuestra escolta haya venido hoy mismo de Moscú; evidentemente, no tenían confianza en los soldados de San Petersburgo. El oficial se mostró muy amable en el momento en el que le entregaban sus prisioneros pero a todas las preguntas que le hacíamos respondía invariablemente que no sabía nada. Dijo que un coronel de policía era el encargado de nosotros y que todas las órdenes venían de él, que él estaba solamente encargado de llevarnos a la estación y eso era todo. Es posible, desde luego, que el gobierno haya llevado la prudencia hasta ese extremo pero, por otra parte, es lógico suponer que el oficial se comportaba diplomáticamente.

Hace ya una hora que está andando el tren y aún no sabemos si vamos hacia Moscú o hacia Vologda. Los soldados no saben nada tampoco; es cierto que no lo saben.

Tenemos un vagón aparte, de tercera clase, un buen vagón, en donde cada una dispone de una litera. Para los equipajes tenemos también un vagón especial en el que, según dicen los soldados de la escolta, hay diez policías que nos acompañan, a las órdenes de un coronel.

Nos hemos instalado como personas a las que les resulta indiferente a dónde las conduzcan puesto que de todas maneras vamos a llegar…

Sabemos ya que vamos a pasar por Vologda porque uno de los nuestros lo ha adivinado al leer el nombre de una estación pequeña. Así que estaremos en Tiumen dentro de cuatro días.

Nuestro grupo es muy animado, el viaje nos distrae y nos anima después de trece meses de prisión. Aunque hay rejas en las ventanas del vagón, vemos del otro lado la libertad, la vida, el movimiento… ¿Volveremos pronto por estos raíles?… Adiós, querido amigo.

11 DE ENERO

Si el oficial de la escolta es amable y obsequioso, ¿qué decir de los soldados? Casi todos han leído nuestro proceso y nos expresan la más viva simpatía. Un detalle interesante es que hasta el último momento los soldados no sabían a qué personas tenían que conducir ni hacia dónde. A juzgar por las medidas de seguridad de que fueron rodeados cuando se les trasladó de Moscú a San Petersburgo, creían que nos tenían que escoltar hasta Schluselburgo para una ejecución capital. En el vestíbulo de la prisión de deportados me di cuenta de que los hombres de la escolta estaban muy emocionados y que nos trataban con una cortesía extraña, como si se sintiesen un poco culpables. Sólo supe la razón en el tren: habían sentido una gran alegría al saber que se trataba de los «diputados obreros», que no estaban condenados más que a deportación.

Los policías, cuya misión viene a ser el dar escolta a la escolta, no aparecen por nuestro vagón. Hacen sólo la guardia exterior: rodean el vagón en las estaciones, montan vigilancia ante la puerta y, sin duda, vigilan a los soldados de la escolta. Eso es, al menos, lo que éstos piensan.

El agua —el agua hirviendo— y la comida, nos son preparadas según órdenes enviadas por telégrafo. En este aspecto, viajamos con todas las comodidades. Un cantinero, en una pequeña estación, nos ha tomado tanta estima que nos ha ofrecido, por medio de la escolta, tres decenas de ostras. Nos alegró mucho. Sin embargo, rehusamos las ostras.

12 DE ENERO

Nos alejamos cada vez más de vosotros. Desde el primer día, nuestro mundo se ha dividido en pequeñas familias y, como estamos estrechos en el vagón, los grupos se ven obligados a vivir separados. El doctor (el socialista revolucionario Feit) es el único que no forma parte de ningún grupo. Con la camisa arremangada, activo e infatigable, nos dirige a todos.

Tenemos en el vagón cuatro niños, como sabéis, pero se portan de maravilla, es decir, se olvida uno de que existen. Se han hecho muy amigos de los soldados de la escolta y los palurdos que nos vigilan les demuestran la más delicada ternura…

… ¡Pero cómo nos vigilan! En cada estación, el vagón es rodeado por los policías y en las estaciones grandes la vigilancia es reforzada por hombres de la policía móvil. Los policías, además del fusil, tienen en la mano la pistola, amenazando con ella a cualquiera que, por casualidad o por curiosidad, se acerque al vagón. Actualmente no hay más que dos clases de personas escoltadas de esta manera: los «criminales» de Estado y los más famosos ministros.

A nuestro parecer, se sigue una táctica bien determinada. Nos dimos cuenta ya en la casa de Deportación.

Por un lado, la más rigurosa vigilancia y, por otro, una conducta especialmente

amable, en lo que puede reconocerse el genio constitucional de Stolypin. Sin embargo, es imposible poner en duda que toda esta complicada máquina acabará por estropearse. ¿Pero por qué lado? ¿Por el de la vigilancia o por el de los buenos modales? Ya veremos.

Acabamos de llegar a Viatka. El tren se ha detenido. ¡Menudo recibimiento nos reservaba la burocracia del lugar! Me gustaría que lo hubieseis visto. A ambos lados del vagón hay media compañía de soldados formando paso. La segunda fila está formada por los guardias del *zemstvo*, con el fusil en bandolera. Oficiales, el *ispravnik* [jefe de policía], comisarios, etc.

Ante el vagón, como siempre, policías. En una palabra, una verdadera demostración de fuerzas militares. Evidentemente, el príncipe Gorchakov, el Pompadour del lugar, se ha excedido en las instrucciones recibidas de San Petersburgo, imaginando esta ceremonia para nosotros. No hemos visto artillería, sin embargo.

Es difícil figurarse un cuadro más ridículo. ¡Cuánta poltronería! Verdadera caricatura de un poder que «sabe ser fuerte». Tenemos el derecho de enorgullecernos: temen al sóviet, incluso después de muerto.

La cobardía y la estupidez son a menudo el reverso de la severidad y la educación. Con el fin de que se ignore nuestro itinerario, que es, por otra parte, imposible ocultar —sí, puesto que es imposible que sea otro— se nos prohíbe escribir cartas mientras estamos en camino. Ésa es la orden del invisible coronel, que se ajusta a las «instrucciones» de San Petersburgo. Pero, desde el primer día del viaje nos pusimos a escribir cartas con la esperanza de conseguir enviarlas. Y así ha sido. La orden no preveía que el poder no debía contar con sus servidores, ya que amigos desconocidos nos rodean por todas partes.

16 DE ENERO

Voy a deciros en qué condiciones os escribimos; nos hemos detenido en un pueblo a veinte verstas de Tiumen. Es de noche. Una habitación sucia, de techo bajo, y cuyo suelo está completamente ocupado por los representantes del Sóviet de Diputados obreros; no hay un intersticio libre…

No se duerme aún, se charla, se ríe… Se ha echado a suertes, entre tres pretendientes, un ancho diván y la fortuna me ha favorecido a mí. Tengo suerte en la vida.

Pasamos tres días en Tiumen, donde fuimos acogidos —ya nos hemos acostumbrado a estas recepciones— por una multitud de soldados a pie y a caballo. Los soldados de caballería («voluntarios») hacían piruetas y asustaban a los niños. Desde la estación hasta la cárcel fuimos a pie.

Se nos colma de amabilidades, a veces incluso excesivas, pero al mismo tiempo

las medidas de seguridad son cada vez más rigurosas, llegando hasta la superstición.

Por ejemplo, nos han traído mercancías de todos los almacenes para elegir pero, en cambio, nos han negado la autorización para pasearnos por el patio de la cárcel. En el primer caso se nos da una prueba de amabilidad, en el segundo se viola injustamente el reglamento. De Tiumen salimos en coche; para catorce deportados han puesto cincuenta y dos (¡cincuenta y dos!) soldados de escolta, sin contar el capitán, un comisario y un brigadier de la policía rural. Es verdaderamente extraordinario. Todo el mundo está extrañado, sin exceptuar a los soldados y a los jefes pero es la «orden». Ahora vamos a Tobolsk, avanzando lentamente. Hoy, por ejemplo, no hemos hecho en todo el día más que veinte verstas [unos 22 kilómetros], llegando al final de la etapa a la una de la tarde. ¿Por qué no continuamos? ¡Imposible! ¿Por qué imposible? Son las instrucciones. Para impedir toda evasión se niegan a viajar de noche y, hasta cierto punto, es comprensible pero en San Petersburgo se tiene tan poca confianza en la iniciativa de las autoridades locales que se ha redactado el itinerario versta por versta. ¡Cuánta actividad en el departamento de policía!

Así que no hacemos más que tres o cuatro horas de viaje al día y estamos parados veinte horas. En estas condiciones, como el camino hasta Tobolsk es de doscientas cincuenta verstas necesitaremos diez días y llegaremos a Tobolsk el 25 o el 26 de enero. ¿Cuánto tiempo permaneceremos allí, cuándo saldremos, dónde iremos? Todo eso es un misterio, no se nos dice nada.

Ocupamos cuarenta trineos. Los vehículos que van en cabeza del convoy llevan nuestros equipajes. Después vamos nosotros, los «diputados», dos en cada coche y con dos soldados. Cada trineo sólo tiene un caballo. En los coches de atrás no se ven más que soldados. El oficial y el comisario van en cabeza en una *kocheva* [trineo cubierto]. Los caballos van al paso. Durante un recorrido de varias verstas, al salir de Tiumen, hemos sido acompañados también por veinte o treinta soldados de caballería. Resumiendo, que si se piensa que estas inauditas medidas han sido tomadas por orden de Petersburgo, es porque quieren, cueste lo que cueste, llevarnos a un lugar de los más escondidos. Es imposible creer que este viaje, con cortejo real, sea una simple fantasía de los burócratas… Podría suscitar más tarde serias dificultades…

Todos duermen. En la cocina de al lado, cuya puerta está abierta, los soldados velan. Los centinelas van y vienen bajo la ventana. La noche es magnífica, una noche de luna, muy azul y con mucha nieve. Qué cuadro tan extraño, esos cuerpos tendidos en el suelo y pesadamente dormidos, esos soldados a la puerta y ante las ventanas… Pero como es la segunda vez que hago un viaje de este tipo, mis impresiones no tienen la misma novedad… Ya la prisión de las Cruces me había parecido una mera repetición de la de Odesa, construida según el mismo modelo. Todo el viaje me parece una continuación del que hice la otra vez, cuando me llevaban a Irkutsk…

En la cárcel de Tiumen había muchísimos presos políticos, especialmente

deportados «administrativos[51]». Estos detenidos, durante su paseo, se habían parado bajo nuestra ventana y nos saludaron con himnos, enarbolando una bandera roja en la que se leía: ¡Viva la Revolución! Formaban un buen coro, debía hacer tanto tiempo que vivían juntos allí que habían tenido tiempo para coordinar sus voces… Fue una escena extraña y también emocionante. Les dirigimos frases de simpatía por la ventana. En la misma cárcel, los presos de derecho común nos han enviado una larga súplica, en verso y en prosa, a nosotros, «grandes revolucionarios de San Petersburgo», para que les tendiésemos una mano caritativa. Hubiésemos querido dar algo de dinero a los presos políticos, pues algunos de ellos no tienen siquiera ropa adecuada para soportar el frío, pero la dirección de la penitenciaría nos lo ha prohibido categóricamente: las «instrucciones» prohíben que los diputados entren en contacto con otros «políticos». ¿Incluso por medio del impersonal papel moneda? ¡Qué perfectamente ha sido previsto todo!

En Tiumen no nos permitieron mandar telegramas, para mejor ocultar el lugar y el momento de llegada al destino. ¡Qué cosa tan absurda! Como si las demostraciones militares que se multiplican a nuestro paso no indicaran nuestro itinerario.

18 de enero (Pokrovskoie)

Os escribo durante la tercera etapa Estamos extenuados de este viaje tan lento. No hacemos más que seis verstas por hora y durante cuatro o cinco horas al día. Afortunadamente el frío no es muy fuerte: 20º, 25º, 30º R bajo cero. Hace tres semanas helaba hasta 52º R bajo cero. Hubiese sido muy difícil soportar esta temperatura, sobre todo por los niños.

Nos quedan aún ocho días de viaje hasta Tobolsk. No hay periódicos, ni cartas, ni noticias. Incluso las cartas que escribimos no estamos muy seguros de que sean recibidas, porque se nos ha prohibido escribir hasta que lleguemos, y tenemos que recurrir a medios que no son nada seguros. Pero, en último término, eso no es nada. Bien vestidos, respiramos este aire glacial a gusto, por lo menos nos evita la repugnante atmósfera de las celdas, y hay que tener en cuenta que en la formación del organismo humano no se había previsto la adaptación al régimen celular.

Heine escribía en 1843, en sus *Cartas de París*: «En este país tan sociable, el encierro en celdas, el método de Pensilvania, sería una crueldad extraordinaria y el pueblo francés es demasiado generoso para comprar la tranquilidad social a ese precio. Por eso estoy seguro de que, a pesar de haber sido aceptado por las Cámaras, el sistema de reclusión, sistema espantoso, inhumano y antinatural, no será aplicado, y los numerosos millones que se gastan para construir edificios de este tipo serán, gracias a Dios, dinero perdido. El pueblo destruirá esas fortalezas de la nueva nobleza burguesa con una indignación semejante a aquélla con la que destruyó la Bastilla. Por espantosa que hubiese sido ésta, era un lugar luminoso al lado de estas pequeñas

cavernas silenciosas, a la americana, que no podían haber sido inventadas más que por un pietista de inteligencia obtusa, y adoptadas por mercaderes sin corazón que tiemblan por la propiedad». Todo eso es cierto, pero yo prefiero la celda.

Todo sigue en Siberia como hace cinco o seis años pero, al mismo tiempo, todo ha cambiado: no sólo han cambiado los soldados siberianos, sino también los campesinos; les gusta hablar de política y preguntan si «esto» terminará pronto. El muchacho que nos sirve de cochero y que no tiene más que 13 años, aunque dice que tiene 15, grita continuamente: «¡Levántate, pueblo obrero! ¡Levántate para la lucha, pueblo hambriento!» Los soldados le amenazan con denunciarle al oficial pero se ve claramente que sienten una gran simpatía por él. El muchacho comprende que todos están de su parte y, sin temor, sigue exhortando al pueblo para que se levante y combata…

Desde donde paramos la primera vez os envié una carta. Era una mala isba de *mujik*. Las otras dos, en edificios del Estado especializados en esto, no estaban menos sucias pero eran más cómodas. Hay un sector para los hombres, otro para las mujeres y una cocina. Dormimos sobre tablas y tenemos que conformarnos con una relativa limpieza, que es el aspecto más penoso del viaje.

Las mujeres nos traen leche, queso blanco, lechones, tortas y otras cosas para comer. Se las deja pasar, aunque esto infrinja las ordenanzas, ya que las «instrucciones» prohíben todo tipo de relaciones entre nosotros y las personas de fuera pero si lo cumpliesen, se verían mal para darnos de comer.

El orden lo mantiene nuestro jefe F…, al que todos, incluso los soldados, el oficial, la policía y los vendedores, llaman «el doctor». Despliega una energía notable: empaqueta, compra, cocina los alimentos, los distribuye, enseña cantos, da órdenes, etc. Está secundado por otros detenidos que le ayudan cuando les corresponde y que tienen en común el no hacer nada ninguno… En este momento estamos preparando la cena en medio de una gran animación. «El doctor pide un cuchillo… El doctor pide la mantequilla… Tú, que estás de servicio, llévate la basura». Voz del doctor: ¡Ah! ¿No comes pescado? Puedo prepararte una tortilla… Después de la cena, se sirve el té. Son las mujeres las que se encargan de esto porque así lo ha decidido el doctor.

23 DE ENERO

Os escribo en la penúltima etapa antes de llegar a Tobolsk. La cárcel es aquí un hermoso edificio nuevo, espacioso y limpio. Tras la suciedad de las últimas etapas, aquí descansamos a gusto. No nos quedan más que sesenta verstas para llegar a la ciudad. Estos últimos días soñamos ya con una «verdadera» prisión donde podamos lavarnos y descansar tranquilamente. No hay aquí más que un solo deportado político, antes dueño de una taberna de Odesa, condenado por hacer propaganda entre

los soldados. Nos ha traído víveres y nos ha hablado de las condiciones de vida en la región de Tobolsk. La mayor parte de los deportados viven en los alrededores de la ciudad, es decir, a cien o ciento cincuenta verstas del centro, en los pueblos. Sólo hay unos cuantos deportados en el distrito de Berezov, donde la vida es muy penosa y la miseria muy grande. Las evasiones son innumerables, porque no hay casi ninguna vigilancia, que sería casi imposible establecer. Se atrapa a los fugitivos generalmente en Tiumen (cabeza de línea de ferrocarril) o en la vía pero la proporción de los que cogen, en comparación con los que huyen, es insignificante.

Ayer, por casualidad, hemos leído en un viejo periódico de Tiumen que dos telegramas dirigidos a S y a mí, en la Casa de Deportados de la ciudad, no nos habían sido entregados. Los telegramas habían llegado justo en el momento en que estábamos en Tiumen y la administración no los había aceptado por las mismas razones de seguridad que les resultan tan incomprensibles como a nosotros. Se nos vigila de la manera más rigurosa. El capitán molesta a los soldados, obligándolos a montar la guardia por la noche, no sólo en los edificios en que vivimos, sino en todo el pueblo.

Y, a pesar de todo, notamos que, a medida que avanzamos hacia el Norte, el rigor se debilita: ya nos permiten ir con escolta a las tiendas, podemos pasearnos en grupo por los pueblos y a veces visitamos a otros deportados.

Los soldados nos ayudan cuanto pueden: la que les acerca a nosotros es la oposición que formamos con ellos frente al capitán. La situación es particularmente delicada para el suboficial, que se encuentra entre el capitán y los soldados.

—No, señores —nos dijo éste el otro día, en presencia de sus hombres—, un suboficial ahora no es como antes…

—Hay algunos que querrían que fuese como antes —dijo una voz entre los soldados— pero a ésos se les puede coger y enseñarles mejores modos…

Todos se echaron a reír, el suboficial se rió también pero de mala gana.

26 DE ENERO (PRISIÓN DE TOBOLSK)

Dos etapas antes de llegar a Tobolsk un oficial de policía de la ciudad vino a nuestro encuentro para reforzar la guardia pero también para ocuparse amablemente de nosotros. Las patrullas han sido dobladas. Se terminaron nuestros paseos a las tiendas. Sin embargo, los que viajan con sus familias han sido instalados en *kibitkas* [vehículos cubiertos]. ¡Estrecha vigilancia y perfecta cortesía! A diez verstas de la ciudad, dos deportados más se han unido a nosotros. El oficial aumentó la vigilancia, ordenó a los soldados que echasen pie a tierra y así recorrimos el resto del camino. Los soldados, gruñendo contra el oficial, tuvieron que ir a pie, con el fusil al hombro.

Me veo obligada a interrumpir mi relato. El doctor, que había sido convocado a la oficina de la prisión, vino a decirnos que se nos envía a todos a Obdorsk, a más de

mil doscientas verstas por la «carretera de invierno», y que haremos de cuarenta a cincuenta verstas por día, bajo escolta. Es decir que, poniéndonos en el caso más favorable, admitiendo que encontremos siempre caballos, que no nos pongamos enfermos, etc., nuestro viaje durará aún más de un mes. Una vez llegados recibiremos una paga de un rublo con ochenta cópecs al mes.

En esta época del año es muy penoso un viaje de un mes, sobre todo con niños. Nos han dicho que, de Berezov a Obdorsk, tendremos renos para los trineos. La noticia ha sido especialmente desagradable para los que llevan a sus familias.

La administración local afirma que este absurdo itinerario (cuarenta verstas al día en vez de cien) y hasta los menores detalles de la expedición han sido fijados en Petersburgo. Los sabios que trabajan allí, en los despachos, lo han previsto todo para evitar una evasión pero la verdad es que, de cada diez medidas indicadas por ellos, nueve están desprovistas de sentido común. Las mujeres que acompañan a sus maridos a Siberia solicitaron permiso para salir de la cárcel los tres días que pasamos en Tobolsk. El gobernador se negó, postura que va en contra, no sólo de la razón sino del reglamento. Nuestro pequeño mundo se movilizó y redactamos una protesta, inútil, por otra parte, ya que la respuesta es siempre la misma: «Son instrucciones de Petersburgo».

Así, pues, los rumores desfavorables que habían corrido eran fundados: se nos deporta al extremo norte de esta región. Es curioso que el «espíritu de igualdad» que se aplicó en la sentencia, se manifieste también en la designación del lugar al que se nos envía, el mismo para todos.

Lo que se sabe de Obdorsk en Tobolsk, es tan poco seguro como lo que podáis saber en Petersburgo. La única cosa clara es que esta localidad se encuentra en algún sitio, más allá del círculo polar. Hay aún una cuestión: ¿Enviarán a Obdorsk un destacamento especial para vigilarnos? ¿Habrá posibilidad de organizar una evasión o nos veremos obligados a esperar entre el polo Norte y el círculo polar el desarrollo ulterior de la revolución y un cambio de régimen? Tenemos miedo de que nuestro regreso, en vez de depender de nuestra habilidad, dependa únicamente de la política. Entonces, esperaremos en Obdorsk y trabajaremos.

Enviadnos solamente libros y periódicos, periódicos y libros. ¿Quién sabe lo que pasará y en qué fecha se cumplirán nuestros cálculos? Quizá el año que tenemos que pasar en Obdorsk sea un último momento de reposo en el movimiento revolucionario, un descanso que la historia nos concede para permitirnos completar nuestros conocimientos y afilar nuestras armas. ¿Pensáis que me vuelvo fatalista? Cuando se viaja bajo escolta en dirección a Obdorsk, no es raro que uno se vuelva un poco fatalista.

29 DE ENERO

Hace ya dos días que salimos de Tobolsk… Nos escoltan treinta soldados, a las órdenes de un suboficial. Salimos el lunes por la mañana con tiros de tres caballos (que se redujeron a dos tras el primer descanso), en enormes trineos cubiertos. La mañana era espléndida, con un cielo claro y puro y un frío de hielo. En torno a nosotros, bosques inmóviles y como petrificados por la nieve. Un paisaje fantástico. Los caballos corrían furiosamente, como es el caso corriente en Siberia. A la salida de la ciudad —la cárcel da casi al campo— nos esperaban los deportados del lugar, unas cuarenta o cincuenta personas aproximadamente, que nos saludaban de lejos y nos preguntaban quiénes éramos y las causas de nuestra deportación… Pero tuvimos que irnos rápidamente. Entre la gente corría ya una serie de leyendas sobre nosotros: unos decían que los exilados eran cinco generales y dos gobernadores, otros hablan de un conde acompañado de su familia, otros incluso decían que somos miembros de la Duma. La dueña de la casa, donde hemos parado hoy, ha preguntado al doctor:

—¿Vosotros también sois políticos?

—Sí, políticos.

—Debéis ser los que mandan a todos los políticos del país.

En este momento nos encontramos en una habitación grande y bastante limpia, con los muros empapelados, hay un hule sobre la mesa, el suelo está encerado, tiene grandes ventanas y dos lámparas. Todo esto es muy agradable después de los sucios edificios en que hemos estado en otras etapas. Sin embargo, nos vemos obligados a dormir en el suelo porque estamos nueve en la misma habitación. Han relevado a la escolta en Tobolsk, los soldados de Tiumen eran afables y serviciales pero los de Tobolsk son vagos y groseros, lo que se explica porque no tienen oficial y responden ante sí mismos de todo. Por otra parte, tras dos días de camino, la nueva escolta se ha «deshelado» y ahora tenemos excelentes relaciones con la mayor parte de los soldados, detalle que tiene su importancia en un viaje tan largo.

Pasado Tobolsk, en casi todos los pueblos hay «políticos», que son generalmente campesinos deportados por revueltas en el campo, soldados y obreros; hay muy pocos intelectuales. Algunos han sido enviados aquí por decisión administrativa, otros por sentencia.

En dos pueblos por los que hemos pasado los «políticos» tienen organizados talleres corporativos [*artels*] para procurarse recursos. Hasta ahora no hemos encontrado verdadera miseria porque la vida, por aquí, es barata; los «políticos» se instalan en casa de los campesinos, gozando de pensión completa por seis rublos al mes, que es la tarifa normal establecida por la organización de deportados. Por diez rublos se puede vivir muy aceptablemente. Cuanto más se sube hacia el Norte, más cara es la vida y más difícil encontrar trabajo.

Hemos encontrado algunos compañeros que habían vivido en Obdorsk y nos han dado informaciones muy favorables. Es un pueblo de más de mil habitantes, hay doce tiendas y las casas son como en las ciudades. Hay buenos alojamientos y es un hermoso lugar de montaña, con un clima muy sano. Los obreros encontrarán trabajo y

se pueden dar clases. La vida es un poco cara pero se gana en proporción. Esta maravillosa localidad sólo tiene una desventaja: está completamente apartada del mundo. Hay mil quinientas verstas hasta el ferrocarril y ochocientas verstas hasta la primera estación de telégrafo y el correo llega dos veces al mes. Durante el deshielo y las lluvias, en primavera y en otoño, no llegan noticias más que cada seis semanas o dos meses, así que aunque se forme un gobierno provisional en Petersburgo, el jefe de policía de Obdorsk seguirá gobernando aún mucho tiempo. Pero, precisamente porque el pueblo está muy lejos de Tobolsk, es relativamente animado; es un centro independiente en una inmensa región.

Los deportados no permanecen mucho tiempo en el mismo sitio, más bien viven como nómadas por la provincia. Los vapores del Obi transportan gratuitamente a los «políticos». Los viajeros que pagan se colocan como pueden en los rincones del barco y los «políticos» cogen los mejores sitios, lo que quizá parezca extraño, pero es una tradición sólidamente establecida. Todo el mundo está tan acostumbrado que los campesinos nos dicen a propósito de nuestro viaje a Obdorsk: «No estaréis mucho tiempo… En primavera volveréis en el vapor». Pero ¿quién sabe en qué condiciones viviremos los del sóviet y con qué fin nos envían allí?

De momento, hay orden de poner a nuestra disposición los mejores trineos y los mejores alojamientos.

Obdorsk, un punto minúsculo en la Tierra… Quizá tengamos que estar muchos años allí. Mi carácter fatalista no puede inspirarme mucha tranquilidad. Con los dientes apretados recuerdo las lámparas eléctricas de nuestras calles, el ruido del tranvía y algo que es lo mejor de este mundo: el olor de un periódico recién impreso.

1 de febrero (Iurovskoie)

Las mismas impresiones que ayer. Hemos hecho más de cincuenta verstas. A mi lado, en el trineo, se sienta un soldado que me distrae contándome episodios de la guerra de Manchuria. Nos escoltan hombres del regimiento de Siberia, cuyos efectivos han sido casi enteramente renovados después de la guerra. Es el que más ha sufrido de todos los regimientos. Una parte se encuentra de guarnición en Tiumen y el resto en Tobolsk. Los soldados de Tiumen, como os he dicho, se portaron con mucha más simpatía con nosotros que los de Tobolsk, que son más groseros. Hay entre ellos un grupo bastante considerable de reaccionarios conscientes, pertenecientes a las Centurias Negras. El regimiento se compone de polacos, ucranianos y siberianos; estos últimos son los más atrasados. Sin embargo, algunos son buenos muchachos… Al cabo de dos días nuestros nuevos guardas eran menos groseros, y esto es una cosa muy importante, puesto que, de momento, son nuestros amos, tienen sobre nosotros derecho de vida y muerte.

Mi soldado admira mucho a las chinas. «Hay allí cosas bonitas. El chino es

pequeño y no parece un hombre, pero la china es hermosa: blanca, llena…».

—¿Y entonces —preguntó el cochero, antiguo soldado—, los nuestros han tenido algo que ver con las chinas?

—No, no nos dejaban verlas… Primero escondían a las chinas y luego dejaban entrar a los soldados… Pero los nuestros cogieron en el *gao-lian* a una china y no lo pasaron mal del todo. Un soldado hasta se dejó la gorra. Los chinos llevaron la gorra al coronel y éste mandó formar al regimiento y preguntó: «¿De quién es la gorra?» Nadie contestó; en esos momentos importa un bledo la gorra. El asunto se quedó ahí. Pero… son bonitas las chinas…

Al salir de Tobolsk los tiros eran de tres caballos, ahora ya no son más que de dos: el camino se estrecha cada vez más. En los pueblos en que cambiamos de tiros los trineos nos esperan, ya preparados El cambio se efectúa fuera del pueblo, en pleno campo. Normalmente, todo el pueblo viene a vernos y la escena suele ser animada. Mientras que las mujeres sujetan a los caballos por la brida, los *mujiks*, bajo la dirección del «doctor», se ocupan de los equipajes y los niños corren ruidosamente alrededor nuestro. Ayer, unos «políticos» quisieron fotografiarnos en el momento en que pasábamos y nos esperaron con un aparato ante la administración pero pasamos al galope y no tuvieron tiempo para hacerlo. Hoy, cuando entrábamos en el pueblo donde pasamos la noche, otros «políticos» vinieron a recibirnos con una bandera roja. Eran catorce, entre ellos diez de Georgia. A la vista del estandarte revolucionario hubo una gran animación entre nuestros soldados, que amenazaron a los manifestantes con sus bayonetas y gritaron que iban a disparar. Por fin, les quitaron la bandera y les hicieron retroceder. En la escolta hay algunos soldados muy adictos al cabo, que es un Viejo Creyente. Es un hombre enormemente brutal y cruel. Su mayor placer es pegar al caballo con la culata del fusil. Con un rostro petrificado, la boca entreabierta y los ojos absolutamente fijos, tiene aspecto de idiota. Este cabo se opone continuamente al sargento que manda el destacamento, porque según él, no nos trata con suficiente dureza. Cuando se trata de quitar una bandera roja o de golpear a un «político» que sigue demasiado de cerca a los trineos, el cabo es de los primeros. Tenemos que dominarnos para evitar conflictos pues, en ese caso, no podríamos contar con la protección del sargento, que tiene miedo de su subalterno.

2 de febrero (por la noche, Demianskoie)

Aunque la bandera roja al llegar nosotros a Iurovskoie fue quitada, hoy hemos visto otra en un montículo de nieve a la salida del pueblo. Esta vez nadie la ha tocado porque los soldados no quisieron dejar sus trineos. Desfilamos, pues, ante la bandera y un poco más allá, a unos quinientos pasos del pueblo, cuando bajábamos hacia el río, vimos en un montón de nieve esta inscripción, en letras enormes: ¡Viva la Revolución! El cochero de mi trineo, un chico de dieciocho años, se echó a reír

cuando leí en alto la inscripción.

—¿Sabes lo que significa «Viva la Revolución»?, le pregunté.

—No, no sé, me contestó después de pensarlo. Sé únicamente que se grita «Viva la Revolución».

Pero se veía claramente que sabía bastante más de lo que decía. En general, los campesinos de por aquí, sobre todo los jóvenes, son muy amables con los «políticos».

Llegamos a la una a Demianskoie, pueblo bastante grande en el que nos encontramos ahora mismo y donde nos ha recibido una muchedumbre de deportados, pues hay más de sesenta aquí. Los soldados se emocionaron y el cabo ha reunido rápidamente a sus fieles, dispuesto a actuar en cuanto fuera necesario. Afortunadamente, no ha pasado nada. Nos esperaban, parece, desde hace mucho tiempo y con impaciencia, ya que se había organizado una comisión especial para preparar la recepción y habían dispuesto una magnífica cena y un confortable alojamiento en la «casa común» pero no nos han permitido alojarnos allí. Hemos tenido que instalarnos en una isba y allí nos han llevado la cena. La entrevista con los «políticos» ha sido muy difícil; han logrado llegar hasta nosotros en grupos de dos o tres y sólo por unos minutos, trayéndonos los platos. En grupos hemos podido ir a la tienda, sin escolta, y por el camino hablábamos algo con los camaradas, que nos acechaban fuera todo el día. Una de las mujeres deportadas se había vestido de campesina para visitarnos, según dijo a la escolta, para vender leche, y representaba muy bien su papel; pero el dueño de la casa la denunció seguramente a los soldados porque la expulsaron enseguida. Por desgracia, el cabo estaba de guardia.

Me acuerdo de cómo recibíamos nosotros cuando estábamos en Ust-Kutsk (en el Lena) a los deportados que pasaban, preparando sopa de coles y albóndigas rellenas, en pocas palabras: lo mismo que los deportados de Demianskoie han hecho por nosotros. El paso de un destacamento numeroso es un acontecimiento de gran importancia para las colonias de deportados que residen a lo largo del camino, pues se esperan siempre con impaciencia las noticias de la lejana patria.

4 de febrero (ocho de la tarde, Yurtas de Tsingalin)

El comisario del lugar, a petición nuestra, ha preguntado a la administración de Tobolsk si no sería posible acelerar el viaje. Tobolsk ha debido pedir a su vez instrucciones a Petersburgo y han telegrafiado al comisario que podía hacer lo que quisiera. A pesar de que ahora haremos un promedio de setenta verstas al día, no llegaremos a Obdorsk hasta el 18 o el 20 de febrero. Claro que no es más que un cálculo aproximado.

Estamos en una aldea que se llama las Yurtas de Tsingalin[52]. No son, en realidad, *yurtas* sino isbas. La población se compone principalmente de ostiacos, pueblo aborigen, con rasgos muy marcados. Su forma de vida y la lengua que

emplean son las del campesino ruso. Se dan mucho más a la bebida que los siberianos. Beben todos los días, desde que amanece, de modo que a mediodía todos están borrachos.

Un deportado que vive aquí, el maestro N, nos ha contado cosas curiosas: al saber que se esperaba a unos desconocidos, a los que en todas partes se recibía con grandes ceremonias, los ostiacos, asustados, habían dejado de beber y han escondido incluso el aguardiente. Por esto encontramos a los habitantes de la aldea bastante serenos. Por la noche, sin embargo, el ostiaco en cuya casa nos alojamos, volvió borracho.

Aquí empiezan ya las pesquerías; es más difícil encontrar carne que pescado. El maestro del que acabo de hablar ha organizado una corporación (*artel*) de pescadores, compuesta de deportados y de campesinos. Ha hecho comprar redes, dirige él mismo la pesca y vigila el transporte del pescado a Tobolsk. El verano pasado, el *artel* tuvo un excedente de cien rublos por trabajador. Se las arreglan y van viviendo… También es cierto que a N se le manifestó una hernia pescando.

6 de febrero (Samarovo)

Ayer hicimos setenta y cinco verstas, hoy setenta y tres; mañana haremos aproximadamente lo mismo. Hemos dejado atrás la zona agrícola. A partir de aquí, los habitantes, rusos u ostiacos, se ocupan exclusivamente de la pesca.

Es sorprendente ver hasta qué punto la región de Tobolsk está poblada de «políticos»… No hay una sola aldea en la que no haya algunos. El dueño de la isba en la que nos alojamos nos ha contado que antes no había ningún deportado pero que han llegado muchos de todas partes poco después del manifiesto del 17 de octubre. «Desde entonces no cesan de venir». ¡Así es cómo se ha notado en esta región la era constitucional!

Los «políticos» comparten en muchos lugares las ocupaciones de los nativos: recogen y limpian cedros, pescan, cogen frutas salvajes y cazan. Los más emprendedores han fundado talleres y tiendas en cooperativa, así como *arteles* de pescadores. Los campesinos los tratan muy bien. Aquí, por ejemplo, en Samarovo, que es un gran pueblo de comerciantes, los campesinos han dedicado al alojamiento gratuito de los «políticos» una casa entera y han dado a los primeros que llegaron una ternera y dos sacos de harina de regalo. Las tiendas, de acuerdo con la costumbre, dan los géneros a los «políticos» más baratos que a los otros habitantes. Una parte de los deportados vive en común en una casa suya sobre la que flota siempre una bandera roja. ¡Tratad de poner esa bandera en París, en Berlín o en Ginebra y veréis lo que pasa!

A propósito de esto, voy a contaros dos o tres observaciones que he hecho sobre los deportados de esta región.

La sociedad «política» de prisiones y de Siberia se democratiza cada vez más,

como se ha venido señalando muchas veces desde 1890. Los obreros constituyen una proporción cada vez más numerosa entre los «políticos» y dejan muy atrás a los intelectuales revolucionarios, que en cambio consideran desde hace tiempo la fortaleza de pedro y pablo, la prisión de las Cruces y la de Kolimsk como una especie de herencia privilegiada: esos calabozos son, para ellos, como mayorazgos. Yo mismo encontré, en los primeros años del siglo, miembros de los partidos de la Libertad del Pueblo (*Narodovoltsi*) y del Derecho Popular (*Marodopravsto*: constitucionales) que alzaban los hombros desdeñosamente al ver los barcos dedicados al transporte de detenidos: esos barcos transportaban, en efecto, a simples deshollinadores de Vilna o a obreros de la construcción de Minsk. Pero el obrero deportado de esa época era casi siempre miembro de una organización revolucionaria y poseía un nivel político y moral notable.

Casi todos los deportados, salvo quizás los obreros que provenían de la zona llamada «de los judíos» pasaban previamente por la criba de un interrogatorio policiaco y, por poco preparados que estuviesen los que lo hacían, se ponía aparte a los obreros más avanzados. Por eso los deportados representaban un nivel intelectual y moral digno de atención.

Los deportados de nuestro período «constitucional» tienen un carácter muy distinto. No se ve ya la organización, sino más bien el movimiento de masas, las fuerzas elementales. La policía no interroga, detiene a las gentes en las calles y las envía aquí. Se deporta, se fusila al primero que se coge en la muchedumbre. Tras el aplastamiento de las revueltas populares empieza el período de las «operaciones de militantes», de las «expropiaciones» hechas con un fin revolucionario o bajo el pretexto de revolución; entonces se producen las aventuras de los maximalistas y también, más simplemente, incursiones de granujas. Cuando era imposible ahorcarlos en el lugar, la administración los expedía a Siberia. Se comprende que entre la multitud que participaba «en los disturbios» haya un buen número de personas ajenas a toda idea revolucionaria, detenidas por azar, muchos desocupados y algunos representantes de la canalla que merodea por la noche en las grandes ciudades. Podemos apreciar hasta qué punto ha debido influir esta situación en el mundo de los deportados.

Otra circunstancia actúa fatalmente en el mismo sentido: las evasiones. Los que huyen son, claro está, los más activos, los más conscientes: un partido les espera, un trabajo les atrae. Para tener una idea del número de evasiones, basta decir que de cuatrocientos cincuenta deportados en una provincia de la región de Tobolsk, no quedan más que unos cien. Los que se quedan son unos perezosos, y así la inmensa mayoría de los deportados está compuesta de gentes oscuras, sin vínculos políticos, víctimas de la casualidad, por lo que la vida se hace más difícil para los elementos conscientes que, por cualquier circunstancia, no han podido volver a Rusia; todos los «políticos» están ligados entre sí por una solidaridad moral ante la población.

8 DE FEBRERO (YURTAS DE KARIMKRIN)

Hicimos ayer setenta y cinco verstas y hoy noventa. Hemos llegado muy cansados y nos hemos acostado enseguida.

Estamos en un pueblucho de ostiacos, en una isba pequeña y sucia. En la infecta cocina se apretujan, con los ostiacos borrachos, los soldados de la escolta, que tiemblan de frío. En otra habitación bala un cordero… Hay una boda en el pueblo, estamos en la época de las bodas. Todos los ostiacos beben y los borrachos tratan a veces de entrar en nuestra isba.

Nos ha visitado un anciano de Saratov, deportado por orden gubernativa, borracho también. Nos dice que ha venido aquí desde Berezov con un compañero para buscar carne: es su «pequeño negocio». Los dos son «políticos».

Es difícil hacerse una idea de los preparativos que se han hecho aquí con vistas a nuestro paso. Nuestro convoy, como ya he dicho, se compone de veintidós trineos cubiertos y necesitamos aproximadamente cincuenta caballos. Es raro que se encuentren tantos en los pueblos y se ven obligados a hacerlos venir de lejos. A veces hemos encontrado caballos que habían sido traídos de una distancia de cien verstas y, sin embargo, cambiamos de caballos cada diez o quince verstas. Es decir, que un ostiaco trae su caballo desde cien verstas para que dos miembros del Sóviet de Diputados Obreros puedan recorrer con él diez. Como no se sabe nunca exactamente el día de nuestra llegada, los cocheros, venidos de lejos, nos esperan a veces semanas enteras. Un lío parecido no se les había presentado más que otra vez, cuando pasó «el señor gobernador en persona…».

He hablado ya de la simpatía que nos manifiestan a nosotros y, en general, a todos los «políticos», los campesinos de esta región. Ocurrió un incidente en Belogorie, pueblo de Berezov, que merece ser contado. Un grupo de campesinos de esta localidad había organizado una recepción en nuestro honor, pagándola entre todos, con té y algunos platos fríos; querían darnos además seis rublos. Rechazamos, claro está, el dinero, pero aceptamos el té. Los soldados de la escolta nos lo impidieron y tuvimos que renunciar. El sargento nos lo había permitido pero el cabo empezó a gritar y a amenazar al sargento con una denuncia. Salimos, pues, de la isba sin haber contentado a los que nos invitaban. Casi todos los habitantes del pueblo nos siguieron; fue una verdadera manifestación.

9 DE FEBRERO (KANDINSKOIE)

Hasta Berezov nos quedan aún dos días de viaje. Llegaremos el 11. Hoy estoy francamente cansado: durante nueve o diez horas de marcha ininterrumpida no se puede comer. Seguimos el curso del Obi. La orilla derecha es montañosa pero la de la

izquierda es baja. Un tiempo tranquilo y suave. A ambos lados de la carretera, ramas de abeto plantadas en la nieve indican el camino. Nuestros cocheros son casi todos ostiacos. Los trineos tienen tiros de dos o tres caballos en hilera, pues el camino se estrecha cada vez más. Los cocheros se sirven de un largo látigo de cuerdas, con un gran puño. El convoy ocupa un gran trecho. El cochero lanza de vez en cuando un fuerte grito, entonces los caballos se ponen al galope y se eleva una nube de nieve que corta la respiración. Los trineos se precipitan unos sobre otros, de modo que se siente en el hombro el aliento caliente del caballo que sigue. Si uno de los caballos cae, si un arnés se rompe, todo el convoy se detiene. Estamos como hipnotizados por esta marcha interminable. Un momento de silencio. Los cocheros se llaman unos a otros por medio de gritos roncos, en ostiaco. Después, los caballos vuelven a partir al galope. Estas frecuentes detenciones nos hacen perder mucho tiempo y no permiten a los conductores demostrar toda su habilidad. Vamos a unas quince verstas por hora, mientras que aquí, en condiciones normales, se pueden hacer fácilmente dieciocho, veinte e incluso veinticinco verstas en el mismo tiempo…

Una marcha rápida es habitual en Siberia y, en cierto sentido, necesaria a causa de las inmensas distancias pero un viaje como el que hacemos no lo había visto nunca, ni siquiera cuando me llevaron al Lena.

Por fin llegamos al relevo de tiro. Fuera del pueblo nos esperan trineos preparados y caballos de refresco, estos últimos para los trineos familiares, que no cambiarán de caballos hasta Berezov. Hemos hecho rápidamente el cambio y continuamos el viaje. Los cocheros tienen una manera particular de sentarse, en la parte delantera del trineo hay una madera fijada de través en el borde, y ahí es donde se sientan, de lado, con las piernas colgando. Cuando los caballos galopan y el trineo se inclina, el cochero se inclina también del lado contrario y vuelve a ponerlo derecho; a veces, incluso, toca el suelo con los pies…

12 de febrero (Cárcel de Berezov)

Hace cinco o seis días —no os lo he dicho antes para no inquietaros inútilmente— hemos atravesado una localidad en donde había una epidemia de tifus exantemático; pero ya estamos muy lejos de ese lugar. En las Yurtas de Tsingalin había tifus en treinta isbas de cada sesenta, y lo mismo en los demás pueblos; la mortalidad es terrible, no hay un cochero que no cite algún muerto en su familia. La aceleración de nuestro viaje y la modificación del itinerario han sido motivadas por el tifus; es por lo que el comisario había telegrafiado a Tobolsk.

Los últimos días hemos hecho ochenta y cien verstas cada veinticuatro horas, es decir, casi un grado hacia el norte. Gracias a este avance ininterrumpido, los cultivos —si es que se puede hablar aquí de cultivos— y la vegetación disminuyen a ojos vistas. Cada día descendemos un peldaño en el salvaje reino del frío. Es la misma

impresión que debe tener un turista que atraviese una alta montaña y pasa de una zona a otra… Al principio podíamos ver aún campesinos rusos que gozan de un cierto bienestar; después encontramos ostiacos rusificados que, por matrimonios con rusas, tienen sólo a medias tipo mongol. Después dejamos atrás la zona de la agricultura y apareció el ostiaco pescador y el ostiaco cazador, que es un individuo de talla pequeña, con cabellos largos y que se expresa en ruso con dificultad. El número de caballos disponibles disminuye y los animales son cada vez más endebles: el tráfico no es importante y un perro de caza es más útil que un caballo por estos lugares. La carretera cada vez es peor también, estrecha, sin nivelar… Y, sin embargo, según dice el comisario, los ostiacos de aquí son gentes verdaderamente educadas en comparación con los que viven junto a los afluentes del Obi.

No están muy seguros de cómo considerarnos, más bien lo hacen con un cierto asombro, quizá como si fuésemos jefes provisionalmente en desgracia. Un ostiaco nos preguntaba hoy: «¿Dónde está vuestro general? Enseñádmelo… querría verlo… no he visto nunca un general…» Al poner un ostiaco un caballo malo en el tiro, otro le gritó: «¡Pon un animal mejor, que no lo estás preparando para el comisario!» El caso contrario se produjo una sola vez, un ostiaco, sujetando un caballo, dijo: «No vale la pena molestarse, no son personas importantes».

Ayer por la noche llegamos a Berezov. La ciudad se parece a Verjolensk, a Kirensk y a tantas otras de un millar de habitantes, con un *ispravnik* [jefe de policía] y un recaudador de impuestos. Aquí se muestran, sin garantizar la autenticidad, las tumbas de Ostermann y Menchikov[53]. Otros indican también, aunque sin la menor pretensión de que se crea, la casa de una anciana en la que comía Menchikov.

Nos han llevado directamente a la prisión. Toda la guarnición, unos cincuenta hombres, nos han hecho calle a la entrada. Hemos sabido que han limpiado la cárcel ante nuestra llegada; la han fregado durante quince días, tras haber hecho salir a todos los detenidos. En una de las salas hemos encontrado una mesa grande, cubierta con un mantel, sillas aceptables, una mesa verde para jugar a las cartas, candelabros con sus velas y una lámpara. Es casi enternecedor.

Descansaremos aquí dos días antes de continuar nuestro viaje… Sí, continuaremos… Pero yo, por mi parte, aún no he decidido en qué dirección…

V. El regreso

Al empezar el viaje, en cada relevo, miraba hacia atrás y veía con temor que cada vez nos alejábamos más del ferrocarril. Obdorsk, para todos nosotros, no era el fin real del viaje. Teníamos en todo momento la idea de la evasión en la mente. Yo tenía un pasaporte y el dinero indispensable para la vuelta, todo ello hábilmente disimulado en el tacón de mi bota. Pero la longitud del convoy y la rigurosa vigilancia de que nos rodeaban, hacían difícil una evasión durante el camino. Nos era posible sin embargo desaparecer, hay que reconocerlo, pero a condición de no huir todos juntos. Habíamos hecho varios planes, bastante realizables, pero los que querían huir se veían retenidos por el temor a las posibles consecuencias que ello acarreara a los compañeros. Los soldados de la escolta, y el sargento el primero, respondían de nosotros hasta la llegada al destino. El año anterior, un sargento de Tobolsk había sido enviado a un batallón de castigo por haber dejado escapar a un estudiante deportado. Los soldados a los que se encargaba de dar escolta lo sabían y trataban mucho más duramente a los prisioneros. Había una especie de convenio tácito entre soldados y deportados: nada de evasión durante el camino. Ninguno de nosotros consideraba esta especie de convenio como un compromiso absoluto pero nuestra voluntad de huir había quedado un tanto paralizada e íbamos dejando pasar los relevos. Después de haber recorrido algunos cientos de verstas cedimos a la inercia, yo tenía «prisa» en llegar, me preocupaba de recibir libros y periódicos y, en suma, me disponía para una instalación en regla… En Berezov, este estado de espíritu se modificó de repente.

—¿Es posible irse de aquí?

—En la primavera sí.

—Pero ¿y ahora?

—Es difícil pero creo que posible a pesar de todo. No se ha probado aún a hacerlo.

Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, nos decía que era cómodo y fácil huir en primavera. La policía, muy poco numerosa, no podía controlar a los innumerables deportados. Sin embargo, era preciso prever que se vigilaría más fácilmente a quince hombres deportados en el mismo lugar y sobre los que estaba fijada la atención general. Más valía emprender rápidamente el camino de vuelta.

Pero, para tener éxito, era interesante quedarse primero en Berezov. Continuar el camino hasta obdorsk era alejarse cuatrocientas ochenta verstas más. Dije que estaba enfermo y fatigado, que no podía partir aún y que no debían llevarme con ellos; el *ispravnik* consultó al médico y me permitió descansar algunos días en Berezov. Me llevaron al hospital. No tenía aún estudiado el plan.

En el hospital me encontré gozando de una relativa libertad. El médico me recomendaba pasearme lo más posible y aproveché la ocasión para orientarme.

Lo más fácil era, me parecía a mí, volver por el camino que habíamos seguido

hasta Berezov, es decir, por la «gran carretera de Tobolsk» pero este camino era muy poco seguro. A decir verdad, podía encontrar bastantes campesinos bien dispuestos, que consentirían sin duda en llevarme de pueblo en pueblo en secreto pero existía el peligro de molestos encuentros, ya que todos los funcionarios de la administración viven en la gran carretera y hacen continuamente viajes. En dos días, o antes si era preciso, se podía llegar desde Berezov a la estación de telégrafos y, desde allí, prevenir a la policía a lo largo de toda la carretera de Tobolsk. Renuncié por lo tanto a aquella dirección.

Era posible también pasar el Ura y el Ijma con un trineo de renos y llegar hasta Arkángel, donde no tendría más que esperar los primeros vapores para el extranjero. Hasta Arkángel la carretera era segura, atravesaba regiones absolutamente salvajes pero ¿no sería peligroso detenerse en esta ciudad? No sabía absolutamente nada y no podía informarme en tan poco tiempo.

Un tercer plan me pareció más seductor que los anteriores; me dirigiría, con un tiro de renos, hacia las minas y fundiciones del Ural; cogería, junto a la fábrica de Bogoslavsk, el ferrocarril del Ural, después, desde allí, con el tren, llegaría a Kuchva y a la línea de Perm. Después de Perm, Viatka, vologda, petersburgo, Helsingfors…

Para ir con renos a las fábricas se podía pasar directamente por Sosva o por Vegulka. Desde el principio del viaje había un desierto salvaje, ni un solo policía durante miles de verstas, ni un solo ruso; de tarde en tarde, algunas yurtas de ostiacos; desde luego, no se podía telegrafiar y no se encontraban caballos, sólo podían pasar los renos. Por el momento, lo que tenía que hacer era ganar tiempo obteniendo retrasos de la administración de Berezov; así estaría seguro de que no me cogerían, ni siquiera aunque me persiguiesen en la dirección que yo hubiera seguido.

Me advirtieron que el camino estaría lleno de «privaciones y peligros». En algunas partes, a lo largo de cientos de verstas, no se encontraba ni una sola casa. Entre los ostiacos, los únicos habitantes de la comarca, había muchas epidemias: la sífilis estaba muy extendida y el tifus exantemático aparecía frecuentemente. Era inútil esperar socorro de nadie. Durante el invierno, en las Yurtas de Urvi, que se encuentran junto al río Sosva, un joven comerciante de Berezov había muerto; durante quince días había luchado contra la fiebre… Y ¿qué pasaría si caía un reno y era imposible substituirlo? ¿Y la *burana*, la terrible tempestad de nieve? Duraba a veces varios días. Si coge a un caminante en ruta, está perdido. Y ahora justamente, en febrero, el mes de las tempestades.

Además, ¿existía aún la carretera de las fábricas? Los viajes por ese lado eran raros y, si en los últimos días había pasado algún ostiaco por allí, todos los rastros se habrían borrado; sería muy fácil perder la pista. Éstas fueron las advertencias que oí.

No podía negar el peligro. Desde luego, la carretera de Tobolsk presentaba grandes ventajas desde el punto de vista de la seguridad y del «confort» pero, precisamente por eso, era la que más peligros presentaba respecto a la policía, así que escogí el camino de Sosva y no me he arrepentido.

Había que encontrar a un hombre que quisiese llevarme hasta las fábricas, que era la tarea más difícil[54].

—Espere, voy a arreglarle eso, me dijo, tras numerosas conversaciones y reflexiones, el joven vendedor Nikita Serapionitch, que profesaba opiniones «liberales». A cuarenta verstas de la ciudad, en las yurtas, hay un *zirián* llamado Nikifor… Es un hombre avispado… No tiene ningún prejuicio, es capaz de todo…

—¿No bebe un poco?, pregunté prudentemente.

—¿Cómo que no? ¡Claro que bebe! ¿Quién no bebe aquí? Lo ha perdido el aguardiente. Es un buen cazador, antes mataba muchas martas y ganaba mucho. En fin, eso no tiene importancia; si quiere ocuparse de este asunto espero que tendrá cuidado. Voy a ir a verlo. Es un pillo… Si no logra él guiarlo, nadie lo logrará…

Nos entendimos sobre las condiciones del trato con Nikita Serapionitch. Yo tenía que comprar tres renos, escogidos entre los mejores. El trineo entraba también en mis gastos. Si Nikifor me llevaba a las fábricas, los renos y el trineo le pertenecían. Le pagaría además cincuenta rublos.

Por la noche supe la respuesta: Nikifor aceptaba. Había ido a un pueblo de ostiacos que estaba a cincuenta verstas de su casa y traería mañana por la mañana tres de los mejores renos. Podríamos partir por la noche seguramente. Mientras esperaba tenía que comprar todo lo necesario: *tchijs* y *kiss*, una *malizza* o bien un *guss*[55] y preparar provisiones para diez días. Nikita Serapionitch se encargaba de hacer estas compras.

—Le aseguro, afirmaba, que Nikifor le sacará de este lío. ¡Es un hombre capaz de eso!

—Si no se emborracha, repliqué.

—Entonces, esperemos que no beba… Sólo tiene miedo de no encontrar la carretera en la montaña porque hace ocho años que no ha pasado por allí. Tendrán que seguir el río hasta las Yurtas de Chomin y está mucho más lejos…

En efecto, desde Berezov hasta las yurtas hay dos caminos: uno, «por la montaña», que va derecho y atraviesa en varios sitios el Vogulka y va por las Yurtas de Vijpurtim; el otro sigue el Sosva por las Yurtas de Chaitan y de Maleev. El camino de la montaña es dos veces más corto pero es un lugar desierto, rara vez se encuentra por allí un ostiaco y el camino desaparece a menudo bajo la nieve.

Sin embargo, al día siguiente fue imposible partir: no llegaban los renos, no llegaba Nikifor y no se sabía lo que había pasado. Nikita Serapionitch estaba muy confuso.

—¿No le habrá dado usted dinero para comprar el tiro?, pregunté.

—¡Claro que no! ¡No soy un niño! Le he dado un adelanto de cinco rublos, y en presencia de su mujer. Pero, espere, iré a verlo hoy mismo…

La huida se había retrasado ya veinticuatro horas. El *ispravnik* podía, de un momento a otro, exigir mi partida para Obdorsk. Mal comienzo.

Salí dos días después, el 18 de febrero.

Por la mañana, Nikita Serapionitch vino al hospital y, aprovechando un momento en que no había nadie en la sala, me dijo:

—Esta noche, a las once, arréglese para venir a mi casa sin que le vean. Se irán a las doce. Mi familia irá al espectáculo y estaré solo en mi casa. Se vestirá y cenará allí y le llevaré en mi trineo hasta donde nos espera Nikifor, en el bosque. Dice que puede atravesar la montaña, pues ayer, dos trineos ostiacos dejaron señalado el camino.

—¿Ya está decidido?, pregunté, pues dudaba aún.

—¡Completamente decidido!

Hasta la noche no hice más que recorrer de arriba abajo la sala. A las ocho fui al cuartel, donde daban el espectáculo. El local estaba lleno de gente. Tres grandes lámparas colgaban del techo y había muchas velas colocadas sobre las bayonetas a ambos lados de la sala.

La primera fila de espectadores estaba ocupada por funcionarios, tras los cuales estaban los comerciantes y los «políticos» y al fondo la gente del pueblo, empleados, pequeños burgueses y gente joven. Los soldados estaban junto a las paredes. Había empezado la representación, daban *El oso* de Chéjov. Antón Ivanovitch, ayudante del médico del hospital, un hombre alegre, grande y gordo, hacía «de oso». La mujer del médico hacía el papel de vecina guapa. El doctor en persona, escondido en una caja al pie de la escena, hacía de apuntador. Después se hizo caer un telón de colores alegres y todo el mundo aplaudió.

Durante el entreacto, los «políticos» se reunieron en pequeños grupos para comunicarse las últimas noticias. «Se dice que el *ispravnik* hubiese querido que se quedaran en Berezov los diputados que llevaban a la familia». «El *ispravnik* ha dicho que era imposible huir de aquí». «Bah, exagera —contestó alguien— si llevan a la gente por la carretera pueden irse también por el camino».

Los tres músicos dejaron de tocar y se levantó el telón. Representaban ahora *El trágico forzado*, el drama del marido que pasó una temporada en el campo. Con un traje ligero y un sombrero de paja, el médico ayudante militar representaba el papel de un marido que se pasea por el campo, y esto en el mes de febrero, en Berezov, cerca del círculo polar. Cuando se bajó el telón y terminó el drama del desdichado marido dije adiós a mis amigos y salí, bajo el pretexto de que me dolía la cabeza.

Nikita Serapiouitch me esperaba.

— Tiene el tiempo justo para cenar y cambiarse de ropa. Le he dicho a Nikifor que esté en el lugar indicado a las doce.

Hacia las doce salimos al patio. Después de la luz del interior, la noche parecía más oscura aún. Entre las tinieblas vi un trineo con un caballo. Me eché en el fondo del vehículo y me puse encima la pelliza. Nikita Serapionitch me cubrió completamente con brazadas de paja que ató con cuerdas: parecía un montón de mercancías. La paja estaba helada y mezclada con nieve. Mi respiración fundió enseguida la nieve y me caían gruesas gotas sobre el rostro. Las manos se me

enfriaron también entre la paja: me había olvidado de ponerme los guantes y me era muy difícil moverme bajo las cuerdas que había puesto. Dieron las doce en la torre. El trineo echó a andar, salimos del patio y empezamos a andar por la calle.

«Por fin echamos a andar», pensé. La sensación de frío en las manos y en la cara me resultaba agradable, me parecía una prueba real de mi huida. Fuimos al trote durante veinte minutos y luego nos detuvimos. Sonó un silbido a mi lado, era sin duda la señal de Nikita. Enseguida se oyó otro silbido a distancia y un murmullo de voces. ¿De quién pueden ser esas voces? me dije, inquieto. Nikita compartía mi perplejidad porque, en lugar de desatarme, murmuraba por su cuenta.

—¿Qué pasa?, pregunté a medía voz a través de la paja.

—El diablo sabrá lo que ha pasado, contestó Nikita.

—¿Está borracho?

—Muy sereno no debe de estar.

Mientras tanto, los que charlaban salieron del bosque y se acercaron. Oí una voz que gritaba:

—¡No te preocupes, Nikita Serapionitch, no te preocupes! Que no se preocupe tampoco tu amigo… El que viene conmigo es otro amigo… Y el viejo es mi padre… No dirán una palabra…

Nikita, refunfuñando, me desató. Vi a un *mujik* alto, con una pelliza, la cabeza sin cubrir, el pelo casi rojo y la cara de borracho, pero con aspecto de listo; parecía un pequeño-ruso. A un lado había un chico joven y, en la carretera, apoyándose en el trineo que había salido del bosque, titubeaba un viejo, vencido ya por el aguardiente.

—No es nada, señor, no es nada… dijo el pelirrojo, que supuse que sería Nikifor, es mi gente y respondo de ella. A Nikifor le gusta beber pero no pierde la cabeza… No se preocupe… Con «toros» como éstos (señalaba los renos), sería raro que no pudiera llevarle hasta el final… Mi tío Mijail Egoritch me dijo: Pasa por la montaña… Hoy han pasado por allí dos trineos de ostiacos… Y yo prefiero la montaña, en el río todo el mundo me conoce… He invitado a Mijail Egoritch a beber en mi casa… Es un buen *mujik…*

—Poco a poco, Nikifor Ivanovitch, coloca enseguida el equipaje, dijo Nikita serapionitch con tono autoritario.

Nikifor obedeció rápidamente. En cinco minutos todo estuvo colocado y yo instalado en el trineo que debía llevarme.

—¡Eh, Nikifor Ivanovitch!, dijo Nikita con un tono de reproche, no debías haber traído a ésos, te lo había advertido… ¡Vosotros, tened cuidado, ni una sola palabra! ¿Está claro?

—Ni una, ni una, contestó el *mujik* joven.

El viejo, como no podía hablar, se contentó con hacer un signo de negación con el dedo. Dije adiós con emoción a Nikita Serapionitch.

—¡En marcha!

Nikifor arrancó y los renos echaron a andar; ya estábamos en camino.

Los renos iban bastante deprisa, con la lengua fuera y la respiración acelerada…

La carretera era estrecha y los animales se apretaban unos contra otros, y me extrañó ver que eso no les molestaba.

—Hay que reconocer, dijo Nikifor volviéndose hacia mí, que no se pueden encontrar renos mejores que éstos. Son machos bien escogidos: en el rebaño había setecientas cabezas pero éstos son los más hermosos. El tío Miché, al principio, no quería ni oírmelo decir: «Ésos no los vendo…» Pero después de haber vaciado una botella dijo: «Bueno, cógelos». Pero en el momento en que me los llevaba se puso a llorar. «Mira —dijo— ése es el conductor (Nikifor señalaba al reno que iba en cabeza), no tiene precio. Si lo vuelves a traer vivo y en buen estado, te lo cojo por el mismo precio». ¡Para que vea lo que valen esos «toros»! El precio era un poco alto pero, a decir verdad, lo valen. El conductor sólo ya vale sus veinticinco rublos. Podríamos haber cogido otro, gratis, en casa de mi tío Miguel Ossipovitch. El tío me lo ha dicho: «Eres idiota, Nikifor». Sí, eso me ha dicho. «Eres idiota, Nikifor… ¿Por qué no me has dicho que tenías que llevar a ese tipo?»

—¿A qué tipo?, pregunté, interrumpiendo el relato.

—Pues, a usted por ejemplo…

Más tarde comprobé que «tipo» era el término clave en el vocabulario de mi cochero.

Cuando apenas nos habíamos alejado diez verstas, Nikifor, de repente, detuvo el trineo.

—Vamos a dar un rodeo aquí… sólo son cinco verstas, pasaremos por el campo. Tengo que recoger mi *guss*, no puedo viajar con un simple abrigo, me helaría.

Me dejó completamente anonadado esta absurda proposición. ¿A qué venía ahora ir a un campo de ostiacos a diez verstas de Berezov? Por las respuestas evasivas de Nikifor comprendí que hubiera debido ir el día anterior a recoger la pelliza pero había estado bebiendo sin parar los dos últimos días.

—No, le dije decididamente, no iremos a por su pelliza, ¡Que el diablo se la lleve! Lo hubiera pensado antes… Si tiene frío póngase esta piel bajo la suya, yo puedo dejársela. Cuando lleguemos le regalaré la piel, vale más que cualquier pelliza.

—Bueno, contestó Nikifor conciliador. Nos arreglaremos. ¡Go, go!, gritó dirigiéndose a sus animales. Estos toros no necesitan golpes. ¡Go, go!

Pero el empuje de Nikifar cedió pronto. El aguardiente empezó a hacer su efecto. Perdió toda energía, oscilaba para todos los lados y se dormía cada vez más. Le desperté varias veces. Se sacudía, daba un golpe a los renos y gruñía: «Son buenos los toros, sabrían ir ellos solos». Y volvía a dormirse. Los renos iban al paso y mis gritos apenas les hacían andar un poco. Así se pasaron dos horas. Después yo mismo me adormilé y me desperté algunos minutos más tarde, al notar que los renos se habían parado. Medio dormido, me pareció de pronto que todo estaba perdido…

—¡Nikifor! grité con todas mis fuerzas, tirándole del brazo. Como respuesta murmuró algunas palabras:

—¿Qué quiere que haga?… Tengo ganas de dormir…

Todo se iba a estropear. No estábamos más que a treinta a cuarenta verstas de Berezov. Pararse a tan poca distancia no entraba en mis planes. Vi que bromear no daba resultado y decidí «tomar medidas».

—Nikifor, grité, arrancándole el capuchón que cubría su cabeza de borracho y exponiéndole así al frío, si no se pone en su puesto lo tiro a la nieve y me voy solo.

Nikifor volvió un poco en sí; no sé si era el frío o mis palabras lo que daba resultado. Durmiendo había dejado caer su vara. Temblando, rebuscó en el trineo, sacó un hacha, abatió en la carretera un pino joven y le quitó las ramas. Una vez preparada la vara volvimos a partir. Me propuse vigilar severamente a mi cochero.

—Pero ¿se da cuenta de lo que hace?, le pregunté en el tono más serio que pude encontrar. Si nos cogen, no crea que nos van a felicitar.

—Claro que lo comprendo, contestó Nikifor, que iba volviendo en sí. ¡Cómo no! Pero el tercer «toro» es un poco débil. El primero es bueno, no se puede encontrar otro mejor… Y el segundo no es malo… Pero el tercero, a decir verdad, no vale nada…

De madrugada el frío se hizo aún mayor. Me puse encima de mis pieles la gruesa *guss* y me encontré bastante mejor. Pero la situación de Nikifor era cada vez peor; la borrachera desaparecía y, con el frío, el desdichado temblaba.

—Tenga mi piel, le dije.

—No, ahora es demasiado tarde, me tengo que calentar yo primero para calentar la pelliza. Después de una hora de camino vimos unas yurtas: tres o cuatro miserables casuchas hechas de madera.

—Voy a entrar cinco minutos para preguntar el camino y calentarme.

Pasaron cinco minutos, diez, quince. Una criatura desconocida se acercó al trineo, se detuvo, miró y se fue. Ya había algo de luz y el bosque, con las miserables casas, tomaba ante mis ojos un aspecto siniestro.

—¿Cómo terminará todo esto?, me preguntaba yo. ¿Podré llegar lejos con este borracho? si vamos a este paso les va a ser muy fácil atraparnos. Bebiendo, Nikifor puede hablar y decírselo todo a cualquiera y, si luego se sabe en Berezov, todo está perdido. Aun suponiendo que no nos cojan, advertirán por el telégrafo a todas las estaciones de la línea de vía estrecha… ¿Vale la pena seguir? Me invadía la duda…

Pasó media hora y Nikifor no volvía. Tenía que ir a buscarlo y no sabía siquiera en qué casa se había metido. Me acerqué a la primera y miré por la ventana. En un rincón había una lumbre y en el suelo una marmita que humeaba. En las maderas que servían de literas había un grupo de personas sentadas y en medio de ellas… Nikifor, con una botella en la mano. Golpeé con todas mis fuerzas en la ventana y en la pared. Un momento después salió Nikifor. Llevaba mi pelliza encima de la suya.

—¡En marcha!, le grité en un tono amenazador.

—Enseguida, enseguida, respondió humildemente. No es nada, ya me he calentado, vámonos ahora. Iremos tan deprisa por la noche que nadie nos verá. Sólo

que el tercer «toro» no es bueno… Habrá que desengancharlo y dejarle por ahí…

Eran ya las cinco. La luna había aparecido hacía mucho tiempo y alumbraba bien, el frío era más vivo y se sentía en el aire el anuncio de la mañana. Me había puesto encima de las pieles una pelliza de piel de reno y no iba mal. En la actitud de Nikifor había ahora seguridad y empuje, los renos corrían bastante y podía dormitar tranquilamente. De vez en cuando me despertaba y veía siempre el mismo cuadro. Pasábamos por lugares pantanosos en verano, casi despojados; sólo algunos pinos enclenques y algunos abedules pequeños; la carretera era sinuosa, estrecha y apenas visible. Los renos avanzaban en una carrera infatigable y regular, como autómatas, y su fuerte respiración recordaba el ruido de un motor. Nikifor se había quitado la capucha e iba con la cabeza descubierta. Pelos blancos de los renos se mezclaban con su pelo, que parecía cubierto de escarcha. «Ya vamos, ya vamos» me decía yo, y sentía en mi pecho una alegría que me daba calor. «No se darán cuenta de mi huida, quizá, hasta un día o dos… Y mientras tanto nos alejamos de ellos…». Y me volvía a dormir.

A eso de las nueve de la mañana, Nikifor detuvo el trineo. Casi al lado de la carretera había una tienda o, más bien, una cabaña grande hecha de pieles de reno, en forma de cono despuntado. Al lado de esta casa había trineos con tiros de renos y madera cortada; de una cuerda colgaban bastantes pieles frescas; dos niños, vestidos con pieles, jugaban con los perros.

—¿Qué hace aquí esta tienda? exclamó Nikifor, asombrado. Creía que no había ninguna hasta las Yurtas de Vijpurtim. Fue a informarse y se encontró con que eran ostiacos cazando ardillas, de un pueblo a doscientas verstas de allí. Cogí los platos y las provisiones y entramos en la tienda por una estrecha abertura tapada con una piel para comer algo y tomar el té.

—*Paissi* [salud], dijo Nikifor en ostiaco.

—*¡Paissi, paissi, paissi!* le contestaron de todos lados.

El suelo estaba cubierto de pieles amontonadas sobre las que se movían bastantes criaturas humanas. Habían estado bebiendo el día anterior y se despertaban ahora. En medio de la tienda había una hoguera y el humo salía libremente por un ancho orificio del techo. Colgamos las ollas y atizamos el fuego. Nikifor hablaba en ostiaco con los dueños. Una mujer con un niño pequeño en brazos al que acababa de amamantar, se levantó y, sin esconder el pecho, se acercó a la hoguera. Era fea como la muerte. Le di un caramelo e inmediatamente otras dos personas se levantaron y se acercaron a nosotros.

—Quieren aguardiente, me dijo Nikifor, traduciendo sus palabras.

Les di «espíritu de vino», un alcohol infernal de 95º, que bebieron, gesticulando y escupiendo en el suelo. La mujer del pecho desnudo bebió también su parte.

—El viejo quiere más, me dijo Nikifor, dando un segundo vaso a un ostiaco calvo y de mejillas rojas y relucientes. He contratado a ese viejo, me explicó Nikifor, por cuatro rublos hasta las Yurtas de Chomin. Irá delante con tres renos y nos indicará el

camino; nuestros animales correrán mejor si van detrás de otro trineo.

Bebimos el té y comimos; al despedirnos les ofrecí algunos cigarrillos. Después, colocamos el equipaje en el trineo del viejo, nos colocamos en los vehículos y nos fuimos. Hacía sol, la carretera atravesaba un bosque y había luz y alegría en el aire. Delante de nosotros iba el ostiaco, con un tiro de tres hembras blancas en gestación. El viejo llevaba una vara muy larga, terminada con una punta de cuerno y en el otro extremo con un trozo de hierro; Nikifor también llevaba una vara nueva. Las hembras arrastraban rápidamente el ligero vehículo del ostiaco y nuestros machos las seguían de cerca.

—¿Por qué no se cubre el viejo la cabeza? pregunté a Nikifor al observar que la cabeza pelada del ostiaco estaba expuesta al hielo.

—Se pasa antes la borrachera, me explicó Nikifor.

En efecto, al cabo de media hora, el viejo detuvo su trineo y se acercó a nosotros, pidiendo «espíritu de vino».

—Hay que cuidar a este buen hombre, dijo Nikifor, que, al mismo tiempo, se cuidaba a sí mismo. Ya lo vio, tenía el trineo preparado.

—¿Y qué?

—Quería ir a Berezov a por aguardiente. Podía haber hablado más de la cuenta allí… Por eso le he contratado. Así el asunto estará más seguro porque ya no podrá ir a la ciudad por lo menos en dos días. Y ya no hay peligro. ¿Qué pueden decirme así a mí? Me preguntarán: ¿Lo has llevado tú? ¿Y cómo voy a saber yo a quién llevo? Tú, le diré, eres policía, y yo soy cochero. ¿Tú recibes una paga? Eso es asunto tuyo. Lo mío es conducir. ¿O no?

—¡Sí, claro!

Hoy es 19 de febrero. Mañana se abrirá la Duma de Estado. ¡La amnistía! «Lo primero que hará la Duma de Estado será proclamar la amnistía». Es posible… Pero más vale esperar ésa amnistía un poco más al oeste. «Así el asunto estará más seguro», como dice Nikifor.

Cuando acabábamos de pasar las Yurtas de Vijpurtim encontramos en la carretera un saco que, según las apariencias, debía contener pan. Pesaba más de un *pud*. A pesar de mis enérgicas protestas, Nikifor metió el saco en el trineo. Aproveché el sopor de su borrachera para volver a tirar el saco al camino; que era, además, una carga de más para los animales.

Cuando Nikifor se despertó no encontró ni el saco ni la vara que había cogido en la tienda del viejo.

Los renos son unos animales extraordinarios, que no conocen ni el hambre ni la fatiga. Los nuestros no habían comido desde la víspera de la salida y estaban andando desde hacía veinticuatro horas. Nikifor me explicó que sólo ahora estaban empezando a correr bien. Llevaban una marcha siempre igual, incansable, haciendo unas ocho o diez verstas por hora.

Cada diez o quince verstas hay que detenerse dos o tres minutos para dar un alivio

a los animales. Una carrera de esta longitud se llama un «trayecto de reno» y, como por aquí no se mide en verstas, la distancia se calcula por el número de trayectos. Cinco «trayectos» equivalen a sesenta o setenta verstas.

En las Yurtas de Chomin dejamos al viejo ostiaco; ahora ya teníamos detrás de nosotros por lo menos diez trayectos… Era una buena distancia.

A eso de las nueve de la noche, cuando se hacía de noche, encontramos por primera vez otros trineos, que venían en dirección contraria. Nikifor trató de cederles el paso sin detenerse pero la maniobra era difícil porque la carretera era tan estrecha que bastaba apartarse un poco para que los renos se hundiesen hasta el vientre en la nieve. Los trineos se detuvieron. Uno de los conductores se acercó a nosotros y preguntó a Nikifor, llamándole por su nombre:

—¿A quién llevas? ¿Vas lejos?

—No muy lejos…, contestó Nikifor, es un comerciante de Obdorsk.

Este encuentro le inquietó.

—¡El diablo se lo lleve! Hace cinco años que no nos vemos y me ha reconocido. ¡El diablo se lo lleve! Son zirianos que viven a cien verstas de aquí, van a hacer compras y traer aguardiente de Berezov. Estarán en la ciudad mañana por la noche.

—Me da lo mismo, dije, no nos alcanzarán ya. Pero si va usted a tener problemas cuando vuelva…

—¿Qué problemas? Yo diré: Lo mío es conducir, soy cochero. Si yo llevo un comerciante o un «político» eso no se lee en la frente. Tú eres policía y lo tuyo es vigilar. Yo soy cochero y llevo a las gentes… ¿No es así?

—Efectivamente…

Se hizo de noche, una noche muy oscura. La luna, en esta época, sale muy tarde. A pesar de la oscuridad, los renos conservaban el buen camino. No encontrábamos a nadie. Sin embargo, a eso de la una de la mañana, entramos de repente en un círculo vivamente iluminado y nos detuvimos. Ante una hoguera había dos personas sentadas, una alta y la otra pequeña. El agua hervía en una marmita y el ostiaco pequeño raspaba sobre su guante trozos de té prensado que echaba enseguida en el agua.

Nos acercamos a la hoguera y nuestro trineo quedó escondido por las tinieblas. Los sonidos incomprensibles del idioma que hablaban me golpearon los oídos. Nikifor cogió la taza del chico, echó algo de nieve en ella y la hundió un instante en el agua hirviendo; después volvió a repetir la misma operación. Parecía preparar una misteriosa bebida en una hoguera perdida en la profundidad de la noche. Después, lenta y ávidamente, lo bebió.

Los renos empezaban a estar cansados, en cada parada se acostaban uno al lado del otro y tragaban nieve.

Serían las dos de la mañana cuando llegamos a las Yurtas de chomin. Decidimos dar algo de descanso y de comida a los animales. Las yurtas de este lugar no son tiendas nómadas, sino verdaderas casas hechas de madera, que no son tampoco

iguales a las que habíamos encontrado en la carretera de Tobolsk. Allí, las yurtas eran verdaderas isbas, divididas en dos por un tabique; había estufa, samovar, sillas, aunque todo en peor estado y más sucio que en las isbas de los mujiks siberianos. Aquí no había más que una habitación, una lumbre baja en lugar de estufa, nada de muebles, una entrada muy baja y un pedazo de hielo a modo de cristal en la ventana.

A pesar de todo me sentí muy a gusto cuando me quité las pellizas, que una vieja ostiaca colgó delante del fuego para que se secaran. Hacía ya casi veinticuatro horas que no había comido.

¡Qué placer sentarse en una litera de tablas cubiertas con pieles de reno, comer ternera fría, pan medio deshelado y esperar el té! Bebí un vasito de coñac, la cabeza me zumbaba un poco y tenía la sensación de haber llegado al fin de mi viaje… Un ostiaco joven, con el pelo entrelazado de cintas rojas, se levantó de la litera para dar de comer a los renos.

—¿Qué les va a dar?, pregunté.

—Musgo. Basta con llevarlos a un lugar donde haya; ellos mismos levantan la nieve y lo encuentran. Cavan un agujero y se acuestan para comer tranquilos. Los renos no son complicados.

—¿No comen pan?

—No, solamente musgo, a menos que se les haya acostumbrado desde el principio a comer otra cosa, pan por ejemplo; pero es raro.

La vieja echó leña al fuego y despertó a una joven ostiaca, la cual ocultando su rostro ante mí, salió, sin duda para ayudar a su marido, el muchacho que Nikifor acababa de contratar por dos rublos para que nos acompañara hasta Urvi.

Los ostiacos son enormemente perezosos y son las mujeres las que hacen todos los trabajos; y no sólo en la casa; no es raro ver a una ostiaca cazando con el fusil en la mano, persiguiendo ardillas y martas. Un guarda forestal de Tobolsk me ha contado cosas asombrosas sobre la pereza de los ostiacos y su manera de tratar a las mujeres. Había tenido que explorar varias veces lugares salvajes en el distrito de Tobolsk, lugares que en la lengua del país, se llaman *brumas*. Llevaba a ostiacos de guías, a razón de tres rublos diarios, y todos los ostiacos se hacían acompañar en las *brumas* por su mujer; los viudos y los solteros llevaban a su madre o a una hermana. La mujer llevaba todos los utensilios y provisiones para el camino: el saco, el hacha, la olla. El hombre no llevaba más que el cuchillo a la cintura. Cuando se detenían para descansar, la mujer limpiaba el lugar, recogía el cinturón que se había quitado el marido para estar más a gusto, encendía la hoguera y preparaba el té. El hombre se sentaba y, mientras esperaba, fumaba una pipa…

El té estaba preparado, y me acerqué la taza a la boca ávidamente pero el agua tenía un insoportable olor a pescado. Eché en la taza dos cucharadas de jugo de cañabreja para disimular el mal gusto.

—¿Usted no huele nada?, pregunté a Nikifor.

—El pescado no nos asusta, nos lo comemos incluso cuando sale de la red, vivo

aún; no hay nada mejor…

La muchacha volvió, cubriéndose aún la mitad del rostro y, deteniéndose ante el fuego, se arregló la ropa. Su marido la seguía de cerca y me propuso, por medio de Nikifor, que le comprara cincuenta pieles de ardilla sin curtir.

—Le he dicho que era un comerciante de Obdorsk, por eso le propone la compra de pieles, me explicó Nikifor.

—Dígale que vendré a verle cuando vuelva a pasar por aquí; que ahora no puedo llevarme las pieles…

Tomamos el té, fumamos y Nikifor se acostó para echar un sueño mientras que los renos comían. Yo tenía también unas ganas terribles de dormir pero temía no despertar hasta por la mañana, así que me senté con un cuaderno y un lápiz y resumí las impresiones de mi primer día de viaje. ¡Qué bien iba todo y qué fácilmente se iban a arreglar las cosas! ¡Demasiado fácilmente incluso!… A las cuatro de la mañana desperté a los cocheros y abandonamos las Yurtas de Chomin.

—Los ostiacos, tanto las mujeres como los hombres llevan trenzas con lazos. ¿Se trenzan el pelo más de una vez al año?

—¿Las trenzas? contestó Nikifor. No, se las trenzan a menudo. Cuando están borrachos se tiran de las trenzas. Beben y beben y después se agarran el uno al otro por la cabeza. Entonces, el más débil dice: «Suéltame», y el otro le suelta. Después se ponen a beber otra vez. No tienen necesidad de enfadarse siquiera.

No muy lejos de las Yurtas de Chomin bajamos junto al Sosva. La carretera va unas veces junto al río y otras por el bosque. Sopla un viento penetrante y violento y apenas puedo escribir en mi cuaderno. Vamos por un lugar descubierto, entre un bosque de abedules y la ribera del río. La carretera es criminal. Uno de los renos se sale a cada momento del camino, se hunde en la nieve hasta el vientre y sale tras muchos esfuerzos, empuja al de delante y lo echa fuera del camino. Para colmo de desgracias, el conductor del trío —el «toro» sin igual— se ha puesto a cojear. Lleva arrastrando una de las patas de atrás pero continúa corriendo con la mejor voluntad. Baja la cabeza, saca la lengua hasta casi el suelo y lame la nieve mientras corre; en eso se ve que está haciendo un supremo esfuerzo. De repente, la carretera se hunde entre dos murallas de nieve de un metro de alto. Los renos se juntan y se diría que los de los lados llevan al de delante. Me doy cuenta de que el reno conductor lleva la pata cubierta de sangre.

—Cuido bastante los renos, me explica Nikifor; le he hecho una sangría mientras que usted dormía.

Detiene el trineo, saca un cuchillo del cinturón y se acerca al animal enfermo, le coge la pata y se la palpa bastantes veces. «No entiendo lo que le pasa», declara asombrado y, con el cuchillo, raspa la pata por encima de la pezuña. Durante la operación, el animal permanecía echado, apretando las patas y sin quejarse, después se lamió la sangre que le salía de la pata, se lamía tristemente. Unas manchas rojas, bien visibles, señalaban el lugar en que nos habíamos detenido. Insistí para que atasen

a mi trineo los renos del ostiaco y los nuestros estuvieran en el más ligero. Atamos tras el vehículo al pobre conductor cojo. Habíamos salido de Chomin hacía cinco horas y nos quedaba otro tanto hasta Urvi; sólo allí podíamos coger un nuevo tiro en casa de un ostiaco rico llamado Simón Pantui. ¿Querría darnos renos para un viaje largo? Discutí eso con Nikifor.

—Tendremos que comprar dos tiros, le dije.

—¿Y qué?, contestó Nikifor en tono de desafío. ¡Los compraremos!

Mi manera de viajar producía en él una impresión parecida a la que tuve yo en otro tiempo al leer las aventuras de Fileas Fog. Si mal no recuerdo, el inglés compraba elefantes, barcos a vapor y, cuando le faltaba combustible, echaba todas las maderas del barco en el fuego. Cuando se trata de nuevos gastos y dificultades, Nikifor, sobre todo si está borracho, y lo está casi siempre, se siente inspirado. Se identifica completamente conmigo, guiña el ojo maliciosamente y me dice:

—El camino, para nosotros, no es más que un asunto de cópecs… y eso nos da lo mismo… No nos importa el dinero. ¿Los «toros»? Si cae un «toro» compraremos otro. Mientras que los toros anden, pues adelante. Lo importante es llegar. ¿No es verdad?

—Totalmente cierto.

—Si Nikifor no consigue llevarle, nadie lo conseguirá. Mi tío Mijail Osipovitch —¡un buen *mujik*!— me dijo: «Nikifor, ¿vas a llevar a ese tipo? Llévalo. Coge seis renos de mi rebaño y llévalo. Cógelos gratis, te los doy». Y el cabo Suslikov me dijo: «¿Lo llevas? Toma, cinco rublos para ti».

—Y ¿por qué? pregunté a Nikifor.

—Para que le lleve.

—¿Para eso? ¿Y a él que le importa eso?

—¡Pues fue por eso, se lo juro! Nos quiere, se pone delante de nosotros para defendernos. Porque, dicho sea entre nosotros, ¿por quién sufre usted? Por los demás, por los pobres. «Toma, Nikifor —me dijo— ten cinco rublos y llévalo, yo te bendigo. Llévalo, aunque tenga que responder yo de ello».

La carretera entra en el bosque y enseguida se hace mejor, los árboles la protegen contra las borrascas de nieve. Ya hay sol y todo está tranquilo, tengo tanto calor que me puedo quitar el *guss* y me quedo sólo con las pieles. El ostiaco de Chomin, arrastrado por nuestros renos, se distancia constantemente y hay que esperarlo. Por todas partes nos rodean los pinos: árboles enormes desprovistos de ramas hasta la copa, de un amarillo claro, derechos como velas. Se diría que atravesamos un bosque encantado. El silencio es absoluto. De vez en cuando una pareja de perdices blancas, difíciles de distinguir entre la nieve, elevan el vuelo y desaparecen en el bosque. Bruscamente llegamos al límite de los pinos, la carretera desciende por una pendiente escarpada hacia el río; nuestro trineo se vuelca, lo volvemos a poner derecho y emprendemos otra vez la marcha; atravesamos el Sosva y, de nuevo, entramos en terreno descubierto.

De tarde en tarde se ven abedules pequeños. Debemos de estar en un pantano.

—¿Cuántas verstas hemos hecho?, pregunté a Nikifor.

—Creo que unas trescientas pero no estoy seguro. ¿Quién puede medir aquí las verstas? El arcángel San Miguel y nadie más… Pero en tres días llegaremos a las fábricas, siempre que el tiempo nos ayude. Si hay una de esas tempestades de nieve, entonces no sé… Una vez me cogió una y en tres días no hice más que cinco verstas. ¡Que Dios nos libre!

Ya estamos en el pequeño Urvi, tres o cuatro yurtas miserables y sólo una de ellas habitada. Hace veinte años estaban pobladas pero los ostiacos desaparecen con una velocidad asombrosa… Diez verstas más y llegaremos al gran Urvi. ¿Encontraremos a Simón Pantui? ¿Nos dará los renos? Es absolutamente imposible continuar con los nuestros…

¡Qué mala suerte! En Urvi no encontramos a los *mujiks*, que deben de estar guardando el rebaño en las tiendas, a dos «trayectos». Tenemos que retroceder algunas verstas y luego dar un rodeo. Si nos hubiésemos parado en el pequeño Urvi nos habríamos enterado y habríamos economizado varias horas. En un estado de ánimo al borde de la desesperación, me siento, mientras las mujeres buscan un reno que pueda reemplazar a nuestro conductor cojo. Como en los demás sitios, las mujeres de Urvi están casi ebrias y, cuando enseño nuestras provisiones, me piden aguardiente. Me entiendo con ellas por medio de Nikifor que habla, lo mismo que el ruso, el zirián y los dos dialectos ostiacos, el de la «ribera alta» y el de la «baja», que se parecen muy poco. Los ostiacos de aquí no saben ni una palabra de ruso.

Sin embargo, hay que hacer notar que todos los juramentos rusos han entrado textualmente en su lengua y que, junto con el vodka, constituyen el resultado más claro de nuestra acción civilizadora. En medio de los confusos términos del idioma ostiaco, en un sitio donde nadie sabe decir «buenos días» en ruso, suena de repente y con perfecta claridad una de esas palabras incongruentes que son la gloria de nuestra lengua nacional y que el ostiaco pronuncia sin ningún acento, con perfecta claridad.

De vez en cuando ofrezco cigarrillos. Fuman mi tabaco con una deferencia mezclada de desdén. Estas gentes quemadas por el alcohol no son de ninguna manera sensibles al débil gusto de mis cigarrillos. Nikifor mismo que, en general, respeta los productos de la civilización, reconoce que mis cigarrillos no merecen ningún elogio. «Ni el caballo querría esta cebada», me explica.

Nos dirigimos hacia el campo. Esta región es desierta y salvaje; nuestros renos buscan el camino entre montañas de nieve, tropezando con los árboles y no acabo de explicarme cómo el cochero puede reconocer la ruta. Posee un instinto, como los renos, que nunca se enganchan los cuernos entre las ramas de los pinos o de los abetos. El nuevo conductor del trío que nos han dado en urvi tiene una enorme cornamenta de un metro por lo menos. El camino está constantemente obstruido por las ramas y da la impresión de que el animal se va a quedar enganchado. Pero, en el último momento, vuelve ligeramente la cabeza y ni siquiera roza una hoja de la rama.

Durante mucho tiempo he observada esta maniobra y me parecía infinitamente misteriosa, como lo parecen siempre las manifestaciones del instinto al hombre, que quiere razonar.

¡Nuevo contratiempo! El amo se ha ido con su obrero al campamento de verano, donde ha dejado una parte de su rebaño. Se le espera de un momento a otro pero no pueden decir cuándo llegará. En su ausencia, su hijo, un muchacho joven, no se atreve a concluir el trato. Nos vemos obligados a esperar. Nikifor deja a los renos en libertad para que busquen el musgo por su cuenta y coman, para que no se confundan nuestros animales con los del rebaño, les traza sus iniciales sobre el lomo con la punta del cuchillo. Después repara nuestro trineo, bastante estropeado por el mal camino que hemos recorrido. Totalmente desesperado, doy vueltas por los campos de nieve circundantes y después entro en la tienda. En las rodillas de una joven ostiaca está sentado un niñito de tres o cuatro años, completamente desnudo; la madre lo viste. ¿Cómo pueden vivir con niños, en estas casas a 40 o 50º bajo cero?

«De noche no se está mal —me explica Nikifor—, uno se mete en las pieles y se duerme bien. Yo mismo he pasado más de un invierno en una tienda. El ostiaco se mete completamente desnudo, por la noche, en una *malizza*. Se duerme bien. Lo más desagradable es levantarse, se hiela hasta la respiración… Sí, es fastidioso levantarse».

La joven ostiaca envuelve al niño con un extremo de su pelliza y le da el pecho. Aquí se alimenta así a los niños hasta los cinco o seis años.

Hago hervir agua en la lumbre. Mientras estoy de espaldas, Nikifor llena la palma de su mano (¡qué mano y qué palma, señor!) con té de mi caja y lo echa en la tetera. No tengo valor para hacerle una observación y me veo obligado a beber un té que ha pasado por esa mano… La palma de Nikifor se ha debido frotar con muchas cosas, pero desde luego no can jabón, desde hace mucho tiempo…

La ostiaca, después de haber alimentado a su niño, lo lava, lo seca con finas virutas, lo viste y después lo deja salir de la tienda. Me asombra la ternura con que trata a su hijo. Ahora se pone a trabajar: cose una pelliza de piel de reno con tendones secos del mismo animal; no solamente es una obra sólida sino incluso elegante. Lo adorna con un dibujo hecho con trozos de piel blancos y oscuros. En cada costura mete una cinta de tela roja. Son las mujeres las que hacen las pellizas para toda la familia.

¡Qué formidable trabajo!

El hijo mayor permanecía acostado en un rincón de la tienda, está enfermo desde hace tres años. Le procuran como pueden medicamentos, que toma en enormes cantidades: pasa todo el invierno en la tienda, es como decir al aire libre. El enfermo tiene una cara extrañamente inteligente: el sufrimiento ha puesto en sus rasgos una expresión que parece que está pensando… Me acuerdo que precisamente aquí murió, el mes pasado, un joven comerciante de Berezov, que había venido a buscar pieles y que estuvo varios días presa de la fiebre, sin ningún socorro.

El viejo Pantui, al que esperamos, tiene un rebaño de unos quinientos renos. Es famoso en toda la comarca por su riqueza. El reno es aquí el único valor: alimento, vestido y transporte. Hace algunos años, un reno costaba de seis a ocho rublos y el precio actual es de diez a quince. Nikifor explica esta subida por las epidemias continuas, en las que desaparecen cientos de estos animales.

Cada vez está más oscuro. Entrada la noche, es evidente que nadie querrá ocuparse de capturar renos en el rebaño pero no quiero desechar esta esperanza y espero al viejo con una impaciencia como no había sentido nunca…

La oscuridad era ya completa cuando llegó el viejo patrón con sus obreros. Entró en la tienda gravemente, nos saludó y se sentó ante el fuego. Su rostro, inteligente y autoritario, me llamó la atención. Los quinientos renos que poseía le permitían, sin duda, sentirse soberano.

Di un codazo a Nikifor.

—¡Háblele ya! ¿Para qué perder más tiempo?

—Espere, aún no es el momento; va a cenar.

Entró un obrero, un *mujik* alto, de anchas espaldas que nos saludó con una voz nasal, se cambió de botas en un rincón y se acercó al hogar. ¡Que rostro tan horrible! No tenía nariz, el labio superior estaba levantado hacia arriba y tenía siempre la boca medio abierta, mostrando unos poderosos dientes blancos. Me volví, espantado.

—¿Es ya el momento de ofrecerles «espíritu de vino»? pregunté a Nikifor, cuya autoridad reconocía en este aspecto.

—¡Precisamente!, contestó Nikifor.

Me fui a buscar la botella. La nuera del patrón que, a la llegada de éste, se había velado por primera vez el rostro, encendió una antorcha de abedul y buscó en un cofre, de donde sacó un vaso de metal. Nikifor limpió la taza con una esquina de su camisa y la llenó hasta el borde. La primera taza se la ofreció al viejo, explicándole que era «espíritu de vino». Éste inclinó la cabeza gravemente y, sin una palabra, se bebió de una vez el contenido de la taza, es decir, alcohol de 95º; no se le movió ni un solo músculo de la cara. Después bebió su hijo, hizo una mueca y escupió un buen rato en el fuego. Luego le tocó al obrero que, después de haber bebido, se puso a dar cabezadas. Por fin se ofreció la taza llena al enfermo, pero no la pudo acabar. Nikifor echó lo que quedaba al fuego para demostrar la calidad del regalo: el alcohol ardió enseguida con una llama clara.

—*Taak* [es fuerte], dijo tranquilamente el viejo, en su lengua.

—*Taak*, repitió el hijo, escupiendo aún.

—*Saka taak* [es muy fuerte], confirmó el obrero.

Nikifor bebió también, encontrando que, efectivamente, el alcohol era demasiado fuerte. Diluyeron un poco en el té, Nikifor tapó con el dedo la botella y la sacudió. Todos bebieron otra vez. Después echaron té en la botella y volvieron a beber. Por fin, Nikifor expuso el motivo de nuestra visita.

—*Sak joza*, dijo el viejo.

—*Khoza, sak joza*, repitieron todos a coro.

—Dicen que está muy lejos… Pide treinta rublos por llevarle hasta las fábricas.

—¿cuánto pide hasta Niaksinvoli?

Nikifor gruñó algunas palabras ininteligibles. Estaba descontento pero no supe la razón hasta más tarde. Sin embargo, habló con el viejo y me transmitió su respuesta: hasta Niaksinvoli trece rublos, hasta las fábricas treinta.

—¿Y cuándo traerán los renos?

—En cuanto amanezca.

—¿No se podría hacer ahora?

Nikifor les tradujo mi pregunta en un tono irónico. Todos se echaron a reír y movieron la cabeza diciendo que no. Comprendí que tendría que pasar la noche en este lugar y salí de la tienda para tomar el aire. Hacía buen tiempo. Me paseé durante media hora por la nieve y después me acosté en mi trineo.

Me eché, envuelto en pieles. Por encima de la tienda se había formado un círculo de luz en el aire por el fuego del hogar que se iba consumiendo. Alrededor, el silencio era absoluto, los árboles, inmóviles y las estrellas muy claras. El olor de la piel de reno, humedecida por mi respiración, me sofocaba un poco pero la piel me calentaba bien. La paz de la noche me hipnotizaba y me dormí con la firme resolución de despertarme en cuanto empezara a amanecer y partir lo antes posible. ¡Cuánto tiempo habíamos perdido, era horrible pensarlo!

Me desperté varias veces, alarmado, pero me rodeaban las tinieblas. Un poco después de las cuatro entré en la tienda y desperté a Nikifor, que despertó a todos los demás. La vida en los bosques durante inviernos de frío espantoso influye sobre estas gentes; cuando despertaron se pusieron a toser y a escupir de tal modo que no pude soportar el espectáculo y salí al aire libre. A la entrada de la tienda, un chiquillo de unos diez años se echaba con la boca agua en las mugrientas manos y se lavaba así la cara; cuando acabó la operación se secó cuidadosamente con un puñado de virutas.

Enseguida se fueron el obrero y el hijo del patrón, montados en raquetas para la nieve y con perros, a traer el rebaño junto a la tienda. Pasó por lo menos media hora antes de que apareciese el primer grupo de renos.

—Ya los han puesto en movimiento, me explicó Nikifor, pronto estará aquí todo el rebaño.

No fue así ni mucho menos. Aún tardaron dos horas en reunir un grupo considerable de animales. Andaban tranquilamente alrededor de la tienda, buscaban musgo bajo la nieve y se acostaban. El sol había salido e iba alumbrando la nieve. Las siluetas de los renos, grandes y pequeños, claros y oscuros, se perfilaban muy bien sobre el fondo blanco. Un cuadro maravilloso que me pareció fantástico y que no podré olvidar. Los renos estaban vigilados por perros; unos animales tan pequeños no temían lanzarse sobre un grupo de cincuenta cabezas en cuanto que se alejaban un poco y los renos, locos de terror, volvían al galope sobre la nieve.

Pero ni siquiera este cuadro me hacía no pensar en el tiempo perdido. El día 20 de

febrero —día en que se abría la Duma de Estado— fue para mí una mala jornada. Eran ya más de las nueve y aún tenía que esperar. Habíamos perdido veinticuatro horas, ahora ya no podríamos irnos hasta las once o las doce y nos quedaban aún, hasta Urvi, veinte o treinta verstas por una carretera muy mala. Si tenía mala suerte me podrían alcanzar hoy. Suponiendo que la policía se hubiese dado cuenta de mi evasión al día siguiente y si hubiese sabido por cualquiera de los compañeros de borrachera de Nikifor el camino que habíamos seguido, habría podido organizar la persecución desde el 19 por la noche. No habíamos hecho más que trescientas verstas. Es una distancia que se puede cubrir en veinticuatro o treinta horas. Les habíamos dado justo el tiempo necesario para alcanzarnos. Eso podía ser fatal.

Le expresé mi descontento a Nikifor. Debían de haber ido a buscar al viejo y no esperarlo; además, les habríamos podido dar algunos rublos más, a condición de haber salido por la noche. Desde luego que, si yo hubiese sabido hablar en ostiaco, lo habría arreglado pero si viajaba con él era precisamente porque no sabía el ostiaco, etc.

Nikifor, enfadado, miraba hacia otro lado.

—¿Y qué iba a hacer yo si no quería? Los renos de su rebaño están bien nutridos, bien cuidados; no se les puede coger de noche. Pero, después de todo, no importa, añadió, volviéndose hacia mí, ¡llegaremos!

—¿Llegaremos?

—¡Llegaremos!

Me pareció de repente que, en efecto, nada importaba, que llegaríamos. Tanto más cuanto que el claro se cubría ahora de renos y los ostiacos volvían ya.

—Vamos a coger los renos enseguida, dijo Nikifor.

Veo a los ostiacos coger los lazos y el viejo patrón, con gestos lentos, coger también la cuerda con el nudo en su mano izquierda. Después todos gritan, debe ser para preparar un plan de acción y escoger la primera víctima. Nikifor interviene también, hace levantarse a un grupo de renos y los empuja a un claro entre el viejo y su hijo.

Los renos asustados, corren en masa compacta; como un río de cabezas y cornamentas. Los ostiacos siguen con la vista un punto del torrente. El viejo lanza su lazo y sacude la cabeza, descontento; el joven ostiaco lo lanza y fracasa también. Pero el obrero, que está en un lugar descubierto, en medio de los animales, me inspira de repente respeto por su aspecto de instintiva seguridad: manda el lazo y, por el movimiento de su brazo, se ve que no fallará el golpe. Los renos se apartan para escapar de la cuerda pero un gran macho blanco, que lleva un leño en el cuello, da dos o tres saltos, se detiene y se vuelve: el lazo lo ha cogido por el cuello y los cuernos.

Nikifor me explica que acaban de coger al más revoltoso, al que dirigía el rebaño y se lo llevaba cuando hacían falta animales. Ahora sólo había que atarlo y todo iría sobre ruedas. Los ostiacos recogen de nuevo los lazos y los enrollan en su brazo

izquierdo. Después se llaman entre sí para ponerse de acuerdo. Un apasionamiento desinteresado por la caza se apodera de mí. Nikifor me señala una hermosa hembra de pequeños cuernos, a la que quieren coger, y yo mismo tomo parte en la operación. Empujamos por dos lados al grupo de renos hacia el lugar donde les esperan los lazos pero el animal ha debido sospechar algo porque da una vuelta brusca y desaparece en el bosque, perseguido por los perros. La maniobra envolvente vuelve a empezar; el vencedor es otra vez el obrero.

— Es una hembra estéril, me explica Nikifor. Por eso trabaja bien.

La caza resultaba interesante, aunque ya estaba resultando un poco larga. Después de la hembra, dos lazos agarraron a la vez a un enorme reno que, realmente, parecía un toro. Hubo después una interrupción porque un grupo se había escapado del círculo, huyendo al bosque. El obrero y el hijo del patrón se fueron tras ellos y volvieron al cabo de media hora. Al final, la caza dio mejores resultados y atrapamos trece renos, de los cuales siete estaban destinados para mí y para Nikifor y seis para los patronos. A eso de las once emprendimos por fin el camino con cuatro tiros de tres animales, hacia Urvi. El obrero nos acompañaría hasta las fábricas. Un séptimo reno corría, atado tras el trinco, de refresco.

El «toro» cojo que habíamos dejado en las Yurtas de Urvi cuando fuimos a las tiendas, no se había curado. Seguía echado tristemente en la nieve y se dejó coger sin necesidad de lazo. Nikifor le hizo otra sangría pero sin resultado, como antes. Los ostiacos afirmaban que la pata ya no le serviría para nada. Nikifor lo miró sin saber qué hacer y luego lo vendió como carne a uno de los patronos del lugar, por ocho rublos. Éste se llevó al pobre animal, atado con una cuerda. Así, de forma bastante triste, acabó la existencia de un «toro sin igual en el mundo». Es curioso que Nikifor lo vendiese sin pedirme permiso. Según el trato, él no sería el dueño de los renos hasta llegar al final del viaje. Sentí bastante abandonar al cuchillo del carnicero un animal que me había servido tan bien pero no tuve el valor de protestar… Cuando hubo guardado el dinero se volvió hacia mí y me dijo: «Ya lo ve, pierdo doce rublos». Este hombre debía olvidar que el tiro lo había pagado yo y que, según él, debía habernos llevado hasta el final; en cambio, a las trescientas verstas me veía obligado a alquilar otros animales y encima protestaba.

Hacía tanto calor que la nieve se fundía y la marcha era cada vez más difícil. Un «toro» de apariencia bastante modesta y con un solo cuerno nos servía de conductor. A la derecha iba la hembra estéril y en medio, un reno gordo y pequeño al que por primera vez enganchaban en un tiro. Escoltado a la derecha y a la izquierda, cumplía su tarea bastante bien. El ostiaco iba delante con un trineo en el que habíamos cargado los equipajes. Encima de la pelliza se había puesto un sobretodo rojo y, sobre el fondo de nieve, el trineo gris y el cielo gris, se destacaba como una pincelada inesperada pero necesaria.

La carretera era tan difícil que los arreos se rompieron dos veces en el trineo de delante; en cada parada se hundían los patines y luego era difícil emprender de nuevo

la marcha. Después de los dos primeros «trayectos», los renos estaban ya bastante cansados.

—¿Pararemos en las Yurtas de Nildin para tomar el té?, me preguntó Nikifor. Las otras yurtas están muy lejos.

Veía que los cocheros tenían ganas de tomar el té pero quería recuperar algo del tiempo perdido en Urvi. Les dije que no.

Como quiera, dijo Nikifor y, enfadado, atizó con la vara a la hembra.

Hicimos casi cuarenta verstas en silencio porque cuando Nikifor no está borracho se muestra muy taciturno. El frío era cada vez mayor, la carretera se helaba y mejoraba el camino. En Sanghi-tur-Paul decidimos parar. La casa que encontramos nos maravilló, al ver bancos y una mesa con un mantel de hule.

Durante la cena Nikifor me tradujo una parte de la conversación del obrero con las mujeres que nos servían y me enteré de cosas curiosas. Tres meses antes la mujer del ostiaco se había ahorcado. ¿Cómo? El diablo no lo hubiera imaginado, me decía Nikifor. Se había colgado con una cuerda fina que ató a una rama. El marido, mientras tanto, estaba en el bosque, cazando ardillas con otros ostiacos. El jefe del pueblo fue a buscarlo y le dijo que volviera porque su mujer había caído gravemente enferma («Aquí, como en todas partes, no se dice la verdad a la primera», pensé) pero el marido contestó: «¿Es que no hay nadie allí para encender el fuego? Su madre estará con ella… ¿Qué puedo hacer yo?» Pero el jefe insistió, el marido volvió a las yurtas y encontró a su mujer «madura». Es ya su segunda mujer, me dice Nikifor al terminar.

—¿Cómo? ¿La otra también se ahorcó?

—No, se murió de muerte natural, como Dios manda…

Me enteré de que los niños que el ostiaco había besado en la boca (lo que me había horrorizado) cuando salimos de Urvi eran de su primera mujer. Con la segunda había vivido sólo dos años y no tuvo hijos.

—¿Es que la casaron a la fuerza con ese hombre?, pregunté. Nikifor me informó.

—No, contestó, fue ella la que pidió casarse. Después él pagó treinta rublos a los padres de su mujer y vivieron en casa de ellos; no se sabe por qué se ahorcó.

—Debe ser algo que ocurre raramente, ¿no?, pregunté.

—¿Que se maten? Pasa a menudo entre los ostiacos. En el verano se ha matado uno de un tiro de fusil.

—¿Intencionadamente?

—No… Y otro también, un policía que se pegó un tiro. Y además se lo pegó en la torre de la comisaría. Se subió a lo alto y gritó: «¡Esto para vosotros, hijos de perra!», y se pegó el tiro.

—¿Un ostiaco?

—No, un tal Molodsovatov, un ruso… Nikita Mitrofanovitch…

Cuando salimos de las yurtas de Sanghi-tur-Paul era ya el anochecer.

La nieve no se fundía a pesar de que el tiempo se mantenía agradable. El camino

era ahora excelente, no demasiado blando pero agradable; estaba como debía estar siempre, decía Nikifor. Los renos avanzaban rápidamente y tiraban del trineo sin dificultad. Por último, tuvimos que desenganchar al tercer reno y atarlo al trineo por detrás porque, como no tenía que hacer ningún esfuerzo, daba saltos a los lados y podía romper la parte delantera del trineo. Los patines se deslizaban regularmente, sin ruido, como una barca sobre las aguas. En el espeso crepúsculo el bosque tomaba dimensiones gigantescas. No veía ya la carretera y tampoco sentía el movimiento del trineo. Los árboles, como empujados por un poder mágico, corrían a nuestro encuentro; las malezas huían por los lados; algunos viejos troncos, cubiertos de nieve, al lado de esbeltos abedules, pasaban delante de nosotros. Todo era misterioso. La respiración regular y apresurada de los renos sonaba en el silencio nocturno del bosque. Y cien sonidos olvidados se despertaban en mi recuerdo, siguiendo esta cadencia. De repente, en la profundidad del sombrío bosque, suena un silbido, que parece mágico e infinitamente lejano. Sin embargo, es el ostiaco el que silba, para distraer a sus renos, a algunos pasos de mí. Después, de nuevo, el silencio; otra vez el silbido lejano, y los árboles huyen sin ruido, de tinieblas en tinieblas.

Duermo algún rato y en mi sopor empiezo a tener un pensamiento inquietante. Por mi manera de viajar, los ostiacos deben tomarme por un rico comerciante. En este bosque perdido y con una noche tan oscura no hay ni un hombre, ni un perro, ¿qué puede detenerlos? Es cierto que tengo un revólver, pero está encerrado en mi saco de viaje y el saco está atado en el trineo del ostiaco que, en este momento, empieza a inspirarme sospechas. Lo tendré que sacar del saco en la primera ocasión y ponerlo junto a mí.

¡Es una extraña criatura nuestro cochero, con su abrigo rojo! La falta de la nariz no le impide tener olfato, se diría que huele la carretera y así la sigue. Conoce el menor matorral y, en pleno bosque, se mueve tan libremente como en su yurta. Acaba de decir a Nikifor que aquí hay musgo bajo la nieve y que se podría dar de comer a los animales. Nos detenemos y desenganchan. Son las tres de la mañana.

Nikifor me explica que los renos zirianos son astutos y que él, en sus viajes, nunca les permite pastar en libertad. Siempre los tiene sujetos porque es fácil soltar a un reno pero nunca se puede estar seguro de volverlo a coger. Sin embargo, el ostiaco es de otra opinión y dejó sueltos a los animales. Esta noble conducta era digna de recompensa pero yo consideraba con inquietud a los animales. ¿Qué pasaría si preferían el musgo de Urvi? La aventura sería enormemente desagradable. Antes de soltarlos, los cocheros derribaron dos grandes pinos e hicieron de cada uno seis maderos de un metro. Estos trozos de madera, en calidad de principio moderador, fueron colgados del cuello de cada una de los renos. «Esperemos —me decía yo— que no sean demasiado ligeros».

Tras haber soltado a los animales, Nikifor cortó madera y retiró la nieve de un círculo, en el cual hizo una hoguera; luego colocó unas cuantas ramas para que nos sirvieran de asientos. Colgó las marmitas de dos ramas húmedas, clavadas en la

nieve, y las llenó de nieve… Tomar el té ante una hoguera, sobre nieve de febrero, nos hubiera parecido seguramente menos interesante si hubiéramos tenido una helada de 40 o 50 grados bajo cero. Pero todo era favorable y el tiempo estaba tranquilo y tibio. Temía dormirme demasiado y no me acosté con los cocheros. Me quedé casi dos horas sentado ante el fuego, echándole leña y redactando, con esa luz incierta, mis impresiones del viaje.

Cuando empezó a aclararse el cielo desperté a los cocheros. No costó ningún trabajo enganchar de nuevo a los renos. Mientras los atábamos se hizo de día y todo tomó un aspecto absolutamente prosaico. Los pinos disminuyeron de altura y de corpulencia. Los abedules no corrían ya delante de nosotros. El ostiaco estaba medio adormilado y las sospechas que había concebido por la noche se esfumaron. Me acordé al mismo tiempo de que, en el viejo revólver que me había procurado antes de salir, sólo había dos cartuchos y me habían rogado que no me sirviese de ellos, para evitar accidentes. Así que el arma se quedó en mi saco de viaje.

Entramos en un bosque de los más poblados, interminable; pinos, abetos, abedules, alerces, cedros y, por encima del río, elegantes sauces. La carretera era buena y los renos corrían bastante. En el trineo de delante el ostiaco llevaba la cabeza inclinada y cantaba una melancólica copla que no tenía más que cuatro notas. Quizá pensaba en la vieja cuerda con la que se había colgado su mujer. Bosque, bosque… Uniforme y a la vez diverso, infinitamente variado en sus combinaciones. Un pino podrido impide el paso, está cubierto de nieve. Más allá, el bosque ha debido arder durante el último otoño. Los troncos secos, derechos, desprovistos de ramas, parecen postes de telégrafo inútiles o como los mástiles de un puerto helado, sin velas. Durante algunas verstas seguimos en la zona del incendio. Después todo son abetos, oscuros y muy juntos. Los viejos gigantes se entrelazan unos con otros, sus copas se confunden y detienen los rayos del sol. Las ramas están unidas por no sé qué hilos verdes y parecen cubiertas de una grosera tela de araña. Los renos y los hombres parecen muy pequeños en medio de estos abetos centenarios. Después empiezan a hacerse más raros los grandes árboles; en un claro se extienden cientos de jóvenes abetos, a igual distancia unos de otros.

En una curva por poco no hemos chocado con un trineo pequeño cargado de madera, arrastrado por tres perros y conducido por una niña ostiaca. Un niño de unos cinco años iba al lado del vehículo. Eran unos niños muy guapos. Me he fijado que, entre los ostiacos, los niños son generalmente muy guapos; entonces, ¿por qué son tan feos los adultos?

Bosques y más bosques: aquí ha habido otro incendio pero muy antiguo, entre los troncos quemados hay ya vegetación joven. ¿Cómo se incendiarán estos bosques? Debe ser por culpa de las hogueras.

—¿Qué hogueras?, me contesta Nikifor. No hay un alma por aquí durante el buen tiempo porque la carretera va por el río en verano. Es la tormenta la que los incendia. En cuanto empiezan a caer rayos se incendian los árboles, o bien, dos árboles se

frotan hasta que arden. Luego el viento se encarga de hacerlo correr. ¿Apagarlo? ¿Quién podría apagarlo? El viento lo propaga y el mismo viento lo apaga. Arde la resina, arden las ramas y sólo queda el tronco. Al cabo de dos años se seca la raíz y cae el tronco…

Hay muchos troncos secos que están a punto de caer. Algunos se mantienen apoyándose en las ramas de un abeto cercano. Aquí hay uno a punto de caer sobre la carretera, pero que se ha quedado, no se sabe cómo, a uno o dos metros del suelo. Hay que inclinarse para no darse un golpe en la cabeza. Aún atravesamos otra zona de grandes abetos; después, bruscamente, llegamos a un paso junto al río.

—Aquí se caza el pato en primavera porque el animal vuela haciendo altibajos. Cuando se pone el sol se coloca una red en uno de esos pasos, entre dos árboles. Una bandada de patos llega al paso y, como casi no hay luz, cae en la red. Entonces se tira de la cuerda y cae la red con todos los patos. Se pueden coger de una vez hasta cincuenta. Pero hay que tener tiempo de morderlos.

—¿De morderlos?

—Hay que matarlos para que no echen a volar. Se les muerde en la cabeza, hay que acabar pronto… La sangre corre por los labios… También se les puede matar con un bastón, pero vale más hacerlo con los dientes…

Al principio me había parecido que los renos, como los ostiacos, eran iguales entre sí pero pronto pude ver que cada uno de nuestros siete animales tenía su fisonomía particular y aprendí a distinguirlos. De vez en cuando miraba con ternura a estos extraordinarios animales que ya me habían acercado quinientas verstas al ferrocarril.

No nos queda ya alcohol. Nikifor, cuando no está borracho está sombrío. El ostiaco canta una copla que debe sin duda referirse a una cuerda. En algunos momentos me parece extrañísimo que sea yo, precisamente yo, el que está perdido en este desierto, en este inmenso desierto. Esos dos trineos, los siete renos y los dos hombres, todo se mueve por culpa mía, por mí… Dos hombres de edad, con familia, han dejado su casa y soportan todo tipo de dificultades porque eso es necesario para otro, un extraño al que no conocen.

Relaciones de este tipo existen en todas partes pero en ningún lado son tan chocantes como aquí, en los bosques vírgenes de Siberia, donde se traducen de una forma tan brutal, tan evidente… Como ya habíamos dejado comer a los renos por la noche pasamos de largo por las Yurtas de saradei y de Menk-ia-Paul y sólo nos detuvimos en las de Janglaz, cuyos habitantes son todavía más salvajes. Todo los asombra: los utensilios de mesa, las tijeras, las medias, la manta y todo lo que vieron que era mío excitó su entusiasmo. Cuando aparecía un nuevo objeto todos emitían un grito ronco. Para informarme había desplegado un mapa de la región de Tobolsk y leía en voz alta los nombres de todas las yurtas vecinas, de los riachuelos y de los ríos. Ellos me escuchaban con la boca abierta y, cuando hube acabado, dijeron a coro —según me comunicó mi intérprete— que todo era como yo había dicho. No tenía ya

calderilla y, para agradecerles su hospitalidad, di a todos, hombres y mujeres, cigarrillos y un bombón, con lo que se quedaron muy contentos. Una vieja ostiaca, menos fea que las otras y muy atrevida, se prendó de mí, mejor dicho, de mi equipaje. Por su sonrisa se veía que su sentimiento era absolutamente desinteresado, que era la admiración normal ante fenómenos de otro mundo. Me ayudó a cubrirme las piernas, después de lo cual nos estrechamos la mano afectuosamente y cada uno pronunció algunas palabras amables en su lengua.

—¿Se reúne pronto la Duma?, me preguntó de repente Nikifor.

—Hace ya tres días que está reunida.

—¡Ah!… ¿Y qué va a resultar? Habría que hacerles entrar en razón. Nosotros ya tenemos bastante. La harina, por ejemplo, costaba un rublo con cincuenta copecs y ahora, como dice el ostiaco, cuesta un rublo ochenta. ¿Cómo se va a vivir con esos precios? A nosotros los zirianos nos dan la lata más que a nadie: si llevas a la ciudad una carga de paja: paga. Si llevas leña: paga. Los rusos dicen como los ostiacos: «La tierra es nuestra». La Duma debería meterse en esto. Nuestro brigadier de policía no es malo pero el comisario no es de nuestro gusto…

—No dejarán a la Duma que se mezcle… Echarán a los diputados.

—Ésa es la desgracia, que los echarán, confirmó Nikifor, que añadió a esta declaración algunos términos dignos del antiguo gobernador de Saratov, Stolypin.

Llegamos de noche a las Yurtas de Niaksinvoli. En este lugar era posible cambiar los renos y decidí hacerlo, a pesar de la oposición de Nikifor. Insistía en conservar hasta el fin del viaje los renos de Urvi, esgrimiendo argumentos fútiles a la vez que multiplicaba los obstáculos mientras discutíamos. Su conducta me asombró pero por fin comprendí que pensaba en la vuelta, ya que con los renos de Urvi podría volver hasta el campamento donde había dejado los suyos. Pero no cedí y, por dieciocho rubios, alquilamos nuevos tiros para que nos llevaran hasta Nikito-lvdelski, gran pueblo al pie del Ural, donde se trabaja en la extracción del oro. Es la última etapa de la «ruta de los renos». Desde este lugar hasta el ferrocarril no quedaban más que ciento cincuenta verstas y había que hacerlas con caballos. Desde Niaksinvoli hasta Ivdeli hay unas doscientas cincuenta verstas, es decir, veinticuatro horas, si todo va bien.

En Niaksinvoli tuvimos las mismas dificultades que en Urvi: no se podían coger los renos de noche y hubo que dormir allí. Nos alojamos en una pobre isba ziriana. El dueño de la casa había sido empleado de un comerciante pero no se había entendido con su patrono y ahora no tenía ni dinero ni trabajo. Me extrañó enseguida su lenguaje, que era más bien de hombre cultivado que de campesino. Charlamos. Con gran inteligencia razonaba sobre la posibilidad que habría de disolver la Duma y la necesidad en que se vería el gobierno de «concluir un nuevo crédito».

—¿Han publicado todas las obras de Herzen?, me preguntó, entre otras cosas.

Y, sin embargo, este hombre instruido era un verdadero bárbaro. No hacía nada por ayudar a su mujer, que se cuidaba sola de toda la familia. Cocía pan para los

ostiacos dos veces al día. Ella misma traía el agua y la leña. Además, estaba cargada de niños. En toda la noche que pasamos en su casa no se acostó. Tras el tabique había una lámpara encendida y, por el ruido, comprendimos que removía la pasta en la artesa. En cuanto amaneció se puso en pie, preparó el samovar, vistió a los niños y llevó a su marido las botas secas.

—¿Por qué no la ayuda su marido?, le pregunté cuando estuvimos solos.

—Porque aquí no hay verdadero trabajo. La pesca no puede practicarse en este lugar. Tampoco tiene costumbre él de cazar pieles. Por esta parte tampoco se labra, el verano pasado nuestros vecinos han tratado de labrar por primera vez. ¿Qué se puede hacer? Los hombres no se ocupan de los trabajos de la casa, además, son perezosos, a decir verdad, más que los ostiacos. Por eso las chicas rusas no se casan nunca con zirianos, serían bien tontas si se pusieran ellas mismas la cuerda al cuello. Sólo lo hacemos nosotras, las mujeres zirianas, que tenemos la costumbre.

—¿Y las mujeres zirianas se casan con rusos?

—En cuanto quieren. A los campesinos rusos les gusta casarse con nosotras porque trabajamos mejor que nadie. Son las chicas rusas las que nunca se casan con zirianos.

—¿Dice usted que sus vecinos han tratado de labrar? ¿Han recogido algo?

—Sí, una buena cosecha. Uno ha sembrado un *pud* y medio de centeno y ha recogido treinta *puds*. El otro sembró un *pud* y su cosecha fue de veinte. El sitio labrado está a cuarenta verstas de aquí.

Niaksinvoli fue el primer lugar en mi camino donde oí hablar de tentativas agrícolas.

Por fin hemos conseguido dejar este lugar al mediodía. Nuestro nuevo cochero, como todos los cocheros, nos ha prometido salir al amanecer y no nos ha traído los renos hasta las doce. Nos ha puesto un muchacho para que nos conduzca.

El sol brillaba cegadoramente. Era difícil abrir los ojos, e incluso con los ojos cerrados la nieve y el sol penetraban por los párpados. Al mismo tiempo soplaba un viento frío que impedía a la nieve fundirse. No pudieron descansar nuestros ojos hasta que entrarnos en el bosque. El bosque era siempre el mismo y se veían señales de animales que, con ayuda de Nikifor, había aprendido a distinguir. Aquí, una liebre ha dejado huellas en círculos desconcertantes. Las marcas dejadas por las liebres son innumerables pues nadie caza este animal en la región. Al lado nuestro hay un lugar enteramente marcado de patas de liebre y de él parten huellas en todas las direcciones. Parece como si hubiera habido aquí un mitin, de noche, y los animales, sorprendidos por una patrulla, se hubieran dispersado en todas las direcciones. Las perdices son también muy numerosas y la marca dejada por su pata se ve por la nieve en todas partes. A lo largo de la carretera, en una extensión de unos treinta pasos se ven las pisadas circunspectas del zorro. Por la pendiente de nieve que baja al río han pasado lobos grises en fila. El ratón de bosque ha dejado su huella imperceptible en muchos sitios. Pasa lo mismo con el armiño, cuyas huellas parecen nudos de cuerda.

En la carretera hay huellas profundas, es el pesado alce que ha estado aquí.

Durante la noche nos detuvimos otra vez, desenganchamos, hicimos una hoguera para hacer el té y, cuando se hizo de día, esperé una vez más, con una impaciencia febril, la vuelta de los animales. Antes de irlos a buscar, Nikifor me dijo que uno de los renos había perdido su madera.

—¿Entonces, se ha ido?

—No, el «toro» está aquí, contestó Nikifor. Y se puso a refunfuñar contra el propietario de los animales, que no le había dado para el camino cuerdas ni lazo. Comprendí que la cosa no iba tan bien como Nikifor quería hacerme creer.

Trataron de coger primero el macho, que se había acercado por casualidad al trineo. Nikifor lanzó unos cuantos gritos roncos, al estilo de los renos, para atraerse al «toro». Éste se acercaba al cochero pero, en cuanto éste hacía un movimiento inquietante, se volvía hacia atrás rápidamente. Esta escena se repitió tres veces. Por fin, Nikifor tuvo la idea de poner en la tierra una cuerda, enrollada en varios círculos, y cubrirla de nieve, después volvió a imitar los gritos de los renos. Cuando el reno se acercó con pasos prudentes, Nikifor tiró de la cuerda y la madera que servía de freno a la huida del animal fue cogida en un anillo de la cuerda. Atado con una correa llevaron al macho al bosque, en calidad de parlamentario para con los demás renos. Pasó por lo menos una hora, ya se había hecho de día completamente. De vez en cuando oía a lo lejos voces humanas, después volvía el silencio. ¿Qué habría pasado con el reno que se había liberado de su freno? Durante el camino había oído hablar de casos en que se habían visto obligados a buscar durante dos o tres días a los renos; eso me preocupaba.

¡Pero no, mis hombres volvían ya con los animales!

Habían cogido a todos desde el principio, menos al que andaba suelto. El rebelde vagabundeaba y no se dejaba seducir por nada. Por fin se acercó por sí mismo a los renos que ya estaban capturados, se puso en medio de ellos y hundió el morro en la nieve. Nikifor llegó hasta él por detrás y le agarró la pata. El animal tiró fuerte y cayó, derribando también al cochero. Pero su esfuerzo fue inútil, Nikifor ganó.

A eso de las diez de la mañana llegamos a Sou-vada. Tres yurtas estaban cerradas y solamente había una que estaba habitada. Sobre unas maderas yacía el cuerpo enorme de una hembra de alce muerta, un poco más allá un ciervo abierto en canal; algunos trozos de carne algo azulada estaban colocados sobre el techo y, en medio de todo esto, dos crías de alce que debían de haber sido sacadas del vientre de la madre. Todos los habitantes estaban borrachos y dormían a pierna suelta. Nadie contestó a nuestros gritos ni a nuestros saludos. La isba era grande pero estaba increíblemente sucia y no había ni un solo mueble. Un trozo de hielo rajado, que servía de cristal en la ventana, estaba sujeto desde fuera con maderos. En las paredes había imágenes que representaban a los doce apóstoles, a todos los soberanos posibles e imaginables; se veía también el anuncio de una fábrica de caucho.

Nikifor encendió el fuego en el hogar. Poco después, una de las ostiacas se

levantó, titubeando aún. Cerca de ella, en su cama, había tres niños, entre ellos uno de pecho. Por lo visto, la caza había sido buena en estos últimos días, habían matado un alce y siete ciervos; seis de las piezas estaban aún en el bosque.

— ¿Por qué hay tantas casas vacías por todas partes?, pregunté a Nikifor cuando salimos de Sou-vada.

—Por diferentes razones… Si se muere alguien en una isba, los ostiacos ya no quieren seguir viviendo allí; la venden, la cierran, o la reconstruyen en otro lugar. Si una mujer impura entra en la casa, se acabó, hay que irse a otro sitio. En esos momentos, las mujeres viven aparte, en cabañas… Y, además, los ostiacos se mueren mucho… Por eso las yurtas están vacías…

—Escúcheme, Nikifor Ivanovitch, no vuelva a decir que soy un comerciante… Cuando lleguemos a las fábricas diga que soy un ingeniero de la expedición Goethe. ¿Ha oído usted hablar de esa expedición?

—No.

—Es que proyectan construir un ferrocarril desde obdorsk al océano Glacial para que los productos siberianos puedan ser embarcados directamente para el extranjero. Diga que he ido a obdorsk para eso.

Declinaba el día. Nos quedaban por hacer menos de cincuenta verstas hasta Ivdeli. Llegamos a las Yurtas de Oika-Paul a los diez minutos. La isba estaba llena de gente; todos borrachos. A los *vogules*, el pueblo que habita este lugar, les gusta beber con los ostiacos que llevan mercancías a Niaksinvoli. Me negué a entrar, temiendo que Nikifor se emborrachase justo al final del viaje.

—No beberé, decía él para tranquilizarme; sólo les compraré una botella para el camino.

Un *mujik* muy alto se acercó a nuestro trineo e interrogó a Nikifor en ostiaco. No comprendía nada de la conversación hasta que las dos partes hicieron sonar las enérgicas expresiones de la lengua rusa. El recién llegado estaba algo ebrio. Nikifor, mientras iba a informarse a la cabaña, encontró el tiempo suficiente para comprometer su equilibrio. Intervine en la conversación.

—¿Qué quiere?, pregunté a Nikifor, creyendo que su interlocutor era un ostiaco pero el otro me contestó. Había hecho a Nikifor las preguntas habituales: ¿Quién era el viajero? ¿Adónde iba? Nikifor lo había mandado al diablo y esta respuesta había sido la ocasión para un nuevo intercambio de ideas.

—¿Pero usted qué es, un ostiaco o un ruso?, le pregunté a mi vez.

—Un ruso, un ruso… Soy Chiropanov, de Niaksinvoli. ¿No será usted de la compañía Goethe?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Me habían pedido que siguiera a la expedición de Tobolsk cuando salieron para la primera exploración. Había allí un ingeniero, se llamaba Carlos Williamovitch… Pero no recuerdo su apellido…

—¿Putman?, dije yo por decir algo.

—¿Putman?, no, Putman no… Estaba la mujer de Putman pero el inglés se llamaba Croase.

—¿Y qué hace usted ahora?

—Estoy empleado con los Chulghin, en Niaksinvoli, soy su representante. Pero hace ya tres días que estoy enfermo, me duele todo el cuerpo…

Le di algunas medicinas y luego entramos en la cabaña.

El fuego acababa de consumirse en el hogar y nadie se ocupaba de él; la oscuridad era casi completa. La isba estaba llena de gente, unos sentados en las literas, otros en el suelo y otros de pie. Cuando nos vieron, las mujeres se cubrieron a medias el rostro con sus chales, según la costumbre. Encendí una vela y di a Chiropanov un poco de salicilato. Enseguida me rodearon los borrachos, ostiacos y vogules, quejándose de diversas enfermedades. Chiropanov servía de intérprete y les di quinina y salicilato para que lo tomaran en cualquier caso.

—¿Es verdad que vives en el lugar en que vive el zar?, me preguntó en mal ruso un vogul, un viejecillo seco.

—Sí, en Petersburgo, contesté.

—Estuve en la exposición y los vi a todos, al zar, al jefe de policía, al gran duque…

—¿Le llevaron allí en representación? ¿Vestido de vogul?

—Sí, sí… exclamaron todos, afirmando con la cabeza.

—Entonces era más joven, más fuerte… Ahora ya estoy viejo, y siempre enfermo…

Le di algunos medicamentos. Los ostiacos se mostraban muy contentos conmigo, me estrechaban la mano, me invitaban por décima vez a beber aguardiente y se mostraban bastante apenados de que no quisiera. Ante el hogar, Nikifor bebía una taza tras otra, una de aguardiente, otra de té y así sucesivamente. Le miré varias veces con un gesto significativo pero él miraba sólo la taza, haciendo ver que no se daba cuenta de mi intención. Tuve que esperar a que Nikifor acabara de beber su «té».

Hace ya tres días que hemos salido de Ivdeli y hemos hecho cuarenta y cinco verstas. Los ostiacos beben en todas partes. En Ivdeli nos detuvimos en casa de Dmitri Dmitrievitch Lialin, hombre excelente, que ha traído de las fábricas algunos libritos: el *Calendario popular* y el periódico.

—En el *Calendario popular* se muestran las diferencias en los sueldos; unos reciben doscientos mil rublos y otros ciento cincuenta. ¿Por qué esa diferencia? Yo no admito eso. No le conozco, pero se lo digo tranquilamente: yo no quiero eso… El 20 de este mes se reunió la Duma, ya veremos lo que hacen los «señores sociales». Hay unos cincuenta «sociales», ciento cincuenta populistas… «Negros» no hay muchos.

—Y ¿para quién son sus simpatías, si no es indiscreción?, dije.

—Por mis convicciones yo soy socialdemócrata… porque la socialdemocracia lo mira todo desde el punto de vista científico…

Yo me frotaba los ojos. En pleno bosque virgen, en una casucha sucia, en medio

de vogules borrachos, el empleado de un pequeño comerciante de pueblo se declaraba socialdemócrata en nombre de las «bases científicas». Lo confieso, me sentí orgulloso en nombre de mi partido.

—Usted no debería quedarse en este desierto, en medio de personas que no piensan más que en beber, le dije, sinceramente apiadado.

—¿Y qué puedo hacer? Antes trabajaba en Barnaul pero perdí aquel empleo. Tengo familia y me he visto obligado a venir aquí. Y cuando se vive con lobos hay que aprender a aullar con ellos. Me negué a ir con la expedición Goethe pero ahora iría bien a gusto. Si tienen necesidad de alguien, escríbanme. Me sentí molesto y tuve ganas de decirle que yo no era ingeniero ni miembro de la expedición sino un «social» evadido… Sin embargo, reflexioné y me abstuve.

Era ya hora de subir otra vez al trineo. Los vogules nos acompañaron al patio con la vela que les había regalado un poco antes encendida. El aire estaba tan quieto que la vela no se apagaba. Nos dijimos adiós varias veces y un ostiaco joven trató de besarme la mano. Chiropanov trajo una piel de ciervo y la puso en mi trineo como regalo. Se negó rotundamente a aceptar el dinero que le ofrecía pero cogió una botella de ron que había traído por si acaso. Nos fuimos.

Nikifor había recuperado su alegría. Por centésima vez me contaba que estaba en casa de su hermano cuando Nikita Serapionitch, «un astuto *mujik*», había venido a buscarlo y que él se había negado al principio pero que el cabo Suslikov le había dado cinco rublos y le había dicho: «¡Llévalo!», y que el tío Mijail Egoritch, un «buen *mujik*», le había dicho: «¡Imbécil! ¿Por qué no me habías dicho que llevarías a ese tipo?» cuando ya había terminado, Nikifor volvía a empezar:

—Le tengo que contar toda la verdad… Yo estaba sentado en casa de mi hermano, Pantelei Ivanovitch, no estaba borracho pero había bebido, como siempre. Bueno, eso, yo estaba sentado. De repente oigo que entra uno y es Nikita Serapionitch…

—Mire, Nikifor, vamos a llegar enseguida. Se lo agradezco mucho, nunca olvidaré su acción. Si me fuese posible le pondría hasta en los periódicos: «Se lo agradezco de todo corazón, Nikifor Ivanovitch Jrenov, sin él no habría podido evadirme».

—¿Y por qué no puede ponerlo?

—La policía…

—¡Ah! Es verdad. Si no fuera por eso quedaría muy bien. Ya he salido una vez en los periódicos.

—¡Ah!, ¿sí?

—Pues fue porque un comerciante de Obdorsk había utilizado el capital de su hermana y yo, bueno, yo le había ayudado. Ayudado no es la palabra justa pero… aporté mi granito de arena. Desde el momento en que el dinero está en tu casa, me decía yo, es que Dios te lo ha dado, ¿no es verdad?

—Bueno… no del todo…

—En fin, pero así fue… Le ayudé un poco. Nadie sabía nada, pero un tipo, Petrovitch Vajlajov, se enteró. ¡Un cochino tipo! Supo aquello y lo puso en el periódico: «Un ladrón, el comerciante Adrianov, ha tomado bienes del prójimo y otro ladrón, Nikita Jrenov, le ha secundado…»

—Debía de haberlo denunciado por calumnia, aconsejé a Nikifor. Había un ministro, del que ha debido oír hablar: Gurke; había robado o ayudado a robar, no se sabe bien, pero, cuando le denunciaron, persiguió a sus acusadores por difamación. Usted podía haber hecho lo mismo.

—¡Me hubiera gustado! Pero no podía, es mi mejor amigo… No lo hizo por maldad sino por broma… Un *mujik* bruto. No es un hombre sino una *cuenta corriente*, vamos…

A las cuatro de la mañana llegamos a Ivdeli. Fuimos a casa de Dimitri Dimitrievitch Lialin, que Chiropanov, me había recomendado como «populista». Era un hombre afable y hospitalario de verdad; me alegro de poder expresarle mi sincera gratitud aquí.

—Nuestra vida es tranquila, me contaba ante el samovar. La revolución no ha llegado hasta nosotros. Nos interesamos por los acontecimientos, desde luego, los seguimos en los periódicos, simpatizamos con los partidos avanzados y enviamos hombres de izquierda a la Duma pero la revolución aún no ha movido verdaderamente esta zona. En las fábricas y en las minas hay huelgas y manifestaciones. Sin embargo, nuestra vida es tranquila y no hay policía por aquí, salvo el brigadier de las minas… La primera estación de telégrafo está lejos, en las fábricas de Bogoslav, a ciento treinta verstas de aquí; allí empieza también el ferrocarril. ¿Deportados? Hay algunos: tres livonios, un maestro de escuela y un atleta de circo. Trabajan en la draga y son buena gente. Extraen oro y por la noche se reúnen en una casa para charlar… Puede continuar hasta las minas, nadie le detendrá; puede coger el coche de viajeros o alquilar un coche. Le encontraré un cochero.

Dije adiós a Nikifor. Apenas se tenía en pie.

—Tenga cuidado, Nikifor Ivanovitch, le dije, el aguardiente podría hacerle perderse en el camino de vuelta.

—No hay peligro… Lo que el vientre admite, la espalda puede aguantarlo, me contestó; fueron las últimas palabras que le oí.

Aquí se acaba el período «heroico» de mi evasión, el viaje en un trineo de renos, a través de bosques vírgenes y pantanos, con un recorrido de ochocientas verstas. Mi huida, incluso en los momentos más peligrosos fue, gracias a circunstancias favorables, mucho más fácil de lo que me había imaginado y de lo que les podría parecer a los que juzgan por las informaciones de los periódicos. El resto de mi viaje no tuvo ya nada de una evasión. Hasta las minas hice una parte del viaje con un funcionario de las contribuciones indirectas que revisaba las cuentas de los almacenes de aguardiente.

En Rudniki (las minas) me informé para saber si sería peligroso tomar el tren. Los

conspiradores del lugar me asustaron bastante hablándome de espías y me recomendaron que esperara ocho días en Rudniki para irme después, en un convoy que iba a salir, a Solikamsk, lugar mucho más seguro. No escuché el consejo y no he tenido que arrepentirme. En la noche del 25 de febrero me instalé sin la menor dificultad en un vagón del ferrocarril de vía estrecha de las minas y, tras veinticuatro horas de marcha lenta, llegué a la estación de Kuchva, donde cogí el tren para Perm. Por Perm, Viatka y Vologda llegué a Petersburgo en la noche del 2 de marzo. Me había costado doce días de camino coger un coche en la Avenida Nevski. No fue largo si se tiene en cuenta que tardamos un mes en hacer el viaje «en el otro sentido».

En el ferrocarril del Ural mi situación no era aún muy segura; en estos sitios se fijan rápidamente en los «extranjeros» que pasan y me habrían podido detener en cualquier sitio en cuanto hubieran avisado por telégrafo de Tobolsk pero cuando, veinticuatro horas más tarde, me encontraba cómodamente instalado en un vagón del tren de Perm, sentí de repente que había ganado la partida. El tren pasaba por los sitios en que habíamos sido tan ceremoniosamente recibidos por los policías y demás fuerzas «del orden» pero yo iba ahora en dirección contraria y mis sentimientos eran muy distintos. Al principio, este vagón espacioso y casi vacío me pareció estrecho y agobiante. Me fui a la plataforma, donde soplaba el viento, estaba oscuro y de mi pecho escapó un grito instintivo, un gran grito de alegría y de libertad.

El tren de la línea Perm-Kotlas me llevaba hacia adelante, siempre hacia adelante…

RESULTADOS Y PERSPECTIVAS[56]

Las fuerzas motrices de la Revolución

Para todos la revolución en Rusia llegó inesperadamente excepto para la socialdemocracia. Hacía ya mucho tiempo que el marxismo había pronosticado la inevitabilidad de la revolución rusa, que tenía que estallar como consecuencia del conflicto entre las fuerzas del desarrollo capitalista y las del absolutismo burocrático. El marxismo había predicho el contenido social de la revolución venidera.

Al considerarla una revolución burguesa señaló que las tareas «objetivas inmediatas» de la revolución serían las de crear condiciones «normales» para el desarrollo de la sociedad burguesa en su totalidad.

El marxismo tenía razón —esto ya no necesita de ninguna discusión ni prueba—. Los marxistas tienen hoy una tarea completamente distinta: reconocer, con ayuda del análisis de su mecanismo interno, las «posibilidades» de la revolución en desarrollo. Sería un grave error el equiparar simplemente nuestra revolución con los acontecimientos de los años 1789-1793 o del año 1848. Analogías históricas con las cuales el liberalismo se mantiene vivo no pueden reemplazar un análisis social.

La revolución rusa está caracterizada por particularidades que derivan de los rasgos muy especiales de nuestro desarrollo sociohistórico y que nos abren, por su parte, perspectivas históricas completamente nuevas.

PREFACIO A LA EDICIÓN DE 1919

El carácter de la revolución rusa era la cuestión principal alrededor de la cual se agrupaban, según la respuesta que daban, las diversas corrientes de ideas y organizaciones políticas en el movimiento revolucionario ruso. En la propia socialdemocracia esta cuestión provocó, desde que a causa del transcurso de los acontecimientos comenzó a plantearse de una forma concreta, las divergencias de opiniones más grandes. Desde 1904, estas divergencias de opiniones se han expresado en dos corrientes básicas: el menchevismo y el bolchevismo. El punto de vista menchevique partía del principio de que nuestra revolución era *burguesa*, es decir, que su consecuencia natural sería el paso del poder a la burguesía y la creación de las condiciones de un parlamento burgués. El punto de vista de los bolcheviques, en cambio, aun reconociendo la inevitabilidad del carácter burgués de la revolución venidera, planteaba la creación de una república democrática bajo la dictadura del proletariado y del campesinado.

El análisis social de los mencheviques se caracterizaba por una superficialidad extraordinaria y, en principio, iba a caer en analogías históricas aproximativas —el típico método de la pequeña burguesía *culta*—. Las advertencias de que las circunstancias del desarrollo del capitalismo ruso habían provocado grandes contrastes entre sus dos polos y habían condenado a la insignificancia a la democracia burguesa, no impedían a los mencheviques, como tampoco lo hicieron las experiencias de los siguientes acontecimientos, buscar incansablemente una democracia *auténtica, verdadera*, que tendría que ponerse a la cabeza de la *nación* e introducir condiciones parlamentarias, a ser posible democráticas, con vistas a un desarrollo capitalista. Los mencheviques intentaron siempre y en todas partes descubrir indicios de desarrollo de una democracia burguesa, y cuando no los encontraron se los imaginaron. Exageraban la importancia de cualquier declaración o discurso *democrático* y subestimaban, al mismo tiempo, la fuerza del proletariado y las perspectivas de su lucha. Los mencheviques se esforzaron tan fanáticamente en encontrar una democracia burguesa dirigente de forma que quedase asegurado el carácter burgués *legal* de la revolución, que ellos mismos se encargaron, con más o menos éxito, durante la revolución, cuando no apareció ninguna democracia burguesa dirigente, de cumplir con los deberes de aquélla. Está completamente claro que una democracia pequeñoburguesa sin ideología socialista alguna, sin un estudio marxista de las relaciones de clase, no podía actuar, en las condiciones de la revolución rusa, de otra forma que como actuaron los mencheviques como partido *dirigente* en la revolución de febrero. La ausencia de una base social seria sobre la que apoyar una democracia burguesa se demostró en las personas de los mismos mencheviques: caducaron rápidamente y fueron barridos por la continuación de la lucha de clases, ya en el octavo mes de la revolución.

A la inversa, el bolchevismo no estaba contagiado en lo más mínimo por la

creencia en el poder y en la fuerza de una democracia burguesa revolucionaria en Rusia. Desde el principio reconoció la significación decisiva de la clase obrera en la revolución venidera, pero su programa se limitaba, en la primera época, a los intereses de las grandes masas campesinas sin la cual —y contra la cual— la revolución no hubiese podido ser llevada a cabo por el proletariado. De ahí el reconocimiento (interino) del carácter demócrata burgués de la revolución.

Según su apreciación de las fuerzas internas de la revolución y de sus perspectivas, el autor no pertenecía, en aquel período, ni a la una ni a la otra corriente principal del movimiento obrero ruso. El punto de vista adoptado entonces por el autor puede ser formulado de una manera esquemática como sigue: correspondientemente a sus tareas más próximas, la revolución comienza siendo burguesa, pero luego hace que se desplieguen rápidamente potentes antagonismos de clases y sólo llega a la victoria si traspasa el poder a la única clase capaz de colocarse a la cabeza de las masas oprimidas: el proletariado. Una vez en el poder, el proletariado no quiere ni puede limitarse al marco de un programa demócrata burgués. Puede llevar a cabo la revolución sólo si la revolución rusa se prolonga en una revolución del proletariado europeo. Entonces se superará el programa democrático burgués de la revolución, junto con su marco nacional, y la dominación política temporal de la clase obrera rusa progresará hacia una dictadura socialista permanente. Pero si Europa no avanza, entonces la contrarrevolución burguesa no tolerará el gobierno de las masas trabajadoras en Rusia y empujará hacia atrás al país —muy por detrás de la república democrática de obreros y campesinos—. El proletariado, pues, llegado al poder, no debe limitarse al marco de la democracia burguesa sino que tiene que desplegar la táctica de la *revolución permanente*, es decir anular los límites entre el programa mínimo y el máximo de la socialdemocracia, pasar a reformas sociales cada vez más profundas y buscar un apoyo directo e inmediato en la revolución del oeste europeo. Esta posición debe ser desarrollada y fundada por este trabajo, reeditado ahora y que fue escrito en 1904-1906.

El autor ha defendido, durante una década y media, el punto de vista de la revolución permanente, pero al evaluar las fracciones en lucha mutua dentro de la socialdemocracia cometió un error. Como entonces ambas partían de las perspectivas de una revolución *burguesa*, el autor creía que las divergencias de opiniones no eran tan profundas como para justificar una escisión. Al mismo tiempo esperaba que el transcurso posterior de los acontecimientos demostraría claramente a todos, por un lado, la falta de fuerzas y la impotencia de la democracia burguesa rusa, y por el otro lado, el hecho de que al proletariado le sería objetivamente imposible mantenerse en el poder dentro del marco de un programa democrático; y que, en suma, ello haría desaparecer el terreno de las divergencias de opinión entre las fracciones.

Sin pertenecer a ninguna de las dos fracciones durante la emigración, el autor subestimaba el hecho cardinal de que en las divergencias de opiniones entre los bolcheviques y los mencheviques figuraban, de hecho, un grupo de revolucionarios

inflexibles por un lado, y por el otro una agrupación de elementos cada vez más disgregados por el oportunismo y la falta de principios. Cuando estalló la revolución en 1917, el partido bolchevique representaba una organización centralizada fuerte, que había absorbido a los mejores elementos entre los obreros progresistas y de la *intelligentsia* revolucionaria y que se orientaban, en su táctica, de completo acuerdo con la situación internacional y con las relaciones de clase en Rusia —después de una breve lucha interior— hacia una dictadura socialista de la clase obrera. La fracción menchevique, en cambio, había madurado, en aquella época, justo lo suficiente para realizar —como ya hemos mencionado— las tareas de una democracia burguesa.

Al editar de nuevo su trabajo, el autor desea, no sólo explicar aquellos fundamentos teóricos de base que, desde los comienzos del año 1917, le permitían a él y otros camaradas que estuvieron durante una serie de años fuera del partido bolchevique, a entrelazar su propio destino con el del partido (esta declaración personal no sería un motivo suficiente para una reedición del libro), sino también recordar aquel análisis histórico-social de las fuerzas motrices de la revolución rusa, según el cual la conquista del poder político por la clase obrera podía y tenía que considerarse como tarea de la revolución rusa —y esto mucho antes de que la dictadura del proletariado llegase a ser un hecho consumado—. El hecho de que ahora podamos editar sin modificaciones un trabajo escrito en 1906 y formulado en sus rasgos básicos ya en 1904, es una muestra convincente de que la teoría marxista no está del lado del apoyo menchevique a una democracia burguesa, sino del lado del partido que de hecho realiza actualmente la dictadura de la clase obrera.

La instancia última de la teoría sigue siendo la experiencia. El hecho de que los acontecimientos en los cuales participamos ahora y las formas de esta participación estuviesen ya previstos, en sus rasgos básicos, hace una década y media, es una prueba irrefutable de que la teoría marxista ha sido aplicada correctamente por nosotros.

En el apéndice reproducimos el artículo «La lucha por el poder», que apareció en el periódico parisiense *Nache Slovo* [Nuestra Palabra] del 17 de octubre de 1915. El artículo tiene una función polémica: en él se parte de la crítica de la *carta* programática del líder del menchevismo «a los camaradas de Rusia», y se llega a la conclusión de que, en la década posterior a la revolución de 1905, el desarrollo de las relaciones de clases minaba más aún las aspiraciones mencheviques por una democracia burguesa, habiendo unido, por el contrario, más estrechamente el destino de la revolución rusa con la cuestión de la dictadura de la clase obrera. ¡Hay que ser testarudo para hablar, todavía, después de una lucha ideológica de años, del *aventurerismo* de la revolución de octubre!

Cuando se habla de la relación de los mencheviques con la revolución, no se puede evitar el mencionar la degeneración menchevique de Kautsky, que expresa ahora en la *teoría* de los Mártov, Dan y Tsereteli su propia decadencia teórica y política. Después de octubre del 1917 oímos decir a Kautsky que la conquista del

poder político mediante la clase obrera, también sería la tarea histórica del partido socialdemócrata pero que —dado que el partido comunista ruso no ha llegado al poder entrando por la puerta ni a la hora prevista en el horario de Kautsky— se debería dejar la república soviética a la corrección de Kerensky, Tsereteli y chernov. Esta crítica pedante reaccionaria de Kautsky, debe haber sorprendido aún más a los camaradas que han vivido con plena conciencia el período de la primera revolución rusa y que han leído el artículo de Kautsky de 1905-1906. Entonces comprendió y reconoció Kautsky (seguramente no sin la influencia bienhechora de Rosa Luxemburgo) que la revolución rusa no podría terminar en una república democrática burguesa, sino que tendría que conducir, dado el nivel alcanzado por la lucha de clases en el interior del país y la situación internacional del capitalismo, a la dictadura de la clase obrera. Kautsky hablaba entonces directamente de un gobierno obrero con mayoría socialdemócrata. No se le ocurría hacer depender el transcurso real de la lucha de clases de combinaciones superficiales y temporalmente limitadas de la democracia política. Kautsky comprendía entonces que una revolución comienza primeramente con el despertar de masas de millones de campesinos y pequeñoburgueses, y ni siquiera de un golpe sino lentamente, capa por capa; que, en el momento en que la lucha entre el proletariado y la burguesía capitalista se acerca a su momento decisivo, se encuentran todavía amplias masas campesinas a un nivel primitivo de desarrollo político, dando sus votos a los partidos políticos de las capas intermedias, que precisamente reflejan únicamente el atraso y los prejuicios del campesinado. Kautsky comprendió entonces que el proletariado, una vez que ha llegado a la conquista del poder por la lógica de la revolución, no puede aplazar sus funciones arbitrariamente por un tiempo indefinido, ya que con esta renuncia dejaría el campo libre a la contrarrevolución. Kautsky comprendió entonces que el proletariado, si tiene el poder revolucionario en sus manos, no hará el destino de la revolución dependiente del estado de ánimo pasajero de las masas menos conscientes y despiertas, sino que, al contrario, convertirá toda la autoridad pública que se concentra en sus manos en un aparato de ilustración y organización de estas masas campesinas más atrasadas e ignorantes. Kautsky comprendió que llamar a la revolución rusa una revolución burguesa y limitar sus tareas consecuentemente, significa no comprender nada de lo que pasa en el mundo. Reconoció correctamente, junto con los marxistas revolucionarios de Rusia y Polonia, que —si el proletariado ruso conseguía el poder antes que el europeo— debería aprovechar su posición de clase dominante no para traspasar urgentemente sus posiciones a la burguesía, sino para apoyar poderosamente la revolución proletaria en Europa y en todo el mundo. Todas estas perspectivas internacionales, penetradas por el espíritu de la doctrina marxista, no se hacían dependientes, ni para Kautsky ni para nosotros, de cómo y por quién votaría el campesinado en noviembre y diciembre de 1917 en las elecciones de la así llamada Asamblea Constituyente.

Ahora, cuando las perspectivas trazadas hace 15 años han llegado a ser realidad,

Kautsky niega a la revolución rusa el acta de reconocimiento con la argumentación de que no ha sido librada en la comisaría política de la democracia burguesa. ¡Qué hecho más asombroso! ¡Qué increíble envilecimiento del marxismo! Puede decirse con todo derecho que la decadencia de la Segunda internacional ha encontrado una expresión aun más horrible en este juicio filisteo sobre la revolución rusa de uno de sus más grandes teóricos, que a causa del acuerdo respecto a los créditos de guerra del 4 de agosto.

Kautsky desarrolló y defendió durante décadas las ideas de la revolución social. Ahora, cuando ha estallado, se aparta lleno de espanto. Se resiste al poder soviético en Rusia y adopta una postura hostil contra el movimiento poderoso del proletariado comunista en Alemania. Kautsky se parece desconcertantemente a un maestrillo de escuela miserable que describe, año tras año, en las cuatro paredes de su clase enmohecida, a sus alumnos la primavera y luego, cuando por fin al final de su actividad pedagógica, sale una vez a ver la naturaleza en primavera, no reconoce la primavera, se enfada (lo que pueda enfadarse un maestrillo de escuela) e intenta demostrar que la primavera no es ninguna primavera sino sólo un gran desorden de la naturaleza, puesto que atenta contra las leyes de las ciencias naturales. ¡Qué bien está que los obreros no se fíen de este pedante, equipado de tan alta autoridad, sino que se fíen de la voz de la primavera! Nosotros, los discípulos de Marx, seguimos convencidos, junto con los obreros alemanes, de que la primavera de la revolución ha empezado en completo acuerdo con las leyes de la naturaleza social y, al mismo tiempo, con la teoría marxista; ya que el marxismo no es el puntero de un maestrillo de escuela que está por encima de la historia sino el análisis social de las vías y formas del proceso histórico tal como se realiza en realidad.

No he modificado los textos de los dos trabajos impresos —de 1906 y de 1915—. Originariamente quería completarlos con notas que acercasen la representación al momento actual. Pero al leer el texto he abandonado este proyecto. Si hubiese querido entrar en detalles hubiese duplicado con las notas el tamaño del libro, para lo cual, en la actualidad, me falta el tiempo; además, para el lector semejante «libro de dos pisos» hubiera sido incómodo. Pero creo que lo principal es que el razonamiento se aproxima, en sus rasgos esenciales, a la situación actual y el lector que se someta a la molestia de estudiar este libro con más atención completará, sin esforzarse, la representación con los hechos necesarios de la experiencia de la revolución actual.

León Trotsky
Kremlin, 12 de marzo de 1919

I. Las particularidades del desarrollo histórico

Comparando el desarrollo social de Rusia con el de otros Estados europeos —resumiendo sus rasgos comunes y poniendo de relieve las diferencias entre su historia y la historia rusa— estamos en condiciones de decir que la característica esencial del desarrollo social ruso es su primitivismo y su lentitud.

No queremos ocuparnos aquí de las causas naturales de este primitivismo, pero el hecho en sí nos parece indudable: la sociedad rusa nació sobre una base económica más simple y más pobre.

El marxismo enseña que el desarrollo de las fuerzas productivas constituye la base del proceso socio-histórico. La formación de corporaciones y clases económicas es posible, solamente, cuando este desarrollo ha alcanzado un punto determinado. Es necesario, para la diversificación de capas y clases, que viene a su vez determinada por el desarrollo de la división del trabajo y la formación de funciones sociales especializadas, que la parte de la población que está ocupada directamente en la producción material produzca, por encima de su propio consumo, un plusproducto, un excedente: y solamente por enajenarse de este excedente pueden nacer y estructurarse las clases no productivas. La división del trabajo dentro de las mismas clases productivas únicamente es imaginable a partir de un cierto nivel de desarrollo en la agricultura, en el cual queda garantizado el abastecimiento de la población no campesina con artículos agrícolas. Estas condiciones previas para el desarrollo social ya han sido formuladas exactamente por Adam Smith.

De ello resulta —aunque el período de Novgorod en nuestra historia coincide con los comienzos de la Edad Media europea— que el lento desarrollo económico, debido a condiciones histórico-naturales (situación geográfica desfavorable, población escasa), obstaculizó el proceso de la formación de clases, dándole un carácter más primitivo.

Es muy difícil decir qué dirección habría tomado la historia de la sociedad rusa si hubiera transcurrido aisladamente y si hubiese sido influenciada sólo por sus tendencias internas propias. Basta mencionar que ése no ha sido el caso. La sociedad rusa que se formaba sobre una determinada base económica interior estaba siempre bajo el influjo, e incluso bajo la presión, del medio socio-histórico exterior.

En el proceso del enfrentamiento de ésta ya formada organización socioestatal con las otras vecinas jugaron un papel decisivo: del lado de una el primitivismo de las circunstancias económicas y, del de las otras, su nivel de desarrollo relativamente alto.

El Estado ruso que se había formado sobre una base económica primitiva, entró en relación y llegó a tener conflictos con organizaciones estatales que se habían desarrollado sobre una base económica más alta y más estable. Aquí se planteaban entonces dos posibilidades: o bien el Estado ruso se hundiría en esta lucha, como se habían hundido la Horda de oro en la lucha con el Estado de Moscú, o bien el Estado

ruso tendría que adelantarse, en su desarrollo, a la evolución propia de las condiciones económicas y gastar muchas más energías vitales de las que hubiesen sido necesarias en el caso de un desarrollo aislado. Para la primera alternativa la economía rusa no era *lo bastante* primitiva. El Estado no se deshizo, sino que empezó a desenvolverse merced a un supremo esfuerzo de sus fuerzas económicas.

Lo esencial no es, por tanto, que Rusia estuviera rodeada de enemigos. Eso sólo no es suficiente. En principio eso vale para cualquier Estado europeo excepto quizás para Inglaterra; pero con la diferencia de que, en su lucha por la existencia, estos Estados se apoyaban en una base económica más o menos homogénea y, por esto mismo, el desarrollo de su estabilidad no estaba expuesta a una presión *exterior* tan fuerte.

La lucha contra los tártaros nogaicos y los de Crimea exigía el máximo de esfuerzo; pero no más que la lucha secular de Francia contra Inglaterra. No fueron los tártaros los que obligaron a la vieja Rusia a introducir las armas de fuego y los regimientos permanentes de la guardia imperial, no fueron los tártaros los que la obligaron más tarde a crear la caballería y la infantería. Fue la presión por parte de Lituania, Polonia y Suecia.

como consecuencia de esta presión ejercida desde Europa occidental, el Estado devoró una parte excesivamente grande de la plusvalía, o lo que es lo mismo, vivía a expensas de las clases privilegiadas que se acababan de formar, retardando así su —de todos modos— lento desarrollo. Pero esto no es todo. El Estado se lanzó sobre el «producto necesario» del campesino, le privó de sus medios de existencia, obligándole, con ello, a abandonar la tierra en la que acababa de establecerse y, de esta manera, obstaculizó el crecimiento de la población, frenó el desarrollo de las fuerzas productivas. Así es que, en la medida en la cual el Estado devoró una parte desproporcionada de la plusvalía, obstaculizó la diversificación, ya bastante lenta, de las capas sociales; y en la misma medida en que quitó una parte considerable del producto *necesario* destruyó él mismo las primitivas bases de producción, que eran su apoyo.

Pero, sobre todo, para apropiarse de una parte del producto social, necesario para seguir existiendo y funcionando, el Estado *necesitaba* una organización *jerárquico-clasista*. Así, mientras minaba las bases económicas de su crecimiento, pretendía, al mismo tiempo, forzar su desarrollo mediante medidas estatales autoritarias e intentaba —como cualquier otro Estado— guiar a su gusto el proceso de formación de las capas sociales. En ello un historiador de la civilización rusa, Milyukov, ve un *contraste* directo con la historia de occidente. Sin embargo, no hay aquí en verdad ningún contraste.

La monarquía clasista de la Edad Media, que más tarde evolucionó hacia un absolutismo burocrático, representaba una forma de Estado en la cual estaban arraigados determinados intereses y relaciones sociales. Pero esta forma de Estado, una vez formada y establecida, engendró intereses propios (dinásticos, cortesanos,

burocráticos…) que entraron en conflicto no solamente con los intereses de las capas bajas sino incluso con los de las capas altas. Las clases dominantes, que formaban un *muro de separación* socialmente imprescindible entre las masas de la población y la organización estatal, presionaron sobre esta última y convirtieron sus propios intereses en el contenido de su praxis estatal. Pero la autoridad pública defendió, al mismo tiempo, *su propio* punto de vista, también frente a los intereses de las clases altas. Como tal poder independiente, ella desarrolló una política de oposición contra las aspiraciones de aquéllas e intentó subordinarlas. La historia efectiva de las relaciones entre Estado y clases transcurrió en el sentido de una resultante que estaba determinada por esta constelación de fuerzas. Un proceso, similar en su esencia, tuvo lugar también en la vieja Rusia.

El Estado intentaba aprovecharse de los grupos económicos en desarrollo y subordinarlos a sus intereses financieros y militares específicos. Los nacientes grupos económicos dominantes intentaron servirse del Estado para asegurarse sus privilegios en forma de privilegios de clase. En este juego de fuerzas sociales, el poder del Estado tuvo una importancia mucho más grande que en la historia de la Europa occidental.

Este intercambio de ayudas mutuas entre el Estado y los grupos sociales superiores, que se expresa en la distribución, de mutuo acuerdo, de derechos y obligaciones, de cargas y privilegios, se realiza a expensas del pueblo trabajador.

En Rusia, el intercambio era menos ventajoso para la aristocracia y el clero que en las monarquías clasistas medievales de Europa occidental. Eso es indiscutible. Y, sin embargo, decir que en Rusia la autoridad pública hubiese creado, de por sí, las clases, por su propio interés, mientras que en el occidente, en la misma época, las clases crearon el Estado, es una increíble exageración, una absoluta falta de perspectiva (Milyukov).

No se pueden crear clases por un procedimiento, por un mero expediente jurídico estatal. Antes de que este o aquel grupo social pueda, con ayuda de la autoridad pública, devenir una clase privilegiada, tiene de manera previa que haberse formado económicamente, y, por añadidura, con todas sus prerrogativas sociales. No se pueden fabricar clases según una jerarquía preconcebida o según el modelo de la Legión de Honor. La autoridad pública únicamente puede depositar todo el peso de su ayuda para favorecer este proceso económico elemental, del cual se derivan más tarde las formaciones económicas superiores. Como hemos mostrado, el Estado ruso gastó relativamente muchas fuerzas y obstaculizó el proceso de cristalización social, pese a que él mismo lo necesitaba. Es por tanto natural que, por su parte, intentara forzar, bajo la influencia y la presión del mundo occidental socialmente más configurado (una presión que fue proporcionada mediante la organización militar estatal), la diversificación social sobre una base económica primitiva. Además: como la necesidad de acelerar este proceso había surgido de la debilidad del desarrollo socioeconómico, es natural que el Estado, en sus esfuerzos previsores, aspirara a

aprovechar su preponderancia de poder para dirigir, según su propio criterio, precisamente este desarrollo de las clases altas. Pero cuando el Estado quiso obtener éxitos mayores en este sentido tropezó, ante todo, con su propia debilidad, con el carácter primitivo de su propia organización; y éste estaba, como ya sabemos, determinado por el primitivismo de la estructura social.

Así fue impulsado el Estado ruso, construido sobre la base de la economía rusa, por la presión amistosa y, más aún, por la presión rival de las organizaciones estatales vecinas que se habían formado sobre una base económica más desarrollada. A partir de un momento determinado —en especial desde finales del siglo XVII— el Estado aspiró a acelerar artificialmente con un esfuerzo supremo, el desarrollo económico natural. Nuevos ramos de oficios, máquinas e industrias, producción en gran escala y capital parecen, por decirlo así, servir como injertos en el tronco económico natural. El capitalismo aparece como un hijo del Estado. Desde este punto de vista también se podría decir que toda la ciencia rusa es un producto artificial de los esfuerzos estatales, puesta artificialmente sobre el tronco natural de la ignorancia nacional[57].

El pensamiento ruso se desarrolló, como la economía rusa, bajo la presión directa del pensamiento y de la economía —más avanzados— de Occidente. Como a consecuencia del carácter económico natural de la economía, es decir como a consecuencia del comercio exterior muy poco desarrollado, las relaciones con los otros países tenían un carácter principalmente estatal, la influencia que Rusia debía sentir de estos países, antes de poder adoptar la forma de competencia económica directa, se manifestó más bien como una lucha encarnizada por la existencia estatal misma. La economía occidental influenció sobre la rusa por mediación del Estado. Para poder sobrevivir mejor en medio de Estados enemigos y mejor armados, Rusia estaba obligada a introducir fábricas, escuelas de navegación, libros instructivos sobre la construcción de instalaciones de fortificación, etc. Pero si el movimiento general de la economía interior no se hubiera dirigido en este sentido, si la evolución de ésta economía no hubiese creado una necesidad de aplicación y generalización de los conocimientos, entonces todos los esfuerzos del Estado hubieran sido infructuosos: la economía nacional, que evolucionaba de una manera normal de la forma de economía natural a la forma de economía dinero-mercancías, solamente reaccionó a las medidas del gobierno que se correspondían con esta evolución, y solamente en la medida en que estaban de acuerdo con ella. La historia de la fábrica rusa, del sistema monetario ruso y del crédito estatal es una prueba contundente de esta interpretación de los hechos que acabamos de exponer.

«La mayoría de los ramos industriales (metal, azúcar, petróleo, aguardiente e incluso tejidos de fibra) —escribe el profesor Mendeleev— nacieron directamente bajo la acción de medidas gubernamentales, a veces también con ayuda de altas subvenciones pero, sobre todo, porque el gobierno pretendía, por lo visto, en todas las épocas, una política proteccionista consciente, llegando, durante el reinado del zar Alejandro, a escribirla abiertamente sobre su bandera… El gobierno supremo que se

atenía, para Rusia, con plena conciencia, a los principios del proteccionismo, se había adelantado a todas nuestras clases instruidas en conjunto». El sabio panegirista del proteccionismo industrial olvida añadir que la política gubernamental no estaba dictada sobre la base de una preocupación por el desarrollo de las fuerzas productivas sino por consideraciones puramente fiscales y, en parte, técnico-militares. Por este motivo, la política de aranceles protectores estaba en contradicción no solamente con los intereses fundamentales del desarrollo industrial sino también con los intereses privados de grupos de empresas individuales. Así, los fabricantes de algodón declararon abiertamente que «los aranceles de algodón tan altos no son mantenidos para la promoción del cultivo de algodón sino solamente a causa de intereses fiscales». Así como el gobierno al *crear* las clases había puesto los ojos sobre todo en los tributos para el Estado, también al *establecer* la industria dirigía su preocupación principal hacia las necesidades del fisco. Pero, indudablemente, la autocracia, al trasplantar la producción industrial en suelo ruso, jugaba un papel importante.

En la época en la que la sociedad burguesa en desarrollo empezó a sentir la necesidad de las instituciones políticas de occidente, la autocracia estaba equipada con un poder material semejante al de los países europeos. Se apoyaba en un aparato burocrático centralizado que era completamente insuficiente en orden al control de situaciones nuevas pero que, en cambio, era capaz de poner en movimiento grandes energías de carácter represivo sistemático. Las inmensas distancias del país habían sido superadas mediante el telégrafo, permitiendo que las iniciativas de la administración se realizaran con seguridad, con relativa unidad y con rapidez (en el caso de medidas represivas); los ferrocarriles hacían posible desplazar en poco tiempo tropas militares de un extremo al otro del país. Los gobiernos prerrevolucionarios de Europa apenas conocían ferrocarriles y telégrafos. El ejército que estaba a la disposición del absolutismo era realmente gigantesco y, si bien en los primeros ensayos, la guerra ruso-japonesa, se había mostrado inútil, era suficientemente bueno para el control del interior. No ya el gobierno de la vieja Francia, sino ni siquiera el gobierno de 1848 había conocido nada que pudiera igualarse al actual ejército ruso.

El gobierno, al mismo tiempo que con ayuda del aparato fiscal militar explotaba el país al máximo, aumentaba su presupuesto anual hasta la suma gigantesca de 2000 millones de rublos. Apoyado en el ejército y en el presupuesto, el gobierno autocrático convirtió la bolsa europea de valores en su tesoro privado y al contribuyente ruso en un tributario desesperado de esta bolsa.

Así el gobierno ruso se presentaba al mundo, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, como una inmensa organización impositivo y bursátil con una significación burocrático-militar y con un poder inconmovible.

El poder financiero y militar del absolutismo agobiaba e impresionaba no solamente a la burguesía europea sino también al liberalismo ruso, quitándole cualquier atisbo de esperanza en la posibilidad de una disputa abierta con el

absolutismo. Parecía como si el poder militar y financiero del absolutismo excluyera cualquier posibilidad de una revolución rusa.

En realidad ocurrió todo lo contrario. Cuanto más centralizado es un Estado y cuanto más desgajado está de la sociedad, tanto más pronto se convierte en una organización autónoma que está por encima de la sociedad. Cuanto más grandes son las fuerzas militares y financieras de tal organización, tanto más largamente y con más éxito puede luchar por su supervivencia. El Estado centralizador, con su presupuesto de 2000 millones, con sus 8000 millones de deuda y con millones de hombres sobre las armas, podía todavía mantenerse aun después de haber dejado de corresponder a las necesidades elementales del desarrollo social; necesidades, no sólo referentes a la administración interna, sino inclusive las necesidades relativas a la seguridad militar, para cuya garantía había sido, originariamente, creado.

Cuanto más duradera era esta situación, tanto más se desarrollaba la contradicción entre las exigencias del progreso económico y cultural y la política gubernamental, la cual multiplicaba su propia desidia *en millones de veces*. Al haber dejado atrás la época de las grandes reformas del tipo de soluciones de recambio —que no solamente no podían eliminar esta contradicción sino que, por el contrario, la ponían al descubierto claramente por primera vez— al gobierno se le hizo objetivamente cada vez más difícil, y psicológicamente cada vez menos posible, el emprender por sí mismo la marcha hacia el parlamentarismo. La única salida a esta contradicción que en la mencionada situación se le ofrecía a la sociedad, consistía en acumular el suficiente vapor revolucionario en la marmita del absolutismo para poder hacerla volar.

Así, el poder administrativo, militar y financiero del absolutismo, el mismo que le había proporcionado la posibilidad de sostenerse en plena contradicción con el desarrollo social, no solamente no excluía la posibilidad de una revolución —como pensaba el liberalismo— sino que, por el contrario, hacía que la revolución fuera la única salida; además, la revolución tendría un carácter tanto más radical cuanto más profundo se hiciera el abismo entre el poder del absolutismo y la nación.

El marxismo ruso puede, con toda razón, estar orgulloso de haber sido el único en señalar el sentido de esta evolución y de haber predicho sus formas generales[58], en una época en la que el liberalismo se nutría de un *practicismo* utópico y en que el movimiento revolucionario de los populistas vivía de fantasmagorías y de la creencia en milagros.

Todo este transcurso de la evolución social hacía la revolución inevitable. ¿Pero cuáles eran las fuerzas de esta revolución?

II. Ciudad y capital

El desarrollo de las ciudades en Rusia es un producto de la historia más reciente —más exactamente, un producto de las últimas décadas—. Hacia finales de la regencia de Pedro I, en el primer cuarto del siglo XVIII, la población urbana era de un poco más de 328 000 personas, aproximadamente el 3% de la población del país. Hacia finales del mismo siglo era de 1 301 000, aproximadamente un 4,1% de la población total. En 1812 había aumentado la población de las ciudades a 1 653 000, es decir un 4,4%. A mediados del siglo XIX contaban las ciudades todavía con sólo 3 482 000 personas, un 7,8%. En el último censo (1897) se contabilizó finalmente una cifra de población urbana de 16 289 000, lo que hace aproximadamente el 13% de la población total[59].

Si concebimos la ciudad no sólo como unidad administrativa sino como formación económico-social, entonces tenemos que admitir que las meras cifras mencionadas no reflejan realmente el desarrollo de las ciudades: la práctica estatal administrativa adjudicaba a determinadas ciudades innumerables privilegios con la misma arbitrariedad con que privaba a otras de los mismos y sin que en ello mediasen las más mínimas consideraciones de orden técnico-científico. Estas cifras manifiestan, sin embargo, tanto la falta de importancia de las ciudades en la Rusia anterior a las reformas como su crecimiento febril durante las últimas décadas. El crecimiento de la población urbana entre los años 1885 y 1887 era, según los cálculos de Mijailovski, de un 33,8%, es decir, más del doble del crecimiento de la población rusa en general (15,25%) y casi el triple del aumento de la población rural (12,7%). El incremento rápido de la población urbana (no agrícola) se expresa aún más claramente si añadimos los pueblos y las ciudades pequeñas con algo de industria.

Pero las modernas ciudades rusas no difieren de las viejas solamente por su número de habitantes sino también por su carácter social: son el centro de la industria y del comercio. La mayoría de nuestras viejas ciudades apenas desempeñaba un destacado papel económico; eran puntos administrativo-militares o fortalezas, su población estaba obligada al servicio militar y, asimismo, era mantenida por el fisco. La ciudad era generalmente un centro administrativo, militar y recaudador de impuestos.

Cuando la población no sujeta al servicio se establecía en el término municipal de la ciudad o en sus alrededores para encontrar protección contra sus enemigos, este hecho no impedía en absoluto el que continuara ocupándose en la agricultura. Incluso Moscú, la ciudad más grande de la vieja Rusia, era —según las explicaciones del Milyukov— únicamente «una residencia del zar, en la cual una parte considerable de sus habitantes estaba vinculada, de una manera o de otra, a la corte, sea como séquito, sea como guardia de palacio, sea como servidumbre. De más de 16 000 hogares que se habían contado en el censo de Moscú de 1701, sólo 7000 (44%) eran traficantes y artesanos; e incluso éstos vivían cerca de la corte y trabajaban para sus necesidades.

Los restantes 9000 hogares estaban formados por el clero (1500) y la clase dominante». La ciudad rusa, al igual que las ciudades que caracterizaron al despotismo asiático y a diferencia de las ciudades artesanales y comerciales de la Edad Media, realizaba pues una actividad puramente de *consumo*. Por la misma época en que la moderna ciudad occidental defendía con más o menos éxito la política de impedir que los artesanos se estableciesen en los pueblos, la ciudad rusa desconocía todavía por completo este fenómeno. Pero ¿dónde existía en Rusia una industria transformadora, un oficio? En los pueblos, en la agricultura. A causa del intenso pillaje por parte del Estado, el bajo nivel económico no dejaba ningún margen a la acumulación de riquezas ni a la división del trabajo social. El verano, mucho más corto, en comparación con el occidental, traía consigo una inactividad invernal más larga. Todo esto dio ocasión a que la industria transformadora no se separase de la agricultura ni se concentrase en las ciudades, sino que continuara como ocupación accesoria en el campo. Cuando en la segunda mitad del siglo XIX comenzó el desarrollo de la industria capitalista en gran escala, no encontró ninguna industria urbana sobre la cual asentarse, sino principalmente el oficio aldeano *kustar*[60]. El millón y medio de obreros fabriles que hay, como máximo, en Rusia —escribe Milyukov— tiene enfrente de sí a no menos de cuatro millones de campesinos que están ocupados en sus aldeas en la industria transformadora, sin dejar por esto la agricultura. Precisamente esta clase, de la cual […] surgió la fábrica europea, no participó en modo alguno […] en la construcción de la industria rusa.

El crecimiento posterior de la población y de su productividad proporcionó una base natural para la división del trabajo social y, desde luego, también para el oficio urbano. Pero a causa de la presión económica de los países avanzados, la gran industria capitalista se apoderó enseguida de esta base, de forma que no hubo tiempo suficiente para que el oficio urbano floreciese.

Los cuatro millones de artesanos *kustar* eran justamente el elemento que, en Europa, había formado el núcleo de la población urbana entrando a formar parte de los gremios como maestros y oficiales, y que luego, progresivamente, fueron cada vez más quedando fuera de los gremios hasta independizarse de ellos por completo. Era precisamente esta capa de artesanos la que, durante la gran revolución, constituía la parte principal de la población de los barrios más revolucionarios de París. Ya este mero hecho —la insignificancia de la industria urbana— había de tener consecuencias incalculables para nuestra revolución[61].

La característica económica esencial de la ciudad contemporánea es la transformación de las materias primas, de las cuales le abastece el campo; por este motivo son decisivas para la ciudad las condiciones de transporte. Sólo la introducción del ferrocarril podía ensanchar de tal manera el campo de abastecimiento de la ciudad hasta el punto de hacer posible la aglomeración de centenares de miles de personas; la necesidad de una tal aglomeración resultó de la gran industria fabril. El núcleo de población de una ciudad moderna, por lo menos de

una ciudad de importancia económica y política, es la clase de los obreros asalariados, claramente diferenciada. Justamente esta clase, que en la época de la gran revolución francesa era todavía sustancialmente desconocida, debía jugar en nuestra revolución el papel decisivo.

El sistema industrial fabril no solamente coloca al proletariado en la primera línea del frente sino que también empuja hacia la retaguardia a la democracia burguesa, quien en revoluciones anteriores había encontrado un apoyo en la pequeña burguesía urbana: artesanos, pequeños traficantes, etc. Y otra razón del papel político desproporcionadamente grande del proletariado ruso la constituye el hecho de que una parte considerable del capital ruso sea inmigrado. Esto ha conducido —según Kautsky— a que el proletariado haya aumentado en número, fuerza e influencia de una manera que no guardaba la más mínima proporción con el crecimiento del liberalismo burgués.

Ya explicamos cómo en Rusia el capitalismo no se desarrolló a partir del oficio artesanal. Cuando el capitalismo llegó a la conquista de Rusia traía consigo como auxiliar a la civilización económica europea; su competidor era el artesano *kustar* desamparado o el industrial urbano arruinado; y poseía en cambio a su favor, como reserva de fuerza de trabajo, al campesinado semiempobrecido. El absolutismo, por su parte, favoreció bajo diversos aspectos la subyugación capitalista del país.

Primero convirtió al campesino ruso en tributario de la bolsa mundial de valores. La falta, en el campo, del capital exigido continuamente por la ciudad, preparaba el terreno para las condiciones usurarias de los empréstitos extranjeros. Desde la regencia de catalina II hasta el ministerio Witte-Durnovo trabajaron banqueros de Ámsterdam, Londres, parís y Berlín con miras a la transformación de la autocracia en un gigantesco objeto de especulación en bolsa. Una parte considerable de los llamados empréstitos interiores, que fueron realizados por instituciones nacionales de crédito, no se diferenció en nada de los empréstitos extranjeros, ya que de hecho fue adquirida por capitalistas extranjeros. El absolutismo, mientras proletarizaba y pauperizaba al campesinado mediante altos impuestos, convertía los millones de la bolsa europea en soldados, en cruceros acorazados, en cárceles de incomunicación y en ferrocarriles. La mayor parte de estos gastos era absolutamente improductiva desde el punto de vista económico. Una parte inmensa del producto nacional fue pagada al extranjero en forma de intereses y enriquecía y fortalecía la aristocracia financiera de Europa. La burguesía financiera europea, cuya influencia política ha ido creciendo continuamente durante las últimas décadas en los países de gobierno parlamentario haciendo retroceder la influencia de los capitalistas industriales y comerciales, ha convertido realmente al gobierno zarista en su vasallo. Ahora bien, esta burguesía no quería ni podía llegar a ser una parte de la oposición burguesa en el interior de Rusia y efectivamente no lo fue. En lo que se refiere a sus simpatías y antipatías se guiaba por el principio que ya habían formulado los banqueros Hoppe y cía., en el año 1789, relativo a las condiciones del empréstito para el zar Pablo. «Los

intereses han de pagarse *sin consideración de las circunstancias políticas*». La bolsa europea estaba incluso directamente interesada en el mantenimiento del absolutismo: ningún otro gobierno podía garantizarle tales intereses de usura. Pero los empréstitos estatales no eran el único camino mediante el cual se importaban capitales europeos en Rusia. El mismo dinero que devoró una gran parte del presupuesto nacional ruso volvió a Rusia como capital comercial e industrial, atraído por sus riquezas naturales intactas y, sobre todo, por su mercado de trabajo no organizado y desacostumbrado a la resistencia. El período más reciente de nuestro incremento industrial de 1893 a 1889 fue al mismo tiempo un período de inmigración acentuada del capital europeo. Este capital, pues, que quedaba, ahora como antes, en su mayor parte en manos europeas y que dominaba la escena política en los parlamentos de Francia o Bélgica, movilizó en cambio, sobre la tierra rusa, a la clase obrera.

El capital europeo lanzó sus principales ramas de la producción y medios de comunicación sobre este país económicamente atrasado y lo esclavizó, saltando una serie de fases técnicas y económicas intermedias que, en cambio, en su patria no podía menos de recorrer progresivamente. Pero cuantos menos obstáculos encontraba en el camino hacia su predominio *económico* tanto menos importante se configuró su papel *político*.

La burguesía europea se desarrolló a partir del Tercer Estado de la Edad Media. Levantó la bandera de protesta contra el pillaje y la violencia por parte del primer y del Segundo Estados, levantándola en nombre de los intereses del pueblo, al cual ella misma deseaba explotar. Durante la transformación de la monarquía clasista medieval en absolutismo burocrático, ésta se apoyó en la población urbana en su lucha contra las pretensiones del clero y de la aristocracia. La burguesía se aprovechó de esto para su propia promoción política. Así se desarrollaban, simultáneamente, el absolutismo burocrático y la clase capitalista; y cuando chocaron en 1789 se mostró que la burguesía gozaba del respaldo de la nación entera.

El absolutismo se desarrolló bajo la presión directa de los Estados occidentales. Se apoderó de los métodos de administración y dominación mucho antes de que la burguesía capitalista consiguiese desarrollarse al nivel de la economía nacional. El absolutismo disponía ya de un inmenso ejército permanente, de un aparato burocrático y fiscal centralizado y emitía deuda no amortizable con destino a los banqueros europeos, en una época en la que las ciudades rusas jugaban todavía un papel económico completamente subordinado.

El capital se internó desde el occidente, beneficiándose de la ayuda directa por parte del absolutismo, y convirtió en poco tiempo una serie de viejas ciudades arcaicas en centros industriales y comerciales, e inclusive creó tales ciudades comerciales e industriales en lugares antes inhabitados por completo. Este capital a menudo se presentó de repente en la forma de grandes e impersonales sociedades anónimas. En la década de la prosperidad industrial de 1893 a 1902, el capital nominal de las sociedades anónimas se incrementó en 2000 millones de rublos,

mientras que de 1854 a 1892 había aumentado sólo en 900 millones de rublos. El proletariado se vio repentinamente concentrado en grandes aglomeraciones, habiendo tan sólo entre el absolutismo y él una burguesía capitalista numéricamente débil, aislada del *pueblo*, medio extranjera de origen, sin tradiciones históricas y animada únicamente por la codicia.

III. 1789 - 1848 - 1905

La historia no se repite. Por mucho que se quiera comparar la revolución rusa con la gran revolución francesa, no por eso se convierte la primera en una simple repetición de la segunda. El siglo XIX no ha transcurrido en vano.

Ya el año 1848 presenta una gran diferencia respecto al año 1789. En comparación con la gran revolución, la prusiana o la austriaca sorprendieron por su falta de brío. Por un lado llegaron demasiado pronto; por otro, demasiado tarde. El gigantesco esfuerzo que necesita la sociedad burguesa para arreglar cuentas radicalmente con los señores del pasado, sólo puede ser conseguido, bien mediante la poderosa *unidad de la nación entera* que se subleva contra el despotismo feudal, bien mediante una evolución acelerada *de la lucha de clases* dentro de esta nación en vías de emancipación.

El primer caso se dio entre 1789 y 1793; toda la energía nacional que se había ido acumulando en la tremenda resistencia contra el viejo orden, se volcó por completo en la lucha contra la reacción. En el segundo caso, que hasta ahora no se ha dado en la historia y que consideramos solamente como una posibilidad, se produce, dentro de la nación burguesa, el grado de energía necesario para conseguir la victoria sobre las fuerzas oscuras del pasado, mediante una *discutible* lucha de clases. Los ásperos conflictos internos que consumen gran parte de sus energías y privan a la burguesía de la posibilidad de desempeñar el papel principal, empujan a su antagonista hacia delante, le dan en un mes la experiencia de décadas, le colocan en el frente más avanzado y le entregan las riendas tendidas, ocasión que él aprovecha para, decididamente y sin vacilaciones, dar a los acontecimientos un ímpetu poderoso.

O una nación que se contrae toda ella como un león preparándose para el salto; o una nación que se ha dividido definitivamente, durante el proceso de la lucha, para dejar en libertad de movimientos a su mejor parte en orden a la realización de la tarea para la cual el todo entero ya no tiene fuerzas suficientes. Éstos son dos tipos opuestos que, desde luego, se pueden contraponer en su forma pura sólo teóricamente.

Lo peor es, como en tantos otros casos, un término medio en este término medio se encontró el año 1848.

En el período heroico de la historia francesa vemos delante de nosotros una burguesía ilustrada y activa que aún no había descubierto sus propias contradicciones. La historia le había confiado la tarea del mando, en la lucha por el nuevo orden, no sólo en contra de las instituciones anticuadas de Francia sino también en contra de las fuerzas reaccionarias de toda Europa. Como consecuencia, la burguesía en todas sus diversas fracciones se siente conductora de la nación, compromete a las masas en la lucha, les transmite consignas y les señala la táctica de la lucha. La democracia unificó la nación bajo una ideología política. El pueblo —pequeñoburgueses,

campesinos y obreros— elegían burgueses como diputados y las tareas encargadas a ellos por las masas, estaban escritas en el lenguaje de una burguesía que era consciente de su papel mesiánico. Aunque también durante la revolución misma se destacan claramente antagonismos de clase, el ímpetu, una vez conseguido, de la lucha revolucionaria elimina política y consecuentemente los elementos burocráticos de la burguesía. Ninguna capa social es relevada sin haber transmitido antes su energía a las que le suceden. Así, la nación como un todo continúa la lucha por sus objetivos con medios cada vez más potentes y decididos. Cuando la crema de la burguesía adinerada se separa del núcleo del movimiento nacional puesto en marcha y se alía con Luis XVI, se vuelven las reivindicaciones de la nación, que a la sazón están ya dirigidas *contra* esta burguesía, hacia el sufragio universal, y hacia la república como formas lógicas e inevitables de la democracia.

La gran revolución francesa es, en efecto, una revolución nacional. Incluso más: aquí se manifiesta en su forma clásica la lucha mundial del orden social burgués por el dominio, el poder y la victoria indivisa dentro del marco nacional.

Jacobinismo es hoy una injuria en boca de los sabelotodo liberales. El odio burgués contra la revolución, contra las masas, contra la violencia y contra la historia que se hace en la calle, se ha concentrado en un grito de indignación y de angustia: ¡Jacobinismo! Nosotros, el ejército mundial del comunismo, históricamente hemos ya arreglado cuentas hace tiempo con el jacobinismo. Todo el movimiento proletario internacional de la actualidad ha nacido y se ha fortalecido en disputa con las tradiciones del jacobinismo. Lo hemos sometido a una crítica teórica, hemos mostrado su estrechez, hemos desenmascarado su contradicción social, su utopismo, su fraseología y hemos roto con sus tradiciones que, durante décadas, pasaban por herencia sagrada de la revolución.

Pero defendemos el jacobinismo contra los ataques, las calumnias y los ultrajes insípidos de que le hace objeto el liberalismo flemático y exangüe. La burguesía ha traicionado ignominiosamente todas las tradiciones de su juventud histórica, sus mercenarios actuales profanan las tumbas de sus antepasados y calumnian los vestigios de sus ideales. El proletariado defiende el honor del pasado revolucionario de la burguesía. El proletariado que, en la práctica, ha roto tan radicalmente con las tradiciones revolucionarias de la burguesía, las protege como herencia de grandes pasiones, de heroísmo e iniciativa y su corazón late lleno de simpatía hacia los hechos y las palabras de la Convención jacobina.

¿Qué es lo que dio al liberalismo su fuerza atractiva que no fuesen las tradiciones de la gran revolución francesa? ¿En qué otro período se elevó la democracia burguesa a tal altura, encendió una llama tal en el corazón del pueblo como lo logró la democracia jacobina, *sans-culotte* y terrorista de Robespierre en el año 1793?

¿No era el jacobinismo el que posibilitaba y posibilita todavía al radicalismo burgués francés de los diversos matices a mantener en proscripción hasta hoy en día a una inmensa parte del pueblo, incluso del proletariado —y eso en una época en que el

radicalismo burgués en Austria y Alemania nutría su breve historia de actos inútiles y ridículos—?

¿No es la fuerza atractiva del jacobinismo, su ideología política abstracta, su culto por la República Sagrada y sus declamaciones solemnes, de lo que se nutren todavía hoy los radicales y radical-socialistas franceses como Clemenceau, Millerand, Briand, Bourgeois y todos esos políticos, más incapaces todavía de conservar las esencias de la sociedad burguesa que los *junkers* de Guillermo II, estúpidos por la gracia de Dios; *junkers* a los cuales envidian tan desesperadamente las democracias burguesas de otros países mientras, simultáneamente, denigran la razón y la fuente de su posición política privilegiada —el jacobinismo heroico— con calumnias? Incluso después de haber defraudado muchas esperanzas, siguió el jacobinismo viviendo como tradición en la conciencia del pueblo; el proletariado habló aún durante mucho tiempo de su futuro en el lenguaje del pasado. En el año 1840, casi medio siglo después del gobierno del *partido de la Montaña*, ocho años antes de los días de junio del 48, Heine visitó varios talleres en el suburbio Saint-Marceau, y pudo ver lo que leían los obreros, «la parte más fuerte de la clase baja». «Allí encontré —así informó a un periódico alemán— varias ediciones nuevas de los discursos del viejo Robespierre, también de los panfletos de Marat por entregas, la *Historia de la revolución* de Cabet, la libélula venenosa de Cormenin, *Babeuf y la conspiración de los Iguales* de Buonarotti —todos ellos escritos que olían como a sangre… Como fruto de esta siembra —profetizó el poeta— amenaza prorrumpir, más tarde o más temprano, desde la tierra francesa la república».

En el año 1848, la burguesía era ya incapaz de jugar un papel comparable. No era lo suficientemente dispuesta ni audaz como para asumir la responsabilidad de la eliminación revolucionaria del orden social que se oponía a su dominación. Entretanto, hemos podido llegar a conocer el *porqué*. Su tarea consistía más bien —de eso se daba ella cuenta claramente— en incluir en el viejo sistema garantías que eran necesarias, no para su dominación política, sino simplemente para un reparto del poder con las fuerzas del pasado. La burguesía había extraído algunas lecciones de la experiencia de la burguesía francesa: estaba corrompida por su traición y amedrentada por sus fracasos. No solamente se guardaba muy bien de empujar a las masas al asalto contra el viejo orden sino que buscaba un apoyo en el viejo orden, con tal de rechazar a las masas que la empujaban hacia adelante.

La burguesía francesa supo hacer grande su revolución. Su conciencia era al mismo tiempo la conciencia de la sociedad entera y nada podía convertirse en institución duradera sin haber sido reconocido antes por esta conciencia como un objetivo suyo, como una tarea suya de carácter político. A menudo adoptó una actitud teatral para esconder ante sí misma la estrechez de su propio mundo burgués; pero seguía adelante sin embargo.

La burguesía alemana, en cambio, desde el principio en vez de *hacer* la revolución, se separaba de ella. Su conciencia se rebeló contra las condiciones

objetivas de su propia dominación. No se podía llegar a la revolución con su concurso, sino contra ella. En su pensamiento, las instituciones democráticas se presentaban no como un objetivo de su lucha, sino como el peligro para su bienestar.

En el año 48 se necesitaba una clase que hubiese sido capaz de tomar en sus manos los acontecimientos, prescindiendo de la burguesía e incluso en contradicción con ella, una clase que hubiera estado dispuesta no sólo a empujar a la burguesía hacia adelante con toda su fuerza, sino también a quitar de en medio, en el momento decisivo, su cadáver político.

Ni la pequeña burguesía ni el campesinado eran capaces de hacerlo.

La *pequeña burguesía* urbana era no sólo hostil al ayer sino también al mañana. Estaba todavía encamisada en las circunstancias medievales —pero se veía ya impotente para mantenerse frente a la industria *libre*—; todavía configuraba los rasgos de las ciudades —pero ya cedía su influencia en favor de la gran burguesía y de la mediana—; ahogada en sus prejuicios, aturdida por el alboroto de los acontecimientos, explotada y explotando ella misma, ávida y desesperada en su codicia, la pequeña burguesía atrasada no podía ponerse a la cabeza de los acontecimientos mundiales.

Al *campesinado* le faltaba, en una medida aún mayor, una iniciativa política independiente. Desde hacía siglos avasallado, empobrecido y furioso, siendo siempre la encrucijada tanto de la vieja explotación como de la nueva, el campesinado representaba, en un momento determinado, una fuente rica en caótica fuerza revolucionaria. Pero desunido, dispersado, rechazado de las ciudades, los centros nerviosos de la política y de la cultura, apático, limitado en su horizonte a lo que le rodeaba de inmediato e indiferente frente a todo pensamiento urbano, el campesinado no podía tomar importancia como fuerza dirigente. A partir del momento en que le liberaban de la carga de las obligaciones feudales, el campesinado volvía a su inmovilidad y pagaba a la ciudad, que había luchado por sus derechos, con extrema ingratitud: los campesinos liberados se convertían en fanáticos del *orden*.

La *intelligentsia democrática*, sin un poder de clase, se arrastraba pronto, como una especie de retaguardia política, a remolque de su hermana mayor, la burguesía liberal; luego, en momentos críticos, se separaba de ella para únicamente dar pruebas de su propia impotencia. Se enredaba en contradicciones insolubles y llevaba consigo esta confusión por todas partes.

El *proletariado* era demasiado débil, se encontraba sin organización, sin experiencia y sin conocimientos. El desarrollo capitalista había progresado lo suficiente como para hacer necesaria la abolición de las viejas condiciones feudales, pero no tan suficientemente como para permitir destacarse a la clase obrera —el producto de las nuevas condiciones de producción— como una fuerza política decisiva. El antagonismo entre el proletariado y la burguesía se había desarrollado demasiado en el marco nacional de Alemania como para que aún le fuera posible a la burguesía figurar intrépidamente con el papel de protagonista nacional; pero no se

había desarrollado tanto como para que el proletariado pudiese hacerse cargo él mismo de este papel. Aunque los roces internos de la revolución preparaban al proletariado para la independencia política, también ellos debilitaban, al mismo tiempo, la energía y la unidad de acción, hacían despilfarrar infructuosamente las fuerzas y obligaban a la revolución, después de los primeros éxitos, a marcar el paso sin moverse del sitio para emprender luego la retirada bajo los golpes de la reacción.

Austria ha sido un ejemplo especialmente claro y trágico de esta inexperiencia y del error que supone no llevar las condiciones políticas a sus últimas consecuencias durante un período revolucionario.

El proletariado de Viena mostró en 1848 un heroísmo asombroso y una energía inagotable. Una y otra vez se metía de lleno en la lucha empujado por un ronco instinto de clase, sin tener una idea general sobre los objetivos de la misma; saltaba de una consigna a la otra. La dirección del proletariado pasó —asombrosamente— al *estudiantado*, el único *grupo democrático* activo que tenía, gracias a su actividad, una gran influencia sobre las masas y, por consecuencia, también sobre los acontecimientos. Los estudiantes podían, si duda, luchar valientemente en las barricadas y fraternizar honrosamente con los obreros, pero eran incapaces de señalar la dirección de la revolución, posibilidad que la *dictadura* de la calle había colocado entre sus manos.

El proletariado, desunido, sin experiencia política y sin dirección política independiente, seguía a los estudiantes. En cada momento crítico los obreros ofrecían firmemente a los señores *que trabajan con la cabeza* la ayuda de los *que trabajan con las manos*. Una vez convocaron los estudiantes a los obreros, otra vez les cerraron el camino al centro de la ciudad. Otras veces, en virtud de la autoridad política de que se revestía la *legión académica*, les prohibían plantear reivindicaciones propias independientes. He aquí la forma clásica de la benévola dictadura revolucionaria *sobre* el proletariado.

La consecuencia de todo ello fueron los acontecimientos siguientes. Cuando el 26 de mayo todos los obreros vieneses siguieron el llamamiento de los estudiantes y se pusieron en acción para impedir que desarmaran a la *legión académica*, cuando la población de la capital levantaba barricadas por todas partes, cuando se demostró asombrosamente patente y se apoderó de toda la ciudad, cuando la Viena armada tenía a Austria como respaldo, cuando la monarquía, que se dio a la fuga, había perdido todo significado, cuando, a causa de la presión popular, también las últimas tropas fueron mandadas retirarse de la capital, cuando el poder gubernamental de Austria era un objeto sin dueño, entonces, no hubo ninguna fuerza política para hacerse con el timón.

La *burguesía liberal*, conscientemente, no quería encargarse de un poder que había sido tomado de una manera tan rapaz; soñaba únicamente con el regreso del emperador, que se había retirado de la huérfana Viena al Tirol.

Los *obreros* eran suficientemente valientes para destrozar a la reacción, pero no lo

bastante organizados y conscientes como para tomar posesión de la herencia de la misma. Existía un movimiento obrero potente, pero no había todavía ninguna verdadera lucha de clases desarrollada en la que el proletariado hubiese podido precisar sus fines políticos. El proletariado, incapaz de tomar el timón por sí mismo, tampoco podía inducir a la democracia burguesa a que realizara este gran acto histórico, ya que la burguesía —como ya tantas otras veces— se escondía en el momento decisivo. Para obligar a este cobarde a cumplir con sus deberes, el proletariado hubiera necesitado, en todo caso, de la misma fuerza y madurez que para la organización de un propio gobierno obrero provisional.

En resumidas cuentas, una situación que un contemporáneo caracterizó muy acertadamente con las palabras siguientes: «En efecto, en Viena se ha edificado la república pero desgraciadamente nadie se ha dado cuenta de ello…». La república, de la que nadie se había enterado, desapareció para mucho tiempo y dejó el camino libre a los Habsburgo… Una ocasión, una vez que se ha desaprovechado no vuelve por segunda vez.

De las experiencias de las revoluciones húngara y alemana, Lassalle sacó la conclusión de que, de allí en adelante, la revolución solamente se podía apoyar en la lucha de clases del proletariado.

Lassalle escribe a Marx en su carta del 24 de octubre de 1849: «Hungría tuvo la oportunidad, más que ningún otro país, de culminar felizmente la lucha. Entre otras causas, porque allí los partidos todavía no habían llegado a una separación y a un aislamiento tan radicales, al fuerte contraste que se da en Europa occidental; y porque allí la revolución aún estaba cubierta bajo la forma de una lucha nacional por la independencia. A pesar de eso, Hungría sucumbió y precisamente debido a la traición del partido *nacional*.

»Por lo tanto —continúa Lassalle en relación con la historia de Alemania durante los años 1848 y 1849— esto me ha servido de lección definitiva en el sentido de considerar que en Europa ya no puede terminar bien ningún combate que no sea de antemano una pronunciada lucha *puramente socialista*; que ya no podrá terminar bien ninguna lucha que implique las cuestiones sociales sólo como un elemento oscuro, como un fondo, presentándose por fuera bajo la forma de una insurrección nacional o de un republicanismo burgués».

No vamos a detenernos en la crítica de estas decisivas conclusiones finales. En todo caso, son indudablemente correctas en el sentido de que, ya a mediados del siglo XIX, no se podía resolver la tarea nacional de la emancipación por la presión homogénea y unánime de la nación entera. Sólo la táctica independiente del proletariado, el cual sacase las fuerzas para luchar de su situación de clase y solamente de ella, podía garantizar la victoria de la revolución.

La clase obrera rusa del año 1906 no se parece en absoluto a la clase obrera de Viena del 48. Y la mejor prueba de ello es la experiencia de los sóviets de diputados obreros. Aquí no se trata de organizaciones de conspiradores minuciosamente

preparadas, que en un momento de exaltación se hacen con el poder sobre la masa del proletariado. No, aquí se trata de órganos creados metódicamente por esta misma masa en orden a la coordinación de su lucha revolucionaria. Y estos sóviets, elegidos por las masas y responsables ante ellas, estas organizaciones incondicionalmente democráticas, practican una política de clase enormemente decisiva en el sentido del socialismo revolucionario.

Las particularidades sociales de la revolución rusa aparecen especialmente claras en la cuestión de la entrega de armas al pueblo. Una milicia (guardia nacional) fue la primera consigna y la primera adquisición de todas las revoluciones —1789 y 1848— en París, en todos los estados de Italia, en Viena y en Berlín. En el año 1848, la guardia nacional (es decir, la entrega de armas a los propietarios y a los *intelectuales* fue una consigna de toda la oposición burguesa, incluso de la más moderada, pero su objetivo no era únicamente el de proteger las libertades ganadas o meramente *concedidas* contra los intentos de subversión desde arriba sino también la de preservar la propiedad burguesa de los abusos del proletariado. La demanda de una milicia era, por tanto, una clara exigencia clasista de la burguesía. «Los italianos sabían muy bien —comentó un historiador inglés liberal a propósito del acuerdo italiano— que el armamento de la milicia civil haría imposible una subsistencia del despotismo. Además era una garantía para las clases poseedoras contra una posible anarquía y contra cualquier clase de agitación popular». Y la reacción dominante, quien en los centros importantes no disponía del poder militar suficiente para poder combatir la *anarquía*, es decir, las masas revolucionarias, armaba a la burguesía. El absolutismo permitió, por de pronto, a los burgueses oprimir y pacificar a los obreros, para luego él desarmar y pacificar a los burgueses mismos.

En Rusia, la reivindicación de las milicias no tiene ni el más mínimo apoyo de los partidos burgueses. En el fondo los liberales no pueden menos de comprender su importancia —en este sentido, el absolutismo les ha servido claramente de lección. Pero también se dan cuenta de que es absolutamente imposible componer una milicia sin o contra el proletariado. Los obreros rusos se parecen poco a los obreros del 48 que llenaron de piedras sus bolsillos y enarbolaban garrotes, mientras que los traficantes, los estudiantes y los abogados llevaban al hombro mosquetes reales y ceñían espadas.

Armar la revolución significa en Rusia, antes que nada, armar a los obreros. Como los liberales lo sabían y lo temían, preferían desistir de crear las milicias. Sin combate, pues, abandonaron estas posiciones al absolutismo igual que el burgués Thiers abandonó París y Francia a Bismarck con el único objeto de no tener que armar a los obreros.

En la colección de artículos *El Estado constitucional*, manifiesto de la coalición liberal-demócrata, Dzvelegov dice con mucha razón, al discutir la posibilidad de un golpe de Estado, que «la sociedad misma tiene que demostrar, en el momento decisivo, su disposición a sublevarse para proteger su constitución». Pero como de

ahí resulta por sí mismo la exigencia de armar al pueblo, el filósofo liberal cree *necesario añadir* que para la defensa contra los golpes de Estado «no es necesario en absoluto que todo el mundo tenga preparadas las armas». Lo único necesario es que la sociedad misma esté dispuesta a resistir. Sigue siendo desconocido por qué camino debe hacerlo. Si algo resulta claro de estas evasivas es que, en el corazón de nuestros demócratas, el miedo a la soldadesca de la autocracia ha sido vencido por el miedo al proletariado en armas.

Así la tarea de armar a la revolución recae con todo su peso sobre el proletariado. Y la milicia civil, la reivindicación clasista de la burguesía del 48, se presenta en Rusia desde el principio como una exigencia de armar al pueblo y sobre todo al proletariado. Con esta cuestión se pone al descubierto todo el destino de la revolución rusa.

IV. Revolución y proletariado

La revolución es una prueba de fuerza abierta entre las fuerzas sociales en lucha por el poder.

El Estado no tiene fin en sí mismo. Es simplemente un instrumento de trabajo en las manos de la fuerza social dominante. Como cualquier instrumento, tiene sus mecanismos motores, de transmisión y de ejecución. La fuerza motriz es el interés de clase, cuyo mecanismo consiste en la agitación, la prensa, la propaganda de iglesia, de escuela, de partido; la manifestación callejera, la petición y la sublevación. El mecanismo de transmisión es la organización legislativa de los intereses de casta, dinastía, capa o clase, bajo el signo de la voluntad divina (absolutismo) o nacional (parlamentarismo). El mecanismo ejecutor finalmente es la Administración, con la policía, los tribunales, las cárceles y el ejército.

El Estado no tiene fin en sí mismo sino que es el más perfecto medio de organización, desorganización y reorganización de las relaciones sociales. Según en qué manos se encuentre, puede ser la palanca para una revolución profunda o el instrumento de una paralización organizada.

Cualquier partido político que merezca ese nombre trabaja para conquistar el poder gubernamental, a fin de poner el Estado al servicio de la clase cuyos intereses representa. La socialdemocracia, como partido del proletariado, aspira naturalmente a la dominación política de la clase obrera.

El proletariado crece y se fortalece con el crecimiento del capitalismo. En este sentido, el desarrollo del capitalismo es equivalente al desarrollo del proletariado hacia la dictadura. Pero el día y la hora en que el poder ha de pasar a manos de la clase obrera no dependen *directamente* de la situación de las fuerzas productivas sino de las condiciones de la lucha de clases, de la situación internacional y, finalmente, de una serie de elementos subjetivos: tradición, iniciativa, disposición para el combate…

Es posible que el proletariado de un país económicamente atrasado llegue antes al poder que en un país capitalista evolucionado. En 1871 se hizo cargo conscientemente de la dirección de los asuntos públicos en el París pequeñoburgués, aunque sólo por un período de dos meses; pero ni por una sola hora tomó el poder en los grandes centros capitalistas de Inglaterra o de los Estados Unidos. La idea que la dictadura proletaria depende en algún modo automáticamente de las fuerzas y medios técnicos de un país, es un prejuicio de un materialismo *económico* simplificado hasta el extremo. Tal idea no tiene nada en común con el marxismo. En nuestra opinión la revolución rusa creará las condiciones bajo las cuales el poder puede pasar a manos del proletariado (y, en el caso de una victoria de la revolución, así *tiene que ser*) antes de que los políticos del liberalismo burgués tengan la oportunidad de desplegar completamente su genio político.

En el periódico americano *The Tribune* escribió Marx[62], resumiendo los resultados de la revolución y de la contrarrevolución de 1848-1849: «La clase obrera

alemana está, en comparación con la inglesa o la francesa, igual de atrasada en su evolución sociopolítica que la burguesía alemana en comparación con la burguesía de esos otros países. *De tal amo, tal siervo*. El desarrollo de las condiciones necesarias para la existencia de un proletariado numeroso, fuerte, concentrado e inteligente va mano a mano con el desarrollo de las condiciones necesarias a la existencia de una burguesía numerosa, acomodada, concentrada y poderosa. El movimiento obrero mismo *nunca* es independiente, nunca comprende exclusivamente un carácter político hasta que todas las diferentes partes de la burguesía, sobre todo su parte más progresista, los grandes propietarios de fábricas, no han conquistado el poder político transformando el Estado según sus necesidades. Entonces ha llegado el momento en que el conflicto inevitable entre los señores de las fábricas y los obreros asalariados se aproxima amenazante y ya no puede ser aplazado por más tiempo». El lector conoce probablemente esta cita ya que, en los últimos tiempos, los marxistas librescos han abusado de ella frecuentemente. La han puesto de relieve como argumento irrefutable contra la idea del gobierno obrero en Rusia. «De tal amo, tal siervo». Si la burguesía rusa no es lo suficientemente fuerte corno para encargarse de la autoridad pública, entonces menos aún se puede hablar de una democracia obrera, es decir del dominio político del proletariado.

El marxismo es sobre todo un método de análisis —no del análisis de textos sino del de las relaciones sociales—. ¿Es justo, en Rusia, que la debilidad del liberalismo capitalista signifique a todo trance la debilidad del movimiento obrero? ¿Es justo, en Rusia, que un movimiento proletario independiente no sea posible antes de que la burguesía haya conquistado la autoridad pública? Basta con plantear estas preguntas para reconocer el desesperado formalismo de pensamiento contenido en el intento de convertir un comentario histórico relativo de Marx en un teorema secular.

El desarrollo de la industria fabril en Rusia tuvo, en los periodos de prosperidad industrial, un carácter *americano*; pero las dimensiones efectivas de nuestra industria capitalista parecen enanas en comparación con la industria de los Estados americanos. Cinco millones de personas —el 16,6% de la población trabajadora— están ocupadas en la industria transformadora de Rusia; el número correspondiente en los Estados Unidos es de seis millones —el 22,2%—. Estas cifras expresan todavía poco comparativamente; sin embargo, dan una idea clara si tenemos presente que la población rusa es casi el doble de la americana. Pero a fin de poder figurarse las auténticas dimensiones de la industria en estos dos países, hay que señalar que, en América en el año 1900, los talleres, fábricas y grandes empresas artesanas vendían mercancías por un valor de 25 000 millones de rublos, mientras que Rusia, en la misma época, producía en sus fábricas y empresas mercancías por un valor de menos de 2500 millones de rublos.

El número de proletarios industriales, su grado de concentración, su nivel cultural y su importancia política dependen, sin duda, del grado de desarrollo de la industria capitalista. Pero esta dependencia no es directa; entre las fuerzas productivas de un

país y las fuerzas políticas de sus clases se interponen, en cada momento, diferentes factores sociales y políticos de carácter nacional e internacional, que pueden llevar la configuración política correspondiente a unas condiciones económicas en una dirección inesperada, e incluso cambiarla por completo. Aunque las fuerzas productivas de la industria en los Estados Unidos son diez veces más grandes que las nuestras, el papel político del proletariado ruso, su influencia en la política internacional, en la política de nuestro país, y la posibilidad de tener influencia en la política internacional en un futuro próximo es incomparablemente mayor que el papel y la importancia del proletariado americano.

Kautsky, en su trabajo sobre el proletariado americano, recientemente editado, señala que no hay ninguna analogía directa e inmediata entre las fuerzas políticas del proletariado y la burguesía, por un lado, y el grado de desarrollo capitalista, por el otro. «Son sobre todo dos Estados —dice— que se contraponen como dos extremos, y de los cuales cada uno contempla el efecto desproporcionadamente fuerte (es decir mayor de lo que corresponde al nivel de su desarrollo) que produce cada uno de estos dos elementos del modo de producción capitalista: *América la clase de los capitalistas, Rusia la de los proletarios*. En América, más que en ningún otro lugar, se puede hablar de la dictadura del capital. El proletariado en lucha, en cambio, no ha obtenido, por ningún concepto, la importancia que en Rusia, y esta importancia tendrá que aumentar, y lo hará, ya que este país tan sólo acaba de comenzar a contemplar luchas de clase y de concederles, en cierto modo, un cierto margen de libertad para su libre desenvolvimiento». Después de la mención de que Alemania puede estudiar, en cierta medida, su *futuro* en Rusia, Kautsky continúa: «La verdad es que constituye un fenómeno peculiar el que sea precisamente el proletariado ruso quien deba indicarnos nuestro futuro, no en lo que toca a la organización del capital sino en lo que toca a la rebelión de la clase obrera; pues Rusia es el Estado más atrasado entre los grandes Estados del mundo capitalista. Eso parece estar en contradicción con la concepción materialista de la historia, según la cual el desarrollo económico forma la base del político. Sin embargo está solamente en contradicción con aquella clase de concepción materialista de la historia que presentan nuestros adversarios y críticos que entienden por ello un *patrón* hecho y no un *método de investigación*». Estas líneas hay que recomendarlas especialmente a la atención de aquellos marxistas nacionales que sustituyen el análisis independiente de las relaciones sociales por la interpretación de textos preseleccionados por ellos y aplicables a todos los casos de la vida. ¡Nadie compromete el marxismo tanto como estos marxistas nominales!

Por tanto, siguiendo a Kautsky, Rusia está caracterizada en el terreno económico por un nivel relativamente bajo del desarrollo capitalista, y en la esfera política por la falta de importancia de la burguesía capitalista y por el poder del proletariado revolucionario. Esto conduce a que la lucha por los intereses de toda Rusia corresponda a la *única clase fuerte actualmente existente*, al proletariado industrial.

«Como consecuencia de esto al proletariado industrial le corresponde una gran importancia política; por lo tanto, la lucha en Rusia por la liberación del pulpo asfixiante del absolutismo ha llegado a ser un *duelo entre éste y la clase de obreros industriales*, un duelo en el cual el campesinado otorga un apoyo importante pero sin que pueda desempeñar un papel dirigente».

Todo esto, ¿no nos da derecho a concluir que el *siervo* ruso puede llegar al poder antes que su *amo*?

Hay dos clases de optimismo político. Uno puede sobrestimar sus fuerzas y las ventajas de una situación revolucionaria y proponerse tareas cuya realización no está permitida por las correlaciones de fuerzas dadas. Pero a la inversa, también uno puede reducir, *de una manera optimista*, sus objetivos revolucionarios señalándose un límite que inevitablemente sobrepasaremos en virtud de la lógica de la situación.

Se puede restringir el marco de todas las cuestiones relativas a la revolución afirmando que nuestra revolución es, en su finalidad objetiva y, por tanto en sus resultados inevitables, una revolución *burguesa*; y se pueden cerrar los ojos ante el hecho de que la figura principal de esta revolución burguesa es el proletariado que, en el transcurso de la revolución, es llevado al poder.

Alguien puede consolarse pensando que, dentro del marco de una revolución burguesa, la dominación política del proletariado será sólo un episodio pasajero; y se puede también echar en olvido el hecho de que el proletariado, una vez en posesión del poder, no lo cederá de nuevo sin una resistencia desesperada, no lo soltará hasta que le sea: arrebatado por las armas.

Hay quien puede consolarse con el hecho de que las condiciones sociales de Rusia todavía no están maduras para un orden económico socialista, sin considerar que el proletariado en el poder es empujado inevitablemente, por toda la lógica de su situación, a dirigir estatalmente la economía.

La definición sociológica general de lo que es una *revolución burguesa* no determina en absoluto las tareas político tácticas, las contradicciones y los problemas que se presentan en el caso de una revolución burguesa *concreta*.

En el marco de la revolución burguesa de finales del siglo XVIII, cuya tarea objetiva era conseguir el dominio del capital, la dictadura de los *sans-culottes* resultaba posible. Esta dictadura no era un episodio meramente pasajero sino que configuraba todo el siglo siguiente; y ello pese al hecho de haber fracasado rápidamente a causa del reducido marco de la sociedad burguesa.

En la revolución de comienzos del siglo XX, pese a ser igualmente burguesa en virtud de sus tareas objetivas inmediatas, se bosquejó como perspectiva próxima la inevitabilidad o, por lo menos, la probabilidad del dominio político del proletariado. El propio proletariado se ocupará, con toda seguridad, de que este dominio no llegue a ser un *episodio* meramente pasajero tal como lo pretenden algunos filisteos realistas. Pero ahora podemos ya formular la pregunta: ¿Tiene que fracasar forzosamente la dictadura del proletariado entre los límites que determina la

revolución burguesa o puede percibir, en las condiciones dadas de la *historia universal*, la perspectiva de una victoria después de haber reventado este marco limitado? Aquí nos urgen algunas cuestiones tácticas: ¿Debemos dirigir la acción conscientemente hacia un gobierno obrero, en la medida en que el desarrollo revolucionario nos acerque a esta etapa, o bien tenemos que considerar, en dicho momento, el poder político como una desgracia que la revolución quiere cargar sobre los obreros, siendo preferible evitarla?

¿No tenemos que darnos por aludidos por las palabras del político *realista* Vollmar sobre los comunalistas de 1871 de que, en lugar de tomar el poder les hubiese sido mejor echarse a dormir?

V. El proletariado en el poder y el campesinado

En el caso de una victoria decisiva de la revolución, el poder es traspasado a manos de la clase que ha desempeñado el papel dirigente en la lucha; en otras palabras, a las del proletariado en nuestro caso. Desde luego esto no excluye en lo más mínimo —y lo decimos ya aquí— que representantes revolucionarios de grupos sociales no proletarios entren en el gobierno. Ellos pueden y deben hacerlo; una política sana inducirá al proletariado a permitir que participen en el poder los líderes influyentes de la pequeña burguesía, de la *intelligentsia* o del campesinado. Toda la cuestión radica en esto: *¿Quién da a la política gubernamental su contenido y quién constituye en el poder una mayoría homogénea?* Es muy diferente que representantes de capas democráticas del pueblo participen en un gobierno de mayoría obrera, a que los representantes del proletariado colaboren, más a menos como rehenes honoríficos, con un gobierno evidentemente democrático burgués.

La política de la burguesía liberal capitalista es, a pesar de todas sus vacilaciones y repliegues, a pesar de toda su traición, bastante definida. La política del proletariado es definida y perfilada aún con mayor exactitud. Pero la política de la *intelligentsia*, a causa de su posición social intermedia y de su inconsistencia, la política del campesinado por su heterogeneidad social, por su posición intermedia y por su primitivismo, la política de la pequeña burguesía, a su vez, como consecuencia de su falta de carácter, de su posición igualmente intermedia y de su carencia completa de tradiciones políticas, la política de estos tres grupos sociales es totalmente indefinida, informe, llena de variadas alternativas y, por tanto, llena de sorpresas.

Basta imaginarse un gobierno demócrata revolucionario sin representantes del proletariado para advertir de inmediato el absurdo que supone. La renuncia por parte de la socialdemocracia a participar en un gobierno revolucionario haría imposible que un tal gobierno fuese efectivamente revolucionario y sería, por tanto, una traición a la causa de la revolución. Pero la participación del proletariado en un gobierno sólo puede resultar objetivamente probable y permisible de principio cuando se trate de una participación *dirigente y dominante*. Naturalmente, puede llamarse a un tal gobierno dictadura del proletariado y del campesinado, dictadura del proletariado, del campesinado y de la *intelligentsia* o, finalmente, gobierno de coalición entre la clase obrera y la pequeña burguesía. Pero la pregunta sigue planteada: ¿Quién predomina en el gobierno y, por tanto, sobre la nación entera? Y si nos referimos a un gobierno propiamente obrero entonces la respuesta es: la hegemonía la tendrá la clase obrera.

La convención como órgano de la dictadura jacobina no se compuso sólo de jacobinos; es más, los jacobinos se encontraron incluso en minoría. Pero la influencia de los *sans-culottes* fuera de la Convención y la necesidad de una política decidida para salvar al país pusieron el poder en las manos de los jacobinos. Y así, la Convención fue *formalmente* una representación nacional compuesta por jacobinos,

girondinos y luego, al margen de ellos, un inmenso pantano; pero *de hecho* fue una dictadura de los jacobinos.

Cuando hablamos de un gobierno obrero nos fijamos sobre todo en la posición dominante y dirigente de los representantes obreros.

El proletariado no puede consolidar su poder sin ampliar la base de la revolución.

Muchas capas de las masas trabajadoras, sobre todo en el campo, serán incluidas por vez primera en la revolución, y, sólo entonces, conocerán una organización política, cuando la vanguardia de la revolución, el proletariado urbano, haya subido al poder estatal. Entonces se efectuarán las tareas de agitación revolucionaria y de organización con ayuda de los medios estatales. El poder legislativo mismo se convierte finalmente en un instrumento poderoso de la toma de conciencia revolucionaria de las masas populares.

Con esto, el carácter de nuestras condiciones sociohistóricas que carga todo el peso de la revolución burguesa sobre los hombros del proletariado, causará al gobierno obrero dificultades enormes; pero, simultáneamente, también le proporcionará, por lo menos en los primeros tiempos de su existencia, inestimables ventajas. Esto tendrá su efecto en las relaciones entre el proletariado y el campesinado.

En las revoluciones de 1789-1793 y de 1848, el poder pasó, en un principio, del absolutismo a los elementos moderados de la burguesía; éstos liberaron a los campesinos (el *cómo* es otra cuestión) antes de que la democracia revolucionaria subiese al poder o se dispusiera a hacerlo. El campesinado liberado perdió todo interés en los actos de fuerza políticos de los *ciudadanos*, es decir en la continuación posterior de la revolución, y se convirtió, como un pilar rígido, en el fundamento del *orden* entregando la revolución a la reacción cesarista o archiabsolutista.

Ahora, y por mucho tiempo ya, a la revolución rusa se le ha cerrado el camino de la edificación de cualquier orden burgués constitucional que pudiera solucionar aunque sólo fuesen las tareas más simples de una democracia. En lo que se refiere a los burócratas reformistas del estilo Witte y Stolypin, todos sus esfuerzos *ilustrados* se vienen abajo, lo que se comprueba con el simple hecho de que ellos mismos se ven obligados a luchar por su propia existencia. El destino de los intereses revolucionarios más elementales del campesinado —incluso de la *clase entera* campesina— está, por consiguiente, entrelazado con el destino de toda la revolución, es decir con el destino del proletariado.

El proletariado, hallándose en el poder, se mostrará ante el campesinado como la clase liberadora.

La dominación del proletariado traerá consigo no sólo las igualdades democráticas y la libre autogobernación, ni significará tan sólo el traspaso de la carga impositiva sobre las clases poseedoras, la transformación del ejército permanente en milicias populares y la anulación de los tributos obligatorios de las iglesias, sino que significará también la legitimación de todos los cambios revolucionarios en las

condiciones de propiedad del suelo (expropiación) realizados por los campesinos. El proletariado hará de estos cambios el punto de partida para otras medidas estatales en el dominio de la agricultura. En estas condiciones, en el primero y más difícil período de la revolución, el campesinado ruso no estará, en todo caso, menos interesado en la protección del régimen proletario (la *democracia obrera*) de lo que lo estuvo el campesinado francés en mantener el régimen militar de Napoleón Bonaparte que garantizaba con sus bayonetas a los nuevos propietarios de tierra la invulnerabilidad de su propiedad. Y esto significa que el congreso de diputados convocado bajo la dirección del proletariado, el cual se ha asegurado el apoyo del campesinado, no será otra cosa que, un perfeccionamiento democrático de la dominación del proletariado.

¿Pero sería posible que el campesinado mismo apartase al proletariado y ocupase su sitio? No; eso es imposible. Toda la experiencia histórica se rebela contra esta suposición. La experiencia demuestra que el campesinado es completamente incapaz de desempeñar un papel político *independiente*[63].

La historia del capitalismo es la historia de la subyugación del campo a la ciudad. El desarrollo industrial de las ciudades europeas hizo imposible, en su tiempo, la perduración de las condiciones feudales en el dominio de la producción agraria. Pero el campo no produjo él mismo ninguna clase que hubiese podido llevar a cabo la tarea revolucionaria de la abolición del feudalismo. La misma ciudad, que había subyugado la agricultura al capital, produjo al mismo tiempo fuerzas revolucionarias que tomaron cuerpo político con influencia sobre toda la nación y que propagaron al campo el proceso de revolución de las condiciones estatales y de propiedad. En el transcurso de la evolución progresiva, el campo cayó definitivamente bajo la subyugación económica del capital, y el campesinado bajo la subyugación política de los partidos capitalistas. Éstos hacen resurgir de nuevo el feudalismo en la política parlamentaria, convirtiendo al campesinado en dominio político suyo, en una reserva para la obtención de votos. El moderno Estado burgués, con ayuda del fisco y del militarismo, precipita al campesinado en las fauces del capital usurero y lo convierte, con la ayuda de los popes a sueldo del Estado, de las escuelas estatales y de la degeneración de la vida cuarteara, en la víctima de su política usuraria.

La burguesía rusa cede todas las posiciones revolucionarias al proletariado. Tendrá que ceder también la hegemonía revolucionaria sobre el campesinado. En esta situación en la que el poder pasa al proletariado, al campesinado no le quedará otra solución que adherirse al régimen de democracia obrera, aunque en este caso, no manifieste mayor firmeza moral que manifestó anteriormente al adherirse al régimen de la burguesía. Pero mientras que cualquier partido burgués una vez conquistados los votos del campesinado, se aprovecha rápidamente de su poder para esquilmar al campesinado y defraudarle en todas sus esperanzas y promesas, abriendo el paso, cuando más, a otro partido capitalista, el proletariado, que se apoya en el campesinado, hará cuanto esté en su poder para elevar el nivel cultural en el campo y desarrollar la conciencia política del campesinado. De todo lo dicho resulta

claramente cómo vemos nosotros la idea de la *dictadura del proletariado y del campesinado*.

Lo decisivo no es si nosotros consideramos lícita en principio, si nosotros *queremos* o *no queremos* tal forma de cooperación política. Lo cierto es que, en todo caso, no la consideramos realizable, por lo menos en un sentido directo e inmediato.

En efecto, una coalición de este tipo supone o bien que uno de los partidos burgueses existentes conquiste el campesinado, o bien que éste cree un partido poderoso independiente. Pero nos hemos esforzado en demostrar que ni lo uno ni lo otro es posible.

VI. El régimen proletario

El proletariado únicamente puede subir al poder si se apoya en una sublevación nacional o en el entusiasmo general de la población. El proletariado entrará en el gobierno como el representante revolucionario de la nación, como jefe reconocido de la lucha contra el absolutismo y la barbarie de la servidumbre. Pero, ya en el poder, el proletariado iniciará una nueva época —una época de legislación revolucionaria, de política decidida— y, en relación con esto, no puede estar seguro en modo alguno de seguir siendo reconocido como representante de la voluntad de la nación. Las primeras medidas del proletariado —la limpieza de los establos de Augías del antiguo régimen y la expulsión de sus moradores— encontrarán el apoyo activo de la nación entera, pese a lo que digan los eunucos liberales sobre el enraizamiento de ciertos prejuicios en las masas populares.

La limpia política será completada por una reorganización democrática de todas las condiciones que configuran la sociedad y el Estado. El gobierno obrero tendrá que intervenir decididamente, bajo la influencia de la presión directa y de las reivindicaciones inmediatas, en todas las relaciones y fenómenos sociales…

Su primera operación tendrá que consistir en expulsar del ejército y de la administración a todos aquellos que se han manchado con la sangre del pueblo y liquidar o disolver aquellas instituciones que más se hayan caracterizado en la criminal represión contra el pueblo; este trabajo tendrá que ser realizado ya en los primeros días de la revolución, es decir aun mucho antes de que sea posible introducir el nuevo sistema de funcionarios elegidos y responsables y proceder a la organización de una milicia popular. Pero esto sólo no es suficiente. La democracia obrera se verá confrontada enseguida con la cuestión de la duración de la jornada de trabajo, con la cuestión agraria y con el problema del paro forzoso…

Un punto está claro: cada nuevo día se hará más profunda la política del proletariado en el poder y se hará cada vez más claro su *carácter de clase*. Pero al mismo tiempo también se verá cortado el vínculo revolucionario entre el proletariado y la nación, y la separación clasista del campesinado revestirá caracteres políticos; el antagonismo entre sus partes integrantes crecerá en la medida en que la política del gobierno obrero sea consciente de su propio destino y se convierta, de una política democrática general, en una política de clase.

Si bien, por un lado, la falta de tradiciones burguesas individualistas y de prejuicios antiproletarios en el campesinado y la *intelligentsia* ayudará al proletariado a mantenerse en el poder, no hay que olvidar, por otra parte, que esta ausencia de prejuicios no se deriva de una conciencia política sino de una barbarie política, de la desestructuración social, del primitivismo y del amorfismo. Todos estos elementos y características no pueden proporcionar una base segura para una política consecuente y activa del proletariado.

La abolición del sistema de servidumbre feudal encontrará el apoyo del

campesinado entero, la clase más afectada por la servidumbre. Un impuesto progresivo sobre la renta tendrá el apoyo de la gran mayoría del campesinado; pero las medidas legislativas de protección del proletariado del campo no sólo no serán recibidas con el beneplácito activo de la mayoría, sino que tropezarán con una resistencia activa de parte de una minoría.

El proletariado se verá obligado a llevar al campo la lucha de clases y a destruir de esta manera la comunidad de intereses que le une con el campesinado entero, comunidad indudablemente existente aunque dentro de límites relativamente estrechos. Desde el primer momento de su dominación, el proletariado tendrá que buscar su apoyo en la confrontación de las capas pobres y ricas del campesinado, del proletariado del campo con la burguesía agrícola. Pero si, por un lado, la heterogeneidad del campesinado constituye una dificultad y limita la base de una política proletaria, por otro lado su insuficiente diferenciación de clase, hará también más difícil llevar al campesinado a una lucha de clases desarrollada en la cual pudiese apoyarse el proletariado urbano. El primitivismo del campesinado mostrará al proletariado su lado más hostil.

El enfriamiento del campesinado, su pasividad política y especialmente la resistencia activa de sus capas superiores, no podrá menos de tener influencia sobre una parte de la *intelligentsia* y sobre la pequeña burguesía urbana.

Por tanto, cuanto más decidida y definida sea la política del proletariado en el poder, tanto más estrecha se hará su base, tanto más se moverá el suelo bajo sus pies. Todo esto es sumamente probable e incluso inevitable… Dos rasgos esenciales de la política proletaria tropezarán con la resistencia de sus aliados: *el colectivismo* y el *internacionalismo*.

El carácter pequeñoburgués y el primitivismo del campesinado, la estrechez aldeana de su horizonte, su aislamiento de las cuestiones políticas internacionales y de sus interdependencias, serán un obstáculo serio para la estabilización de la política revolucionaria del proletariado que se encuentra en el poder.

Imaginarse que la socialdemocracia puede entrar en un gobierno provisional, dirigirlo durante un período de reformas democrático revolucionarias que también incluya sus reivindicaciones más radicales —apoyándose en el proletariado organizado— y que luego, después de haber cumplido con su programa democrático se mude del edificio que ella ha construido, dejando libre el camino a los partidos burgueses, entrando en la oposición e iniciando una época de política parlamentaria; imaginarse esto significaría comprometer la idea de un gobierno obrero. No porque fuera inadmisible *por principio* —tal actitud carece de sentido— sino porque sería completamente irreal, porque sería un utopismo de la peor especie, una clase de utopismo filisteo revolucionario, y lo sería por la razón siguiente:

La subdivisión de nuestro programa en uno mínimo y otro máximo es de una principal importancia con la condición de que el poder se encuentre en manos de la burguesía. Precisamente este hecho de que la burguesía esté en el poder, excluye de

nuestro programa mínimo todas las reivindicaciones que sean incompatibles con la propiedad privada de los medios de producción. Precisamente estas reivindicaciones son las que dan el contenido a la revolución socialista y su condición previa es la dictadura del proletariado.

Pero una vez que el poder se encuentre en manos del gobierno revolucionario con una mayoría socialista, la diferencia entre el programa mínimo y el máximo pierde prácticamente toda importancia, tanto *de principio* como en la práctica. Un gobierno proletario no puede, de ningún modo, actuar dentro de un marco tan limitado. Tomemos la reivindicación de la jornada laboral de ocho horas. Como es sabido, no se contradice en lo más mínimo con las condiciones capitalistas de producción y entra, por tanto, en el programa mínimo de la socialdemocracia. Pero imaginémonos el cuadro de su realización real durante un período revolucionario en el que todas las pasiones sociales están en tensión. La nueva ley chocaría, sin duda, con la resistencia organizada y obstinada de los capitalistas, por ejemplo en forma de *lockout* y cierre de fábricas y empresas. Centenares de miles de obreros serían puestos en la calle. ¿Qué tendría que hacer el gobierno? Un gobierno burgués, por muy radical que fuese, no permitiría que se llegase a este punto ya que se vería impotente con las fábricas y empresas cerradas. Tendría que hacer concesiones, la jornada de ocho horas no sería introducida, la indignación del proletariado sería reprimida…

Bajo la dominación política del proletariado, la introducción del día laborable de ocho horas tendría que conducir a consecuencias muy distintas. El cierre de fábricas y empresas por los capitalistas naturalmente no puede ser motivo para prolongar la jornada laboral por parte de un gobierno que se quiere apoyar en el proletariado y no en el capital —como el liberalismo— y que no quiere desempeñar el papel de intermediario *imparcial* de la democracia burguesa. Para un gobierno obrero sólo hay una salida: la expropiación de las fábricas y empresas cerradas y la organización de su producción sobre la base de la gestión colectiva.

Naturalmente, puede argumentarse de la manera siguiente. Supongamos que el gobierno obrero decreta, fiel a su programa, la jornada laboral de ocho horas; si el capital practica una resistencia que no puede ser superada con los medios de un programa demócrata —puesto que supone la protección de la propiedad privada— entonces dimite la socialdemocracia y apela al proletariado. Esta solución sería tal desde el punto de vista del grupo de personas que componen el gobierno, pero no lo sería desde el punto de vista del proletariado o desde el punto de vista del desarrollo de la revolución, ya que la situación después de retirarse la socialdemocracia sería la misma que anteriormente cuando se vio obligada a cargar con el poder. A la vista de la resistencia organizada del capital, la huida es una traición aún mayor a la revolución que la renuncia a tomar el poder, puesto que verdaderamente es mejor no entrar en el gobierno que hacerlo con el único objeto de dar pruebas de debilidad y retirarse después.

Otro ejemplo. El proletariado en el poder no puede menos de tomar las medidas

más enérgicas para resolver el problema del paro forzoso, pues va de suyo que los representantes obreros que entran en el gobierno no pueden responder a las peticiones de los parados aludiendo simplemente al carácter burgués de la revolución.

Pero si el Estado se encarga aunque sólo sea de asegurar la subsistencia de los parados (aquí no es importante saber en qué forma lo hace), esto significa un inmenso cambio inmediato en cuanto a la potencia económica del proletariado. Los capitalistas, cuya presión sobre el proletariado se ha basado siempre en el hecho de la existencia de un ejército de reserva, se sienten impotentes *económicamente*, mientras que, al mismo tiempo, el gobierno revolucionario les condena a la impotencia *política*. Si el Estado se encarga de apoyar a los parados, al mismo tiempo se encarga, con ello, de asegurar la subsistencia de los huelguistas. Si no hace *esto*, socava inmediata e irrevocablemente su propia base de existencia.

A los fabricantes no les queda otro remedio que llegar al *lockout*, es decir al cierre de las fábricas. Está claro que los fabricantes pueden resistir durante mucho más tiempo al cese de la producción que los obreros y que, por lo tanto, para el gobierno obrero sólo hay una respuesta a un *lockout* en masa: la expropiación de las fábricas, y —por lo menos en el caso de las más grandes— la organización de la producción sobre una base estatal o comunal.

En el terreno de la agricultura surgen problemas análogos, simplemente a causa del hecho de la expropiación del suelo. No se puede suponer, en modo alguno, que un gobierno proletario divida las explotaciones de producción en gran escala después de su expropiación en parcelas individuales y las venda para su explotación a los pequeños productores; aquí el único camino posible es el de organizar la producción cooperativa bajo un control comunal o directamente bajo una gestión estatal; y ésta es la vía hacia el socialismo.

Todo esto demuestra claramente que la socialdemocracia no puede entrar en un gobierno revolucionario habiendo prometido al proletariado no *bajar* del programa mínimo, y habiendo prometido, al mismo tiempo, a la burguesía no *salirse* del programa mínimo. Tal compromiso simultáneo sería irrealizable. Si los representantes del proletariado entran en el gobierno, no como rehenes sin poder sino como fuerza dirigente, entonces liquidarán el límite entre el programa mínimo y el máximo, es decir, *incluirán el colectivismo en el orden del día*. El punto en el que el proletariado, lanzado en esta dirección, será frenado, dependerá de la correlación de fuerzas y, en mucha menor medida, de las intenciones originarias del partido del proletariado.

Por eso no puede hablarse de alguna forma especial de dictadura proletaria en el marco de la revolución burguesa, y menos de una dictadura democrática del proletariado (o del proletariado y del campesinado). La clase obrera no puede garantizar el carácter democrático de su dictadura si al mismo tiempo se compromete a no pasarse de los límites de un estrecho programa democrático. Ilusiones cualesquiera sobre este punto serían funestas y comprometerían a la socialdemocracia

desde el principio.

Cuando el partido del proletariado tome el poder, luchará por él hasta el final. Si un medio de esta lucha por el mantenimiento y la estabilización del poder será la agitación y organización, especialmente en el campo, otro medio lo será la política colectivista. El colectivismo no sólo se hará necesario en virtud de la postura política del partido en el poder, sino que al mismo tiempo será también un medio para mantener esta postura con el apoyo del proletariado.

Cuando se formuló en la prensa socialista la idea de la *revolución ininterrumpida*, que entrelazaba la liquidación del absolutismo y del sistema de servidumbre civil con la revolución socialista mediante una serie de conflictos sociales en agudización paulatina, mediante el surgimiento de nuevas capas sociales de entre las masas y mediante los continuos ataques del proletariado a los privilegios económicos y políticos de las clases dominantes, entonces, nuestra prensa *progresista* levantó unánimemente aullidos de indignación. ¡Oh, ella había aguantado mucho pero en cambio esto no lo podía aceptar! La revolución —gritó— no es un acontecer que pueda *decretarse legalmente*. La aplicación de medidas extraordinarias sólo sería admisible en circunstancias extraordinarias. Y el objeto del movimiento liberador no sería el de eternizar la revolución sino el de dirigirla lo más rápidamente posible hacia las vías *legales*, etc., etc.

Los representantes más radicales de esa misma especie de democracia no se atreven a manifestarse en contra de la revolución a partir del punto de vista de los *progresos* constitucionales ya asegurados: tampoco para ellos representa este cretinismo parlamentario, antecedente del ascenso al parlamentarismo, ningún arma eficaz en la lucha contra la revolución proletaria. Ellos eligen otro camino: no se colocan sobre la base del derecho sino sobre la de hechos aparentes —sobre la base de las *posibilidades* históricas, sobre la del *realismo* político y finalmente…— finalmente incluso sobre la base del *marxismo*. ¿Por qué no? Ya Antonio, el devoto ciudadano de Venecia, decía muy acertadamente: *No olvides que el diablo, para sus fines, puede citar las Sagradas Escrituras*[64].

Ellos consideran no sólo fantástica la idea de un gobierno obrero en Rusia, sino que incluso desechan la posibilidad de una revolución socialista en Europa en la próxima época histórica. Las *condiciones previas* necesarias todavía no existen. ¿Es cierto esto? Naturalmente no se trata de fijar la fecha de la revolución socialista sino de apreciar bien sus perspectivas históricas reales.

VII. Las condiciones previas del socialismo

El marxismo ha hecho del socialismo una ciencia. Esto no impide a ciertos *marxistas* hacer del marxismo una utopía.

Rozkov explica, en su argumentación contra el programa de socialización y cooperativismo, las «condiciones previas necesarias del futuro sistema social que han sido fijadas imperecederamente por Marx», como sigue: «¿Se da ya acaso —dice Rozkov— su condición previa material, objetiva? Esta condición previa supone un nivel de desarrollo técnico que reduzca a un mínimo el motivo del beneficio personal, la existencia [?] de iniciativa personal, de espíritu emprendedor y de riesgo de forma que coloque en el primer plano la producción colectiva. Tal nivel de la técnica está entrelazado íntimamente con el predominio casi ilimitado [!] de la gran industria en todos [!] los ramos económicos, pero ¿acaso se ha conseguido ya tal resultado? Falta también la condición previa subjetiva, psicológica, el crecimiento de la conciencia de clase del proletariado que, al fin y al cabo, trae consigo la unión espiritual de la mayoría aplastante de las masas populares». «Conocemos —sigue Rozkov— ya ahora ejemplos de asociaciones de producción, como las conocidas fábricas de vidrios francesas en Albi y otras asociaciones de producción agrícola en Francia… Las experiencias francesas mencionadas demuestran más claramente que cualquier otro ejemplo que, incluso en un país tan avanzado como Francia, las condiciones económicas no están suficientemente desarrolladas como para posibilitar un predominio de la cooperación: estas empresas son de un tamaño mediano, su nivel técnico no es más alto que el de las empresas capitalistas corrientes; *no marchan a la vanguardia del desarrollo industrial, no lo dirigen,* sino que alcanzan sólo un mediano nivel modesto. Sólo cuando las experiencias de algunas asociaciones de producción muestren su papel dirigente en la vida económica, sólo entonces, estaremos cerca de un nuevo sistema social, sólo entonces podremos estar seguros de que existen las condiciones previas necesarias para su realización».

Aun respetando las buenas intenciones de Rozkov tenemos que confesar con tristeza que incluso en la literatura burguesa rara vez hemos encontrado una mayor confusión sobre las así llamadas condiciones previas del socialismo. Vale la pena intervenir en esta confusión, no por Rozkov sino por el problema en sí.

Rozkov explica que todavía no existe «el nivel de desarrollo técnico que reduzca a un mínimo el motivo del beneficio personal, la existencia [?] de iniciativa personal, de espíritu emprendedor y de riesgo que coloque en primer plano la producción colectiva». Es bastante difícil comprender el sentido de este párrafo. Por lo visto quiere decir Rozkov que, primero, la técnica moderna todavía no ha desplazado, en una medida suficiente, al trabajo humano vivo en la industria; que, segundo, el desplazamiento supone el *predominio* «casi» *ilimitado* de grandes empresas *en todas* las ramas de la economía y, con ello, la *proletarización* «casi» *ilimitada de la población entera de un país*.

Éstas son las dos condiciones previas que se supone han sido «fijadas imperecederamente por Marx».

Intentemos imaginarnos el cuadro de las condiciones capitalistas que encontrará el socialismo según el método de Rozkov. «El predominio casi ilimitado de la gran industria en todos los ramos de la economía» significa en las condiciones del capitalismo, como hemos dicho, la proletarización de todos los productores pequeños y medianos en la agricultura y en la industria, es decir la transformación en proletariado de la población total. Pero el predominio ilimitado de la técnica mecánica en estas grandes empresas reduce a un mínimo la necesidad de trabajo vivo y convierte así a la mayoría preponderante de la población del país —ha de pensarse en el 90%— en un ejército de reserva que vive, a costa del Estado, alojado en un lugar a propósito. Suponemos el 90%; pero nada nos impide ser lógicos e imaginarnos una situación en la que toda la producción consiste en un único autómata perteneciendo a un único sindicato y necesitando como fuerza de trabajo viva sólo un único orangután amaestrado. Ya se sabe que ésa es la brillante y consecuente teoría de Tugan-Baranovski. En estas condiciones, la *producción colectiva* no sólo se colocará *en el primer plano* sino que dominará todo el campo; aún más, al mismo tiempo naturalmente también se organizará el *consumo colectivo*, pues es obvio que toda la nación, con excepción del restante 10%, vivirá a expensas públicas. Así vemos aparecer por detrás de Rozkov la cara sonriente y conocida del señor Tugan-Baranovski. Después empieza el socialismo: la población emerge de sus viviendas públicas y expropia al grupo de los expropiadores. Naturalmente, no son necesarias ni la revolución ni la dictadura del proletariado.

La segunda característica económica de la madurez de un país para el socialismo es, según Rozkov, la posibilidad del *predominio* de la producción cooperativa. Ni siquiera en Francia las fábricas de vidrio cooperativas de Albi rinden más que otras empresas capitalistas. Una producción socialista sólo es posible si las cooperativas están como empresas *dirigentes, a la cabeza del desarrollo industrial*.

Todas estas consideraciones son retorcidas desde el principio hasta el fin. Las cooperativas no pueden llegar a la cabeza del desarrollo industrial, no porque el desarrollo económico todavía no haya progresado suficientemente, sino porque lo ha hecho *demasiado*. El desarrollo económico prepara, indudablemente, el terreno para la producción cooperativa, pero ¿para cuál? Para la cooperación *capitalista* sobre la base del trabajo asalariado; cualquier fábrica nos puede servir como muestra de tal cooperación capitalista. Con el desarrollo técnico aumenta también la importancia de esta cooperación. Pero ¿cómo podría permitir la evolución del capitalismo que las empresas cooperativas lleguen «a la cabeza de la industria»? ¿En qué basa Rozkov sus esperanzas de que las cooperativas desplacen a los cárteles y a los *trusts* y se coloquen a la cabeza del desarrollo industrial? Está claro que, en este caso, las cooperativas tendrían que expropiar automáticamente a todas las empresas capitalistas, después de lo cual sólo quedaría reducir la jornada laboral hasta el punto

en que todos los ciudadanos tuviesen trabajo, regulando el volumen de producción de las diferentes ramas para evitar las crisis. De esta forma estaría construido, en sus rasgos fundamentales, el socialismo. De nuevo aparece claro que no hay ninguna necesidad de la revolución o de la dictadura del proletariado.

La tercera condición previa es psicológica: haría falta «un crecimiento de la conciencia de clase del proletariado que, al fin y al cabo, trae consigo la unión espiritual de la mayoría aplastante de las masas populares». Por lo visto, ha de entenderse, en este caso, por unión espiritual la consciente solidaridad socialista y esto quiere decir que el general Rozkov considera la unión de la «mayoría aplastante de las masas populares» en las filas de la socialdemocracia como la condición previa psicológica del socialismo. Rozkov cree, por lo visto, que el capitalismo —empujando a los pequeños productores hacia las filas del proletariado y a la masa proletaria hacia las filas del ejército de reserva industrial— dará a la socialdemocracia la oportunidad de unir espiritualmente la *mayoría aplastante* (¿90%?) de las masas populares e ilustrarlas.

Realizar esto es igual de imposible, en el mundo de la barbarie capitalista, que el dominio de las cooperativas en el imperio de la competencia capitalista. Claro está que si fuera posible, la «mayoría aplastante de la nación unida en la conciencia y el espíritu, destituida, de una manera natural y sin complicaciones a los pocos magnates capitalistas y organizaría un orden económico socialista sin revolución ni dictadura».

Aquí surge, sin embargo, involuntariamente la siguiente pregunta: Rozkov se considera un discípulo de Marx. Pero Marx, explicando las «condiciones previas imperecederas del socialismo» en su *Manifiesto Comunista,* consideraba la revolución de 1848 como la antesala inmediata de la revolución socialista. Después de 60 años, naturalmente, no hace falta ser muy sagaz para reconocer que Marx se ha equivocado, puesto que, como sabemos, el mundo capitalista existe todavía. ¿Pero cómo podía equivocarse *tanto*? ¿No había visto Marx que las grandes empresas todavía no dominaban en todos los ramos industriales? ¿Que las cooperativas de producción aún no estaban en la cabeza de las grandes empresas? ¿Que la mayoría aplastante del pueblo todavía no estaba unida sobre la base de las ideas del *Manifiesto Comunista*? si nosotros vemos que todo eso no existe ni siquiera hoy, ¿cómo podía no darse cuenta Marx que en el año 1848 no había nada semejante? ¡Realmente, el Marx de 1848 era, en punto a utopía, un niño de pecho en comparación con muchos actuales autómatas infalibles del marxismo!

Vemos por tanto que Rozkov, aun sin ser uno de los críticos de Marx, suprime totalmente, sin embargo, la revolución proletaria como condición previa necesaria del socialismo. Puesto que Rozkov ha expresado demasiado consecuentemente las opiniones que son compartidas por un número considerable de marxistas de las dos corrientes de nuestro partido, es menester ocuparse de las principales bases metodológicas de sus equívocos.

De paso hay que mencionar que las divagaciones de Rozkov sobre el destino de

las cooperativas son de su cosecha personal. Nosotros mismos nunca hemos encontrado un socialista que creyera en un irresistible progreso tan simple de la concentración de la producción y de la proletarización de las masas populares, creyendo, al mismo tiempo, en el papel dirigente de las cooperativas de producción antes de la revolución proletaria. Unir estas dos condiciones es mucho más difícil en el ámbito del desarrollo económico que meramente en la cabeza de uno mismo, aunque incluso esto último nos pareció siempre casi imposible.

Pero tratemos otras dos *condiciones previas*, que son prejuicios más difundidos.

El desarrollo técnico, la concentración de la producción y la elevación de la conciencia de las masas, son indudablemente condiciones previas del socialismo. Pero todos estos procesos tienen lugar simultáneamente; no sólo se empujan e impulsan mutuamente sino que también se demoran y *limitan* recíprocamente. Cada uno de estos procesos, que se realiza en un nivel superior, requiere un desarrollo determinado de otro proceso en un nivel más bajo. Pero el desarrollo completo de cada uno de ellos es imposible una vez que los otros se han desarrollado, a su vez separadamente, por completo.

El desarrollo técnico encuentra indudablemente su valor límite en un único mecanismo robot que extrajese materias primas del seno de la naturaleza y depositase los bienes de consumo terminados ante los pies de los hombres. Si la existencia del capitalismo no estuviese limitada por las relaciones de clase y la lucha revolucionaria resultante de ellas, entonces tendríamos que suponer que la técnica —cuando se hubiese acercado al ideal de un único mecanismo robot, en el marco del sistema capitalista— suprimiría también automáticamente el capitalismo.

La concentración de la producción, resultante de las leyes de la competencia, supone la tendencia interna a proletarizar a la población entera. Si aisláramos esta tendencia, tendríamos quizá un motivo para suponer que el capitalismo llevaría a cabo su obra; pero ello siempre que el proceso de proletarización no se viese interrumpido por un cambio revolucionario, el cual es inevitable —dada la correlación determinada de las fuerzas de clase— mucho antes de que el capitalismo haya convertido a la mayoría de la población en un ejército de reserva recluido en viviendas similares a cárceles.

Prosigamos. La elevación del nivel de conciencia tiene lugar, sin duda, continuamente gracias a la experiencia de la lucha diaria y a los esfuerzos conscientes de los partidos socialistas. Si analizamos este proceso por separado, podemos seguirlo hasta el punto en que la mayoría aplastante del pueblo esté comprendida en organizaciones sindicales y políticas y unida por sentimientos de solidaridad y por la unidad de objetivos. Si este proceso pudiese realmente progresar cuantitativamente sin cambiar cualitativamente, el socialismo podría ser realizado pacíficamente mediante un consciente acto unánime de los ciudadanos del siglo XXI o XXII.

Pero es consustancial a estos procesos, que representan las condiciones previas históricas para el socialismo, que no se lleven a cabo separados unos de otros sino

que se obstaculicen mutuamente y que, cuando hayan alcanzado un punto determinado, definido por numerosas circunstancias pero lejos, en todo caso, de su valor límite matemático, se vean afectados por un cambio cualitativo y conduzcan, en su compleja combinación, a lo que nosotros entendemos por revolución socialista.

Quisiéramos empezar con el proceso mencionado en último lugar, el crecimiento del nivel de conciencia. Esto, como sabemos, no acontece en academias donde pudiera concentrarse artificialmente al proletariado durante 50, 100 o 500 años, sino en plena vida de la sociedad capitalista sobre la base de una lucha de clases incesante. La conciencia creciente del proletariado da una nueva forma a esta lucha de clases, le otorga un carácter más profundo y provoca una reacción correspondiente de la clase dominante. La lucha del proletariado contra la burguesía tiene su propia lógica, que se agudiza más y más y que desembocará en una solución del asunto mucho antes de que las grandes empresas dominen en todas las ramas económicas.

Va de suyo que un crecimiento de la conciencia política se apoya en el incremento numérico del proletariado, de donde la dictadura proletaria supone que la fuerza numérica del proletariado es suficientemente grande como para romper la resistencia de la contrarrevolución burguesa. Pero eso no significa en absoluto que la *mayoría aplastante* de la población tenga que componerse de proletarios y la *mayoría aplastante* del proletariado de socialistas conscientes. En todo caso, está claro que el ejército revolucionario consciente del proletariado tiene que ser más fuerte que el ejército contrarrevolucionario del capital; aquí, las capas intermedias inseguras e indiferentes de la población tienen que estar en una situación tal que permita que el régimen de la dictadura proletaria las arrastre al lado de la revolución y no hacia las filas de sus enemigos. La política del proletariado, naturalmente, tiene que contar conscientemente con esto.

Pero todo eso supone, por su parte, una hegemonía de la industria sobre la agricultura y una preponderancia de la ciudad sobre el campo.

Intentemos estudiar las condiciones previas del socialismo, empezando con las más generales para llegar después a las más complejas:

1.— El socialismo no es sólo una cuestión de repartición proporcionada sino también una cuestión de producción planificada. Una producción socialista, es decir producción cooperativa en gran escala, sólo es posible cuando el desarrollo de las fuerzas productivas hayan alcanzado un nivel en el que las grandes empresas trabajen más productivamente que las pequeñas. Cuanto más grande sea la preponderancia de la gran empresa sobre la pequeña, es decir cuanto más desarrollada esté la técnica, tanto mayores tienen que ser las ventajas económicas de la socialización de la producción, tanto más alto debe ser, por consecuencia, el nivel cultural de la población entera al realizarse la distribución proporcionada que se basa en una producción planificada.

La primera condición previa objetiva del socialismo está dada desde hace mucho. Desde que la división del trabajo social condujo a la división del trabajo en la

manufactura y, especialmente, desde que ésta ha sido remplazada por la producción mecánica de las fábricas, la gran empresa ha llegado a ser cada vez más lucrativa y esto quiere decir que también una socialización de la gran empresa hará cada vez más rica a la sociedad. Está claro que la transformación de las empresas artesanales en propiedad común de todos los artesanos no hubiese hecho más ricos a éstos, mientras que al transformar las manufacturas en propiedad común de los obreros ocupados en ellas o al traspasar las fábricas a manos de los obreros asalariados, o mejor aún el traspaso de todos los medios de producción de la gran producción fabril a las manos de la población total, se elevaría indudablemente el nivel material de dicha población; y cuanto más alto sea el estado alcanzado por la gran producción, tanto más alto será también este nivel material.

En la literatura socialista se cita con frecuencia la petición de Bellers, miembro de la cámara baja inglesa, quien presentó en el parlamento, cien años antes de la conspiración de Babeuf, exactamente en 1696, un proyecto de organización de sociedades cooperativas que pretendían satisfacer, autónomamente, todas sus necesidades. Según los cálculos del inglés, un colectivo de producción debía constar de 200 a 300 personas. No podemos ocuparnos aquí del examen de sus conclusiones finales, y tampoco tienen importancia para nosotros; importante es solamente el hecho de que una tal economía colectivista, incluso aunque emplease sólo 100, 200, 300 o 500 personas, ofrecía ya ventajas de producción a finales del siglo XVII.

A comienzos del siglo XIX trazó Fourier su plan de asociaciones de producción y consumo, los falansterios, que debían constar de 2000 a 3000 personas cada uno. Los cálculos de Fourier no se distinguían precisamente por su exactitud; pero, en todo caso, el desarrollo del sistema manufacturero en aquella época hacía que le pareciesen más apropiados, en una medida incomparablemente mayor, los colectivos económicos que en el caso del ejemplo arriba mencionado. Pero ahora está claro que tanto las asociaciones de John Bellers como los falansterios de Fourier están mucho más cerca de las libres comunas económicas con que sueñan los anarquistas, y cuyo utopismo no consiste generalmente en que sean *imposibles* o *contra la naturaleza* (las comunidades comunistas en América han demostrado que sí son posibles) sino en que cojean de 100 o 200 años de retraso respecto al progreso en el desarrollo económico.

La evolución de la división social del trabajo, por un lado, y de la producción mecánica, por otro, han hecho que el Estado sea, hoy día, la única cooperativa capaz de aprovechar a gran escala las ventajas de una economía colectivista. Aún más: dentro de las estrechas fronteras del algunos Estados particulares, no encajaría ya la producción socialista.

Atlanticus, un socialista alemán que no era de la misma opinión que Marx, calculó a finales del siglo pasado las ventajas económicas de una economía socialista en el marco de Alemania. Atlanticus no se distingue en modo alguno por el vuelo de su imaginación, su razonamiento se mueve completamente dentro del marco de la

rutina económica del capitalismo. Se apoya en competentes escritores de la agronomía y de la técnica actuales —y en eso radica no tanto su debilidad como su lado fuerte, puesto que le protege de un optimismo exagerado—. En fin, Atlanticus llega a la conclusión de que en el caso de una organización metódica de la economía socialista, aprovechando todos los medios técnicos disponibles a mediados de los años noventa del siglo XIX, se podrían duplicar o triplicar los ingresos de los obreros y reducir el horario de trabajo a la mitad del actual.

No debe suponerse, desde luego, que Atlanticus fue el primero en demostrar las ventajas económicas del socialismo: la productividad de trabajo infinitamente más alta en las grandes empresas, por un lado, y la necesidad de una planificación de producción, demostrada por las crisis económicas, por el otro, hablan mucho más elocuentemente en favor de las ventajas económicas del socialismo que la contabilidad socialista de Atlanticus. Su mérito consiste únicamente en haber expresado esta ventaja en valores aproximados.

Lo dicho anteriormente justifica la conclusión final de que si resultase cierto que el crecimiento continuo del poder técnico de los hombres hace el socialismo cada vez más ventajoso, están dadas ya, desde hace 100 o 200 años, las suficientes condiciones previas técnicas para la producción colectivista en tal o cual dimensión, y de que el socialismo es *técnicamente ventajoso* actualmente, no sólo en un Estado individual sino, en una medida extraordinariamente grande, también a escala internacional.

Pero las ventajas técnicas del socialismo, por sí solas, no son suficientes para realizarlo. Durante los siglos XVIII y XIX, las ventajas de la gran producción no se presentaron bajo una forma socialista sino bajo la capitalista. No se realizaron los proyectos de Bellers ni de Fourier. ¿Por qué no? porque en aquella época no había ninguna fuerza social dispuesta ni capaz de realizar ninguno de los dos.

2.— Ahora pasamos, de la condición previa técnica de producción, a la *socioeconómica*, que es menos general pero más compleja. Si se tratase no de una sociedad de clases antagonistas sino de una comunidad homogénea que elige conscientemente su sistema económico, ya bastarían ampliamente los cálculos de Atlanticus para empezar la construcción socialista. Atlanticus, socialista de una especie muy vulgar, opina justamente eso en su trabajo.

Tal teoría podría aplicarse actualmente, sin embargo, sólo dentro de los límites de la economía privada de una persona o de una sociedad anónima. Siempre se puede partir del principio de que un proyecto de reforma económica (introducción de nuevas máquinas, de nuevas materias primas, de nuevos reglamento de trabajo y sistema de remuneración) es aceptado únicamente cuando este proyecto de reforma trae consigo ventajas comerciales indudables. Pero eso por sí solo no es suficiente, ya que aquí se trata de la economía de la sociedad entera. Aquí luchan intereses antagónicos; lo que para unos es ventajoso perjudica a otros. Y el egoísmo de una clase no sólo actúa contra el egoísmo de otra sino también en contra de los intereses de la totalidad. Para la realización del socialismo es necesario, por consiguiente, que,

entre las clases antagónicas de la sociedad capitalista, haya una fuerza social suficientemente interesada en razón de su situación objetiva en la realización del socialismo y suficientemente poderosa para llevarla a cabo después de superar los intereses hostiles y la resistencia.

Uno de los méritos fundamentales del socialismo científico consiste en haber descubierto teóricamente tal fuerza social en el proletariado, y en haber mostrado que esta clase, creciendo forzosamente con el capitalismo, puede encontrar su salvación sólo en el socialismo; que la situación total la empuja hacia el socialismo y que, finalmente, la doctrina del socialismo tendrá que hacerse necesaria para la ideología del proletariado en la sociedad capitalista.

Así puede fácilmente verse el gran paso atrás que significa Atlanticus en comparación con el marxismo cuando afirma que desde el momento en que se pueda demostrar que «por el traspaso de los medios de producción a manos del Estado no sólo se consigue una prosperidad general sino que, además, podrá ser reducida la jornada de trabajo resultará completamente accesorio el que se confirme o no se confirme la teoría de la concentración del capital o la de la desaparición de clases sociales intermedias»…

Una vez que sean demostradas las ventajas del socialismo —opina Atlanticus— es «inútil poner todas las esperanzas en el fetiche del desarrollo económico; en cambio, deberían emprenderse investigaciones extensas y llegar a una amplia y escrupulosa preparación del paso de la producción privada a la estatal o *colectiva*».

Cuando Atlanticus ataca las tácticas puramente oposicionistas de la socialdemocracia y recomienda *proceder* en seguida a los preparativos para la transformación socialista, olvida que la socialdemocracia carece todavía del poder necesario para ello y que Guillermo II, Bülow y la mayoría del Reichstag, a pesar de tener el poder en sus manos, no tienen ni la menor intención de introducir el socialismo. El proyecto socialista de Atlanticus convence a los Hohenzollern tan poco como los planes de Fourier convencieron a los Borbones de la Restauración; la única diferencia es que este último basaba su utopismo político en una fantasía apasionada en el terreno de las creaciones económicas mientras que Atlanticus se apoyaba, en su utopismo político no menos grande, en una contabilidad convincente y filisteo-sensata.

¿Cómo tiene que ser el nivel de diferenciación social para que esté dada la segunda condición previa? En otras palabras: ¿Hasta dónde necesita llegar la fuerza numérica absoluta y relativa del proletariado? ¿Debernos contar con la mitad, con los dos tercios o con los nueve décimos de la población?

Intentar determinar el marco puramente aritmético de esta segunda condición previa del socialismo sería una empresa desesperante. Aceptando no obstante este esquematismo, surgiría antes que nada la pregunta de a quién ha de contarse entre el proletariado. ¿Debemos incluir en el cálculo a las amplias capas de semiproletarios y semicampesinos? ¿Debemos contabilizar el ejército de reserva de los proletarios

urbanos quienes, por un lado, amalgaman con el proletariado parásito de mendigos y ladrones y, por el otro, pueblan las calles de las ciudades en calidad de comerciantes al por menor, desempeñando pues un papel parásito respecto a la economía total? Esta cuestión no es nada simple.

La importancia del proletariado se deriva principalmente de su papel en la gran producción. La burguesa se apoya, en su lucha por el dominio político, sobre su poder económico. Antes de conseguir hacerse con la autoridad pública, concentra en sus manos los medios de producción del país; esto determina también su específico peso social. El proletariado, en cambio, a pesar de todas las fantasmagorías cooperativas, estará apartado, hasta el momento de la revolución socialista, de los medios de producción. Su poder social resulta del hecho de que los medios de producción, encontrándose en manos de la burguesía, sólo pueden ser puestos en movimiento por él, por el proletariado. Desde el punto de vista burgués, el proletariado es pues también uno de los medios de producción que, junto con los otros, forma un todo, un mecanismo unitario; pero el proletariado es la única parte no automática de este mecanismo y, pese a todos esfuerzos, no puede ser reducido a estado de automatismo. Esta posición le da al proletariado la posibilidad de impedir, según su voluntad parcial o totalmente (huelga general o parcial), el funcionamiento de la economía social.

De ello resulta que la importancia del proletariado —en igualdad de circunstancias en cuanto a fuerza numérica— es tanto más grande cuanto mayor es la masa de fuerzas productivas que pone en movimiento: el proletario de una gran fábrica —en igualdad de circunstancias— tiene una importancia social mayor que un artesano, y un proletario urbano la tiene mayor que un proletario del campo. En otras palabras: el papel político del proletariado es tanto más importante cuanto más domina la gran producción sobre la pequeña, la industria sobre la agricultura y la ciudad sobre el campo.

si analizamos la historia de Alemania o de Inglaterra en el período en el que el proletariado de estos países formaba una parte de la población igual de grande que el proletariado de la Rusia actual, podemos observar que aquél no desempeñaba el papel que corresponde actualmente a la clase obrera rusa, ni podía tampoco hacerlo, dada su significación objetiva.

Lo mismo vale, como hemos visto, para las ciudades. Cuando la población urbana en Alemania era sólo de un 15% —como ahora en Rusia— las ciudades alemanas no desempeñaban un papel político y económico en la vida del país equivalente al de las ciudades rusas de hoy en día. La concentración en las ciudades de grandes establecimientos industriales y comerciales, y la estrecha vinculación con las provincias mediante los ferrocarriles, confiere a nuestras ciudades una importancia mucho más grande de lo que les correspondería por su cifra de población; el crecimiento de su importancia supera con mucho su incremento de población, al tiempo que el crecimiento de población en las ciudades, por otra parte, es más grande

que el aumento natural de la población total… En 1848, en Italia el número de artesanos —no sólo de proletarios sino también de maestros— era aproximadamente un 15% de la población, es decir no menos que la proporción de artesanos y proletarios en la Rusia actual. Pero el papel que desempeñaron fue incomparablemente inferior al del proletariado industrial de Rusia en la actualidad.

Todo esto demuestra claramente que el intento de predeterminar la proporción de la población total que debe formar parte del proletariado en el momento de la conquista del poder político es un trabajo infructuoso. En lugar de ello citaremos algunos datos aproximados para mostrar qué parte de la población forma actualmente el proletariado en los países avanzados.

En el año 1895 en Alemania correspondían, de la cifra total de población activa de 20,5 millones (no comprendidos el ejército, los funcionarios estatales y personas de ocupación indeterminada), 12,5 millones al proletariado (obreros asalariados en la agricultura, la industria y el comercio y domésticos); la auténtica cifra de obreros agrícolas e industriales era de 10,75 millones. En lo que se refiere a los restantes ocho millones, muchos son también, en principio, proletarios (obreros de la industria doméstica, miembros de la familia que trabajan, etc.). En la agricultura, sólo el número de obreros asalariados era de 5,75 millones. La población total agrícola era aproximadamente el 36% de la población total. Repetimos que estos números valen para el año 1895. En los últimos once años han ocurrido indudablemente unos cambios inmensos, yendo generalmente en una dirección: ha aumentado la cifra de población urbana en relación con la agrícola (en 1882, la población agrícola era el 42%), la cifra del proletariado total en relación con la población total y la cifra del proletariado industrial en relación con el proletariado del campo; finalmente, corresponde hoy a cada obrero industrial más capital productivo que en 1895. Pero incluso las cifras mencionadas para 1895 muestran cómo el proletariado alemán representa ya desde hace mucho la fuerza dominante en la producción del país.

Bélgica, con su población de siete millones, es un país industrial puro. De 100 personas que tienen alguna ocupación, 41 trabajan en la industria (en sentido estricto), y sólo 21 trabajan en la agricultura. De más de 3 millones de asalariados, aproximadamente 1,8 millones —lo que hace aproximadamente el 60%— corresponden al proletariado. Estas cifras serían mucho más explicativas si añadiésemos al proletariado estrictamente diferenciado los elementos sociales que le son semejantes, a saber, los productores sólo formalmente «independientes», que en realidad están esclavizados por el capital, los pequeños funcionarios, los soldados, etc.

Pero es Inglaterra quien ocupa el primer plano desde el punto de, vista de la industrialización de la economía y de la proletarización de la población. En el año 1901, la cifra de los ocupados en la agricultura, la pesca y la silvicultura era de 2,3 millones, mientras que en la industria, en el comercio y el transporte estaban ocupadas 12,5 millones de personas.

De lo que resulta que en los países europeos más importantes la población urbana supera numéricamente a la del campo. Pero el predominio de la población urbana no se debe sólo a la cantidad de potencia productiva que representa sino, en una medida más elevada, a su composición cualitativa personal. La ciudad atrae a los elementos más enérgicos, a los más capaces e inteligentes de la población rural. Es difícil demostrarlo estadísticamente, si bien una comparación de grupos de edades entre la población urbana y la del campo puede valer como prueba indirecta; este hecho tiene su propia significación. Así en el año 1896 se contaban en Alemania 8 millones de ocupados en la agricultura y 8 millones de ocupados en la industria. Pero si se divide la población en grupos de edades, entonces resulta que la agricultura tenía un millón de personas entre 14 y 40 años —los que están en plena posesión de sus energías físicas— menos que la industria. Eso muestra que son principalmente «los viejos y los niños» los que se quedan en el campo.

De todo ello podemos sacar la conclusión de que la evolución económica —el crecimiento de la industria, el crecimiento de las grandes empresas, el crecimiento de las ciudades, el crecimiento del proletariado en general y del proletariado industrial en particular— ha *preparado ya la escena* no sólo para *la lucha* del proletariado por el poder político sino también para su *conquista*.

3.— Ahora trataremos de la tercera condición previa del socialismo, la *dictadura del proletariado*.

La política es el terreno donde las condiciones objetivas previas se entremezclan con las subjetivas y donde ambas interactúan. En condiciones técnicas y socioeconómicas determinadas, una clase se fija conscientemente el objetivo determinado de conquistar el poder, concentra sus fuerzas, calcula la fuerza de su adversario y decide en consecuencia.

Pero tampoco en este terreno el proletariado es absolutamente independiente; junto a elementos subjetivos, —conciencia, disposición e iniciativa— cuya evolución tiene también su propia lógica, el proletariado en su política se enfrenta con una serie de elementos objetivos: la política de las clases dominantes, las instituciones estatales existentes (el ejército, la enseñanza clasista, la Iglesia estatal), las relaciones internacionales, etc.

Primero trataremos el elemento subjetivo: la disposición del proletariado respecto a la transformación socialista.

Indudablemente, no es suficiente que el nivel técnico haya hecho ventajosa una economía socialista desde el punto de vista de la productividad del trabajo colectivo; ni tampoco basta con que la diferenciación social, sobre la base de esta técnica, haya creado un proletariado que represente, por su significado numérico y económico, la clase más importante e interesada por razones objetivas en el socialismo. Por encima de todo esto, es necesario que esta clase *sea consciente* de su interés objetivo. Es menester que *comprenda* que para ella no hay otra salida que el socialismo; es necesario que se una en un ejército suficientemente fuerte como para conquistar en

lucha abierta el poder político.

En las condiciones que se dan hoy en día sería absurdo negar esta afirmación. Sólo los viejos blanquistas podían poner sus esperanzas en la iniciativa salvadora de las organizaciones conspiradoras que se habían formado sin contacto con las masas; o bien los anarquistas —sus antípodas—, que confían en un impulso espontáneo de las masas sin saber dónde conducirá; la socialdemocracia entiende por conquista del poder *una acción consciente de la clase revolucionaria*.

Ahora bien, muchos ideólogos socialistas (ideólogos en el sentido negativo, o sea, los que lo revuelven todo) hablan de la preparación del proletariado para el socialismo en el sentido de su transformación moral. El proletariado y *la humanidad* en general necesitarían ante todo perder su vieja naturaleza egoísta; en la vida social deberían predominar los impulsos del altruismo, etc…. Como estamos muy lejos de semejante estado y como la *naturaleza humana* sólo ha de cambiar lentísimamente, el advenimiento del socialismo se ha alejado por algunos siglos. Tal concepto parece muy realista y evolucionista, etc. Pero en realidad se basa en consideraciones moralistas triviales.

Es de suponer que la psicología socialista tiene que existir antes del socialismo; en otras palabras, que es posible inculcar a las masas una psicología socialista sobre la base de las condiciones capitalistas. Aquí no se debe confundir el aspirar conscientemente al socialismo con la psicología socialista. Esta última supone la ausencia de motivos egoístas en la esfera de la vida económica, mientras que la aspiración y la lucha por el socialismo nacen de la psicología de clase del proletariado. Por muchos puntos de contacto que haya entre la psicología de clase del proletariado y la psicología socialista de una sociedad sin clases, un abismo profundo las separa.

La lucha común contra la explotación hace brotar en el alma obrera indicios preciosos de idealismo, de camaradería solidaria y de espíritu de sacrificio desinteresado pero, al mismo tiempo, la lucha por la existencia individual, el espectro de la miseria, la diferenciación dentro del mismo estamento obrero, la presión de las masas ignorantes desde abajo y la actividad corrompida de los partidos burgueses, impiden el despliegue completo de estos indicios preciosos.

Sin embargo, lo esencial del asunto es que el obrero medio —aun cuando pueda seguir siendo egoísta y pequeñoburgués, sin sobrepasar en su calidad «humana» a los representantes medios de las clases burguesas— se convence por la experiencia de la vida de que *sus deseos más simples y sus necesidades más naturales sólo pueden satisfacerse sobre las ruinas del sistema capitalista*.

Los idealistas se imaginan a la futura generación que será digna del socialismo de la misma manera que los cristianos se imaginan a los miembros de las primeras comunidades cristianas.

Como quiera que haya sido la psicología de los primeros prosélitos del cristianismo —sabemos por la historia de los apóstoles que se daban casos de

ocultación de propiedades privadas ante la comunidad— en todo caso, al extenderse, el cristianismo fracasó no ya respecto a la transformación del modo de pensar del pueblo sino que, incluso, degenerando él mismo, haciéndose mercantilista burócrata, evolucionó de la mutua enseñanza fraternal al papismo y de la orden mendicante al parasitismo monástico; en una palabra: no logró someter a las condiciones sociales del medio dentro del cual se desarrollaba, sino que fue sometido por aquél. Y esto no ocurrió como consecuencia de la torpeza o del egoísmo de los padres y maestros del cristianismo sino como consecuencia de las leyes irrefutables de la dependencia de la psicología humana respecto de las condiciones del trabajo social y de la vida social. Y esta dependencia la mostraban incluso los propios padres y maestros del cristianismo en sus mismas personas.

Si el socialismo tan sólo se hubiese propuesto crear una nueva naturaleza humana dentro del marco de la vieja sociedad, no sería más que una nueva edición de las utopías moralistas. El socialismo no se propone la tarea de desarrollar una psicología socialista como condición previa del socialismo, sino la de crear condiciones de vida socialistas como condición previa de una psicología socialista.

VIII. El gobierno obrero en Rusia y el socialismo

Hemos demostrado anteriormente que las condiciones objetivas previas de una revolución socialista han sido ya creadas por el desarrollo económico de los países capitalistas avanzados. ¿Pero qué podemos decir a este respecto sobre Rusia? ¿Podemos esperar que el paso del poder a manos del proletariado ruso sea el comienzo de una adaptación de nuestra economía nacional a los principios socialistas?

Hace un año respondíamos a esta pregunta en un artículo que se vio sometido a un violento fuego cruzado procedente de las dos fracciones de nuestro partido:

«Los obreros parisienses —dice Marx— no esperaban que su comuna obrase milagros. Tampoco hoy debemos esperar milagros políticos de la dictadura del proletariado. El poder político no es todopoderoso. Sería absurdo suponer que el proletariado, una vez llegado al poder, podrá, con ayuda de algunos decretos, reemplazar al capitalismo por el socialismo. Un sistema económico no es el producto de la actividad del Estado. El proletariado únicamente puede utilizar el poder político con toda su energía con el fin de facilitar y abreviar el camino de la evolución económica hacia el colectivismo.

»El proletariado comenzará con las reformas que figuran en el llamado programa mínimo y, partiendo de ahí, la lógica de su situación le obligará a pasar a la práctica colectivista.

»Será relativamente fácil la introducción de la jornada laboral de ocho horas y del impuesto progresivo sobre la renta, aunque tampoco en este caso el centro de gravedad radica en la promulgación de un *acta* sino en la organización de su realización práctica. La dificultad principal, sin embargo, será —¡he aquí el paso al colectivismo!— la organización de la producción a base de una gestión colectiva de las fábricas y las empresas que sean cerradas por sus propietarios como protesta contra este decreto.

»También será una tarea relativamente fácil la de promulgar una ley sobre la abolición de los derechos sucesorios y la de realizar esta ley en la práctica; herencias en forma de dinero no perjudicarán grandemente al proletariado ni obstaculizarán su orden económico. Pero, en cambio, la apropiación de las herencias de tierras e industrias significará para el Estado obrero la organización de la economía sobre la base de la gestión colectiva.

»Lo mismo vale, en una medida aún mayor, para la expropiación, poco importa que se efectúe con indemnización o sin ella. La expropiación con indemnización ofrece ventajas políticas pero entraña dificultades financieras, mientras que una expropiación sin indemnización implica ventajas financieras pero también inconvenientes políticos. Pero más grandes que estas o aquellas dificultades serán las que planteen los problemas económicos y de organización.

»Repetimos: el gobierno del proletariado no es un gobierno que pueda hacer

milagros.

»La socialización de la producción comienza con las industrias que presentan menos dificultades. La producción socializada, en su primera fase, aparecerá bajo la forma de unos pocos oasis entrelazados con las empresas privadas dentro del marco de las leyes de la circulación de mercancías. Cuanto más amplio sea el campo comprendido por la economía socializada, tanto más obvias serán sus ventajas, tanto más seguro se sentirá el nuevo régimen político y tanto más audaces serán las siguientes medidas económicas del proletariado. Al tomar estas medidas, no solamente se apoyará en las fuerzas productivas nacionales sino también en la técnica internacional, lo mismo que en su política revolucionaria no se apoya exclusivamente en las experiencias de las condiciones de clase nacionales sino también en toda la experiencia histórica del proletariado internacional».

La dominación política del proletariado es incompatible con su esclavización económica. Poco importa la bandera política bajo la cual el proletariado haya llegado al poder: estará obligado a proseguir una política socialista. Hay que, considerar como la mayor utopía la idea de que el proletariado —después de haberse elevado, mediante la mecánica interna de la revolución burguesa, a las alturas de la dominación estatal— puede, ni siquiera aunque así lo desease, limitar su misión a la creación de condiciones republicano-democráticas para el dominio social de la burguesía. Incluso una pasajera dominación política del proletariado debilitará la resistencia del capital, el cual necesita siempre del apoyo del poder político, y otorgará unas dimensiones grandiosas a la lucha económica del proletariado. Los obreros no pueden por menos de pedir del poder revolucionario el apoyo para los huelguistas; y el gobierno, apoyándose en los obreros, no puede negar esta ayuda. Pero esto significa ya paralizar la influencia del ejército de reserva del trabajo y es equivalente al dominio de los obreros, no sólo en el terreno político sino también en el económico, y convierte la propiedad privada de los medios de producción en una ficción. Estas inevitables consecuencias socioeconómicas de la dictadura del proletariado surgirán muy pronto, mucho antes de que la democratización del orden político esté terminada. La barrera entre el programa *mínimo* y el *máximo* desaparece en cuanto el proletariado obtiene el poder.

El régimen proletario tiene que acometer ya desde el principio la solución de la cuestión agraria, con la cual está conectado el destino de grandes masas de la población rusa. El proletariado, al resolver este problema —como también todos los demás— se guiará por el anhelo más importante de su política económica, a saber, posesionarse de un ámbito lo más grande posible para la organización de la economía socialista. En la cuestión agraria, las formas y la marcha de esta política tienen que ser determinadas, de un lado, por los recursos materiales que estén a disposición del proletariado y, del otro lado, por la necesidad de tomar sus medidas de tal manera que los aliados potenciales no se sientan empujados hacia las filas de los contrarrevolucionarios.

La *cuestión agraria*, es decir la cuestión del destino de la agricultura y sus relaciones sociales, no se agota naturalmente con la *cuestión de la tierra*, es decir, la cuestión de las formas de propiedad de la tierra. La respuesta que se dé al problema agrario predeterminará, quizá no la marcha del desarrollo de la agricultura, pero sí al menos la política agraria del proletariado; en otras palabras: el destino que el régimen proletario adjudique a la tierra estará estrechamente vinculado a la relación general del régimen proletario con el transcurso y las exigencias del desarrollo agrícola. Por este motivo la cuestión de la tierra ocupa el primer lugar.

una de las soluciones a la cuestión de la tierra, que los socialrevolucionarios han popularizado tan laudatoriamente, es la socialización del país entero; ésta es una noción que, liberada de su maquillaje europeo, no significa otra cosa que el Reparto Negro[65]. El programa de la repartición igualitaria supone, pues, la expropiación de todas las tierras, no sólo de las tierras privadas en general, no sólo de las tierras privadas de campesinos sino incluso de las tierras comunales. Si consideramos esta expropiación como uno de los primeros pasos del nuevo régimen, todavía bajo la dominación absoluta de las condiciones del capitalismo mercantil, entonces vemos que las primeras *víctimas* de esta expropiación serían los campesinos o, por lo menos, ellos se sentirían como tales. Si tenemos en cuenta que el campesino pagó, durante décadas, las sumas de redención que debían convertirle en propietario de su tierra; si tomamos en consideración que algunos campesinos acomodados han adquirido un inmenso terreno como propiedad privada indudablemente con grandes sacrificios, incluso en la generación actual, entonces podemos fácilmente imaginarnos cuán grande sería la resistencia contra el intento de declarar propiedad del Estado las tierras comunales y las pequeñas parcelas privadas. Si el nuevo régimen actuase de este modo, empezaría a enfrentarse contra enormes masas campesinas.

¿Para qué deberían pasar a ser propiedad del Estado las tierras comunales y las pequeñas propiedades privadas de tierra? para ponerlas a disposición, de una u otra manera, de la explotación económica «igualitaria» por todos los campesinos, incluidas las capas actualmente carentes de tierras y los obreros agrícolas. El nuevo régimen, por lo tanto, *económicamente* no ganaría nada con la expropiación de las pequeñas propiedades y de las tierras comunales, puesto que, después de la nueva repartición las tierras estatales o públicas pasarían al cultivo económico privado. Y *políticamente* cometería el nuevo régimen un grave error ya que pondría a las masas campesinas en oposición con el proletariado urbano como líder de la política revolucionaria.

La partición igualitaria supone además que estará prohibida por parte del legislador la ocupación de trabajo asalariado. La abolición del trabajo asalariado puede y tiene que ser una *consecuencia* de las reformas económicas, pero no puede ser llevada a cabo previamente mediante prohibiciones jurídicas. No basta con prohibir al agricultor capitalista que ocupe obreros asalariados; hay que buscar antes la posibilidad de asegurar la subsistencia al campesino carente de tierras y hay que

hacerle posible una existencia racional desde el punto de vista de la economía total. Por lo demás, el programa de la explotación igualitaria del suelo que prohíbe el trabajo asalariado significa, por un lado, que se obliga a los que no tienen tierras a establecerse en minúsculas parcelas y, por el otro lado, se obliga al Estado a equiparles con el utillaje necesario para su producción, socialmente irracional.

Se sobrentiende que la intervención del proletariado en la organización de la agricultura no puede comenzar por atar a algunos obreros dispersos a pedacitos dispersos de tierra, sino por explotar grandes terrenos sobra la base de una gestión estatal o comunal.

Sólo cuando la producción socializada esté ya en pie, podrá impulsarse el proceso de socialización mediante la prohibición del trabajo asalariado. Esto hará imposible la existencia de la pequeña agricultura capitalista dejando, sin embargo, espacio suficiente a las empresas agrícolas que se autoabastecen parcial o enteramente; la expropiación de éstas no encaja de ningún modo dentro de los planes del proletariado socialista.

El proletariado no puede, en ningún caso, elegir como pauta un programa de «repartición igualitaria» que, por una parte, suponga una expropiación sin finalidad, puramente formal, de los pequeños propietarios y, por otra parte, exija la completa atomización de las grandes fincas rurales en pequeños trozos. Esta política, desde el punto de vista económico claramente derrochadora, solamente podría partir de una reticencia utópico-reaccionaria y más que otra cosa debilitaría políticamente al partido revolucionario.

¿Pero hasta dónde puede llegar la política socialista de la clase obrera en las condiciones económicas de Rusia? Una cosa podemos decir con toda seguridad: que tropezará mucho antes con obstáculos políticos que con el atraso técnico del país. *La clase obrera rusa no podría mantenerse en el poder ni convertir su dominio temporal en una dictadura socialista permanente sin el apoyo estatal directo que le prestase el proletario europeo*. De esto no puede dudarse ni por un momento. Y por otro lado, tampoco puede dudarse de que una revolución socialista en occidente nos permitiría convertir directamente el dominio temporal de la clase obrera en una dictadura socialista.

Kautsky escribió en el año 1904, cuando trataba sobre las perspectivas del desarrollo social y cuando analizaba la posibilidad de una revolución cercana en Rusia: «En Rusia, la revolución no podría conducir inmediatamente a un régimen socialista; para ello, las condiciones económicas del país no están, ni mucho menos, suficientemente maduras». Pero la revolución rusa tiene que dar un fuerte empujón al movimiento proletario en el resto de Europa y, como consecuencia de la lucha renaciente, el proletariado podría obtener una posición dominante en Alemania. «Tal acontecer —continúa Kautsky— tiene que tener influencia en toda Europa, pues debe conducir a la dominación política del proletariado en Europa occidental y dar al proletariado de Europa oriental la posibilidad de abreviar las etapas de su desarrollo

e, imitando el ejemplo alemán, *construir artificialmente instituciones socialistas*. La sociedad como totalidad no puede saltar artificialmente ningún estadio de su desarrollo; en cambio, a algunas de sus partes constitutivas les es posible acelerar su atrasado desarrollo, siguiendo el ejemplo de países más avanzados, y colocarse, gracias a ello, en un estadio más alto, ya que no están cargadas con un lastre de tradiciones como las que pesan sobre los viejos países…

»Esto puede ocurrir —sigue Kautsky—, pero con ello nos salimos, como ya hemos mencionado, del terreno de la *necesidad* y entramos en el de la *posibilidad,* por lo cual las cosas pueden desarrollarse de una manera completamente distinta».

El teórico de la socialdemocracia alemana escribió estas líneas en una época en la cual era para él todavía incierto si la revolución habría de estallar primeramente en Rusia o en occidente.

Más tarde, el proletariado ruso mostró una fuerza que tampoco los socialdemócratas rusos, ni siquiera en su tendencia más optimista, se habían esperado en una medida tan extraordinaria. El transcurso de la revolución rusa estaba decidido en sus rasgos esenciales. Lo que fue o pareció hace dos o tres años una *posibilidad* ha llegado a ser *probabilidad* y todo denota que esta probabilidad está dispuesta a convertirse en *necesidad*.

IX. Europa y la revolución

En junio de 1905 escribíamos: «Desde el año 1848 ha pasado más de medio siglo. Medio siglo de continuas conquistas del capitalismo en todo el mundo. Medio siglo de mutua adaptación "orgánica" de las fuerzas de la reacción burguesa y la feudal. ¡Medio siglo, en cuyo transcurso la burguesía ha mostrado su demencial dominación y su disposición a luchar ciegamente para conservarla! Al igual que un mecánico a la búsqueda del *perpetuum mobile* obsesionado por su fantasía, tropieza cada vez con nuevos obstáculos y superpone un mecanismo tras otro con el fin de superarlos, de la misma manera la burguesía ha cambiado y modificado su aparato de dominación, evitando el conflicto *ilegal* con las fuerzas que le son hostiles. Pero al igual que nuestro mecánico tropieza finalmente con un último obstáculo insuperable, la ley de conservación de energía, también la burguesía tiene que tropezar con una última barrera inexorable: el antagonismo de clases que se descarga inevitablemente en el conflicto.

»El capitalismo, al imponer a todos los países su modo de economía y de comercio, ha convertido al mundo entero en un único organismo económico y político. Así como el crédito moderno ha conectado a miles de empresarios a través de un lazo invisible, y permite al capital una movilidad sorprendente evitando muchas pequeñas bancarrotas privadas, pero acrecentando con ello, al mismo tiempo, las crisis económicas generales en unas dimensiones inauditas, así también todo el trabajo económico y político del capitalismo, su comercio internacional, su sistema de monstruosas deudas públicas y las agrupaciones políticas de naciones que incluyen a todas las fuerzas de la reacción en una especie de sociedad anónima internacional, no sólo ha contrarrestado por un lado todas las crisis políticas individuales sino que también, por otro lado, ha preparado el terreno para una crisis social de dimensiones fabulosas. La burguesía, al haber camuflado todos los síntomas de la enfermedad, al eludir todas las dificultades, al poner a un lado todas las cuestiones fundamentales de la política interior y exterior, ha aplazado su solución preparando con ello, al mismo tiempo, el camino para una liquidación radical de su dominio en una escala internacional. La burguesía se ha aferrado ávidamente a cualquier poder reaccionario sin preguntarse por su procedencia. El papa y el sultán no fueron los últimos de entre sus amigos. El no haber sellado lazos *amistosos* con el emperador de China tiene su razón de ser en el hecho de que éste no representaba ninguna fuerza: para la burguesía era mucho más ventajoso saquear sus propiedades que tenerle a su servicio como inspector máximo y pagarle de su propio bolsillo. Por tanto, la burguesía internacional ha puesto la estabilidad inherente a su sistema estatal en una posición de dependencia profunda respecto a la inestabilidad que es inherente a los baluartes de la reacción preburguesa.

»Ello da, desde el principio, a los acontecimientos en curso de desarrollo, un carácter internacional y abre una gran perspectiva: la tarea de emancipación política

que dirige la clase obrera rusa la eleva a ella misma a una altura hasta hoy desconocida en historia, coloca en sus manos fuerzas y medios colosales y lo posibilita por primera vez para comenzar con la destrucción a escala internacional del capitalismo, para lo cual la historia ha creado todas las condiciones objetivas previas[66]».

Si el proletariado ruso, habiendo conseguido temporalmente el poder, no traslada por propia iniciativa la revolución a Europa, entonces la reacción feudal burguesa europea le *obligará* a hacerlo.

Naturalmente, sería absurdo determinar ahora de antemano los caminos por los cuales la revolución rusa se extenderá sobre la vieja Europa capitalista: estos caminos podrían aparecer más tarde completamente inviables. Traemos aquí a Polonia, más para ilustrar la idea que en el sentido de una profecía, como vínculo entre el oriente revolucionario y el occidente revolucionario. El triunfo de la revolución en Rusia significa forzosamente también la victoria de la revolución en Polonia. Es fácil imaginarse que un régimen revolucionario sobre los diez gobiernos polacos anexionados por Rusia tenga que desembocar en una sublevación de Galitzia y de Posen. A esto los gobiernos de los Hohenzollern y de los Habsburgo responderían con una concentración de fuerzas militares en la frontera polaca para luego cruzarla y destrozar al enemigo en su centro, en Varsovia. Está completamente claro que la revolución rusa no puede abandonar su vanguardia occidental en manos de los mercenarios austriaco-prusianos. La guerra contra los gobiernos de Guillermo II y de Francisco José representa, en estas condiciones, para el gobierno revolucionario de Rusia una necesidad. ¿Qué posiciones adoptarían el proletariado alemán y el austriaco? Es obvio que no pueden mirar indiferentemente cómo llevan a cabo sus ejércitos nacionales una cruzada contrarrevolucionaría. La guerra de una Alemania feudal burguesa contra una Rusia revolucionaria significa absolutamente la revolución proletaria en Alemania. A quien esta afirmación le parezca demasiado categórica le recomendamos que se imagine otro acontecimiento histórico en cuyo caso la probabilidad de una prueba de fuerzas abierta entre los obreros y los reaccionarios alemanes sería más grande.

Cuando nuestro ministerio de octubre proclamó inesperadamente la ley marcial en Polonia, se extendió el rumor muy plausible de que esto había ocurrido bajo la instigación de Berlín. En la víspera de la disolución de la Duma, el periódico gubernamental informaba, en forma de amenaza, sobre negociaciones que habían tenido lugar entre los gobiernos de Berlín y de Viena con vistas a una intervención armada en los asuntos interiores de Rusia para acabar con la agitación. Ningún mentís ministerial pudo disipar el efecto turbador de esta noticia. Estaba claro que se preparaba, en las cortes de los tres Estados vecinos un sangriento tribunal contrarrevolucionario para castigar con mano de hierro. ¡Como si hubiese podido pasar de otra forma! ¿Podían observar pasivamente las monarquías semifeudales vecinas cómo las llamas de la revolución alumbraban en las fronteras de sus

propiedades?

Aunque la revolución rusa estaba aún lejos de su victoria, ya había tenido efecto, vía Polonia, sobre Galitzia. «¿Quién hubiera previsto hace un año», exclamó Daszinski en mayo de este año, en la conferencia de la socialdemocracia polaca en Lemberg, «lo que ocurre ahora en Galitzia? Henos aquí con un gran movimiento campesino que ha motivado asombro en toda Austria. Zbaraz elige a un socialdemócrata como vicemariscal del Consejo regional. Los campesinos editan un periódico socialista revolucionario y lo llaman *Bandera Roja*; grandes manifestaciones de masas en las cuales participan 30 000 campesinos; desfiles con banderas rojas y canciones revolucionarias, en los pueblos de Galitzia, anteriormente tan tranquilos y apáticos… ¿Qué pasará cuando el clamor de la nacionalización del suelo les llegue desde Rusia a estos campesinos depauperados?».

Kautsky señaló, en sus discusiones con el socialista polaco Lusnia hace más de dos años, que Rusia no debería ser considerada por más tiempo como un tronco colocado sobre las piernas de Polonia ni que Polonia era la cabeza de la vanguardia oriental de la Europa revolucionaria que hubiese invadido las estepas de la barbarie moscovita. En el caso de la continuación y de la victoria de la revolución rusa —según lo dicho por Kautsky— «la cuestión polaca se hará de nuevo crítica pero no en el sentido de Lusnia; Polonia enseñará los dientes, no contra Rusia sino contra Austria y Alemania; y, si es que llega a servir a la causa de la revolución, su tarea no será la de defender la revolución contra Rusia sino la de traerla desde Rusia a Austria y Alemania». Ahora esta predicción está mucho más cerca de la realidad de lo que pudiera pensar el propio Kautsky.

Pero una Polonia revolucionaria no es, de ningún modo, el único punto de salida posible para la revolución europea. Hemos señalado más arriba que, ya desde hace décadas, la burguesía ha eludido sistemáticamente la solución de muchos problemas complejos y urgentes, no sólo en política interior sino también en la exterior. Aunque los gobiernos burgueses han puesto sobre las armas enormes cantidades de hombres, les falta la fuerza para determinarse a solucionar con la espada las complicadas cuestiones de la política internacional. Sólo un gobierno apoyado por una nación cuyos intereses vitales están amenazados, o bien un gobierno que ha perdido el suelo bajo sus pies y que se siente impulsado por el valor de la desesperación, puede mandar a morir a centenares de miles de hombres. En las actuales condiciones del desarrollo político y de la técnica militar, del sufragio universal y del servicio militar obligatorio, sólo una confianza profunda por parte de la nación o un loco arrebato de cólera puede hacer que dos naciones entren en conflicto. En la guerra franco-prusiana de 1870 vemos, por un lado, a Bismarck, luchando por la prusianización, es decir, por la unificación de Alemania —una necesidad elemental que sentía todo alemán— y, por otro lado, al gobierno de Napoleón III, insolente, impotente, despreciado por el pueblo, dispuesto a cualquier aventura que le proporcionase un plazo de otros doce meses de vida. En la guerra ruso-japonesa, los papeles estaban distribuidos de manera

similar: por un lado el gobierno del *mikado* luchando por el dominio del capital japonés sobre Asia oriental sin que pudiese oponérsele ningún proletariado revolucionario fuerte; por otro lado, un gobierno autocrático y caduco que se esforzaba en compensar sus derrotas en el interior con victorias en el extranjero.

En los viejos países capitalistas no hay necesidades *nacionales*, es decir necesidades de la *sociedad burguesa entera*, de las cuales la burguesía pudiese sentirse defensora. Los gobiernos de Inglaterra, Francia, Alemania o Austria ya no son capaces de conducir guerras nacionales. Los intereses vitales de las masas populares, los intereses de las nacionalidades oprimidas o la bárbara política interior de un país vecino no inducen a ningún gobierno burgués a entrar en una guerra que pudiese tener un carácter liberador y por tanto nacional. Por otro lado, los intereses de la codicia capitalista, que con tanta frecuencia impulsan, ora a este gobierno, ora a aquél, a tintinear las espuelas y hacer ruido con los sables ante los ojos de todo el mundo, no pueden provocar el más mínimo eco en las masas populares. Por este motivo, la burguesía no puede o no quiere provocar o realizar guerras nacionales. Las últimas experiencias en el sur de África y luego en el este de Asia demostraron a dónde conducen, en las condiciones actuales, las guerras antinacionales. La grave derrota del conservadurismo imperialista en Inglaterra tiene como causa, y no la menos importante, la lección de la guerra de los *boers*; la otra consecuencia, mucho más importante y más peligrosa para la burguesía inglesa, de la política imperialista, es la autonomía política del proletariado inglés que, una vez iniciada, avanzará con botas de siete leguas. Y no hace falta recordar las consecuencias de la guerra ruso-japonesa para el gobierno de San Petersburgo. Pero incluso prescindiendo de estas dos experiencias, los gobiernos europeos tienen cada vez más miedo de colocar al proletariado, desde que ha comenzado a ser independiente, ante el dilema: guerra o revolución. Precisamente este miedo a la sublevación proletaria incita a los partidos burgueses a acordar inmensas sumas para gastos militares y a declarar, al mismo tiempo, solemnes manifiestos de paz; les incita a soñar con tribunales internacionales de arbitraje e incluso con la organización de los Estados Unidos de Europa. Es una declamación ridícula que no puede eliminar naturalmente ni el antagonismo entre los Estados ni los conflictos armados.

La paz armada que se produjo en Europa después de la guerra franco-prusiana se basaba en un sistema de equilibrio europeo, el cual no sólo suponía la invulnerabilidad de Turquía, la división de Polonia, la conservación de Austria —este traje de Arlequín etnográfico— sino también la existencia del despotismo ruso en el papel de gendarme, armado hasta los dientes, de la reacción europea. La guerra ruso-japonesa asestó un duro golpe a este sistema, mantenido en pie artificialmente, en el que la autocracia tenía una posición de primer rango. Rusia salió, por una cierta época, del así llamado concierto de potencias. El equilibrio estaba destruido. Los éxitos japoneses inflamaron, por otra parte, los instintos conquistadores de la burguesía capitalista, y especialmente de la bolsa, de una gran importancia dentro de

la política actual. La posibilidad de una guerra en suelo europeo ha crecido considerablemente. Por todas partes maduran conflictos y aunque hasta ahora hayan sido resueltos por medio de la diplomacia, ello no es ninguna garantía para el día de mañana. Mas una guerra europea significa inevitablemente la revolución europea.

Ya durante la guerra ruso-japonesa, el partido socialista de Francia declaró que, en caso de una intervención del gobierno francés en favor de la autocracia, llamaría al proletariado a tomar las medidas más decididas, incluso hasta llegar a la sublevación. En marzo de 1906, cuando se agudiza el conflicto franco-alemán a causa de Marruecos, el buró de la Internacional Socialista decidió, en el caso de un peligro bélico, «concretar las medidas de acción más apropiadas para todos los partidos socialistas internacionales y toda la clase obrera organizada a fin de evitar y detener la guerra». Cierto, aquello no pasó de ser una resolución y para comprobar su significación real sería necesaria una guerra. La burguesía tiene todas las razones para querer evitar tal experimento. Pero para desgracia suya, la lógica de las relaciones internacionales es más fuerte que la lógica de los diplomáticos.

La bancarrota del Estado ruso —sea provocada por el despilfarro de la burocracia o sea proclamada por un gobierno revolucionario que no quiere responsabilizarse de los pecados del viejo régimen—, la bancarrota del Estado ruso, suscitará una tremenda conmoción en Francia. Los radicales, que actualmente tienen en sus manos el destino de Francia, han asumido, junto con el poder, todas las funciones protectoras, y entre ellas también el cuidado de los intereses del capital. Por esto hay serios motivos para suponer que la catástrofe financiera (consecuencia de la bancarrota del Estado ruso) se convierta directamente en una crisis política en Francia, que sólo podría terminar con el traspaso del poder a manos del proletariado. De una u otra manera —bien a causa de una revolución en Polonia corno consecuencia de una guerra europea, bien como resultado de la bancarrota del Estado ruso— trascenderá la revolución a los territorios de la vieja Europa capitalista.

Pero también sin la presión exterior de acontecimientos tales como la guerra o la bancarrota puede surgir, en un futuro próximo, la revolución en uno de los países europeos como consecuencia de la extrema agudización de la lucha de clases. No queremos hacer aquí ninguna suposición sobre cuál de los países europeos será el primero que marchará por el camino de la revolución; pero es indudable que los antagonismos de clase han alcanzado, en los últimos años, un alto grado de tensión en todos los países europeos.

El crecimiento colosal de la socialdemocracia alemana en el marco de una constitución semiabsolutista llevará al proletariado por necesidad imperiosa a un choque abierto contra la monarquía feudal burguesa. La cuestión de la resistencia mediante la huelga general contra un golpe de Estado ha llegado a ser desde el año pasado una de las cuestiones centrales en la vida política del proletariado alemán. En Francia, el paso del poder a los radicales libera decididamente las manos del proletariado, que, en relación con el internacionalismo, estuvieron atadas durante

mucho tiempo por la colaboración con los partidos burgueses; el proletariado socialista, que ha recibido las tradiciones inmortales de cuatro revoluciones, y la burguesía conservadora, que se esconde detrás de la máscara de un partido radical, están puestos cara a cara. En Inglaterra, donde durante un siglo entero, dos partidos burgueses se sentaban por turno en el columpio del parlamentarismo, empezó hace poco tiempo, por toda una serie de motivos, el proceso de separación política del proletariado. Mientras que en Alemania este proceso duraba cuatro décadas, la clase obrera británica, disponiendo de fuertes sindicatos y de gran experiencia en la lucha económica, puede alcanzar, en pocos saltos, al ejército del socialismo continental.

La influencia de la revolución rusa sobre el proletariado europeo es extraordinariamente grande. No sólo destrozará al absolutismo de San Petersburgo, la fuerza principal de la reacción europea, sino que creará también las condiciones previas, necesarias para la resolución, en la conciencia y en el ánimo del proletariado europeo.

La tarea del partido socialista era y es la de revolucionar la conciencia de la clase obrera en la misma medida en que el desarrollo del capitalismo ha revolucionado las condiciones sociales. Sin embargo, el trabajo de agitación y organización en las filas del proletariado está marcado por una inmovibilidad interna. Los partidos socialistas europeos, especialmente el más grande entre ellos, el alemán, han desarrollado un conservadurismo propio, que es tanto más grande cuanto mayores son las masas abarcadas por el socialismo y cuanto más alto es el grado de organización y la disciplina de estas masas. Consecuentemente, la socialdemocracia, como organización, personificando la experiencia política del proletariado, puede llegar a ser, en un momento determinado, un obstáculo directo en el camino de la disputa abierta entre los obreros y la reacción burguesa. En otras palabras: El conservadurismo propagandístico socialista de un partido proletario puede, en un momento dado, obstaculizar la lucha directa del proletariado por el poder. El peso inmenso de la revolución se manifiesta en el hecho de aniquilar la rutina de partido, destruir el conservadurismo y poner en el orden del día la cuestión de la prueba abierta de fuerzas entre el proletariado y la reacción capitalista. La lucha por el sufragio universal en Austria, Sajonia y Prusia se ha agudizado bajo la influencia directa de la huelga de octubre en Rusia. La revolución en el este contagiará al proletariado del oeste con un idealismo revolucionario, despertando en él el deseo de hablar en *ruso* con sus enemigos.

Si el proletariado ruso se encuentra en el poder, aunque no sea más que como consecuencia del éxito temporal de nuestra revolución burguesa, entonces contará frente a sí con la hostilidad organizada de la reacción internacional y con la disposición al apoyo organizado del proletariado internacional. Abandonada a sus propias fuerzas, la clase obrera rusa sería destrozada inevitablemente por la contrarrevolución en el momento en que el campesinado se apartase de ella. No le quedará otra alternativa que entrelazar el destino de su dominación política, y por

tanto el destino de toda la revolución rusa, con el destino de la revolución socialista en Europa.

Echará en la balanza de la lucha de clases del mundo capitalista entero el inmenso poder estatal político que le da la prosperidad temporal de la revolución burguesa rusa. Con el poder estatal en las manos, con la contrarrevolución a su espalda y la reacción europea ante sí, gritará a sus compañeros de todo el mundo la consigna de lucha —y esta vez al último combate—: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

APÉNDICES

I. El partido del proletariado y los partidos burgueses en la revolución[67]

Los camaradas saben que rechazo categóricamente la opinión que ha sido la filosofía oficial del partido en estos últimos tiempos sobre la revolución y el papel que desempeñan en ella los partidos burgueses.

Las opiniones que profesan nuestros camaradas mencheviques les parecen, a ellos mismos, extraordinariamente complejas. Les he oído más de una vez acusarnos de tener una idea demasiado simple de la marcha de la revolución rusa. Y, sin embargo, a pesar de una falta absoluta de precisión en las formas, que dan la apariencia de complejidad —y gracias, quizá, a este defecto— las ideas de los mencheviques degeneran en un esquema extraordinariamente simple, accesible a la comprensión del mismo Milyukov. En la nota final de un folleto aparecido recientemente, *Cómo se han hecho las elecciones para la segunda Duma de Estado*, el líder del partido cadete ha escrito: «En lo que concierne a los grupos de izquierdas, en sentido estricto, es decir, los grupos socialistas y revolucionarios, nos será más difícil entendernos con ellos. Pero, si bien no tenemos razones positivas suficientemente definidas que operen este acercamiento, tenemos al menos grandes razones negativas que favorecerán el entenderse en cierta medida. Su fin es criticarnos y desacreditarnos, por eso es necesario que existamos y que obremos. Sabemos que, para los socialistas, no solamente para los de Rusia sino para los del mundo entero, la transformación que lleva a cabo ahora el régimen es una revolución burguesa y no socialista: es una revolución que debe ser hecha por la democracia burguesa. Además, si se tratara de ocupar el lugar de esta democracia […] hay que reconocer que no hay un solo socialista en el mundo que se haya preparado para ello; y si el país ha enviado a la Duma socialistas en gran número, no es, desde luego, para realizar desde ahora el socialismo, ni para que lleven a cabo por sí mismos las reformas preparatorias “de la burguesía…”. Así, les será mucho más ventajoso dejarnos el papel de parlamentarios, que comprometerse ellos mismos en ese papel».

Milyukov, como veis, nos introduce desde el principio en el meollo de la cuestión. En la cita que acabo de hacer tenéis los elementos esenciales de las ideas mencheviques sobre la revolución y sobre las relaciones de la democracia burguesa y socialista. «La transformación del régimen que se lleva a cabo en este momento es una revolución burguesa y no socialista». Esto para empezar. La revolución burguesa «debe ser hecha por la democracia burguesa», como segundo punto. La democracia socialista no puede efectuar por sí misma las reformas burguesas, tiene un papel de simple oposición: «Criticar y desacreditar». Por fin, como cuarta observación, para que los socialistas tengan la posibilidad de quedarse en la oposición, «es preciso que la democracia burguesa exista y actúe».

¿Y si esta democracia burguesa no existe? ¿Y si no hay una democracia burguesa

capaz de marchar a la cabeza de la revolución burguesa? En este caso hay que inventarla: a esto es a lo que llegan los mencheviques. Edifican una democracia burguesa, le dan una serie de cualidades y una historia, empleando su imaginación para ello.

En tanto que materialización, tenemos que preguntarnos primero cuáles son las bases sociales de la democracia burguesa, en qué capas o clases puede apoyarse.

Es inútil hablar de la gran burguesía como de una fuerza revolucionaria, todos estamos de acuerdo en este punto. Los industriales de Lyon, por ejemplo, tuvieron un papel contrarrevolucionario en la época de la revolución francesa, que fue una revolución nacional en el más amplio sentido. Pero se nos habla de la media y, sobre todo, de la pequeña burguesía como fuerza dirigente en la revolución burguesa; y, ¿qué representa esta pequeña burguesía?

Los jacobinos se apoyaban en la democracia de las ciudades, derivada de las corporaciones artesanas. Los maestros de taller, sus oficiales y las gentes de la ciudad que tenían con los primeros lazos estrechos, componían el ejército revolucionario de los *sans-culottes*, y ése fue el apoyo del partido dirigente. Esta masa compacta de la población urbana, que había pasado por la larga escuela histórica de la vida corporativa, fue precisamente la que soportó todo el peso de la transformación revolucionaria. El resultado objetivo de la revolución fue crear las «condiciones normales» de la explotación capitalista. Pero el mecanismo social de la evolución histórica ha hecho que la dominación burguesa se viera asegurada por obra de la plebe, de la democracia de la calle, de los *sans-culottes*. Su dictadura, basada en el terror, libró a la sociedad burguesa de todos los vestigios del régimen anterior, y luego la burguesía impuso su dominio, derribando la dictadura democrática de los pequeños burgueses.

Yo pregunto, y no por primera vez, desgraciadamente: «¿Qué clase social de nuestro país va a construir una democracia burguesa revolucionaria, llevándola al poder y dándole la posibilidad de realizar un trabajo inmenso, teniendo enfrente de ella la oposición del proletariado?» Ésta es la cuestión central que planteo una vez más a los mencheviques.

cierto que tenemos grandes masas de campesinos revolucionarios, pero los camaradas mencheviques saben tan bien como yo que la clase campesina, por revolucionaria que sea, no es capaz de una acción independiente y espontánea, y mucho menos de asumir una dirección política. Los campesinos pueden constituir una fuerza prodigiosa al servicio de la revolución, esto es indiscutible, pero sería indigno de un marxista pensar que el partido de los *mujiks* es capaz de ponerse a la cabeza de la revolución burguesa y liberar, por iniciativa propia, a las fuerzas productivas de la nación, acabando con los impedimentos seculares. Es la ciudad la que posee la hegemonía en la sociedad moderna, y sólo la ciudad es capaz de desempeñar un papel importante en la revolución burguesa. ¿Dónde veis vosotros esa democracia urbana que llevaría tras sí a toda la nación?

El camarada Martynov la ha buscado más de una vez, lupa en mano. ¡Ha encontrado maestros de escuela en Saratov, abogados en San Petersburgo y técnicos estadísticos en Moscú! Como todos los de su opinión, se ha negado a ver que, en la revolución rusa, el proletariado industrial ocupa el lugar que, a fines del siglo XVIII, tenía la democracia de los artesanos, la democracia de los *sans-culottes*. Os ruego, camaradas, que os fijéis en este punto esencial.

Nuestra gran industria no procede del artesanado; la historia económica de nuestras ciudades ignora completamente el período de las corporaciones. La industria capitalista ha nacido, para nosotros, por la presión inmediata del capital europeo. Se ha apoderado de un suelo virgen, verdaderamente primitivo, y no ha tenido que luchar contra la resistencia de un ambiente corporativo. El capital extranjero se ha introducido en nuestro país por medio de los empréstitos de Estado y por los canales, si se pueden llamar así, de la iniciativa privada. Ha agrupado en torno a sí al proletariado industrial, sin permitir a los pequeños oficios crearse y desarrollarse. Como resultado, en el momento de la revolución, la principal fuerza de las ciudades se encuentra en un proletariado industrial con una conciencia social muy elevada. Éste es un hecho irrefutable y que debe servir de base a todos nuestros estudios sobre táctica revolucionaria.

Si los camaradas mencheviques creen en la victoria de la revolución o admiten al menos la posibilidad de esta victoria, no podrán negar que, fuera del proletariado, no hay, en Rusia, otro pretendiente al poder revolucionario. Lo mismo que la pequeña burguesía de la revolución francesa se puso al frente del movimiento nacional, el proletariado, la verdadera fuerza democrática y revolucionaria de nuestras ciudades, debe encontrar apoyo en las clases campesinas y tomar el poder si, por lo menos, la victoria de la revolución es posible. Un gobierno que se apoya directamente en el proletariado y, por medio de él, en la clase campesina revolucionaria, no significa aún una dictadura socialista. No quiero hablar, de momento, de las perspectivas ulteriores de un gobierno proletario. Quizá el proletariado esté condenado a caer, lo mismo que la democracia de los jacobinos, para dejar el lugar a la burguesía. Quiero solamente dejar claro un punto: si el movimiento revolucionario ha triunfado entre nosotros, como predijo Plejánov, en tanto que movimiento obrero, la victoria de la revolución no es posible sino como victoria revolucionaria del proletariado; dicho de otra manera, sería absolutamente imposible su victoria si no fuera así.

Insisto en esta deducción. Si se supone que la oposición de intereses entre el proletariado y las masas campesinas no permitirá al primero ponerse en cabeza de los últimos, esto es, que el proletariado no es lo suficientemente fuerte como para conseguir la victoria, entonces es que la victoria misma de la revolución es imposible. En tales condiciones, el resultado natural de la revolución sería un entendimiento de la burguesía liberal con el antiguo régimen. Es una posibilidad que no se puede negar, pero está claro que un resultado semejante no se presentaría más que en el caso de un fracaso de la revolución, producido por su debilidad interna.

En suma, todo el análisis de los mencheviques, y, ante todo, su apreciación del proletariado y de sus posibles relaciones con la clase campesina, les conduce inexorablemente al pesimismo sobre la revolución. Pero se empeñan en olvidarlo y en desarrollar su optimismo… en la democracia burguesa.

Así es como se explica su actitud frente a los constitucionalistas. Éstos son para ellos el símbolo de la democracia burguesa y ésta es el pretendiente, por derecho natural, al poder revolucionario.

El camarada Martynov ha construido, partiendo de este punto de vista, toda una filosofía de la historia para uso del partido constitucional-demócrata. Los demócratas, ya lo veis, se inclinan a la derecha en las épocas de tranquilidad y oscilan hacia la izquierda cuando se aproxima la revolución. Quizá por eso creen tener un porvenir revolucionario.

Hay que dejar claro que la historia de los cadetes, tal como nos la presenta Martynov, es tendenciosa, porque pliega la historia a las exigencias de una cierta moral. Martynov nos recuerda que en octubre de 1905 los demócratas expresaron su simpatía por los huelguistas. Es indiscutible. Pero ¿qué se escondía tras esa platónica declaración? Un sentimiento bastante vulgar, el terror del burgués ante la fuerza obrera. En cuanto se extendió el movimiento revolucionario, los demócratas se apartaron totalmente del campo político y Milyukov explica las razones de esta actitud con entera franqueza en el folleto que he citado: «Después del 17 de octubre, cuando en Rusia tuvieron lugar las primeras grandes reuniones políticas, se tendía claramente a la izquierda […] Un partido como el cadete, que estaba entonces en sus primeros meses de existencia, y se preparaba para la lucha parlamentaria, no podía de ninguna manera actuar en aquellos meses de 1905. Los que reprochan ahora al partido no haber protestado en su momento por medio de mítines, contra las “ilusiones revolucionarias del trotskismo” y contra los “blanquistas”, no comprenden o no se acuerdan del estado de espíritu del público democrático que se reunía entonces en los mítines». Milyukov, como habéis visto, me hace un gran honor al relacionar mi nombre con el período de máximo auge revolucionario. Pero el interés de la cita no radica en ésta. Es importante que nos demos cuenta de que, en octubre y noviembre, el único fin de los demócratas era luchar contra las ilusiones revolucionarias, es decir, contra el movimiento revolucionario de las masas y, si no lo consiguieron, fue simplemente porque tenían miedo del público democrático de los mítines. ¡Y eso durante la luna de miel del partido! ¡Y eso en el momento en que nuestra revolución alcanzaba su apogeo!

El camarada Martynov ha recordado las platónicas felicitaciones dirigidas por los demócratas a los huelguistas. Pero, como historiador tendencioso, ha olvidado mencionar el Congreso de los *zemstvos*, a la cabeza del cual se encontraban los cadetes en noviembre. ¿Había estudiado este congreso el problema de su participación en el movimiento popular? No. Se discutió solamente el posible entendimiento con el ministro Witte. Cuando se recibió la noticia del levantamiento

de Sebastopol, el congreso se inclinó claramente hacia la derecha —¡hacia la derecha y no hacia la izquierda!—. Y sólo el discurso de Milyukov, al decir que la insurrección había sido aplastada, gracias a Dios, sólo ese discurso pudo llevar a los cadetes a la vía parlamentaria. Ya veis que la tesis general de Martynov exige importantes restricciones.

Poco después, los cadetes llegan a la primera Duma. Es indiscutiblemente la página más brillante de la historia del partido liberal. Pero ¿cómo explicar esta fuerza de los cadetes? Podemos apreciar diversamente la táctica del boicot. Pero parece suficientemente claro que fue esta táctica la que impulsó artificialmente y, por lo tanto, provisionalmente, a amplias capas sociales democráticas al lado de los cadetes; introdujo en sus cuadros representativos a numerosos radicales y así pareció que el partido constitucional-demócrata se convertía en el órgano de una oposición *nacional*: esta excepcional situación los llevó a la famosa proclama de Vyborg, a la que hacía alusión el camarada Martynov. Pero las elecciones para la segunda Duma forzaron a los cadetes a tomar la actitud que mejor les convenía, la de la lucha contra las «ilusiones revolucionarias». Smírnof, historiador del partido cadete, caracteriza la campaña electoral en las ciudades donde los cadetes tienen su principal influencia de la siguiente manera: «No había partidarios del gobierno entre los electores de las ciudades… Por ello, en las asambleas, la lucha se desarrolló por otro lado; fue una discusión entre el partido de la Libertad del Pueblo y los partidos socialistas de izquierda».

El caos que había reinado en la oposición durante las primeras elecciones desapareció cuando se preparaba la segunda Duma: las diferencias se manifestaron dentro de la democracia revolucionaria. Los cadetes movilizaron a sus electores contra las ideas de democracia, de revolución, de proletariado. Es un hecho de la mayor importancia que la base social de los cadetes se estrecha y se hace cada vez menos democrática. Circunstancia, por otra parte, que no se explica por el azar, que no es provisional ni transitoria. Significa una escisión real, seria, entre el liberalismo y la democracia revolucionaria. Milyukov se ha percatado de este resultado de las segundas elecciones. Tras haber indicado que, en la primera Duma, los cadetes tenían la mayoría, «quizá porque no tenían oposición» pero que la habían perdido en las segundas elecciones, el líder del partido cadete declaró lo siguiente: «En revancha, tenemos ahora con nosotros una parte considerable de votos del país que se han pronunciado por nuestra táctica contra la de los revolucionarios».

Desearíamos que los camaradas mencheviques tuviesen la misma claridad en la apreciación de lo que pasa. ¿Pensáis que las cosas pasarán diferentemente más tarde? ¿Creéis que los cadetes pueden agrupar bajo su estandarte a las masas democráticas y llegar a ser revolucionarios? ¿No pensáis, por el contrario, que el desarrollo ulterior de la revolución separará definitivamente a la democracia de los liberales y lanzará a estos últimos en el campo de la reacción? ¿No es a esto a lo que conduce toda la táctica de los cadetes en la segunda Duma? ¿Y no es a esto a lo que nos conduce

vuestra propia táctica? vuestras manifestaciones en la Duma, las acusaciones que lanzáis en la prensa y en las asambleas, ¿no tendrán ese efecto? ¿Qué motivos tenéis para creer aún que los cadetes pueden reformarse? ¿Os basáis acaso en hechos sacados del desarrollo político? ¡No, sólo pensáis en vuestro esquema! Para «llevar a buen fin» la revolución tenéis necesidad de la burguesía de las ciudades. La buscáis con ardor y no encontráis más que cadetes. Y manifestáis pensando en ellos un extraño optimismo: queréis forzarlos a desempeñar un papel histórico que no quieren asumir y que no asumirán.

A la cuestión esencial que os he planteado tantas veces no me habéis dado ninguna respuesta. No tenéis pronóstico para la revolución. Vuestra política está desprovista de toda perspectiva.

A causa de eso, vuestra actitud con respecto a los partidos burgueses se formula en términos que el congreso debiera retener: de una ocasión a otra. El proletariado no lleva una lucha sistemática para asegurar su influencia sobre las masas populares, no controla sus movimientos y su táctica por medio de esta idea directiva: agrupar en torno a ellos a los que trabajan, a los que se oprime y llegar a ser su heraldo y su jefe; lleva su política de una ocasión a otra. Renuncia en principia a la posibilidad de despreciar las ventajas temporales para realizar conquistas más profundas; procede por empirismo a sus evaluaciones; efectúa combinaciones comerciales de política, aprovechando tan pronto una ocasión como otra. ¿Por qué iba a preferir las rubias a las morenas?, pregunta el camarada Plejánov. Debo reconocer que, si se trata de rubias o de morenas, estamos en el terreno de lo que los alemanes llaman *Privatsache*: no se trata más que de una opinión libremente personal. Creo que el mismo Alexinski, que no transige, como sabemos, en cuestión de principios, no pedirá que el congreso establezca en esta esfera «la unidad de ideas» que serla la condición eficiente de la unidad de acción. (Aplausos).

II. El proletariado y la revolución rusa[68]

Acerca de la teoría menchevique de la revolución rusa

Todo buen europeo —y, por supuesto, hay que incluir aquí a los socialistas europeos — considera a Rusia como el país de las sorpresas. La razón es bien sencilla: cuando se ignoran las causas siempre se queda uno sorprendido por los efectos. Los viajeros franceses del siglo XVIII contaban que en Rusia calentaban sus calles con hogueras. Los socialistas europeos del siglo XX no lo creyeron, desde luego, pero pensaron a su vez que el clima ruso era demasiado riguroso para permitir que en este país se desarrollara la socialdemocracia. Hemos oído las más extrañas opiniones. Un novelista francés, no sé si Eugene Sue o Dumas padre, nos muestra al héroe de una de sus novelas, en Rusia, tomando el té a la sombra de un acerolo. El europeo culto no ignora, hoy, que es tan difícil instalarse con un samovar bajo un acerolo como hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. Sin embargo, los grandiosos acontecimientos de la revolución rusa, por la sorpresa que han causado, han llevado a los socialistas occidentales a pensar que el clima ruso, que antes exigía que se calentaran las calles, transformaba ahora los musgos polares en gigantescos baobabs. Por eso es por lo que, al romperse el primer empuje de la revolución en su choque con las fuerzas militares del zarismo, muchos han pasado de la sombra a la desilusión.

Por suerte, la revolución rusa ha animado a los socialistas occidentales a estudiar la situación en Rusia. Me sería difícil decir lo que hay que apreciar más, si el interés que hemos provocado en los pensadores o el papel de la tercera Duma de Estado, que ha sido también un don de la revolución, en la medida al menos en que un perro muerto, tendido en la arena de la playa, puede ser considerado como un don del océano.

Debemos una cierta gratitud a la editorial de Stuttgart, que, en los últimos tres libros publicados, se esfuerza en dar respuesta a algunas de las cuestiones que plantea la revolución.

Hay que hacer notar, sin embargo, que estos tres libros no tienen igual valor. La obra de Maslow presenta un estudio de una importancia capital para el conocimiento de la situación agraria en Rusia. El valor científico de este trabajo es tan grande que se pueden excusar las imperfecciones en la forma; se le puede disculpar incluso el haber expuesto de una manera absolutamente inexacta la teoría de la renta de la tierra de Marx. El libro de Pajitnov no tiene el valor de un estudio original, pero aporta materiales bastante numerosos como para caracterizar al obrero ruso en las fábricas, en los pozos de las minas, en sus casas, y, parcialmente, en los sindicatos; sin embargo, la posición del obrero en el organismo social no queda definida. El autor, por otra parte, no se había asignado esta tarea. Pero, precisamente por esta razón, su

trabajo procurará pocos datos que expliquen el papel revolucionario del proletariado ruso.

Esta importantísima cuestión queda aclarada en el volumen de Cherevanin, que acaba de ser traducido al alemán, y que es la obra que pretendemos examinar.

I

Cherevanin busca en primer lugar las causas generales de la revolución. Considera a ésta como el resultado de un conflicto entre las imperiosas necesidades del desarrollo capitalista del país y las formas de Estado y de derecho, que dependen aún del feudalismo.

«La inflexible lógica del desarrollo económico —escribe— ha hecho que todos los estratos de la población, con excepción de la nobleza feudal, se viesen obligados a tomar posición contra el gobierno» (pág. 10).

En este agrupamiento de fuerzas de la oposición, «el proletariado ha ocupado sin duda alguna un lugar central» (*Ibíd*.). Pero este proletariado, por sí mismo, no tenía valor más que como parte constituyente del conjunto que formaba la oposición. En los límites históricos de la lucha que se siguió para la emancipación de la nueva sociedad burguesa, el proletariado no podía tener éxito sino en la medida en que la oposición burguesa lo sostenía, o, más bien, en la medida en que él mismo, por su acción revolucionaria, sostenía a esta oposición. Lo contrario es igualmente cierto. Siempre que el proletariado avanzó por su cuenta o, «si se quiere, actuó prematuramente», aislándose de esta manera de la democracia burguesa, sufrió derrotas y detuvo el desarrollo normal de la revolución. Ésta es, en sus rasgos esenciales, la concepción histórica de Cherevanin[69][1].

Del principio al final de su obra protesta incansablemente contra los que quisieron exagerar las fuerzas revolucionarias y sobrestimar el papel político del proletariado ruso.

Analiza el drama del 9 de enero de 1905 para llegar a la siguiente conclusión: «Trotsky se equivoca cuando dice que los obreros se dirigieron el 9 de enero al Palacio de Invierno, no a presentar una súplica, sino reivindicaciones» (pág. 27). Acusa al partido de haber exagerado la madurez del proletariado de San Petersburgo, en febrero de 1905, en el momento de la comisión presidida por el senador Shidlovski, cuando los representantes elegidos de las masas exigieron garantías de derecho civil y, al serles denegadas, se retiraron, y cuando los obreros respondieron a la detención de sus enviados por medio de la huelga. Tras una breve ojeada a la gran huelga de octubre, formula sus conclusiones en la siguiente forma: «Ahora vemos qué elementos desencadenaron la huelga de octubre y qué papel desempeñaron allí la burguesía y los intelectuales. Hemos dejado suficientemente claro que el proletariado no estaba solo y que tampoco podía, por sus propios medios, dar este golpe quizá

mortal al absolutismo» (pág. 56). Tras la promulgación del manifiesto del 17 de octubre, toda la sociedad burguesa quería sobre todo tranquilidad. Era pues una *locura* por parte del proletariado entrar en la vía de la insurrección revolucionaria. Hubiera debido dirigirse la energía del proletariado en torno a las elecciones de la Duma. Cherevanin ataca a los que demostraron entonces que la Duma no era más que una promesa, que se ignoraba cómo y en qué momento tendrían lugar las elecciones e incluso si tendrían lugar. Cita el artículo que escribí el día que se promulgó el manifiesto y dice: «Se equivocaban totalmente al disminuir la victoria conseguida escribiendo en *Izvestia*: “La constitución nos ha sido dada, pero la autocracia subsiste. Nos han dado todo y no tenemos nada”».

Después, según Cherevanin, todo fue de mal en peor. En lugar de apoyar al congreso de los *zemstvos*, que reclamaba el sufragio universal para las elecciones de la Duma, el proletariado rompió bruscamente con el liberalismo y con la democracia burguesa, y buscó dos nuevos y *dudosos* aliados: los campesinos y el ejército. El establecimiento por métodos revolucionarios de la jornada de ocho horas, la huelga de noviembre en respuesta a la ley marcial impuesta en Polonia…, los errores se acumulan y esta vía lleva a la fatal derrota de diciembre. Esta derrota y los errores de la socialdemocracia preparan el colapso de la primera Duma y la victoria de la contrarrevolución.

Así es como Cherevanin concibe la historia. El traductor alemán ha hecho todo lo posible por eliminar la acritud de las acusaciones y de los insultos lanzados por Cherevanin, pero, aun así, el libro parece más bien una requisitoria contra los crímenes revolucionarios del proletariado desde el punto de vista de «una táctica auténticamente realista», que una reproducción fiel del papel del proletariado en la revolución.

En lugar de damos un análisis materialista de las relaciones sociales, Cherevanin se contenta con una deducción puramente formal. Según él, nuestra revolución es una revolución burguesa, que, triunfante, debe asegurar el poder de la burguesía; como el proletariado debe participar en la revolución burguesa, debe contribuir a hacer pasar el poder a manos de la burguesía. Por consiguiente, la idea de la toma del poder por el proletariado es incompatible con la táctica que le corresponde en la época de la revolución burguesa. Como, de hecho, la verdadera táctica del proletariado ha sido, naturalmente, luchar por el poder gubernamental, esa táctica estaba basada en un error.

Esta preciosa construcción lógica, que en la escolástica se llama sorites, deja de lado la cuestión principal, ya que no se pregunta cuáles eran las fuerzas interiores de la revolución burguesa ni el mecanismo de esta clase. Conocemos el ejemplo clásico de una revolución en la que la dominación de la burguesía capitalista ha sido preparada por la dictadura y el terror de los *sans-culotte* vencedores. Esto tuvo lugar en una época en que la población de las ciudades se componía principalmente de artesanos y pequeños comerciantes. Pero la población de las actuales ciudades rusas

se compone especialmente de un proletariado industrial. Esto nos lleva a concebir una situación histórica en la que la victoria de la revolución *burguesa* sólo sería posible gracias a la conquista del poder revolucionario por el proletariado. ¿Dejaría esta revolución de ser burguesa? Sí y no. Eso no dependería de una definición sino del ulterior desarrollo de los acontecimientos. Si el proletariado es rechazado por la coalición de las clases burguesas, y por la clase campesina por él liberada, la revolución conservará su carácter estrictamente burgués. Pero si el proletariado es capaz de actuar con todas sus posibilidades políticas y romper así los marcos nacionales de la revolución rusa, ésta podrá transformarse en el prólogo de un cataclismo socialista mundial. Si nos preguntamos «hasta dónde» llegará la revolución rusa no podremos contestar más que de una manera condicional. Pero hay algo indudable, si nos contentamos con definir el movimiento ruso como una revolución burguesa, no diremos absolutamente nada de su desarrollo interno y nunca se podrá probar así que el proletariado tenga que adaptar su táctica a la conducta de la democracia burguesa, considerada como el único pretendiente legítimo al poder.

II

Pero, ante todo, ¿qué es, pues, ese cuerpo político llamado «democracia burguesa»? Al pronunciar esa palabra se asimila en el pensamiento a los liberales, que evolucionan durante el proceso revolucionario, con las masas populares, es decir, con la clase campesina sobre todo. Pero en la realidad —y ahí está lo grave del asunto— esa asimilación no tiene ni puede tener lugar.

Los cadetes, el partido liberal más importante de estos últimos años, han formado su grupo en 1905, a partir de la unión de los *constitucionalistas* de los *zemstvos* con la Asociación para la Emancipación. En la fronda liberal de los *zemstvos* se encuentra, por un lado, el descontento envidioso de los campesinos ante el monstruoso proteccionismo industrial que servía de base a la política del gobierno y, por otro, la oposición formada por los propietarios partidarios del progreso, a los que un régimen atrasado impedía administrar sus tierras según los procedimientos racionales del capitalismo.

La Asociación para la Emancipación agrupaba a una serie de intelectuales que, por gozar de una buena situación y del bienestar consiguiente, no podían entrar en la vía revolucionaria. Muchos de estos señores habían pasado por la escuela preparatoria del marxismo, dentro de los límites prescritos por el poder. La oposición de los *zemstvos* se distinguió siempre por su cobardía y su impotencia, y el augusto ignorante que nos gobernaba no expresaba más que una amarga verdad cuando decía, en 1894, que los deseos políticos de esta oposición no eran más que *absurdos ensueños*. Por otra parte, la clase privilegiada de los intelectuales, al no ejercer ninguna influencia social por sí misma y encontrándose en el aspecto material en

situación de dependencia directa o indirecta del Estado, o del gran capital protegido por el Estado o de los latifundistas que querían un liberalismo censitario, no era capaz de llevar a cabo una oposición política importante. Por lo cual, el partido demócrata constitucional unía la impotencia de los *zemstvos* a la impotencia de los intelectuales diplomados.

El liberalismo de los *zemstvos* mostró su superficialidad desde fines de 1905, cuando, a raíz de las revueltas agrarias, los propietarios tomaron partido por el antiguo régimen. Los intelectuales liberales tuvieron que abandonar, con gran tristeza por su parte, las casas solariegas en las que vivían como hijos adoptivos y buscar mecenas en las ciudades, de donde provenían en realidad.

Si totalizamos los resultados de las tres campañas electorales veremos que San Petersburgo y Moscú, con los elementos censitarios de su población, han sido las ciudadelas del partido demócrata constitucional. Y, a pesar de todo, el liberalismo ruso, como se ve por su lamentable historia, no ha conseguido nunca salir de su envilecimiento. ¿Por qué? La explicación de esto no se encuentra en los excesos revolucionarios del proletariado sino en causas históricas más profundas.

La base social de la democracia burguesa, la fuerza motora de la revolución europea ha sido siempre el estado llano, cuyo núcleo estaba formado por la pequeña burguesía de las ciudades, por los artesanos, los comerciantes y los intelectuales. La segunda mitad del siglo XIX es una época de completa decadencia para esta burguesía. El desarrollo capitalista no sólo ha destruido a la clase democrática de los pequeños artesanos en Occidente, sino que además ha impedido que se constituyese una clase parecida en la Europa oriental.

El capital europeo ha encontrado en Rusia el artesano de pueblo y, sin darle tiempo de disociarse del campesino para transformarse en un artesano de ciudad, lo ha encerrado en sus fábricas. De nuestras más antiguas ciudades —por ejemplo Moscú, «ese gran pueblo»— ha hecho centros de industria moderna.

El proletariado, que no tenía pasado, ni tradición, ni prejuicios corporativos, se ha encontrado de repente reunido en masas considerables. En todas las ramas esenciales de la industria, el gran capital ha suplantado al mediano y al pequeño capital sin tener que luchar.

Es imposible comparar San Petersburgo o Moscú con Berlín o Viena en 1848; nuestras capitales se parecen menos aún al París de 1789, que no conocía el ferrocarril ni el telégrafo y que consideraba como una empresa de enormes dimensiones a una manufactura con quinientos obreros. Pero es notable que la industria rusa, por el grado de *concentración* que ha adquirido, no sólo sostiene la comparación con otros Estados europeos, sino que los supera.

Este pequeño cuadro da una prueba de ello:

	ALEMANIA Censo de 1905 empresas	obreros	AUSTRIA Censo de 1902 empresas	obreros	RUSIA Censo de 1902 empresas	obreros
Empresas de 51 a 1.000 obreros	18.698	2.595.536	... 6.334	993.000	. 6.334	1.202.800
Empresas de más de 1.000 obreros	255	448.731	 115	179.876	... 458	1.155.000

Hemos dejado a un lado las empresas que ocupan menos de cincuenta obreros, ya que el censo correspondiente a Rusia aún no ha sido establecido con seguridad.

Pero las cifras recogidas bastan para mostrar hasta qué punto la industria rusa supera a la austriaca en cuanto a concentración de la producción. Mientras que el número de medianas y grandes empresas (de 51 a 1000 obreros) es igual en los dos países (6334), el número de empresas gigantes (de más de 1000 obreros) es en Rusia cuatro veces mayor que en Austria. Un resultado análogo se obtendrá si se compara Rusia con países más adelantados que Austria, como Alemania y Bélgica. En Alemania hay 255 empresas gigantes, que ocupan algo menos de medio millón de hombres, mientras que en Rusia hay 458 y la cifra de obreros supera el millón.

Esta misma cuestión se aclara aún más si se comparan los beneficios realizados por los establecimientos comerciales de las diferentes categorías en Rusia:

	Nº de empresas		Beneficios mill. rublos	
Beneficios de 1.000 a 2.000 rublos	37.000	44,5%	56	8,6%
Beneficios de más de 50.000 rublos	1.400	1,7%	291	45,0%

En otras palabras, aproximadamente el 50% de las empresas realizan menos de la décima parte del beneficio total, mientras que la sexagésima parte de las empresas se reparten la mitad de los beneficios totales.

Estas pocas cifras demuestran de manera elocuente que el carácter atrasado del capitalismo ruso agravó las dificultades que existían entre la sociedad burguesa, los capitalistas y los obreros. Estos últimos ocupan, no solamente en la economía social, sino también en la lucha revolucionaria, el lugar que en Europa occidental tiene la clase democrática de los artesanos y de los comerciantes, derivada de las antiguas corporaciones de oficios. En Rusia no tenemos el menor rastro de una pequeña burguesía arraigada que hubiese podido luchar, junto al joven proletariado aún no constituido en clase, contra las bastillas del feudalismo.

Es cierto que la pequeña burguesía ha sido siempre un cuerpo bastante inconsistente desde el punto de vista político, aunque, en los mejores días de su historia, haya desplegado una fuerte actividad en este sentido. Pero, cuando, como en Rusia, una burguesía democrática e intelectual, desesperadamente atrasada, se

encuentra en presencia de dificultades y de luchas de clase, cuando está hundida en las tradiciones de la propiedad agraria y en los prejuicios del profesorado, cuando se constituye bajo las maldiciones de los partidos socialistas, cuando ni siquiera se atreve a pensar en ejercer una influencia sobre los obreros, al tiempo que se muestra incapaz de tener autoridad sobre los campesinos, al margen del proletariado y en lucha contra los propietarios, esta clase desafortunada y desprovista de toda energía sólo sirve para formar un partido cadete. E incluso, prescindiendo de todo amor propio nacional, se puede afirmar que la breve historia del liberalismo ruso constituye en los anales de los países burgueses una excepción por su mediocridad y estupidez. Por otra parte, es cierto que ninguna de las revoluciones pasadas ha absorbido tanta energía popular como la nuestra, que, sin embargo, ha dado miserables resultados. De cualquier manera que nos enfrentemos con los acontecimientos percibiremos enseguida una relación íntima entre la nulidad de la democracia burguesa y el «mal resultado» de la revolución. Esta relación es evidente y, a pesar de todo, no nos lleva a conclusiones pesimistas. El «mal resultado» de la revolución rusa no es más que una consecuencia de la extraordinaria lentitud de su desarrollo. Burguesa por los fines inmediatos que se había asignado, nuestra revolución, en virtud de la extrema diferenciación de clases que se observa en la población comercial e industrial, no conoce clase burguesa alguna que pueda ponerse a la cabeza de las masas populares, uniendo su valor social y su experiencia política a la energía revolucionaria de esas masas.

Los obreros y los campesinos, oprimidos, abandonados a su suerte, tienen que encontrar, sin ayuda alguna, en la dura escuela de las batallas y las derrotas, las fuentes políticas y la organización que les asegurarán la victoria final. Para ellos no existe otra vía.

III

Además de las funciones industriales de la democracia representada por los pequeños artesanos, el proletariado ha tenido que asumir la tarea correspondiente a esas mismas funciones, es decir, ha debido, sobre todo, conquistar una hegemonía política respecto a la clase campesina. Así, sus fines son los mismos que los de la democracia, pero no sus métodos ni sus medios.

Al servicio de la democracia burguesa encontramos un conjunto de instituciones oficiales: la escuela, la universidad, el municipio, la prensa, el teatro… Ésa es una inmensa ventaja, probada por el hecho de que nuestro débil liberalismo se ha encontrado automáticamente organizado y con todos los medios a su disposición cuando le ha llegado el momento de actuar, de hacer aquello de lo que era capaz: mociones, peticiones y competencia electoral. El proletariado no ha heredado nada de la sociedad burguesa desde el punto de vista de la cultura política, salvo la unidad que

le dan las condiciones mismas de la producción. Se ha visto obligado a crear, sobre esta base, su organización política, entre el humo de las batallas revolucionarias.

Salió brillantemente de esta dificultad: el período en que su energía revolucionaria alcanzó el más alto grado, a fines de 1905, fue también el momento en que creó una maravillosa organización de clase, el sóviet de Diputados obreros. Sin embargo, no se había resuelto más que una parte del problema, porque después de haberse dado una organización, los obreros tenían que vencer a la fuerza organizada del adversario.

El método de lucha revolucionaria propio del proletariado es la huelga general. Aunque relativamente poco numeroso, el proletariado tiene bajo su dependencia al aparato centralizado del poder gubernamental y la mayor parte de las fuerzas productivas del país. Precisamente por eso la huelga del proletariado es una fuerza ante la cual el absolutismo ha tenido que rendir honores militares en 1905. Pero pronto se vio que la huelga general planteaba sólo el problema de la revolución sin resolverlo.

La revolución es, ante todo, una lucha por la conquista del poder. Ahora bien, la huelga, como han demostrado los acontecimientos, no es más que un medio revolucionario de presión sobre el poder existente. El liberalismo de los demócratas constitucionales, que nunca ha pedido otra cosa que una constitución, ha sancionado —por poco tiempo, ciertamente— la huelga general como medio de lucha para conseguir la constitución; y, aun así, no dieron su aprobación más que demasiado tarde, cuando el proletariado comprendía ya hasta qué punto la huelga es un medio limitado y decía que era necesario e inevitable ir más lejos.

La hegemonía de la ciudad sobre el campo, de la industria sobre la agricultura y, al mismo tiempo, la modernización de la industria rusa, la ausencia de una pequeña burguesía fuertemente constituida, de la que los obreros hubieran sido sólo auxiliares, todas estas causas hicieron del proletariado la fuerza principal de la revolución y le obligaron a pensar en la conquista del poder.

Los pedantes que se creen marxistas sólo porque ven el mundo a través del papel en el que están impresas las obras de Marx han podido citar un montón de textos para probar que la dominación política del proletariado no «llegaba a su hora»; la clase obrera de Rusia, la clase viva que, bajo la dirección de un grupo organizado, en función de sus intereses emprendió a fines de 1905 un duelo con el absolutismo, mientras que el gran capital y los intelectuales se limitaban a hacer de testigos, este proletariado, por la necesidad misma de su desarrollo revolucionario, se ha encontrado enfrentado con el problema de la toma del poder. La confrontación del proletariado y el ejército se hacía inevitable, y la solución de este conflicto dependía de la conducta del ejército y, a su vez, la conducta del ejército dependía de la composición de sus efectivos.

El papel político de los obreros en el país es mucho más importante de lo que se podría pensar si sólo se tiene en cuenta; su número. Los acontecimientos lo han

probado, se ha visto en las elecciones de la segunda Duma. Los obreros han llevado al cuartel las cualidades y las ventajas particulares de su clase: habilidad técnica, instrucción relativa y capacidad de actuar en conjunto.

En todos los movimientos revolucionarios del ejército, el papel principal corresponde a los soldados calificados, a los artilleros, que proceden de la ciudad y de los barrios obreros. En los motines de la flota, el papel predominante lo han tenido siempre los encargados de las máquinas: los proletarios, incluso cuando estaban en minoría en la tripulación. Pero entre los reclutados para el servicio militar es lógico que haya mayor número de campesinos. El ejército da a los *mujiks* la cohesión que les faltaba, y del defecto esencial de esta clase, que es su pasividad política, el ejército hace su arma principal. Durante las manifestaciones de 1905, el proletariado cometió unas veces el error de ignorar la pasividad de los campesinos y otras aprovechó el oscuro descontento que manifestaban los pueblos.

Pero, cuando la lucha por el poder se transformó en una necesidad real, la solución dependió del *mujik* armado que formaba la masa principal de la infantería rusa. En diciembre de 1905, el proletariado ruso fue vencido, pero no a consecuencia de los errores que había cometido, sino por una fuerza mucho más real, las bayonetas del ejército campesino.

IV

Este breve análisis nos evita tenernos que detener en los diferentes puntos de la requisitoria de Cherevanin el cual, aparte de señalar «errores de táctica», pasa sin ver al proletariado en sí mismo, en sus relaciones sociales y en su crecimiento revolucionario. Si rechaza la idea, por otra parte indiscutible, de que los obreros se echaron a la calle el 9 de enero, no para presentar súplicas a la autoridad, sino para presentar sus reivindicaciones, es porque no ve el verdadero sentido de aquella manifestación. Aunque ponga tanto cuidado en subrayar el papel de los intelectuales en la huelga de octubre, no llega a disminuir el hecho de que el proletariado, por su acción revolucionaria, arrastró tras sí a los demócratas de izquierda, a quienes transformó en destacamento auxiliar provisional de la revolución y a los que impuso un método de lucha puramente revolucionario —la huelga general—, subordinándolos a una organización puramente proletaria, el Sóviet de Diputados Obreros.

Según Cherevanin, después del manifiesto, el proletariado debería haber concentrado todos sus esfuerzos en las elecciones para la Duma. Pero olvida que, entonces, esas elecciones eran algo muy problemático y que nada ni nadie garantizaba su realización.

Si en octubre tuvimos un manifiesto, también hubo pogromos en toda Rusia, y nadie hubiera asegurado que tendríamos efectivamente una Duma y no un nuevo

pogromo. En esas condiciones, ¿qué podía hacer el proletariado que, con su ofensiva, había roto los viejos diques del poder policiaco? Exactamente lo que hizo. El proletariado, naturalmente, conquistaba nuevas posiciones y trataba de atrincherarse en ellas: destruía la censura y creaba una prensa revolucionaria, imponía la libertad de reunión, protegía a la población contra los granujas, en uniforme o no, constituía sindicatos de combate, se agrupaba en torno a los representantes de su clase, establecía el enlace con los campesinos y con el ejército revolucionario. Mientras los liberales seguían diciendo que el ejército debía quedar «al margen de toda política», la socialdemocracia continuaba incansablemente su propaganda en los cuarteles. ¿Tenía o no razón al actuar así?

Mientras que el congreso de los *zemstvos*, en noviembre, se inclinaba a la derecha al tener noticias de la revuelta de Sebastopol, y no se tranquilizó más que cuando supo que había sido aplastada, el sóviet dirigía a los rebeldes su adhesión y su entusiasmo. ¿Tampoco tenía razón? ¿Dónde hay que buscar el camino más seguro para la victoria: en lo que hacían los liberales de los *zemstvos* o en la unión del proletariado con el ejército?

Está claro que el programa de confiscación de las tierras que desarrollaban los obreros empujaba a los propietarios a la derecha; en cambio, los campesinos se inclinaban hacia la izquierda. Y, lógicamente también, la lucha económica continuaba, arrastrando a los capitalistas al «campo del orden»; sin embargo, hasta los obreros más ignorantes intervenían en la lucha política.

Tampoco cabe duda que la propaganda en el ejército precipitó el inevitable conflicto con el gobierno, pero ¿qué otra cosa se podía hacer? ¿Íbamos a dejar en manos de Trépov a los soldados que, durante la luna de miel de las libertades, habían secundado a los autores de los pogromos y fusilado a las milicias obreras? Cherevanin sabe muy bien que no se pudo hacer más que lo que se hizo.

«Esta táctica falla en la base», dice como conclusión, y añade: «Admitamos que haya sido inevitable y que no hubiera otra táctica posible en aquel momento. Esto no cambia en nada la conclusión objetivamente formulada, es decir, que la táctica de la socialdemocracia ha fallado en su base» (pág. 92). Cherevanin construye su táctica de la misma manera que Spinoza construía su ética, por el método geométrico. Admite, además, que la realidad no permitió aplicar los procedimientos que él preconiza, lo que explica sin duda el hecho de que los que pensaban como él no hicieran absolutamente nada en la revolución. ¿Y qué vamos a decir de una táctica *realista* que «no puede ser aplicada»? Diremos como Lutero: «La teología es algo vivo y no puede consistir solamente en razonamientos y meditaciones sobre lo divino según las leyes de la razón…»

«Todo arte, si se transforma en pura especulación y no puede ser aplicado en la práctica, demuestra así que se ha perdido, que ya no significa nada [ist *verloren und taugt nichts]*».

III. Nuestras diferencias[70]

«Tienes toda la razón al decir que es imposible superar la apatía contemporánea por medio de teorías», escribía Lassalle a Marx en 1854, es decir, en la época de una furiosa reacción mundial. Voy a generalizar incluso este pensamiento, diciendo que hasta ahora nunca se ha podido vencer la apatía por medios puramente teóricos; es decir, que los esfuerzos de la teoría por vencer esta apatía han engendrado discípulos y movimientos prácticos que no han conseguido nada, que nunca han logrado suscitar un movimiento mundial real, ni un movimiento general de las conciencias. Las masas no entran en el movimiento, tanto en la práctica como en el aspecto subjetivo, sino por la fuerza de los acontecimientos.

El oportunismo no comprende esto. Se tomaría por una paradoja la afirmación de que el rasgo psicológico del oportunismo es su «incapacidad para esperar» y, sin embargo, es así. En los periodos en que las fuerzas sociales aliadas y adversarias, tanto por su antagonismo como por sus reacciones mutuas, llevan una vida política sin movimiento; cuando el trabajo molecular del desarrollo económico, reforzando más aún las contradicciones, en vez de romper el equilibrio político, parece más bien endurecerlo provisionalmente y asegurarle una especie de perennidad, el oportunismo, devorado por la impaciencia, busca en torno suyo *nuevas* vías, *nuevos* medios de realización. Se agota en lamentaciones sobre la insuficiencia y la incertidumbre de sus propias fuerzas y busca *aliados*. Marcha hacia los liberales, los llama, e inventa fórmulas especiales de acción para uso del liberalismo.

Pero al no encontrar más que descomposición política, el oportunismo sigue buscando entre los demócratas. Tiene necesidad de aliados. Busca en la derecha y en la izquierda, y trata de retenerlos. Se dirige a *sus fieles* y los exhorta a mostrar la mayor prevención ante cualquier posible aliado. «Mucho tacto, hace falta mucho tacto». Sufre de una enfermedad que es la manía de la prudencia y, en su furor, hiere a su propio partido.

El oportunismo quiere tener en cuenta una situación, o unas condiciones sociales que aún no están maduras. Quiere un *éxito* inmediato. Cuando los aliados de la oposición no pueden servirle, corre al gobierno, suplica y amenaza… Por último, encuentra un lugar en el gobierno (ministerialismo), pero solamente para demostrar que, si bien la teoría no puede adelantar el proceso histórico, el método administrativo tampoco consigue mejores resultados.

El oportunismo no sabe esperar, y por eso los grandes acontecimientos le parecen siempre inesperados, lo dejan atónito y lo arrastran en su torbellino y, al perder pie, lo mismo tiende a una orilla que a otra. Intenta resistir, pero en vano, y entonces se somete adoptando aires de satisfacción y moviendo los brazos para que parezca que sabe nadar, y gritando más fuerte que nadie… Una vez pasado el huracán, sube a la orilla, se sacude disgustado, se queja de dolor de cabeza y de reumatismo y, atormentado aún por el malestar de la borrachera, no ahorra las palabras crueles a

propósito da esos *chiflados* de la revolución.

La socialdemocracia nació de la revolución y camina hacia ella. Toda su táctica durante los periodos llamados de evolución pacífica se limita a acumular fuerzas cuyo valor o importancia sólo aparecerán en el momento de la batalla revolucionaria. Lo que se llama «épocas normales» o «tiempos de paz», son los periodos durante los cuales las clases dirigentes imponen al proletariado su concepción del derecho y sus procedimientos de resistencia política (tribunales, reuniones políticas vigiladas por la policía, parlamentarismo…). Las épocas revolucionarias son aquéllas en que el proletariado descubre procedimientos que convienen mejor a su naturaleza revolucionaria (reuniones libres, prensa libre, huelga general, insurrección…). «Pero, en la locura revolucionaria (!), cuando el fin de la revolución parece próximo, la táctica de los mencheviques, tan razonable, no consigue imponerse…». La táctica de la socialdemocracia estaría, pues, estorbada por la «locura revolucionaria». Locura revolucionaria (¡qué terminología!). La verdad es, simplemente, que los mencheviques, con su «razonable táctica», pedían «una alianza temporal de acción» con el partido demócrata constitucional, y la locura revolucionaria les impidió tomar esta saludable medida…

Cuando se lee la correspondencia de nuestros maravillosos clásicos, que desde sus observatorios —el más joven en Berlín y los otros dos en el centro mismo del capitalismo mundial, en Londres— miraban con gran atención el horizonte político, anotando cualquier incidente o fenómeno que pudiese anunciar la llegada de la revolución; cuando se leen estas cartas en las que se respira la atmósfera de espera impaciente pero sin desesperanza, y en las que se ve la subida de la lava revolucionaria, entonces se llega a odiar a esta cruel dialéctica de la historia que, para alcanzar unos fines momentáneos, relaciona con el marxismo a unos pensadores desprovistos de todo talento, tanto en sus teorías como en su psicología, y que oponen su «razón» a la locura revolucionaria.

«… El instinto de las masas en las revoluciones, escribía Lassalle a Marx en 1859, es generalmente más seguro que la razón de los intelectuales… Y es precisamente la falta de instrucción la que protege a las masas contra los peligros de una conducta demasiado razonable… La revolución, continúa Lassalle, no puede llevarse a cabo más que con ayuda de las masas y gracias a su apasionada abnegación. Pero estas multitudes, precisamente porque son *oscuras*, porque les falta instrucción, no saben nada de posibilismos y, lo mismo que un espíritu poco desarrollado no admite más que los extremos en todo, no conoce más que el sí o el no e ignora el *juste milieu*, las masas no se interesan más que por los extremos, por lo que es entero e inmediato. A fin de cuentas, eso crea una situación en la que aquellos que razonan demasiado la revolución, se encuentran con que no tienen amigos ni adeptos a sus principios. Así, lo que parecía una razón superior queda reducido a ser el colmo de la sinrazón».

Lassalle tiene toda la razón al oponer el instinto revolucionario de las masas

ignorantes a la táctica *razonable* de los calculadores de la revolución. Pero el instinto bruto no es por sí mismo el criterio último, desde luego. Hay un criterio superior, y es «el conocimiento de las leyes de la historia y del movimiento de los pueblos». Solamente «una *sabiduría* realista —concluye— puede superar a la *razón* realista y elevarse por encima de ella». La sabiduría realista, que en Lassalle conserva aún cierto idealismo, se manifiesta claramente en Marx como una dialéctica materialista. La fuerza de esta doctrina está en que no opone su «táctica razonable» al movimiento real de Marx, sino que precisa, depura y generaliza este movimiento. Y, precisamente porque la revolución arranca los velos místicos que impedían ver los rasgos esenciales del agrupamiento social y empuja a las clases contra las clases en el Estado, el político marxista se siente en la revolución como en su elemento.

Y, ¿cuál es esta «razonable táctica menchevique» que no puede ser realizada o —peor aún— que ve la causa de su falta de éxito en la «locura revolucionaria» y espera conscientemente a que esta locura haya pasado, es decir, que haya sido aplastada por la fuerza la energía revolucionaria de las masas?

El primero en tener el triste coraje de considerar los acontecimientos de la revolución como una serie de errores ha sido Plejánov. Nos ha dado un ejemplo luminosamente claro; durante veinte años ha defendido infatigablemente la dialéctica marxista contra todos los doctrinarios, utopistas y racionalistas, pero luego, ante las realidades de la revolución política, se ha revelado como el mayor utopista y doctrinario imaginable.

En todos sus escritos de la época revolucionaria buscaríamos en vano lo que más nos importa, la dinámica de las fuerzas sociales, la lógica interna de la evolución revolucionaria de las masas. En lugar de esto, Plejánov nos ofrece múltiples variaciones sobre un silogismo sin valor, cuyos términos se disponen así: primero, «nuestra revolución tiene un carácter burgués», y al final, «hay que conducirse con los demócratas constitucionales con mucho tacto». Aquí no encontramos ni análisis teórico ni política revolucionaria, no vemos más que las inoportunas anotaciones de un razonador al margen del gran libro de los acontecimientos. El mejor resultado de este tipo de crítica es una enseñanza pedagógica que viene a ser la siguiente: si los socialdemócratas rusos hubieran sido marxistas y no metafísicos, nuestra táctica en el año 1905 habría sido muy diferente. Es curioso que Plejánov no piense siquiera en preguntarse cómo, tras haber enseñado él mismo durante un cuarto de siglo el más puro marxismo, sólo ha contribuido a crear un partido de *metafísicas* revolucionarios, y, lo que es más grave, cómo estos *metafísicas* han conseguido llevar por el mal camino a las masas obreras, dejando de lado a los «verdaderos marxistas» en una posición de doctrinarios sin autoridad.

Una de dos, o bien Plejánov ignora por qué secretos medios la doctrina marxista se ha transformado en acción revolucionaria, o bien los *metafísicas* gozan de ventajas indiscutibles en la revolución, ventajas que faltan a los *verdaderas* marxistas. En todo caso, las cosas no irían mejor aunque todos los socialdemócratas rusos realizaran la

táctica de Plejánov; quedarían borrados necesariamente por unos «metafísicos» de origen no marxista. Plejánov deja a un lado prudentemente este fatal dilema. Pero Cherevanin, el honesto sancho panza de la doctrina de Plejánov, coge tranquilamente al toro por los cuernos —o, dicho en lenguaje de Cervantes, coge al burro por las orejas— y declara: «En un período de locura revolucionaria, la verdadera táctica marxista no tiene ninguna utilidad».

Cherevanin se ha visto obligado a llegar a esta conclusión, porque al asignarse la tarea que su maestro evitaba cuidadosamente, ha querido darnos una visión de conjunto de la revolución y del papel que el proletariado ha tenido en ella. Mientras que Plejánov se limitaba, prudentemente, a criticar en detalle ciertas posturas y ciertas declaraciones, ignorando deliberadamente el desarrollo interno de los acontecimientos, Cherevanin se ha preguntado: ¿cuál habría sido el aspecto de la historia si se hubiese desarrollado conforme a la «verdadera táctica menchevique»? Y ha respondido a esta pregunta con su folleto *El proletariado en la revolución* (Moscú, 1907), que es un documento que muestra la extraña valentía de que se es capaz cuando se tiene una inteligencia limitada.

Pero cuando hubo corregido todos los errores de la revolución y fijado en el orden menchevique todos los acontecimientos, con intención de llevar, teóricamente por supuesto, a la revolución por el camino de la victoria, se dijo: pero ¿por qué la historia se ha salido del buen camino? A esta cuestión ha contestado por medio de otro librito, *La situación actual y el posible porvenir*; y, de nuevo, esta obra manifiesta que la infatigabilidad de su escasa inteligencia le puede llevar a descubrir ciertas verdades: «La derrota sufrida por la revolución ha sido tan grave, declara Cherevanin, que sería “absolutamente imposible” buscar las causas en determinados errores del proletariado. No se trata de errores, por supuesto, sino de razones más profundas» (pág. 174). La vuelta de la gran burguesía a su antigua alianza con el zarismo y con la nobleza, ha tenido una influencia fatal en el destino de la revolución. El proletariado ha contribuida «en una importante medida» y con tina fuerza decisiva a unificar estos valores distintos, y a formar un todo contrarrevolucionario. Y, si se mira hacia atrás, se puede afirmar ahora que «este papel del proletariado era inevitable» (pág. 175, el entrecomillado es nuestro, LT.). En su primer libro, Cherevanin, siguiendo a Plejánov, atribuía todos los reveses de la revolución al blanquismo de la socialdemocracia. Ahora, su inteligencia limitada, pero sincera, se rebela contra esta opinión y declara: «Imaginemos que el proletariado se haya encontrado todo el tiempo bajo la dirección de los verdaderos mencheviques y que todo se haya llevado a la manera de los mencheviques[71]; la táctica del proletariado habría mejorado con ello, pero sus tendencias generales no habrían podido modificarse y lo hubieran conducido al fracaso inexorablemente» (pág. 176). En otros términos, el proletariado, como clase, no habría sido capaz de «limitarse» según la doctrina menchevique.

Desarrollando su lucha de clases empujaba necesariamente a la burguesía hacia la

reacción. Los defectos en la táctica no hacían sino «agravar el triste papel (!) del proletariado en la revolución, pero no determinaban la marcha de las cosas». Así, «el triste papel del proletariado» procedía esencialmente de sus intereses de clase. Es una conclusión francamente deshonrosa, marca una completa capitulación ante todas las acusaciones lanzadas por el cretinismo liberal contra el partido que representa al proletariado. Y, sin embargo, en esta vergonzosa conclusión hay una partícula de verdad histórica: la colaboración del proletariado con la burguesía ha sido imposible, no a causa de las imperfecciones del pensamiento socialdemócrata, sino como consecuencia de la división profunda que existía en la *nación* burguesa. El proletariado de Rusia, en virtud de su carácter social claramente definido y del grado de conciencia a que había llegado, no podía manifestar su energía revolucionaria más que en nombre de sus intereses particulares. Pero la importancia radical de los intereses que ponía por delante, e incluso su programa inmediato, exigía necesariamente que la burguesía oscilase hacia la derecha.

Cherevanin comprendió esto. Pero —dijo— ahí está la causa del fracaso. Bien. Pero ¿adónde llegamos con esto? ¿Qué le quedaba por hacer a la socialdemocracia? ¿Tenía que tratar de engañar a la burguesía por medio de las fórmulas estilo Plejánov? ¿O bien debía cruzarse de brazos y abandonar al proletariado en el inevitable desastre? ¿o quizá, por el contrario, reconociendo que es inútil contar con una colaboración duradera de la burguesía, debía obrar de manera que se revelase toda la fuerza de clase del proletariado, de forma que se despertase el interés social entre las masas campesinas? Tal vez la solución hubiera sido recurrir al ejército proletario y campesino y buscar la victoria por esa vía. Pero esto no se podía prever. En segundo lugar, cualesquiera que fuesen las posibilidades de victoria, la vía que indicamos era la única que podía utilizar el partido de la revolución, si es que no optaba por un suicidio inmediato ante el peligro de una derrota.

Por tanto, la lógica interna de la revolución, que Cherevanin sólo entrevé ahora, cuando «mira hacia atrás», estaba clara, antes incluso de los acontecimientos decisivos de la revolución, para aquéllos a los que acusan de *locura*.

Escribíamos en julio de 1905: «Esperar hoy alguna iniciativa, alguna acción resuelta de la burguesía, es menos razonable aún que en 1848. Por una parte, los obstáculos a superar son mucho mayores; por otra parte, la segregación social y política en el seno de la nación ha ido mucho más lejos. El complot de silencio de la burguesía nacional y mundial suscita terribles dificultades en el movimiento de emancipación; se trata de limitar este movimiento a un arreglo entre las clases poseedoras y los representantes del antiguo régimen, con el único fin de aplastar a las masas populares. En estas condiciones, la táctica democrática no puede conducir más que a una lucha abierta contra la burguesía liberal. Es necesario que nos demos cuenta de esto. El verdadero camino no está en “una unión” ficticia de la nación contra su enemigo (el zarismo), está en un desarrollo profundo de la lucha de clases en el propio seno de la nación… Indiscutiblemente, la lucha de clases llevada a cabo

por el proletariado podrá empujar a la burguesía hacia delante; sólo la lucha de clases es capaz de obrar así. Por otra parte, es incontestable que el proletariado, cuando haya modificado, por medio de la presión, la inercia de la burguesía, chocará con ésta en un momento determinado, en el curso de la lucha, como con un obstáculo inmediato. La clase que sea capaz de superar este obstáculo será la que asuma la hegemonía, si es que es posible para el país conocer un renacimiento democrático. En estas condiciones es como vemos la posibilidad de preponderancia del cuarto Estado. Desde luego, el proletariado lleva a cabo su misión buscando un apoyo, como en otro tiempo hizo la burguesía, en la clase campesina y en la pequeña burguesía. El proletariado dirige el campo, lleva a los pueblos a la lucha y los interesa en el éxito de sus planes, pero es él, necesariamente, el único jefe. No es la "dictadura de los campesinos y del proletariado", es la dictadura del proletariado apoyado en los campesinos. La obra que lleva a cabo no se limita, por supuesto, a las fronteras del país. Por la lógica misma de su situación tendrá que entrar inmediatamente en la lucha internacional[72]».

La opinión de los mencheviques sobre la revolución rusa no ha estado nunca muy clara. Lo mismo que los bolcheviques, hablaban de «llevar la revolución hasta el final», pero unos y otros entendían esta fórmula de manera muy limitada. Se trataba de realizar un *programa mínimo*, tras el cual se abriría la época de explotación capitalista *normal*, en las condiciones generales del régimen democrático. Sin embargo, «para llevar la revolución hasta el final» había que derribar el zarismo y hacer pasar el poder a manos de una fuerza social revolucionaria. ¿Cuál? Para los mencheviques era la democracia burguesa; para los bolcheviques, el proletariado y los campesinos.

Pero ¿qué es la «democracia burguesa» de los mencheviques? Este término no designa a un grupo social determinado, cuya existencia sea real; es una categoría fuera de la historia, inventada por medio de deducciones y analogías. Ya que la revolución debe ser llevada «hasta el fin», ya que es una revolución burguesa, ya que los jacobinos, revolucionarios demócratas en Francia, llevaron la revolución hasta el fin, la revolución rusa no puede transmitir el poder más que a la democracia revolucionaria burguesa.

Tras haber establecido, de manera inmutable, la fórmula algebraica de la revolución, tratan de añadirle valores aritméticos que no existen en la naturaleza. A cada momento se ven copados porque la socialdemocracia crece y adquiere fuerza a expensas de la democracia burguesa.

No hay, sin embargo, nada de extraño en esto; las cosas no pasan así por casualidad sino como consecuencia de la estructura social. Incluso el fenómeno más natural se opone claramente a las artificiales concepciones de los mencheviques. Lo que impide el triunfo de la revolución burguesa democrática es, principalmente, que el partido del proletariado crece en fuerza y en importancia. De ahí que la filosofía menchevique quiera que la socialdemocracia desempeñe el papel penoso, porque

resulta demasiado difícil para la raquítica democracia burguesa; es decir, que la socialdemocracia, en vez de actuar como el partido independiente del proletariado, pase a ser una agencia revolucionaria destinada a asegurar el poder a la burguesía. Es evidente que si la socialdemocracia optase por este camino se condenaría a una impotencia semejante a la del ala izquierda de nuestro liberalismo. La nulidad de este último y la creciente fuerza de la socialdemocracia revolucionaria son dos fenómenos relacionados, que se completan entre sí. Los mencheviques no comprenden que, en la sociedad, lo que debilita a la democracia burguesa es, al mismo tiempo, una fuente de fuerza e influencia para la socialdemocracia. En la impotencia de la primera creen ver la impotencia de la revolución misma. Creo que no hace falta decir hasta qué punto es insignificante este pensamiento cuando se consideran las cosas desde el punto de vista de la socialdemocracia internacional, en tanto que partido que lucha por la transformación socialista mundial. Es suficiente comprobar cuáles son las condiciones reales de nuestra revolución. Con lamentaciones no se resucita al Tercer Estado. Se impone, pues, la única conclusión posible: sólo la lucha de clases del proletariado, que somete a su dirección revolucionaria a las masas campesinas, puede «llevar a la revolución hasta el final».

¡Eso es perfectamente cierto!, dicen los bolcheviques. Para que nuestra revolución salga victoriosa ha de ser llevada a cabo conjuntamente por el proletariado y los campesinos. Ahora bien, «la coalición del proletariado y de los campesinos, coalición que obtendrá la victoria sobre la revolución burguesa, no es otra cosa que la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y los campesinos». Así habla Lenin en el número 2 de *Przeglad*. La obra de esta dictadura consistirá en democratizar las relaciones económicas y políticas dentro de los límites de la propiedad ejercida por particulares sobre los medios de producción. Lenin establece una distinción de principio entre la dictadura socialista del proletariado y la dictadura democrática (es decir, burguesa-democrática) del proletariado y los campesinos. Esta separación lógica, puramente formal, aparta, en su opinión, las dificultades con que habría tenido que contarse si se hubiese tenido en cuenta, por una parte, la poca importancia de las fuerzas productivas y, por otra, la dominación de la clase obrera. Si pensáramos, dice, que podríamos llevar a cabo un cambio de régimen en el sentido socialista, iríamos hacia un fracaso político. Pero desde el momento en que el proletariado, al tomar el poder junto con los campesinos, comprende claramente que su dictadura no tiene más que un carácter *democrático*, todo está salvado. Lenin repite infatigablemente esta idea desde 1905. Pero, a pesar de todo, no es acertada.

Ya que las condiciones sociales en Rusia no permiten aún una revolución socialista, el poder político será para el proletariado la mayor de las cargas y la mayor de las desgracias. Así hablan los mencheviques. Eso sería cierto, replica Lenin, si el proletariado no comprendiese que se trata solamente de una revolución *democrática*. En otros términos, tomando en cuenta la contradicción que existe entre los intereses de clase del proletariado y las condiciones objetivas, Lenin no ve otra salida que una

limitación voluntaria del papel político asumido por el proletariado; y esta limitación se justifica por medio de la teoría de que la revolución, en la cual la clase obrera tiene un papel dirigente, es una revolución burguesa. Lenin impone esta dificultad objetiva a la conciencia del proletariado y resuelve la cuestión con un ascetismo de clase que tiene su origen no en una fe mística sino en un esquema *científico*. Es suficiente estudiar esta concepción teórica para comprender de qué idealismo procede y hasta qué punto es poco sólida.

Ya he mostrado anteriormente que, desde el momento en que se establezca la «dictadura democrática», todos estos sueños de ascetismo casi marxista quedarán reducidos a nada. Cualquiera que sea la teoría admitida en el momento en que el proletariado tome el poder, no podrá evitar, ni siquiera el primer día, el problema del paro. No le servirá entonces de nada comprender la diferencia que se ha establecido entre la dictadura socialista y la dictadura democrática. El proletariado en el poder tendrá que asegurar inmediatamente el trabajo a los parados, por cuenta del Estado, por los medios que sea (organización de obras públicas, etc.). Estas medidas llevarán consigo una gran lucha económica y una larga serie de huelgas: ya hemos visto todo esto, en escala reducida, a fines de 1905. Los capitalistas responderán entonces como respondieron cuando se exigía la jornada de ocho horas, con el *lock out*. Pondrán gruesas cadenas en sus puertas y se dirán: «Nuestra propiedad no está amenazada puesto que se ha decidido que el proletariado se ocupe ahora de una revolución democrática y no socialista». Y ¿qué hará el gobierno obrero cuando vea que se cierran las fábricas? Tendrá que volverlas a abrir y reemprender la producción por cuenta del Estado. Pero, entonces, éste es el camino del socialismo. ¡Por supuesto! ¿Qué otra vía podría proponerse?

Quizá se nos replique: lo que nos hacéis ver es una dictadura ilimitada de los obreros, y hablamos de una dictadura de coalición del proletariado y de los campesinos. Bien, vamos a estudiar esta objeción. Acabamos de ver que el proletariado, a pesar de las buenas intenciones de los teóricos, borra en la práctica el límite lógico que iba a restringir su dictadura democrática. Se nos propone ahora completar esta restricción política con una *garantía* antisocialista, imponiendo al proletariado un colaborador: el *mujik*. Si se quiere decir con eso que el partido campesino que se encuentre en el poder al lado de la socialdemocracia, no permitirá dar trabajo a los parados y a los huelguistas a cuenta del Estado, ni volver a abrir, para la producción nacional, las fábricas cerradas por los capitalistas, eso significa que, desde el primer día, es decir, mucho antes de que la tarea de la *coalición* se haya visto cumplida, tendremos un conflicto entre el proletariado y el gobierno revolucionario. Este conflicto puede terminarse por una represión antiobrera por parte del partido campesino, o por la eliminación de este partido del gobierno. Una y otra se parecen muy poco a una dictadura «de coalición democrática». Todo el problema radica en que los bolcheviques no conciben la lucha de clases del proletariado más que hasta el momento de la victoria de la revolución, tras lo cual la lucha queda

suspendida provisionalmente y se ve aparecer una colaboración *democrática*. Sólo después del establecimiento definitivo del régimen republicano el proletariado emprende de nuevo su lucha de clase, que le llevará esta vez al socialismo. Por una parte, los mencheviques, partiendo de una concepción abstracta («Nuestra revolución es burguesa»), llegan a la idea de adaptar toda la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta la toma del poder por ésta; por otra, los bolcheviques, partiendo de una concepción no menos abstracta («Dictadura democrática pero no socialista»), concluyen que el proletariado en el poder debe autolimitarse y quedarse en un régimen de democracia burguesa. Es cierto que entre mencheviques y bolcheviques hay una diferencia esencial: mientras los aspectos antirrevolucionarios de la doctrina menchevique se manifiestan ya con toda claridad, lo que pueda haber de antirrevolucionario en las ideas bolcheviques no nos amenazaría más que en el caso, de una victoria revolucionaria[73].

La victoria de la revolución no podrá dar el poder más que al partido que se apoye en el pueblo armado de las ciudades, es decir, en una milicia proletaria. Cuando se encuentre en el poder, la socialdemocracia tendrá que contar con una gran dificultad que sería imposible superar si sólo se cuenta con esta ingenua fórmula: «Una dictadura exclusivamente democrática». Una «limitación voluntaria» del gobierno obrero no tendría otro efecto que el de traicionar los intereses de los sin trabajo, los huelguistas y todo el proletariado en general, para realizar la república. El poder revolucionario tendrá que resolver problemas socialistas absolutamente objetivos y, en esta tarea, chocará en un determinado momento con una gran dificultad: el atraso de las condiciones económicas del país. En los límites de una revolución nacional, esta situación no tendría salida. La tarea del gobierno obrero será, por lo tanto, desde el principio, unir sus fuerzas con las del proletariado socialista de Europa occidental. Sólo de esta manera su dominación revolucionaria temporal se transformará en el prólogo de la dictadura socialista. La revolución permanente será imprescindible para el proletariado de Rusia, en interés y para la salvaguardia de esta clase. Si al partido obrero le faltase iniciativa para llevar a cabo una ofensiva revolucionaria, si creyese que debía limitarse a una dictadura simplemente nacional y democrática, las fuerzas unidas de la reacción europea no tardarían en hacerle comprender que la clase obrera, si detenta el poder, debe poner todo el peso en la balanza, en el platillo de la revolución socialista.

IV. La lucha por el poder[74]

Tenemos ante nosotros una octavilla que trata las cuestiones de programa y de táctica con el título *La tarea del proletariado ruso. Carta a los camaradas de Rusia*. Este documento está firmado por P. Axelrod, Astrov, A. Martynov, L. Mártov y S. Semkovski. El problema de la revolución está planteado (en esta *carta*) en términos muy generales, y la claridad y exactitud desaparecen en la medida en que los autores pasan de la descripción de la situación creada por la guerra a las perspectivas políticas y a las conclusiones tácticas finales; la terminología se va haciendo cada vez más confusa y las definiciones sociales devienen ambiguas.

En el exterior de Rusia parecen predominar, a primera vista, dos estados de ánimo: primero, la preocupación por la defensa nacional (desde Romanov hasta Plejánov) y, segundo, un descontento general empezando por la *fronde* opositora burócrata, hasta llegar al comienzo de motines en la calle. Estos dos estados de ánimo predominantes provocan también la ilusión de la libertad futura del pueblo, la cual resultará de la realización de la defensa nacional. Pero ambos estados de ánimo son altamente responsables de que la cuestión referente a la *revolución popular* se formule tan vagamente, incluso cuando se la contrapone a la de *defensa nacional*.

La guerra, ni siquiera con sus derrotas, ha resuelto el problema de la revolución ni tampoco ha originado las fuerzas revolucionarias capaces de hacerlo. Para nosotros la historia no empieza, en modo alguno, con la entrega de Varsovia al príncipe bávaro. Tanto las contradicciones revolucionarias como las fuerzas sociales son las mismas que nos encontramos, por primera vez, en 1905 —completadas con los muy significativos cambios que ha introducido la década siguiente—. La guerra ha descubierto simplemente, con gráfica claridad, que el régimen era objetivamente insostenible. Al mismo tiempo ha suscitado, en la conciencia social, una confusión en virtud de la cual parece que «todo el mundo» está contaminado por el deseo de hacer resistencia a Hindenburg y, al mismo tiempo, lleno de odio contra el régimen del 3 de junio. Pero en la misma medida en que la organización de una *guerra popular* tropieza ya en sus primeros pasos con la policía zarista y se demuestra que la Rusia del 3 de junio es un hecho y la *guerra popular* una ficción, igualmente ya el primer paso «hacia una revolución popular» tropieza en seguida con la policía socialista de Plejánov, al cual, junto con todos sus secuaces, verdaderamente se le podría considerar también como una ficción, si no tuviera detrás de sí a Kerensky, Milyukov, Guchkov y, en suma, a la nacionaldemocracia no revolucionaria y antirrevolucionaria y al nacional liberalismo.

La *carta*, naturalmente, no puede ignorar la división de clases de la nación, a la cual debe salvarse, mediante una revolución, de las consecuencias de la guerra y del régimen actual. «Los nacionalistas y los octubristas, los progresistas y los cadetes, los industriales y también una parte [!] de la *intelligentsia* radical gritan como una sola voz la incapacidad de la burocracia para defender al país y exigen, al mismo tiempo,

la movilización dc las fuerzas sociales para la causa de la defensa…». La carta saca la conclusión, correcta, de que esta posición que supone «unirse con los gobernantes actuales en Rusia, con los burócratas, aristócratas y generales para la causa de la defensa del país», tiene un carácter antirrevolucionario. La carta señala muy correctamente la posición antirrevolucionaria de los «patriotas burgueses de todos los matices»; y —podemos añadir nosotros— de los socialpatriotas a quienes la carta no menciona en absoluto.

De ello tenemos que deducir que la socialdemocracia es no sólo el partido más consecuente de la revolución, sino el único partido revolucionario del país, y que las agrupaciones que aparecen junto a ella no sólo son menos decididas en la aplicación de los métodos revolucionarios sino que representan partidos no revolucionarios. En otras palabras: que la socialdemocracia, en su tarea revolucionaria, está completamente aislada *en la arena política* a pesar del «descontento general». Ésta es la primera conclusión final de la cual hay que tomar conciencia claramente. Los partidos, naturalmente, no llegan a ser clases. Entre la posición de un partido y los intereses de la capa social en la cual se apoya, puede haber desacuerdos que, más tarde, pueden desarrollarse hasta llegar a una contradicción profunda. El comportamiento de los partidos puede cambiar bajo la influencia del estado de ánimo de las masas populares. Sobre esto no hay duda. Tanto más necesario es que dejemos de confiar, para nuestros círculos, en elementos aún menos estables y dignos de confianza, como lo son las consignas y los pasos tácticos de los partidos, y referirnos en cambio a elementos históricos fidedignos: a la estructura social de una nación, a la correlación de fuerza de las clases, a las tendencias de su desarrollo.

Pero los autores de esta *carta* desatienden por completo estos problemas. ¿Qué significa una *revolución popular* en la Rusia del año 1915? Ellos solamente nos explican que *tiene que* ser hecha por el proletariado y por la democracia. Sabemos qué es el proletariado; ¿pero qué es la democracia? ¿Un partido político? Después de lo dicho más arriba, por lo visto no lo es. ¿Luego, son las masas populares? ¿Cuáles? Obviamente se trata de la pequeña burguesía del comercio y de la industria, la *intelligentsia* y el campesinado; sólo de ellos se puede tratar.

En la serie de artículos *La crisis de la guerra y las perspectivas políticas* hemos dado un juicio general del posible significado revolucionario de estas fuerzas sociales. Partiendo de las experiencias de la última década en la relación de fuerzas de 1905: ¿en favor de la democracia (burguesa) o contra ella? Ésta es la pregunta histórica central para el juicio sobre las perspectivas de la revolución y la táctica del proletariado: ¿Se ha fortalecido la democracia burguesa en Rusia desde 1905 o ha caído aún más bajo? Todas nuestras discusiones han tratado de la cuestión sobre el destino de la democracia burguesa, y quien todavía no sabe la respuesta a esta cuestión, camina a tientas en la oscuridad. Nosotros hemos dado una contestación a esta pregunta: Una revolución burguesa nacional en Rusia es imposible porque no existe aquí ninguna democracia burguesa verdaderamente revolucionaria. Se acabó la

época de las revoluciones nacionales —por lo menos en Europa— así como ha terminado la época de las guerras nacionales. Entre las unas y las otras hay una profunda conexión interna. Vivimos la época del imperialismo, que está marcado no sólo por un sistema de conquistas coloniales sino también por un régimen interno determinado. El imperialismo no contrapone la nación burguesa al viejo orden, sino el proletariado a la nación burguesa.

Ya en la revolución de 1905, los artesanos y comerciantes pequeñoburgueses desempeñaron un papel insignificante. La importancia social de esta clase ha bajado, sin duda, aún más durante los últimos diez años: el capitalismo en Rusia ajusta las cuentas mucho más radical y ferozmente a las clases medias que en los países de vieja tradición económica.

La *intelligentsia*, sin duda, ha crecido numéricamente. También ha crecido su papel económico. Pero al mismo tiempo ha desaparecido por completo su *independencia*, ya antes aparente: la importancia social de la *intelligentsia* está enteramente determinada por el papel que juega en la organización de la economía capitalista y de la opinión pública burguesa. Su unión material con el capitalismo la ha impregnado de arriba abajo de tendencias imperialistas. Como ya hemos visto, la *carta* dice: «Incluso una parte de la *intelligentsia* radical… exige la movilización de las fuerzas sociales para la causa de la defensa». Esto es completamente falso. No es sólo una parte, sino toda la *intelligentsia* radical. Habría que decir: no sólo toda la radical sino una parte —si no la mayoría— de la *intelligentsia* socialista. Difícilmente incrementaremos los cuadros de la *democracia* mediante una representación embellecedora del carácter de la *intelligentsia*.

La burguesía industrial y comercial ha bajado aún más, la *intelligentsia* ha abandonado sus posiciones revolucionarias. La democracia urbana no puede ser considerada como un factor revolucionario. Queda solamente el campesinado. Pero que nosotros sepamos, ni Axelrod ni Mártov han cifrado nunca enormes esperanzas en su papel revolucionario. ¿Han llegado a la conclusión que la ininterrumpida diferenciación de clases entre los campesinos ha aumentado este papel en el transcurso de los últimos diez años? Tal suposición sería claramente inconsistente tanto con las condiciones teóricas como con la totalidad de nuestra experiencia histórica.

Pero ¿de qué *democracia* habla la *carta*? ¿Y en qué sentido habla de una *revolución popular*?

La consigna de una Asamblea constituyente supone una situación revolucionaria. ¿Se da esta situación? Sí; pero está mínimamente determinada por el parto finalmente acaecido de la democracia burguesa en Rusia, de la que se pretende ahora que está dispuesta y es capaz de arreglar cuentas con el zarismo. Por el contrario: si de esta guerra se deduce algo claramente, ello es precisamente la falta de una democracia revolucionaria en el país.

El intento de la Rusia del 3 de junio de solucionar los problemas revolucionarios

internos por la vía del imperialismo, ha conducido obviamente a un fracaso. Esto no quiere decir que los partidos responsables o semirresponsables del 3 de junio se decidan ahora por el camino de la revolución. Pero quiere decir que el problema revolucionario, sacado a la luz del día por la catástrofe militar que empujará aún más a los gobernantes por la vía del imperialismo, duplica ahora la importancia de la única clase revolucionaria del país.

El bloque del 3 de junio está quebrantado por disensiones y conflictos internos. Esto no quiero decir que los octubristas y los cadetes se interesen por el problema revolucionario del poder, ni que se preparen a asaltar las posiciones de la burocracia ni de la aristocracia unida. Pero quiere decir que la capacidad de resistencia del régimen frente a la presión revolucionaria ésta indudablemente debilitada por un cierto tiempo.

La monarquía y la burocracia están comprometidas. Esto no significa que abandonen el poder sin lucha. Con la disolución de la Duma y el último cambio de ministros, han demostrado que falta todavía mucho para llegar a esto. Pero la política de inestabilidad burocrática, que se acentuará todavía más, tiene que facilitar extraordinariamente a la socialdemocracia la movilización del proletariado.

Las capas bajas del pueblo en las ciudades y en el campo están cada vez más agotadas, desengañadas, descontentas y furiosas. Esto no significa que, aparte del proletariado, operará una fuerza independiente de democracia revolucionaria. Para ello faltan la materia social y las personas dirigentes. Pero significa sin duda que el ambiente del descontento profundo en las capas bajas del pueblo tiene que facilitar la presión revolucionaria de la clase obrera. Cuanto menos espere el proletariado a la aparición de la democracia burguesa, cuanto menos se adapte a la pasividad y a la estrechez de la pequeña burguesía y del campesinado, cuanto más decidida e intransigente sea su lucha y cuanto más obvia sea su disposición a llegar hasta el *final*, es decir hasta la conquista del poder, tanto mayores serán sus posibilidades de arrastrar también, en el momento decisivo, a las masas no proletarias. Naturalmente, no se consigue nada únicamente con consignas como la confiscación de la tierra, etc. Esto es aún más válido para el ejército, con el cual se mantiene en pie, o se derrumba, la autoridad pública. A la masa de soldados sólo se la podrá llevar al lado de la clase revolucionaria si se la convence de que ésta no sólo se queja y se manifiesta sino que lucha por el poder y tiene posibilidades de tomarlo.

Hay en el país un problema objetivo revolucionario que ha sido puesto en claro por la guerra y por las derrotas: es el problema de la autoridad pública. Los gobernantes se encuentran en un estado de desorganización creciente. El descontento de las masas urbanas y campesinas va en aumento. Pero el único elemento que puede sacar provecho de esta situación es el proletariado —hoy en una medida incomparablemente más grande que en el año 1905—.

La *carta*, de alguna forma se aproxima con una frase a este punto central del asunto. Dice que los obreros socialdemócratas de Rusia tienen que colocarse «a la

cabeza de esta lucha popular por el derrocamiento de la monarquía del 3 de junio». Acabamos de decir lo que puede ser llamado lucha *popular*. Pero si «a la cabeza» no ha de entenderse simplemente en el sentido de que los obreros progresistas deban derramar más generosamente su sangre, sin darse cuenta claramente de lo que resultará de ello, sino que ha de entenderse en el sentido de que los obreros se encargarán de dirigir políticamente toda la lucha, siendo ésta sobre todo una lucha del proletariado mismo, entonces está claro que la victoria de esta lucha tiene que entregar el poder a aquel que la haya dirigido, es decir al proletariado socialdemócrata.

Por lo tanto, no se trata simplemente de un «gobierno revolucionario provisional» (una forma exterior vacía que necesita recibir, del proceso histórico, su correspondiente e ignorado contenido) sino de un «gobierno revolucionario», la conquista del poder por el proletariado ruso.

La Asamblea constituyente rusa, la república, la jornada laboral de ocho horas, la confiscación de las tierras de los propietarios rurales, todas éstas son consignas que, junto con las consignas del fin inmediato de la guerra, la autonomía de las naciones y los Estados unidos de Europa, desempeñan un gran papel en el trabajo de agitación de la socialdemocracia. Pero la revolución es, por de pronto y sobre todo, una cuestión de poder, no de la forma de Estado (Asamblea constituyente, república, Estados unidos) sino del contenido social del poder. La consigna de la Asamblea constituyente o la confiscación de las tierras de propietarios rurales pierden, en las condiciones actuales, todo significado revolucionario directo sin la disposición directa del proletariado a luchar por la conquista del poder; puesto que si no es el proletariado el que arrebata el poder a la monarquía, nadie lo hará.

La rapidez del proceso revolucionario es un problema especial. Depende de una serie de factores militares, políticos, nacionales e internacionales. Estos factores pueden frenar o acelerar el desarrollo, pueden asegurar la victoria revolucionaria o llevar a una nueva derrota. Pero en cualesquiera condiciones, el proletariado tiene que ver claramente su camino y recorrerlo conscientemente. Sobre todo tiene que estar libre de ilusiones. Y la peor ilusión del proletariado ha sido siempre, durante toda su historia, la esperanza en otros.

V. Sobre los rasgos específicos del desarrollo histórico de Rusia

Una respuesta a M. N. Pokrovski

I

En el n.º 3 de *Krasnaia Nov’* (mayo-junio de 1922) el camarada Pokrovski ha publicado un artículo dedicado a mi libro *1905*. Este artículo demuestra —¡negativamente, pobre de mí!— qué complicado asunto es intentar aplicar los métodos del materialismo histórico a la historia humana viviente, a qué clichés están sometidas a reducir la historia, algunas veces, incluso personas extremadamente bien informadas como el camarada Pokrovski.

Las dudas surgidas a raíz del artículo del camarada Pokrovski comienzan con el título: *¿Es verdad que el absolutismo en Rusia «existía en oposición al desarrollo social»?* Las palabras «existía en oposición al desarrollo social» aparecen entre comillas, de manera que parece como si yo afirmara que el absolutismo ruso, *en todo momento*, «existió en oposición al desarrollo social», dejando al camarada Pokrovski la tarea remuneradora y no difícil de señalar que tal declaración está en contra del sentido común. Pero en realidad mi pensamiento, allí desvirtuado, era que el zarismo al haber entrado en completa contradicción con las demandas del desarrollo social de Rusia, continuaba existiendo gracias al poder de su organización, a la nulidad política de la burguesía rusa y a su creciente temor del proletariado. Dentro del espíritu y el significado de la misma dialéctica histórica está muy bien decir —como lo hemos dicho en el manifiesto de la Internacional Comunista— que el capitalismo no sólo existe hoy en oposición a las demandas del desarrollo histórico, sino también a las demandas elementales de la vida humana.

Más aún, mientras admite la utilidad de la publicación de mi libro como totalidad, el camarada Pokrovski objeta enérgicamente la reedición de su capítulo introductorio *Desarrollo social y zarismo en Rusia*. Lo que era útil e incluso indispensable —dice— en 1908 y 1909, para un público extranjero profundamente ignorante del pasado de Rusia, no es de ninguna utilidad para nuestro joven pueblo de hoy, que ya ha aprendido algunas cosas. El camarada Pokrovski continúa diciendo que en este capítulo introductorio presento criterios liberales, *miliyukovitas* (sic) sobre el zarismo como una organización estatal absolutamente independiente, no relacionada con las clases explotadoras. «Este esquema (de Trotski) es el primer lugar incompatible con nuestra perspectiva y, en segundo lugar, objetivamente incorrecto». Y es necesario luchar contra este esquema incorrecto e incompatible «tan enérgicamente como luchamos contra los prejuicios religiosos» (!!!). Ni más ni menos.

Pero si es verdad que en mi libro alemán he expuesto tan monstruosos criterios

antimarxistas —sin que lo notaran, podríamos añadir, todos los críticos marxistas alemanes de aquella época ¿cómo pueden estos criterios haber sido «útiles» e incluso «indispensables» para un público extranjero en 1908 y 1909 por profunda que fuese su ignorancia? A menos que creamos el proverbio popular de que «lo que es bueno para un ruso es mortal para un alemán», es completamente imposible comprender por qué las necedades liberales que el camarada Pokrovski tan gentilmente me atribuye tendrían que haber sido buenas hace doce años para los obreros alemanes. E incluso yo, consciente como soy de la naturaleza tan especial y peculiar del desarrollo histórico ruso, no puedo suscribir el proverbio; menos aún debería suscribirlo el camarada Pokrovski, puesto que de su artículo se desprende claramente que niega la existencia de semejantes rasgos específicos.

El camarada Pokrovski vuelve más confusa la confusión cuando asevera que mi falsa teoría «ya está asociada con otro nombre del pasado, el de Plejánov, que siguió el mismo camino (y llegó mucho más lejos por él)». ¿Qué podemos hacer con esto? Por cierto, el artículo no indica precisamente adónde me ha llevado mi camino, pero puesto que «Plejánov llegó mucho más lejos por él» (el camino del liberalismo), ello es suficiente para preparar al lector hacia la conclusión, ya familiar para nosotros, de que mis puntos de vista de la historia rusa deben combatirse «tan enérgicamente como luchamos contra los prejuicios religiosos». ¡Qué terrible sueño! Pero señalemos bien que es un sueño, porque. Aquí hemos penetrado en la esfera de la fantasía teórica e incluso cronológica. Según esa historia parece ser que, en primer lugar, Plejánov adoptó la teoría liberal de desarrollo histórico específico (en un bloque común con los cadetes); que después yo desarrollé la misma teoría liberal en 1908 y 1909 (para beneficio de los alemanes); que esto no fue verdaderamente dañino sino, de hecho, hasta útil (sirvió bien a los alemanes); pero que, puesto que ahora me he dedicado a presentar los criterios de Plejánov a nuestros jóvenes trabajadores —de quienes el camarada Pokrovski es personalmente responsable—, prácticamente me compara con el patriarca Tijón y ofrece combatirme «tan enérgicamente» como a este último.

Todo esto es un gran embrollo, sobre todo cronológicamente. Mi capítulo introductorio acerca de las características especiales del desarrollo histórico de Rusia no fue escrito en lo más mínimo para el público alemán, sino que apareció por primera vez en Rusia, en mi libro *Nuestra Revolución* publicado en San Petersburgo en 1907. Realicé la tarea preparatoria de este capítulo en 1905 y 1906 (en prisión). El motivo directo para escribirlo fue un deseo de proporcionar justificación histórica y teórica a la consigna de la toma del poder por el proletariado en oposición tanto al eslogan de una república democrática burguesa como al del gobierno democrático del proletariado y el campesinado. Como vemos, la cadetofilia de Plejánov no tiene ninguna participación. En mi prefacio a *La Comuna de París* (1906), de Marx, formulé la opinión de que la experiencia de la Comuna tenía importancia directa para la clase trabajadora rusa porque, como resultado de todo el desarrollo histórico

precedente, estaba directamente enfrentado al problema de la toma del poder[75]. Esta línea de pensamiento provocó extrema indignación teórica en muchos camaradas; a decir verdad, en la inmensa mayoría. Esa indignación no sólo fue expresada por los mencheviques sino también por los camaradas Kámenev y Rozhkov (entonces bolchevique). Sus puntos de vista pueden sintetizarse de la siguiente manera: la hegemonía política del proletariado debe ser precedida por la hegemonía política de la burguesía; una república democrática burguesa debe servir como tina larga escuela histórica para el proletariado; cualquier intento por omitir esta etapa es aventurerismo; si la clase trabajadora no ha tomado el poder en occidente, cómo podía el proletariado ruso imponerse tal tarea, etc., etc.

Desde el punto de vista de ese marxismo espurio que se nutre con clisés históricos y analogías formales, y transforma las épocas históricas en una sucesión lógica de categorías sociales inflexibles (feudalismo, capitalismo, socialismo, autocracia, república burguesa, dictadura del proletariado), la consigna de la toma del poder por la clase trabajadora rusa estaba destinada a aparecer como una monstruosa negativa del marxismo. No obstante, ninguna evaluación empírica seria de las fuerzas sociales tal como se manifestaban en los años 1903 y 1905 demostró que la lucha de la clase trabajadora rusa por el poder fuese muy activa.

¿Es o no ése un rasgo específico de la situación rusa? ¿Presupone o no profundas diferencias entre la totalidad del desarrollo de Rusia y el de otros países europeos? ¿Cómo sucedió que fuese el proletariado ruso, es decir el proletariado del país más atrasado (con permiso del camarada Pokrovski) de Europa, el que se enfrentó con semejante tarea? ¿Y en qué consiste el atraso de Rusia? ¿Simplemente en, el hecho de que Rusia repite con retraso la historia de los países de Europa occidental? pero si ello fuera así, ¿estamos autorizados a hablar de la toma del poder por el proletariado ruso? sin embargo (nos atrevemos a recordar a nuestros críticos) eso es precisamente lo que el proletariado ruso hizo. ¿Cuál es, entonces, la esencia real del problema? El desarrollo incontestable e incontrovertiblemente atrasado de Rusia, bajo la influencia y presión de la cultura superior de Occidente, no conduce a una simple repetición del proceso histórico de Europa occidental sino a un conjunto de características fundamentalmente nuevas que exigen un estudio independiente. Así es como se planteó el problema y, diga lo que diga el camarada Pokrovski, es absolutamente compatible con nuestro punto de vista.

Es perfectamente cierto que pocos años después (en 1914) Plejánov formuló una opinión de los rasgos peculiares del desarrollo histórico de Rusia muy cercana a la adelantada en el mencionado capítulo del libro *Nuestra Revolución*. Plejánov descarta muy correctamente las teorías esquemáticas de los doctrinarios «occidentales» y de los *narodnikis* eslavófilos sobre esta cuestión y, en cambio, reduce la naturaleza «específica» de Rusia a las peculiaridades concretas, materialmente determinadas, de su desarrollo histórico. Es radicalmente falso pretender que Plejánov extrajera alguna conclusión de esto (en el sentido de formar un bloque con los cadetes, etc.), o de que

podría haberlo hecho con alguna apariencia de lógica.

La debilidad de nuestra burguesía y la ilusoria naturaleza de la democracia burguesa rusa representan, indudablemente, características muy importantes del desarrollo histórico de Rusia. Pero precisamente a partir de esto, dadas todas las otras condiciones existentes, surge la posibilidad y la necesidad histórica de la toma del poder por el proletariado. Por cierto, Plejánov nunca llegó a esta conclusión. Pero tampoco extrajo ninguna conclusión de otra de sus proposiciones, incuestionablemente correcta: «El movimiento revolucionario ruso triunfará como movimiento de la clase trabajadora o no triunfará en absoluto». Si mezclamos todo lo que Plejánov dijo contra los *narodnikis* y los marxistas vulgares con su *cadetofilia* y su patriotismo, no quedará nada de Plejánov. Aunque en realidad queda bastante de Plejánov y no es dañino aprender de él de vez en cuando.

Que la vida histórica de toda sociedad está fundada en la producción; que la producción da origen a clases y a agrupamientos de clases; que el estado se forma sobre la base de la lucha de clases y que el estado es un órgano de la opresión de clases, todas estas nociones no eran ningún misterio para mí ni para mis oponentes en 1905. Y dentro de estos límites la historia de Rusia obedece a las mismas leyes que la historia de Francia, Inglaterra o cualquier otro país. Esto no alude a las peculiaridades del desarrollo histórico de Rusia. El zarismo era el arma de las clases propietarias y explotadoras y en este sentido no se diferenciaba de ninguna otra organización estatal, pero esto no significa que la relación de fuerzas entre el poder autocrático (la monarquía, la burocracia, el ejército y todos los otros órganos de opresión) por un lado, y la nobleza y la burguesía por el otro, fuese la misma en Rusia que en Francia, Alemania e Inglaterra.

La naturaleza singular de nuestra situación política, que finalmente condujo al triunfo de la Revolución de octubre antes de que la revolución proletaria en Europa hubiese siquiera comenzado, dependía de la especial relación de fuerzas entre las diversas clases y el poder estatal. Cuando los camaradas Pokrovski o Rozhkov discutían con los *narodnikis* o con los liberales diciendo que la organización y la política del zarismo estaban determinadas por el desarrollo económico y los intereses de las clases propietarias, estaban básicamente en lo cierto. Pero cuando el camarada Pokrovski intenta repetir el mismo argumento contra mí no da en el clavo.

El pensamiento del camarada Pokrovski está dominado por un vicio de rígidas categorías sociales que sitúa en el lugar de fuerzas históricas vivas. Sustituye alguna especie de independencia absoluta por la relativa, es decir, la históricamente condicionada y socialmente limitada independencia de la autocracia de las clases dirigentes, transformando así al zarismo en una mera forma sin contenido y entonces, después de atribuirme esta opinión sobre el zarismo, escribe: «¿Pero cómo puede alinearse esto con nuestra llamada al proletariado para que luche por el poder contra la burguesía? ¿Cómo podemos tomar de la burguesía algo que nunca ha poseído?», etc. Para el camarada Pokrovski la cuestión es simple: la burguesía estaba en

posesión de todo el poder o no tenía poder en absoluto. Si no lo tenía, ¿qué queríamos decir al hablar de «tomar el poder de manos de la burguesía»? Y si hemos tomado el poder de manos de la burguesía, ¿cómo podemos decir que no tenía el poder? Esta manera de plantear el problema no es histórica, ni materialista, ni dialéctica. Tampoco funciona desde el punto de vista de la lógica puramente formal. Incluso si la burguesía de Rusia no tenía poder en absoluto, el proletariado lo mismo podría haber luchado por el poder, precisamente para no permitir que cayera en manos de la burguesía.

Pero por supuesto, el problema no era tan formal. La burguesía no poseía la totalidad del poder sino que se estaba asociando a él gradualmente. Esa asociación no era completa. El curso de los acontecimientos, es decir, sobre todo la derrota militar y la presión desde abajo, hizo que la brecha entre la autocracia y la burguesía se ensanchara. La monarquía cayó en esta brecha. En marzo de 1917 la burguesía intentó asumir el poder total e inmediatamente. Pero la clase trabajadora, apoyada por el campesinado armado, le arrebató el poder de las manos en octubre de 1917. De este modo, nuestro tardío desarrollo histórico en comparación con el historial del vigoroso imperialismo de Europa tuvo como consecuencia el hecho de que en el momento en que nuestra burguesía era lo suficientemente fuerte para bajar de su pedestal al zarismo, el proletariado ya se había convertido en una fuerza revolucionaria independiente.

Pero la misma cuestión que para nosotros es el tópico central de la investigación, no existe para el camarada Pokrovski. En una crítica a un libro de Vipper (en el mismo número de *Krasnaia Nov’*) escribe: «Contraponer la Rusia moscovita del siglo XVI a los antecedentes de las relaciones generales europeas de la época es una tarea muy tentadora. No hay mejor manera de refutar el prejuicio —predominante hasta ahora incluso en los círculos marxistas— concerniente al pretendido “primitivismo” de los fundamentos económicos sobre los que creció la autocracia rusa». Y otra vez: «Mostrar a la autocracia en su verdadero contexto histórico como un aspecto de la Europa comercial y capitalista… la tarea no sólo es del más grande interés para el historiador, también es muy importante pedagógicamente para el público lector; no existen medios más radicales de poner fin a la leyenda de la “singularidad” del proceso histórico ruso». Cada palabra es una tomadura de pelo para nosotros. Vemos que el camarada Pokrovski niega groseramente la naturaleza primitiva y atrasada de nuestro desarrollo económico y descarta como una «leyenda» la singularidad del proceso histórico ruso. El problema es que el camarada Pokrovski se halla totalmente hipnotizado por el desarrollo relativamente animado del comercio ruso durante el siglo XVI, hecho que tanto él como Rozhkov han observado.

Es difícil comprender cómo el camarada Pokrovski puede haber caído en semejante error. Cualquiera podría pensar que el comercio es el fundamento y el criterio infalible de la vida económica. Hace veinte años el economista alemán Karl Bücher intentó demostrar que el comercio (el camino del productor al consumidor) es

el criterio de todo desarrollo económico. Struve se apresuró a trasplantar naturalmente este «descubrimiento» a la «ciencia» económica rusa. La teoría de Bücher fue instintiva y enérgicamente refutada por los marxistas de la época. Buscamos el criterio de desarrollo económico en la producción —en la tecnología y la organización social del trabajo— y consideramos el camino atravesado por el producto desde el productor hasta el consumidor como un fenómeno secundario cuyas raíces deben buscarse, una vez más, en la producción.

Por paradójico que esto pueda parecer, desde el punto de vista de los Bücher y de los Struve, el gran (al menos en sentido espacial) aumento del comercio ruso en el siglo XVI se debía precisamente a la naturaleza extremadamente primitiva y atrasada de la economía rusa. La ciudad europea occidental estaba dominada por las corporaciones artesanales y las cofradías de oficios manuales. Nuestras ciudades, en contraste, eran centros administrativos y militares, es decir, centros de consumo más que de producción. La vida gremial del artesanado de la Europa occidental se formó en un nivel relativamente alto de desarrollo económico, cuando todas las industrias básicas de transformación se habían separado de la agricultura, se habían transformado en oficios independientes, creando sus propias organizaciones, sus centros (las ciudades) y sus propios mercados estables (locales, regionales), aunque inicialmente limitados. Así, la ciudad europea medieval se basaba en una diferenciación relativamente avanzada dé la economía, que engendraba relaciones correctas entre la ciudad (el centro) y su periferia agrícola. El atraso económico de Rusia, por otro lado, encontró expresión principalmente en el hecho de que el comercio artesanal no se separó de la agricultura y conservó las características de la industria casera. En este sentido estamos más cerca de la India que de Europa, del mismo modo que nuestras ciudades medievales estaban más cerca de Asia que de Europa y nuestra autocracia, situada entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, tenía muchas características parecidas a este último.

Dada la enorme extensión de nuestro territorio y la escasez de la población (¿quizás otro criterio imparcialmente objetivo del atraso?), el intercambio de mercaderías presuponía el papel intermediario del capital comercial en un alto nivel de intensidad. Tal intensidad era posible precisamente porque occidente estaba mucho más desarrollado que nosotros, tenía una amplia variedad de necesidades complejas, nos enviaba sus comerciantes y sus mercaderías y al hacerlo adelantaba el intercambio de mercaderías en la propia Rusia de acuerdo con las relaciones económicas extremadamente primitivas y en muchos sentidos bárbaras de Rusia. No comprender esto, la más grande peculiaridad de nuestro desarrollo histórico, es dejar de ver a nuestra historia como tal.

Mi patrón siberiano (en cuyo libro mayor ingresé pouds y *arshins* durante un período de dos meses), Yákov Andréievich Chernij —esto ocurrió a comienzos del siglo XX, no durante el siglo XVI—, tenía el control prácticamente ilimitado de la vida económica del distrito de Kírensk en virtud de sus operaciones comerciales.

Compraba pieles a los tunguses, y a sacerdotes de distritos remotos las tierras pertenecientes a la iglesia, y les vendía a unos y a otros algodón y, especialmente, vodka (en esa época el monopolio del vodka aún no había sido introducido en la provincia de Irkutsk). Era inculto pero millonario (en dinero de aquella época). Su dictadura como representante del capital comercial era incuestionable; incluso hablaba de la población indígena local como de «mi pequeña gente tungús». La ciudad de Kírensk, como Verjolensk y Nizhne-Ilimsk, era lugar de residencia de oficiales de policía de diversos rangos, *kulaks* en estado de dependencia jerárquica de unos a otros, diversos funcionarios inferiores del gobierno y un puñado de pobres artesanos. Nunca encontré allí ningún comercio artesanal organizado como base de una vida económica urbana: ni corporaciones, ni cofradías, aunque Yákov Andréievich estaba registrado oficialmente como «comerciante de la segunda cofradía».

Creedme, este trozo de vida siberiana real nos lleva mucho más adelante en la comprensión de las peculiaridades históricas del desarrollo de Rusia que todo lo que el camarada Pokrovski puede decir sobre la cuestión. Ésta es realmente la verdad. Las operaciones comerciales de Yákov Andréievich se extendían desde el curso medio del Liena y sus tributarios del este hasta Nizhni Nóvgorod e incluso Moscú. Muy pocas firmas de Europa occidental pueden señalar distancias similares en sus mapas comerciales. No obstante, este comerciante dictador era la más perfecta y convincente expresión de nuestro atraso económico, de nuestra barbarie y primitivismo, de nuestra incultura, de la escasez de nuestra población, de la dispersión de nuestras aldeas campesinas, y de nuestros sucios caminos que se bloquean con ciénagas intransitables durante dos meses todas las primaveras y los otoños en nuestros distritos más remotos, etc. ¿Cómo adquirió Chernij tanto poder económico dentro de este atraso siberiano del Liena medio? Porque el Oeste —«la madre Rusia», «Moscú»— arrastraba a Siberia hacia un extraño matrimonio: un matrimonio entre una economía nómada primitiva y un brillante despertador nuevo hecho en Varsovia.

II

Las corporaciones de artes y oficios formaron la base de la cultura medieval urbana que se extendió también al campo. La ciencia medieval, la escolástica y la Reforma surgieron de los oficios artesanales. Nada de esto existía en Rusia. Por supuesto, pueden encontrarse síntomas y huellas en embrión, pero aparecen totalmente insignificantes cuando se los compara con la poderosa formación cultural y económica que existía en Occidente. Sobre esta base nació, creció y luchó con la Iglesia la ciudad medieval europea; desde la misma ciudad, la monarquía desafió a los señores feudales. Fue la ciudad la que, mediante la fabricación de armas, creó los condicionamientos técnicos para la existencia de ejércitos permanentes. ¿Puede

decirse —¿o quizás esto contradice la teoría de clases del Estado?— que la monarquía de Europa occidental se volvió cada vez más independiente del primer Estado a medida que crecían las ciudades y aumentaba su antagonismo con los señores feudales?

En último análisis el poder real, por supuesto, sigue siendo una organización para la opresión de las masas trabajadoras y especialmente de los siervos campesinos. Pero seguramente existe una diferencia entre un poder estatal que se une con la clase terrateniente y un poder estatal que se disocia de esa clase, crea su propio aparato burocrático y adquiere su propio gran poder, es decir, un poder estatal que, mientras protege los intereses de los explotadores contra los explotados, se convierte en una fuerza relativamente independiente —y la principal— entre otras fuerzas dominantes.

¿Dónde estaban en Rusia las ciudades de corporaciones artesanales que se parecieran siquiera remotamente a aquellas de Europa occidental? ¿Dónde estaba su lucha por el poder feudal? ¿Proveyó alguna lucha entre la ciudad y el señor feudal la base para el desarrollo de la autocracia rusa? En virtud de la misma naturaleza de nuestras ciudades, nunca tuvo lugar semejante lucha. ¿Es ése o no un rasgo peculiar de nuestro desarrollo histórico? Nuestras artesanías permanecieron a nivel de industria casera, lo que significa que nunca se separaron de la agricultura campesina. Nuestra reforma, al no recibir ningún liderazgo de las ciudades, permaneció en el nivel de sectas campesinas. En esto hay un primitivismo, en esto hay un atraso que clama a los cielos, aunque el camarada Pokrovski no quiera notarlo. Y también el zarismo se irguió como una organización estatal independiente (una vez más: independiente sólo relativamente, dentro de los límites de un conflicto entre fuerzas económicas históricas reales), no como resultado de la lucha de ciudades poderosas contra poderosos señores feudales, sino a causa de la completa anemia industrial de nuestras ciudades y la anemia de nuestros terratenientes feudales.

Polonia, en lo que respecta a su estructura social, se encontraba entre Rusia y occidente, lo mismo que Rusia se encontraba entre Europa y Asia. Las ciudades polacas conocieron el comercio artesanal corporativo en un grado mucho mayor que las rusas. Pero nunca se desarrollaron lo suficiente como para ayudar al poder real a quebrar el poder feudal. El poder estatal siguió directamente en manos de la nobleza. El resultado fue la impotencia total y el eventual colapso del estado. Donde no hay «rasgos específicos» no hay historia, sino sólo una especie de geometría pseudomaterialista. En lugar de, estudiar la materia viviente y cambiante del desarrollo económico, es suficiente notar unos pocos síntomas exteriores y adaptarlos a unos pocos clichés confeccionados. Este método primitivo de investigación histórica es adecuado para luchar contra los prejuicios liberales o de los *narodnikis*, para no hablar de la eslavofilia sentimental, pero es totalmente inadecuado para comprender la verdadera trayectoria del desarrollo histórico de Rusia.

Lo que he dicho del zarismo se aplica asimismo al capitalismo y al proletariado, y encuentro difícil comprender por qué la ira del camarada Pokrovski sólo está dirigida

al primer capítulo, que habla del zarismo. El capitalismo ruso no evolucionó desde el comercio artesanal a través del taller manufacturero hasta la fábrica en razón de que el capital europeo, primero en forma de capital comercial y después en forma de capital financiero e industrial, inundó al país en un momento en que la mayor parte del comercio artesanal ruso aún no se había separado de la agricultura. De ahí la aparición de la moderna industria capitalista en Rusia en un medio económico totalmente primitivo: por ejemplo, una enorme planta industrial belga o americana rodeada por caminos mugrientos y aldeas construidas con paja y madera que se incendian anualmente, etc. Los comienzos más primitivos y las conclusiones europeas más modernas. De ahí el enorme papel del capital europeo occidental en la economía rusa. De ahí la debilidad política de la burguesía rusa. De ahí la facilidad con que pudimos vencer a la burguesía rusa. De ahí las dificultades que siguieron cuando la burguesía europea intervino en la cuestión y cuando los ex dueños de fábricas y plantas intentaron hablarnos, a través de Lloyd George y Barthou, en Génova y en La Haya.

¿Y nuestro proletariado? ¿Pasó alguna vez por la escuela de las hermandades medievales de aprendizaje? ¿Cuenta con las tradiciones seculares de las cofradías? Nada de eso. Fue arrancado del arado y arrojado directamente frente al horno de la fábrica. Recuerdo a un viejo amigo, Korotkov, ebanista de Nikoláiev, que en 1897 escribió una canción. La canción se llamaba *La marcha del proletariado*: «Somos el alfa y la omega, somos el principio y el fin…», y ésa es la verdad lisa y llana. Allí está la primera y la última letra, pero falta el resto del abecedario. De ahí la ausencia de tradiciones conservadoras, la ausencia de castas dentro del proletariado, de ahí su frescura revolucionaria, de ahí —lo mismo que por otras razones— la Revolución de Octubre y el primer gobierno de los trabajadores en todo el mundo. Pero también de ahí la ignorancia, el no saber cómo organizarse, la falta de sistema y de educación cultural y técnica. Todas éstas son deficiencias que sentimos a cada paso de nuestros esfuerzos económicos y culturales por construir.

El comunismo europeo tiene que superar un medio infinitamente más conservador, tanto externo, en el Estado, como interno, dentro del mismo proletariado. Pero cuando logre la victoria contará con recursos objetivos y subjetivos infinitamente más poderosos para la construcción de una nueva sociedad. ¿Es o no ésta una característica peculiar? La necesidad misma de hacer tal pregunta en el verano de 1922 me choca como… una «peculiaridad» más bien excesiva, pero indudablemente también esto es consecuencia de nuestro desarrollo histórico: nosotros fuimos los primeros en tomar el poder, nuestras tareas son colosales, nuestras fuerzas culturales son pocas, cada uno tiene que dividirse en mil partes, no hay tiempo para pensar. Y por ello el camarada Pokrovski, al hablar de problemas nuevos y altamente complejos, rescata viejos argumentos que tuvieron valor en otro contexto y en otro nivel lógico, pero que se convierten en todo lo contrario del marxismo cuando se los dota de las cualidades de un cliché de aplicación universal.

Ya he señalado en qué gran medida todo nuestro desarrollo se ha visto influido por el hecho de que en nuestras fronteras occidentales estábamos en constante contacto con estados más desarrollados, mejor organizados y técnicamente mejor armados que nosotros. Bajo esta presión la autocracia se reestructuró, creando primero regimientos fronterizos y después una caballería y una infantería. En relación con esto el camarada Pokrovski observa: «Éste parecería ser el punto en el que debería decirse que los intereses fundamentales no eran políticos sino económicos: la autocracia moscovita respondía a los intereses de clase de alguien». Es difícil comprender qué quiere significar el oponer los intereses militares y políticos a los económicos. Cuando los intereses económicos son defendidos por el estado siempre asumen la naturaleza de objetivos y tareas políticos; y cuando tienen que ser defendidos por la fuerza de las armas y no por medios diplomáticos, se convierten en tareas militares.

El camarada Pokrovski intenta demostrar que los intereses que dominaban a la política de la autocracia en el siglo XVI eran los del capital comercial. La forma en que representa esta cuestión me parece caricaturizada. Pero esperamos volver sobre esta cuestión más estricta y especializada en otra oportunidad. Aquí, baste decir que al construir una Rusia capitalista-comercial en el siglo XVI, el camarada Pokrovski cae en el mismo error que el profesor alemán Eduard Meyer, que descubrió el capitalismo en las antiguas Grecia y Roma. Meyer estaba indudablemente acertado al señalar que los criterios previos que consideraban la estructura económica de Grecia y Roma (los de Rodbertus y otros) como una serie de células (*oikos*) economico-naturales independientes, eran esquemáticos y demasiado simplistas. Demostró que esas células básicas estaban relacionadas entre sí y con otros países mediante un sistema bastante bien desarrollado de intercambio de mercancías. Al mismo tiempo, en ciertas esferas y ramas también existía la producción masiva. Utilizando las relaciones y conceptos económicos modernos, Meyer edifica retrospectivamente un capitalismo grecorromano. Su error consistió en el hecho de que no percibió las diferencias cuantitativas y por lo tanto también cualitativas entre los diversos tipos de economía: *oikos*, mercancía simple y capitalista.

El error del camarada Pokrovski, repetimos, es básicamente el mismo. Pero lo esencial del caso para nosotros está, en este momento, en otra parte. Supongamos que los intereses del capital comercial fueran realmente dominantes en la política de la autocracia del siglo XVI y que la propia autocracia fuese una «dictadura del capital comercial». Pero la autocracia tenía objetivos comerciales que por supuesto correspondían a intereses económicos, en Persia, en Turquía, en las tierras bálticas, en Polonia y en los países más distantes de Occidente. La lucha por estos objetivos conducía a conflictos militares. Carece totalmente de significado quién era el atacante y quién el defensor (una cuestión que el camarada Pokrovski presenta sin ningún motivo cuando me atribuye la noción de que la autocracia simplemente «defendía» a Rusia de ataques extranjeros). Y durante estos conflictos *militares*, que por supuesto

significaban la realización de tareas políticas derivadas de intereses *económicos*, fue cuando el estado ruso tomó contacto con las organizaciones militares de las naciones occidentales fundadas sobre bases económicas, políticas y culturales superiores.

Así, inmediatamente después de su nacimiento, el capitalismo ruso entró en contacto con el capitalismo más desarrollado y poderoso de Occidente, y cayó bajo su dominio. Igualmente, la clase trabajadora rusa, en cuanto nació, se encontró equipada con armas preparadas, creadas por la experiencia del proletariado europeo occidental: la teoría marxista, los sindicatos, los partidos políticos. Cualquiera que explique la naturaleza y la política de nuestra autocracia sólo por los intereses de las clases terratenientes rusas, olvida que aparte de los explotadores rusos más atrasados, más pobres y más ignorantes, también existían los explotadores europeos más ricos y más poderosos. Las clases terratenientes de Rusia tropezaron con las hostiles o parcialmente hostiles clases terratenientes de Europa. Estos contactos tuvieron lugar a través de la mediación de la organización estatal. La autocracia era esa organización estatal. Toda la estructura y toda la historia de la autocracia rusa hubiesen sido distintas si no hubieran existido ciudades europeas, pólvora europea (o si nosotros la hubiésemos inventado) y la Bolsa europea.

Durante el último período de su existencia la autocracia no sólo era el órgano de las clases terratenientes de Rusia sino también de la Bolsa europea organizada para la explotación de Rusia. Este papel dual le proporcionó a la vez un grado considerable de independencia. Un ejemplo revelador de esta independencia fue el hecho de que la Bolsa francesa, con el objeto de apoyar a la autocracia rusa, le otorgó en 1905 un préstamo, contra la voluntad de los partidos burgueses rusos.

En realidad, existe un pequeño hecho que destruye por completo el concepto histórico del camarada Pokrovski. Ese hecho es la última guerra imperialista y el papel desempeñado en ella por el zarismo.

Desde el punto de vista del camarada Pokrovski todo es muy simple. El zarismo era la forma estatal de la burguesía gobernante que había entrado en la fase imperialista de desarrollo. En tal sentido el zarismo no difería del régimen republicano-parlamentario de Francia, de la monarquía imperialista-parlamentaria de Inglaterra, etc. Y esto es bastante cierto. Pero es verdad dentro de los límites de la perspectiva más general de la cuestión, dentro de los límites de una lucha con los prejuicios socialpatrióticos y pacifistas, con los criterios de defensa y ataque, etc. Es absolutamente inadecuado —y por lo tanto ficticio— cuando se trata de valorar las funciones respectivas de Rusia, Inglaterra, Alemania y cada país individual durante la guerra; de los cambios internos que cada uno de ellos sufrió durante la guerra; de las perspectivas revolucionarias que se abrieron ante cada uno y de las tácticas que debimos adoptar, por consiguiente, durante la guerra.

Aunque el zarismo reveló que no era viable ya en 1904-1905, durante la guerra ruso-japonesa, la burguesía cerró un trato con el zarismo porque le temía al proletariado.

La independencia del zarismo en su época más atrevida, la época de Rasputín, no contradice en modo alguno la teoría de clase del estado, sino que puede explicarse por ella. La teoría, no obstante, no debe aplicarse mecánicamente: debe ser aplicada dialécticamente. Pero aquí no termina todo; el zarismo fue realmente aplastado durante la guerra imperialista. ¿Por qué? Porque su base productiva era demasiado baja (el primitivismo ruso). En cuestiones de tecnología militar el zarismo intentó vivir en conformidad con los modelos más adelantados y en ello fue ayudado de todas las maneras por sus aliados más ricos y más ilustrados. Gracias a ellos, el zarismo tuvo a su disposición los instrumentos de guerra más altamente perfeccionados. Pero no tenía y no podía tener los medios de reproducir estos instrumentos ni tampoco contaba con los medios para transportarlos —lo mismo que a las tropas— con suficiente velocidad por ferrocarril o por vía marítima. En otras palabras el zarismo, al defender los intereses de las clases terratenientes de Rusia en la lucha internacional, operaba desde una base más primitiva que la de sus enemigos o la de sus aliados.

Durante la guerra el zarismo explotó implacablemente esa base, es decir, absorbió un porcentaje superior del producto nacional que sus poderosos enemigos y aliados. Este hecho fue confirmado primeramente mediante el sistema de deudas bélicas y en segundo lugar por la completa ruina económica de Rusia. ¿o el camarada Pokrovski duda de alguno de estos hechos?

Todas estas circunstancias, que predeterminaron en forma directa la Revolución de octubre, el triunfo del proletariado y sus dificultades subsiguientes, no pueden justificarse mediante los lugares comunes del camarada Pokrovski en el sentido de que no existe nada semejante a un estado «supraclases» y que las clases explotadoras expresan su voluntad mediante el poder estatal y siempre lo han hecho así. Eso apenas es marxismo; sólo es la primera letra del marxismo. Y allí es donde el camarada Pokrovski nos ha detenido.

Lo que resultó de las peculiaridades de nuestro desarrollo histórico, que el camarada Pokrovski se niega a admitir, no fue la negativa (¿en retrospectiva?) de la guerra de clases, sino la toma del poder estatal por el proletariado y su lucha para retenerlo en sus propias manos. Las mismas peculiaridades también han dado lugar a enormes dificultades económicas internacionales e internas después de la toma del poder estatal. Una comprensión de estas peculiaridades es la mejor garantía contra la pasividad frente a las dificultades, contra el pesimismo y el escepticismo, para la generación de trabajadores jóvenes. Mientras que los clichés acerca del desarrollo histórico no pueden enseñarle nada a nadie.

28 de junio de 1922



LEON TROTSKY (Lev Davidovich Bronstein; Yanovka, Ucrania, 1877 - Coyoacán, México, 1940). Revolucionario ruso. Nació en una familia judía de labradores propietarios y estudió Derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897).

Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres al que ya aparecía como jefe de la oposición socialdemócrata en el exilio: Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los bolcheviques) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los mencheviques).

Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer sóviet o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II.

Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los mencheviques), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917).

Aunque Lenin ocupó la cúspide del poder, Trotski desempeñó un papel crucial en el gobierno soviético hasta la muerte de aquél. Como primer comisario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial para responder a los deseos de paz de las masas y concentrarse en la consolidación de la Revolución. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Trotski defendía la idea de la «revolución permanente» como vía de realización de los ideales marxista-leninistas (extendiendo gradualmente la Revolución a Alemania y a otros países); mientras que Stalin le opuso la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país». Las diferencias ideológicas, sin embargo, eran poco más que un pretexto para Stalin, que maniobró hábilmente en busca de aliados y después se deshizo de ellos (incluso físicamente); con estas maniobras consiguió apartar a Trotski de la dirección en 1925, expulsarle del partido en 1927, deportarle a Kazajistán en 1928 y desterrarle del país en 1929.

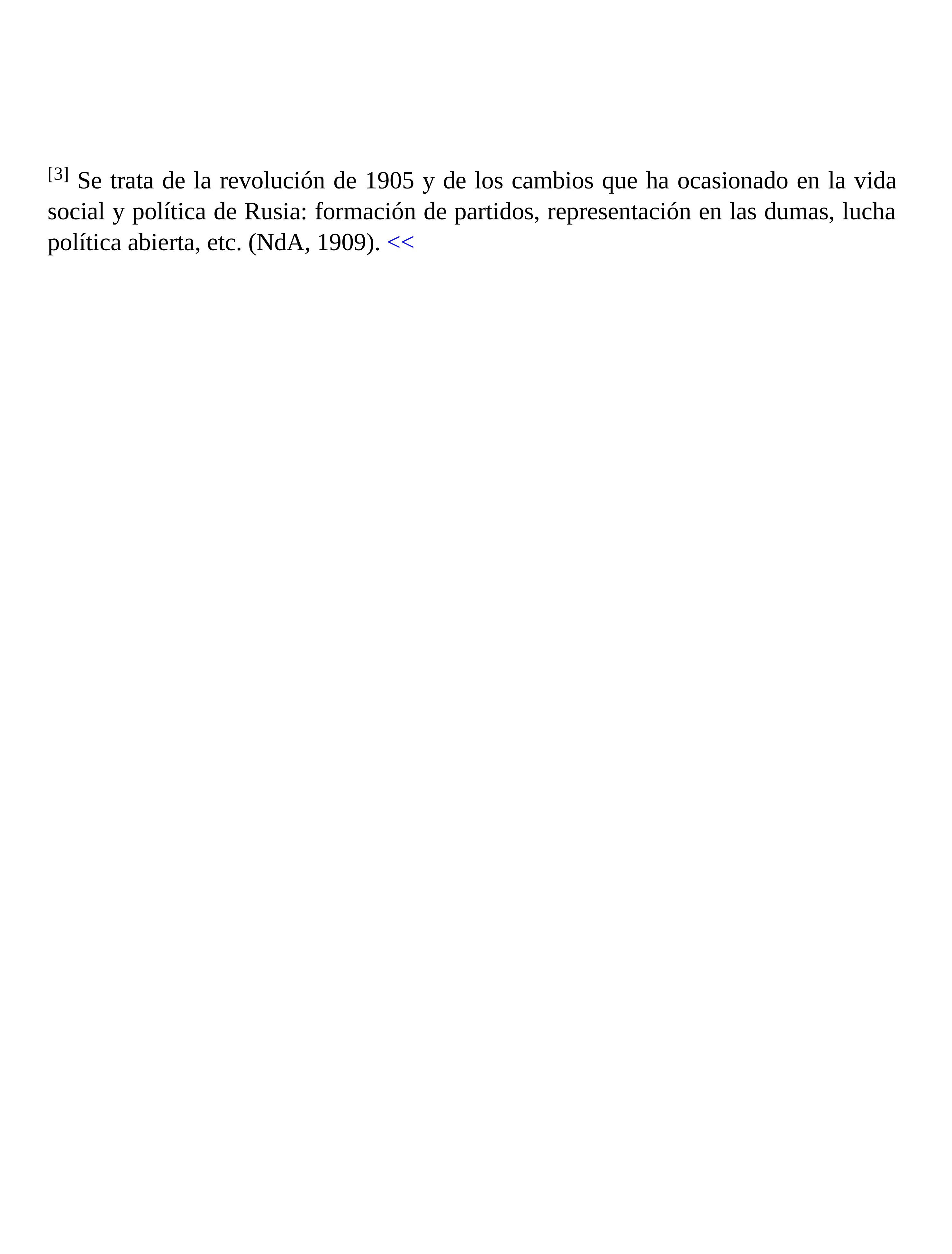
Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*, 1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético (Ramón Mercader).

Notas



[1] En aquella época, todavía nos llamábamos socialdemócratas (Nota del Autor, 1922). <<

[2] En francés en el original. <<



[3] Se trata de la revolución de 1905 y de los cambios que ha ocasionado en la vida social y política de Rusia: formación de partidos, representación en las dumas, lucha política abierta, etc. (NdA, 1909). <<

[4] Kanato mongol que se extendía por Siberia y Rusia. <<

[5] Nómadas de la estepa rusa. <<

[6] Guardia mercenaria creada por Iván IV, el Terrible. <<

[7] Incluso un burócrata reaccionario, como Mendeleev, no puede dejar de reconocerlo. A propósito del desarrollo de la industria, hace notar: «Los socialistas percibieron, en este punto, ciertas verdades y las comprendieron en cierta medida, pero se extraviaron, llevados por el espíritu latino [!], al recomendar la violencia, adulando los bajos instintos del populacho y fijándose como objetivos el golpe de Estado y el poder» (NdA, 1909). <<

[8] *Mujik*: El nombre ruso para campesino. A veces, coloquialmente: «un hombre». <<

[9] La *versta* equivale a 1067 metros. <<

[10] El *pud* (cuarenta libras rusas) equivale a 16,38 kg. <<

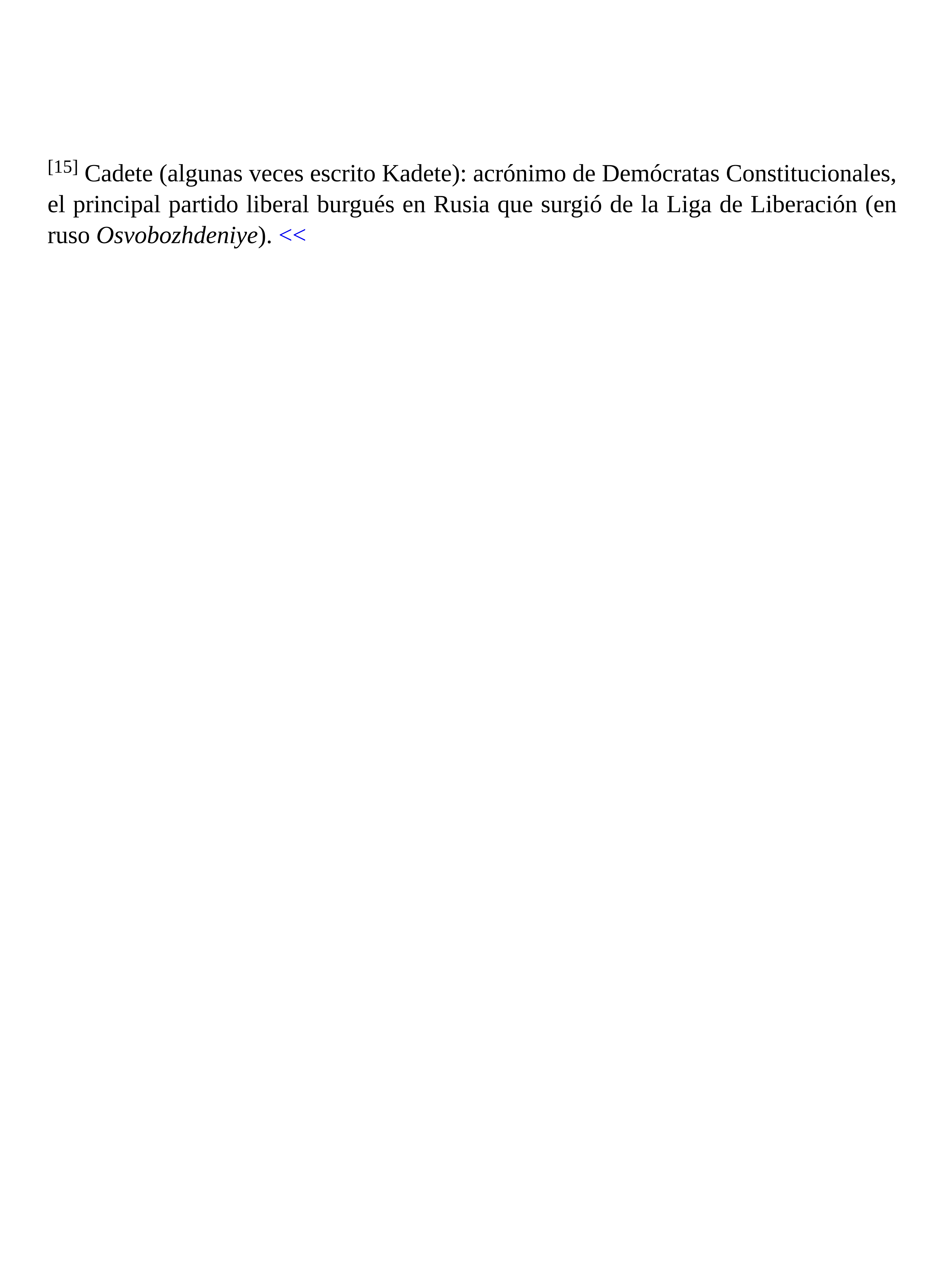
[11] Campesinos de sexo masculino en 1860. (2) Desiatinas* atribuidas. (3) Desiatinas por campesino.

*. *Desiatina*: medida agraria rusa equivalente a 1,09 ha. <<

[12] Isba: Vivienda rural de madera. <<

[13] *Zemstvo* (el plural en ruso, *zemstva*): Órganos locales de autogobierno semioficiales. Poco después de la emancipación de los siervos, Alejandro II intentó aflojar el control del régimen autocrático, permitiendo una porción de autogobierno local mediante el establecimiento de los *zemstvos*, principalmente en las provincias de Rusia central. En la práctica, este experimento de «democracia» fue muy limitado. No había *zemstvos* en Rusia occidental, Polonia, los Estados Bálticos, las áreas cosacas, Siberia, Asia Central o Turquestán. El control de los *zemstvos* estaba en las manos de los terratenientes. No tenían prácticamente poderes y dependían de los caprichos del gobernador local, el cual era elegido por el gobierno central. En la práctica, sus competencias estaban limitadas a los asuntos locales: carreteras, escuelas, sanidad pública, alivio de la hambruna y demás. Los *zemstvos* eran el punto focal de la oposición liberal moderada. <<

[14] Duma: Una antigua palabra rusa, casi sinónima de soviet, que significa consejo. Durante el reinado de Nicolás II, al parlamento nacional se le dio el nombre de Duma del Estado. También había Dumas locales, que equivalían a ayuntamientos locales. <<



[15] Cadete (algunas veces escrito Kadete): acrónimo de Demócratas Constitucionales, el principal partido liberal burgués en Rusia que surgió de la Liga de Liberación (en ruso *Osvobozhdeniye*). <<

[16] Pogromo: Un ataque racista en el que lúmpenes y elementos marginales, normalmente organizados y dirigidos por agentes del Estado, atacan a minorías. Las víctimas eran muy a menudo judíos, pero también incluía otras minorías, como los armenios en Azerbaiyán. <<

[17] C. Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte. Hic Rhodus, hic salta!* (¡Aquí está Rodas, salta aquí!): palabras de una fábula de Esopo que trata de un fanfarrón que, invocando testigos, afirmaba que en Rodas había dado un salto prodigioso. Quienes le escuchaban, contestaron: «¿Para qué necesitamos testigos? ¡Aquí está Rodas, salta aquí!». Lo que, en sentido figurado, quiere decir que lo principal está a la vista, y hay que demostrarlo delante de los presentes. *¡Aquí está la rosa, baila aquí!*: paráfrasis de la cita precedente (Rodos es en griego el nombre de la isla y, a la vez, significa «rosa») que dio Hegel en el prefacio del libro *Filosofía del derecho*. <<

[18] Este término, que se hizo popular, fue concebido por Suvorin, editor de *Novoie Vremia*, para caracterizar «la época de acercamiento entre el poder y el pueblo» (NdA, 1909). <<

[19] Residencia del zar y su corte. <<

[20] Esto se escribió en 1905 (NdA, 1909). <<

[21] Se trata de los escritores mencheviques Mártov, Dan, etc. (NdA, 1909). <<

[22] *Pravo*, 1905, número 41. (NdA, 1909). <<

[23] Había un delegado por cada quinientos obreros. Las pequeñas empresas industriales se unían para formar agrupaciones de electores. Los jóvenes sindicatos recibieron igualmente el derecho de representación. Es preciso decir, sin embargo, que estas normas no eran observadas con mucho rigor; algunos delegados no representaban más que a cien o doscientos obreros, e incluso menos (NdA, 1909). <<

[24] A. A. Litkens, médico jefe de la Escuela Constantino de artillería. (NdA, 1909). <<

[25] *Junkers*: nombre dado en los tiempos zaristas a los cadetes militares de las escuelas de oficiales (en su origen alemán, nobles propietarios agrarios prusianos). <<



[26] A. A. Litkens, hijo menor del médico, joven bolchevique que murió pronto, después de duras pruebas. (NdA, 1909). <<



[27] Este comité se desarrolló pronto hasta llegar a ser el Sóviet de Diputados Obreros de Moscú. (NdA, 1909). <<

[28] Ante el conde S.I. Witte, estudio de P. A. Zlidnev, miembro de la diputación, en la obra colectiva titulada *Historia del Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo*, 1906. El Comité Ejecutivo, después de haber escuchado el informe de la diputación, tomó la siguiente resolución: «Encargar al presidente del Consejo de Diputados Obreros de devolver su carta al presidente del Consejo de Ministros» (NdA, 1909). <<



[29] Este hecho fue comunicado a la primera Duma por el príncipe Uxusov, antiguo subsecretario de Estado en el Ministerio del Interior. (NdA, 1909). <<

[30] «En numerosos casos, los hombres de la policía dirigían a la multitud de canallas sobre las casas, los alojamientos y las tiendas de judíos para proceder en ellas al pillaje y la devastación; proporcionaban a los malhechores garrotes, ramas de árboles, participaban ellos mismos en el saqueo, en el pillaje y los asesinatos y guiaban a la multitud en todos sus actos» (*Informe del senador Kuzminski a Su Majestad, sobre el pogromo de Odesa*). «Bandas de holgazanes que se entregaban al saqueo y al pillaje —quien lo confiesa es el *gradonatchalnik* Neudgart— le acogieron con hurras de entusiasmo». El barón Kaulbars, comandante del ejército, dirigió a los agentes da policía un discurso que comenzaba así: «Hay que decir las cosas como son. Es preciso confesar que todos, en nuestro fuero interno, aprobamos este pogromo». (NdA, 1909) <<

[31] «En una de estas procesiones, se llevaba delante la bandera tricolor, detrás el retrato de Su Majestad e inmediatamente después, una bandeja de plata y un saco lleno de objetos robados» (*Informe del senador Turau*). (NdA, 1909). <<

[32] «Según una opinión bastante extendida, Trépov informa a S. M. el Emperador sobre la situación… e influye sobre la dirección de la política… Habiendo sido nombrado comandante de palacio, el general Trépov ha solicitado inmediatamente que le fueran asignados fondos especiales para el mantenimiento de sus agencias especiales» *(Carta del senador Lopujin)*. (NdA, 1909). <<

[33] Tropas auxiliares formadas por mercenarios turcos. <<

[34] Todos los episodios que siguen son relatados siguiendo una memoria del principal organizador de las «imprentas volantes» del soviet, el camarada Simanovski: *Cómo se imprimieron «Las Noticias del Sóviet de Diputados Obreros»*. (NdA, 1909). <<

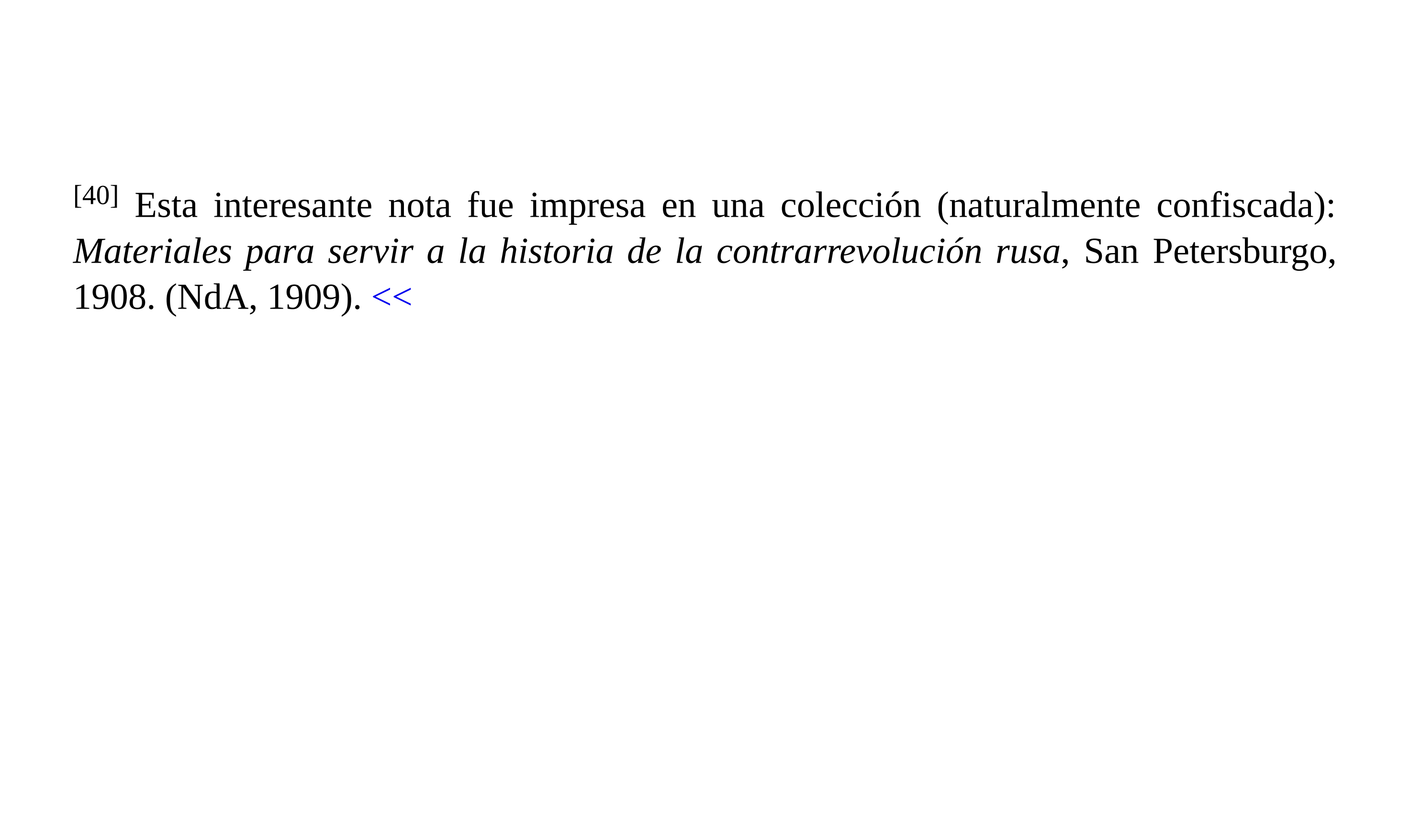
[35] La ley marcial fue suspendida por un ukase el 12 de noviembre. (NdA, 1909). <<

[36] Son los términos de la resolución del sóviet. (NdA, 1909). <<

[37] Funcionario del Estado. <<

[38] La palabra «huelguista» recibió entre los campesinos y, en general, en las masas populares, la significación de «revolucionario». Hacer la huelga es entregarse a actos revolucionarios. «Ha sido puesto en huelga el jefe de policía comarcal», quiere decir que el policía ha sido detenido o muerto. Esta original interpretación demuestra, al menos, cuán importante fue la influencia revolucionaria de los obreros y de sus métodos de lucha. (NdA, 1909). <<

[39] Bandera de la marina zarista. <<



[40] Esta interesante nota fue impresa en una colección (naturalmente confiscada): *Materiales para servir a la historia de la contrarrevolución rusa*, San Petersburgo, 1908. (NdA, 1909). <<



[41] El que habla así es, en realidad, Engels, que fue quien escribió esta obra, en lugar de Marx. (NdA, 1909). <<

[42] Conviene recordar que Engels, en su *Introducción*, no piensa más que en Alemania, mientras que nosotros razonamos a partir de la experiencia de la revolución rusa. (NdA, 1909).

Esta nota tan poco convincente fue añadida al texto alemán de nuestro libro, simplemente para evitar la censura. (NdA, 1922). <<

[43] Siete personas: cuatro jueces de la Corona; un representante de los nobles del distrito de San Petersburgo, el conde Gudovitch, octubrista de derechas; un representante de la Duma Municipal de San Petersburgo, Troinitski, gobernador destituido y, por último, un decano de un distrito, progresista al parecer. (NdA, 1909). <<

[44] Véase el capítulo *El sóviet y los tribunales*. <<

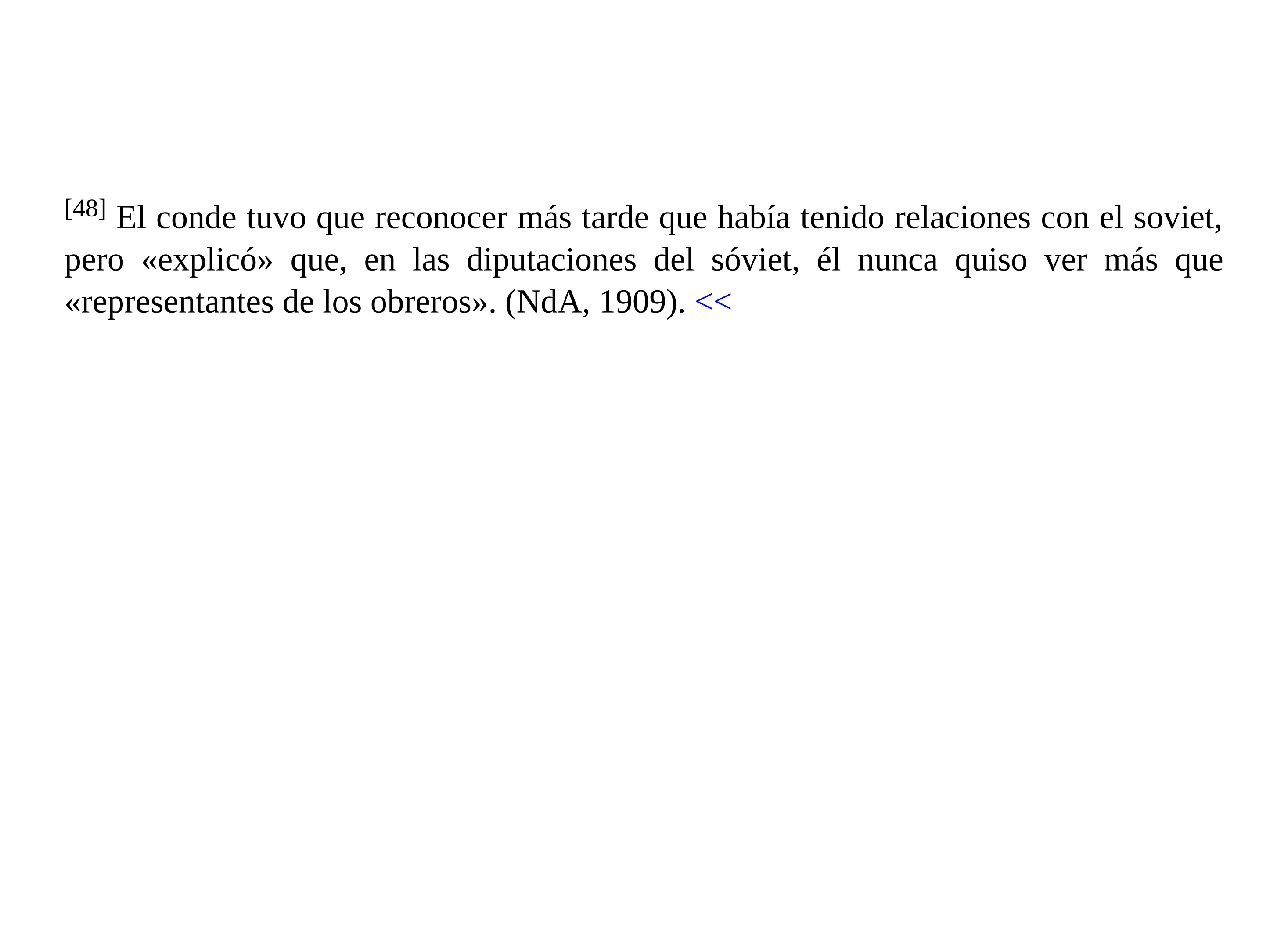


[45] Numerosos testigos se encontraban, en el momento del juicio, «en lugar desconocido», o bien en Siberia. (NdA, 1909). <<



[46] Este discurso, sacado de una copia a máquina que no ha sido publicada en Rusia, se reproduce más adelante. (NdA, 1909). <<

[47] En el gabinete de Goremykin, Stolypin era ministro del Interior. (NdA, 1909). <<



[48] El conde tuvo que reconocer más tarde que había tenido relaciones con el soviet, pero «explicó» que, en las diputaciones del sóviet, él nunca quiso ver más que «representantes de los obreros». (NdA, 1909). <<

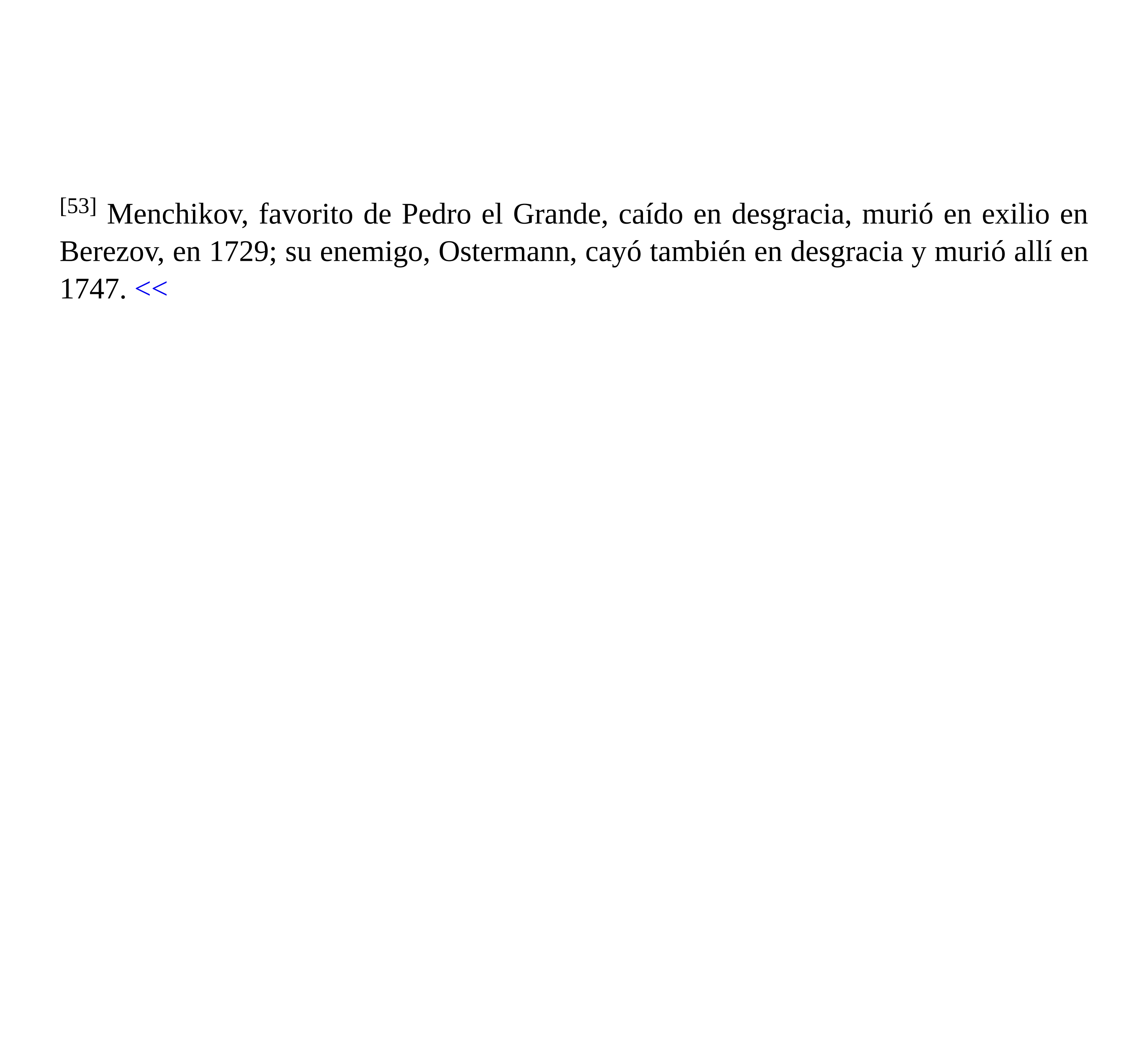
[49] Así se llamaba al sóviet al principio. (NdA, 1909). <<

[50] Sólo hay un momento de la requisitoria en el que se dice que, según Rastorguev, «los representantes de los partidos no tenían derecho al voto». Pero el fiscal no se ocupó lo más mínimo de aclarar este punto o, más bien, lo que hizo fue olvidarlo tranquilamente. (NdA, 1909). <<

[51] Sin juicio, por decisión de un gobernador de provincias o de un jefe de policía. <<



[52] *Yurta*: primitiva casa siberiana, especie de tienda formada por algunas maderas colocadas en cono y cubierta por pieles de reno o fieltro. <<



[53] Menchikov, favorito de Pedro el Grande, caído en desgracia, murió en exilio en Berezov, en 1729; su enemigo, Ostermann, cayó también en desgracia y murió allí en 1747. <<



[54] A partir de ahora, cuento mi evasión con bastantes cambios, invento los nombres y los personajes para no acarrear persecuciones y problemas a los que en realidad me ayudaron a huir. (NdA, 1909). <<

[55] *Tchij*: medias de piel de reno con el pelo por dentro; *kiss*: botas de piel de reno con el pelo por fuera; *malizza*: pelliza en piel da reno con el pelo por dentro; *guss*: para los grandes fríos, pelliza de reno con el pelo por fuera. <<

[56] León Trotsky escribió *Resultados y perspectivas* en 1906, en la prisión preventiva de San Petersburgo, después de haber sido detenido con el Sóviet de Diputados Obreros, el 3 de diciembre de 1905.

Se publicó por primera vez en 1906, como capítulo final de sus otros trabajos sobre la revolución rusa de 1905. La policía zarista confiscó el libro inmediatamente y sólo pudieron salvarse algunos ejemplares. Según escribió Trotsky en *La revolución permanente*, parece que el propio Lenin no tuvo ocasión de conocer el texto original hasta 1919.

Después de la Revolución de Octubre de 1917 se hizo una nueva edición en ruso, para la que Trotsky escribió en 1919 el prefacio que se incluye en esta edición. <<

[57] Basta con tener presente los rasgos característicos de la relación originaria entre Estado y escuela para hacer constar que la escuela ha sido un producto por lo menos igual de *artificial* que la fábrica. Los esfuerzos estatales para la instrucción ilustran esta *artificialidad*. A los alumnos que no gustaban de frecuentar la escuela se les ataba con cadenas; toda la escuela estaba en cadenas. Las clases eran un servicio. Los alumnos recibían sueldos, etc. (NdA). <<

[58] Inclusive un burócrata tan reaccionario como el profesor Mendeleev no puede menos de reconocerlo. En su descripción del desarrollo industrial dice: «Aquí los socialistas reconocían algo e incluso, en parte, lo comprendían, pero siguiendo a su latinismo [!], se extraviaron al aconsejar el empleo de la violencia, al dejar manifestarse libremente los instintos animales del populacho y al aspirar a la subversión y al poder». (NdA). <<

[59] Hemos tomado estas cifras de *Esbozos…* de Milyukov. La población urbana de Rusia entera, incluyendo Siberia y Finlandia, se calculó en 17 122 000 o sea 13,25% según el censo de 1897. (NdA). <<



[60] Pequeña industria campesina que tuvo gran importancia económica, incluso después de la revolución de octubre. <<

[61] En un tiempo en que la equiparación indiscriminada entre la revolución rusa y la revolución francesa de 1789 había llegado a ser un lugar común, el general Parvus vislumbró con toda sagacidad que precisamente esta circunstancia constituía la causa del carácter específico de la revolución. (NdA). <<



[62] Tras la publicación de la correspondencia Marx-Engels, se sabe que estos artículos fueron escritos por F. Engels. <<

[63] ¿Podría refutar ésta y las siguientes reflexiones el hecho del nacimiento y evolución —primero— de la *Liga Campesina* y —luego— del grupo de los trudoviki en la Duma? En absoluto. ¿Qué es la «Liga Campesina»? Es la unión de unos pocos elementos radical-demócratas —a la búsqueda de las masas— con los elementos más conscientes del campesinado, pero no con sus capas más bajas, en aras de una transformación democrática y de una reforma agraria.

En cuanto al programa agrario de la *Liga Campesina* («iguales derechos a la explotación de la tierra»), que es lo que da sentido a su existencia, hay que decir lo siguiente: Cuanto más amplio y profundo sea el desarrollo del movimiento agrario, cuanto más pronto llegue a la confiscación y al reparto de tierras, tanto más rápidamente se desmoronará a consecuencia de las innumerables contradicciones entre las diferentes clases, regiones, costumbres de vida y diferentes niveles técnicos. Sus miembros ejercerán influencia en los comités campesinos, los órganos locales de la revolución agraria, pero éstos, como instituciones económico-administrativas, evidentemente no podrán eliminar la dependencia política de la aldea respecto de la ciudad, por ser ésta precisamente una de las características principales de la sociedad moderna.

El grupo de los trudoviki expresó, dada su ideología radical y su amorfismo, el carácter contradictorio de las aspiraciones revolucionarias del campesinado. En la época de las ilusiones constitucionales seguía desamparadamente a los cadetes, mientras que en el momento de la disolución de la Duma se habían sometido, naturalmente, a la dirección de la fracción socialdemócrata. La falta de iniciativa de la representación campesina aparecerá especialmente cuando haga falta la iniciativa más decidida: en los días del traspaso del poder a manos de la revolución. <<

[64] Shakespeare, *El Mercader de Venecia*, Acto 1.º, escena tercera. <<



[65] *Cerni Peredel*: Repartición espontánea de las tierras de propietarios rurales por los campesinos. <<

[66] Véase mi prefacio a la obra de F. Lassalle: *Discurso ante el tribunal*. (NdA). <<



[67] Extracto de un discurso pronunciado en el Congreso de Londres del Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia del 13-25 de mayo de 1907. <<

[68] ArtícuIo publicado en la revista *Neue Zeit* en 1908. <<

[69] El mismo punto de vista ha sido expuesto recientemente en un artículo de F. Dan, en el n.º 2 de la *Neue Zeit*. Pero sus conclusiones son menos audaces. (NdA, 1908). <<

[70] Este artículo fue impreso en la revista polaca *Przeglad social-democratyczny* durante el período de la reacción más fuerte en Rusia: el movimiento obrero estaba casi muerto y los mencheviques habían renegado de la revolución y de sus métodos.

Ésta es la crítica del punto de vista oficial adoptado en aquel momento por los bolcheviques sobre el carácter de la revolución y las tareas del proletariado en ella.

La crítica de los mencheviques conserva su valor, los mencheviques rusos pagan en este momento las fatales errores que cometieron entre 1903 y 1905, prácticamente cuando se constituían; los mencheviques del resto del mundo cometen, aún hoy, los más graves errores de los mencheviques rusos.

La crítica del punto de vista bolchevique de entonces (la dictadura democrática del proletariado y de la clase campesina) no tiene más que un interés histórico. Las disensiones de antaño no existen desde hace tiempo.

El manuscrito ruso de este artículo se ha conservado muy incompleto y lo siento. No he podido encontrar el número en cuestión de la revista polaca, por lo que reproduzco el texto tal y como está. Un trozo de diez líneas no ha sido reconstruido exactamente sino siguiendo el sentido general. (NdA, 1922). <<

[71] Es curiosa esta manera de pensar; no son los mencheviques los que dan la fórmula de la lucha de clases del proletariado, es el proletariado el que se conduce a la manera de los mencheviques. Más valdría decir: admitamos que las acontecimientos se desarrollan al estilo Cherevanin… (NdA, 1909). <<

[72] Prefacio del alegato de Lassalle ante el Tribunal. Algunas expresiones son un tanto vagas, pero intencionalmente, porque este artículo debía publicarse antes de la «era constitucional», en julio de 1905. (NdA, 1909). <<

[73] No fue así afortunadamente; bajo la dirección del camarada Lenin, la doctrina bolchevique transformó (no sin luchas internas) sus ideas sobre esta cuestión primordial en la primavera de 1917, es decir, antes de la toma del poder. (NdA, 1922). <<

[74] Del periódico *Nache Slovo* [Nuestra Palabra], París, 17 de octubre de 1915. Reeditamos este artículo, escrito en un período posterior, porque ofrece una descripción concisa de las condiciones correspondientes al período de transición de la primera revolución de 1905 a la segunda de 1917. (NdA). <<

[75] «La democracia social —señala el Prefacio— debe ser, y desea ser, la expresión consciente de una evolución objetiva. Pero como en cierto momento de la revolución la evolución objetiva de la lucha de clases enfrenta al proletariado (ruso) con la alternativa de asumir los derechos y obligaciones del poder estatal o rendir su posición de clase, el partido socialdemócrata considera la toma del poder como su próxima tarea inmediata. En esta consideración no ignora en modo alguno los procesos objetivos de desarrollo de una naturaleza más profunda: los procesos de crecimiento y concentración de la producción; pero dice que, puesto que la lógica de la lucha de clases —que en último análisis está basada en el progreso del desarrollo económico— está reclamando la dictadura del proletariado antes de que la burguesía haya "concluido" su misión económica (apenas ha comenzado su misión histórica), esto sólo significa que la historia está imponiendo tareas colosalmente difíciles sobre los hombros del proletariado. Incluso puede ocurrir que el proletariado quede agotado por la lucha y caiga bajo el peso de sus tareas: esto puede ocurrir. Pero no puede negarse a estas tareas por temor a la desintegración de clase o a que todo el país caiga en la barbarie» (Marx, *La Comuna de París*, edición de 1906, Prefacio). Tales fueron las conclusiones que extrajimos hace dieciséis años de los «rasgos específicos» del desarrollo histórico de Rusia. Y aquí llega el camarada Pokrovski, después de una demora de una década y media, quejándose de que nuestros criterios significan… una negación de la lucha de clases. ¡Ni más ni menos! <<